La Mitad Siniestra

Stephen King

LA MITAD SINIESTRA

Título original en ingles: The Dark Haf

Traducción: María Elisa Moreno Canalejas
de la primera edición de Viking Pengain,
Nueva York, 1989

1989 Stephen King

D.R. 1998 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C. V.
Calz. San Bartolo Naucalpan num. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

ISN 970 -05-0072-1

IMPRESO EN MÉXICO

Este libro es para Shirley Sonderegger,
quien me ayuda a no meterme
en lo que no me importa, y para
Peter, su marido

Estoy en deuda con el
desaparecido Richard Bachman
por su ayuda e inspiración.
Esta novela no se hubiera escrito sin él.

S. K.

Indice

Prólogo

Primera parte. Relleno de inmundicia

I People habla 11
II La casa en ruinas 19
III El blues del cementerio 22
IV Muerte en un pueblo pequeño 27
V 96529 Q 32
VI Muerte en la gran ciudad 35
VII Asunto de la policía 39
VIII Pangborn va de visita 46
IX La invasión del rastrezoide 53
X Esa noche, más tarde 58
XI La Villa Final 62
XII Hermana 64
XIII Pánico absoluto 68
XIV Relleno de inmundicia 79

Segunda parte. Stark toma el mando

XV Escepticismo sobre Stark 87
XVI George Stark llama por teléfono 94
XVII La caída de Wendy 109
XVIII Escritura automática 113
XIX Stark va de compras 123
XX La fecha señalada 128
XXI Stark toma el mando 142

Tercera parte La llegada de psicopompos

XXII Thad se escapa 153
XXIII Dos llamadas para el sheriff Pangborn..... 160
XXIV La llegada de los gorriones 171
XXV Máquina de acero 181
XXVI Los gorriones están volando 190

Epílogo

Prólogo

Métele cuchillo -dijo Máchine. Métele cuchillo mientras yo observo desde aquí. Quiero ver cómo fluye la sangre. No necesitas que te lo diga dos veces.

George Stark, *A la manera de Machine*

La vida de las personas, su verdadera vida, no la simple existencia física, empieza en diferentes épocas. La verdadera vida de Thad Beaumont, un chico que nació y creció en el sector Ridgeway de Bergenfeld, Nueva Jersey, empezó en 1960. Ese año le sucedieron dos cosas. La primera determinó su vida; la segunda casi termina con ella. Estos hechos ocurrieron cuando Thad Beaumont tenía once años.

En enero, presentó un cuento en un concurso literario patrocinado por la revista American Teen. En junio, recibió una carta de los editores de la revista diciéndole que se le había otorgado una mención honorífica en la categoría ficción del concurso. La carta decía, además, que los jueces le hubiesen concedido el segundo premio si su solicitud no hubiera revelado que aún le faltaban dos años para convertirse en un "adolescente norteamericano" bona fide. No obstante, añadían los editores, su cuento "Fuera de la casa de Marty" era una obra extraordinariamente madura, y le enviaban una calurosa felicitación.

Dos semanas después, llegó un diploma al mérito del American Teen. Venía por correo certificado. El diploma tenía caligrafiado un nombre en letras antiguas tan rebuscadas que apenas las podía leer, y un sello dorado en la parte inferior, con el logotipo de American Teen en relieve las siluetas de un chico con el cabello cortado a cepillo y una chica con cola de caballo bailando.

Su madre estrechó en los brazos a Thad, un chico tranquilo y serio, quien parecía que nunca podía sujetar bien las cosas y que con frecuencia se tropezaba con sus propios y grandes pies, y lo colmó de besos.

Su padre no se impresionó lo más mínimo.

—Si el cuento era tan endiabladamente bueno, ¿por qué no le dieron algo de dinero? —gruñó desde las profundidades de su sillón.

—Glen...

—No importa. Tal vez aquí Ernest Hemingway me pudiera traer una cerveza cuando termines de manosearlo.

Su madre no dijo nada más....pero mandó enmarcar la carta original y el diploma que la siguió; pagando el trabajo con el dinero para sus gastos menores, y los colgó en la habitación de Thad, encima de la cama: Cuando llegaban parientes u otras visitas, los llevaba a que los vieran. Thad les decía a sus invitados algún día será un gran escritor. Siempre había sentido que estaba destinado a la grandeza y aquí estaba la primera prueba. Thad se sentía turbado al escuchar esto, pero quería mucho mas a su madre por decirlo.-

Turbado o no; Thad decidió que su madre tenia razón, por lo menos en parte. Ignoraba si tenia aptitudes para ser un gran escritor, pero de cualquier forma sería una clase de escritor. ¿ Porque no? Era bueno para eso. Y lo mas importante, seguiría escribiendo. Cuando las palabras salieran bien, seguiría en gran forma. Y no siempre podrían retenerle el dinero por un simple detalle. No tendría once años eternamente.-

El segundo hecho importante que le sucedió en 1960 empezó en agosto. Fue entonces cuando sufrió los primeros dolores de cabeza. Al principio no eran tan malos, pero para cuando se inició de nuevo la escuela, en los primeros días de septiembre, los dolores ligeros y acechantes en las sienes y detrás de la frente habían progresado, convirtiéndose en malignos y monstruosos maratones de agonía. Cuando lo atenazaban estos dolores no podía hacer nada, excepto recostarse en su habitación a oscuras, en espera de la muerte. Para fines de septiembre deseaba morirse. Y para mediados de octubre, el dolor se había incrementado a tal punto que empezó a temer que no lo salvaría ni las muerte.

La aparición de estos terribles dolores de cabeza generalmente la señalaba un sonido fantasmal que sólo él podía oír: sonaba como el gorjeo distante de un millar de pequeños pájaros. A veces se imaginaba que casi podía ver a estas aves, las cuales, pensaba, eran gorriones agrupados por docenas en los cables telefónicos y en los tejados, cómo lo hacían en la primavera y el otoño.

Su madre lo llevó a que lo viera el doctor Seward.

El doctor Seward le examinó los ojos, con un oftalmoscopio, y movió la cabeza. Después, cerró las cortinas, apagó la luz y ordenó a Thad que mirara a un espacio en blanco en el muro de la sala de exploración. Con una linterna, proyectó un brillante círculo de luz, el cual encendía y apagaba rápidamente mientras Thad lo miraba.

—¿Te hace sentir algo extraño, hijo?

Thad negó con un movimiento de cabeza.

—¿Te sientes mareado? ¿Como si te fueses a desmayar?

Thad negó de nuevo con la cabeza.

—¿Hueles algo? ¿Como fruta podrida o trapo quemado? —No.

—¿Qué pasa con tus pájaros? ¿Los escuchaste mientras mirabas la luz intermitente?

—No —dijo Thad, perplejo.

—Son nervios —dijo su padre más tarde, después de que se hizo salir a Thad a la sala de espera—. El condenado chiquillo es un manojo de nervios.

—Creo que es migraña —les dijo el doctor Seward—. Un caso raro en alguien tan joven, pero no inaudito. Y el chico parece ser muy... emocional.

—Lo es —dijo Shayla Beaumont, no sin cierta aprobación.

—Bien, tal vez un día se encontrará el remedio. Por ahora, me temo que tendrá que soportarlos.

—Sí, y nosotros con él —dijo Glen Beaumont.

Pero no eran nervios ni migraña, y no se terminaron.

Cuatro días antes de Halloween, Shayla Beaumont oyó que gritaba uno de los niños con quienes Thad esperaba cada mañana el autobús de la escuela. Se asomó por la ventana de la cocina y vio que su hijo yacía sobre la acera, convulsionado. La lonchera estaba tirada junto a él, con su carga de fruta y bocadillos esparcida sobre la ardiente superficie de la acera. Corrió hacia afuera, ahuyentó a los otros niños, y se quedó de pie a su lado, mirándolo impotente, sin atreverse a tocarlo.

Si el gran autobús amarillo con el señor Reed al volante hubiese llegado unos minutos más tarde, Thad se hubiera muerto ahí mismo, a la orilla de la acera. Pero el señor Reed había sido paramédico en Corea, y supo cómo echar hacia atrás la cala del chico, abriendo una vía de aire antes de que Thad muriera ahogado con su propia lengua. Una ambulancia lo llevó al hospital de Bergenfield Country, y cuando se introdujo al chico en una camilla dio la cualidad que un doctor llamado Hugh Britchard estaba en la sala de exploración, toma café e intercambiando mentiras sobre golf con un amigo, Y también dio la casualidad de que Hugh Pritchard era el mejor neurólogo en el estado de Nueva Jersey.

Pritchard ordenó que se le tomaran radiografías y las interpretó. Se las mostró a los Beaumont. pidiéndoles que mirasen con particular atención una sombra vaga que había circulado con un marcador amarillo.

—Este dijo—. ¿Qué es esto?

—¿Cómo diablos s ,amos a saberlo? —preguntó Glen Beaumont—. Usted es el maldito doctor.

—Correcto —dijo Pritchard en tono seco.

—Mi esposa dijo que parecía que se había convulsionado —dijo Glen.

El doctor Pritchard contestó:

—Si se refiere a que tuvo un ataque, así es, en efecto. Si lo que quiere decir es que sufrió un ataque epiléptico, estoy convencido de que no lo fue. Un ataque tan serio como el de su hijo seguramente sería grand mal, y Thad no mostró ninguna reacción a la prueba de luz Litton. De hecho, si Thad tuviera epilepsia grand mal, no necesitarían que se lo dijera un médico. El chico hubiera estado bailando watusi en el tapete de la sala cada vez que se ondulara la imagen en la pantalla del televisor.

—¿Entonces qué es? —preguntó Shayla tímidamente.

Pritchard se volvió hacia la radiografía montada en el frente del negatoscopio.

—¿Qué es eso? —preguntó, y de nuevo golpeó con suavidad el área circulada—. El súbito acceso de dolores de cabeza, aunado a la ausencia de ataques previos, me sugiere que su hijo tiene un tumor cerebral, probablemente todavía pequeño, y esperamos que benigno.

Glen Beaumont miró fijamente al doctor con expresión helada, mientras su esposa, junto a él, lloraba en su pañuelo. Shayla lloraba sin emitir un solo sonido. Ese llanto silencioso era resultado de años de entrenamiento marital. Los puños de Glen eran rápidos e hirientes y casi nunca dejaban señales, y después de doce años de pena silenciosa, probablemente no hubiese podido llorar a gritos aunque lo hubiese querido.

—¿Todo eso significa que quiere cortarle los sesos? —preguntó Glen con su tacto y delicadeza acostumbrados.

—Yo no lo expondría en esa forma, señor Beaumont, pero considero que sí requiere cirugía exploratoria —y pensó: *Si realmente existe un Dios y si realmente El nos hizo a su Propia Imagen, no me gustara pensar por qué hay tantos malditos hombres como éste, caminando tan tranquilos con el destino de tantos otros en las manos.*

Glen guardó silencio por prolongados momentos, la cabeza baja, el entrecejo fruncido en concentración. Por fin levantó la cabeza y pronunció la pregunta que lo atormentaba más que nada:

—Dígame la verdad, doc: ¿cuánto va a costar todo eso?

La enfermera asistente de la sala de operaciones fue la primera que lo vio.

Su grito se escuchó estridente y escandaloso en el quirófano, donde los únicos sonidos durante los últimos quince minutos habían sido las órdenes en voz baja del doctor Pritchard, el siseo de la voluminosa maquinaria para mantener la vida del enfermo y el breve y agudo quejido de la sierra Negli.

La enfermera retrocedió tropezando, chocó contra un carrito de instrumental Ross, en el cual se habían dispuesto cuidadosamente casi dos docenas de instrumentos, y lo tiró. Al caer, golpeó el piso de baldosas con una resonancia repetitiva, seguida por un número de tintineos más suaves.

—¡Hilary! —gritó la jefa de enfermeras. La voz se le oía llena de sobresalto y sorpresa. Su desconcierto fue tan profundo que llegó incluso a dar medio paso hacia la mujer que huía en la ondeante bata verde.

El doctor Albertson, médico asiste, dio un ligero puntapié en la pantorrilla de la jefa de enfermeras con uno de los pies enfundado en las botas sanitarias.

—Recuerda dónde estás, por favor.

—Sí, doctor —se dio vuelta de inmediato, sin mirar siquiera hacia la puerta del quirófano mientras se abría de golpe y Hilary salía por la izquierda del escenario, aún gritando como un coche de bomberos descontrolado.

—Pon la ferretería en el esterilizador —dijo Albertson—. Enseguida. Rápido.

—Sí, docto..

La enfermera empezó a recoger el instrumental, con respiración agitada, obviamente nerviosa, pero ya controlada.

El doctor Pritchard parecía no haberse dado cuenta de nada de esto. Estaba mirando con atención ensimismada en la ventana que había recortado en el cráneo de Thad Beaumont.

—Increíble —murmuró—. Simplemente increíble, Esto es algo para los anales de la medicina. Si no lo estuviese viendo con mis propios ojos...

El siseo del esterilizador pareció despertarlo, y miró al doctor Albertson.

—Quiero succión —dijo cortante. Dirigió un vistazo a la enfermera—. ¿Y qué jodidos estás haciendo tú? ¿El crucigrama del Times del domingo? ¡Mueve el trasero y trae aquí el instrumental!

Ella se acercó, llevando los instrumentos en una bandeja limpia.

—Dame succión, Lester —le dijo Pritchard a Albertson—. Enseguida. Después te voy a mostrar algo que nunca has visto fuera de una exhibición de fenómenos en una feria de pueblo.

Albertson empujó la bomba de succión, ignorando a la jefa de enfermeras, quien se quitó del camino, equilibrando diestramente los instrumentos mientras lo hacía.

Pritchard estaba mirando al anestesista.

—Dame una buena presión arterial, mi amigo. Todo lo que pido es una buena presión arterial.

—Está en ciento cinco sobre sesenta y ocho, doctor. Estable como una roca.

—Bien, su madre dice que aquí tenemos acostado al segundo William Shakespeare, así que manténlo en esa forma. Absorbe bien, Lester... ¡no le hagas cosquillas con esa condenada cosa!

Albertson aplicó la succión, limpiando la sangre, Al fondo, el equipo de monitoreo emitía sonidos constantes, monótonos, reconfortantes. Luego, lo que Albertson succionaba era su propia respiración. Sintió como si alguien le hubiese dado un puñetazo en lo alto del vientre.

—Oh Dios mío, oh Jesús. Jesucristo retrocedió por un momento.... después se inclinó más cerca. Por encima de la mascarilla y detrás de lo lentes de carey, sus ojos estaban abierto: de par en par, con un súbito destello do curiosidad—. ¿Qué es?

—Creo que estás viendo lo que es —dijo Pritchard—. Sólo se necesita un segundo para acostumbrarse. He leído respecto a esto, pero nunca esperé verlo realmente.

El cerebro de Thad Beaumont era del color del borde exterior de una concha, un gris suave con un ligero tinto rosado.

De la superficie lisa de la duramadre sobresalía un solo ojo puma no, ciego y deforme. El cerebro pulsaba ligeramente. El ojo pulsaba con él. Parecía que estaba tratando de hacerles un guiño. Fue eso la apariencia de un guiño, lo que hizo huir a la enfermera asistente del quirófano.

—Jesús, Dios, ¿qué es? —preguntó de nuevo Albertson.

—No es nada —dijo Pritchard—. Una vez pudo haber sido parte de un ser humano con vida y respiración. Ahora no es nada. Excepto un problema, es decir. Y sucede que es un problema que podernos manejar.

El doctor Loring, el anestesista, dijo:

—¿Permiso para mirar doctor Pritchard?

—¿Sigue estable?

—Sí.

—Acércate, entonces. Es algo que les podrás contar a tus nietos. Pero que sea rápido.

Mientras Loring miraba, Pritchard se volvió hacia Albertson.

—Quiero la Negli dijo—. Voy a abrirlo un poco más. Después sondearemos. No sé si podré extraerlo todo, pero trataré de sacar lo más posible.

Les Albertson, actuando ahora como jefe de enfermeras del quirófano, puso en la mano enguantada de Pritchard la sonda recién esterilizada cuando éste la pidió. Pritchard, quien ahora estaba tarareando el terna musical de Bonanza en voz baja, penetró la herida rápidamente y casi sin esfuerzo, consultando sólo de vez en cuando el espete de tipo dental colocado en el extremo de la sonda Principalmente, trabajaba usando el sentido del tacto nada más. Albertson comentaría más tarde que nunca había visto una cirugía intuitiva más emocionante en toda su vida.

Además del ojo, encontraron parte de una ventanilla de nariz, tres uñas y dos dientes. Uno de los dientes tenía una pequeña caries. El ojo siguió pulsando y tratando de hacer guiños hasta el ultimo segundo en que Pritchard utilizó la aguja escalpelo primero para perforarlo, y después para extirparlo. Toda la operación, desde el sondeo inicial hasta la escisión final, se llevó sólo veintisiete minutos. Cinco pedazos de carne chapoteaban húmedos en la bandeja de acero inoxidable en el carrito Ross junto a la cabeza rasurada de Thad.

—Creo que por fin hemos terminado —dijo Pritchard al cabo—. Aparentemente, todo el tejido extraño estaba conectado con ganglios rudimentarios. Incluso si aún quedan otros pedazos considero que hay muchas probabilidades de que los hayamos matado.

—¿Pero... cómo puede ser, si el chico todavía está vivo? Quiero decir, todo eso es parte de él, ¿no es así? —pregunto Loring desconcertado.

Pritchard señaló hacia la bandeja.

—Encontramos un ojo, unos cuantos dientes y un manojo de uñas en la cabeza de este chico. ¿Y tú crees que eran parte de él? ¿Has visto que le falte alguna uña? ¿Quieres revisarlo?

—Pero incluso el cáncer es parte del organismo del pacien...

—Esto no era cáncer —le respondió Pritchard pacientemente. Sus manos seguían con su propio trabajo mientras hablaba—. En un gran número de partos en los que la madre da a luz un solo bebé, en realidad ese bebé inició su existencia como un gemelo, mi amigo. Esos casos pueden llegar hasta dos de cada diez. ¿Qué sucede con el otro feto? El más fuerte absorbe al más débil.

—¿Lo absorbe? ¿Quiere decir que se lo come? —preguntó Loring. Su rostro se veía un poco verde—. ¿Estamos hablando de canibalismo in utero?

—Llámalo como quieras; sucede con bastante frecuencia. Si alguna vez desarrollan el sonargrama del que han

estado hablando en las conferencias médicas, podremos realmente descubrir con cuánta frecuencia. Pero independientemente de lo habitual o extraordinarios que sean los casos, lo que vimos hoy es mucho más raro. Parte del gemelo de este chico se quedó sin absorber y terminó en su lóbulo prefrontal. Con la misma facilidad pudo haberse alojado en sus intestinos, el bazo, la médula espinal, en cualquier parte. Generalmente, los únicos médicos que ven algo como esto son los patólogos, sale a relucir en las autopsias, y no he sabido de una en la que el tejido extraño haya sido la causa de la muerte.

—¿Bien, qué pasó aquí? —preguntó Albertson.

—Algo puso en marcha de nuevo a esta masa de tejido, la cual probablemente era de tamaño submicroscópico hace un año. El reloj del crecimiento del gemelo absorbido, el que debió de haberse parado para siempre por lo menos un mes antes de que la señora Beaumont diera a luz, en alguna forma se dio cuerda otra vez... y la condenada cosa empezó a funcionar realmente. No es ningún misterio lo que sucedió; la presión intracraneana por sí sola era suficiente para causar los dolores de cabeza del chico, y la convulsión que lo trajo aquí.

—Sí —dijo Loring suavemente—, ¿pero por qué sucedió? Pritchard sacudió la cabeza.

—Si dentro de treinta años todavía estoy practicando algo más demandante que un tiro de golf, entonces me lo puedes preguntar. Tal vez ya tenga la respuesta. Ahora todo lo que sé es que he localizado y extirpado una clase de tumor muy extraño y muy particular. Un tumor benigno. Y, excluyendo complicaciones, creo que es todo lo que necesitan saber los padres. El padre del chico haría que el hombre de las cavernas se pareciera a uno de los supersabios. No me imagino cómo le puedo explicar que le practiqué un aborto a su hijo de once años. Les, vamos a coserlo.

Y luego, como si lo recordara de repente, le dijo amablemente a la enfermera del quirófano:

—Quiero que se despida a esa golfa estúpida que salió corriendo de aquí. Tome nota, por favor.

—Sí, doctor.

Thad Beaumont salió del hospital nueve días después de la operación. El lado izquierdo de su cuerpo le quedó angustiosamente débil durante casi seis meses, y ocasionalmente, cuando estaba muy cansado, veía manchas de luces intermitentes, extrañas y no del todo sin concierto, ante sus ojos.

Su madre le había comprado una vieja máquina de escribir Remington 32 como regalo de convalecencia, y estos destellos de luz ocurrían con más frecuencia cuando estaba encorvado sobre ella antes de acostarse, luchando por encontrar la forma correcta de decir algo, o tratando de imaginar lo que pasaría después en el cuento que estaba escribiendo. Eventualmente, éstos también desaparecieron.

Ese misterioso y fantasmal sonido de gorjeos, el sonido de escuadrones de gorriones volando, no se volvió a repetir después de la operación.

Continuó escribiendo, cada vez con mayor confianza, y puliendo su estilo naciente, y vendió su primer cuento, al American Teen, seis años después de que empezara su verdadera vida. Posteriormente, nunca miró hacia atrás.

Hasta donde sus padres o Thad mismo supieron siempre, del lóbulo prefrontal de su cerebro se había extraído un pequeño tumor benigno en el otoño de su onceavo año. Cuando él pensaba acerca de eso (lo cual hacía con menos frecuencia según pasaban los años), sólo pensaba que había sido extremadamente afortunado al salir con vida.

Muchos pacientes que se sometían a cirugía de cerebro en aquellos días primitivos, no tenían tanta suerte.

Primera parte
Relleno de inmundicia

Machine enderezó los clips para papel, lenta y cuidadosamente, con sus dedos largos y fuertes.

—Sosténle la cabeza, Jack —le dijo al hombre que estaba de pie detrás de Halstead—. Sosténla firmemente, por favor.

Halstead vio lo que se proponía Machine y empezó a gritar, mientras Jack Rangely presionaba las grandes manos contra los lados de la cabeza de Halstead, manteniéndola inmóvil. Los gritos resonaron y se reprodujeron en la bodega abandonada. El extenso espacio vacío actuaba como un amplificador natural. Halstead se oía como un cantante de ópera entrando en calor antes de la noche de estreno.

—He vuelto —dijo Machine. Halstead cerró los ojos, apretándolos lo más posible, pero no le sirvió de nada. La pequeña barra de acero se deslizó fácilmente a través del párpado izquierdo y perforé el globo del ojo con un leve sonido explosivo. Del orificio rezumaba un líquido pegajoso y gelatinoso—. He vuelto de entre los muertos y parece que no te da gusto verme, desagradecido hijo de puta.

George Stark, Cabalgando a Babilonia

I
People habla

1

El número de mayo 23 de la revista People contenía más o menos lo mismo de siempre.

La portada se adornaba con la celebridad fallecida esa semana, una estrella del rock and roll, quien se había ahorcado en una celda de la cárcel después de haber sido detenido por posesión de cocaína y un surtido de drogas conexas. En el interior estaba la acostumbrada miscelánea: nueve crímenes sexuales sin resolver en la desolada mitad occidental de Nebraska; un gurú de alimentos naturistas a quien se había arrestado por pornografía infantil; una ama de casa en Maryland que había cultivado una calabaza un poco semejante a un busto de Jesucristo, es decir, si se miraba con los ojos medio cerrados en una habitación oscura; una chica parapléjica lisiada que entrenaba para la carrera ciclista de Nueva York; un divorcio en Hollywood; un matrimonio de alta sociedad de Nueva York; un luchador que se recuperaba de un ataque cardiaco; un actor cómico peleando por una pensión alimenticia.

Además, había un artículo acerca de un empresario de Utah que estaba comercializando una extraordinaria muñeca nueva llamada ¡Yo mamá! ¡Yo mamá!, y que supuestamente se parecía a la "suegra favorita (?) de todo el mundo". La muñeca tenía una grabadora integrada que soltaba trozos de diálogo como: "En mi casa, la cena nunca estaba fría cuando él vivía ahí, cariño" y "Tu hermano nunca actúa como si yo tuviera aliento de perro cuando llego a pasar un par de semanas en su casa. " Lo verdaderamente sensacional era que, en vez de tirar de un cordón en la espalda de ¡Yo mamá! para hacerla hablar, se le daba de patadas a la jodida cosa lo más fuerte que se pudiera. "¡Yo mamá! está bien acojinada, y se garantiza que no se rompe ni ocasiona melladuras en muros y muebles", decía su orgulloso inventor, el señor Gaspard Wilmot (quien, mencionaba de paso el artículo, una vez había sido acusado de evasión de impuestos, los cargos se habían retirado).

Y en la página treinta y tres de este ejemplar divertido e informativo de la principal revista divertida e informativa de Norteamérica, estaba una página con un encabezado característico de People: sustancial, conciso, mordaz. BIO, decía.

—People —le decía Thad Beaumont a su esposa Liz, quien estaba sentada a su lado ante la mesa de la cocina, mientras leían juntos el artículo por segunda vez—, se especializa en ir directamente al punto. BIO. Si no quieres una BIO, pasas a EN PROBLEMAS, y lees acerca de las chicas que se están escabechando en el corazón de Nebraska.

—Eso no es nada gracioso, si realmente lo piensas —dijo Liz Beaumont, y después echó a perder su afirmación; soltando una risita ahogada en el puño cerrado..

—No, pero peculiar, ciertamente —dijo Thad risueño, y empezó a hojear buscando el artículo nuevamente. Mientras lo hacía, se frotaba distraídamente la pequeña cicatriz blanca en lo alto de la frente.

Como la mayor parte de las BIOs de People, éste era el artículo en la revista al que se le asignaba mayor espacio a las palabras que a las fotografías.

—¿Lamentas haberlo hecho? —preguntó Liz. Tenía el oído atento hacia los gemelos, pero hasta ahora se estaban portando estupendamente, y dormían como corderitos.

—En primer lugar —dijo Thad—, yo no lo hice. Lo hicimos nosotros. ¿Uno y uno igual a ambos, recuerdas? —dio un pequeño golpe con el dedo a una fotografía en la segunda página del artículo, la cual mostraba a su esposa con un plafón de galletas, ofreciéndoselas a Thad, quien estaba sentado ante su máquina de escribir con una hoja de papel enrollada bajo el rodillo. No era pose distinguir qué estaba escrito en el papel, si es que había algo. Probablemente, pero daba lo mismo, pues seguramente era un galimatías. El escribir siempre había sido una tarea difícil para él, y no era el tipo de cosa que pudiera hacer en público, particularmente si daba la casualidad de que un miembro del público era un fotógrafo de la revista People. Para George hubiera sido mucho más fácil, pero para Thad Beaumont era condenadamente difícil. Liz nunca se acercaba cuan él estaba tratando —y algunas veces, con éxito realidad— de hacerlo. Si no le llegaba telegramas, menos aún galletas.

—Sí, pera..

—En segundo lugar...

Thad Miró la fotografía de Liz con las galletas en la mano, y él viéndola a la cara. Ambos mostraban unas sonrisas un tanto artificiales, Esas muecas daban una expresión muy peculiar a los rostros de unas personas que, aunque agradables, escatimaban cuidadosamente cosas tan comunes como las sonrisas. Thad recordó la temporada que había pasado como guía en las veredas de los Apalaches en Maine, New Hampshire y Vermont. En aquellos días sombríos había tenido como mascota a un mapache, de nombre John Wesley Harding. No había hecho ningún intento por domesticar a John; el mapache, sencillamente se había encariñado con él. El bueno de J.W también se había encariñado con un traguito en las noches frías, y algunas veces, cuando se acercaba más de lo debido a la botella, mostraba la misma sonrisa.

—¿En segundo lugar, qué?

En segundo lugar, es gracioso ver al una vez nominado para el Premio Nacional al Libro y a su esposa, sonriéndose mutuamente como un par de mapaches ebrias, pensó, y no pudo seguir aguantando la risa: se le escapó como un rugido.

—Thad, vas a despertar a los gemelos!

Trató, sin mucho éxito, de amortiguar los accesos.

—En segundo lugar, parecemos un par de idiotas y no me importa lo más mínimo —y la estrechó en sus brazos y le besó el hueco en la garganta.

En la otra habitación, primero William y después Wendy empezaron a llorar, Liz trató de mirarlo con aire de reproche, pero no pudo. Era demasiado grato oírlo reír, Grato, tal vez, porque no lo hacía con frecuencia. El sonido de esa risa tenía un encanto extraño y exótico para ella. Thad Beaumont nunca había sido un hombre que riera con facilidad..

—Es mi culpa —dijo—. Iré por ellos.

Thad empezó a ponerse de pie, chocó contra la mesa y casi la tiró. Era un hombre de modales sosegados, pero singularmente torpe; esa parte del chico que había sido, aún vivía en él.

Liz atrapó el jarrón con flores que había colocado como centro de mesa, justo antes de que se resbalara por el borde y se estrellara en el piso.—¡En serio, Thad! —dijo, pero también se soltó, riendo Thad se sentó de nuevo durante un momento. No tomo, precisamente, la roano de Liz, pero la acarició suavemente entre las suyas..

—¿Escucha, cariño, te importa?

—No —respondió. Por un momento pensó decirle: Sin embargo, me inquieta. No porque nos veamos ligeramente tontos, sino porque... bien, no sé por qué. Simplemente, me inquieta un poco, es todo.

Pensó en ello, pero no lo dijo. Era demasiado grato escucharlo reír. Le tomó una de las manos y le dio un ligero apretón.

—No —dijo—. No me importa. Creo que es divertido. Y si la publicidad ayuda a El perro de oro cuando finalmente decidas ponerte a terminar la maldita cosa, tanto mejor.

Liz se puso de pie, empujándolo hacia abajo por los hombros cuando trató de unirse a ella.

—Tú vas por ellos la próxima vez —dijo—. Quiero que te quedes sentado hasta que se te pase el apremio subconsciente por destruir mi jarrón.

—Está bien —dijo Thad, y sonrió—. Te quiero, Liz.

—Yo también te quiero —salió a buscar a los gemelos, y Thad Beaumont empezó a hojear su BIO de nuevo.

Al contrario de la mayor parte de los artículos de People, la Bio de Thaddeus Beaumont no empezaba con una fotografía a toda plana, sino con una que era menor a un cuarto de página. No obstante, llamaba la atención; algún encargado de la composición con tendencia hacia lo excepcional, había enmarcado la fotografía, la cual mostraba a Thad y Liz en un cementerio, de negro. Las líneas tipográficas abajo resaltaban en un contraste casi brutal.

En la fotografía, Thad tenía una pala y Liz un pico. En una esquina estaba una carretilla con más implementos de cementerio. Sobre la tumba misma, se habían acomodado varios ramos de flores, pero aun así, la lápida era perfectamente legible:

GEORGE STARK
1975-1988
Un tipo no muy agradable

En un contraste casi descabellado con el lugar y el acto aparente (el entierro recientemente terminado de quien, por las fechas, debía haber sido un chico en el inicio de la adolescencia), estos dos falsos sepultureros se estrechaban las manos libres sobre la tierra acabada de colocar, y se reían alegremente.

Eran poses prestablecidas, desde luego. Todas las fotografías que acompañaban al artículo, el entierro del cadáver, la exhibición de las galletas, y en la que aparecía Thad paseando solitario como una nube por un camino desierto en los bosques de Ludlow, supuestamente "buscando ideas", eran poses. Era curioso. Durante los últimos cinco años más o menos, Liz había estado comprando People en el supermercado, y ambos se habían burlado de ella, pero cada uno, a su vez, la había hojeado en la cena, o posiblemente en el retrete si no había un buen libro a la mano. De vez en cuando Thad había meditado sobre el éxito de la revista, preguntándose si era su devoción a la vida personal de las celebridades lo que la hacía tan misteriosamente interesante, o simplemente su composición, con esas grandes fotografías en blanco y negro, y el texto en negritas, compuesto mayormente por sencillas frases expositivas. Pero nunca se le ocurrió preguntarse si las fotografías eran montadas.

La fotógrafa había sido una mujer llamada Phyllis Myers. A Thad y Liz les informó que había tomado una serie de fotografías de ositos de felpa en ataúdes de tamaño infantil, vestidos todos los ositos con ropa de niños. Esperaba venderlas en forma de libro a una importante editorial en Nueva York. Casi al final del segundo día de la sesión de fotos y entrevista, Thad se dio cuenta de que la mujer estaba tratando de engatusarlo para que le escribiese el texto. La muerte y los ositos de peluche —dijo— sería "el comentario final y perfecto para el estilo de muerte norteamericana, ¿no lo crees así, Thad?"

Thad suponía que, en vista de sus intereses un tanto macabros, no era sorprendente que la Myers hubiera encargado y traído consigo desde Nueva York la lápida de George Stark. Estaba hecha en papel maché.

—¿No les importa estrecharse las manos frente a esto, verdad? —les había preguntado con una sonrisa que era al mismo tiempo halagadora y complaciente—. Saldrá una toma maravillosa.

Liz había mirado a Thad, interrogante y un poco horrorizada. Enseguida, ambos habían dirigido la mirada hacia la lápida simulada que había llegado desde la ciudad de Nueva York (hogar todo el año de la revista People) a Castle Rock, Maine (casa de verano de Thad y Liz Beaumont), con una mezcla de asombro y pasmo confuso. Era la inscripción la que seguía captando el interés de Thad.

Un tipo no muy agradable

Si se reducía a lo esencial, la historia que People quería contar a los expectantes observadores de celebridades de Norteamérica, era bastante sencilla. Thad Beaumont era un escritor de prestigio, cuya primera novela, Los bailarines repentinos, había sido nominada para el Premio Nacional al Libro en 1972. Esta clase de información tenía cierto peso entre los críticos literarios, pero los expectantes observadores de celebridades en Norteamérica no daban un centavo por Thad Beaumont, quien, desde entonces, sólo había publicado otra novela con su propio nombre. El hombre que realmente les interesaba a muchos de ellos, no era un hombre de verdad. Thad había escrito una novela que se había colocado en la lista de libros de mayor venta, y tres secuelas extremadamente exitosas, bajo otro nombre. El nombre, desde luego, era George Stark.

Jerry Harkavay, quien formaba él solo todo el personal de la Prensa Asociada en Waterville, había sido el primero en publicar la historia de George Stark, después de que el representante de Thad, Rick Cowley, se la reveló a Louis Booker del Publishers Weedy, con el consentimiento de Thad. Ni Harkavay ni Booker habían obtenido la información completa, en primer término, porque Thad se oponía a que ese cobero indeseable de Frederick Clawson recibiera la más mínima mención, pero aun así, resultaba halagador que se le diera una difusión más extensa de la que se podría alcanzar con el servicio de información de la Prensa Asociada, o la revista especializada de la industria editorial. Clawson, les había comentado Thad a Liz y Rick, no era la historia, únicamente el idiota que los estaba obligando a publicarla.

En el transcurso de la primera entrevista, Jerry le había preguntado qué clase de sujeto era George Stark.

—George —fue la respuesta de Thad—, era un tipo no muy agradable. Estas palabras aparecieron en el encabezado del artículo de Jerry, y fue lo que inspiró a la Myers para mandar hacer la lápida simulada con esa frase como epitafio. Extraño mundo. Mundo extraño, extraño.

De repente, Thad empezó a reír de nuevo.

2

Al pie de la fotografía de Thad y Liz en uno de los mejores cementerios de Castle Rock, sobre fondo negro, aparecían dos renglones en letras blancas.

"EL APRECIADO DIFUNTO ESTABA ESTRECHAMENTE UNIDO A ESTAS IRIS PERSONAS", decía el primero.. "¿ENTONCES, POR QUÉ SE ESTÁN RIENDO?", decía el segundo.

—Porque el mundo es un jodido lugar extraño —dijo Thad Beaumont, y resopló de risa con la mano ahuecada sobre la boca.

Liz Beaumont no era la única que se sentía ligeramente inquieta con esa pequeña y peculiar explosión de publicidad. El propio Thad se sentía un poco inquieto. Y a pesar de todo, le era difícil dejar de reír. Se contenía durante unos cuantos segundos y después estallaba en un nuevo torrente de carcajadas cuando sus ojos se detenían en esa frase —Un tipo no muy agradable— de nuevo. El intento por controlarse era igual a cuando se trata de tapar agujeros en un dique de tierra mal construido; en cuanto se tapona una filtración, se descubre una nueva en otra parte.

Thad sospechaba que esa risa incontrolable tenía algo de anormal, era una forma de histeria. Sabía que el humor rara vez se expresa con esos accesos. De hecho, era más factible que la causa fuese todo lo contrario a divertida.

Tal vez algo atemorizante.

¿Tienes miedo al maldito artículo de la revista People? ¿Es eso en lo que estás pensando? Estúpido. ¿ Temes sentirte avergonzado, que tus colegas de la Facultad de Letras vean estas fotografías y piensen que ya te deschavetaste por completo?

No. No tenía nada que temer de sus colegas, ni siquiera de los que habían estado ahí desde que los dinosaurios caminaban sobre la tierra. Por fin, era profesor de número, y también tenía suficiente dinero para enfrentar la vida —¡suenen trompetas, por favor!— como escritor de tiempo completo si así lo deseaba. No estaba seguro de que así fuera; no le interesaban gran cosa los aspectos burocráticos y administrativos de la vida universitaria, pero la parte de la enseñanza sí le era grata. Tampoco se trataba de que hubiese dejado de importarle lo que sus colegas pensaban de él desde años atrás. Sí le importaba lo que sus amigos pensaban, sí, y en algunos casos, daba la casualidad de que sus amigos, los amigos de Liz y los amigos que tenían en común, eran colegas, pero pensaba que seguramente esas personas no le darían ninguna importancia al asunto.

Si había algo a que temerle, era...

Basta, ordenó su mente con el tono seco y severo que tenía la virtud de conseguir que sus alumnos de literatura más turbulentos palidecieran y guardaran silencio. Basta de esta tontería, de inmediato.

Fue inútil. Así como era efectiva esa voz cuando la usaba con sus estudiantes, en Thad mismo no producía ningún efecto.

Miró de nuevo la fotografía y esta vez no puso atención a los rostros de su esposa y él mismo, haciéndose gestos descaradamente el uno al otro, como un par de chiquillos representando un ejercicio de iniciación.

GEORGE STARK
1975—1988
Un tipo no muy agradable

Eso era lo que lo inquietaba.

Esa lápida. Ese nombre. Esas fechas. Sobre todo, ese amargo epitafio, el cual lo hacía rugir de risa, pero que por alguna razón no tenía nada divertido debajo de la risa.

Ese nombre. Ese epitafio.

—No importa —murmuró Thad—. El hijo de puta está muerto ahora. Pero la inquietud persistió.

Cuando Liz regresó con un gemelo recién cambiado y vestido en cada brazo, Thad seguía inclinado sobre el artículo.

—¿Yo lo asesiné?

Thaddeus Beaumont, una vez aclamado como el novelista más prometedor de Estados Unidos, y nominado en 1972 para el Premio Nacional al Libro, repite la pregunta pensativo. Se ve ligeramente confuso.

—Asesinato —dice de nuevo, en tono suave, como si nunca se le hubiese ocurrido esa palabra, aun cuando el asesinato era casi en lo único en que pensaba su "mitad siniestra", como Beaumont llama a George Stark.

Del tarro de barro de ancha boca junto a su antigua máquina (te escribir Remington 32, extrae un lápiz Berol Black Beauty (con lo único que escribía Stark, según Beaumont) y empieza a mordisquearlo suavemente. Por la apariencia de la docena, más o menos, de otros lápices en el tarro, el mordisqueo es una costumbre.

—No —dice al cabo, dejando caer el lápiz en el tarro—. Yo no lo asesiné —levanta la vista y sonríe. Beaumont tiene treinta y nueve años, pero cuando sonríe en esa forma abierta se le podría tomar por uno de sus alumnos—. George murió de causa natural.

Beaumont dice que George Stark fue idea de su esposa. Elizabeth Stephens Beaumont, una rubia tranquila y hermosa, se niega a recibir todo el crédito.

—Todo lo que hice —afirma— fue sugerir que escribiera una novela con otro nombre y viera qué pasaba con ella. Thad estaba sufriendo un serio bloqueo como escritor, y necesitaba un nuevo impulso. Y realmente —añade riendo— George Stark estuvo ahí todo el tiempo. Había visto señales de él en buena parte del material que Thad escribía de vez en cuando y dejaba sin terminar. Sólo se necesitaba sacarlo del clóset.

Según muchos de sus contemporáneos, los problemas de Beaumont eran más serios que un simple bloqueo de escritor. Por lo menos, dos escritores bien conocidos (quienes se negaron a que se les citara directamente), afirman que les había preocupado la cordura de Beaumont durante ese periodo crucial entre el primero y el segundo libro. Uno de ellos cree que Beaumont puede haber intentado suicidarse después de la publicación de Los bailarines repentinos, el cual obtuvo más aplausos de la crítica que regalías.

Cuando se le pregunta si alguna vez consideró el suicidio, Beaumont sólo mueve la cabeza y dice:

—Es una idea estúpida. El verdadero problema no era la aceptación popular; era bloqueo de escritor. Y eso es fatal para los escritores muertos.

Mientras tanto, Liz Beaumont seguía "conspirando" —palabra de Beaumont— en favor de la idea de un seudónimo.

—Me decía que por primera vez podría divertirme, si lo quería. Podía escribir cualquier cosa que quisiera sin que The New York Times Review estuviese mirando sobre mi hombro todo el tiempo. Me decía que podía escribir un cuento sobre el oeste, de misterio, o de ciencia ficción. O podía escribir una novela de crímenes.

Thad Beaumont sonríe.

—Creo que dejó esta sugerencia para el final a propósito. Sabía que había estado jugando con la idea de una novela de crímenes, aunque parecía que no podía concretarla.

—La idea de un seudónimo ejercía una extraña atracción en mí. Me sentía libre, en cierta forma, como un pasadizo secreto de escape, si entienden lo que quiero decir.

—Pero había algo más también. Algo que es muy difícil de explicar.

Beaumont extiende una mano hacia los lápices recién afilados en el tarro, y después la retira. Mira hacia la ventana que ocupa todo un muro en la parte posterior de su estudio, la cual da a una ostentosa primavera de árboles en pleno verdor.

—La noción de escribir con un seudónimo era como pensar en ser invisible —dice finalmente, con cierta vacilación—. Cuanto más jugaba con la idea, más sentía que estaría... bueno... reinventándome a mí mismo.

Sus manos se escabullen y esta vez logran hurtar uno de los lápices del tarro mientras su mente está ocupada en otras cosas.

Thad dio vuelta a la página y alzó los ojos hacia los gemelos en su doble silla alta. Los gemelos de niño y niña siempre eran tan fraternales, tan hermanos... o tan hermanas, si uno se quiere comportar como un cerdo chovinista. Sin embargo, Wendy y William eran tan idénticos como es posible serlo, sin ser idénticos.

William sonrió a Thad sobre su biberón.

Wendy también le sonrió sobre su biberón, pero ella lucía un accesorio del cual carecía su hermano, un solo diente a la vista, que le había brotado sin ninguna molestia, irrumpiendo simplemente a través de la superficie de la encía con la misma suavidad con que se desliza el periscopio de un submarino a través de la superficie del océano.

Wendy quitó una de sus manos regordetas del biberón de plástico. La abrió, mostrando una palma sonrosada y limpia. La cerró. La abrió. Un saludo estilo Wendy.

Sin mirar a su hermana, William retiró una de sus manos de su biberón, la abrió, la cerró, la abrió. Un saludo estilo William.

Thad, con toda solemnidad, levantó de la mesa una de sus manos, la abrió, la cerró, la abrió.

Los gemelos sonrieron sobre sus biberones.

Thad dirigió de nuevo la mirada a la revista. Ah, People, pensó, ¿dónde estaríamos, qué haríamos, sin ti? Esta es la

hora de las estrellas norteamericanas, amigos.

Desde luego, el escritor había sacado toda la ropa sucia que había que sacar, especialmente la mala racha de los cuatro años transcurridos desde que no se le concedió el Premio Nacional al Libro a Los bailarines repentinos, pero eso era de esperarse, y se dio cuenta de que no le molestaba gran cosa la exhibición. Por una parte, no estaba tan sucia, y por otra, siempre había pensado que era más fácil vivir con la verdad que con una mentira. Por lo menos, a la larga.

Lo cual, desde luego, planteaba la pregunta de si la revista People y "a la larga" tenían algo en común.

Oh, bien. Ya era demasiado tarde.

El nombre del sujeto que había escrito el artículo era Mike, de eso sí se acordaba, ¿pero Mike qué? Cuando se escribía para People, a menos que se fuese un conde chismorreando sobre la realeza, o upa estrella de cine chismorreando sobre otras estrellas de cine, la firma del autor del artículo aparecía al final. Thad tuvo que pasar cuatro páginas (dos de ellas de anuncios a toda plana), para encontrar el nombre. Mike Donaldson. Mike y Thad se habían quedado conversando hasta tarde, hablando pura mierda, y cuando Thad le preguntó al hombre si realmente le importaría a alguien el que hubiese escrito unos cuantos libros con otro nombre, la respuesta de Donaldson había provocado fuertes carcajadas en Thad.

—Las encuestas demuestran que la mayoría de los lectores de People tienen narices extremadamente estrechas. Eso dificulta que se las puedan hurgar, así que hurgan las de tantas personas como pueden. Seguramente querrán saber todo lo que se relacione con tu amigo George.

—No es mi amigo —había respondido Thad, riendo todavía. Ahora Thad preguntó a Liz, quien se había dirigido a la estufa:

—¿Tienes todo listo, cariño? ¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien —dijo—. Sólo estoy preparando una papilla para los niños. ¿Aún no te hartas de ti mismo?

—No todavía —dijo Thad con gran candor y volvió al artículo.

—Realmente, la parte más difícil fue encontrar el nombre adecuado —continúa Beaumont, rozando el lápiz con los dientes—. Pero era importante. Sabía que podía funcionar. Sabía que podría romper el bloqueo con el que estaba luchando... si tenía una identidad. La identidad idónea, una que estuviese separada de la mía.

—¿Cómo elegiste el nombre de George Stark?

—Bueno, hay un escritor de novelas de crímenes llamado Donald E. Westlake —explica Beaumont—. Y con su nombre verdadero, Westlake utiliza la novela de crímenes para escribir esas comedias sociales y divertidas acerca de la vida y costumbres norteamericanas.

Pero a partir de los primeros años de la década de los sesenta y asta mediados de los años setenta, escribió una serie de novelas bajo el nombre de Richard Stark, y esos libros son muy diferentes. Son acerca de un hombre llamado Parker, quien es un ladrón profesional. No tiene pasado ni futuro, y en los mejores libros, su único interés es el robo.

Como quiera que sea, por razones que tendríamos que preguntarle a Westlake, con el tiempo dejó de escribir novelas sobre Parker, pero nunca olvidé algo que Westlake mencionó después que se descubrió el seudónimo. Dijo que él escribía libros los días soleados y Stark lo relevaba los días lluviosos. Me gustó eso, porque los días eran lluviosos para mí, entre 1973 y principios de 1975.

—En el mejor de estos libros, Parker realmente es más un robot asesino que un hombre. El ladrón robado es un tema muy consistente en ellos. Y Parker acaba con los tipos malos, me refiero a los otros tipos malos, exactamente como un robot que ha sido programado con un solo objetivo. "Quiero mi dinero", dice, y eso es casi todo lo que dice. "Quiero mi dinero, quiero mi dinero". ¿Te recuerda a alguien?

El entrevistador asiente. Beaumont está describiendo a Alexis Machine, el principal personaje de la primera y la última de las novelas de George Stark.

—*A la manera de Machine* hubiera terminado en la forma en que empezó, lo hubiese enterrado en un cajón para siempre —dice Beaumont—. El publicarla había sido un plagio. Pero cerca de la cuarta parte del camino, encontró su propio ritmo, y todas las piezas parecieron encajar en su lugar.

El entrevistador pregunta si lo que quiere decir Beaumont es que después de trabajar un tiempo en el libro, George Stark despertó y empezó a hablar.

—Sí —dice Beaumont—. Algo muy cercano a eso.

Thad levantó la vista, casi riéndose de nuevo en contra de su voluntad. Los gemelos lo vieron sonreír y le devolvieron la sonrisa sobre los guisantes molidos que les estaba dando Liz. Lo que realmente había dicho, según recordaba, era: "¡Cristo, qué melodramático! ¡Se oye como la parte de Frankenstein cuando el relámpago cae por fin sobre el pararrayos en el almenado más alto del castillo y enciende al monstruo!

—Nunca terminaré de darles de comer si no dejas de hacer eso —observó Liz. En la punta de la nariz, tenía una mancha muy pequeña de puré de guisantes, y Thad sintió un apremio absurdo por quitársela con un beso.

—¿Hacer qué?

—Tú sonríes, ellos sonríen. No es posible darle de comer a un bebé que está sonriendo, Thad.

—Perdón —dijo humildemente, y les guiñó un ojo a los gemelos. Sus sonrisas idénticas, bordeadas con verde, se ensancharon por un momento.

Después, bajó los ojos y siguió leyendo.

—Empecé *A la manera de Machine* una noche de 1975, cuando ya había tomado una decisión acerca del nombre, pero hubo otra cosa más. Enrollé una hoja de papel en la máquina de escribir en cuanto me sentí dispuesto a empezar... y la saqué enseguida. Todos mis libros los he mecanografiado, pero aparentemente, George Stark no congeniaba con las máquinas de escribir.

Otra vez aparece brevemente la sonrisa.

—Tal vez se debiera a que no daban clases de mecanografía en ninguno de los hoteles de piedra donde pasó algunas temporadas.

Beaumont se está refiriendo al resumen biográfico que aparece en la sobrecubierta de los libros de George Stark y el cual dice que el autor tiene treinta y nueve años y ha cumplido condenas en tres prisiones diferentes, acusado de incendio premeditado, asalto con arma mortífera, y asalto con intento homicida. Sin embargo, el resumen biográfico sólo es parte de la historia; Beaumont también muestra una semblanza de autor de Darwin Press, la cual describe la historia de su alter ego con la minuciosidad que sólo un buen novelista puede crear a base de imaginación. Desde su nacimiento en Manchester, New Hampshire, hasta su residencia final en Oxford, Mississippi, todo está ahí, excepto el entierro de George Stark, seis semanas antes, en el cementerio Homeland en Castle Rock, Maine.

—Encontré en un cajón de mi escritorio una vieja libreta de apuntes, y utilicé éstos —señala hacia el tarro de lápices, y se le ve levemente sorprendido al darse cuenta de que está sosteniendo uno de ellos en la mano con que apunta—. Empecé a escribir, y no me enteré de nada hasta que Liz llegó a decirme que era medianoche, y que si pensaba acostarme alguna vez.

Liz Beaumont tiene su propio recuerdo de esa noche. Ella dice:

—Me desperté a las 11:45 y vi que él no estaba en la cama y pensé, "Bueno, está escribiendo". Pero no se oía la máquina de escribir, y me asusté un poco.

Su rostro sugiere que pudo haber sido más que sólo un poco.

—Cuando bajé y lo vi garabateando en esa libreta de apuntes, me podrían haber derribado con un plumazo —Liz se ríe—. Su nariz casi tocaba el papel.

El entrevistador le pregunta si se sintió aliviada.

En tono suave, mesurado, Liz Beaumont responde:

—Muy aliviada.

—Repasé hacia atrás la libreta de apuntes y vi que había escrito dieciséis páginas sin un solo tachón —dice Beaumont—. Y había reducido a viruta en el sacapuntas tres cuartas partes de un lápiz nuevo —mira el tarro con una expresión que podría ser de melancolía o de humor velado—. Me imagino que ahora que George ha muerto, tendré que tirar esos lápices. Yo no los uso. Lo he intentado. Sencillamente, no funciona. No puedo trabajar sin una máquina de escribir. Se me cansa la mano y se pone torpe. A George nunca le pasó eso.

Beaumont da un vistazo hacia arriba y hace un guiño enigmático.

—¿Cariño? —Thad mira hacia su esposa, quien está concentrada en conseguir que le entren a William los últimos guisantes. El niño parecía estar acumulando una buena parte de ellos en su babero.

—¿Qué?

—Observa esto un segundo.

Liz lo complació. Thad guiñó los ojos.

—¿Fue eso enigmático? —No, amor.

—No pensé que lo fuera.

El resto del relato es otro capítulo irónico en la historia más extensa de lo que Thad Beaumont denomina lo que "la gente chalada llama la novela."

En junio de 1976, la pequeña editorial Darwin Press publicó *A la manera de Machine* (el Beaumont "real" había sido publicado por Dutton) y se convirtió en el éxito sorpresa del año, llegando al número uno en la lista de libros de más venta, de costa a costa. También se llevó al cine con un éxito arrollador.

—Durante largo tiempo esperé que alguien descubriera que yo era George y George era yo —dice Beaumont—. Los derechos de autor estaban registrados a nombre de George Stark, pero mi representante lo sabía, y su esposa ahora están divorciados, pero ella sigue siendo socia mayoritaria en el negocio y, desde luego, también estaban enterados los ejecutivos superiores y el contralor de Darwin Press. Sobre todo, este último debía saberlo, ya que George podía escribir novelas a mano, pero tenía un pequeño problema para endosar los cheques. Y, por supuesto, la oficina de impuestos tenía que saberlo. Liz y yo pasamos cerca de año y medio esperando que alguien descubriera el pastel. No sucedió nada. Creo que únicamente se debió a la suerte, y eso demuestra que cuando crees que alguna persona seguramente soltará la lengua, todos mantienen la boca cerrada.

Y continuaron cerrándola durante los siguientes diez años, mientras el evasivo señor Stark, un escritor bastante más prolífico que su otra mitad, publicaba otras tres novelas. Ninguna de ellas repitió el sensacional éxito de *A la manera de Machine*, pero todas ellas aparecieron en la lista de libros de mayor venta.

Después de una pausa larga y reflexiva, Beaumont empieza a hablar acerca de las razones por las que, finalmente, decidió terminar con la lucrativa charada.

—Es necesario recordar que George Stark sólo era un hombre de papel, después de todo. Lo disfruté por largo tiempo... y demonios, el tipo ganaba dinero. Yo lo llamaba mi dinero para "vete al diablo". El simple hecho de saber

que podía dejar la enseñanza si lo quería, y seguir pagando la hipoteca de la casa, tenía un efecto tremendamente liberador en mí.

Pero quería volver a escribir mis propios libros, y a Stark se le estaba agotando el tema. Tan sencillo como eso. Yo lo sabía, Liz lo sabía, mi representante lo sabía... creo que incluso el editor de George en Darwin Press lo sabía. Pero si conservaba el secreto, a la larga, la tentación de escribir otra novela de George Stark sería demasiado fuerte. Soy tan vulnerable al canto de sirena del dinero como cualquier otro. Parecía que la solución consistía en clavarle una estaca en el corazón de una vez por todas.

En otras palabras, divulgar la verdad. Eso es lo que hice. Y es lo que ahora estoy haciendo, en realidad.

Thad terminó de leer el artículo con una leve sonrisa. De repente, su asombro ante las fotografías montadas de People le pareció un poco mojigato, un poco afectado. Los fotógrafos de revistas no eran los únicos que algunas veces arreglaban las cosas de modo que dieran la apariencia que querían y esperaban los lectores. Suponía que una gran parte de los entrevistados también lo hacía, en mayor o menor grado. Pero pensaba que él podía haber sido más apto para arreglar las cosas; después de todo, era novelista... y un novelista no es más que un sujeto a quien se le paga por contar mentiras. Cuanto más grandes las mentiras, mejor paga recibe.

A Stark se le estaba agotando el tema. Tan sencillo como eso.

Cuán directo.

Cuán persuasivo.

Cuán absolutamente lleno de mierda.

—¿Cariño?

—¿Hmmm?

Liz estaba tratando de limpiar a Wendy con un paño. A Wendy no le agradaba mucho la idea. No paraba de mover su pequeño rostro de un lado a otro, balbuceando indignada, mientras Liz intentaba atraparla con el paño. Thad pensó que su esposa a la larga le daría alcance, aunque suponía que siempre cabía la posibilidad de que se cansara primero. Parecía que Wendy también pensaba que podía darse esa circunstancia.

—¿Hicimos mal en mentir acerca de la parte que jugó Clawson en todo esto?

—No mentimos, Thad. Unicamente omitimos su nombre.

—¿Era un tipo repugnante, verdad?

—No, cariño.

—¿No lo era?

—No —dijo Liz serenamente. Ahora estaba empezando a limpiar el rostro de William—. Era un sucio pequeño rastrezoide. Thad resopló.

—¿Un rastrezoide?

—En efecto. Un rastrezoide.

—Creo que es la primera vez que oigo esa palabra en mi vida.

—La vi en una caja de una videocinta la semana pasada cuando estaba en la tienda de la esquina buscando algo para rentar. Una película de terror llamada Los rastrezoides. Y pensé: "Maravilloso. Alguien filmó una película sobre Frederick Clawson y su familia. Tengo que decírselo a Thad. Pero lo había olvidado hasta ahora.

—¿Así que te sientes bien respecto a eso?

—Muy bien, realmente —dijo Liz, y con la mano que sostenía el paño señaló primero a Thad y después a la revista abierta sobre la mesa. Thad, tú te diste un buen agasajo con todo eso. People se dio un gran agasajo con todo esto. Y Frederick Clawson obtuvo mierda... que era exactamente lo que se merecía.

—Gracias —dijo Thad.

Liz encogió los hombros.

—Claro. A veces te angustias demasiado, Thad. —¿Ese es el problema?

—Sí, todo el problema... i William, por favor! Thad, si tan sólo me ayudaras un poco...

Thad cerró la revista y llevó a Will a la habitación de los gemelos siguiendo a Liz, quien cargaba a Wendy. El regordete bebé se sentía cálido y agradablemente pesado, los brazos colocados casualmente alrededor del cuello de Thad, mientras miraba todo con los ojos muy abiertos y su interés acostumbrado. Liz recostó a Wendy en una de las mesas para cambiarlos; Thad recostó a Will en la otra. Los pañales mojados se cambiaron por secos, Liz con más rapidez que Thad.

—Bien —dijo Thad—, salimos en la revista People y ahí termina todo, ¿verdad?

—Sí —respondió Liz y sonrió. Algo en esa sonrisa no le pareció auténtico a Thad, pero recordó sus propios accesos extraños de risa y decidió no hacer ningún comentario. Algunas veces no se sentía muy seguro acerca de las cosas, era una especie de analogía mental con su torpeza física, y llegaba a fastidiar a Liz. Ella rara vez le respondía con aspereza, pero en ocasiones, Thad podía observar que cuando persistía demasiado, el cansancio se deslizaba en los ojos de ella.

¿Qué era lo que había dicho? A veces te angustias demasiado, Thad. Fijó los broches de los pañales de Will, manteniendo, mientras trabajaba, el antebrazo sobre el estómago del bebé, que se retorcía alegremente, para impedir que se cayera de la mesa y se matara, como parecía determinado a hacerlo.

¡Bugguyra! —gritó Will. —Sí —coincidió Thad. —¡Divvit! —vociferó Wendy.

—Me parece bien —asintió Thad.

—Es bueno que esté muerto —dijo Liz súbitamente.

Thad levantó la vista. Meditó por un momento, y después asintió.

No era necesario especificar de quién se trataba; ambos lo sabían. —Sí.

—No me gustaba mucho.

Maldita cosa para decir acerca de tu marido, casi respondió, pero no lo hizo. No tuvo nada de raro, porque Liz no estaba hablando de él. Los métodos de escribir de George Stark no habían sido la única diferencia esencial entre los dos.

—A mí tampoco —dijo—. ¿Qué vamos a cenar?

II
La casa en ruinas

1

Esa noche, Thad tuvo una pesadilla. Despertó de ella casi a punto de llorar y temblando como un cachorrillo atrapado en una tormenta. En el sueño, estaba con George Stark, sólo que George era un agente de bienes raíces, en vez de un escritor, y todo el tiempo se mantenía de pie detrás de Thad, por lo que únicamente era una voz y una sombra.

2

La semblanza de autor de Darwin Press, la cual Thad había escrito justo antes de empezar El blues de Oxford, la segunda obra literaria de George Stark, indicaba que Stark conducía "una camioneta pick up GMC modelo 1967, que se sostenía en pie por medio de buenos deseos y base para pintura." Sin embargo, en el sueño, habían viajado en un Toronado negro como la muerte, y Thad supo que se había equivocado en la parte de la camioneta. Esto era lo que conducía Stark. Esta carroza de gran potencia.

El Toronado tenía levantada la suspensión y no parecía el auto de un agente de bienes raíces en absoluto. Más bien se veía como el vehículo apropiado para un gángster de tercera categoría. Thad lo miraba por encima del hombro mientras caminaban hacia la casa que, por alguna razón, Stark le estaba mostrando. Pensó que vería a Stark, y un acceso de miedo intenso se deslizó en su corazón. Pero ahora Stark estaba detrás de su otro hombro (aunque Thad no tenía idea de cómo había llegado ahí tan rápida y silenciosamente), y todo lo que podía ver era el automóvil, una tarántula de acero, centelleando a la luz del sol. En la defensa trasera levantada, había un engomado, EL MÁS FABULOSO HIJO DE PERRA, decía. A los lados izquierdo y derecho de las letras, estaba un cráneo y unas canillas cruzadas.

La casa a donde lo había llevado Stark era su propia casa, no la morada de invierno, cerca de la Universidad, sino el lugar de verano en Castle Rock. La bahía norte del Lago Castle se abría detrás de la casa, y Thad podía oír el débil sonido de las olas susurrando contra la playa. En el pequeño tramo de césped contiguo a la entrada había un cartel que decía SE VENDE.

—¿Bonita casa, verdad? —casi murmuró Stark detrás del hombro de Thad. Su voz era áspera pero acariciante, como el lamido de la lengua de un gato.

—Es mi casa —respondió Thad.

—Estás equivocado. El dueño de esta casa está muerto. Asesinó a su esposa y a sus hijos y después se suicidó. Jaló el gatillo. Cataplum, respingó y hasta luego. Tenía esa vena en él. No tenías que fijarte mucho para verla. Se podía decir que era muy "visible".*

—¿Se supone que eso es gracioso? —intentó preguntarle, sentía que era muy importante demostrar a Stark que no le tenía miedo. Y era importante porque estaba profundamente aterrorizado. Pero antes de que pudiera construir las palabras, una gran mano que parecía no tener líneas en ella (aunque era difícil percibirlo con seguridad debido a que, por la forma en que estaban doblados, los dedos proyectaban una sombra confusa sobre la palma), pasó sobre su hombro y balanceó un manojo de llaves ante su rostro.

No, no las balanceó. Si sólo hubiese sido eso, podría haber hablado de todos modos, incluso podría haber apartado las llaves para demostrarle lo poco que le temía a este espantoso hombre que insistía en pararse detrás de él. Pero la mano acercaba las llaves a su rostro. Thad tuvo que agarrarlas para impedir que se estrellaran contra su nariz.

Colocó una de ellas en la cerradura de la puerta del frente, una pulida extensión de roble, interrumpida únicamente por la perilla y el aldabón de bronce, el cual semejaba un pájaro pequeño. La llave giró fácilmente, y eso fue extraño puesto que no era la llave de una casa, sino la tecla de una máquina de escribir adherida al extremo de una larga barra de acero. Todas las demás llaves en el arillo parecían ser llaves maestras, del tipo que usan los ladrones.

Tomó la perilla y le dio vuelta. Cuando lo hizo, la madera con marco de hierro de la puerta se encogió y contrajo en sí misma con una serie de explosiones tan sonoras como fuegos artificiales. A través de las nuevas grietas entre los tablones se veía la luz y el polvo salía a bocanadas. Se escuchó el chasquido de algo que se rompía y una de las piezas decorativas de herrería se desprendió de la puerta y golpeó el umbral junto a los pies de Thad. Thad dio un paso hacia el interior.

Se resistía a entrar; quería permanecer en la escalinata de la entrada y discutir con Stark. ¡Más aún! Increparlo, preguntarle por qué en nombre de Dios estaba haciendo eso, pues la idea de penetrar en la casa era aun más atemorizante que Stark mismo. Pero esto era un sueño, un mal sueño, y le parecía que la falta de control era la esencia de los sueños desagradables. Era como estar en una montaña rusa que en cualquier segundo podría encrestarse en una pendiente y arrojarte contra un muro de ladrillos, donde la muerte sería tan asquerosa como la de un insecto aplastado con un matamoscas.

** El autor utiliza la palabra stark. (N. de la T)*

El vestíbulo familiar se había vuelto desconocido, casi hostil, y esto se debía simplemente a la ausencia del tapete decolorado del pasillo, el cual Liz constantemente amenazaba con cambiar... y aunque en el sueño mismo esto parecía un detalle sin importancia, a este pormenor era al que la mente de Thad continuaba volviendo más tarde, tal vez porque era auténticamente espeluznante, espeluznante fuera del contexto del sueño. ¿Qué seguridad podía tener una vida si la substracción de algo tan insignificante como el tapete de un vestíbulo le ocasionaba esos sentimientos tan intensos de desconexión, desorientación, tristeza y temor?

Le desagradaba el eco que producían sus pasos en el piso de madera dura, y no sólo porque hacían que la casa sonara como si hubiese dicho la verdad el villano detrás de él, que estaba deshabitada, llena del silencioso dolor de ausencia. No le agradaba el ruido porque sus propios pasos le sonaban perdidos y pavorosamente tristes.

Quería darse media vuelta y salir, pero no podía hacerlo. Stark estaba detrás de él, y de alguna forma, sabía que Stark sostenía ahora la navaja de resorte con empuñadura de nácar de Alexis Machine, la misma que su amante había utilizado al final de *A la manera de Machine* para cortarle el rostro al bastardo.

Si se daba vuelta, George Stark haría unos cuantos cortes por su cuenta.

La casa podía estar sin habitantes, pero excepto por los tapetes (la alfombra de pared a pared en color salmón de la sala, también había desaparecido), todos los muebles aún seguían ahí. Sobre la pequeña mesa de abeto al fondo del vestíbulo, desde donde se podía seguir directo hasta la sala con el alto techo estilo catedral y la ventana de todo el muro que veía hacia el lago, o darse vuelta a la derecha para entrar a la cocina, había un jarrón con flores. Thad lo tocó y éste explotó en fragmentos, envueltos en una nube de polvo de cerámica con olor acre. Fluyó agua estancada, y la media docena de rosas de jardín que habían estado floreciendo ahí, ya estaban muertas y de un color negro gris antes de que cayeran en el charco de agua maloliente en la mesa. Thad tocó la mesa. La madera produjo un chasquido seco, abrasante, y la mesa se dividió en dos, dando la impresión de desmayarse, más que caer sobre el piso de madera desnuda, en dos pedazos separados.

—¿Qué le has hecho a mi casa? —le gritó al hombre detrás de él... pero sin darse vuelta. No necesitaba volverse para verificar la presencia de la navaja de resorte, la cual, antes de que Nonie Griffiths la usara en Machine, dejándole las mejillas colgando en lengüetas blancas y rojas, y un ojo pendiendo de la cuenca, Machine mismo la había empleado para despellejar las narices de sus "rivales en negocios".

—Nada —dijo Stark, y Thad no tuvo que verlo para verificar la presencia de la sonrisa que escuchó en la voz del hombre—. Tú eres quien lo está haciendo, pedazo de asno.

En eso, ya estaban en la cocina.

Thad acercó la mano a la estufa y ésta se rompió en dos, con un ruido apagado como el tañido de una gran campana cuajada con suciedad. Las parrillas saltaron deformadas, como extraños sombreros espirales movidos por un ventarrón. Del centro de la estufa salió en remolino un hedor pernicioso y al asomarse, Thad vio un pavo. Estaba putrescente y fétido. De una cavidad del ave manaba un líquido negro lleno de pedazos innombrables de carne.

—A eso le llamamos relleno de inmundicia aquí —comentó Stark detrás de él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thad—. ¿A dónde te refieres con aquí?

—La Villa Final —dijo Stark con calma—.. Este es el lugar donde terminan todos los servicios de trenes, Thad.

Añadió algo; más, pero Thad no lo captó. La bolsa de Liz estaba en el piso y Thad se tropezó con ella. Cuando se aferró ala mesa de la cocina para, no caerse, la mesa se desmoronó sobre el linóleum hecha astillas y aserrín, Un clavo, brillante giró en un rincón, con un diminuto ruido metálico y gorjeante.

—¡Para esto de inmediato!.—gritó Thad—. ¡Quiero despertar!, ¡Odio romper cosas!

—Tú siempre fuiste el torpe, pedazo de asno —dijo Stark. Hablaba, como si Thad hubiera tenido muchos hermanos, todos ellos tan delicados como gacelas.

—No, tengo que serlo — le informó Thad con una voz ansiosa que oscilaba al borde de un quejido—. No tengo porqué ser torpe. No tengo porqué romper cosas—. Cuando soy cuidadoso; todo sale bien.

—Sí, lástima que ya no seas cuidadoso —dijo Stark con la misma voz sonriente de sólo-te-estoy-comentando-cómo-están-las-cosas. Nuevamente estaban en el vestíbulo.

Aquí estaba Liz, sentada con las piernas, extendidas en el rincón.. de la puerta que llevaba a la leñera, una zapatilla puesta, la otra caída. Llevaba medias de nylon, y. Thad pudo ver un punto corrido en una de ellas. Tenía la cabeza baja, y el cabello rubio miel ligeramente rebelde, oscurecía su rostro. Thad no quería verle el rostro. Así como no había necesitado ver la navaja ola sonrisa cortante de Stark para saber que ambas estaban ahí, no necesitaba ver el rostro de Liz para darse cuenta de que no estaba durmiendo o inconsciente, sino muerta.

—Enciende las luces, podrás ver mejor —dijo Stark con esa misma voz sonriente de sólo estoy pasando el rato contigo mi amigo. Su mano apareció sobre el hombro de Thad señalando las lámparas, que el mismo Thad había instalado hacía algún tiempo . Eran eléctricas, desde luego, pero lucían auténticas: dos quinqués montados en un astil de madera y controlados con un reductor de intensidad en el muro.

—¡No quiero ver!—

Estaba tratando de que su voz sonara firme y segura; pero todo esto empezaba a angustiarlo. En su voz podía oír un timbre interrumpido, arrastrado, que significaba que estaba a punto de echarse a llorar, Y de todos modos, aparentemente lo que decía no cambiaba la situación ,ya que llevo la mano al interruptor en el muro. Cuando lo tocó, entre sus dedos se escurrió un fuego eléctrico azul, indoloro, tan espeso que más parecía gelatina que luz. La perilla redonda del interruptor color mármol se volvió negra, salió volando del muro y cruzó por la habitación como un platillo volador en miniatura. Rompió la pequeña ventana en el otro extremo y desapareció en un día que había adquirido un

extraño tono verdoso de luz, como cobre deteriorado por la intemperie.

Los quinqués relucían con un brillo sobrenatural y el astil empezó a girar, enrollando la cadena que sujetaba las lámparas, y por toda la habitación volaban sombras en una danza lunática de carrusel. Primero una y después la otra, estallaron las bombillas de las lámparas, rociando a Thad con los cristales.

Sin pensarlo, saltó hacia adelante y agarró a su esposa inerte, con la intención de quitarla de ese lugar bajo la cadena antes de que ésta se soltara y dejara caer el pesado astil de madera sobre ella. Este impulso fue tan intenso que predominó sobre todo lo demás, incluyendo su conocimiento indudable de que era inútil, estaba muerta. Stark podía desprender el Empire State y soltarlo sobre ella, y no hubiese importado. A ella no, por lo menos. Ya no.

Cuando deslizó los brazos por debajo de los de ella, y enlazó las manos entre los omóplatos de su esposa, el cuerpo se movió hacia adelante y la cabeza quedó colgando hacia atrás. La piel de su rostro se estaba agrietando como la superficie de un jarrón Ming. Los ojos vidriados explotaron súbitamente. Un horrible líquido gelatinoso verde, espantosamente tibio se derramó sobre su rostro. La boca se entreabrió y los dientes salieron disparados en una tormenta blanca. Thad pudo sentir una pequeña firmeza lisa que acribillaba sus mejillas y frente. De las encías deshuesadas salía un chorro de sangre medio coagulada. La lengua rodó de la boca y cayó a plomo en el regazo de su falda, como un sangriento trozo de serpiente.

Thad empezó a estremecerse, en el sueño y no en la vida real, gracias a Dios, o hubiese alarmado terriblemente a Liz.

—Todavía no termino contigo, maricón —dijo suavemente George Stark detrás de él. Su voz ya no era sonriente. Era una voz tan fría como el Lago Castle en noviembre—. Recuerda eso. No quieras joderme, porque si te propones joderme...

3

Thad despertó con una sacudida, el rostro mojado, y la almohada, la cual había apretado compulsivamente contra el rostro, también estaba mojada. La humedad podía haber sido sudor o podían haber sido lágrimas.

—Estás jodiendo con el mejor —terminó en la almohada, y quedó postrado en el lecho, las rodillas pegadas al pecho, temblando inconteniblemente.

—¿Thad? —murmuró Liz con voz apagada desde la espesura de su propio sueño—. ¿Están bien los gemelos?

—Están bien —logró musitar—. Yo... nada. Vuélvete a dormir.

—Sí, todo... —Liz dijo algo más, pero no lo captó igual que no había podido captar lo que había dicho Stark después de afirmar que la casa en Castle Rock era la Villa Final... el lugar donde terminan todos los servicios de trenes.

Thad permanecía dentro de su propio contorno sudoroso en la sábana, soltando lentamente la almohada. Se frotó el rostro con el brazo desnudo, y esperó que el sueño lo liberara, esperó que lo dejaran en paz los temblores. Y así fue, pero con una lentitud sorprendente. Al menos había conseguido no despertar a Liz.

Meditativo, clavó la mirada en la oscuridad; no pretendía encontrarle sentido al sueño, sólo quería desaparecerlo, y después de un tiempo interminable, Wendy se despertó en la habitación contigua y empezó a llorar para que la cambiaran. William, desde luego, despertó momentos más tarde, decidiendo que él también necesitaba un cambio, aunque cuando Thad le quitó los pañales, los encontró completamente secos.

Liz se despertó de inmediato y caminó dormida hasta la habitación de los niños. Thad la siguió, considerablemente más despierto y agradecido, por una vez, de que los gemelos requirieran atención a mitad de la noche. A mitad de esta noche, en cualquier caso. Thad cambió a William, mientras Liz cambiaba a Wendy, casi sin hablar ninguno de los dos, y cuando volvieron a la cama Thad sintió gratitud al darse cuenta de que nuevamente iba a quedarse dormido. Había pensado que era probable que no pudiera volver a dormir esa noche. Y cuando se había despertado con la imagen de la explosiva descomposición de Liz todavía vívida ante los ojos, había pensado que nunca más podría volver a dormir.

Mañana ya habrá desaparecido, como pasa siempre con los sueños.

Este fue su último pensamiento en vela de la noche, pero cuando despertó a la mañana siguiente, recordaba el sueño con todos los detalles (si bien el eco perdido y solitario de sus pisadas en el corredor desnudo, era el único que conservaba todo su color emocional) y no se desvaneció en el transcurso de los días como sucede generalmente con los sueños.

Ese era uno de los raros, sueños que conservaba con él, tan real como un recuerdo. La llave que era como una tecla de máquina de escribir, la palma sin líneas y la voz seca; casi sin modulación de George Stark, diciéndole detrás del hombro que todavía no había terminado con él, y que cuando se jodía a este fabuloso hijo de perra, se estaba jodiendo al mejor.-

III
El blues del cementerio

1

El nombre del jefe de la cuadrilla de tres hombres encargada de cuidar los parques y jardines de Castle Rock era Steven Holt, pero todos los habitantes en The Rock le llamaban Digger.* Es un apodo que comparten miles de guardas de parques y jardines en miles de pequeños pueblos en Nueva Inglaterra. Como la mayoría de ellos, Holt tenía a su cargo una cantidad considerable de trabajo, dado el reducido tamaño de su cuadrilla. El pueblo tenía dos campos de Ligas Menores de béisbol que necesitaban atención, uno cerca del puente, de ferrocarril entre Castle Rock y Hariow, el otro en Castle View; había un centro cívico que requería sembrarse en la primavera, segarse en el verano, retirarlas hojas en el otoño (por no mencionar los árboles que hacía falta podar y algunas veces cortar, el mantenimiento del estrado de la banda y los asientos a su alrededor); también estaban los parques públicos, uno en Castle Stream, cerca del antiguo aserradero, el otro en el camino a Castle Falls, donde, desde tiempo inmemorial, se habían concebido incontables frutos del amor.

Holt pudo haberse encargado de todo esto sin que hubiera motivo para que dejara de ser el viejo Steve Holt hasta el día de su muerte. Pero en Castle Rock también había tres cementerios, cuyo cuidado, asimismo, estaba a cargo de Holt y su cuadrilla. El plantar en la tierra a los clientes era la menor de las tareas que implicaba el mantenimiento del cementerio. Las labores incluían plantar, limpiar, y renovar el césped. La recolección de basura. Después de los días festivos había que retirar las flores marchitas y las banderas descoloridas; el día en honor de los muertos en la guerra dejaba la pila de mierda más grande que se tenía que recoger, pero el 4 de julio, el día de las madres y el día del padre, también eran muy laboriosos. Y además estaba la limpieza de los ocasionales comentarios irrespetuosos que los chicos garabateaban en tumbas y lápidas.

Todo esto, desde luego, no le interesaba al pueblo. El plantado de los clientes en la tierra era lo que les adjudicaba el apodo a los sujetos como Holt. Su madre lo había bautizado Steven, pero era Digger Holt, y había sido Digger Holt desde que tomó el empleo en 1964, y sería Digger Holt hasta el día de su muerte, aun cuando cambiara de trabajo, lo cual, a la edad de setenta y un años, era difícil.

A las siete de la mañana de ese miércoles que era el primero de junio, un estupendo y brillante día previo al verano, Digger condujo su camioneta hasta el cementerio Homeland y se bajó para abrir las rejas de hierro. Las rejas tenían cerradura, pero sólo se usaba dos veces al año, la noche de graduación en la preparatoria y en Halloween. Una vez abiertas las rejas, condujo lentamente por la vereda central.

Esa mañana, la tarea se reducía estrictamente a un recorrido de inspección. Junto a él, llevaba una tablilla con un block de papel, en donde anotaba las áreas del cementerio que requerirían arreglos entre ahora y el día del padre. Una vez que hubiese terminado con Homeland, iría al cementerio Grace, al otro lado del pueblo, y después, al camposanto Stackpole, en la intersección de Stackpole Road y Town Road número 3. Esta misma tarde, él y su cuadrilla empezarían cualquier trabajo que se necesitara. Seguramente no sería demasiado pesado; el trabajo más duro ya se había efectuado a fines de abril, fecha que Digger consideraba como la época de limpieza de la primavera.

Durante esas dos semanas, él, Dave Phillips y Deke Bradford, quien era el jefe del departamento de obras públicas del pueblo, habían trabajado días de diez horas, como lo hacían cada primavera, limpiando alcantarillas tapadas, renovando el césped en los lugares donde el deshielo de la primavera había arrasado los terrenos bajos, enderezando lápidas y monumentos que habían sido derribados por los ondulamientos de la tierra. En primavera había un millar de tareas, grandes y pequeñas, y cuando Digger se iba a casa, apenas podía mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para prepararse una cena ligera y tomarse una lata de cerveza antes de desplomarse en la cama. Las limpiezas de primavera siempre terminaban el mismo día; aquel en que sentía que el constante dolor de espalda lo haría perder la razón.

El acicalamiento de junio, si bien menos duro, era importante. A fines de junio, los veraneantes empezarían a llegar en las acostumbradas muchedumbres, y con ellos, los antiguos residentes (y sus hijos) que se habían mudado a otras partes del país con mejor clima, o más lucrativas, pero que aún poseían propiedades en el pueblo. Estas personas eran las que Digger consideraba como las más insoportables, ya que invariablemente armaban una bronca si faltaba una paleta en la rueda hidráulica del aserradero, o si la lápida del tío Reginald se había volcado sobre la inscripción.

Bien, ya vendría el invierno, pensó. Con eso se consolaba a sí mismo todas las temporadas, incluyendo ésta, cuando el invierno parecía tan distante como un sueño.

Homeland era el panteón más grande y bello del pueblo. La vereda central era casi tan ancha como un camino normal, y la cruzaban cuatro veredas más angostas, poco más que un carril, con césped cuidadosamente podado entre ellas. Digger condujo por la avenida central a través de Homeland, cruzó la primera y la segunda intersección; llegó a la tercera... y hundió el freno de golpe.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó, apagó el motor de la camioneta y descendió de ella. Caminó por la vereda hasta un desordenado agujero en el pasto a quince metros de distancia y a la izquierda de la intersección. Terrones parduscos y pilas de tierra rodeaban el agujero como metralla alrededor de una explosión de granada—. ¡Jodidos chicos!

** Digger significa excavador. (N. de la T)*

Se detuvo junto al agujero, las grandes manos callosas plantadas en las caderas de los pantalones de trabajo verde decolorado. Esto era un desastre. En más de una ocasión, él y sus compañeros habían tenido que poner todo en orden después de que un grupo de chiquillos se había animado, tal vez con la ayuda del alcohol, a llevar a cabo una excavación de tumbas a media noche; generalmente era un rito de iniciación, o un puñado de adolescentes cabezas huecas, cachondos con la luz de la luna, dándose un agasajo. Hasta donde sabía Digger Holt, ninguno de ellos había extraído realmente un ataúd o, Dios no lo permita, desenterrado a uno de los clientes de paga; sin importar qué tan ebrios estuviesen estos regocijados asnos, por lo común no había más que excavar un agujero de treinta o cincuenta centímetros de profundidad antes de cansarse del juego y marcharse. Y, aunque el excavar agujeros en uno de los osarios locales era de mal gusto (es decir, a menos que quien excavara fuese un sujeto como Digger, (a quien se le pagaba y tenía pleno poder para plantar a los clientes), el desorden no era tan terrible. Generalmente.

Sin embargo, este caso no encajaba en esa categoría.

El agujero no estaba definido; sólo era una mancha, indudablemente no se veía como una tumba, con las esquinas nítidamente cuadradas y de forma rectangular. Era más profundo que los que acostumbraban excavar los ebrios y los chicos de la preparatoria, pero su profundidad no era uniforme, menguaba a una especie de cono, y cuando Digger se dio cuenta de lo que parecía el agujero, sintió que un desagradable escalofrío le recorría la espina.

Su aspecto era semejante al de una tumba en la cual se hubiese enterrado a una persona antes de que estuviese muerta, ésta hubiera recuperado el sentido, y hubiera salido de la tierra sin más ayuda: que las: manos.

—Oh, basta, no pienses eso murmuró—. Una —jodida broma. Jodidos chiquillos.

Tenía que ser eso. Ahí no había ataúd, ni lápida volcada aquí, y eso era perfectamente lógico porque no se había enterrado a ,nadie en ese lugar. No era necesario que regresara al cobertizo de las herramientas, donde está adherido al muro un: mapa detallado del cementerio, para saber eso. Este sitio era parte de la sección de seis —lotes propiedad del primer administrador municipal del pueblo, Danforth "Buster" Keeton. Y los únicos lotes ocupados realmente por clientes contenían los cadáveres del padre y el tío de Buster. Estos estaban a la derecha, con las lápidas erectas e intactas.

Digger recordaba muy bien este :lote particular por otra razón. Aquí había sido donde esa gente de Nueva York habla colocado una lápida simulada cuando estaban preparando un artículo sobre Thad Beaumont. Beaumont y su esposa tenían una casa de verano aquí en el pueblo, en el Lago Castle. Dave Philips se encargaba del mantenimiento de la casa, y Digger mismo había ayudado a Dave a alquitranar la entrada el otoño pasado, antes de que empezaran a caerse las hojas y el trabajo se intensificara de nuevo. Posteriormente, esta primavera, Beaumont le había preguntado en una forma un tanto turbada si sería posible que un fotógrafo colocara una lápida falsa en el cementerio, para lo que él llamó "un truco de fotografía".

—Si considera que no está, bien, no tiene más que decirlo —le había dicho Beaumont, en un tono más turbado que nunca—. Realmente no es muy importante.

—Adelante —había respondido Digger con amabilidad—. ¿La revista People dijo?

Thad mintió.

¡!Vaya! Eso es interesante. ¡Alguien del pueblo en la revista People! ¡Tendré que comprar ese ejemplar sin falta!

—No estoy seguro de que yo lo haré —dijo Beaumont—. Gracias, señor Holt.

A Digger le: agradaba Beaumont, aunque fuese escritor. Digger sólo había llegado hasta el octavo grado, y tuvo que intentarlo dos veces antes de terminarlo, y no todo el mundo en el —pueblo lo llamaba "señor".

—Si esa condenada gente de la —revista pudiera, probablemente querría tomarle runa fotografía completamente desnudo con su: viejo revólver metido en el cagadero de un gran danés ¿verdad?

Beaumont se desató en un raro ventarrón de risa.

—Eso es exactamente lo que les gustaría, creo había dicho, y palmoteó a Digger en el hombro.

El fotógrafo había resultado ser una mujer, del tipo que Digger llamaba "un coño elegante de la ciudad". La ciudad en este caso era, desde luego, Nueva York. Caminaba como si tuviera un huso en cuello y pecho, y otro remetido en el culo, y ambos girando a la vez con la animación que gustes. Traía una camioneta de uno de los establecimientos que rentaban autos: en el aeropuerto Portland, y estaba tan atiborrada con equipo fotográfico, que era sorprendente que quedara espacio para ella y su ayudante. Si el auto se llegaba a llenar demasiado y se tenía que elegir entre librarse del ayudante o de parte del equipo, Digger suponía que tendría ocasión de ver a un afeminado de la Gran Manzana* tratando de conseguir un aventón para regresar al aeropuerto.

Los Beaumont, quienes los habían seguido en su propio automóvil que estacionaron detrás de la camioneta, se habían visto desconcertados y divertidos. Puesto que aparentemente estaban con el coño elegante de la ciudad por propia voluntad, Digger conjeturó que la diversión seguía en control con ellos. Aun así, se había inclinado para asegurarse, ignorando el aire soberbio del coño elegante.

¿Todo bien,: señor B.? —había preguntado.

—Cristo, no, pero creo que lo estará— le había contestado con un guiño. Digger había correspondido con otro de inmediato.

Una vez que le quedó en claro que los Beaumont intentabas llevar a cabo todo el proyecto, Digger se había instalado en un buen lugar para observar lo que sucedería; apreciaba un espectáculo gratis tanto como cualquiera. Entre el resto de sus artículos de viaje, l mujer traía una gran lápida falsa de tipo antiguo, redonda en la parte superior.

** Nombre con que se conoce a la ciudad de Nueva York. (N. de la T)*

Se parecía más a las que Charles Addams dibujaba en su caricaturas, que a cualquiera de las reales que Digger había colocado recientemente. Hizo un gran alboroto con ella, instruyendo a s ayudante para que la colocara una y otra vez. Digger se había acercado en una ocasión para preguntar si podía ayudar, pero ella únicamente contestó "no, gracias" en su arrogante estilo de Nueva York, así que Digger retrocedió de nuevo.

Finalmente, la lápida quedó como ella quería y puso al ayudante maniobrar con las luces. Eso consumió otra media hora más menos. Y todo el tiempo, el señor Beaumont había permanecido ah observando, y algunas veces se frotaba la pequeña cicatriz blanca e la frente en la característica forma extraña que lo hacía. Sus ojos fascinaban a Digger.

El hombre está tomando sus propias fotografías, pensó. Probablemente mejores que las de ella, y aptas para durar un tiempo más largo por añadidura. Las está almacenando para ponerlas en un libro algún día, y ella ni siquiera lo sabe.

Por fin, la mujer estuvo lista para tomar unas cuantas fotografía Les pidió a los Beaumont, por lo menos una docena de veces, que estrecharan las manos por encima de la lápida, y el clima ese día, e taba condenadamente desapacible, también. A los Beaumont h daba órdenes como si fueran su chillón y remilgado ayudante. Entre la voz estrepitosa de Nueva York, y las órdenes repetidas de hacer todo otra vez, porque la luz no estaba bien, o los rostros no estaban bien, o tal vez su propio maldito culo no estaba bien, Digger había esperado que el señor Beaumont, quien no era exactamente hombre más paciente, de acuerdo con las murmuraciones que había escuchado, explotara contra ella. Pero el señor Beaumont y esposa, también, parecían más divertidos que fastidiados, y siguiere haciendo lo que les decía el coño elegante de la ciudad, aunque había sido un día muy ajetreado. Digger pensaba que, si hubiese si(él, habría mandado al cuerno a la dama después de un rato) quince minutos aproximadamente.

Y fue aquí, precisamente donde estaba este estúpido y maldito agujero, que habían plantado la lápida simulada. Vaya, si necesitara más pruebas, ahí estaban todavía las marcas redondas en el césped, las marcas que habían dejado los tacones del coño elegante. Era de Nueva York, claro; sólo una mujer de Nueva York se presentaría con tacones altos al final de la temporada de deshielo, para después caminar como un ganso alrededor del cementerio, tomando fotos. Si eso no era...

Sus pensamientos se interrumpieron, y esa sensación de frialdad se reafirmó en su carne de nuevo. Había estado mirando los desteñidos tatuajes que dejaron los tacones altos de la fotógrafa, y mientras miraba esas huellas, su vista se detuvo en otras huellas, más recientes.

2

¿Huellas? ¿Eran huellas?

Claro que no son, sólo se trata de que el mamarracho que excavó este agujero arrojó parte de la tierra más lejos que el resto. Eso es todo.

Excepto que no era todo, y Digger Holt lo sabía. Incluso antes de que llegara al primer manchón de tierra en el pasto verde, vio la profunda impresión de un zapato en la pila de tierra más cercana al agujero.

Es la huella de un pie. ¿Y qué? ¿Pensabas que el que la hizo llegó flotando con una pala en la mano como Gasparín el fantasma amistoso?

Hay personas en el mundo que son muy hábiles para mentirse a sí mismas, pero Digger Holt no era una de ellas. Esa voz nerviosa, burlona, en su mente, no podía cambiar lo que veían sus ojos. Había rastreado y cazado criaturas salvajes toda su vida, y era muy fácil identificar esta señal. En el nombre de Cristo deseaba que no fuera.

En este montón de tierra de la fosa no sólo estaba la huella de un pie, sino también una depresión circular del tamaño de un plato. Este hoyuelo estaba a la izquierda de la huella. Y a cada lado de la huella circular y la marca del pie, pero más hacia atrás, habían unas muescas en la tierra que eran claramente señales de dedos, dedos que habían resbalado un poco antes de encontrar apoyo.

Miró más allá de la primera huella del pie y vio otra. Adelante, en el pasto, estaba la mitad de una tercera, formada cuando parte de la tierra adherida al zapato que pisó ahí, se cayó en un terrón. Se había rendido pero conservaba la suficiente humedad para retener la impresión.. Y es lo que había pasado con las tres o cuatro que le habían llamado la atención originalmente. Sino se le hubiese ocurrido la maldita idea devenir tan temprano en la mañana; mientras el pasto todavía estaba húmedo, el sol hubiera secado la tierra y se habría desmoronado en picas sueltas sin ningún significado.

Ojalá hubiera llegado más tarde, ojalá hubiera ido primero al cementerio Grace, como se lo había propuesto cuando salió de casa.

Pero no lo había hecho, y eso era todo.

Los fragmentos de pisadas desaparecían a menos de cuatro metros de la (tumba) del agujero en la tierra. Digger sospechaba que un poco más lejos el pasto con rocío podría aún conservar las impresiones, y suponía que lo verificaría, aunque no sentía muchos deseos de hacerlo. No obstante, por el momento, volvió a dirigir la mirada hacia las señales más claras; las que estaban en el pequeño montón de tierra cerca del agujero.

Señales que habían sido trazadas por dedos; una impresión redonda ligeramente adelante de ellas; la huella de una pisada junto a la marca redonda. ¿Qué historia contaba toda esta configuración?

Digger apenas tuvo tiempo para preguntarse a sí mismo, cuando la respuesta cayó en su mente igual que el artefacto secreto en ese viejo programa de Groucho Marx, You Bet Your Life. Lo vio con tanta claridad como si hubiese estado

ahí cuando sucedió, y por eso precisamente, no quería tener nada que ver con todo esto. Endiabladamente pavoroso, eso es lo que era.

Veamos: aquí está un hombre de pie en un agujero recién excavado en la tierra.

Sí, ¿pero cómo llegó ahí?

Sí, ¿pero quién hizo el agujero, él, u otra persona?

Sí, ¿pero a qué se debe que las raíces pequeñas se vean torcidas y raídas y rotas, como si alguien hubiese arrancado el césped con las manos, en vez de cortarlo nítidamente con una pala?

Sería mejor olvidarse de los peros. Olvidarse por completo. Tal vez convendría no pensar en ellos. Enfocarse únicamente en el hombre de pie en el agujero, un agujero que es demasiado profundo para saltar de él. ¿Qué hace entonces? Pone las palmas en el montón de tierra, más cercano y se impulsa hacia afuera. Esta acción no implica ningún, truco particular si se es un hombre adulto, es decir, no un chica Digger miró las pocas huellas claras y completas que podía ver y pensó, si era un chico, tenía unos pies endiabladamente grandes; por lo menos son tamaño treinta Las manos fuera. Impulsó al cuerpo hacia arriba.—Durante el impulso; las manos se resbalan un poco en la tierra suelta, así que entierras los dedos, dejas esas muescas cortas. Después ya estás afuera, y equilibras, el peso en una rodilla, creando esa depresión redonda. Pones un pie junto a la rodilla que te está sosteniendo, pasas el peso de la rodilla, al pie; te levantas y te alejas. Tan sencillo como tejer calzones para gatos.

¿Así que un tipo se desenterró de su tumba y se fue tranquila mente? Tal vez sintió un poco de apetito ahí abajo y decidió ir a Nan´s Luncheonette por una hamburguesa y una cerveza?

—¡Maldita sea, no es una tumba, es un jodido agujero en la tierra! —dijo en voz alta, y enseguida se sobresaltó cuando lo increpo un gorrión.

Sí, nada más que un agujero, en la tierra, ¿no lo había dicho, él mismo? ¿Pero por qué no podía ver ninguna señal del tipo que deja una pala? ¿Por qué únicamente había una serie de pisadas que se alejaban del agujero y ninguna a su alrededor, ninguna que apuntara hacia él, como sería el caso un sujeto hubiera estado excavando y pisando la propia tierra de vez en cuando, como tienden a hacerlo los sujetos que excavan agujeros?

Se le ocurrió preguntarse qué iba a hacer respecto a todo eso y que se condenara si lo sabía.

Suponía que técnicamente se había cometido un delito, pero no era posible acusar al delincuente del robo de tumbas, no cuando el lote donde había excavado no mantenía un cadáver. El peor calificativo que se le podría aplicar sería vandalismo, y si había algo que inferir, de eso, Digger no estaba seguro de ser él quien quisiera hacer las deducciones.

Tal vez; la solución sería volver a colocar los tramos de césped que pudiera encontrar, completos, conseguir suficiente pasto para terminar el trabajo y olvidarse de todo el asunto..

Después de todo, se dijo a sí mismo por tercera vez, no es como si alguien hubiera estado realmente enterrado ahí.

En los ojos de su memoria, ese lluvioso día de primavera resplandeció momentáneamente. ¡Cáspita, esa lápida se había visto auténtica! Cuando se veía a ese cimbreante ayudante corriendo con ella de un lado a otro, se sabía que era falsa, pero cuando la colocaron, con esas flores artificiales frente a ella, y todo lo demás, se hubiera jurado que era verdadera, y que realmente alguien estaba...

Pequeños nudos de carne le hormigueaban los brazos.

—Ya basta, ya olvídalo, ahora mismo —se dijo a sí mismo severamente, y cuando el gorrión lo increpó de nuevo, Digger dio la bienvenida a ese ruido desairado, pero perfectamente real y perfectamente normal—. Sigue gritando —dijo, y caminó hasta el último fragmento de huellas.

Más adelante, como más o menos lo sospechaba, pudo ver otras huellas aplastadas sobre el pasto. Estaban ampliamente espaciadas. Al verlas, Digger no pensaba que el sujeto hubiera salido corriendo, pero indudablemente no perdía el tiempo. Cuarenta metros más lejos, descubrió que su vista podía seguir la marcha del sujeto en otra forma una patada había volteado un gran canasto de flores. Aun cuando no podía ver más huellas a esa distancia, el canasto debió haber estado justo en la dirección de las huellas que podía ver. El hombre pudo haber rodeado el canasto, pero optó por no hacerlo. En cambio, simplemente lo pateó a un lado y siguió su camino.

Los hombres que hacían esa clase de cosas, no eran, en opinión de Digger Holt, hombres con quienes se podía entablar una jodida bronca, a menos que se tuviera una maldita razón válida.

Se había estado moviendo diagonalmente a través del cementerio, como si se dirigiera hacia el muro bajo entre el panteón y el camino principal. Sus movimientos indicaban un hombre que tenía lugares a donde ir, y cosas que hacer.

Si bien Digger no era mucho más hábil para imaginarse cosas que para autoengañarse (las dos cosas, después todo, casi siempre van de la mano), Digger vio a este hombre durante un momento, lo vio literalmente un sujeto robusto, con grandes pies, cruzando a largas zancadas este silencioso suburbio de los muertos en la oscuridad, moviéndose con confianza y firmeza en sus grandes pies, quitando de su camino con una patada el canasto de flores, sin interrumpir las zancadas cuando llegó a él. Tampoco tenía miedo, no este hombre. Porque si aquí había cosas que aún tenían vida, como lo creían algunas personas, éstas tendrían miedo de él. En movimiento, caminando, dando zancadas, qué Dios se apiade del hombre o mujer que se atraviese en su camino.

El pájaro gorjeó.

Digger se sobresaltó.

—Olvídalo, compañero —se dijo una vez más—. ¡Ocúpate de llenar el jodido agujero y deja de pensar en ello!

En efecto, llenó el agujero e intentó olvidarlo, pero en las últimas horas de esa tarde, lo encontró Deke Bradford en el camposanto de Stackpole Road y le contó las noticias acerca de Homer Gamache, a quien se había hallado esa mañana a menos de una milla de distancia de Homeland en la Ruta 35. Todo el pueblo había estado anhelante con

rumores y especulaciones la mayor parte del día.

Entonces, a regañadientes, Digger Holt fue a hablar con el sheriff Pangborn. No sabía si el agujero y las huellas tenían algo que ver con el asesinato de Homer Gamache, pero pensó que era mejor informar lo que había visto y dejar que lo dilucidaran aquéllos a quienes se les pagaba para eso.

IV
Muerte en un pueblo pequeño

1

Castle Rock, al menos en los últimos años, ha sido un pueblo desafortunado.

Como si se tratara de demostrar que no siempre está en lo cierto ese antiguo dicho acerca del rayo y la frecuencia con que cae en el mismo lugar, un número de incidentes nefastos habían ocurrido en Castle Rock durante los pasados ocho o diez años, casos tan infaustos que se convirtieron en noticia nacional. Cuando ocurrieron estos sucesos, George Bannerman era el sheriff local, pero Big George, como se le llamaba afectuosamente, no tendría que ocuparse de Homer Gamache, pues Big George ya había muerto. Había sobrevivido al primer percance trágico, una serie de violaciones con estrangulación, de las cuales resultó ser culpable uno de sus propios oficiales, pero dos años después, lo mató un perro con rabia a un lado del Town Road número 3, y no sólo lo mató, sino que literalmente lo despedazó. Ambos casos habían sido extremadamente extraños, pero el mundo es un lugar extraño. Y difícil. Y, algunas veces, desafortunado.

El nuevo sheriff (llevaba ocho años en el puesto, pero Alan Pangborn había decidido que seguiría siendo "el nuevo sheriff" por lo menos hasta el año 2000, asumiendo, le decía a su esposa, que continuara postulándose y resultara electo todo ese tiempo) no residía en Castle Rock en ese entonces. Hasta 1980, había estado a cargo de vigilar el cumplimiento de la ley en la autopista de una ciudad pequeña, en proceso de convertirse en mediana, en el interior del estado de Nueva York, no lejos de Syracuse.

Al mirar el cuerpo maltrecho de Homer Gamache, el cual yacía en la cuneta a un lado de la Ruta 35, deseó haberse quedado ahí. Aparentemente, no toda la mala suerte del pueblo había desaparecido con la muerte de Big George Bannerman.

Oh, déjate de tonterías, no quisieras estar en ninguna otra parte c esta tierra verde de Dios. No digas lo contrario, o la mala suerte rea mente te hará pasar un mal rato. Este lugar ha sido condenadamente bueno para Annie y los chicos, y es un sitio condenadamente buen para ti, también. ¿Por qué no cambias de tema?

Buen consejo. La cabeza, había descubierto Pangborn, siempre daba a los nervios consejos sabios que no podían poner en práctica Estos decían, Sí, señor, ahora que lo mencionas, es una verdad indiscutible. Y seguían saltando y chisporroteando.

Sin embargo, ¿acaso no se merecía ya algo así? Durante s función como sheriff había raspado los restos de casi cuarenta personas en las carreteras del pueblo, había disuelto incontables pelea y se había enfrentado tal vez a cien casos de maltrato a esposas hijos, y ésos eran únicamente los reportados. Pero las cosas tenía una forma específica de encontrar el equilibrio; para ser un pueblo que había ostentado su propio multiasesino más o menos reciente mente, sus deberes habían sido bastante tranquilos en lo que respecta a crímenes. Sólo cuatro, y únicamente había huido uno de k responsables, Joe Rodway, después de que le voló los sesos a s esposa. Pangborn, quien había conocido ligeramente a la dama, casi se apenó cuando recibió un télex de la policía de Kingston, Rhode Island, informando que tenían a Rodway en custodia.

Otro había sido homicidio accidental con vehículo, los dos restantes, casos evidentes de segundo grado, uno con un cuchillo y otro mano limpia, el último, un caso de maltrato a la esposa que había id demasiado lejos, con apenas un raro detalle que lo distinguía esposa había matado a golpes al marido mientras éste estaba completamente ebrio, efectuando así un apocalíptico ajuste final d cuentas atrasadas durante casi veinte años. La última serie d moretones en la mujer, todavía lucía un tono amarillo bueno y san cuando se le leyeron los cargos. Pangborn no se apenó lo m mínimo cuando el juez la sentenció a seis meses en la corrección, para mujeres, seguidos por seis años en libertad condicional. Probablemente el juez Pender había basado su sentencia en el hecho d que hubiese sido descortés darle a la dama lo que se merecía e realidad, es decir, una medalla.

En la vida real, el asesinato en un pueblo pequeño, había de cubierto Alan, no guardaba ninguna semejanza con los crímenes e los pequeños pueblos de las novelas de Agatha Christie, donde siete personas esperaban turno para darle de puñaladas al viejo malvado del coronel Terribles—Paperas en su casa de campo Charco junto al Pantano durante una melancólica tormenta de invierno. En la vida real, Pangborn lo sabía, casi siempre se llegaba a tiempo para encontrar al culpable, contemplando el desastre y preguntándose qué jodidos había hecho; cómo se había desquiciado todo con esa velocidad fatal. Incluso si el responsable se había marchado, por lo general, no estaba demasiado lejos y dos o tres testigos visuales podían relatar exactamente lo que había sucedido, quién lo había hecho, y a dónde había ido. La respuesta a la última pregunta normalmente era la cantina más cercana.. Como regla, el asesinato en un pueblo pequeño, en la vida real, era sencillo, brutal y estúpido.

Como regla.

Pero las reglas existen para romperse. El rayo, en ocasiones, cae dos veces en el mismo lugar, y de vez en cuando, en los pueblos pequeños ocurren crímenes que no se solucionan de inmediato... asesinatos como éste.

Pangborn pudo haber esperado.

2

El oficial Norris Ridgewick regresaba de su patrulla, la cual estaba estacionada detrás de la de Pangborn. Las llamadas por la banda de la policía en los dos radios crepitaban en el cálido aire de fine s de la primavera.

—¿Va a venir Ray? —preguntó Pangborn. Se refería a Ray Van Allen, inspector médico y forense del condado de Castle.

—Sí —respondió Norris.

—¿Qué hay acerca de la esposa de Homer? ¿Ya se le avisó?

Pangborn, mientras hablaba, espantaba las moscas del rostro vuelto hacia arriba de Homer. No quedaba gran cosa, excepto la nariz corva y protuberante. Si no fuera por el brazo izquierdo protésico, y los dientes de oro que una vez habían estado en la boca de Gamache y que ahora yacían en astillas en su cuello lleno de zarzas, y la pechera de su camisa, Pangborn dudaba que su propia madre lo pudiese reconocer.

Norris Ridgewick, quien se parecía ligeramente al lugarteniente Barney Fife del antiguo Andy Griffith Show, restregó los pies en el suelo y se quedó mirando los zapatos como si de repente se hubiesen vuelto muy interesantes.

—Bueno... John está de vigilancia en View, y Andy Clutterbuck está en Auburn, testificando en la corte de distrito...

Pangborn suspiró y se puso de pie. Gamache tenía, había tenido, sesenta y siete años. Había vivido con su esposa en una casa, pequeña y pulcra, cerca de la vieja estación del tren a poco más de tres kilómetros de aquí. En esa casa, sus hijos crecieron y después partieron hacia otras partes.

La señora Gamache fue quien llamó a la oficina del sheriff temprano esta mañana, sin llorar, pero casi a punto, diciendo que al despertar a las siete había descubierto que Homer, quien algunas veces dormía en uno de los antiguos dormitorios de los chicos porque ella roncaba, no había llegado a casa la noche pasada. A últimas horas de la tarde del día anterior, a las siete, había salido a jugar boliche con su liga, como lo hacía siempre, y debía haber regresado a casa a media noche, doce treinta a más tardar, pero todas las camas estaban intactas y su camioneta no estaba en la entrada o en la cochera.

Sheila Brighman, quien atendía la radio y el teléfono durante el día, le había trasmitido la llamada inicial al sheriff Pangborn, y él había utilizado un teléfono público en la estación de gasolina de Sonny Jackett, donde se estaba abasteciendo de combustible, para comunicarse con la señora Gamache.

La señora Gamache le había dado los datos que necesitaba acerca de la camioneta, una pick up Chevrolet, 1971, blanca, con base para pintura marrón en los lugares oxidados y una barra para escopetear en la cabina, número de matrícula de Maine 96529 Q. Pangborn se los trasmitiría por radio a sus oficiales en servicio (sólo tres, pues Clut servía de testigo en Auburn) y le dijo a la señora Gamache que se volvería a comunicar con ella tan pronto como supiera algo. No se había preocupado particularmente. A Gamache le gustaba la cerveza, en especial en su noche de boliche, pero no era tonto. Si había bebido demasiado y no se sentía seguro para conducir, es posible que hubiese dormido en el sofá de la sala de uno de sus amigotes del boliche.

Sin embargo, surgía una pregunta. ¿Si Homer había decidido quedarse en la casa de un compañero de juego, por qué no había llamado a su esposa para decírselo? ¿Acaso no sabía que estaría preocupada? Bueno, era tarde, y tal vez no quería molestarla. Esa era una posibilidad. Otra mejor, pensó Pangborn, era que había llamado y ella, profundamente dormida, no había escuchado el teléfono. Y además, había que sumar la probabilidad de que estuviese roncando como un tracto camión a cien kilómetros por hora en la autopista.

Pangborn se había despedido de la afligida mujer y había colgado el auricular, pensando que el marido se presentaría a las once de la mañana cuando más tarde, con aire avergonzado y una fuerte resaca. En cuanto apareciera el viejo bribón, Ellen le soltaría una buena reprimenda. Pangborn se propuso alabar a Homer, discretamente, por tener el juicio de no conducir los cincuenta kilómetros entre South París y Castle Rock baja la influencia del alcohol.-

Después de transcurrir cerca de una hora de la llamada de Ellen Gamache, se le ocurrió que algo no estaba bien en su primer análisis de la situación. Si Gamache había dormido en la casa de uno de sus amigos del boliche, Alan pensó que debía ser la primera vez que lo hacía. De otro modo, su esposa hubiera pensado en eso ella misma, y por lo menos, habría esperado un poco antes de llamar a la oficina del sheriff. Además, reflexionó Alan, Homer Gamache ya era demasiado viejo para cambiar sus hábitos. Si la noche pasada había dormido en otro sitio, era porque ya lo habría hecho antes, pero el llamado de su esposa sugería que no era así Si ya en otras ocasiones se había embriagado en las mesas de boliche y después había conducido a casa en esas condiciones, probablemente lo había hecho de nuevo la noche anterior... pero no había sucedido así.

Después de todo, el perro viejo aprendió un nuevo truco, pensó.

Suele ocurrir O tal vez bebió más de lo acostumbrado. Diablos, incluso pudo haber bebido la misma cantidad de siempre y haberse embriagado más de lo acostumbrado. Dicen que a veces se recupera todo lo atrasado.

Alan había tratado de olvidarse de Homer Gamache, al menos por el momento. Sobre el escritorio tenía trabajo administrativo que era necesario atender, y el permanecer aquí sentado, rodando el lápiz de un lado a otro, pensando en ese viejo tunante en alguna parte con su camioneta, ese viejo tunante con el cabello blanco recortado plano a cepillo y un brazo mecánico a causa de que había perdido el verdadero en un lugar llamado Pusan en una guerra no declarada, la cual se había desarrollado cuando la mayoría de la actual cosecha de veteranos de Vietnam aún cagaba amarillo en sus pañales... bueno, nada de esto ponía en movimiento los papeles en el escritorio, y tampoco ayudaba a localizar a Gamache.

A pesar de todo, había estado en camino hacia el pequeño cubículo de Sheila Brigham, con la intención de pedirle

que buscara a Norris Ridgewick para preguntarle si había descubierto algo, cuando el mismo Norris llamó. El informe de Norris convirtió el delgado goteo de inquietud en un arroyo frío y constante. Corría a través de sus entrañas y lo hacía sentir ligeramente entumecido.

Pangborn se mofaba de las personas que hablaban de telepatía y munición en los programas de radio en los que participa el público, se mofaba en la forma en que lo hacen los seres humanos para quienes los indicios y las corazonadas han llegado a ser una parte tan importante de sus vidas que apenas los reconocen cuando los están usando. Pero si alguien le hubiera preguntado qué pensaba en ese momento acerca de Homer Gamache, Alan habría respondido *Cuando Norris llamó... bueno, fue entonces cuando empecé a estar seguro de que el viejo estaba mal herido o muerto. Probablemente la opción número dos.*

3

Por casualidad, Norris se había detenido en la casa de los Arsenault en la Ruta 35, cerca de kilómetro y medio al sur del cementerio Homeland. Ni siquiera pensaba en Homer Gamache, aun cuando la granja de los Arsenault y la casa de Homer se situaban a una distancia de menos de cinco kilómetros, y si Homer hubiera seguido la ruta lógica desde South Paris la noche anterior, habría pasado delante de la casa de los Arsenault. Norris no creía probable que alguno de los Arsenault hubiera visto a Homer la noche pasada, pues de haber sido así, este último hubiera llegado a casa sano y salvo, diez minutos más tarde, más o menos.

Norris se detuvo en la granja de los Arsenault porque éstos tenían, a un lado de la carretera, el mejor puesto de productos agrícolas de los tres pueblos. Norris era uno de esos solteros raros a quienes les gusta cocinar, y había desarrollado una terrible apetencia por los guisantes chinos frescos. Quería averiguar cuándo los tendrían a la venta los Arsenault. Como una ocurrencia repentina, le había preguntado a Dolly Arsenault si acaso había visto la camioneta de Homer Gamache la noche anterior.

—Pues verá —había dicho la señora Arsenault—, es curioso que lo mencione, porque sí la vi. Anoche, ya tarde. No... ahora que lo pienso, fue en las primeras horas de esta mañana, porque aún estaba Johnny Carson, pero casi para terminar. Me iba a servir otra copa de helado, ver un poco de ese programa de David Letterman y después acostarme. No duermo bien estos días, y ese hombre en el otro lado de la carretera me puso los nervios de punta.

—¿Qué hombre fue ése, señora Arsenault? —preguntó Norris, repentinamente interesado.

—No lo sé, sólo un hombre. No me gustó su apariencia. Casi no lo pude ver y no me gustó su apariencia. ¿Qué le parece? Suena absurdo, lo comprendo, pero el asilo mental Juniper Hill no está tan lejos, y la presencia de un hombre solo, en una carretera campestre, casi a la una de la mañana, es suficiente para poner nerviosa a cualquiera, aunque lleve puesto un traje.

Qué clase de traje llevaba...? —empezó Norris, pero fue inútil. La señora Arsenault poseía una magnífica locuacidad campesina y sencillamente arrolló a Norris Ridgewick con una especie de grandiosidad implacable. Norris decidió esperar a que terminara, e ir recogiendo los datos que pudiera en el transcurso de la plática. Sacó del bolsillo su libreta de apuntes.

—En cierta forma —prosiguió la señora Arsenault—, el traje casi me puso más nerviosa. Se veía incongruente el que un hombre llevase un traje a esa hora, si me entiende lo que quiero decir. Probablemente no me entienda, probablemente piense que no soy más que una vieja tonta, pero durante un minuto o dos antes de que apareciera Homer en la carretera, tuve la impresión de que el hombre tal vez venía a esta casa, y me levanté para asegurarme de que estuviera cerrada con llave. El hombre miró hacia acá, sabe, lo vi hacerlo. Me imagino que miró porque es posible que haya visto que todavía había luz en la ventana aunque ya era tarde. No dudo que también me haya visto a mí, pues las cortinas sólo son visillos. Yo no podía distinguir bien su rostro, anoche no había luna, y no creo que instalen nunca alumbrado público hasta acá, y menos aún televisión por cable, como en el pueblo pero pude ver que volvió la cabeza. Entonces, empezó a cruzar la carretera, al menos creo que eso es lo que estaba haciendo, o pensando hacer, si me entiende lo que quiero decir, y pensé que vendría y llamaría a la puerta y diría que su automóvil se había descompuesto y si podía usar el teléfono, y me estaba preguntando qué debería responder si pasaba eso, o incluso, si debería abrir la puerta. Supongo que soy una vieja tonta, pues empecé a pensar en ese programa de Alfred Hitchcock Presenta donde salió un demente que podía encantar a los pájaros para que bajaran de los árboles, pero había usado un hacha para despedazar a alguien, sabe, y colocó los pedazos en el portaequipajes de su automóvil, y sólo lo atraparon porque estaba apagada una de las luces traseras, o algo así, pero el otro aspecto de la cuestión era...

—Señora Arsenault, podría preguntarle...

—Que no quería ser como el filisteo, o sarraceno o gomorrano o quien fuera que pasó por el otro lado del camino —continuó la señora Arsenault—. Usted sabe, en la historia del Buen Samaritano. Así que sentí un poco de remordimiento. Pero me dije a mí misma...

Para entonces, Norris se había olvidado por completo de los guisantes chinos. Por fin encontró la forma de detener a la señora Arsenault diciéndole que el hombre que había visto posiblemente figurara en lo que él llamó "una investigación en curso". Le pidió que volviera al principio y le relatara todo lo que había visto, omitiendo, si se podía, a Alfred Hitchcock Presenta y la historia del Buen Samaritano.

La historia, según Norris la trasmitió al sheriff Alan Pangborn a través de la radio, era ésta la señora había estado viendo The Tonight Show sola, mientras su esposo y los chicos dormían en sus camas. Su silla estaba cerca de la

ventana con vista hacia la ruta 35. La cortina estaba abierta. Alrededor de las doce treinta, o doce cuarenta, había mirado hacia afuera y había visto a un hombre parado en el otro lado de la carretera... lo cual quería decir, del lado del cementerio Homeland.

¿El hombre caminaba desde esa dirección, o la otra?

La señora Arsenault no lo podía afirmar con seguridad. Tenía la idea de que podría haber venido de Homeland, lo que significaría que se estaba alejando del pueblo, pero no estaba segura de qué era lo que le había dado esa impresión, porque había mirado por la ventana una vez y nada más había visto la carretera; enseguida, miró de nuevo, antes de levantarse a buscar el helado y ahí estaba él. De pie, ahí mismo, y mirando hacia la ventana iluminada, hacia ella, presumiblemente. Pensó que se disponía a cruzar la carretera, o había empezado a cruzarla (lo más probable era que sólo hubiese permanecido ahí, pensó Alan; el resto no era más que producto de los nervios de la mujer, cuando aparecieron unas luces en la cresta de la colina. El hombre del traje, al ver que se acercaban las luces, ladeó el pulgar en el gesto intemporal, sin nacionalidad, del que pide aventón.

—Era la camioneta de Homer, sin duda, y con Homer al volante —dijo la señora Arsenault a Norris Ridgewick—. Al principio pensé que seguiría su camino, como cualquier persona normal que se encuentra un desconocido pidiendo aventón a mitad de la noche, pero en eso, se encendieron las luces intermitentes y ese hombre corrió al lado del pasajero de la cabina y se subió.

La señora Arsenault, que tenía cuarenta y seis y se veía veinte años mayor, sacudió la cabeza blanca.

—Homer debe haber estado achispado para recoger a un desconocido siendo tan tarde —le dijo a Norris—. Se necesita estar achispado o ser un mentecato, y conozco a Homer desde hace casi treinta y cinco años. No es un mentecato.

Guardó silencio, meditando.

—Bueno... no mucho.

Norris trató de que la señora Arsenault le proporcionara más detalles acerca del traje que llevaba el hombre, pero no tuvo suerte. Pensó que realmente era una lástima que el alumbrado público terminara en los terrenos del cementerio Homeland, pero los pueblos pequeños como The Rock, no tenían dinero para más.

Estaba segura de que había sido un traje, no era una chaqueta deportiva o un gabán de hombre, y no era negro, pero eso dejaba todo un espectro de colores para elegir. La señora Arsenault no creía que el traje del desconocido hubiese sido blanco, pero todo lo que estaba dispuesta a jurar era que no había sido negro.

—No le estoy pidiendo que jure, señora Arsenault —dijo Norris.

—Cuando alguien está hablando con un representante de la ley sobre un asunto oficial —replicó la señora Arsenault, envolviendo los brazos pudorosamente en las mangas de su suéter—, equivale a la misma cosa.

Así, lo que sabía se redujo a esto había visto a Homer Gamache recogiendo a un desconocido que pedía aventón cuando faltaban quince minutos para la una aproximadamente. Se podría decir que no era nada que ameritara llamar al FBI. Si bien el relató se volvía siniestro cuando se añadía el hecho de que Homer había recogido a su pasajero a una distancia de cinco kilómetros más o menos de su propia entrada... pero nunca había llegado a casa.

La señora Arsenault también tenía razón acerca del traje. La circunstancia de ver a un desconocido pidiendo aventón en esa zona apartada a mitad de la noche era ya bastante extraña, al cuarto para la una de la mañana, cualquier vago común se hubiese puesto a cubierto en un granero abandonado o el cobertizo de una granja, pero cuando se le sumaba el detalle de que vestía con traje y corbata ("algún color oscuro , dijo la señora Arsenault, "pero no me pidan que diga bajo juramento cuál color oscuro porque no puedo, y no lo haré") el asunto se volvía cada vez menos confortante.

—¿Qué quiere que haga ahora? —había preguntado Norris a través de la radio una vez que terminó su informe.

—Quédate donde estás —dijo Alan—. Intercambia historias de Alfred Hitchcock Presenta hasta que yo llegue. A mí siempre me gustaron esos programas.

Pero antes de que hubiera recorrido un kilómetro, el lugar de la cita del sheriff y su oficial cambió de la casa de los Arsenault a otro sitio, cerca de dos kilómetros al oeste. Un chico llamado Frank Gavineaux, de vuelta a casa después de una pesca tempranera en el arroyo de Strimmer, había visto un par de piernas que sobresalían de las hierbas altas en el lado sur de la Ruta 35. Corrió a casa y se lo dijo a su madre. Ella había llamado a la oficina del sheriff.. Sheila Brigham trasmitió el mensaje a Alan Pangborn y Norris Ridgewick. Sheila se apegó al protocolo y no mencionó nombres al aire, siempre había demasiados moros en la costa con sus radios de banda civil escuchando la frecuencia de la policía —pero por el tono intranquilo de la voz de Sheila, Alan se dio cuenta de que incluso ella tenía una buena idea de a quién pertenecían esas piernas.

Casi lo único bueno que sucedió esa mañana fue que Norris había terminado de vaciar el estómago antes de que llegara Alan, y había conservado la suficiente serenidad para vomitar en el lado norte de la carretera, lejos del cuerpo y de cualquier evidencia que se pudiese encontrar en los alrededores.

—¿Ahora qué? —preguntó Norris, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

Alan suspiró profundamente y dejó de espantar las moscas de los restos de Homer. Era una batalla perdida.

—Ahora tengo que bajar por la carretera y comunicarle a Ellen Gamache que el fabricante de viudas nos visitó esta mañana a primera hora. Tú quédate aquí con el cadáver. Trata de ahuyentarle las moscas.

—Caramba, sheriff, ¿para qué? Es una cantidad terrible la que hay. Y él está...

—Muerto, sí, ya me doy cuenta. No sé por qué. Tal vez porque me parece que es lo único correcto que se puede hacer. No le podemos volver a poner su jodido brazo, pero al menos podemos evitar que las moscas se caguen en lo que queda de su nariz.

—Está bien —dijo Norris humildemente—. Está bien, sheriff. —Norris, ¿crees que podrías llamarme "Alan" si realmente te lo propusieras? ¿Si practicaras?

—Seguro, sheriff, creo que sí.

Alan gruñó y se dio vuelta para darle un último vistazo al área de la cuneta que, con toda probabilidad, estaría acordonada con cintas amarillo brillante con letreros de, ESCENA DE CRIMEN — NO PISAR adheridas a postes topográficos cuando regresara. El médico legista del condado estaría aquí. Henry Payton del cuartel de la policía estatal de Oxford estaría aquí El fotógrafo y los técnicos de la división de delitos capitales del fiscal general no estarían, a menos que un par de ellos ya estuviesen en el área ocupados en otro caso, pero llegarían poco después. Para la una de la tarde, el laboratorio rodante de la policía estatal también estaría aquí, con expertos forenses de todas clases, y un tipo cuya tarea consistía en mezclar yeso y tomar moldes de las huellas de neumáticos que Norris había sido lo suficientemente listo o afortunado (Alan optó, con renuencia, por afortunado) al no pisar con las ruedas de su propia patrulla.

¿Y en qué acabaría todo? Vaya, sólo en esto. Un viejo medio ebrio se había detenido para hacerle un favor a un extraño. Súbete, chico, Alan podía oírlo diciéndole, no voy más que a unos cuantos kilómetros de aquí, pero te adelantaré un poco en tu camino, y el extraño había respondido golpeando a ese hombre viejo hasta matarlo y después le había robado su camioneta.

Alan supuso que el hombre vestido con el traje de negocios le había pedido a Homer que se detuviera a la orilla de la carretera —el pretexto más probable habría sido que necesitaba dar una meada— y una vez que se detuvo la camioneta, golpeó al viejo, lo arrastró hacia afuera, y...

Ah, pero entonces fue cuando la cosa se puso fea. Endiabladamente fea.

Atan miró hacia la cuneta por última vez, hacia el lugar donde Norris Ridgewick estaba en cuclillas junto al pedazo sangriento de carne de lo que había sido un hombre, espantando las moscas de lo que había sido el rostro de Homer, con su block de citatorios y sintió que se le revolvía el estómago de nuevo.

No era más que un viejo, tú, hijo de puta, un viejo que ya tenía un pie en la tumba, un viejo a quien únicamente le quedaba el pequeño placer de su noche de boliche. ¿Por qué no le diste un buen puñetazo en la cabina de la camioneta y lo dejaste en paz? Era una noche cálida, e incluso si hubiese sido fila, lo más seguro es que no le hubiera pasado nada. Apuesto mi reloj a que vamos a encontrar una abundante cantidad de anticongelante en su sistema. Y de todas formas, el número de la matrícula saldrá por el cable. ¿Por qué esto? Hombre, espero tener la oportunidad de preguntártelo.

¿Pero importaba realmente la razón? Para Homer, desde luego que no. Ya no. Ya nada sería importante para Homer. Porque después del primer golpe, el desconocido lo había sacado de la cabina, y lo había arrastrado hasta la cuneta, probablemente tomándolo por las axilas. Alan no necesitaba a los chicos de delitos capitales para interpretar las marcas que dejaron los tacones de los zapatos de Hómer.

En el camino, el desconocido había descubierto la invalidez de Homer. Y en el fondo de la zanja, había arrancado el brazo protésico del cuerpo del viejo, y lo había aporreado con él hasta matarlo.

V
96529 Q

"Alto ahí, alto ahí", dijo en voz alta Warren Hamilton, patrullero estatal de Connecticut, a pesar de que estaba solo en el vehículo policiaco. Era el anochecer del 2 de junio, aproximadamente treinta y cinco horas después del hallazgo del cadáver de Homer Gamache en un pueblo de Maine, del cual el policía Hamilton nunca había oído mencionar antes.

Se encontraba en los terrenos de McDonald s Westport 1-95 (dirección sur). Cuando patrullaba la carretera interestatal, Hamilton tenía la costumbre de introducirse en los estacionamientos de los paraderos de comida y combustible.

Si uno se deslizaba cautelosamente hasta la última fila de los espacios para automóviles, en la noche, con las luces apagadas, algunas veces se podían efectuar unos buenos arrestos. Mejor que buenos. Imponentes. Cuando sentía que se le podría presentar una oportunidad así, con frecuencia hablaba consigo mismo. Estos soliloquios a menudo empezaban con Alto ahí, alto ahí, después progresaban a algo como, vamos a revisar a este primo o preguntemos a mamá si cree esto. El policía Hamilton se entusiasmaba preguntando a mamá si creía lo que ocurría cuando estaba en la pista de algo jugoso.

"Qué tenemos aquí?", murmuró esta vez, y movió la patrulla en reversa. Pasó un Camaro. Pasó un Toyota que se veía como una cagada de caballo envejeciendo lentamente bajo el deslumbrante tono cobre martillado de las luces de sodio. ¡Y... diantre! Una vieja vagoneta pick up GMC que parecía color naranja bajo el resplandor, lo cual significaba que era, o había sido, blanca o gris claro.

Manipuló la torreta y apuntó la luz a la placa de matrícula. Las placas de matrículas, en la humilde opinión del patrullero Hamilton, cada vez mejoraban más. Uno a uno, los estados estaban colocando en ellas pequeñas imágenes simbólicas. Esto facilitaba la identificación en la noche, cuando las condiciones variantes de la luz trasformaban los colores reales en toda suerte de tonos ficticios. Y la peor luz para identificar matrículas, era la que proyectaban estos malditos faroles de color naranja de alta intensidad. Hamilton ignoraba si en realidad frustraban violaciones y asaltos, el supuesto fin para el que estaban diseñadas, pero estaba convencido de que innumerables veces habían causado que algunos policías empeñosos como él, confundieran las placas de identificación en autos robados y vehículos de fugitivos.

Las pequeñas imágenes significaban un gran paso hacia la solución de ese problema. Una estatua de la libertad era una estatua de la libertad lo mismo bajo la radiante luz del sol o el resplandor constante de esos malditos faroles naranja cobre. E independientemente del color, la dama de la libertad designaba a Nueva York.

Así como ese jodido cangrejo al que apuntaba la torreta en ese momento designaba a Maine. Ya no tenías que torcer los ojos en busca de la leyenda VACATIONLAND, o tratar de descifrar si lo que se veía rosa o naranja o azul eléctrico, era blanco en realidad. Nada más tenías que buscar el jodido cangrejo. De hecho, era una langosta, y Hamilton lo sabía; pero un jodido cangrejo, aunque se le cambiara de nombre, seguía siendo un jodido cangrejo, y él hubiese preferido engullirse la mierda directamente del culo de un cerdo, antes, que ponerse en la boca uno de esos jodidos cangrejos, pero, a pesar de todo, le alegraba que estuviesen ahí.

Especialmente cuando se tenía una notificación de "se busca" sobre una matrícula con cangrejo, como era el caso esta noche.

"Preguntemos a mamá si puede creer esto", murmuró y frenó la patrulla. Desprendió su block de la cinta magnética que lo sostenía en el centro del tablero de instrumentos, se saltó la forma de citatorio en blanco que todos los patrulleros llevaban como un escudo sobre la lista caliente (no había necesidad de que el público en general contemplara boquiabierto los números de matrículas en que estaba particularmente interesada la policía, mientras el polizonte a quien pertenecía la lista, se zampaba una hamburguesa, o daba una rápida orinada en una estación de gasolina a la mano), y recorrió la hoja con la uña del pulgar.

Y aquí estaba. 96529 Q; estado de Maine; hogar de los jodidos cangrejos.

La primera vuelta le había mostrado al patrullero Hamilton que no había nadie en la cabina de la camioneta. Esta tenía una barra para rifles, pero estaba vacía. Era posible, no probable, pero posible, que hubiera alguien en la caja de la vagoneta. Incluso era posible que alguien, en la caja de la vagoneta, pudiera tener en las manos el rifle que correspondía a la barra. Lo más factible era que el conductor se hubiera marchado desde hacía largo rato, o que estuviese comiendo una hamburguesa dentro. De todos modos...

"Polizontes viejos, polizontes rudos, pero nunca polizontes rudos y viejos" dijo el patrullero Hamilton en voz baja. Ajustó la torreta y recorrió lentamente la fila de autos. Se detuvo dos veces más, apuntando la torreta en ambas ocasiones, aunque ni siquiera se molestó en mirar los automóviles que estaba iluminando. Siempre cabía la posibilidad de que, al volver del restaurante combinado con mingitorio, el señor 965119 Q, hubiera visto a Hamilton proyectando la luz a la camioneta robada, pero sí observaba que el vehículo del patrullero había pasado la fila y estaba verificando otros autos, tal vez no intentaría huir. "¡Más vale asegurarse que lamentarse, y eso es todo lo que yo sé, por el gran Gorila!", exclamó el patrullero Hamilton. Esta era otra de sus frases favoritas, no a la altura de preguntarle a mamá si puede creer esto, pero se acercaba.

Se introdujo en un espacio desde donde podía observar la vagoneta. Llamó a su base, la cual estaba a menos de seis kilómetros hacia lo alto de la carretera, y les avisó que había localizado la camioneta GMC que buscaba Maine por un caso de asesinato. Solicitó unidades de respaldo, y se le respondió que ahí estarían en breve.

Hamilton comprobó que nadie se aproximaba a la vagoneta y decidió que no se expondría demasiado si se acercaba

al vehículo con precaución. De hecho, se vería como un maricón, si continuaba sentado ahí, en la oscuridad, una fila atrás, cuando llegaran las otras unidades.

Descendió de la patrulla, soltando la trabilla de la pistola, pero sin desenfundarla. Sólo había desenfundado esta pieza dos veces en servicio, y nunca la había disparado. Y tampoco quería hacerlo ahora. Se acercó a la vagoneta desde un ángulo que le permitía observar tanto el vehículo, especialmente la caja de la vagoneta, como el acceso de Mac Donald s. Se detuvo cuando un hombre y una mujer salieron del restaurante hacia un Ford sedán estacionado a tres filas de la entrada del establecimiento, y después prosiguió, cuando la pareja se subió a su automóvil, enfilándose hacia la salida.

Sin despegar la mano derecha de la culata de su revólver de servicio, Hamilton deslizó la mano izquierda sobre la cadera. Los cinturones de servicio, en la humilde opinión de Hamilton, también estaban mejorando. Desde que era niño, hasta ahora como adulto, siempre había admirado frenéticamente a Batman, también conocido como el Justiciero Enmascarado; de hecho, sospechaba que Batman era una de las razones que lo habían impulsado a convertirse en polizonte (éste era un pequeño dato que no se había molestado en añadir a su solicitud). De entre los accesorios de Batman, su favorito no era el Batibastón o el Batibúmerang, ni siquiera el Batimóvil mismo, sino el cinturón de accesorios del Justiciero Enmascarado. Esa maravillosa prenda de su indumentaria era como una buena tienda de regalos tenía algo para todas las ocasiones, ya fuese una cuerda, un par de gafas para ver en la noche, o unas cuantas cápsulas de gas paralizante. El cinturón de servicio no era tan eficiente, desde luego, pero en el lado izquierdo tenía tres correas que sujetaban tres artículos muy útiles. Uno era un cilindro accionado por baterías, comercializado con el nombre de ¡Abajo, sabueso! Cuando se oprimía el botón rojo en la parte superior, ¡Abajo, sabueso! emitía un silbido ultrasónico que convertía incluso a los toros más violentos en platones de lánguidos espaguetis. Enseguida estaba una lata a presión de Mace (la versión de la policía estatal de Connecticut del gas paralizante de Batman), y junto al Mace, una linterna de cuatro baterías.

Hamilton sacó la linterna de la correa, la encendió, y después cubrió parcialmente el rayo de luz con la mano izquierda. Todo esto lo hizo sin quitar una sola vez la mano derecha de la culata del revólver. Polizontes viejos; polizontes rudos; pero no polizontes rudos y viejos.

Con el haz de luz recorrió la caja de la camioneta. Ahí dentro había un fragmento de alquitrán, pero nada más. La caja estaba tan vacía como la cabina.

Todo el tiempo, Hamilton había permanecido a una prudente distancia de la GMC con matrícula con cangrejo tenía tan arraigado este comportamiento cauteloso, que ni siquiera lo había considerado. Enseguida se agachó e iluminó con la linterna la parte baja de la camioneta, el último lugar desde el cual acecharía alguien que pretendiera hacerle daño. Era improbable, pero cuando finalmente abandonara este mundo, no quería que el sacerdote empezara su encomio diciendo: "Queridos amigos, nos hemos reunido hoy para honrar el improbable fallecimiento del patrullero Warren Hamilton". Eso sería tras cursi

Pasó rápidamente el haz de luz de izquierda a derecha debajo de la vagoneta y no observó. más que un silenciador oxidado que estaba por desprenderse en un: futuro muy cercano, aunque, a juzgar por los agujeros que se le veían, el conductor no notaría su ausencia cuando esto sucediera.

"Parece que estamos solos, cariño", dijo el patrullero Hamilton.. Examinó una vez más el área que rodeaba a la vagoneta, poniendo particular atención al acceso desde el restaurante. No observó que nadie lo estuviera observando a ,él, así que subió a la ventanilla del pasajero y lanzó la luz al interior. "¡Santo cielo!", murmuró Hamillton. "Pregúntale a mamá, si puede creer esta soberana asquerosidad" De repente, dio gracias al cielo por los faros naranja que emitían su resplandor a través del estacionamiento y hasta dentro de la cabina, pues convertían lo que sabía era marrón, en un color casi negro, y esto hacía que: la sangre pareciera más bien tinta. "¿Y así condujo? Jesucristo, ¿viajó desde Maine en estas condiciones? Pregúntale a mamá..."

Dirigió la luz de la linterna hacia abajo. El asiento y el piso de la GMc eran una pocilga . Vio latas de cerveza, latas de refrescos, bolsas: vacías o casi vacías, de papas fritas y frituras de: maíz, envases de cartón, que habían contenido hamburguesas y pollo frito. Una plasta de lo que parecía goma de mascar estaba pegada en el tablero de metal sobre un hueco donde seguramente hubo una vez una radio. En el cenicero rebosaban las colillas de cigarrillos sin filtro.

En el asiento había franjas y manchas de sangre El volante estaba cubierto con sangre. En el arillo de la bocina, una salpicadura de sangre casi oscurecía totalmente el emblema en relieve de Chevrolet. Había sangre en la manija interior del lado del conductor, y sangre en el espejo, la mancha era un pequeño círculo que quería ser óvalo, y Hamilton pensó que era muy posible porque el señor 96529 Q hubiese dejado una huella digital , casi perfecta con la sangre de su víctima al ajustar el espejo retrovisor. En una de las cajas de hamburguesas también había una gran salpicadura de sangre. Esa parecía como si tuviera algunos cabellos pegado.

"¿ Que le habrá dicho a la encargada de la ventanilla de servicio? murmuro Hamilton. "¿Que sea cortó al afeitarme?"

A su espalda, escucho un ruido como de raspadura. Hamilton se dio vuelta de inmediato sintiendo que su movimiento era demasiado lento; sintiéndose completamente seguro de que a pesar de sus precauciones de rutina se había expuesto demasiado para llegar a la edad avanzada, porque aquí no valía la rutina, no señor, el tipo había llegado por detrás, y pronto habría más sangre en la cabina de la vieja camioneta Chevrolet, su sangre, porque un tipo que era capaz de conducir un matadero portátil como éste, desde Maine hasta casi la línea divisoria del estado de Nueva York, tenía que ser un demente; la clase de sujeto que mataría a un policía estatal sin prestarle mayor atención de la que requeriría comprar un litro de leche.

Hamilton desenfundó el revólver por tercera vez en su carrera, amartilló y casi dispara un tiro (o dos o tres) a la oscuridad; su tensión había llegado al máximo. Pero ahí no había nadie.

Bajó el revólver lentamente, con la sangre golpeándole las sienes.

Una pequeña ráfaga de viento sopló en la noche. El ruido de raspadura se escuchó de nuevo. Sobre el pavimento, vio una caja de pescado frito, de este mismo McDonald s, sin duda; qué inteligente eres, Holmes, no lo menciones, Watson, realmente era elemental. La caja voló rozando el suelo un metro y medio o dos al capricho de la brisa y volvió, a quedar en reposo.

Hamilton soltó una exhalación larga y temblorosa, y cuidadosamente, aseguró el martillo del revólver. "Por poco haces el ridículo, Holmes", dijo en una voz que no era estable del todo. "Casi te atascas con una CR—14". Una CR—14 era la forma que había que llenar por "tiro(s) disparados".

Ahora que estaba en claro que no había nada a qué dispararle, excepto una caja vacía de un bocadillo de pescado, pensó en enfundar el revólver de nuevo, pero después decidió que sería mejor esperar a que llegaran las otras unidades. Lo sentía bien en las manos. Reconfortante. No se trataba nada más de la sangre, o del hecho de que el hombre a quien buscaba un polizonte de Maine por asesinato, hubiese conducido seiscientos kilómetros o más en ese revoltijo. Alrededor de la vagoneta, se percibía un hedor que en cierta forma era como el hedor alrededor de un lugar, en alguna carretera rural, donde un automóvil ha atropellado y deshecho a un zorrillo. Ignoraba si lo notarían los oficiales que estaban a punto de llegar, o si era sólo para él, y no le importaba mucho. No era el olor de sangre, o de comida descompuesta, o el olor del cuerpo. Era, pensó, el olor del mal. Algo muy, muy malo. Lo suficientemente malo para que no quisiera enfundar el revólver, aun cuando estaba casi seguro de que el dueño del olor ya se había marchado, probablemente desde hacía varias horas; no se oía el tintineo de un motor que todavía está caliente. No importaba. Nada de eso variaba lo que él sabía: por un lapso de tiempo, la vagoneta había sido la madriguera de algún animal terrible, y no estaba dispuesto a correr el más mínimo riesgo de que el animal pudiera regresar y encontrarlo desprevenido. Y mamá podía apostar a eso.

Y ahí permaneció, pistola en mano, con los cabellos de la nuca erizados. Y sintió que había pasado un rato demasiado largo hasta que finalmente llegaron las unidades de apoyo.

VI
Muerte en la gran ciudad

Dodie Eberhart estaba de un humor de todos los diablos, y cuando Dodie Eberhart estaba de un humor de todos los diablos, en la capital de la nación había una golfa con quien más te valía evitar cualquier bronca. Subía las escaleras del edificio de apartamentos de la calle L con la misma impasibilidad (y casi el volumen) de un rinoceronte que cruza un trecho abierto de la pradera. Su vestido azul marino se estiraba y aflojaba sobre un pecho demasiado grande para podérsele llamar sencillamente amplio. Los brazos carnosos se balanceaban como péndulos.

Muchos años antes, esta mujer había sido una de las prostitutas de lujo más estupendas de Washington. En esos días, su estatura —un metro noventa— así como su atractiva estampa, la convertían en algo más que un travieso pimpollo. Tenía tanta demanda, que una noche con ella era casi tan encomiable como un trofeo en el gabinete de un caballero aficionado a los deportes. Y si se revisaban cuidadosamente las fotografías de varias *fétes* y *soirées* que habían aparecido durante la segunda administración de Johnson y la primera de Nixon, se podría descubrir a Dodie en muchas de ellas, generalmente del brazo de un hombre a quien se mencionaba con frecuencia en artículos y ensayos políticos de peso. Su estatura por sí sola facilitaba el que no se le pasara por alto.

Dodie era una ramera con el corazón de un gerente de banco y el alma de una cucaracha ávida. Dos de sus clientes más asiduos, uno de ellos un senador demócrata y el otro un diputado republicano de gran categoría, le habían proporcionado el suficiente efectivo para retirarse de los negocios. Este gesto de generosidad no había sido precisamente voluntario. Dodie estaba consciente de que los riesgos de contraer enfermedades se mantenían constantes (los funcionarios del gobierno con cargos importantes eran tan vulnerables al SIDA y otras enfermedades venéreas menores, aunque también preocupantes, como la gente común y corriente). Sin embargo, su edad no se mantenía constante. Además, no confiaba plenamente en que estos caballeros le dejarían algo en su testamento, como le habían prometido ambos. Lo siento, les había dicho a los dos, pero ya no creo en Santa Claus o en el Hada Madrina. La pequeña Dodie tiene que cuidarse a sí misma.

Con ese dinero, la pequeña Dodie compró tres casas de apartamentos. Pasaron los años. Los setenta y siete kilos que habían puesto de rodillas a hombres vigorosos (por lo general, frente a ella mientras se erguía desnuda ante ellos), se habían convertido en ciento veintiocho. Las inversiones que habían sido lucrativas a mediados de los años setenta, se vinieron abajo en los ochenta, cuando al parecer todas las demás personas del país, con dinero en la bolsa de valores, estaban cosechando utilidades. En la fase activa de su carrera, Dodie tenía apuntados a dos excelentes corredores de bolsa en los últimos renglones de su corta lista de clientes; en ocasiones, lamentaba no haberlos retenido cuando se retiró.

En 1984 había perdido una casa de apartamentos; la segunda la perdió en 1986, después de una desastrosa auditoria de la oficina de impuestos. Se había aferrado a ésta en la calle L tan encarnizadamente como un jugador que está perdiendo en una despiadada partida de Monopolio, convencida de que este vecindario estaba a punto de prosperar. Pero aún no había prosperado, y no creía que prosperara en otro año o dos... si acaso. Cuando esto sucediera, tenía la intención de empacar sus cosas y marcharse a Aruba. Mientras tanto, quien había sido la prostituta más buscada de la capital de la nación, y ahora casera, tendría que cuidar lo que tenía.

Lo cual había hecho siempre.

Lo cual se proponía seguir haciendo.

Y que Dios ayudara a quien se interpusiera en su camino.

Como Frederick "señor pez gordo" Clawson, por ejemplo.

Llegó al descanso del segundo piso. Una conocida marcha tronaba desde el apartamento de los Shulman.

—¡BAJEN EL SONIDO A ESE JODIDO TOCADISCOS! —gritó a todo pulmón... y cuando Dodie Eberhart levantaba la voz a su máximo nivel de decibeles, las ventanas se rajaban, los tímpanos de los niños pequeños se rompían, y los perros caían muertos.

De inmediato, la música disminuyó de un clamor a un susurro. Dodie podía sentir a los Shulman estremeciéndose uno junto al otro, como un par de cachorritos asustados en una tormenta, rogando que el motivo de la presencia de la bruja malvada en la calle L no fuese el de verlos a ellos. Le tenían un miedo terrible. No era un sentimiento imprudente. Shulman era abogado corporativo en una firma muy poderosa, aunque a él todavía le faltaban dos úlceras para adquirir el suficiente poder para causar cierta vacilación en Dodie. Si en esta etapa de su joven vida despertaba la cólera de Dodie, ésta usaría las entrañas de Shulman como jarreteras, y él —lo sabía, y eso era muy satisfactorio.

Cuando llegas al fondo de tus cuentas bancarias y tu cartera de inversiones, encuentras placer en lo que se puede.

Dodie dio vuelta al recodo de las escaleras sin alterar el ritmo de su paso y empezó a subir al tercer piso, donde vivía Frederick "señor pez gordo" Clawson en solitario esplendor. Avanzaba con la misma zancada uniforme del rinoceronte cruzando la sabana, la cabeza erguida, sin la más mínima falta de aliento a pesar de su tonelaje, mientras que la escalera se estremecía con una diminuta sacudida, no obstante su solidez.

Dodie disfrutaba de antemano lo que sucedería.

Clawson ni siquiera estaba situado en el peldaño más bajo de una escalera de derecho corporativo. Hasta ahora, ni siquiera estaba cerca de la escalera. Al igual que todos los estudiantes de leyes que había conocido (casi todos como inquilinos, ciertamente, nunca se había metido con ninguno durante lo que ahora consideraba como su "otra vida"), Clawson estaba compuesto principalmente por grandes aspiraciones y pocos fondos, ambos descansando en un

voluminoso cojín de patrañas. Dodie, como regla, no confundía ninguno de estos elementos. En su opinión, el dejarse engañar por las fanfarronadas de un estudiante de derecho, era tan malo como conseguir algo gratis. Una vez que empezaban a comportarse así, más te valía colgar el suspensorio.

En sentido figurado, desde luego.

No obstante, Frederick "señor pez gordo" Clawson había derribado parcialmente sus defensas. La renta ya tenía un retraso de cuatro meses, y lo había permitido porque Clawson la había convencido de que, en su caso, la antigua y gastada disculpa era verídica (o llegaría a serlo): iba a recibir dinero.

Clawson nunca hubiese logrado ablandar a Dodie si hubiera afirmado que Sidney Sheldon era realmente Robert Ludlum, o Victoria Holt era en realidad Rosemary Rogers porque a ella le importaban un bledo esa gente o sus millones de escritos semejantes. A Dodie le gustaban las novelas de crímenes, y si eran novelas de crímenes —verdaderamente sucias, mucho mejor. Si la lista de libros de mayor éxito que aparecía en la edición dominical del Post era alguna indicación, suponía que innumerables personas se inclinaban por la bazofia romántica, y esa mierda acerca de espías, pero Dodie había leído durante años a Elmore Leonard antes de que éste obtuviese un lugar en esa lista, y también había desarrollado un gran apego por Jim Thompson, David Goodis, Horace McCoy, Charles Willeford, y el resto de esos tipos. Si lo querías resumido, a Dodie Eberhart le gustaban las novelas en las que los hombres robaban bancos, se disparaban unos a otros, y demostraban lo mucho que, amaban a sus mujeres, de preferencia dándoles una tremenda paliza.

George Stark, en su opinión, era o había sido el mejor de todos. Se contaba entre sus admiradoras más entusiastas desde *A la manera de Machine* y El blues de Oxford hasta Cabalgando a Babilonia, la cual, aparentemente, sería su última novela.

El pez gordo del apartamento del tercer piso había estado rodeado por notas y novelas de Stark la primera vez que Dodie se presentó a apremiarlo por la renta (esta vez sólo, tenía un atraso de tres días, pero, por supuesto, si cedías un centímetro, se tomaban un kilómetro), y después de que hubo atendido su negocio y él le prometió entregarle un cheque el siguiente día a las doce, le preguntó si en la carrera de abogado ahora se requería leer las obras completas, de George Stark.

—No —había dicho Clawson con. una sonrisa brillante, alegre y absolutamente depredadora—, pero pueden financiarla.

La sonrisa, más que otra cosa, fue lo que la enganchó y ocasionó que, en este caso, fuera más flexible respecto a la fecha de pago, cuando podía ser tan brutalmente estricta con los demás. Había visto esa sonrisa muchas veces ante su propio espejo. En un tiempo había creído que no se podía fingir esa sonrisa y, nada más como constancia, todavía lo creía. Era indudable que Clawson había tenido en las manos todas las, armas, contra Thaddeus Beaumont; su error había consistido en confiar con tanta seguridad que Beaumont se plegaría a los planes de un: señor pez gordo como Frederick Clawson. Y ella cometió el mismo error.

Dodie había leído una de las dos novelas de Beaumont, Neblina púrpura, después de que Clawson le explicara lo que había descubierto, y pensaba que era un libro exquisitamente estúpido. No obstante la, correspondencia y las fotocopias que le había mostrado el señor pez gordo, le parecía difícil o imposible el creer que ambos escritores fuesen el mismo hombre. Excepto que... luego de leer cerca de tres cuartas partes del libro, en un punto donde había sentido el impulso de arrojar ese aburrido pedazo de mierda a través de la habitación y olvidarse de todo el asunto, había una escena en la que un granjero mataba a un caballo de un tiro. El caballo tenía dos patas rotas y no había más remedio que sacrificarlo, pero lo importante era que el granjero, el viejo John, lo había disfrutado. De hecho, había colocado el cañón de la pistola contra la cabeza del caballo, y entonces se había empezado a masturbar, apretando el gatillo en el momento del clímax.

Parecía, pensaba, como si Beaumont, . al llegar a esta escena, hubiese salido a buscar una taza de café, y George Stark hubiera entrado a escribir el pasaje, como una especie de duende literario. Indudablemente, era el único oro en esa pila particular de paja.

Bueno, nada de eso era importante ahora. Sólo demostraba que nadie era inmune a las tonterías para siempre. El pez gordo la había embaucado, pero al menos por poco tiempo. El engaño había llegado a su fin.

Dodie Eberhart llegó al descanso del tercer piso con la mano presta en la clase de puño apretado que utilizaba cuando ya no era hora de llamar cortésmente, sino de golpear la puerta, y en eso vio que no serían necesarios los porrazos. La puerta del pez gordo estaba entreabierta.

—¡Santo cielo! —musitó Dodie, torciendo los labios. Este no era un vecindario de drogadictos, pero cuando se trataba de hacer pedazos el apartamento de algún idiota, los viciosos estaban más que dispuestos a cruzar las líneas de la frontera. El tipo éste era aún más estúpido de lo que había pensado.

Llamó a la puerta con los nudillos y ésta se abrió. —¡ Clawson! —gritó con una voz que prometía condenación y muerte.

No hubo respuesta. Al mirar por el breve corredor, pudo ver que las cortinas de la sala estaban bajadas y brillaba la lámpara del techo. Una radio tocaba suavemente.

—¡Clawson, quiero hablar contigo!

Dio unos pasos por el corredor... y se detuvo.

Uno de los cojines del sofá estaba en el piso.

Eso era todo. No había señales de que el lugar hubiese sido destrozado por un drogadicto ansioso, pero sus instintos aún eran agudos y se puso tensa en un momento. Olió algo. Era un olor muy leve, pero ahí estaba. Un poco parecido a

alimentos echados a perder, pero que todavía no se descomponen del todo. No era eso, pero era lo más semejante que se le ocurría. ¿Lo había olido antes? Pensó que sí.

Y además había otro olor, aunque no creía percibirlo por la nariz. Reconoció ese olor de inmediato. Tanto Dodie, como el patrullero Hamilton de Connecticut, hubieran coincidido sin dudar un segundo en lo que era: el olor del mal.

Se quedó de pie fuera de la sala, mirando el cojín sobre el piso, escuchando la radio. Lo que no habían logrado tres pisos de escaleras, lo había conseguido ese inocente cojín, su corazón latía con violencia bajo el masivo pecho izquierdo, y el aliento salía de su boca con muy poca profundidad. Algo estaba mal aquí. Extremadamente mal. La cuestión era si su permanencia ahí ocasionaría que llegara a formar parte de ello.

El sentido común dictaba que se marchara, que se marchara mientras tenía la oportunidad, y el sentido común era muy fuerte. La curiosidad la instigaba a quedarse y dar un vistazo, y ésta fue más fuerte.

Desde la entrada asomó cautelosamente la cabeza a la sala y primero miró hacia su derecha, donde había una chimenea simulada, dos ventanas con vista a la calle L y no mucho más.

Miró hacia la izquierda y su cabeza repentinamente se quedó inmóvil. Sus ojos se desorbitaron.

Esa mirada fija no duró más de tres segundos, pero a ella le pareció mucho más prolongada. Y vio todo, hasta el más pequeño detalle; su mente tomó una fotografía de lo que veían sus ojos, tan clara y definida como las que tomaría en breve el fotógrafo de la policía.

Vio las dos botellas de cerveza Amstel sobre la mesa de café, una vacía y otra llena a medias, con un collar de espuma todavía dentro del cuello de la botella. Vio el cenicero con ¡CHICAGOLAND! escrito en la superficie curvada. Vio dos colillas de cigarrillos, sin filtro, aplastadas en el centro de la blancura prístina del cenicero, aun cuando el pez gordo no fumaba, o al menos, no cigarrillos. Vio la pequeña caja de plástico que una vez había estado llena de tachuelas, volcada sobre un costado entre las botellas y el cenicero. La mayoría de las tachuelas, que el pez gordo utilizaba para clavar cosas en la tablilla de la cocina, estaban esparcidas sobre la superficie de cristal de la mesa de café. Vio que algunas habían caído sobre un ejemplar abierto de la revista People, el que publicaba el artículo acerca de Thad Beaumont /George Stark. Le era posible ver a los esposos Beaumont estrechándose las manos por encima de la lápida de Stark, aunque desde su posición, se veían al revés. Este era el artículo que, según Frederick Clawson, nunca se publicaría. En cambio, a él lo iba a convertir en un hombre moderadamente rico. Se había equivocado en cuanto a eso. De hecho, parecía que se había equivocado respecto a todo.

Pudo ver a Frederick Clawson, quien ya no era ningún pez gordo, sentado en una de las dos sillas de la sala. Se le había atado a ella. Estaba desnudo, sus ropas tiradas en una bola enmarañada bajo la mesa de café. Vio el agujero sangriento en la entrepierna. Los testículos aún permanecían en el lugar que les correspondía; el pene lo tenía metido en la boca. El espacio era amplio, pues el asesino también le había cortado la lengua al señor pez gordo. Estaba clavada en la pared con una tachuela. La tachuela había penetrado tan profundamente la carne rosada que sólo se podía ver su parte superior, semejante a una risueña media luna, amarillo brillante; y la mente de Dodie fotografió implacablemente incluso estos detalles. La sangre había escurrido por el papel tapiz, formando una figura similar a un abanico oscilante.

El asesino había usado otra tachuela, ésta con la cabeza verde brillante, para clavar la segunda página del artículo de la revista People al pecho desnudo del ex pez gordo. No podía distinguir el rostro de Liz Beaumont —estaba oscurecido con la sangre de Clawson— pero veía la mano de la mujer, sosteniendo el platón de galletas ante la expresión sonriente de Thad. Recordó que esa fotografía en particular había encolerizado a Clawson. ¡Qué farsa!, había exclamado. Ella odia cocinar... lo dijo en una entrevista justo después de que Beaumont publicara su primera novela.

Por encima de la lengua clavada en la pared, escritas con un dedo mojado en sangre, estaban estas seis palabras:

LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO

Jesucristo, pensó una parte distante de su mente. Es igual a una no vela de George Stark.. algo semejante a lo que haría Alexis Machine.

A su espalda, se escuchó el sonido de un encontronazo.

Dodie Eberhart gritó y se dio vuelta de inmediato. Machine venía hacia ella con la terrible navaja, el resplandor de acero cubierto con la sangre de Frederick Clawson. Su rostro, la máscara retorcida de cicatrices que le había dejado Nonie Griffithss después de que lo había triturado al final de *A la manera de Machine*... Y no había nadie absolutamente.

La puerta se había cerrado de golpe por sí sola, eso era todo, como sucede con las puertas algunas veces.

¿Habrá sido eso?, preguntó la parte distante de su mente... excepto que ahora estaba más cerca, y alzaba la voz, apremiada por el terror. Cuando llegaste al final de las escaleras, estaba entreabierta sin ningún problema. No abierta del todo, pero lo suficiente para darte cuenta de que no estaba cerrada.

Ahora sus ojos volvieron a las botellas de cerveza sobre la mesa de café. Una vacía. Otra medio llena, todavía con un anillo de espuma en el interior del cuello.

El asesino había estado detrás de la puerta cuando ella entró. Si hubiese vuelto la cabeza, seguramente lo habría visto y también estaría muerta ahora.

Y mientras había permanecido ahí, hipnotizada con los coloridos restos de Frederick "señor pez gordo Clawson, sencillamente se había marchado, cerrando la puerta tras él.

La fuerza escapó de sus piernas y cayó suavemente de rodillas, con una gracia sobrenatural, como una niña que se arrodilla para recibir la comunión. Su mente le daba vueltas frenéticamente al mismo pensamiento, como un ratón en

una rueda de ejercicio. Oh, no debí haber gritado, volverá, oh, no debí haber gritado, volverá, oh, no debí haber gritado...

Y en eso lo oyó, el ruido sordo, medido, de sus grandes pies en la alfombra del corredor. Más tarde, llegó a convencerse de que los malditos, Shulman habían subido de nuevo el volumen del estéreo, y había confundido el sonido constante del bajo con pisadas, pero en ese momento, estaba segura de que era Alexis Machine y que regresaba... un hombre tan dedicado y tan criminal, que no lo detendría ni siquiera la muerte.

Dodie Eberhart se desmayó, por primera vez en su vida.

En menos de tres minutos recobró el conocimiento. Todavía no la sostenían las piernas, así que avanzó a gatas por el pequeño corredor del apartamento hasta la puerta con el cabello colgándole sobre el rostro. Pensó en abrir la puerta y mirar hacia afuera, pero no tuvo el valor para hacerlo. En cambio, dio vuelta al pestillo, corrió el cerrojo y colocó la barra de seguridad en su descanso de acero. Una vez hecho esto, se sentó contra la puerta, jadeante, el mundo envuelto en una niebla gris. Percibía vagamente que se había encerrado con un cadáver mutilado, pero esa situación no era tan mala; No era mala en absoluto si se consideraban las alternativas.

Poco a poco, recuperó la fuerza y logró ponerse de pie. —Se deslizó por el rincón al final; del pasillo —y entró a la cocina, donde estaba el teléfono. Procuraba mantener los ojos apartados de lo que: restaba del señor pez gordo, aunque era un ejercicio inútil; durante mucho tiempo podría ver esa fotografía mental con toda su horrible claridad.

Llamó a la policía y cuando llegaron dos, guardias no los dejó, entrar hasta que uno de ellos deslizó su identificación por debajo de la puerta.

—¿Cuál es el nombre de su esposa?—preguntó al polizonte cuya placa laminada lo identificaba como Charles E Toomey Jr. La voz de Dodie se oía aguda y temblorosa, completamente distinta a la normal. Sus amigos más íntimos (si los hubiese tenido) no la habrían reconocido.

—Stephanie, señora —replico pacientemente la voz, en el otro lado de la puerta

—¡Sabe bien que puedo hablar a la comisaría y comprobarlo! —dijo casi a gritos.

—Lo sé, señora Eberhart —respondió la voz—, ¿pero no le parece que si nos deja entrar se sentirá a salvo más pronto?

Y debido a que aún reconocía la voz de, un polizonte con la misma facilidad que había reconocido el olor del mal, quitó el cerrojo a la puerta y dejó entrar a Toomey y su pareja. Una vez que los dos estuvieron dentro, Dodie hizo algo más que nunca antes había hecho: se puso histérica..

VII
Asunto de la policía

1

Thad estaba en la parte alta de la casa, escribiendo en su estudio, cuando llegó la policía.

Liz leía un libro en la sala, mientras William y Wendy jugueteaban el uno con el otro en el corralito de doble tamaño que compartían. Liz, al oír el llamado, fue hacia la puerta, y antes de abrirla miró al exterior, a través de una de las estrechas ventanas que la flanqueaban. Este era un hábito que había adquirido desde lo que llamaba en broma el "debut" de Thad en la revista People. A partir de entonces, aparecían con frecuencia visitantes, siempre conocidos en su mayor parte, mezclados con una generosa porción de curiosos vecinos del pueblo, e incluso, unos cuantos desconocidos (estos últimos admiradores incondicionales de Thad) por añadidura. Thad lo llamaba el "síndrome de vean a los cocodrilos en vivo", y decía que todo eso terminaría en una semana o dos. Liz esperaba que estuviera en lo cierto. Mientras tanto, le preocupaba que uno de los nuevos visitantes pudiera ser un demente cazador de cocodrilos, de la clase que había asesinado a John Lennon, y antes que nada, atisbaba por la ventana. Ignoraba si podría reconocer a un demente auténtico a simple vista, pero al menos podía impedir que se descarrilara el tren de ideas de Thad durante las dos horas que dedicaba a escribir cada mañana. Después de ese lapso, él mismo atendía la puerta, generalmente con una mirada culpable de niño pequeño, a la cual Liz no sabía cómo responder.

Esta mañana de sábado, los tres hombres que esperaban en el umbral de la puerta no eran admiradores ni de Beaumont ni de Stark, pensaba, ni dementes tampoco... a menos que a la actual cosecha le diese por conducir patrullas de la policía estatal. Abrió la puerta, sintiendo la punzada de inquietud que acomete incluso a las personas más inocentes cuando aparece la policía sin que se le llame. Liz suponía que si tuviese hijos con edad suficiente para estar fuera de casa divirtiéndose ruidosamente y haciendo escándalo esta lluviosa mañana del sábado, ya se estaría preguntando si les habría pasado algo.

—¿Si?

—¿Es usted la: señora Elizabeth Beaumont? —preguntó uno de ellos.

—Sí¡ en efecto. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Está su esposo en casa, señora Beaumont? —preguntó un segundo. Estos dos llevaban idénticas capas grises para la lluvia, y sombreros de la policía estatal.

No eso que escucha tecleando arriba, es el fantasma de. Ernest Hemingway, le hubiese gustado responder, pero desde luego no lo hizo. Primero se presentaba el temor de alguien ha tenido un accidente, después el espectro de la culpa que te impulsaba a pronunciar algo áspero y sarcástico, algo que significara, independientemente de las palabras reales: Váyanse. Aquí no los queremos. No hemos hecho nada malo. Váyanse y busquen: a quién sí lo haya hecho.

—¿Puedo preguntarle para que quieren verlo? El tercer policía era Alan Pangborn.

—Es un asunto de la policía, señora Beaumont —dijo— ¿Pode hablar con él, por favor?

2

Thad Beaumont no llevaba nada parecido a un diario organizado, pero algunas veces escribía acerca de los acontecimientos que le interesaban, divertían. o atemorizan en su propia vida. Estos relatos los escribía en una libreta encuadernada, y su esposa no era muy afecta a ellos. De hecho, le producían escalofríos, aun cuando nunca se lo había mencionado a Thad. La mayoría eran extrañamente desapasionados casi como si una parte de él estuviese a un lado, informando sobre su vida con un enfoque propio, divorciado y casi indiferente. Después de la visita de la policía la mañana del 4 de junio, escribió una larga nota, con una subcorriente de emoción intensa y desusada.

"Ahora comprendo un poco mejor El proceso de Kafka y 1984 de Orwell —escribió Thad. Es un error serio el leerlos únicamente como novelas policiacas. Supongo que la depresión que sufrí después que terminé Los bailarines y descubrí que no había nada esperando detrás de él —es decir, excepto el aborto de Liz—, todavía cuenta como la experiencia emocional más miserable de nuestra vida de casados, pero lo que sucedió hoy parece peor aún. Me digo a mí mismo que esto se debe a que la experiencia todavía es muy reciente, pero sospecho que es bastante más que eso. Sospecho que si mi temporada en la oscuridad y la pérdida de esos primeros mellizos son heridas que han sanado, dejando únicamente cicatrices para señalar los lugares donde estuvieron, entonces, también sanará esta nueva herida... pero no creo que el tiempo la restañe por completo. También dejará una cicatriz, una más corta, pero más profunda, como el tatuaje desvaneciente de un súbito navajazo.

"Estoy seguro de que la policía se comportó de acuerdo con su juramento (si es que aún lo prestan, y supongo que sí). Sin embargo, ahí estaba entonces, y todavía está ahora, una sensación de que corría el peligro de que ser arrastrado por una maquinaria burocrática sin rostro, no hombres, sino una maquinaria que continuaría sus funciones hasta que me hubiese hecho cisco... ya que el propósito de la maquinaria es el de hacer cisco a las personas. El sonido de mis gritos no apresuraría ni retrasaría la acción destructora de la maquinaria.

"Me di cuenta de que Liz estaba nerviosa cuando subió y me dijo que la policía me buscaba, acerca de un asunto que no habían especificado. Me dijo que uno de ellos era Alan Pangborn, el sheriff del condado de Castle. Posiblemente lo

haya visto una o dos veces antes, pero sólo lo reconocía realmente debido a que, de vez en cuando, aparece su fotografía en el Call de Castle Rock.

"Sentí curiosidad y agradecimiento por un descanso de la máquina de escribir, sobre todo cuando mi gente, durante la última semana, ha insistido en hacer cosas que no quiero que hagan. Supongo que pensé que podría relacionarse con Frederick Clawson, o algún resabio del artículo en People.

"No sé si puedo reproducir adecuadamente el tono de la reunión que siguió. Incluso, ignoro si es importante, aunque al parecer vale la pena intentarlo. Cerca del pie de la escalera, en el vestíbulo, estaban tres hombres corpulentos (no es de extrañar que la gente les llame toros), escurriendo un poco de agua en la alfombra.

"—¿Es usted Thaddeus Beaumont? —preguntó uno de ellos, el sheriff Pangborn, y ahí es donde empezó a suceder el cambio emocional que quiero describir (o al menos, indicarlo). La perplejidad se sumó a la curiosidad y placer por haber sido liberado, aunque fuese brevemente, de la máquina de escribir. Más un poco de preocupación, al escuchar mi nombre completo, pero sin señor . Como un juez cuando se dirige a un acusado a quien está a punto de dictar sentencia.

"—Sí, así es —respondí— y usted es el sheriff Pangborn. Lo sé porque tenemos una casa en el Lago Castle —y extendí la mano, ese viejo ademán automático del hombre norteamericano bien entrenado.

"El sheriff se limitó a mirarla y en su rostro apareció una expresión, como si al abrir la puerta del refrigerador descubriera que se ha echado a perder el pescado que compró para la cena.

"—No tengo la intención de estrechar su mano —dijo—, más vale que la retire y nos ahorre a ambos cierta incomodidad —fue una declaración endemoniadamente extraña, algo absolutamente grosero, pero lo que más me molestó fue la forma en que la dijo. Era como si pensara que había perdido la razón.

"Y en ese instante me aterroricé. Todavía ahora me es difícil creer la rapidez, la condenada rapidez con que mis emociones recorrieron el espectro desde la curiosidad normal, cierto placer por la interrupción de una rutina acostumbrada, hasta el temor absoluto. En ese instante comprendí que no estaban aquí para hablar conmigo acerca de algo, sino porque creían que yo había hecho algo, y en ese primer momento de terror, no tengo la intención de estrechar su mano , tuve la seguridad de que lo había hecho.

"Eso es lo que necesito expresar. En el momento de silencio mortal que siguió a la negativa de Pangborn a estrechar mi mano, pensó, que, en efecto, yo había hecho todo... y no tendría caso negar mi culpa."

3

Thad bajó la mano lentamente. Con el rabillo del ojo podía ver a Liz con las manos asidas en una apretada bola blanca entre los pechos, y súbitamente sintió el deseo de enfurecerse con este polizonte, a quien se había invitado sin condiciones a entrar a esta casa y se había rehusado a estrechar su mano. Este polizonte, cuyo salario se pagaba, al menos en una pequeña parte, con los impuestos que se aplicaban a los Beaumont por la casa en Castle Rock. Este polizonte que había asustado a Liz. Este polizonte que lo había asustado a él.

—Está bien —dijo Thad sin alterarse—. Si no quiere estrechar mi mano, tal vez me diga por qué está aquí.

Al contrario de los polizontes estatales, Alan Pangborn no llevaba una capa para la lluvia, sino una chaqueta impermeable que le llegaba a la cintura. Metió la mano en su bolsillo trasero, sacó una tarjeta y empezó a leerla. Thad sólo necesitó un momento para darse cuenta de que estaba oyendo una variación de la advertencia Miranda.

—Como usted lo ha dicho, mi nombre es Alan Pangborn, señor Beaumont. Soy el sheriff del condado de Castle, Maine. La razón de mi presencia aquí es que debo interrogarlo en relación con un delito capital. Estas preguntas se las formularé en la comisaría de la policía estatal de Orono. Tiene derecho a guardar silencio...

—Oh, Dios mío, ¿por favor, qué es esto? —preguntó Liz casi al mismo tiempo en que Thad escuchaba sus propias palabras—, espere un minuto, tan sólo un condenado minuto —ella intentaba que esto se oyera como un rugido, pero aun cuando su cerebro le dictaba a sus pulmones que subieran el volumen hasta un bramido de los que exigían silencio en una sala de conferencias llena, lo más que pudo musitar fue una leve objeción que Pangborn invalidó fácilmente.

—Y tiene derecho a asesoría legal. Si no cuenta con los medios para ello, se le proporcionará sin costo.

Volvió a guardar la tarjeta en el bolsillo trasero.

—¿Thad? —Liz se apretaba contra él como una niña pequeña asustada por los truenos. Sus enormes ojos atónitos miraban a Pangborn. En ocasiones, se proyectaban hacia los patrulleros estatales, cuyo volumen los calificaba para jugar como defensas en un equipo de fútbol profesional, pero la mayor parte del tiempo permanecían fijos en Pangborn.

—No iré a ninguna parte con usted —dijo Thad. La voz le temblaba, vibrando en tonos altos y bajos, cambiando de registro como la voz de un joven adolescente. Aún intentaba ponerse furioso—. No creo que me pueda obligar a hacerlo.

Uno de los patrulleros se aclaró la garganta.

—La alternativa —dijo—, es que uno de nosotros regrese y obtenga una orden de arresto, señor Beaumont. Con base en la información que poseemos, será muy fácil.

El patrullero miró a Pangborn.

—Es justo añadir que el sheriff Pangborn quería que trajésemos la orden. Expuso muchas razones para ello, y creo que se habría salido con la suya si usted no fuese... una figura pública.

Pangborn se veía disgustado, posiblemente por este hecho, posiblemente porque el patrullero estaba informando a Thad acerca del hecho, y lo más probable, por ambas cosas.

El patrullero percibió la mirada, restregó los zapatos mojados, como si estuviese un poco desconcertado, pero prosiguió de todas formas.

—En la situación en que estamos, no veo ningún problema en que lo sepan —miró inquisitivamente a su pareja, quien asistió. Pangborn se limitó a seguir disgustado. Y enojado.

Se ve, pensó Thad, como si quisiera desgarrarme con las uñas y enrollarse mis entrañas a la cabeza.

—Eso suena muy profesional —dijo Thad. Sintió un gran alivio al descubrir que, al menos, estaba recuperando parte del aliento y se estaba normalizando su voz. Quería enojarse, ya que sabía que el enojo disiparía el miedo, pero sólo llegó al desconcierto. Se sentía como un bobo rematado—. Lo que omite es el hecho de que no tengo la más ligera idea de cuál es la situación.

—Si creyéramos que ése es el caso, no estaríamos aquí, señor Beaumont —replicó Pangborn. La expresión de desprecio en su rostro finalmente alcanzó el objetivo: Thad se enfureció súbitamente.

—¡No me importa lo que usted crea! —dijo Thad—. Ya le dije que sé quién es usted, sheriff Pangborn. Mi esposa y yo hemos tenido una casa en Castle Rock desde 1973, mucho antes de que usted oyera hablar de este lugar. Ignoro lo que está haciendo a más de doscientos cincuenta kilómetros de su territorio, o por qué me mira como si fuese una plasta de mierda de pájaros sobre un auto nuevo; pero sí le puedo afirmar que no iré a ninguna parte hasta que conozca la situación. Si se requiere una orden de arresto, vaya y consígala. Pero quiero que sepa que si lo hace, se va a meter hasta el cuello en una olla de mierda hirviendo y yo atizaré personalmente el fuego. No he hecho nada. Esto es endiabladamente indignante, ¡simple y endiabladamente indignante!

Ahora la voz ya había alcanzado todo el volumen, y ambos patrulleros se veían un poco confundidos. Pangborn no. Continuaba mirando a Thad en la misma forma inquietante.

En la otra habitación, uno de los gemelos empezó a llorar. —Oh, Jesús —gimió Liz—, ¿qué es lo que pasa? ¡Díganos!

—Ocúpate de los niños, cariño —dijo Thad sin despegar la mirada de la de Pangborn.

—Pero...

—Por favor —dijo, y para entonces, ambos bebés estaban llorando—.

Todo saldrá bien.

Liz lo miró con expresión temblorosa, sus ojos preguntaban ¿lo prometes? y después entró a la sala.

—Queremos interrogarlo en relación al asesinato de Homer Gamache —dijo el segundo patrullero.

Thad interrumpió la dura mirada con Pangborn y se volvió hacia el patrullero.

¿Quién?

—Homer Gamache —repitió Pangborn—. ¿Nos va a decir que ese nombre no significa nada para usted, señor Beaumont?

—Por supuesto que no —dijo Thad, atónito—. Cuando estamos en el pueblo, Homer se encarga de llevar nuestra basura al vertedero.

Hace reparaciones menores en la casa. Perdió un brazo en Corea.

Le dieron la estrella de plata...

—Bronce —corrigió Pangborn impasible. —¡Homer está muerto? ¿Quién lo mató?

Los patrulleros se miraron el uno al otro, sorprendidos. Después de la aflicción, tal vez el asombro sea la emoción humana más difícil de disimular.

El primer patrullero respondió con una voz curiosamente amable.

—Tenemos motivos para creer que fue usted, señor Beaumont. Por eso estamos aquí.

4

Thad lo observó con una expresión de incomprensión absoluta durante un momento y después se rió.

—Jesús. Jesucristo. Esto es una locura.

—¿Quiere ponerse una chaqueta, señor Beaumont? —preguntó el otro patrullero—. La lluvia está bastante fuerte.

—No voy a ir a ninguna parte con ustedes —repitió distraído, sin percibir la repentina mueca de exasperación en Pangborn. Thad estaba pensando.

—Me temo que sí —dijo Pangborn—, en una forma o en otra.

—Entonces, tendrá qué ser la otra —dijo, y salió de su distracción—. ¿Cuándo ocurrió?

—Señor Beaumont —dijo Pangborn, hablando con lentitud y con una cuidadosa pronunciación, como si estuviese hablando con un niño de cuatro años, y no muy brillante, además no estamos aquí para darle información a usted.

Liz regresó al vestíbulo cargando a los bebés. Su rostro había perdido todo color; la frente le brillaba como una lámpara.

—Esto es una locura —dijo, mirando de Pangborn a los patrulleros y de nuevo a Pangborn—. Es una locura. ¿Se dan cuenta?

—Escuche —dijo Thad mientras se acercaba a Liz y colocaba un brazo alrededor de ella—, yo no maté a Homer, sheriff Pangborn, pero ahora comprendo su irritación. Suban a mi oficina. Sentémonos y veamos si podemos descifrar esto...

—Quiero que se ponga la chaqueta —dijo Pangborn. Lanzó un vistazo a Liz—. Perdone mi francés, pero ya he

recibido toda la mierda que puedo soportar en una mañana lluviosa de sábado. Lo tenemos bien agarrado.

Thad miró a los dos patrulleros estatales y se dirigió al de más edad.

—¿Puede hacer que este hombre entre en razón? Dígale que se podría evitar una serie de mortificaciones y molestias si tan sólo me dice cuándo fue asesinado Homer? —y, como si se le ocurriera de repente—: y dónde. Si fue en The Rock, no me imagino que hacía Homer aquí... bien, yo no he salido de Ludlow, excepto para ir a la universidad, durante los últimos dos meses y medio —miró hacia Liz, quien asintió.

El patrullero reflexionó y después dijo: —Discúlpenos un momento.

Los tres se retiraron por el vestíbulo, dando la impresión de que los patrulleros dirigían a Pangborn. Salieron por la puerta del frente. En cuanto ésta se cerró, Liz estalló en una avalancha de preguntas confusas. Thad la conocía lo suficiente para sospechar que su terror se hubiera convertido en enojo —furor, incluso— contra los polizontes, si no mediara la noticia de la muerte de Gamache. Dadas las circunstancias., estaba al borde del llanto.

—Todo saldrá bien —le dijo, y la besó en la mejilla. Como una ocurrencia tardía, también besó a William y a Wendy, quienes empezaban a verse decididamente incómodos—. Creo que los patrulleros saben que estoy diciendo la verdad. Pangborn... bueno, él conocía a Homer. Tú también. Está encolerizado como un demonio.

Y por su apariencia y comportamiento, debe contar con lo que parece una evidencia irrefutable que me liga al asesinato, pensó, pero no lo dijo.

Caminó por el vestíbulo y se asomó por la estrecha ventana lateral como lo había hecho Liz. Si no fuera por lo penoso de la situación, lo que vio hubiese sido divertido. Los tres estaban de pie en el pórtico, sin cubrirse totalmente de la lluvia, celebrando una conferencia. Thad podía percibir el sonido de sus voces, pero no el sentido. Pensó que se veían como jugadores de béisbol conferenciando en el montículo después de una recuperación del otro equipo en la última entrada. Ambos polizontes estatales se dirigían a Pangborn, quien sacudía la cabeza y respondía acaloradamente.

Thad caminó de regreso por el vestíbulo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Liz.

—No lo sé —respondió Thad—, pero creo que los polizontes estatales intentan convencerlo de que me diga por qué está tan seguro de que yo maté a Homer Gamache. O al menos, parte del porqué.

—Pobre Homer —musitó Liz—. Esto es como una pesadilla.

Thad tomó en los brazos a William y, de nuevo, le dijo a Liz que no se preocupara.

5

Los policías entraron unos dos minutos más tarde. El rostro de Pangborn era un nubarrón tormentoso. Thad dedujo que los dos polizontes estatales le habían dicho lo que Pangborn ya sabía, pero se negaba a admitir. El escritor no mostraba ninguno de los tics o el nerviosismo que se asocian con la culpabilidad.

—Está bien —dijo Pangborn.

Trata de disimular su mal humor, pensó Thad, y lo está haciendo bastante bien. No un éxito total, pero aun así lo está haciendo bastante bien, considerando que está en presencia del sospechoso número uno del asesinato de un anciano con un solo brazo.

—Estos caballeros quieren que, por lo menos, le haga una pregunta aquí, señor Beaumont, y así lo haré. ¿Puede dar cuenta de su paradero durante el periodo de las once p.m. del 31 de mayo hasta las cuatro a.m. del primero de junio?

Los Beaumont intercambiaron una mirada. Thad sintió que su corazón se liberaba de un gran peso. No se había zafado del todo, no todavía, pero aparentemente se habían soltado los cerrojos que sujetaban ese peso. Ahora sólo se requería un buen impulso.

—¿Fue ese día?—murmuró a su esposa. Creía que sí, pero le parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Estoy segura de que fue ese día —respondió Liz—. ¿Ha dicho el 31? —tenía los ojos puestos en Pangborn radiantes de esperanza. Pangborn la miró a su vez con recelo.

—Sí, señora. Pero me temo que su palabra no corroborada no será...

Liz lo ignoró, mientras contaba con los dedos en retroceso. De repente, sonrió como una niña de escuela.

—¡Martes! ¡El martes fue 31! —le gritó a su esposo—. ¡Ese día fue! ¡Gracias a Dios!

La expresión de Pangborn era más intrigada y recelosa que nunca. Los patrulleros se miraron el uno al otro y después volvieron los ojos hacia Liz.

—¿Nos quiere informar de qué se trata, señora Beaumont? —preguntó uno de ellos.

—¡La noche del martes 31 celebramos una fiesta aquí! —y lanzó a Pangborn una mirada de triunfo y desagrado rencoroso—. ¡Tuvimos la casa llena de gente! ¿No es así, Thad?

—Por supuesto que sí.

—En un caso como éste, una buena coartada es motivo de sospecha en sí —dijo Pangborn, pero empezaba a mostrar cierta inseguridad.

—¡Oh, usted, hombre torpe y arrogante! exclamó Liz. Ahora un color brillante flameaba en sus mejillas. El temor se iba alejando; la furia empezaba a ocupar su lugar. Miró a los patrulleros—. ¡Si mi marido no tiene una coartada para ese asesinato que ustedes afirman que cometió, lo llevan a la comisaría! ¡Pero si la tiene, este hombre dice que probablemente significa que lo asesinó de todos modos! ¿Qué les pasa, le temen al trabajo honesto? ¿Por qué están aquí?

—Calma, Liz —dijo Thad con tranquilidad—. Su presencia aquí está justificada. Si el sheriff Pangborn siguiera una pista desatinada, u obedeciera una corazonada, creo que habría venido solo.

Pangborn le lanzó una mirada hosca y después suspiró.

—Cuéntenos acerca de esa fiesta, señor Beaumont.

—Fue en honor de Tom Carroll —dijo Thad—. Tom ha estado en la Facultad de Letras de la universidad durante diecinueve años, y ha sido presidente de la junta directiva durante los cinco últimos. Se retiró el 27 de mayo, cuando terminó oficialmente el año académico. Siempre ha sido el preferido en la Facultad, y la mayoría de nosotros, los veteranos, lo conocemos como Gonzo Tom, por su gran aprecio a los ensayos de Hunter Thompson.* Así que decidimos celebrar una fiesta de jubilación para él y su esposa.

—¿A qué hora terminó la fiesta?

Thad sonrió.

—Bien, para las cuatro de la madrugada ya había terminado, pero duró hasta tarde. Cuando se reúne un manojo de profesores de literatura inglesa, con cantidades ilimitadas de bebida, se podrían seguir de frente todo el fin de semana. Los invitados empezaron a llegar alrededor de las ocho, y... ¿quién fue el último, cariño?

—Rawlie DeLesseps y esa horrible mujer del departamento de historia, con la que ha estado saliendo desde que Jesús era un bebé —dijo ella—. La que todo el tiempo vocifera: "Llámenme Billie, todo el mundo lo hace."

—Cierto —dijo Thad. Ahora estaba sonriendo—. La Bruja Malvada del Este.

Los ojos de Pangborn estaban enviando un claro mensaje que decía: me—están—mintiendo—y—todos—lo—sabemos.

—¿Y a qué hora se fueron esos amigos?

Thad se estremeció un poco.

—¿Amigos? Rawlie, sí. Esa mujer, no, definitivamente..

—A las dos de la madrugada —dijo Liz.

Thad asintió.

—Deben haber sido al menos las dos cuando los despedimos. Casi los echamos. Como señalé, tendrá que nevar en el infierno antes de que me recluten en el Club de Admiradores de Wilhemina Burks; pero habría insistido en que se quedaran si él hubiese tenido que conducir más de cinco kilómetros, o si hubiera sido más temprano. A esa hora, en la noche de martes —miércoles en la madrugada, perdón— no hay nadie en las carreteras. Excepto, tal vez, unos cuantos venados arrasando los jardines —cerró la boca abruptamente. Para su alivio, porque estaba a punto de balbucear.

Hubo un momento de silencio. Los dos patrulleros ahora miraban hacia el piso. A Thad le era imposible interpretar la expresión en el rostro de Pangborn, no creía haberla visto antes. No era disgusto, aunque el disgusto era parte.

¿Qué jodidos está pasando aquí?

—Bueno, eso es muy oportuno, señor Beaumont —dijo Pangborn al fin—, pero dista mucho de ser irrefutable. Tenemos su palabra y la de su esposa —estimación, más bien— respecto a la hora en que despidieron a la última pareja. Si estaban tan ebrios como es evidente que lo piensa, difícilmente podrán corroborar lo que usted ha dicho. Y si este sujeto DeLesseps es realmente un amigo, podría afirmar... bueno, ¿quién lo sabe?

Alan Pangborn empezaba a suavizarse, a pesar de todo. Thad lo percibió y creyó —no, supo— que sucedía lo mismo con los patrulleros estatales. Sin embargo, el hombre no estaba dispuesto a darse por vencido. El temor que había invadido a Thad inicialmente y el enojo subsecuente, se estaban convirtiendo en fascinación y curiosidad. Pensó que nunca había presenciado un combate tan nivelado entre dudas y certezas. El hecho de la fiesta —y tenía que aceptar como un hecho algo que se podía verificar con tanta facilidad— lo había desconcertado... pero no convencido. Los patrulleros, se daba cuenta, tampoco estaban totalmente convencidos. La única diferencia era que los patrulleros no estaban tan encolerizados. Para ellos, Homer Gamache era un desconocido, y por tanto, no tenían ningún interés personal en el caso. La posición de Alan Pangborn era radicalmente opuesta.

Yo también lo conocí, pensó Thad. *Es posible que yo también tenga interés en esto. Es decir, aparte de salvar el pellejo.*

—Mire —dijo pacientemente, con la mirada trabada con la de Pangborn, y la mejor intención de no devolver la hostilidad en especie—, seamos realistas, como dicen mis estudiantes. Usted preguntó si podíamos comprobar efectivamente nuestros paraderos.

—Su paradero, señor Beaumont —dijo Pangborn.

—Está bien, mi paradero. Son cinco horas bastante difíciles. Horas en las cuales la mayoría de las personas están durmiendo. Gracias a la suerte exclusivamente, nosotros, yo, si así lo prefiere, puedo comprobar mis actos durante tres de esas cinco horas. Tal vez Rawlie y su odiosa amiga se fueron a las dos, tal vez a la una treinta, o a las dos y cuarto. Cualquiera que haya sido la hora, era tarde. Ellos lo corroborarán, y la mujer Burks nunca inventaría una coartada para ayudarme, aun cuando lo hiciera Rawlie. Creo que si Billie Burks me viera ahogándome en la playa, me arrojaría un cubo de agua encima.

Liz, al quitarle de los brazos a William, quien había empezado a retorcerse, le dirigió una extraña sonrisa que más bien parecía una mueca. Al principio, no comprendió esa sonrisa, y en eso, de inmediato, captó su significado. Fue esa frase, desde luego, nunca inventaría una coartada. Era una frase que utilizaba algunas veces Alexis Machine, consumado villano de las novelas de George Stark.

** Creador del periodismo "gonzo". (N. de la T.)*

En cierto modo, era extraño; no recordaba haber usado nunca antes un starkismo en una conversación. Por otra parte, nunca antes lo habían acusado de asesinato, y el asesinato era la clase de situación que mejor manejaba George Stark.

—Si suponemos incluso que estamos equivocados en una hora y los últimos invitados se fueron, en realidad, a la una —continuó—, y suponemos además, que salté a mi auto en el momento, el segundo mismo en que traspusieron la colina, y conduje como un bastardo demente hacia Castle Rock, habrían sido las cuatro y media o cinco de la mañana antes de que pudiese llegar ahí. Como bien lo sabe, no hay autopista hacia el oeste.

Uno de los patrulleros empezó:

—Y la señora Arsenault dijo que faltaba un cuarto para la una aproximadamente, cuando vio...

—No es necesario comentar eso ahora —lo interrumpió Alan rápidamente.

Liz, exasperada, emitió un sonido grosero y Wendy la miró con los ojos cómicamente desorbitados. En el pliegue del otro brazo, William dejó de retorcerse, concentrándose de pronto en la maravilla de los movimientos de sus propios dedos.

—A la una, todavía estaba aquí una buena cantidad de personas, Thad. Aún estaban muchas.

En eso, acorraló a Alan Pangborn, realmente lo acorraló esta vez.

—¿Qué es lo que pasa con usted, sheriff? ¿Por qué está tan empecinadamente determinado a culpar de esto a mi esposo? ¿Es usted un hombre tonto? ¿Un hombre perezoso? ¿Un mal hombre? Su apariencia no indica ninguna de estas cosas, pero su comportamiento me obliga a dudarlo. Me inspira muchas dudas. Tal vez fue una lotería. ¿Fue así? ¿Extrajo su nombre de un jodido sombrero?

Alan retrocedió un poco, sorprendido y desconcertado por su ferocidad.

—Señora Beaumont...

—Me temo que le llevo ventaja, sheriff —dijo Thad—. Usted piensa que yo maté a Homer Gamache.

—Señor Beaumont, no se le ha acusado de...

—No. Pero usted lo cree, ¿no es así?

Un tono sólido y semejante al ladrillo, no de incomodidad, pensó Thad, sino de frustración, ascendía lentamente por las mejillas de Pangborn como el color en un termómetro.

—Sí, señor —dijo—. Creo que fue usted. No obstante todo lo que han dicho ambos.

Esta respuesta causó en Thad una profunda sorpresa. ¿Qué, en nombre de Dios, pudo haber pasado para que este hombre (quien, como había dicho Liz, no parecía tonto) estuviera tan seguro? ¿Tan endiabladamente seguro?

Thad sintió que un estremecimiento le subía por la espina... y en eso, sucedió algo muy peculiar. Un sonido fantasmal invadió su mente, no su cabeza, sino su mente durante un momento. Fue un sonido que produjo una sensación dolorosa de dejá vu, pues ya habían pasado cerca de treinta años desde la última vez que lo escuchó. Era el sonido espectral de cientos, tal vez miles, de pájaros pequeños.

Se llevó la mano a la cabeza y tocó la pequeña cicatriz que tenía ahí, y el estremecimiento apareció de nuevo, más intenso esta vez, retorciéndose a través de su carne como un alambre. Invéntame una coartada, George, pensó. Estoy en un aprieto, invéntame una coartada.

—¿Thad? —preguntó Liz—. ¿Estás bien?

—¿Hmmmm? —miró a su alrededor, buscándola. —Te has puesto pálido.

—Estoy perfectamente —dijo, y lo estaba. El sonido había desaparecido. Si es que, en realidad, había estado ahí. Se volvió hacia Pangborn.

—Como dije antes, sheriff, yo tengo cierta ventaja en este asunto. Usted cree que yo maté a Homer. Sin embargo, yo sé que no lo hice. Excepto en los libros, nunca he asesinado a nadie.

—Señor Beaumont...

—Comprendo su indignación. Era un viejo simpático con una esposa dominadora, un sentido del humor deprimente, y sólo un brazo. Yo también estoy indignado. Haré todo lo posible por ayudarlo, pero tendrá que olvidarse del secreto policiaco y decirme por qué está aquí, qué demonios fue lo que lo condujo a mí en primer lugar. Estoy perplejo.

Alan lo miró por un buen rato y después dijo:

—Cada instinto en mi cuerpo me dice que no está usted mintiendo. —Gracias a Dios —dijo Liz—Por fin entra en razón este hombre. —Si se confirma que así es —dijo Alan, sólo a Thad—. Personalmente, encontraré a la persona del RISA que jodió esta identificación y lo despellejaré vivo.

—¿Qué es RI y demás? —preguntó Liz.

—Registros e Identificación de los Servicios Armados —dijo uno de los patrulleros—, Washington.

—No he sabido que se hayan equivocado antes —prosiguió Alan en el mismo tono lento de voz—. Dicen que para todo hay una primera vez... si no se equivocaron y se corrobora lo de la fiesta, yo mismo me voy a quedar condenadamente perplejo.

—¿No puede usted decirnos de qué se trata todo esto? —preguntó Thad.

Alan suspiró.

—Ya que hemos llegado a este punto, ¿por qué no? En verdad, los últimos invitados que salieron de su fiesta no son tan importantes. Si usted estaba aquí a media noche, y si hay testigos que pueden jurar que estaba...

—Veinticinco, por lo menos —dijo Liz.

—Entonces está fuera del atolladero. Si unimos la declaración visual de la dama que mencionó el patrullero, y el resultado de la autopsia del médico forense, podemos estar casi seguros de que a Homer se le asesinó entre la una y las

tres a.m., el primero de junio. Lo mataron a golpes con su propio brazo protésico.

—Jesucristo —musitó Liz—. Y usted pensó que Thad...

—Hace dos noches, se encontró la camioneta de Homer en el estacionamiento de una parada de descanso en 195 en Connecticut, cerca de la frontera con Nueva York —Alan hizo una pausa—. Por toda ella, encontramos huellas dactilares, señor Beaumont. La mayor parte eran de Homer, pero un buen número pertenecía al culpable. Varias eran excelentes. Una de ellas, era una impresión casi perfecta en una plasta de goma de mascar que el sujeto se sacó de la boca y la pegó en el tablero con el pulgar. Ahí se endureció. La mejor de todas, sin embargo, estaba en el espejo retrovisor. Era tan clara que parecía que se hubiese tomado en la comisaría. Sólo que la del espejo se había embadurnado con sangre en vez de tinta.

—¿Entonces por qué Thad? demandaba indignada Liz—. Fiesta o no fiesta, ¿cómo pudo creer que Thad...

Alan la miró y dijo:

—Cuando los expertos del RISA alimentaron las huellas en su computadora de gráficas, apareció la hoja de servicios en el ejército de su esposo. Para ser exacto, aparecieron las huellas de su esposo.

Durante un momento, Thad y Liz no atinaron más que a mirarse el uno al otro, en silencio anonadado. Liz dijo después:

—Fue un error entonces. Seguramente la gente que verifica estas cosas, comete equivocaciones de vez en cuando.

—Sí, pero casi nunca de esta magnitud. Todavía hay áreas grises en la identificación de huellas, por supuesto. Los legos que crecieron viendo programas como Kojak y Bamaby Jones, suponen que la identificación de huellas dactilares es una ciencia exacta, pero no lo es. Sin embargo, la computación ha despejado gran parte de las áreas grises en la comparación de huellas, y en este caso, obtuvimos huellas de una calidad extraordinaria. Cuando digo que eran las huellas de su esposo, señora Beaumont, eso es precisamente lo que quiero decir. He visto las hojas de la computadora, y he visto la superposición. El cotejo no sólo es semejante.

Ahora se volvió hacia Thad y lo miró fijamente con sus ojos azul pedernal.

—El cotejo es exacto.

Liz lo observó con la boca abierta y, en sus brazos, primero William y enseguida Wendy, empezaron a llorar.

VIII
Pangborn va de visita

1

Esa noche, cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo a las siete y cuarto, otra vez fue Liz quien atendió el llamado, pues estaba preparando a William para meterlo a la cama y Thad aún estaba enfrascado en la misma tarea con Wendy. Todos los libros decían que el cuidado de los niños era una destreza aprendida que no tenía nada que ver con el sexo del padre, pero Liz lo dudaba. Thad ponía todo su empeño, de hecho era escrupuloso en el desempeño de su parte, pero era lento.

Era capaz de ir rápidamente a la tienda en una tarde de domingo y estar de vuelta en el tiempo que ella necesitaba para abrirse paso hasta el último pasillo, pero cuando se trataba de preparar a los bebés para acostarlos, bueno...

William ya estaba recién bañado, con pañales limpios, enfundado en su mameluco verde, y sentado en el corralito, mientras Thad aún seguía atareado con los pañales de Wendy (y no le había quitado todo el jabón del cabello, pero considerando el día que había pasado, Liz pensó que más tarde se lo limpiaría con una toalla y no diría nada).

Liz caminó por la sala hasta la puerta del frente y miró al exterior por la ventana lateral. El sheriff Pangborn estaba de pie, ahí fuera. Esta vez venía solo, pero no por eso disminuyó su angustia.

Volvió la cabeza y gritó a través de la sala hasta el cuarto de baño en la planta baja, el cual era también estación de servicio para bebés:

—¡Ha vuelto! —su voz trasmitía una nota de alarma claramente discernible.

Hubo una larga pausa y luego Thad entró al vestíbulo por el extremo opuesto del salón. Iba descalzo, con pantalones de mezclilla y una camiseta blanca.

—¿Quién? —preguntó en un tono extrañamente lento.

—Pangborn —respondió Liz—. ¿Thad, estás bien? —él llevaba a Wendy en los brazos, cubierta exclusivamente con el pañal, y ella recorría con sus pequeñas manos el rostro de Thad, pero lo poco que Liz podía ver de él no parecía favorable.

—Estoy estupendamente. Déjalo entrar. Le pondré a ésta el mameluco —y antes de que Liz pudiera decir algo más, se marchó abruptamente.

Alan Pangborn, mientras tanto, esperaba pacientemente en el pórtico. Vio que Liz se asomaba y no llamó de nuevo. Tenía el aire de un hombre que deseaba haber llevado un sombrero para sostenerlo en las manos, e incluso, tal vez, retorcerlo un poco.

Lentamente, y sin sonrisa de bienvenida, Liz quitó la cadena y lo hizo entrar.

2

Wendy se revolvía inquieta y muy divertida, lo que hacía difícil manejarla. Thad logró meterle los pies en el mameluco, después lo, brazos, y finalmente le sacó las manos por los puños. La niña, de in mediato, levantó una de ellas y apretó vigorosamente la nariz de Thad. El retrocedió en vez de reírse, como lo hacía casi siempre, Wendy lo miró desde la mesa donde cambiaban a los gemelos con un ligero desconcierto. Thad buscó la cremallera que se extendía por e pijama desde la pierna izquierda hasta la garganta, y en eso, se detuvo y extendió las manos hacia el frente. Le temblaban. Era un temblor diminuto, pero ahí estaba.

¿De qué demonios tienes miedo? ¿Te entró la culpabilidad?

No; no era la culpabilidad. Casi deseaba que fuera eso. El hecho e que había tenido otro sobresalto en un día demasiado lleno de ellos.

Primero, había llegado la policía, con su insólita acusación y una certeza aún más insólita. Después ese extraño sonido obsesionante de gorjeos. No sabía qué era, no con seguridad, pero le parecía familiar.

Después de la cena lo había escuchado de nuevo.

Había subido a su estudio para revisar lo que había escrito ese día para el nuevo libro, El perro de oro. Y súbitamente, mientras so inclinaba sobre el fajo del manuscrito para hacer unas pequeña correcciones, el sonido inundó su cabeza. Miles de pájaros, todos piando y gorjeando a la vez, y en esta ocasión el sonido llegó con una imagen.

Gorriones.

Miles y miles, alineados a lo largo de los techos y empujándose para encontrar un lugar en los cables del teléfono, como lo hacían en los primeros días de la primavera, cuando las últimas nieves de marzo aún yacían en la tierra en pequeñas pilas granuladas y sucias."

Ok, me vuelve la jaqueca, pensó consternado, y la voz conque se expresó ese pensamiento —la voz de un chico asustado— fue lo que sugirió la familiaridad en su memoria. El terror saltó a su garganta y pareció adherirse a los lados de su cabeza con manos heladas.

¿Es el tumor? ¿Ha vuelto? ¿Será maligno esta vez?

El sonido fantasmal —las voces de los pájaros— subió de tono repentinamente, a un grado casi ensordecedor. Se le sumaba un tenue y tenebroso aleteo. Ahora los podía ver, alzando el vuelo, todos ellos a la vez; millares de pájaros

pequeños que oscurecían un cielo blanco de primavera.

—Me voy a largar p´al norte, compa —se oyó decir a sí mismo, en una voz baja y gutural, en una voz que no era la suya.

En eso, de improviso, desapareció la visión y el sonido de los pájaros. Era 1988, no 1960, y estaba en su estudio. Era un hombre maduro, con esposa, dos niños y una máquina de escribir Remington.

Dejó escapar una exhalación larga y jadeante. No se había presentado una jaqueca subsecuente. Ni entonces, ni ahora. Se sentía muy bien, Excepto...

Excepto que cuando miró de nuevo el fajo del manuscrito, se dio cuenta de que había escrito algo sobre él. Era como un latigazo en grandes mayúsculas sobre los renglones de nítidas letras.

LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO, había escrito.

Era evidente que había soltado la pluma y usado uno de los lápices negros para escribir la frase, aunque no recordaba haber cambiado una por el otro. Incluso ya no utilizaba los lápices, pertenecían a una época ya muerta.., una época oscura. Introdujo bruscamente el lápiz en el tarro y metió todo en uno de los cajones. La mano con que lo hizo no estaba del todo firme.

Luego, Liz lo llamó para que le ayudara a preparar a los gemelos para la cama, y bajó a asistirla. Se proponía decirle lo que había sucedido, pero descubrió que un terror simple —el terror de que hubiese recurrido el tumor de la infancia, el terror de que esta vez fuese maligno— le había sellado los labios. Tal vez de todos modos lo habría dicho... pero en eso había sonado el timbre. Liz fue a atender la puerta, y había pronunciado exactamente la frase equivocas en el momento exactamente equivocado.

¡Ha vuelto! Había gritado Liz con irritación y angustia perfectamente comprensibles, y el terror lo había recorrido como una racha de viento velado y trasparente. El terror y una palabra: Stark. En segundo previo a que se reafirmara la realidad, estuvo seguro de que Liz se refería a él. George Stark. Los gorriones estaban volando Stark había vuelto. Estaba muerto, muerto, y se le había enterrar públicamente; en primer lugar, nunca había existido pero eso no ir portaba; real o no, de todas formas había vuelto.

Ya basta, se dijo a sí mismo. No eres un hombre pusilánime y no hay necesidad de que esta situación absurda te convierta en uno, sonido que escuchaste —el sonido de los pájaros— no es más que un fenómeno psicológico llamado persistencia de memoria ". Lo provoca el estrés y la presión. Así que contrólate.

Pero aún permanecía una parte del terror. El sonido de los pájaros no sólo había causado dejá vu, esa sensación de haber experimentado algo antes, sino también presque vu.

Presque vu: la sensación de experimentar algo que no ha sucedido, pero sucederá. No premonición, exactamente, sino memoria desplazada.

Mierda desplazada, eso es lo que quieres decir.

Extendió las manos y las miró fijamente. El temblor era infinitesimal, y después cesó del todo. Cuando estuvo seguro de pellizcar la piel de Wendy, sonrosada por el baño, con la cremallera del mameluco, se la subió, la llevó a la sala, la colocó en el corralito con su hermano y salió al vestíbulo, donde lo esperaban Liz y Al, Pangborn. Excepto por el hecho de que en esta ocasión el sheriff estaba solo, podría ser una repetición de lo acontecido esta mañana.

Ahora es el momento y el lugar adecuados para un poco de vu, de una clase u otra, pensó, pero no le hizo ninguna gracia. Aún persistía la otra sensación... y el sonido de los gorriones.

—¿Qué puedo hacer por usted, sheriff —preguntó, sin sonreír.

¡Ah! Algo más era diferente esta vez. Pangborn llevaba un paquete de seis cervezas en la mano. Ahora lo sostuvo en alto.

—Me pregunto si los tres podríamos tomamos una bien fría —dijo y hablar acerca de nuestro asunto.

3

Liz y Alan Pangborn tenían una cerveza cada uno; Thad bebía una Pepsi que había sacado del refrigerador. Mientras conversaban, continuamente observaban a los gemelos que jugaban uno con otro en su singular estilo solemne.

—No tengo ningún asunto que tratar aquí —dijo Alan—. Vine a visitar a un hombre que ahora no sólo es sospechoso de un crimen, sino de dos.

—¡Dios! exclamó Liz.

—Ya llegaré a eso. De hecho, llegaré a todo. Creo que voy a descubrir todo el pastel. En primer lugar, porque estoy seguro de que su esposo también tiene una coartada para este segundo asesinato. Los polizontes estatales comparten esta opinión. Están dando vueltas en círculo silenciosamente.

—¿Quién ha sido asesinado?— preguntó Thad.

—Un hombre joven llamado Frederick Clawson, en Washington, D. C. —se dio cuenta de que Liz se sobresaltaba en la silla, derramando un poco de cerveza en el dorso de la mano—. Veo que les es conocido el nombre, señores Beaumont añadió, sin ironía notoria.

—¿Qué está pasando? —preguntó Liz en un débil susurro.

—No tengo la menor idea de lo que está pasando. Me estoy volviendo loco tratando de averiguarlo. No he venido a arrestarlo o a darle la lata, señor Beaumont, aunque maldita sea si puedo entender cómo es posible que otra persona haya cometido esos dos crímenes. He venido a pedirle ayuda.

—¿Por qué no me dice Thad?

Alan se revolvió incómodo en su asiento.

—Creo que de momento me sentiría más a gusto con señor Beaumont.

Thad asintió.

—Como usted quiera. Así que Clawson está muerto —miró hacia el piso en actitud meditativa durante un momento, y después volvió los ojos hacia Alan—. ¿También encontraron mis huellas en la escena del crimen?

—Sí, y en más de una forma. La revista People publicó una crónica acerca de usted recientemente, ¿no es verdad, señor Beaumont?

—Hace dos semanas —convino Thad.

—El artículo se encontró en el apartamento de Clawson. Una de las páginas aparentemente se usó como un símbolo en lo que tiene la traza de ser un asesinato ritual.

—Cristo —dijo Liz. Su voz se escuchaba cansada y horrorizada. —¿Están dispuestos a decirme qué relación tenía con ustedes? —preguntó Alan.

Thad afirmó con un movimiento de cabeza.

—No hay razón para no hacerlo. ¿Por casualidad leyó ese artículo, sheriff?

—Mi esposa lleva la revista a casa cuando va al supermercado —dijo—, pero más vale que les diga la verdad, sólo miré las fotografías. Tengo la intención de leer el texto en cuanto tenga tiempo.

—No se ha perdido de gran cosa, pero Frederick Clawson fue quien originó que apareciera ese artículo. Verá...

Alan levantó una mano.

—Ya nos ocuparemos de él, pero antes quiero que regresemos con Homer Gamache. Hemos verificado de nuevo con el RISA. Las huellas en la vagoneta de Homer —también las del apartamento de Clawson, aun cuando ninguna de ellas es tan perfecta como las que encontramos en la goma de mascar y en el espejo— parecen concordar exactamente con las suyas. Lo cual significa que, si usted no lo hizo, tenemos dos personas con huellas rigurosamente iguales, y eso pertenece al Libro Guinness de récords mundiales.

Miró a William y Wendy, quienes estaban tratando de jugar a las palmadas en su corralito. Más bien parecía que cada uno ponía en peligro los ojos del otro.

—¿Son idénticos? —preguntó.

—No —dijo Liz—. Se ven casi iguales, pero son hermano y hermana, y en ese caso los gemelos nunca son idénticos. Alan asintió con un gesto.

—Ni siquiera los gemelos idénticos tienen huellas idénticas —dijo. Quedó callado por un momento y después añadió en un tono casual que Thad pensó que era completamente fingido—: ¿Usted no tiene un hermano gemelo, señor Beaumont?

Thad negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo—. No tengo ningún hermano, y mis padres ya murieron. William y Wendy son mis únicos parientes de sangre con vida —sonrió a los niños y luego miró a Pangborn—. En 1974, Liz sufrió un aborto accidental —dijo—. Aquellos... aquellos primeros... también eran gemelos, tengo entendido, aunque supongo que no es posible saber si hubieran sido idénticos, no cuando el aborto ocurre en el tercer mes. ¿Y si fuera posible, a quién le interesaría?

Alan encogió los hombros, con aspecto de mortificación.

—Liz estaba de compras en Filene´s. En Boston. Alguien la empujó. Cayó a lo largo de las escaleras eléctricas; tuvo una cortadura grave en un brazo, y si no ha estado ahí un oficial de seguridad, quien le aplicó un torniquete de inmediato, es difícil saber qué le habría sucedido, pero perdió a los gemelos.

¿Salió esto en el artículo de People? —preguntó Alan.

Liz sonrió sin humor y sacudió la cabeza.

—Cuando accedimos a que se escribiera la historia, nos reservamos el derecho a editar nuestras vidas, sheriff Pangborn. Desde luego, no se lo dijimos a Mike Donaldson, el hombre que vino a hacernos la entrevista, pero eso fue lo que hicimos.

—¿Fue deliberado el empujón?

—No hay forma de saberlo —dijo Liz. Sus ojos se fijaron en William y Wendy, reflexionando con cierta tristeza—. Sin embargo, para ser un tropezón accidental, fue terriblemente fuerte. Salí volando, no toqué la escalera para nada hasta que estuve casi a la mitad de ella. De todos modos, he tratado de convencerme de que fue involuntario. Sí, es más fácil vivir sise piensa así. La idea de que alguien empujaría a una mujer escaleras abajo sólo para ver qué pasa... es algo que sin duda te mantendrá despierta en las noches.

Alan asintió.

—Los doctores que vimos nos dijeron que era probable que Liz nunca pudiera tener otro hijo —dijo Thad—. Cuando se embarazó de William y Wendy, nos dijeron que era probable que no llegara a término, pero lo logró. Y, después de diez años, finalmente me he puesto a trabajar en un nuevo libro con mi propio nombre. Será el tercero. Como verá, todo ha salido bien para ambos.

—El otro nombre con que escribía era George Stark.

Thad le indicó que sí.

—Pero eso ha terminado. Empecé a ponerle fin cuando Liz llegó al octavo mes, todavía sana y salva. Decidí que si iba a ser padre de nuevo, tendría que comenzar por ser yo mismo de nuevo.

4

Hubo una especie de compás en la conversación, no una pausa exactamente. Después Thad dijo:

—Confiese, sheriff Pangborn.

—¿Perdón? —dijo Alan levantando las cejas.

Una sonrisa tocó las comisuras de la boca de Thad.

—No diré que ya tenía el escenario montado, pero apuesto a que, por lo menos, lo había dibujado a grandes rasgos. Si yo tuviese un hermano gemelo, es posible que él fuese el anfitrión en nuestra fiesta. De ese modo, yo podría haber estado en Castle Rock, asesinando a Homer Gamache y desparramando mis huellas por toda la camioneta. Pero eso no es todo, ¿verdad? Mi gemelo duerme con mi esposa y cumple con mis compromisos, mientras yo llevo la vagoneta de Homer a esa parada de descanso en Connecticut, robo otro auto, conduzco hasta Nueva York, me deshago del vehículo robado, después abordo un tren o avión a Washington, D. C. Una vez ahí, mando a Clawson al otro mundo y me apresuro a volver a Ludlow, empaco a mi gemelo de regreso a su lugar de origen, y los dos reasumimos la rutina de nuestras vidas. O los tres, si usted supone que Liz participó en el engaño.

Liz lo miró fijamente durante un momento, y después comenzó a reír. Su risa no fue prolongada, pero sí intensa. No obligada, pero poco generosa, de cualquier modo; una expresión de humor de una mujer a quien se tomó desprevenida.

Alan miraba a Thad con sorpresa franca y abierta. Los gemelos se rieron de su madre por un instante —o tal vez con ella— y después siguieron rodando lentamente, hacia adelante y hacia atrás, una gran pelota amarilla en el corralito.

—Thad, eso es horrible —comentó Liz en cuanto recuperó el control de sí misma.

—Tal vez lo sea; perdón si lo fue.

—Está... bastante complicado —dijo Alan. Thad le sonrió.

—Sospecho que usted no es admirador del difunto George Stark.

—Francamente, no. Pero uno de mis subalternos, Norris Ridgewick, sí lo es. Me tuvo que explicar de qué se trataba todo ese embrollo.

—Bien, Stark se desvió de los convencionalismos de la novela de misterio. Nada tan al estilo de Agatha Christie como el escenario que acabo de sugerir, pero eso no significa que no pueda pensar en esa forma si me lo propongo. Vamos, sheriff, ¿le había cruzado la idea por la mente o no? Si la respuesta es negativa, le debo una disculpa a mi esposa.

Alan quedó en silencio por un momento, sonriendo un poco y reflexionando con mucha claridad. Por fin, dijo:

—Tal vez pensaba en algo semejante. No en serio, y no en esa forma, pero no tiene que disculparse con la amable dama. Desde esta mañana, he descubierto que estoy dispuesto a considerar hasta las posibilidades más descabelladas.

—Dada la situación.

—Dada la situación, sí.

Thad, sonriendo a su vez, dijo:

—Nací en Bergenfield, Nueva Jersey, sheriff. No es necesario que acepte mi palabra cuando es tan fácil verificar los registros en cuanto a los hermanos gemelos que pude, usted sabe, haber olvidado.

Alan movió la cabeza y bebió otro trago de su cerveza.

—Era una idea estrafalaria, y me siento un tanto imbécil, pero eso no es nuevo del todo. Me he sentido así desde esta mañana, cuando nos sorprendió con esa fiesta. A propósito, ya localizamos todos los nombres. Están corroborados.

—Por supuesto —dijo Liz con un toque de aspereza.

—Y ya que no tiene un hermano gemelo, podemos dar por terminado este tema.

—Supongamos por un segundo —dijo Thad—, que se diera el caso de que sucediera como lo he sugerido. En cierto punto... se volvería completamente inverosímil.

—¿Qué punto es ese? —preguntó Alan.

—Las huellas dactilares. ¿Por qué me tomaría todo el trabajo de establecer una coartada aquí, con un sujeto que se parece a mí... y luego jodería todo dejando mis huellas en las escenas de los crímenes?

Liz dijo:

—Apuesto a que realmente verificará los registros de nacimiento, ¿verdad, sheriff?

Alan respondió imperturbable.

—La base del procedimiento policiaco consiste en no dejar un cabo suelto. Pero ya sé lo que encontraré —titubeó, y añadió—: No fue sólo la fiesta. Usted daba la impresión de ser un hombre que decía la verdad, señor Beaumont. Tengo el suficiente fogueo para distinguir la diferencia. En los años de trabajo como oficial de policía, he descubierto que existen muy pocos mentirosos eficaces en el mundo. Aparecen de vez en cuando en las novelas de misterio de las que usted hablaba, pero en la vida real son muy raros.

—¿Entonces, por qué las huellas dactilares? —preguntó Thad—. Eso es lo que me intriga. ¿Está buscando únicamente a un aficionado con mis mismas huellas? Lo dudo. ¿Se le ha ocurrido que la propia calidad de las huellas es sospechosa? Usted habló acerca de áreas grises. Cuando llevé a cabo una investigación para las novelas de Stark, aprendí un poco sobre huellas, pero en verdad, soy un tanto perezoso cuando se llega a ese extremo en una tarea, es mucho más fácil sentarse frente a la máquina de escribir e inventar mentiras. ¿Pero acaso no se requiere un cierto número de puntos de comparación para que se puedan presentar como evidencia?

—En Maine son seis —dijo Alan—. Es necesario que haya seis comparaciones perfectas para que se admita una huella como evidencia.

—¿Y no es cierto que en la mayoría de los casos sólo se encuentran medias huellas, o un cuarto de huella, o sencillamente unas impresiones borrosas con unas cuantas curvas y espirales?

—Sí. En la vida real, rara vez se condena a un criminal con base en la evidencia de huellas dactilares.

—No obstante, aquí tiene una en el espejo retrovisor que usted mismo describió como tan precisa que pareciera haberse tomado en una comisaría, y otra casi moldeada en una plasta de goma de mascar. En cierta forma, eso es lo que realmente no consigo quitarme de la mente. Es como si hubiesen colocado las huellas para que usted las descubriera.

—Ya nos pasó por la mente —y en realidad les había pasado mucho más que eso. Era uno de los aspectos más irritantes del caso.

El asesinato de Clawson parecía la venganza clásica que el mundo del crimen aplica a los soplones: la lengua cortada, el pene en la boca de la víctima, sangre en abundancia, dolor en abundancia y, sin embargo, en el edificio, nadie había oído un maldito ruido. ¿Pero si había sido un trabajo profesional, cómo era posible que las huellas de Beaumont estuviesen por todo el lugar? ¿Era posible que algo que se asemejaba tanto a un escenario pudiera no serlo? No, a menos que alguien hubiese descubierto un nuevo truco. Mientras tanto, para Alan Pangborn, seguía siendo válida la antigua máxima: si camina como pato, grazna como pato, y nada como pato, probablemente es un pato.

—¿Se pueden plantar huellas dactilares? —preguntó Thad.

—Aparte de escribir libros, ¿también lee el pensamiento, señor Beaumont?

—Leo el pensamiento, escribo libros, pero no lavo ventanas, cariño.

Alan tenía la boca llena de cerveza, y la risa lo tomó tan desprevenido que casi la esparce por la alfombra. Se las arregló para tragarla, aunque una poca se, le fue por la tráquea y empezó a toser. Liz se levantó y le dio unas vigorosas palmadas en la espalda. Tal vez fuera una conducta extraña, pero ella no la percibió como tal; la vida con dos bebés la habían condicionado. William y Wendy miraban desde el corralito, la pelota amarilla se detuvo, olvidada, entre ellos. William empezó a reír. Wendy siguió su ejemplo.

Por algún motivo, esto provocó más risa en Alan.

Thad se les unió. Y, todavía golpeando la espalda de Alan, Liz también soltó la risa.

—Ya estoy bien —dijo Alan, aún tosiendo y riendo—. En verdad.

Liz le dio una última palmada. La cerveza hizo erupción por el cuello de la botella que sostenía Alan como un géiser despidiendo vapor, y se derramó por la entrepierna de sus pantalones.

—No hay problema, pañales sí tenemos —dijo Thad.

Con eso, todos comenzaron a reír de nuevo, y en algún instante entre el momento en que Alan Pangborn empezó a toser y en el que por fin logró contener la risa, los tres habían entablado una amistad, al menos temporal.

5

—Hasta donde yo sé, o se ha podido averiguar, las huellas no se pueden plantar —dijo Alan, retomando el hilo de la conversación cierto tiempo después. Ahora ya estaban en la segunda ronda de cerveza, y la embarazosa mancha en la entrepierna de sus pantalones empezaba a secarse. Los gemelos se habían quedado dormidos en el corralito, y Liz había salido de la habitación para ir al cuarto de baño—. Desde luego, todavía estamos verificando, ya que, hasta esta mañana, no teníamos motivo para sospechar que lo hubiesen intentado siquiera en este caso. Sé que se ha intentado; hace unos cuantos años, un secuestrador tomó impresiones de las yemas de los dedos de su prisionero antes de matarlo, e hizo... troqueles con ellas, supongo que así los podemos llamar... y las estampó en un plástico muy delgado. Colocó las huellas de plástico sobre las yemas de sus propios dedos, e intentó plantar las huellas en la cabaña de montaña de su víctima, con la intención de que la policía pensara que el secuestro era un truco y el sujeto estaba libré.

—¿No funcionó?

—Los polizontes obtuvieron algunas huellas preciosas —dijo Alan—. Las del culpable. Los aceites naturales en los dedos del sujeto deshicieron las huellas falsas, y como el plástico era muy fino, y por naturaleza es receptivo a las formas más delicadas, se adaptó de nuevo a las huellas del tipo.

—Tal vez un material diferente...

—Claro, es posible. Esto sucedió a mediados de los años cincuenta, e imagino que desde entonces se han inventado cientos de clases nuevas de plástico polímero. Por ahora, todo lo que se puede decir es que nadie, en la línea forense o de criminología, ha sabido que se haya hecho, y creo que seguirá en esa forma.

Liz volvió a la habitación y se sentó, con los pies en un ovillo bajo ella, como un gato, cubriéndose la pantorrilla con la falda. Thad admiró el ademán, el cual le parecía intemporal y eternamente gracioso.

—Mientras tanto, tenemos que tomar en cuenta otras consideraciones, Thad.

Al observar que Alan usaba el primer nombre, Thad y Liz intercambiaron un guiño de mirada tan leve que pasó desapercibido. Alan había sacado una maltrecha libreta de apuntes del bolsillo de la cadera y estaba mirando una de las páginas.

—¿Usted fuma? —preguntó, levantando la vista. —No.

—Lo dejó hace siete años —dijo Liz—. Le fue muy difícil, pero lo logró.

—Algunos críticos dicen que el mundo sería un mejor lugar si yo eligiera un sitio y me muriera en él, pero yo preferí seguirlos fastidiando —dijo Thad—. ¿Por qué?

—¿Pero fumaba, no obstante?

—Sí.
—¿Pall Malls?
Thad estaba levantando la lata de refresco. Se detuvo a quince centímetros de su boca.
—¿Cómo lo supo?
—¿Su tipo de sangre es A negativo?
—Estoy empezando a entender por qué venía tan dispuesto a arrestarme esta mañana —dijo Thad—. Si no hubiese contado con una coartada tan sólida, ya estaría en la cárcel, ¿verdad?
—Es posible que haya obtenido el tipo de sangre de su expediente del cuerpo de entrenamiento de oficiales de reserva —dijo Liz. Supongo que de ahí provienen las huellas digitales en primer lugar.
—Pero no fumé cigarrillos Pall Mall durante quince años —dijo Thad—. Hasta donde yo sé, esa clase de datos no se incluye en los registros que lleva el ejército.
—Este material llegó después de que nos vimos esta mañana —les dijo Alan—. En la camioneta de Homer Gamache el cenicero estaba lleno de colillas de cigarrillos Pall Mall. El viejo sólo fumaba una pipa de vez en cuando. Asimismo, en el apartamento de Frederick Clawson había un par de colillas de Pall Mall en un cenicero. El no fumaba, excepto un carrujo de mariguana en ocasiones. Su casera nos dio esa información. El tipo de sangre del culpable lo obtuvimos de la saliva en las colillas. El reporte del serólogo también nos proporcionó bastantes más datos. Mejores que las huellas digitales.
Thad ya no sonreía.
—No entiendo esto. No lo entiendo en absoluto.
—Hay un detalle que no armoniza —dijo Pangborn—, cabellos rubios. Encontramos media docena en la vagoneta de Homer, y otros en el respaldo de la silla que usó el asesino en la sala de Clawson. Su cabello es negro. Por alguna razón no creo que lleve ahora peluca.
—No, Thad no, pero tal vez el asesino sí —dijo Liz desolada.
—Tal vez —convino Alan—. Si fue así, la peluca estaba hecha con cabello humano. ¿Y para qué molestarse en cambiar el color del cabello si se van a dejar huellas dactilares y colillas de cigarrillos por todos lados? O ese sujeto es bastante tonto, o trataba de implicarlo a usted deliberadamente. Pero el cabello rubio no encaja.
—Probablemente sólo quería que no lo reconocieran —dijo Liz—. Recuerde que Thad salió en la revista People hace apenas dos semanas. De costa a costa.
—Es una posibilidad. Aunque este sujeto también se parece a su esposo, señora Beaumont...
—Liz.
—Está bien, Liz. Si se parece a su esposo, se verá como Thad Beaumont con cabello rubio, ¿no es así?
Liz miró fijamente a Thad durante un momento, y después emitió una risita sofocada.
—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Thad.
—Estoy tratando de imaginarte rubio —dijo, todavía riendo—. Creo que te verías como un David Bowie muy depravado.
—¿Es eso gracioso? —le preguntó Thad a Alan—. Yo no creo que sea gracioso.
—Bueno... —dijo Alan, sonriendo.
—No importa. Por lo que sabemos, el sujeto pudo haber usado gafas para el sol, una gorra con antenas, así como una peluca rubia.
—No, si el asesino es el mismo sujeto que vio la señora Arsenault subiéndose a la camioneta de Homer a la una quince de la madrugada del primero de junio.
Thad se inclinó hacia adelante.
—¿Se parecía a mí? —preguntó.
—No fue mucho lo que ella nos pudo decir, excepto que llevaba traje. En busca de más pistas, hoy le pedí a uno de mis hombres, Norris Ridgewick que le mostraran una fotografía suya. Dijo que no creía que fuera usted, aunque no lo podía afirmar con certeza. Añadió que pensaba que el hombre que subió a la vagoneta era más corpulento —completó con tono seco—: es una dama que prefiere equivocarse en el lado de la precaución.
—¿Con una fotografía pudo darse cuenta de la diferencia de tamaño? —preguntó Liz dudosa.
—Ha visto a Thad en el pueblo, en los veranos —dijo Alan—. Y además repitió que no podía estar segura.
Liz asintió.
—Por supuesto que lo conoce. Para el caso, nos conoce a ambos.
Siempre compramos productos frescos en su puesto de verduras.
Torpe. Perdón.
—No hay por qué disculparse —dijo Alan. Terminó la cerveza y examinó su entrepierna. Seca. Bien. Había una ligera mancha, probablemente algo que nadie notaría, excepto su esposa—. De cualquier modo, esto me lleva al último punto... o aspecto... o como diablos lo quieran llamar. Incluso dudo que sea parte de esto, pero el verificarlo no perjudica. ¿Qué número de zapatos usa, señor Beaumont?
Thad lanzó una mirada a Liz, quien se encogió de hombros.
—Creo que tengo unas zarpas bastante pequeñas para un sujeto que mide 1.85 metros. Uso número veintiocho, aunque medio número más o menos...
—Las huellas que nos reportaron probablemente son más grandes —dijo Alan—. De todas formas, no creo que esas huellas tengan que ver con esto, e incluso si así fuera, las huellas de pies se pueden falsificar. Se mete un poco de

periódico en las puntas de unos zapatos dos o incluso tres números más grandes de los que se usan, y ya está.

—¿De qué huellas habla? —preguntó Thad.

—No importa —dijo Alan, moviendo la cabeza—. Ni siquiera tenemos fotos. Creo que hemos puesto sobre la mesa todo lo que pertenece a este caso, Thad. Las huellas digitales, su tipo de sangre, su marca de cigarrillos...

—El ya no f... —empezó Liz.

Alan levantó una mano en ademán apaciguador.

—Antigua marca de cigarrillos. Supongo que debo estar loco para dejarlos saber todo esto, y una parte de mí, dice que lo estoy, de todos modos, pero si ya hemos llegado tan lejos, no tiene sentido ignorar el bosque mientras miramos unos cuantos árboles.

—Hay otros detalles que también lo implican. Castle Rock es su residencia legal, lo mismo que Ludlow, ya que paga impuestos en ambos lugares. Homer Gamache era más que un simple conocido, ¿podríamos decir que les hacía trabajos menores?

—Sí —dijo Liz—. El año que compramos la casa, se retiró de encargado de tiempo completo. Dave Phillips y Charles Fortín se turnan ahora en el trabajo, pero a él le gustaba seguir participando.

—Si asumimos que el desconocido que observó la señora Arsenault mató a Homer, y ésa es la suposición sobre la que estamos trabajando, surge una pregunta. ¿Lo mató el desconocido porque Homer fue la primera persona que apareció suficientemente estúpida —o ebria— para dejarlo subir, o lo mató porque era Homer Gamache, conocido de Thad Beaumont?

—¿Cómo podía saber que Homer pasaría por ahí? —preguntó Liz.

—Porque era la noche en que Homer jugaba boliche, y Homer es, era, una criatura de hábitos. Era como un caballo viejo, Liz; siempre regresaba a casa por la misma ruta.

—Su primera suposición —dijo Thad— fue que Homer no se detuvo porque estuviese ebrio, sino porque reconoció a la persona que pedía el aventón. Un extraño que quisiera matar a Homer no intentaría ese truco. Las probabilidades de éxito serían mínimas, si no es que una causa perdida de antemano.

—Sí.

—Thad —dijo Liz con una voz que le era difícil conservar estable—. La policía piensa que se detuvo porque vio que era Thad... ¿no es así?

—Sí —dijo Thad. Tendió la mano para tomar la de su esposa Dedujeron que sólo alguien como yo, alguien a quien conocía Homer, lo intentaría en esa forma. Supongo que incluso el traje encaja aquí. ¿Qué otra cosa se va a poner un escritor bien vestido cuando está planeando cometer un asesinato en el campo a la una de la madrugada? El traje de tweed, desde luego... el que tiene parches de piel café en los codos de la chaqueta. Todas las novelas de misterio británicas insisten en que es absolutamente de rigueur.

Thad miró a Alan.

—¿Es condenadamente extraño, verdad? Todo el asunto. Alan asintió.

—Misterioso como un oso. La señora Arsenault pensó que el sujeto empezaba a cruzar la carretera, o al menos, estaba a punto de hacerlo, cuando apareció Homer en su camioneta. Pero el hecho de que usted también conociera a este sujeto Clawson en D. C., favorece aún más la teoría de que Homer fue asesinado por ser quien era, no sólo porque estaba lo suficientemente ebrio para detenerse. Así que ahora hablemos acerca de Frederick Clawson, Thad. Cuénteme de él.

Thad y Liz intercambiaron una mirada.

—Creo —dijo Thad—, que mi esposa lo podrá hacer con más rapidez y más exactitud que yo. También blasfema menos, me parece.

—¿Estás seguro de que quieres que yo lo haga? —le preguntó Liz.

Thad hizo un gesto afirmativo. Liz empezó a hablar, lentamente al principio, y después fue tomando velocidad. Thad la interrumpió una o dos veces al comienzo, luego, se acomodó, satisfecho con escuchar el relato. Durante la siguiente media hora, casi no habló. Alan Pangborn sacó su libreta y escribió algunas anotaciones en ella, pero después de unas cuantas preguntas iniciales, las interrupciones fueron mínimas.

IX
La invasión del rastrezoide

1

—Yo lo califico como un rastrezoide —empezó Liz—. Lamento que esté muerto... pero eso es lo que era, de todos modos. Ignoro si un rastrezoide genuino nace o se hace, pero de cualquier forma, se eleva hasta su propia ubicación viscosa en la vida, así que finalmente no importa. En el caso de Frederick Clawson dio la casualidad de que esa ubicación fuera Washington, D. C. Eligió el mayor nido de víboras legal para sus estudios de abogado.

—Thad, los niños están inquietos, ¿quieres darles sus biberones? Y quisiera otra cerveza para mí, por favor.

Thad le llevó la cerveza y entró a la cocina para calentar los biberones. Dejó abierta la puerta de la cocina para escuchar mejor... y en el proceso se golpeó la rótula. Esto le pasaba tan a menudo que apenas lo percibió.

Los gorriones están volando de nuevo, pensó, y se frotó la cicatriz en la frente mientras llenaba una cacerola con agua caliente, y después la ponía sobre la estufa. Si tan sólo supiera qué carajos significa eso.

—Finalmente, la mayor parte de la historia nos la proporcionó Clawson mismo —prosiguió Liz—, pero, como es natural, su perspectiva estaba un poco distorsionada; a Thad le gustaba decir que todos nosotros somos los héroes en nuestras propias vidas y, según la versión de Clawson, él se asemejaba más a un Boswell que a un rastrezoide... pero pudimos armar una versión más equilibrada sumando el material —que obtuvimos de la gente de Darwin Press, la firma que publicaba las novelas que Thad escribió bajo el nombre de Stark, y los datos que hizo circular Rick Cowley.

—¿Quién es Rick Cowley? —preguntó Alan.

—El agente literario que representó a Thad bajo ambos nombres. —¿Y qué quería Clawson, su rastrezoide? —Dinero —dijo Liz secamente.

En la cocina, Thad sacó los dos biberones nocturnos del refrigerador (llenos únicamente hasta la mitad para ayudar a que disminuyeran los cambios inconvenientes a media noche) y los colocó en la cacerola con agua. Era cierto lo que había dicho Liz... pero también estaba equivocada. Clawson quería mucho más que dinero.

Parecía que Liz hubiera leído su pensamiento.

—Dinero no era todo lo que quería. Incluso no estoy segura de que fuera lo más importante. También quería que se le reconociera como el hombre que había descubierto la identidad real de George Stark.

—¿Algo así como el hombre que por fin logra desenmascarar al Increíble Hombre Araña?

—Exactamente.

Thad metió un dedo en la cacerola para probar la temperatura del agua, y después se recargó contra la estufa con los brazos cruzados, escuchando. Se dio cuenta de que quería un cigarrillo, por primera vez en años, quería un cigarrillo de nuevo.

Thad se estremeció.

2

—Clawson estuvo en demasiados lugares apropiados en demasiados momentos apropiados —dijo Liz—. No sólo era estudiante de leyes, también era empleado de medio tiempo en una librería. No sólo era empleado en una librería, sino que además era un ávido admirador de George Stark. Y tal vez era el único admirador de George Stark en todo el país que también había leído las dos novelas de Thad Beaumont.

En la cocina, Thad sonrió —no sin cierta amargura—, y probó de nuevo el agua.

—Creo que tenía la intención de crear un gran drama con sus sospechas —siguió Liz. Según resultaron las cosas, es obvio que tuvo que mover intensamente el trasero, para salir de lo prosaico. Una vez que llegó a la conclusión de que Stark era realmente Beaumont y viceversa, se comunicó con Darwin Press.

—El editor de Stark.

—Correcto. Habló con Ellie Golden, la mujer que revisaba las novelas de Stark. Planteó la pregunta directamente: "dígame por favor si George Stark es en realidad Thaddeus Beaumont." Ellie le contestó que la idea era ridícula. Entonces Clawson preguntó acerca de la foto del autor en la contraportada de las novelas de Stark. Dijo que quería la dirección del hombre de la fotografía. Ellie le explicó que la política de la editorial prohibía proporcionar las direcciones de los autores.

—Clawson dijo, "no quiero la dirección de Stark. Quiero la dirección del hombre que aparece en la fotografía, el hombre que se hace pasar por Stark." Ellie insistió en que su solicitud era ridícula, que George Stark era el hombre en la fotografía.

—¿Antes de esto, el editor nunca dio a conocer que, sólo era un seudónimo? —preguntó Alan; se le oía genuinamente interesado—. ¿Todo el tiempo asumieron la opinión de que era un hombre real?

—Oh, sí, Thad insistió en eso.

Sí, pensó; mientras sacaba los biberones de la cacerola y probaba la leche en el interior de su muñeca. Thad insistió. En retrospectiva, Thad no sabe porqué insistió; de hecho, no tiene la más remota idea, pero Thad había insistido, en efecto.

Llevó los biberones a la sala, eludiendo una colisión con la mesa de la cocina en el camino. Le dio un biberón a cada gemelo. Estos los enarbolaron solemnemente, somnolientos, y empezaron a succionar. Thad se sentó de nuevo. Escuchaba a Liz, y se decía a sí mismo que el anhelo de un cigarrillo era lo más distante de su mente.

—De cualquier modo —dijo Liz—, Clawson tenía más preguntas pendientes, creo que tenía una carga completa, pero Ellie no le siguió la corriente. Le indicó que llamara a Rick Cowley le colgó el teléfono. Clawson, entonces, llamó a la oficina de Rick y habló con Miriam. Ella estuvo casada con Rick. También es socia en la agencia. El arreglo es un poco extraño, pero funciona muy bien.

—Clawson le preguntó la misma cosa, si George Stark era en realidad Thad Beaumont. Según Miriam, ella le contestó que sí. Y también que ella era Dolley Madison: "Me divorcié de James," le dijo, ¡Thad se está divorciando de Liz, y nos casaremos en la primavera!" Y cortó la comunicación. Enseguida corrió a la oficina de Rick, y le dijo que un tipo en Washington, D. C., estaba fisgoneando acerca de la identidad secreta de Thad. Después de eso, las llamadas que hizo Clawson a Cowley y asociados no le produjeron más que colgones inmediatos.

Liz dio un largo sorbo a la cerveza.

—Sin embargo, no se dio por vencido. He descubierto que los verdaderos rastrezoides nunca lo hacen. Decidió que las preguntas amables no lo llevaban a ninguna parte.

—¿Y no llamó a Thad? —preguntó Alan.

—No, ni una sola vez.

Thad hizo una de sus pocas contribuciones directas al relato.

—No aparecemos en las guías telefónicas públicas, Alan, pero el número de teléfono de aquí en Ludlow, sí está en el directorio de la facultad. Tiene que estar. Soy profesor, e imparto asesorías.

—Pero este sujeto nunca se dirigió a la fuente original directamente —comentó Alan sorprendido.

—Posteriormente se puso en contacto... por carta —dijo Liz—. Pero me estoy adelantando. ¿Continúo?

—Por favor —dijo Alan—. En sí, es una historia fascinante.

—Bien, a nuestro rastrezoide sólo le llevó tres semanas y probablemente menos de quinientos dólares el descubrir algo de lo que había estado seguro todo el tiempo, que Thad y George Stark eran la misma persona.

—Empezó con Mercado literario, lo que las personas del mundo literario conocen simplemente como ML. Es un compendio de nombres, direcciones y números telefónicos de todo el mundo en el ramo, escritores, editores, editoriales, representantes. Con eso, y la columna "Gente" del Publishers Weekly, logró aislar a media docena, de empleados de Darwin Press que habían salido de la compañía, entre el verano de 1986 y el verano de 1987.

—Uno de ellos tenía la información y estaba dispuesto a soltarla. Ellie Golden está segura de que la culpable fue una chica que trabajó como secretaria del contralor principal durante ocho meses, en 85 y 86. Ellie la catalogaba como una zorra de la Universidad de Vasar, con malos hábitos nasales.

Alan rió.

—Thad también piensa que fue ella —prosiguió Liz—, ya que la revelación final resultaron ser copias fotostáticas de los estados de cuenta de las regalías para George Stark. Provenían de la oficina de Ronald Burrets.

—El contralor principal de Darwin Press —dijo Thad.

Mientras escuchaba, observaba a los gemelos. Ahora estaban acostados sobre las espaldas, los pies cordialmente juntos enfundados en los pijamas, los biberones apuntando hacia el techo. Los ojos vidriados y distantes. En breve, sabía, se quedarían dormidos... y cuando lo hicieran, lo harían juntos. Todo lo hacen juntos, pensó Thad. Los bebés tienen sueño y los gorriones están volando.

Se tocó la cicatriz de nuevo.

—El nombre de Thad no aparecía en las copias fotostáticas —dijo Liz—. Algunas veces, las liquidaciones de regalías incluyen cheques, pero no son cheques en sí, por lo que no tenía que aparecer ahí. ¿Me explico?

Alan asintió.

—Pero la dirección le indicó la mayor parte de lo que necesitaba saber. Decía, señor George Stark, A. P 1642, Brewer, Maine 04412. Esto está muy lejos de Mississippi, donde se suponía que vivía Stark. Un vistazo a un mapa de Maine le debe haber mostrado que el pueblo que está inmediatamente al sur de Brewer es Ludlow, y él sabía cuál escritor de prestigio, si no de gran fama, vivía ahí. Thaddeus Beaumont. Qué coincidencia.

—Ni Thad ni yo lo vimos nunca en persona, pero él sí vio a Thad. Por las copias fotostáticas que tenía en su poder, sabía cuándo enviaba Darwin Press los cheques de regalías trimestrales. La mayoría de esos cheques los recibe primero el representante del autor. Después, el representante expide otro cheque, el cual refleja la cantidad original, menos su comisión. Pero en el caso de Stark, el contralor enviaba directamente los cheques al apartado postal de Brewer.

—¿Y la comisión del representante? —preguntó Alan.

—Darwin Press la descontaba de la suma total, y la enviaba a Rick en cheque por separado —explicó Liz—. A los ojos de Clawson, eso debe haber sido otra señal evidente de que George Stark no era lo que se pretendía... sólo que para entonces, Clawson ya no necesitaba más pistas. Quería pruebas contundentes. Y se propuso obtenerlas.

—En la fecha aproximada en que se expediría el cheque de regalías, Clawson voló hasta acá. En las noches se hospedaba en el Holiday Inn; los días los pasaba "acechando" la oficina de correos de Brewer. Así lo expuso exactamente en la carta que recibió Thad poco después. Fue un acecho. Todo muy al estilo de las películas de gángsters. Sin embargo, la investigación le salió barata. Si "Stark" no se hubiera presentado a recoger su cheque al cuarto día de su estancia, Clawson habría tenido que levantar su tienda y escurrirse en la noche. Pero no creo que eso hubiera sido el fin. Cuando un rastrezoide genuino te clava los dientes, no te suelta hasta que te arranca un buen trozo.

—O hasta que le tiras los dientes de un puñetazo —gruñó Thad. Vio que Alan se volvía hacia él, con las cejas levantadas e hizo una mueca. Una mala elección de palabras. Por lo visto, alguien le había hecho eso a Clawson... o algo todavía peor.

—Es una posibilidad discutible; de cualquier forma —continuó Liz, y Alan le dirigió su atención—, no requirió mucho tiempo. Al tercer día, mientras estaba sentado en una banca del parque frente a la oficina de correos, vio que la Suburban de Thad se detenía en uno de los espacios para estacionarse cerca de la oficina de correos.

Liz bebió otro sorbo de cerveza y se quitó la espuma del labio superior. Cuando retiró la mano, estaba sonriendo.

—Ahora viene la parte que me gusta —dijo —. Es sencillamente deliciosa, como acostumbraba decir ese tipo afeminado en Retomo a Brideshead. Clawson traía una cámara fotográfica. Una cámara diminuta, de la clase que se puede colocar en la palma de la mano. Cuando está uno listo para tomar la foto, sólo se extienden un poco los dedos para permitir que se asome el lente, ¡y eureka! Ya está.

Soltó una risita sofocada, moviendo la cabeza ante la imagen.

—En su carta decía que la había conseguido de un catálogo que vende equipo para espías, micrófonos para ocultar en los teléfonos, sustancias que se embadurnan en los sobres para volverlos transparentes durante diez o quince minutos, portafolios que se autodestruyen, cosas como ésas. El agente secreto X—9 Clawson, en servicio. Apuesto a que hubiese adquirido un diente hueco lleno con cianuro, si fuese legal venderlos. Realmente estaba en su personaje.

—Como sea, consiguió media docena de fotos bastante aceptables. No era material artístico, pero se podía distinguir quién era el sujeto y qué estaba haciendo. Había una instantánea de Thad acercándose a los apartados postales en el vestíbulo, una foto de Thad metiendo la llave en el buzón 1642, y otra sacando un sobre.

—¿Les envió copias de ellas? —preguntó Alan—. Liz había dicho que Clawson quería dinero, y Alan pensó que la dama sabía de lo que hablaba. El tinglado no sólo olía a chantaje; el hedor era insoportable.

—Oh, sí. Y una amplificación de la última. Se puede leer parte de la dirección del remitente, las letras DARW, y se distingue claramente el pie de imprenta de Darwin Press sobre éste. —X—9 ataca de nuevo —dijo Alan.

—Sí. X—9 ataca de nuevo. Reveló las fotos, y después regresó a Washington. Unos cuantos días más tarde recibimos su carta, con las

fotos incluidas. La carta era realmente maravillosa. Se deslizaba hasta el borde de la amenaza, pero nunca lo rebasaba.

—Era estudiante de leyes —dijo Thad.

—Sí —convino Liz—. Aparentemente, sabía el punto al cual podía llegar. Si quiere, Thad le proporcionará la carta, pero yo la puedo parafrasear. Empezaba diciendo cuánto admiraba ambas mitades, lo que llamaba la "mente dividida" de Thad. Relataba lo que había descubierto y cómo lo había hecho. Después pasaba a su verdadero negocio. Puso mucho cuidado en que no viéramos el anzuelo, pero ahí estaba. Decía que él también aspiraba a ser escritor, pero carecía de tiempo para escribir, sus estudios de leyes eran exigentes, pero eso sólo era una parte. El problema real, explicaba, consistía en que tenía que trabajar en una librería para ayudarse a pagar su colegiatura y otros gastos. Decía que le gustaría que Thad viera algo de su trabajo, y si Thad pensaba que era prometedor, tal vez se sentiría animado a reunir un paquete de apoyo para ayudarlo a salir adelante.

—Un paquete de apoyo —repitió Alan, confundido—. ¿Así es como le llaman ahora?

Thad echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Por lo menos, así lo llamaba Clawson. Creo que puedo citar la última parte, a la letra. "Sé que a primera vista, esta solicitud le parecerá muy atrevida", decía, "pero estoy seguro de que, si estudia mi trabajo, comprenderá de inmediato que ese convenio podría ofrecer ventajas para ambos."

—Thad y yo nos enfurecimos durante un rato, y después nos reímos, y luego nos enfurecimos más.

—Sí —dijo Thad—.—No me acuerdo de la risa, pero estoy seguro de que nos enfurecimos.

—Finalmente, nos pusimos a hablar sobre el asunto. Hablamos casi hasta la media noche. Ambos reconocíamos la carta de Clawson y las fotografías como lo que eran, y una vez que Thad superó su enojo...

—Todavía, no supero mi enojo —interpuso Thad—, y el sujeto está muerto.

Bueno, una vez que nos cansamos de gritar, Thad casi se sintió aliviado. Desde algún tiempo atrás tenía la intención de librarse de Stark, y ya estaba trabajando en un libro extenso y serio. Aún: sigue en ello—. Se titula El perro, de oro. He leído las primeras doscientas páginas y es precioso.. Mucho mejor que el último, par del cosas que produjo corno George. Stark. Por tanto, Thad decidió...

—Los dos decidimos —dijo Thad.

—Está bien, decidimos que Clawson era una bendición disfrazada, una forma de acelerar lo que ya estaba en camino. El único temor de Thad era que a Rick Cowley no le gustara la idea, debido a que George Stark era más lucrativo que Thad para la agencia y con mucho. Pero se portó como un encanto. De hecho, dijo que posiblemente se generara cierta publicidad que sería útil en un número de áreas: la lista anterior de títulos de Stark, la propia lista anterior de títulos de Thad...

—Los dos que la componen —agregó Thad con una sonrisa.

—Y el nuevo libro, cuando se publique finalmente.

—Perdón, ¿qué es una lista anterior de títulos? —preguntó Alan.

Thad, sonriendo, le explicó.

—Los libros viejos que ya —no se colocan en los elegantes exhibidores en el frente de las cadenas de librerías. —Así que se reveló el secreto.

—Sí —dijo Liz—. Primero a la Prensa Asociada aquí en Maine y al Publishers Weekly, pero inesperadamente la historia apareció en la información nacional; después de todo, Stark era un escritor de gran popularidad, y el hecho de que nunca hubiera existido realmente, lo convertía en un relleno interesante para las últimas páginas. Y en eso, la revista People se puso en contacto con nosotros.

—Recibimos una carta quejumbrosa y colérica de Frederick Clawson, diciéndonos lo mezquinos, indecentes y desagradecidos que éramos. Por lo visto, pensaba que no teníamos derecho a sacarlo del asunto en la forma en que lo hicimos, ya que él había hecho todo el trabajo, y Thad sólo había escrito unos cuantos libros. Después de eso, desapareció.

—Y ahora, desapareció para siempre —dijo Thad.

—No —comentó Alan—, alguien lo desapareció... y eso es una gran diferencia.

Otro silencio cayó sobre ellos. Fue corto... pero muy, muy pesado.

3

Alan reflexionó durante varios minutos. Thad y Liz lo dejaron en paz. Al fin, levantó los ojos y dijo:

—Muy bien. ¿Por qué? ¿Por qué recurriría alguien al asesinato por una cosa como ésta? ¿Especialmente cuando ya se había revelado el secreto?

Thad movió la cabeza.

—Si es que está relacionado conmigo, o con los libros que escribí como George Stark, no sé quién o por qué.

—¿Y por un seudónimo? —preguntó Alan en tono pensativo—. Quiero decir, y no es mi intención ofenderlo, Thad, pero no era un documento clasificado o un gran secreto militar.

—No me ofendo —dijo Thad—. De hecho, no podría estar más de acuerdo.

—Stark tenía un buen número de admiradores —dijo Liz—. Algunos de ellos se enojaron mucho porque Thad ya no escribiría más novelas como Stark. Después del artículo, People recibió algunas cartas, y Thad ha recibido un montón. Una dama llegó a sugerir que Alexis Machine debía salir del retiro y arruinar a Thad para siempre.

—¿Quién es Alexis Machine? —Alan ya había sacado de nuevo la libreta de apuntes. Thad sonrió.

—Tranquilo, tranquilo, mi buen inspector. Machine no es más que un personaje en dos de las novelas que escribió George. La primera y la última.

—Una ficción de una ficción —dijo Alan, volviendo a guardar la libreta—. Estupendo.

Thad, mientras tanto, se veía levemente sorprendido. —Una ficción de una ficción —comentó—. No está mal. Nada mal.

—Mi opinión es ésta —dijo Liz—. Tal vez Clawson tenía un amigo, asumiendo por supuesto que los rastrezoides tengan amigos, quien era un admirador fanático de Stark. Posiblemente se enteró de que Clawson fue el responsable de que se descubriera la historia, y se enojó tanto porque ya no habría novelas de Stark, que...

Suspiró, contempló su botella de cerveza por un momento, y después levantó la cabeza.

—Es poco convincente, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo Alan amablemente y luego miró a Thad—. Si antes no lo hizo, ahora debería estar de rodillas dando gracias a Dios por su coartada. ¿Se da cuenta de que esto lo vuelve aún más apetitoso como sospechoso?

—Supongo que en cierta forma —convino Thad—. Thaddeus Beaumont ha escrito dos libros que casi nadie ha leído. El segundo, el cual se publicó hace once años, ni siquiera fue bien acogido por la crítica. Nunca se devengaron los anticipos infinitesimales que recibió; será un milagro si logra que se le vuelva a publicar, estando el negocio como está. Stark, por otra parte, produce dinero a puñados. Son puñados discretos, pero los libros todavía rinden al año cuatro veces lo: que yo gano como profesor. Aparece este sujeto Clawson, con su amenaza de chantaje cuidadosamente redactada. Yo me rehuso a ceder, pero mi única opción es publicar la historia yo mismo. Poco tiempo después, Clawson es asesinado. Parece un gran motivo, pero no lo es, en realidad. Una vez que uno mismo ha divulgado el secreto, sería estúpido matar a un aspirante a, chantajista.

—Sí.. pero, siempre está la venganza.

—Es posible, hasta que se revisa el resto del caso. Lo que ha dicho Liz es cierto.. De cualquier forma, Stark estaba a punto de acabar en la pila de desechos.. Tal vez hubiese salido un libro más, pero sólo uno. Además, una de las razones por las que Rick Cowley fue un encanto, según la expresión de Liz, es que él lo sabía. Y acertó en cuanto a la publicidad. El artículo de People, insulso como fue, ha; hecho maravillas con las ventas. Rick me dice que, cabalgando a Babilonia tiene probabilidades de volver a la lista de libros de más éxito, y las ventas subieron en todas las novelas de Stark. Dutton incluso está planeando, sacar otra edición de Los bailarines repentinos y Neblina morada.. Si lo ves bajo esta luz, Clawson me hizo un favor.

—¿A dónde nos lleva todo esto? —preguntó Alan.

—Maldito si lo sé —replicó Thad.

En el silencio que siguió, Liz dijo en voz queda:

—Es un cazador de cocodrilos. Esta misma mañana, estaba pensando en ellos. Es un cazador de cocodrilos y está tan loco como una cabra.

¿Cazador de cocodrilos? Alan se volvió hacia ella.

Liz le explicó la teoría de Thad acerca del "síndrome de vean a los cocodrilos vivos."

—Podría haber sido un admirador demente, —dijo—. No es tan descabellado si pensamos en ese tipo que disparó sobre John Lennon y el que trató de matar a Ronald Reagan para impresionar a Jodie Foster. Por ahí andan sueltos. Sí Clawson pudo averiguar lo de Thad, alguien más pudo averiguará el papel de Clawson.

—¿Pero, si le gusta tanto lo que escribo, porqué un tipo como ése trataría de implicarme? —preguntó Thad.

—¡Porque no le gusta! —respondió Liz con vehemencia. Stark es el hombre que le agrada al cazador de cocodrilos. Probablemente te odia tanto, como odia, odiaba a Clawson. Tú afirmaste que no sentías que hubiese muerto Stark. Ese podría ser un motivo suficiente.

—No, me convence—dijo Alan—. Las huellas dactilares...

—Usted dice que nunca se han copiado o plantado huellas, Alan, pero puesto que están en ambos, sitios, debe haber alguna forma. Es lo único que encaja.

Thad se oyó a sí. mismo decir:

—No, estás equivocada, Liz. Si es que existe ese sujeto, el motivo no es que le agrade Stark, miró sus brazos y vio que se cubrían con carne de gallina.

—¿No? —preguntó Alan.

—¿Has pensado que el hombre que asesinó a Homer Gamache y Frederick Clawson puede creer que él es George Stark?

4

En los escalones, Alan dijo:

—Los mantendré informados, Thad —en una mano sostenía fotocopias, hechas en la máquina de la oficina de Thad, de las dos, cartas de Frederick Clawson. Thad pensó que la disposición de Alan a aceptar fotocopias —al menos por el momento—, en vez de insistir en llevarse los originales como evidencia, era la señal más clara de que había descartado la mayor parte de sus sospechas.

—¿Y regresará a arrestarme si encuentra una rendija en mi, coartada? —preguntó Thad sonriendo.

—No creo que eso suceda. Lo único que le pediría es que también usted me tenga informado.

¿Si surge algo nuevo, quiere decir?

—Sí. A eso me refiero.

—Siento que no hayamos podido ser de más ayuda —le dijo Liz.

Alan sonrió.

—Me han ayudado mucho. Dudaba, entre, si quedarme otro día, lo cual, significaría otra noche en una habitación de ladrillos del Ramada lnn o volver a Castle Rock. Gracias a lo que me han dicho, estoy optando por el regreso. Empezando ahora. Será bueno estar devuelta. Ultimamente mi esposa Annie ha estado un poco indispuesta.

Espero, que no sea nada serio,—dijo Liz.

—Migraña —repuso Alan brevemente. .

Empezó a, caminar y en eso, dio marcha atrás—. Hay otra cosa.

Thad puso los ojos en blanco.

—Ahí viene ,—dijo—. Es la vieja muletilla del impermeable arrugado de Columbo.

—Nada de eso —dijo Alan—, pero en el asesinato de Clawson, el departamento de policía de Washington está reteniendo una pieza de evidencia física. Es una práctica común; ayuda a ahuyentar a los chiflados a quienes les gusta confesar crímenes que no cometieron. En la pared del apartamento de Clawson se encontró algo escrito —Alan hizo una pausa y después añadió, casi en tono de disculpa—: Estaba escrito con sangre de la víctima. ¿Si les digo lo que era, me dan su palabra de que no lo comentarán con nadie?

Ambos asintieron.

—La frase era, "Los gorriones están volando de nuevo". ¿Significa eso algo para ustedes?

—No —dijo Liz.

—No —dijo Thad con una voz neutral, después de un titubeo instantáneo.

La mirada de Alan permaneció en el rostro de Thad por un momento.

—¿Está completamente seguro?

—Completamente seguro.

Alan suspiró.

—Dudaba que así fuera, pero valía la pena probar suerte. Buenas noches. Thad. Liz. Recuerden mantenerme informado si ocurre algo.

—Lo haremos —dijo Liz.

—Cuente con ello —asintió Thad.

Un momento más tarde, ambos estaban dentro de nuevo, con la puerta cerrada para Alan Pangborn y para la oscuridad a través de la cual emprendería el largo viaje a casa.

X
Esa noche, más tarde

1

Thad y Liz llevaron a los gemelos dormidos a su habitación, y luego iniciaron los preparativos para acostarse a su vez. Thad se quedó en calzoncillos y camiseta —lo que siempre usaba como pijama— y entró al cuarto de baño. Estaba cepillándose los dientes cuando le empezaron los temblores. Dejó caer el cepillo de dientes, escupió un buche de espuma blanca en el lavabo y se tambaleó hasta el inodoro con unas piernas sin más sensibilidad que un par de zancos de madera.

Lo acometió una arcada —un miserable sonido seco— pero no vomitó nada. El estómago comenzó a recuperar la calma, al menos como ensayo.

Cuando se dio vuelta, Liz estaba de pie en la puerta, con un breve camisón azul de naylon que terminaba bastantes centímetros al norte de la rodilla. Su mirada contenía cierto reproche.

—Estás ocultando un secreto, Thad. Eso no es bueno. Nunca lo ha sido.

Thad suspiró con aspereza y extendió las manos frente a él, con los dedos separados. Seguían temblando.

—Desde cuándo lo sabes?

—He observado algo anormal en ti desde que el sheriff regresó esta noche. Y cuando nos hizo la última pregunta... acerca de lo que estaba escrito en la pared del apartamento de Clawson... fue como si tuvieras una señal de neón en la frente.

—Pangborn no vio ningún neón.

—El sheriff Pangborn no te conoce tan bien como yo... pero si no te diste cuenta de que se quedó sorprendido al final, es que no estabas prestando atención. Incluso él vio que algo no estaba bien del todo. Eso fue lo que expresó su mirada.

Las comisuras de la boca de Liz descendieron ligeramente. Esto enfatizó las antiguas marcas en su rostro, las que él había visto por primera vez después del accidente en Boston y el aborto; las que se habían profundizado mientras lo observaba luchar cada vez con más empeño por sacar agua de un pozo que parecía haberse secado.

Fue por aquel entonces cuando él empezó a perder el control sobre la bebida. Todas estas cosas —el accidente de Liz, el aborto, el fracaso crítico y financiero de Neblina morada, después del tremendo éxito de *A la manera de Machine* con el nombre de Stark, el súbito desenfreno con la bebida—, se habían combinado para provocarle un profundo estado depresivo. Aun cuando lo había reconocido como un estado anímico egoísta, autocentrado, el reconocimiento no había ayudado. Finalmente, se había tragado un puñado de píldoras para dormir con media botella de Jack Daniel s. Fue un intento de suicidio poco entusiasta... pero un intento de suicidio de todos modos. Todo eso había ocurrido en un periodo de tres años. Entonces, ese lapso había parecido mucho más prolongado. Entonces, había parecido eterno.

Y desde luego, poco o nada de esto se había publicado en las páginas de la revista People.

Ahora, vio que Liz lo miraba igual que en, aquel entonces. Odiaba esa expresión. La preocupación era desagradable la desconfianza peor aún. Pensó que sería más fácil tolerar un odio abierto que esa mirada extraña y recelosa.

—Detesto que mientas —dijo Liz sencillamente. —¡No mentí, Liz! ¡Por el amor de Dios!

—En ocasiones, se miente al guardar silencio.

—Me proponía decírtelo de todos modos —dijo Sólo trataba de encontrar la mejor forma.

¿Pero era verdad eso? ¿Realmente lo era? Thad no lo sabía. Era una mierda misteriosa, una mierda demente, pero ese no fue el motivo por el que pudo haber mentido con su silencio. El apremio: a guardar silencio, había sido igual al que sentiría un, hombre al observar sangre en el retrete, o palpar una protuberancia en la, ingle. El silencio en esos casos es irracional... pero el miedo también lo es.

Y había algo más él era un escritor, un hombre de imaginación. Nunca había conocido a uno, incluyéndose él mismo, que tuviera la más vaga idea de la razón por la cual, él o ella, hacía algo. Algunas veces creía que la compulsión por crear ficción no era más que un baluarte contra la confusión, incluso quizá, contra la demencia. Era una desesperada imposición de orden efectuada por personas que sólo eran capaces de encontrar ese precioso material en sus mentes... nunca en sus corazones.

En su interior, una voz susurró por vez primera: ¿Quién eres —tú cuando escribes, Thad? ¿Quién eres tú entonces?

Y no tenía respuesta para esa voz.

—¿Bien? —preguntó Liz. El tono era agudo, oscilando sobre el filo del enojo.

Thad levantó la vista, saliendo sobresaltado de sus propios pensamientos.

—¿Perdón?

—¿Ya encontraste la forma? ¿Cualquiera que sea?

—Mira —dijo—, ¡no comprendo por qué se te oye tan alterada, Liz!

—¡Porque estoy aterrorizada! —gritó furiosa; ahora Thad pudo ver lágrimas en sus ojos ¡Porque se lo ocultaste al sheriff, y aún me pregunto si también me lo ocultarás a mí! Si no hubiese visto esa expresión en tu rostro...

—¿Mh? —ahora a él también lo invadía el enojo—. ¿Y qué expresión fue esa? ¿Cómo la calificas?

—Te veías culpable —le espetó—. Te veías igual que cuando le decías a la gente que ya no bebías y no era verdad.

Cuando... —ahí se detuvo. Thad no supo lo que ella vio en su rostro, ni estaba seguro de que quería saberlo, pero desvaneció el enojo en, Liz. Lo remplazó una expresión afligida—. Lo siento. No fue justo.

—¡,Por qué no? —dijo en tono apagado—. Fue cierto. Por un tiempo.

Volvió al baño y usó el enjuague bucal para eliminar los restos de pasta de dientes. Era un enjuague sin alcohol. Como la medicina para la tos, y el extracto artificial de vainilla en la alacena de la cocina. No había vuelto a tomar una copa desde que terminó la última novela de Stark.

Liz le tocó el hombro suavemente.

—Thad... nos estamos enojando. Eso nos lastima a ambos y no remediará lo que está mal. Mencionaste que por ahí puede andar un hombre, un psicópata, que piensa que él es George Stark. Se te debe haber ocurrido que tú podrías estar en los primeros lugares de la lista de enemigos de ese hombre. Pero a pesar de eso, ocultaste algo. ¿Cuál era esa frase?

—Los gorriones están volando de nuevo —dijo Thad. Miró su rostro bajo la aguda luz blanca de la lámpara fluorescente sobre el espejo del baño. La misma cara conocida. Un poco sombreada bajo los ojos, tal vez, pero seguía siendo la vieja cara conocida. Eso lo complació. No era la estampa de una estrella de cine, pero era suya. —Sí. Eso significa algo para ti. ¿Qué es?

Apagó la luz del baño y colocó su brazo sobre los hombros de su esposa. Caminaron hacia la cama y se recostaron en ella.

—Cuando tenía once años dijo—, me practicaron una operación. El objetivo era extraer un pequeño tumor en el lóbulo frontal, creo que fue el lóbulo frontal, de mi cerebro. Ya sabías eso.

—¿Sí? —lo miraba, intrigada.

—Te conté que sufría dolores de cabeza terribles antes de que se diagnosticara el tumor, ¿cierto?

—Cierto.

Thad empezó a acariciar distraídamente el muslo de Liz. Tenía unas hermosas piernas largas, y el camisón era realmente muy corto. —¿Te hablé acerca de los sonidos?

—¿Sonidos? —preguntó perpleja.

—No se me ocurrió... pero, verás, nunca me pareció muy importante. Todo eso sucedió hace tanto tiempo. Las personas con tumores cerebrales sufren jaquecas con frecuencia, algunas veces convulsiones, y en ocasiones ambas cosas. Muy a menudo, estos síntomas presentan sus propios síntomas. Se les conoce como precursores sensoriales. Los más comunes son olores, virutas de lápices, cebollas recién cortadas, fruta mohosa. Mi precursor sensorial fue auditivo. Eran pájaros.

La miró a los ojos, sus narices casi se tocaban. Podía sentir que le cosquilleaba la frente un mechón del cabello de ella. —Gorriones, para ser exacto.

Thad se incorporó para eludir la expresión de conmoción repentina en el rostro de Liz. Le tomó la mano.

—Ven.

—¿A dónde, Thad?

—Al estudio —dijo—. Quiero enseñarte algo.

2

El estudio de Thad estaba dominado por un enorme escritorio de roble. No era ni elegantemente antiguo, ni elegantemente moderno. No era más que un trozo de madera de gran tamaño y muy práctico. Ahí estaba, como un dinosaurio bajo tres esferas de cristal suspendidas del techo; la luz combinada que lanzaba sobre la superficie de trabajo, casi se podía calificar de feroz. De la superficie del escritorio, sólo era visible un espacio mínimo. Por todas partes y en todos lados, estaban amontonados manuscritos, pilas de correspondencia, libros y galeras que le habían enviado. En la pared blanca detrás del escritorio, había un cartel que representaba la estructura favorita de Thad en todo el mundo: el edificio Flatiron en Nueva York. Nunca dejaba de deleitarlo su improbable forma de cuña.

Junto a la máquina de escribir estaba el manuscrito de la nueva novela, El perro de oro. Y sobre la máquina, la producción de ese día. Seis cuartillas. Era el número acostumbrado... es decir, cuando trabajaba como él mismo. Como Stark generalmente escribía ocho, y a veces diez.

—Esto es con lo que estaba perdiendo el tiempo antes de que llegara Pangborn —dijo, tomando la pequeña pila de páginas sobre la máquina de escribir—. En eso percibí el sonido, el sonido de los gorriones. Por segunda vez en este día, sólo que esta vez fue mucho más intenso. ¿Ves lo que está escrito a través de la hoja superior?

Liz la miró durante un largo rato, y Thad únicamente podía ver el cabello y la punta de la cabeza de Liz. Cuando ella se volvió para mirarlo, su rostro había perdido todo el color. Los labios se oprimían en una estrecha línea gris.

—Es lo mismo —musitó—. Es lo mismo. Oh, Thad, ¿qué es esto? Qué...

Se tambaleó y él se adelantó, temeroso por un momento de que pudiera desmayarse. La tomó de los hombros, el pie se le enredó entre las patas con forma de X de su silla de oficina, y faltó poco para que ambos cayeran sobre el escritorio.

—¿Estás bien?

—No —dijo Liz con voz débil—. ¿Lo estás tú?

—No exactamente —dijo—. El mismo Beaumont, tan torpe como siempre. Como un caballero armado con armadura reluciente, sería un estupendo tope para puertas.

—Esto lo escribiste antes de que llegara Pangborn —dijo. Le parecía imposible de comprender—. Antes.

—En efecto.

—¿Qué significa? —lo miraba con una intensidad frenética, las pupilas de los ojos grandes y oscuras a pesar de la brillante luz.

—No lo sé. Pensé que tú podrías tener una idea.

Liz movió la cabeza y puso de nuevo las páginas sobre el escritorio. Luego se frotó la mano contra la corta falda de naylon del camisón, como si hubiera tocado algo repugnante. Thad no creía que ella se diese cuenta de lo que hacía, y no comentó nada.

—¿Comprendes ahora por qué lo oculté? —preguntó.

—Sí... creo que sí.

—¿Qué hubiese dicho Pangborn? ¿Nuestro práctico sheriff del condado más pequeño de Maine quien confía plenamente en las impresiones de las computadoras del RISA, y los testimonios de testigos visuales? ¿Nuestro sheriff, quien consideraba más factible que estuviese escondiendo a un hermano gemelo a que alguien hubiera descubierto una forma de duplicar las huellas digitales? ¿Qué hubiese dicho —de esto?

—No... no lo sé —Liz luchaba por recuperarse, por salir ilesa de: la ola de conmoción. Thad la había visto hacerlo antes, —pero eso no disminuyó su admiración por ella—. No sé qué hubiese dicho, Thad.

—Yo tampoco. Creo que en el peor de los casos, presumiría algún conocimiento previo del crimen. Es más probable que creyese que después de que se marchó esta noche, corrí escaleras arriba y lo escribí.

—¿Por qué harías una cosa así? ¿Por qué?

—Creo que la primera suposición seria, demencia —dijo Thad lacónico—. Creo que es más viable que un polizonte como Pangborn considere la demencia antes de aceptar una ocurrencia que aparentemente no tiene explicación fuera de lo paranormal. Pero si piensas que hago mal al ocultar esto hasta que tenga la oportunidad de descifrarlo yo mismo, cosa que es posible, dímelo. Podemos llamar, a la oficina del sheriff en Castle Rock y dejarle un mensaje.

Liz movió —la cabeza.

—No sé. He escuchado en algún programa, me imagino, acerca de conexiones psíquicas...

—¿Crees en ellas?

—Nunca tuve motivo para reflexionar sobre la idea en una forma u otra —dijo—. Ahora creo que sí tengo —extendió la mano y tomó la hoja con las palabras garabateadas—. Lo escribiste con uno de los lápices de George.

—Fue lo que encontré más a la mano, eso es todo —respondió malhumorado. Pensó brevemente en la pluma y enseguida la borró de la mente—. Y no son los lápices de George y nunca lo fueron. Son míos. Ya me está fastidiando esta maldita costumbre de referirnos a él como una persona separada. Ya perdió cualquier gracia dudosa que haya tenido alguna vez.

—Sin embargo, hoy usaste una de sus frases, también, "infame una coartada". Nunca había oído que la utilizaras antes, fuera de un libro. ¿Fue —sólo una coincidencia?

Ya empezaba a decirle ;que sí lo Cera; desde luego que lo era, y se. detuvo. Probablemente lo fue, pero a la luz de lo: que había escrito en esa hoja de papel, ¿cómo podía estar seguro?

—Lo ignoro.

—¿Estuviste en trance, Thad? ¿Estabas en un trance cuando escribiste esto?

Lentamente, con renuencia, respondió:

—Sí. Creo que sí.

—¿Esto fue todo lo que pasó? ¿O hubo algo más?

—No puedo recordarlo —y después añadió con más renuencia aún—:

Creo que es posible que haya dicho algo, pero no me acuerdo en realidad.

Liz lo miró por un buen rato —y dijo:

Vamos a acostarnos.

—¿Crees que podremos, dormir, Liz?

La risa de Liz se escuchó desesperada.

3

Pero veinte minutos más tarde, se sumergía en el sueño cuando lo hizo emerger la voz de Liz.

—Tienes que ir al doctor. El lunes

—Esta vez no tengo jaquecas —protestó—. Sólo los sonidos de pájaros. Y esa cosa misteriosa que escribí—guardó un breve silencio y agregó esperanzado—: ¿No crees que haya sido sólo una coincidencia?

—No sé lo que es —dijo Liz—, pero debo decirte, Thad, que la coincidencia está en un lugar muy bajo en mi lista.

Por alguna razón, esto les pareció muy gracioso a ambos, y permanecieron en la cama abrazados, riéndose lo más suavemente que podían para no despertar a los bebes. Como sea, todo o estaba bien entre ellos; no había mucho de lo que Thad pudiera sentirse seguro ahora, pero de esto sí. Había pasado la tormenta. El viejo fantasma lastimoso se había enterrado de nuevo, al menos por el momento.-

—Pediré la cita.—dijo Liz, cuando se agotaron las risas.-

—No. Yo lo haré.

—¿No te darás el lujo de un olvido creativo?

No. Será lo primero que haré el lunes. Prometido.

— Está bien —suspiró Liz—. Si puedo dormir, será un milagro —pero cinco minutos más tarde estaba respirando suave y regularmente, y menos de cinco minutos después, Thad estaba dormido también.

4

Y tuvo la pesadilla de nuevo.

Fue la misma (o así parecía; de cualquier modo) hasta el propio final: Stark lo llevó a través de la casa desierta, permaneciendo siempre detrás de él, diciéndole a Thad que estaba equivocado cuando Thad insistía, con una voz temblorosa y desesperada, en que ésta era su propia casa. Estás equivocado, dijo Stark detrás de su hombro derecho (¿o fue el izquierdo?, ¿importaba acaso?) El dueño de esta casa, le dijo a Thad otra vez, estaba muerto. El dueño de esta casa estaba en ese lugar legendario donde terminan todos los servicios de trenes, ese lugar que todo el mundo aquí (dondequiera que fuera aquí) llamaba la Villa Final. Todo lo mismo. Hasta que llegaron al vestíbulo de la parte de atrás, donde Liz ya no estaba sola. Se le había unido Frederick Clawson. Estaba desnudo, excepto por una absurda chaqueta de piel. Y estaba tan muerto como Liz.

Por encima de su hombro, Stark dijo pensativamente:

—Eso es lo que les sucede aquí a los soplones. Se les convierte en relleno de inmundicia. Ya me ocupé de él. Me voy a ocupar de todos ellos, uno por uno. Sólo asegúrate de que no tenga que ocuparme de ti. Los gorriones están volando de nuevo, Thad, recuerda eso. Los gorriones están volando.

Y después, fuera de la casa, Thad los oyó: no sólo miles de ellos, sino millones, tal vez billones, y el día se oscureció cuando la gigantesca bandada de pájaros empezó a cruzar el sol y después lo cubrió completamente.

—¡No puedo ver! —gritó, y desde atrás, George Stark murmuró—: Están volando de nuevo, viejo amigo. No lo olvides. Y no te atravieses en mi camino.

Thad despertó, temblando y con un frío intenso, y esta vez tardó mucho en volverse a dormir. Permaneció en la oscuridad, pensando qué absurda era la idea que el sueño había traído consigo; tal vez también lo había sido la primera vez, pero esta vez era mucho más clara. Cuán terriblemente absurda. El hecho de que él hubiese visualizado a Stark y a Alexis Machine con una apariencia física semejante (por qué no, si en un sentido muy real, ambos habían nacido al mismo tiempo con *A la manera de Machine*), ambos altos y corpulentos, hombres que no parecía que hubiesen crecido, sino que, en alguna forma, los habían construido con bloques sólidos de material, ambos rubios... ese hecho no alteraba lo descabellado de la idea. Los seudónimos no cobran vida y asesinan personas. En el desayuno, se lo contaría a Liz y se reirían de esto... bueno, tal vez no se reirían realmente, considerando las circunstancias, pero compartirían una triste sonrisa.

Lo llamaré mi complejo William Wilson, pensó, sumiéndose en el sueño de nuevo. Pero cuando llegó la mañana, no parecía que valiera la pena hablar del sueño, no encima de todo lo demás. Así que no lo mencionó... pero en el transcurso del día, descubrió que su pensamiento volvía a él, una y otra vez, considerándolo como una joya oculta.

XI
La Villa Final

1

A primera hora de la mañana del lunes, antes de que Liz pudiera fastidiarlo al respecto, Thad hizo una cita con el doctor Hume. La extracción del tumor en 1960 formaba parte de su expediente médico. Le informó a Hume que recientemente había padecido dos recurrencias de los sonidos de pájaros que habían presagiado las jaquecas durante los meses anteriores al diagnóstico y la extracción. El doctor Hume quiso saber si también habían vuelto las jaquecas. Thad le dijo que no.

No mencionó nada acerca del estado de trance, o lo que había escrito mientras estaba en ese estado, o lo que se encontró garabateado en la pared del apartamento de una víctima de asesinato en Washington, D. C. Todo esto le parecía tan distante como el sueño de la noche pasada. De hecho, se dio cuenta de que él mismo trataba de restarle importancia a todo el asunto.

Sin embargo, el doctor Hume lo tomó en serio. Muy en serio. Le pidió a Thad que esa misma tarde fuera al centro médico oriental de Maine. Quería una serie de radiografías craneales y una tomografía axial computarizada.

Thad cumplió con las instrucciones. Posó para las fotografías, y después colocó la cabeza dentro de un aparato que se parecía a una secadora industrial de ropa. Durante quince minutos se sacudió y traqueteó la máquina, y después se le liberó del cautiverio, al menos por el momento. Llamó a Liz por teléfono, y le dijo que podrían esperar los resultados alrededor del fin de semana, y añadió que iba a su oficina en la universidad por un rato.

—¿Ya no has pensado en llamar al sheriff Pangborn? —le preguntó.

—Esperemos los resultados del examen —respondió—. Una vez que sepamos qué es lo que hay, tomaremos una decisión.

2

Estaba en su oficina, deshaciéndose de un montón de cosas inútiles que se habían acumulado durante un semestre en el escritorio y los estantes, cuando empezaron a alborotar los pájaros dentro de su cabeza. Al principio, fueron unos cuantos gorjeos aislados, a éstos se les unieron otros, y rápidamente se convirtió en un coro ensordecedor.

Cielo blanco —vio un cielo blanco, interrumpido por las siluetas de casas y postes de teléfono. Y había gorriones en todas partes. Se alineaban en cada tejado, se apiñaban en cada poste, esperando únicamente la orden del dirigente del grupo. Entonces, explotarían en dirección al cielo con un sonido semejante a miles de hojas de papel, agitándose bajo un fuerte viento.

Thad se tambaleó ciegamente rumbo a su escritorio, agarró a tientas la silla y se derrumbó en ella.

Gorriones.

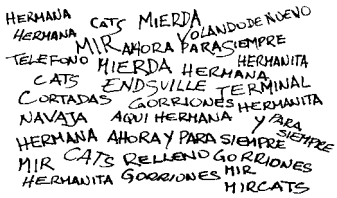
Gorriones y el cielo blanco de fines de la primavera.

El sonido llenó su cabeza, una cacofonía confusa, y cuando atrajo una hoja de papel hacia él y empezó a escribir, no estaba consciente de lo que hacía. Su cabeza se apoyó hacia atrás en el cuello; los ojos miraban el techo sin verlo. La pluma volaba hacia atrás y hacia adelante, y hacia arriba y hacia abajo, aparentemente con voluntad propia.

En su cabeza, todos los pájaros alzaron vuelo en una nube oscura que oscureció el cielo blanco de marzo en la sección Ridgeway de Bergenfield, Nueva Jersey.

3

Volvió en sí menos de cinco minutos después de que empezaron a sonar en su cabeza los primeros trinos aislados. Transpiraba copiosamente y le latía la muñeca izquierda, pero no tenía jaqueca. Bajó la vista y vio el papel sobre su escritorio —era el reverso de una hoja de pedido para libros de texto complementarios de literatura norteamericana y contempló aturdido lo que ahí estaba escrito.



—No significa nada —murmuró. Se frotaba las sienes con las puntas de los dedos, esperando que comenzara el dolor de cabeza, o que se unieran las palabras garabateadas en el papel y tuvieran algún sentido.

No quería que pasara ninguna de las dos cosas... y no sucedieron. Las palabras no eran más que palabras, repetidas una y otra vez. Obviamente, algunas de ellas estaban entresacadas de la pesadilla con Stark; las otras, en su mayoría, eran un galimatías sin conexión.

Y la cabeza la sentía muy bien.

Esta vez no se lo voy a decir a Liz, pensó. Que me condene si lo hago. Y no sólo porque esté atemorizado... aunque lo estoy. Es muy sencillo, no todos los secretos son malos. Algunos secretos son buenos. Algunos secretos son necesarios. Y éste encaja en ambas categorías.

Ignoraba si en realidad era cierto o no, pero descubrió algo que resultaba tremendamente liberador: no le importaba. Estaba cansado de pensar y pensar, y aun así seguir en la oscuridad. También estaba harto de sentirse atemorizado, como un hombre que penetra en una cueva por diversión y de repente empieza a sospechar que se ha perdido.

Deja de pensar en eso, entonces. Esa es la solución.

Suponía que sería lo acertado. No sabía si podría hacerlo o no... .pero se proponía aplicarle el antiguo tratamiento universitario. Muy lentamente, tomó la forma de pedido con ambas manos y la: empezó a romper en tiras. Comenzó a desaparecer la mezcolanza de palabras retorcidas escritas en ella. Dio vuelta a las tiras a lo largo, las rompió de nuevo, y tiró los pedazos en el cesto de papeles, donde se quedaron como confeti encima de toda, la basura, que había botado, ahí. Se sentó y contempló los pedazos por casi dos minutos, casi como en espera de que se unieran otra vez y volaran de regreso a su escritorio, como las imágenes de un rollo de película cuando se corre al revés.

Finalmente, tomó el cesto de papeles y lo llevó por el corredor hasta un compartimento de acero inoxidable empotrado en la pared junto al elevador. El letrero debajo de él indicaba INCINERADOR. Abrió la tapa y dejé caer la basura en el vertedero negro.

—Ahí va —dijo hacia: el singular silencio de verano de la facultad de literatura-matemáticas—. Desapareció.

Aquí le llamamos rellena de inmundicia.

—Aquí le llamamos simplemente mierda —murmuró y regresó a su oficina con la papelera vacía en la mano.

Había desaparecido. Por el vertedero, sea había sumido en el olvido. Y hasta que el hospital entregara sus resultados o hasta que se presentara otro estado de amnesia, o trance, o fuga, o el demonio que fuera, tenía la intención de, no decir nada. Nada en absoluto. Lo más probable era: que las palabras: escritas; en esa hoja de papel hubiesen provenido mayormente de su propia mente, como el sueño de Stark y la casa vacía, y no tuvieran nada que ver con el asesinato de Homer Gamache o el de Frederick Clawson.

Aquí, en la Villa Final, donde terminan todos los servicios de trenes.

Eso no tiene ningún significado —se dijo Thad con voz terminante y categórica... aunque ese día, su salida de la universidad fue casi una huida.

XII
Hermana

Ella se dio cuenta de que algo andaba mal en el mismo instante en que intentó deslizar la llave en la gran cerradura Kreig de la puerta del apartamento, y en vez de entrar en la ranura con la serie —de chasquidos familiares y reconfortantes, empujó la puerta y la abrió. No pudo dedicar un momento a pensar lo estúpida que había sido al irse al trabajo sin cerrar con llave el apartamento, caramba, Miriam, ¿por qué no cuelgas en la puerta un letrero que diga, HOLA LADRONES; GUARDO EL EFECTIVO EN LA CAZUELA ENCIMA DEL ESTANTE SUPERIOR DE LA COCINA?

No hubo un momento así; pues una vez que se ha vivido en Nueva York seis meses, o tal vez incluso cuatro, nunca se olvida. Posiblemente, sólo se cierra con llave cuando se vive en un distrito rural y se va uno de vacaciones; o es probable que se le olvide a uno cerrar de vez en cuando al salir al trabajo, si se habita en una ciudad pequeña como Fargo, Dakota del Norte, o Ames, Iowa; pero después de pasar una temporada en la Gran Manzana Agusanada, uno cierra con todas las llaves hasta para llevarle una taza de azúcar a la vecina en el mismo corredor. En este caso, el olvidarse de cerrar con llave sería como exhalar una respiración y olvidarse de inhalar la siguiente. La ciudad estaba llena de museos y galerías, pero también estaba llena de drogadictos y psicópatas, y nunca hay que arriesgarse. No a menos que se haya nacido estúpida, y Miriam no había nacido así. Un poco tonta, tal vez, pero no estúpida.

Así fue como se dio cuenta de que algo andaba mal, y aun cuando Miriam estaba segura de que los ladrones que habían entrado a su apartamento se habían marchado, probablemente ya hacía tres o cuatro horas, llevándose todo lo que tuviera la más remota posibilidad de empeñarse (por no mencionar los ochenta o noventa dólares en la cazuela... y tal vez la cazuela misma, ahora que lo pensaba; después de todo, ¿acaso no se podía empeñar una cazuela?), aún podrían estar ahí dentro. De cualquier modo, esa es la primera suposición que se hace, así como a los chicos que reciben su primera pistola de verdad, antes de que se les enseñe otra cosa, lo primero que se les enseña es a dar por hecho que la pistola siempre está cargada, que incluso cuando la sacas de la caja en la que salió de la fábrica, la pistola está cargada.

Retrocedió unos pasos, alejándose de la puerta. Lo hizo casi de inmediato, aun antes de que la puerta hubiese detenido el corto desplazamiento hacia adentro, pero ya fue demasiado tarde. Una mano salió de la oscuridad, disparándose como una bala a través del espacio de cinco centímetros entre el marco y la puerta. Sujetó firmemente la mano de ella. Las llaves cayeron sobre la alfombra del vestíbulo.

Miriam Cowley abrió la boca para gritar. El hombre grande y rubio había estado de pie, justo al otro lado de la puerta, esperando pacientemente, por más de cuatro horas ya, sin tomar café ni fumar cigarrillos. Quería un cigarrillo y en cuanto terminara con esto se fumaría uno, pero antes, el olor podría prevenirla; los neoyorquinos eran como animales muy pequeños, que se encogían atemorizados en el bajo monte, los sentidos sintonizados con el peligro, incluso cuando pensaban que se estaban divirtiendo.

Antes de que pudiera pensar siquiera, el hombre tenía su mano derecha en la misma mano de ella. Luego, colocó la palma de la mano izquierda contra la puerta, reteniéndola, y aventó a la mujer hacia adelante con toda la fuerza que pudo. La puerta parecía de madera, pero era de metal, desde luego, como todas las puertas de los buenos apartamentos en la Gran Manzana. Un lado del rostro de Miriam golpeó contra el borde con un ruido sordo. Dos de sus dientes se desprendieron de las encías y le cortaron la boca. Los labios, los cuales había apretado, se relajaron conmocionados y la sangre se derramó sobre el inferior. Unas gotas se esparcieron en la puerta. El pómulo se rompió como una rama de árbol.

El cuerpo se aflojó, seminconsciente. El hombre rubio la soltó y ella se derrumbó sobre la alfombra del pasillo. Eso tenía que ser muy rápido. Según las leyendas neoyorquinas, a nadie en la Gran Manzana agusanada le importaba un bledo lo que pasara, mientras no les pasara a ellos. Según las leyendas, un psicópata podía apuñalar a una mujer veinte o cuarenta veces frente a una barbería de veinte sillas, a mediodía en la Séptima Avenida, y nadie diría una palabra, excepto, si acaso, podrías recortarlo un poco más encima de las orejas, o creo que esta vez prescindiré de la colonia, Joe. El hombre rubio sabía que las leyendas eran falsas. En los animales pequeños, acechados, la curiosidad forma parte del paquete de sobrevivencia. Protege tu pellejo, sí, ese era el punto de partida, pero un animal poco curioso tiene más posibilidades de morir pronto. Por lo tanto, la velocidad era esencial.

Abrió la puerta, agarró a Miriam por el cabello, y tiró de ella hacia adentro.

Un segundo después, escuchó el ruido de un cerrojo que se corría en el pasillo, seguido por el chasquido de una puerta que se abre. No necesitaba asomarse para ver el rostro que ahora estaría atisbando desde otro apartamento, un pequeño rostro de conejo, sin pelambre, la nariz casi retorciéndose.

—¿No lo rompiste, verdad, Miriam? —preguntó en voz alta. Cambió a un registro más alto, no del todo falsete, ahuecó ambas manos a unos cinco centímetros de la boca, para crear un reflector de sonido, y se convirtió en la mujer.

—No creo. ¿Puedes ayudarme a recogerlo? —se quitó las manos de la boca, volvió a su tono normal de voz.

—Claro. En un segundo.

Cerró la puerta y miró a través de la mirilla. Era un lente de ojo de pez, el cual proporcionaba una vista distorsionada de un ángulo extenso del corredor, y vio exactamente lo que había esperado ver: un rostro blanco que atisbaba por el borde de una puerta en el otro lado del vestíbulo, igual que un conejo atisba desde su agujero.

El rostro emprendió la retirada.

La puerta se cerró.

No se cerró de golpe; se cerró suavemente. La tonta de Miriam había dejado caer algo. El hombre que estaba con ella —tal vez un novio, tal vez su ex— la estaba ayudando a recogerlo. No había por qué preocuparse como lo hicieron ustedes, conejitos.

Miriam gimió, empezando a volver en sí. El hombre rubio metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja de resorte y la accionó. La hoja resplandeció en el brillo difuso de la única luz que había dejado encendida, una lámpara de mesa en la sala.

Miriam abrió los ojos. Miró al hombre, viendo su rostro al revés cuando él se agachó sobre ella. La boca de Miriam estaba embadurnada con rojo, como si hubiese estado comiendo fresas.

El hombre le mostró la navaja. Los ojos de Miriam, aturdidos y nublados, se desorbitaron. Se abrió la boca húmeda y roja..

Un solo ruido y te acuchillo, hermana —dijo el hombre. Su boca se cerró de nuevo.

Una vez más, el hombre enredó una mano en su cabello y tiró de ella hasta la sala. Su falda susurraba sobre el pulido piso de madera Su cabeza atrapó un tapete suelto y éste se fue amontonando bajo ella. El dolor la hizo quejarse.

—No hagas eso. Ya te advertí.

Estaban en la sala. Era pequeña pero agradable. Acogedora De la pared colgaban grabados de impresionistas franceses. Un cartel enmarcado que anunciaba Cats: AHORA Y PARA SIEMPRE, decía.

Flores secas. Un sofá pequeño, tapizado en algún material rugoso color trigo. Un librero. En el librero, el hombre pudo ver los dos libros de Beaumont en un entrepaño y los cuatro de Stark en otro. Los de Beaumont estaban en el más alto. Eso era un error, pero debía suponer que esta perra era bastante ignorante.

Le soltó el cabello.

—Siéntate en el sofá, hermana. En ese extremo —señaló el extremo del sofá junto a la pequeña mesa lateral, sobre la cual estaba el teléfono y la grabadora de mensajes.

—Por, favor —murmuró Miriam, sin intentar ponerse de pie. La boca y a mejilla empezaban a hincharse y las palabras se oyeron pastosas: ppfavob—. Lo que sea. Cualquier cosa. El dinero está en la cazuela. Diriedo est en cazoolaa.

—Siéntate en el sofá. Ese extremo —esta vez apuntó la navaja hacia el rostro de Miriam, mientras señalaba el sofá con la otra mano.

Miriam subió al sofá arrastrándose y se encogió contra los cojines lo más que éstos se lo permitieron, los ojos oscuros muy abiertos. Se pasó la mano por la boca y miró atónita la sangre en la palma, antes de mirarlo a él de nuevo.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Ques lo quee quiedeee? —era como escuchar a alguien que habla con la boca llena de comida.

Quiero que hagas una llamada telefónica, hermanita Eso es todo —tomó el teléfono y usó la mano que sostenía la navaja lo suficiente para oprimir el botón de COMUNICAR en la contestadora del teléfono. Después le tendió el auricular. Era uno de esos antiguos que se asientan en una cuna, semejante a una mancuerna para gimnasia ligeramente fundida. Mucho más pesado, que el auricular de un teléfono Princess. El lo sabía, y por la sutil tensión en el cuerpo de ella cuando se lo dio, percibió que también ella lo sabía. El esbozo de una sonrisa apareció en los labios del hombre rubio. No se manifestó en ningún otro lugar; sólo en los labios. No había alegría en esa sonrisa.

—Estás pensando que me podrías destrozar los sesos, con esa cosa, ¿no es verdad, hermana? —le preguntó—. Déjame decirte algo, no es algo, una idea feliz. ¿Y sabes lo que les pasa a los que pierden sus ideas felices?

Cuando Miriam no respondió, él dijo—: Se caen del cielo. Es cierto. Lo vi en una caricatura, una vez. Así que sostén ese auricular y concéntrate en recuperar tus ideas felices.

Ella lo miraba, toda ojos. La sangre corría lentamente por su barbilla. Una gota se desprendió y cayó en el corpiño de su vestido. Nunca te la quitarás, hermana, pensó el hombre rubio.. Dicen que sale si enjuagas la mancha rápidamente en agua fría, pero no es así, Tienen aparatos. Espectroscopios. Cromatógrafos de gas. Ultravioletas. Lady Macbeth tenía razón.

—Si vuelve esa mala idea lo veré en tus ojos, hermana, En esos ojos grandes y oscuros. ¿No querrás que uno de esos grandes ojos oscuros escurra por tu mejilla, verdad?

Miriam sacudió la cabeza con tanta rapidez y furia que su cabello voló en una tormenta alrededor de su rostro. Y mas sacudía la cabeza, los hermosos ojos oscuros nunca abandonaron, la faz del hombre rubio, quién sintió que algo se agitaba a lo largo de su pierna, ¿Señor, lleva usted una pistola en el bol, o nada más le da gusto verme?

Esta vez, la sonrisa tocó los ojos al mismo tiempo que la boca, y pensó que la mujer se relajaba imperceptiblemente.-

—Quiero que te inclines hacia adelante y marques el número de Thad Beaumont.

Ella únicamente lo miraba, los ojos brillantes y lustrosos por la conmoción.

—Beaumont —repitió pacientemente—. El escritor. Hazlo hermana, El tiempo siempre vuela con los pies alados de Mercurio.

—Mi libreta —dijo Miriam. La boca se le había inflamado demasiado para cerrarla con facilidad, y cada vez era más difícil entender lo que decía. Sonó como aceta.

—¿Raqueta? —preguntó—. ¿Quieres una raqueta? No sé de que estás hablando, no tiene sentido lo que dices, hermanita.....

Cuidadosa, dolorosamente, pronunció:

—Mi libreta. Libreta. Mi libreta de direcciones. No recuerdo el número .

La navaja atravesó el aire hacia ella. Pareció producir un sonido como un susurro humano. Probablemente sólo era la imaginación, pero, no obstante, ambos lo oyeron. Miriam se hundió más aún en los cojines color trigo, los labios hinchados, estirados en una mueca. El hombre dio vuelta a la navaja de modo que la hoja reflejó la suave luz baja de la lámpara de mesa. La inclinó, dejó que la luz la recorriera y después miró a Miriam, como si hubiese sido una locura que ambos no admiraran una cosa tan hermosa.

—No me jodas, hermana —ahora se oía un suave dejo sureño en sus palabras—. Eso es algo que nunca debes hacer, sobre todo cuando estás tratando con un tipo como yo. Marca el número de ese hijo de puta, ahora mismo —era posible que no supiera de memoria el número de Beaumont, no había mucho negocio que hacer por ahí, pero sí sabría el de Stark. En el mundo de los libros, Stark era la unidad móvil básica, y daba la casualidad de que ambos hombres tenían el mismo número.

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Miriam.

—No me acuerdo —gimió—. No me acueedoo.

El hombre rubio se aprestó a acuchillarla —no porque estuviese enojado con ella, sino porque cuando dejas que una dama como ésta se evada con una mentira, esto siempre conduce a otra mentira y después reconsideró la situación. Decidió que era perfectamente posible que hubiese perdido temporalmente el dominio de cosas tan mundanas como los números telefónicos, incluso de clientes tan importantes como Beaumont/Stark. Estaba conmocionada. Si le pidiera que marcara el número de su propia agencia, tal vez su mente estaría en blanco.

Pero puesto que estaban hablando de Thad Beaumont, y no de Rick Cowley, él podría ayudar.

—Está bien —dijo—. Está bien hermana. Estás trastornada. Lo entiendo. No sé si lo creas o no, pero incluso te compadezco. Y tienes suerte, porque sucede que yo sé el número. Lo conozco tan bien como el mío propio, se podría decir. ¿Y sabes qué? Ni siquiera te voy a obligar a que tú lo marques, en parte porque no quiero sentarme aquí hasta que se congele el infierno esperando a que lo marques bien, sino también porque te compadezco. Me voy a agachar y lo voy a marcar yo mismo. ¿Sabes lo que eso significa?

Miriam Cowley sacudió la cabeza. Los ojos oscuros parecían haberse comido la mayor parte de su rostro.

—Significa que voy a confiar en ti. Pero únicamente hasta ahí; sólo hasta ahí y no más lejos, amiga. ¿Me estás escuchando? ¿Entiendes lo que te digo?

Miriam asintió frenéticamente, el cabello revoloteando. Dios, le encantaban las mujeres de cabello abundante.

—Bien. Muy bien. Mientras yo marco el número, hermana, mantendrás los ojos fijos en esta navaja. Te ayudará a conservar en orden las ideas felices.

Se inclinó hacia adelante y empezó a localizar los números en el antiguo disco giratorio. Mientras lo hacía, la grabadora de mensajes junto al teléfono emitía chasquidos amplificados. Miriam Cowley permanecía sentada, con el auricular en el regazo, mirando alternativamente a la navaja y a los trazos lisos y toscos del rostro de este horrible extraño.

—Habla con él —dijo el hombre rubio—. Si contesta su esposa, dile que eres Miriam desde Nueva York, y que quieres hablar con su hombre. Ya sé que tienes la boca hinchada, pero a quienquiera que responda hazle saber que eres tú. Esfuérzate. Si no quieres que tu cara termine como un cuadro de Picasso, esfuérzate, hermana —las últimas palabras denunciaban su acento sureño aún más.

—¿Qué... qué digo?

El hombre rubio sonrió. Estaba muy bien esta hembra. Muy apetitosa. Todo ese cabello. Sintió más contracciones en el área debajo de la hebilla de su cinturón. Algo estaba cobrando vida ahí abajo.

El teléfono estaba llamando. Ambos podían oír a través de la máquina contestadora.

—Ya se te ocurrirá algo bueno, hermana.

Se escuchó un chasquido cuando alguien levantó el auricular en el otro lado de la línea. El hombre rubio esperó hasta que reconoció la voz de Beaumont diciendo hola, y entonces, con la velocidad de una serpiente que ataca, se inclinó y resbaló la navaja por la mejilla izquierda de Miriam Cowley, dejando un colgajo de piel. La sangre brotó a borbotones y Miriam dio un chillido.

—¡Hola! —vociferó Beaumont—. Hola, ¿quién es? Maldita sea, ¿eres tú?

Sí, soy yo, desde luego, hijo de puta, pensó el hombre rubio. Soy yo, y tú sabes que soy yo.

—¡Dile quién eres y lo que está pasando aquí! —le espetó bruscamente a Miriam—. ¡Hazlo! ¡No busques que te lo diga dos veces!

—¿Quién es? —gritó Beaumont— ¿Qué está pasando? ¿Quién es?

Miriam gritó de nuevo. La sangre salpicó los cojines color trigo del sofá. Y no sólo tenía una gota de sangre en el corpiño de su vestido— estaba empapado.

—¡Haz lo que te digo, o te corto la jodida cabeza con esta cosa! —¡Thad, hay un hombre aquí! —en su dolor y terror, pronunciaba claramente de nuevo—. ¡Aquí hay un hombre! ¡Thad! HAY UN HOMBRE CRUEL.

—¡DILE TU NOMBRE!. —le rugió y deslizó la navaja por el aire a dos centímetros de los ojos de ella. Miriam se, encogió hacía atrás, con un lamento profundo.

—¿Quién es? Qui...

—¡MIRIAM!! —aulló—. ¡OH THAD NO DEJES QUE ME CORTE OTRA VEZ, NO DEJES QUE EL HOMBRE CRUEL ME CORTE OTRA VEZ NO...!

George Stark pasó la navaja a través del enroscado cordón del teléfono. El aparato emitió un molesto ladrido de,

estática y quedó en silencio.

Había salido bien. Podría haber salido mejor; había querido fornicar con ella, realmente quería fornicar con ella. Hacía mucho tiempo que no quería estar, con una mujer, pero con ésta había querido; y se iba a quedar con las ganas. La gritería había sido excesiva. Los conejos estarían asomando las cabezas por sus agujeros de nuevo, olfateando: el aire en busca del gran depredador que merodeaba en alguna parte de la selva, justo más allá del resplandor de sus lastimosas y pequeñas hogueras eléctricas.

Ella todavía seguía gritando..

Era evidente que habla perdido todas sus ideas felices.

Stark la agarró nuevamente por el cabello, tiró de su cabeza hacia atrás, hasta que quedó viendo el techo, gritando al techo, y le cortó la garganta.

El silencio cayó sobre la habitación.

—Ya está, hermana — dijo tiernamente. Dobló la navaja en la empuñadura y la guardó en su bolsillo. Enseguida, extendió la mano izquierda llena de sangre, y le cerró los ojos a Miriam. El puño de la camisa se empapó inmediatamente de sangre tibia, pues la yugular seguía bombeando vino tinto, pera lo correcto era lo correcto.

Cuando se trataba de una mujer, le cerraba los ojos. No importaba qué tan mal se hubiera portado, no importaba si era una prostituta, drogadicta que hubiera vendido a sus hijos para comprar drogas, le cerraba los ojos.-

Y ella sólo era una pequeña parte de este asunto. Rick Cowley era otra historia.

Y el hombre que había escrito el artículo en la revista. Y la perra que había tomado las fotos, especialmente la de la lápida. Una perra, sí, una verdadera perra, pero también le cerraría los ojos.

Y una vez que se hubiese ocupado de todos ellos, sería, tiempo de hablar con Thad. Sin intermediarios: mano a mano. Hora de hacer que Thad viera las razones. Cuando hubiera acabado con todos, confiaba plenamente en que Thad estaría listo para ver las razones. Y si no lo estaba, siempre habría formas de persuadirlo.

Después de todo, era un hombre con una esposa, una esposa muy bella; una verdadera reina del aire y de la oscuridad.

Y tenía niños.

Colocó el dedo índice en el chorro tibio de la sangre de Miriam, y empezó a escribir rápidamente en la pared.. Tuvo que volver dos veces para obtener la suficiente sangre, pero pronto estuvo dispuesto el mensaje, impreso encima de la cabeza colgante de la mujer.. Lo podría haber leído al revés, si sus ojos estuviesen abiertos.

Y, desde luego, si todavía estuviese viva.

Se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de Miriam:

—Buenas noches, hermanita —dijo y salió del apartamento.

El hombre al otro lado del vestíbulo, miraba otra vez desde su puerta.

Cuando vio salir del apartamento de Miriam al hombre rubio y alto embadurnado con sangre, cerró de golpe la puerta y echó la llave.

Muy sabio, pensó George Stark, atravesando a grandes zancadas el vestíbulo hacia el elevador. Endiabladamente, sabio.

Mientras tanto tenía que seguir en movimiento. No tenía tiempo que perder.

Había que ocuparse de otros asuntos esta noche.

XIII
Pánico absoluto

1

Durante varios momentos —nunca tuvo idea de cuántos—, Thad permaneció sumido en un pánico tan absoluto y completo que le fue materialmente imposible funcionar en ninguna forma. En realidad, era sorprendente que pudiese respirar siquiera. Más tarde; pensaría que la única ocasión en que había experimentado una sensación semejante a ésta, fue cuando tenía diez años y, con un par de amigos, decidieron ir a nadar a mediados de mayo. El día se adelantaba por lo menos tres semanas a las fechas en que alguno de los tres había nadado en otros años, pero, de todos modos, parecía una buena idea; la mañana estaba despejada y muy cálida para ser mayo en Nueva Jersey, la temperatura sobre los veinticinco grados. Los tres habían caminado hasta el lago Davis, el nombre sarcástico que le aplicaban a la pequeña charca a kilómetro y medio de distancia de la casa de Thad en Bergenfield. Thad fue el primero en desvestirse, ponerse el calzón de baño y, por consiguiente, el primero que entró al agua. Sencillamente se lanzó desde la orilla como una bala, y aún seguía pensando que había estado muy cerca de la muerte, aunque en verdad no deseaba saber qué tan cerca. Es posible que aquel día el aire se sintiera como de mediados de verano, pero el agua se sentía como ese último día a principios del invierno, antes de que el hielo empieza a aflorar a la superficie. Su sistema nervioso había sufrido un corto circuito momentáneo. Los pulmones interrumpieron la función respiratoria, el corazón se detuvo en el mismo acto de latir, y cuando emergió a la superficie, era como un automóvil con la batería muerta que necesitaba una nueva carga, la necesitaba urgentemente, pero no sabía cómo obtenerla. Recordaba lo intenso que brillaba la luz del sol, produciendo diez mil chispas doradas en la superficie azul negra del agua, recordaba a Harry Black y Randy Wister de pie, en la orilla, Harry tirando hacia la cintura de los descoloridos pantaloncillos de gimnasia por encima de su generoso trasero, Randy desnudo con el traje de baño en una mano, gritando ¿Cómo está el agua, Thad? cuando irrumpió al aire, y todo lo que había podido pensar era me estoy muriendo, aquí estoy en el sol, con mis dos mejores amigos y ya salí de la escuela y no tengo tarea y esta noche se presentará en el programa de la tarde El señor Blanding construye la casa de sus sueños y mamá dijo que podría cenar frente a la tele pero no lo veré porque estaré muerto. Lo que apenas unos segundos antes era una respiración fácil y sin complicaciones, ahora era como si tuviera un calcetín de deportes atorado en la garganta, algo que no podía arrojar ni aspirar. El corazón yacía en su pecho como una pequeña piedra fría. En eso, de repente, desapareció la sensación de muerte, aspiró una enorme, monumental inhalación, la piel se le cubrió enteramente con carne de gallina y respondió a Randy con el inconsciente júbilo maligno exclusivo de los chicos de corta edad. ¡El agua está estupenda! ¡No está demasiado fría! ¡Salta! Sólo años más tarde se le ocurrió pensar que pudo haber matado a uno o ambos chicos, como casi le había pasado a él.

Lo mismo le estaba sucediendo ahora; lo atacaba exactamente la misma especie de parálisis física total. En el ejército tenían un nombre para esto —un jodido marasmo. Cuando se trataba de terminología, el ejército era excelente. Estaba ahí sentado en medio de un jodido marasmo. Estaba sentado en el sillón, pero no sobre él, sino en el borde, inclinándose hacia adelante, con el auricular del teléfono todavía en la mano, contemplando, sin ver, la pantalla muda de la televisión. Percibió que Liz aparecía en el umbral y le preguntaba primero quién era y después qué pasaba, y fue como ese día en el lago Davis, justamente igual. La respiración como un calcetín sucio de algodón en la garganta, que no se movía para ningún lado, súbitamente interrumpidas todas las líneas de comunicación entre cerebro y corazón, lamentamos esta parada fuera de programa, el servicio se reanudará tan pronto como sea posible, o tal vez nunca se reanude el servicio, pero de cualquier modo, disfruten su estancia en el hermoso centro de la Villa Final, el lugar donde terminan todos los servicios de trenes.

En eso desapareció sin más, como había desaparecido en esa otra ocasión, y respiró jadeante. En el pecho, el corazón dio dos rápidos latidos galopantes al azar, y después recuperó el ritmo natural... aunque el compás aún era acelerado, demasiado acelerado.

Ese grito. Jesucristo nuestro Señor, ese grito.

Liz ahora corría a través de la habitación, y Thad sólo se dio cuenta de que le había arrebatado el auricular de la mano, cuando la vio que gritaba ¿Hola? y ¿Quién es? una y otra vez. Luego, Liz escuchó el zumbido de la comunicación interrumpida y lo colocó de nuevo en su lugar.

—Miriam —logró decir al fin, cuando Liz se volvió hacia él—. Era Miriam y estaba gritando.

Excepto en los libros, nunca he asesinado a nadie.

Los gorriones están volando.

Aquí le llamamos relleno de inmundicia.

Aquí le llamamos la Villa Final.

Voy a tirar p al norte, compa. Invéntame una coartada, porque voy a tirar p´al norte. Me voy a cortar algo de carne.

—¡Miriam? ¿Gritando? ¿Miriam Cowley? ¿Thad, qué está pasando?

—Es él —dijo Thad—. Sabía que lo era. Creo que lo supe casi desde el principio y además hoy... esta tarde... tuve otro.

—¿Otro qué? —oprimió los dedos contra un lado de su cuello, frotándolo enérgicamente—. ¿Otro desmayo? ¿Otro trance?

—Ambos. Primero los gorriones nuevamente. Mientras estaba en ese estado, escribí una serie de mierdas en una

hoja de papel. La tiré, pero su nombre estaba en la hoja, Liz. El nombre de Miriam era parte de lo que escribí esta tarde en la semiconciencia... y...

Se detuvo. Sus ojos se abrían cada vez más.

—¡Qué? ¿Que es, Thad? —lo tomó de un brazo y lo sacudió—. ¿Qué es?

—Miriam tiene un cartel en la sala —dijo. Escuchaba su propia voz como si perteneciera a otra persona, una voz que venía desde muy lejos. Desde un intercomunicador, tal ves—. Un cartel de una obra musical de Broadway, Cats. Lo vi la última vez que estuvimos ahí. Cats, AHORA. Y. PARA SIEMPRE. También escribí eso. Lo escribí porque él estaba ahí, y por lo tanto yo también estaba ahí, parte de mí. una parte de mí estaba viendo con sus ojos...

Miró a Liz. La miró con los ojos casi desorbitados.

—No hay ningún tumor, Liz. Dentro de mi cuerpo, al menos, no hay ningún tumor.

—¡No sé de, qué, estás hablando! —casi gritó Liz.

—Tengo que llamar a Rick—murmuró..Parecía que una parte de su mente se separaba, moviéndose luminosamente y hablando consigo misma en imágenes y símbolos contundentes y brillantes. Algunas veces le pasaba lo mismo cuando escribía, pero era la primera ocasión que recordaba que esto le ocurriera en la vida real —¿el escribir, era vida real?, se preguntó repentinamente. No creía que lo fuera. Más bien era como un intermedio.

—¡Thad, por favor!

—Debo advertir a Rick. Puede estar en peligro.

—¡Thad, no tiene sentido lo que dices!

No, desde luego que no. Y si se detenía para explicarle, parecería tener aún menos... y mientras hacía una pausa para confiarle a su esposa sus temores, probablemente sin ningún éxito, excepto que ésta se preguntara cuánto tiempo se llevaría el preparar los papeles para internarlo, George Stark estaría en Manhattan, atravesando las nueve manzanas que separaban el apartamento de Rick del de su ex esposa. Sentado en el asiento trasero de un taxi o al volante de un auto robado, demonios, al volante del Toronado negro del sueño, hasta donde sabía Thad. ¿Si vas a llegar tan lejos en el camino a la demencia, por qué no mandar todo a la mierda y recorrer la ruta completa? Sentado ahí, fumando, preparándose para matar a Rick como lo había hecho con Miriam.

¿La habría matado?

Tal vez sólo la había atemorizado, la había dejado sollozando y conmocionada. O tal vez la había herido, aunque pensándolo bien, más valía dejarlo en probablemente. ¿Qué había dicho ella? No dejes que me corte otra vez, no dejes que el hombre cruel me corte otra vez.

Y en el papel decía cortadas. Y... ¿no decía, además, terminal?

Sí. Sí. Así fue. ¿Pero eso se relacionaba con el sueño, no es cierto? Esto tenía que ver con la Villa Final, el lugar donde terminan todos los servicios de trenes, ¿acaso no era así?

Rogaba porque así fuera.

Debía conseguir ayuda para Miriam, al menos tenía que intentarlo, y debía advertir a Rick. Pero si se concretaba a llamar a Rick inesperadamente y le decía que tuviese precaución, Rick querría saber el motivo.

¿Hay algún problema, Thad? ¿Qué ha pasado?

Y si llegaba tan sólo a mencionar el nombre de Miriam, Rick saldría disparado hacia el apartamento de ella, ya que Rick aún sentía mucho afecto por su ex esposa. Le tenía un gran afecto. Y entonces sería él quien la encontraría... tal vez despedazada (parte de la mente de Thad trataba de alejarse de ese pensamiento, de esa imagen, pero el resto de su mente era implacable, obligándolo a imaginarse cómo se vería la hermosa Miriam picada como carne en el mostrador de un carnicero).

Y era posible que eso fuera lo que se proponía Stark. El estúpido de Thad enviaría a Rick a una trampa. El estúpido de Thad le haría el trabajo.

¿Pero no es lo que he estado haciendo todo el tiempo? ¿No es eso precisamente lo que hace el seudónimo, por el amor de Dios?

Podía sentir cómo se obstruía su mente de nuevo, cerrándose en un nudo como un calambre, en un jodido marasmo, y no podía permitirlo, justamente ahora no podía permitirlo de ningún modo. —¡Thad... por favor! ¡Dime qué está pasando!

Thad respiró a fondo y tomó los brazos fríos de su esposa con manos heladas.

—Es el mismo hombre que mató a Homer Gamache y a Clawson.

Estaba con Miriam. La estaba... amenazando. Espero que nada más fuera eso. No sé. Miriam gritaba. La línea se desconectó.

—¡Oh, Thad! ¡Jesús!

—No tenemos tiempo para ponernos histéricos ninguno de los dos —dijo, y pensó, aunque Dios sabe que eso es lo que quiere una parte de mí—. Sube y bájame tu libreta de direcciones. En la mía no tengo el número de teléfono ni la dirección de Miriam. Creo que tú los tienes.

—¿Qué quisiste decir con que lo sabías desde el principio?

—Ahora no hay tiempo para eso, Liz. Baja la libreta de direcciones. Rápido. ¿Sí?

Liz titubeó un momento más. —Puede estar herida. ¡Anda!

Thad escuchó las pisadas rápidas y ligeras de sus pies mientras subía, y trató de poner en marcha nuevamente el curso de sus pensamientos.

No llames a Rick. Si es una trampa, llamarlo sería una pésima idea.

Bien, hasta ahí hemos llegado. No es mucho, pero es un principio.

¿A quién, entonces?

¿El departamento de policía de la ciudad de Nueva York? No, harían una serie de preguntas con las que perderíamos un tiempo valiosísimo, cómo era posible que un sujeto desde Maine reportara un crimen en Nueva York, para empezar. El departamento de policía de Nueva York, no. Otra pésima idea.

Pangborn.

Su mente se aferró a este nombre. Primero llamaría, a Pangborn. Tendría que ser muy cuidadoso con lo que decía, al menos por ahora. Lo que más tarde decidiera decir o no acerca de los desmayos, acerca del sonido de los gorriones, acerca de Stark, ya se resolvería por sí mismo. Por ahora, Miriam era lo importante. Si Miriam estaba herida, pero aún con vida, no beneficiaría en nada el agregar más elementos a la situación, ya que esto sólo retrasaría a Pangborn. Él era quien debía llamar a los polizontes de Nueva York. Actuarían con mayor celeridad y formularían menos preguntas si recibían la información de uno de los suyos, incluso si daba la casualidad de que este polizonte hermano en particular se encontraba en Maine.

Pero Miriam primero. Quiera Dios que conteste el teléfono.

Liz regresó volando a la habitación con la libreta de direcciones. Su rostro estaba casi tan pálido como el día en que finalmente logró traer a, este mundo a William y Wendy.

—Aquí está —dijo. Respiraba muy agitada, casi jadeando.

Todo va a salir bien, pensó en decirle, pero se contuvo. No quería afirmar algo que se podría convertir en mentira, con tanta facilidad... Y el sonido del grito de Miriam sugería que las cosas habían rebasado la etapa: de "todo bien".

Hay, un hombre aquí hay un hombre cruel aquí.

Thad pensó en George Stark y se estremeció un poco. Era un hombre muy cruel, en efecto. Thad :sabía eso con más certeza que nadie. Después de todo, él había construido a George de la nada... ¿no era así?

—Nosotros estamos bien—le dijo a Liz;—hasta ahí, por lo menos, era verdad. Hasta ahí, insistía en añadir su mente en un susurro—. Contrólate si puedes, nena. Si sigues hiperventilándote y te desmayas, no ayudarás a Miriam.

Liz se sentó, rígida como una varilla, mirándolo fijamente, mientras sus dientes mordisqueaban inclementes el labio inferior.

Thad empezó a pulsar el número de Miriam. Los dedos, un poco temblorosos tartamudearon en el segundo dígito, oprimiéndolo dos veces. Eres tan bueno para decirle a la gente que se controle. Volvió a respirar profundamente, retuvo el aliento, oprimió el botón de desconexión en el teléfono y empezó otra vez, obligándose a hacerlo más despacio. Pulsó el último botón y escuchó los "clicks" deliberados que establecían la comunicación.

Dios mío, que esté bien, y si no está completamente bien, si no puedes arreglar eso, al menos permite que esté lo bastante bien para contestar el teléfono. Por favor.

Pero el teléfono no sonaba. Unicamente se oía el insistente tatata de la señal de ocupado. Tal vez en realidad estaba ocupado. Tal vez estaba llamando a Rick o al hospital. O tal vez el teléfono estaba descolgado.

No obstante, aún cabía otra posibilidad, pensó mientras oprimía el botón que interrumpía la línea. Pudiera ser que Stark arrancara el cordón de la pared. O quizás (no dejes que el hombre cruel me corte otra vez) lo había cortado.

Como había cortado a Miriam.

Navaja, pensó Thad y un estremecimiento se enroscó por su espalda. Era otra de las palabras en el borrador que había escrito esa tarde. Navaja.

2

La siguiente media hora fue un regreso al surrealismo siniestro que había sentido cuando aparecieron en su puerta Pangborn y los dos policías estatales para arrestarlo por un crimen del cual no tenía siquiera conocimiento. No había una sensación de amenaza personal —una amenaza personal inmediata, al menos—, pero sí la misma sensación de caminar a través de una habitación oscura, llena de delicados hilos de araña que te rozan el rostro, primero cosquilleantes y a la larga enloquecedores hilos que no se adherían, sino que se apartaban susurrantes antes de que pudieras asirlos.

Marcó el numero de Miriam otra vez, y al oír que seguía ocupado, oprimió nuevamente el botón de interrupción y vaciló por un momento indeciso entre llamar a Pangborn o llamar a una operadora en Nueva York para verificar el número de Miriam. ¿Tendrían algún medio para diferenciar entre una línea en la que se está hablando, una que está descolgada, y una que ha quedado inutilizada en alguna forma?

Pensaba que si, pero sin duda era que la comunicación entre Miriam y él se había cortado de repente, y ella había quedado fuera de alcance. Aun así podrían averiguar —Liz podría averiguar— si tenían dos líneas en vez de una. ¿ Porque no tenían dos líneas? Era estúpido no tener dos líneas.

Aun cuando estos pensamientos atravesaron su mente en escasos dos segundos, parecieron llevarse mucho más tiempo, y se censuró a sí mismo por representar a Hamlet mientras Miriam Cowley podía estar desangrándose en su apartamento. Las personas en los libros —por lo menos en los libros de Stark— nunca hacían pausas como ésta, nunca se detenían a especular sobre algo tan absurdo como por qué no instalaban una segunda línea telefónica para los casos en que una mujer en otro estado pudiera estar desangrándose hasta morir. En los libros, las personas nunca tenían que darse tiempo para defecar y nunca se paralizaban así.

El mundo sería un lugar más eficiente si todos los habitantes proviniesen de una novela popular, pensó. En las novelas populares, las personas siempre se las arreglan para que sus pensamientos sigan un mismo curso mientras pasan tranquilamente de un capítulo al siguiente.

Marcó el número de información de Maine, y cuando la operadora le preguntó "¿Qué ciudad, por favor?" enmudeció por un momento porque Castle Rock era un pueblo, no una ciudad sino un pequeño pueblo, sede del condado o no, y entonces pensó: Esto es pánico, Thad; Pánico absoluto. Tienes que controlarlo. No puedes permitir que muera Miriam porque estás lleno de pánico. E incluso tenía tiempo, parecía, para preguntarse por qué no podía permitir que sucediera eso y responder a la pregunta: él era el único personaje real sobre el que tenía cierto control, y el pánico sencillamente no formaba parte de la imagen de ese personaje. Al menos, él así lo veía.

Aquí lo llamamos mierda, Thad. Aquí lo llamamos relleno...

—¿Señor? —aguijoneaba la operadora—. ¿Qué ciudad, por favor?

Está bien. Control.

Respiró profundamente, recuperó la compostura, y dijo:

—Castle City —Cristo. Cerró los ojos. Y manteniéndolos cerrados dijo lenta y claramente—: Perdón, operadora. Castle Rock. Quiero el número de la oficina del sheriff.

Hubo una laguna y, después, una voz de robot empezó a recitar el número. Thad se dio cuenta de que no tenía lápiz o pluma. El robot lo repitió por segunda vez, Thad se afanó por memorizarlo y el número atravesó su mente como un rayo y desapareció en el vacío, sin dejar un débil rastro.

—Si necesita más información —continuaba la voz del robot, —favor de permanecer en la línea y una operadora...

—¡Liz? —suplicó—. ¡Pluma! ¡Algo con que escribir!

La libreta de direcciones contenía una Bic y Liz se la tendió. La operadora —la operadora humana— volvió a la línea. Thad le dijo que no había anotado el número. La operadora convocó al robot, el cual recitó otra vez con una voz penetrante y vagamente femenina. Thad apuntó el número en la portada de un libro, casi colgó y después decidió corroborarlo escuchando la segunda recitación programada. La segunda interpretación mostró que había cambiado dos números. Sí, estaba llegando a la cumbre de su pánico, eso era tan claro como el agua.

Oprimió el botón desconectado. Una leve transpiración le cubría todo el cuerpo.

—Tómalo con calma, Thad.

—Tú no la oíste —dijo pesaroso y marcó la oficina del sheriff.

El teléfono sonó dos veces antes de que una aburrida voz yanqui contestara:

—Oficina del sheriff del condado de Castle. Habla el lugarteniente Ridgewick. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Thad Beaumont. Estoy hablando desde Ludlow.

—¡Mh? —ningún reconocimiento. Ninguno. Lo que significaba más explicaciones. Más telarañas. El nombre de Ridgewick le sonaba vagamente familiar. Claro, era el oficial que había interrogado a la señora Arsenault y encontrado el cadáver de Gamache. Jesús bendito, ¿cómo era posible que él hubiera encontrado al viejo que supuestamente había asesinado Thad, y no supiera quién hablaba?

—El sheriff Pangborn estuvo aquí... para discutir el asesinato de Homer Gamache conmigo, lugarteniente Ridgewick. Tengo cierta información al respecto, y es importante que hable con él de inmediato.

—El sheriff no está aquí —respondió Ridgewick, oyéndose monumentalmente indiferente a la urgencia en la voz de Thad.

—Bien, ¿dónde está?

—En casa.

—Deme el número, por favor.

E, increíblemente:

—Oh, no sé si deba, señor Bowman. El sheriff, Alan, quiero decir, no ha tenido mucho tiempo libre últimamente y su esposa ha estado un poco mal. Tiene dolores de cabeza.

—¡Tengo que hablar con él!

—Bueno —dijo Ridgewick tranquilamente—, es evidente que usted cree que tiene que hacerlo, de cualquier forma. Tal vez así sea incluso. Realmente, quiero decir. Le diré algo, señor Bowman. ¿Por qué no me explica de qué se trata y deje que yo sea quien juz...?

—Vino aquí a arrestarme por el asesinato de Homer Gamache, lugarteniente, y ha pasado algo más, y si no me da su número inmediatamente...

—¡Santo Cielo! —exclamó Ridgewick. Thad escuchó un ligero golpe y se imaginó a Ridgewick bajando los pies de su escritorio —o más probablemente, del escritorio de Pangborn— y aterrizándolos en el piso mientras se enderezaba en la silla.

—¡Beaumont, no Bowman!

—Sí, y...

—¡Oh, Judas, san Judas! ¡El sheriff, Alan, dijo que si usted llamaba, cuidara de que se comunicara con él enseguida! —Bien. Ahora...

—¡San Judas! ¡Soy un pedazo de bruto!

Thad, quien no podía estar más de acuerdo, continuó:

—Léeme su número, por favor —en alguna forma, echando mano a reservas que ignoraba que poseía, logró no gritarle.

—Seguro. Un segundo. Uh... —siguió una pausa torturante. Segundos únicamente, desde luego, pero a Thad le pareció que durante esa pausa se podían haber construido las pirámides. Construido y derribado de nuevo. Y mientras tanto, la vida de Miriam se escurría en el tapete de su sala a ochocientos kilómetros de distancia. Es posible que yo la haya matado, pensó, simplemente con la decisión de llamar a Pangborn y perder el tiempo con este idiota congénito, en vez de avisar al departamento de policía de Nueva York de inmediato, o al 911. Eso es probablemente lo que debía haber hecho: marcar 911 y dejarlo todo en sus manos.

Excepto que esa opción no parecía real, ni siquiera ahora. Era el trance, suponía, y las palabras que había escrito durante éste. No pensaba que había previsto el ataque a Miriam... pero en alguna forma difusa, había presenciado los preparativos de Stark para atacarla. Los fantasmales gritos de esos miles de pájaros parecían responsabilizarlo de toda esta demencia.

Pero si Miriam moría únicamente porque el pánico le había impedido marcar el 911, ¿cómo podría Thad volver a mirar a la cara a Rick? A la mierda con eso: ¿cómo podría él mismo volver a verse en un espejo?

Ridgewick, el yanqui idiota con cabeza de piedra, ya estaba de vuelta. Le dio a Thad el número del sheriff, pronunciando cada dígito con la suficiente lentitud para que lo apuntara hasta un retrasado mental... pero aún así, Thad le pidió que lo repitiera, a pesar de la abrasadora y torturante urgencia por darse prisa. Todavía estaba afectado por la facilidad con que había jodido el número de la oficina del sheriff, y lo que se hace una vez siempre se puede repetir.

—Bien —dijo—. Gracias.

—Uh, ¿señor Beaumont? Sin duda le agradecería que suavizara cualquier comentario acerca de que yo...

Thad colgó sin ningún remordimiento y marcó el número que le había proporcionado Ridgewick. Desde luego, Pangborn no contestaría el teléfono; simplemente sería esperar demasiado en la noche de las telarañas. Y quienquiera que contestara le diría (después de unos cuantos minutos obligatorios de jugar al corro verbal, por supuesto) que el sheriff había salido a comprar una hogaza de pan y un litro de leche. A Laconia, Nueva Hampshire, probablemente, aunque Phoenix no se debía descartar del todo.

Profirió un salvaje alarido de risa, y Liz lo miró, sobresaltada.

—¿Thad? ¿Estás bien?

Empezaba a responderle y en eso, hizo un ademán para indicarle que estaban contestando el teléfono. No era Pangborn; de cualquier modo, hasta ahí había tenido razón. Era un chico, a quien se le oía como de diez años.

—Hola, residencia Pangborn —canturreó—. Habla Todd Pangborn.

—Hola —dijo Thad. De manera difusa, se daba cuenta de que apretaba demasiado el auricular y trató de aflojar los dedos. Sólo crujieron y siguieron inmóviles.

—Mi nombre es Thad —Pangborn estuvo a punto de decir, oh, Jesús, eso hubiera estado bueno, realmente estás manejando todo muy bien, Thad, equivocaste tu vocación, debiste haber sido contralor de tráfico aéreo. Beaumont terminó después de la breve corrección intermedia—. ¿Está el sheriff?

No, tuvo que ir a Lodi, California, a comprar cerveza y cigarrillos.

En cambio, la voz del chico se retiró de la bocina y trompeteó:

—¡Papá! ¡Teléfono! —a esto siguió un pesado ruido metálico que lastimó el oído de Thad.

Un momento después, Alabado sea Dios y todos sus sagrados santos, la voz de Pangborn dijo:

—¿Hola?

Ante el sonido de esa voz, se desvaneció la efervescencia mental de Thad.

—Soy Thad Beaumont, sheriff Pangborn. Hay una dama en Nueva York que puede necesitar ayuda con urgencia. Está relacionado con el asunto que estuvimos discutiendo el sábado en la noche.

—Dispare —dijo Alan terminante, sólo eso, pero qué alivio, caramba. Thad se sintió como una imagen que recupera el enfoque.

—La mujer es Miriam Cowley, la ex esposa de mi representante —Thad reflexionó que unos cuantos minutos antes, sin duda habría identificado a Miriam como "la representante de mi ex esposa."

—Llamó aquí. Estaba gritando, extremadamente trastornada. Al principio, ni siquiera sabía quién era. Después, escuché una voz de hombre en el fondo. Le ordenó que me dijera quién era ella y lo que estaba pasando. Miriam dijo que había un hombre en su apartamento que amenazaba con herirla. Con... —Thad tragó saliva— con cortarla. Para entonces, yo ya había reconocido su voz, pero el hombre le dijo a gritos que si no se identificaba, le cortaría la jodida cabeza. Esas fueron sus palabras, "Haz lo que digo o te corto la jodida cabeza." Luego, ella dijo que era Miriam y me suplicó... —tragó de nuevo. En su garganta resonó un chasquido, tan claro como la letra E enviada por clave Morse—. Me suplicó que no dejara que el hombre cruel hiciera eso. Cortarla otra vez.

Frente a él, Liz palidecía paulatinamente. No permitas que se desmaye, deseó o rogó Thad. Por favor, no dejes que se desmaye ahora.

—Siguió gritando y en eso la línea quedó muerta. Creo que él la cortó o la arrancó de la pared —excepto que eso era pura mierda. No creía nada. Lo sabía. Había cortado la línea, sin duda. Con una navaja—. Traté de comunicarme con ella de nuevo, pero...

—¿Cuál es su dirección?

La voz de Pangborn continuaba terminante, agradable, tranquila. Si no fuera por la destacada línea de urgencia y autoridad que la recorría, se diría que simplemente estaba conversando con un viejo amigo. Había hecho bien en llamarlo, pensó Thad. Gracias a Dios por las personas que saben lo que están haciendo, o al menos así lo creen. Gracias a Dios por las personas que se comportan como los protagonistas en las novelas populares. Si hubiese tenido que lidiar

con un personaje de Saul Bellow, creo que habría perdido la razón.

Thad miró el renglón bajo el nombre de Miriam en la libreta de Liz.

—¿Cariño, éste es un tres o un ocho?

—Ocho —respondió una voz distante.

—Bien. Siéntate otra vez. Coloca la cabeza sobre las rodillas.

—¿Señor Beaumont? ¿Thad?

—Perdón. Mi esposa está alterada. Parece a punto de desmayarse.

—No me sorprende. Ambos están alterados. Es una situación desesperante. Pero lo están haciendo bien. Conserven la calma, Thad.

—Sí —comprendía desalentado que si Liz se desmayaba tendría que dejarla caída en el piso, y continuar hasta que Pangborn contase con la suficiente información para tomar alguna medida. Por favor, no te desmayes, pensó otra vez, y volvió la vista a la libreta de direcciones de Liz—. La dirección es 109 Oeste de la calle 84.

—¿Número de teléfono?

—He tratado de decírselo, su teléfono no...

—De todos modos necesito el número, Thad.

—Sí. Por supuesto —aunque no tenía la más remota idea del porqué—. Perdón —le recitó el número.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde esa llamada?

Horas, pensó, y miró el reloj en la repisa de la chimenea. Su primer pensamiento fue que se había parado. Debe haberse parado.

—¿Thad?

—Aquí estoy —dijo con una voz tan calmada que parecía provenir de otra parte—. Hace aproximadamente seis minutos. Es decir, cuando terminó mi comunicación con ella. Fue interrumpida.

—Bien, no se ha perdido mucho tiempo. Si hubiese llamado al departamento de policía de Nueva York, habría estado en la línea tres veces ese tiempo. Le llamaré tan pronto como pueda, Thad.

—Rick —dijo—. Cuando hable con la policía, dígales que su ex esposo no debe saberlo todavía. Si el sujeto, usted entiende, le ha hecho algo a Miriam, Rick será el siguiente en su lista.

—¿Está plenamente convencido de que es el mismo tipo que asesinó a Homer y Clawson, verdad?

—No tengo la menor duda —y las palabras habían salido y volado antes de que estuviese seguro siquiera de que quería decirlas—. Creo que sé quién es.

Después del titubeo más breve, Pangborn dijo:

—Bien. Permanezca cerca del teléfono. Quiero hablar con usted en cuanto tengamos tiempo —colgó de inmediato.

Thad miró a Liz y vio que se había desplomado de lado en un sillón. Tenía los ojos agrandados y vidriosos. Rápidamente, se levantó y fue hacia ella, la enderezó, y le dio unos ligeros golpecitos en las mejillas.

—¿Quién es? —le preguntó Liz con voz apagada desde el mundo gris de la semiconciencia—. ¿Es Stark o Alexis Machine? ¿Quién es, Thad?

Y después de un largo rato, Thad respondió:

—No creo que haya ninguna diferencia. Voy a preparar té, Liz.

3

Estaba seguro de que hablarían de todo esto. ¿Cómo lo podían evitar? Pero no lo hicieron. Durante un prolongado lapso de tiempo permanecieron sentados, mirándose el uno al otro por encima del borde de las tazas, en espera de la llamada de Alan. Y mientras se arrastraban los minutos interminables, Thad empezó a recapacitar que sería mejor que no hablaran; no hasta que llamara Alan y les dijera si Miriam estaba muerta o viva.

Supongamos, pensó, observando a Liz que se llevaba la taza de té a la boca con ambas malos mientras él daba sorbos a la propia, supongamos que estamos sentados aquí una noche, con libros en las manos (un extraño pensaría que estamos leyendo, y en parte acertaría, pero lo que en realidad estaríamos haciendo sería saborear el silencio, como si fuese un vino particularmente fino, en la forma exclusiva en que lo saborean los padres de niños muy pequeños, por ser tan poco con el que cuentan) y supongamos además que, mientras estamos en eso se estrellara un meteorito a través del techo y aterrizara, humeante y resplandeciente, en el piso de la sala. ¿Acaso alguno de los dos iría a la cocina, llenaría un cubo con agua, mojaría el meteorito antes de que: se incendiase la alfombra, y luego continuaría leyendo? No. Hablaríamos del suceso. Tendríamos que hacerlo. Como tenemos que hablar respecto a todo esto.

Tal vez empezarían después de que Alan llamara. Tal vez incluso hablarían a través de él; Liz escucharía cuidadosamente mientras Alan planteaba las preguntas y Thad las contestaba. Sí, así podría ser como empezara la conversación, ya que Thad consideraba que Alan era el catalizador. En una forma misteriosa, a Thad le parecía que era Alan quien había iniciado todo este asunto, aunque el sheriff sólo había estado reaccionando ante los actos de Stark.

Mientras tanto, esperaban sentados.

Thad, sintió el apremio de marcar de nuevo el número de Miriam, pero no se atrevió Era posible que Alan eligiese ese mismo momento para llamar, y encontraría ocupada la línea de Beaumont Se dio cuenta de que otra vez estaba deseando, de una, manera errática, haber instalado una segunda línea— Bien, pensó, eso no era más que bordar en el vacío.

La razón y el discernimiento le decían que era inconcebible que Stark estuviese rondando por las calles como un extraño cáncer en forma humana, matando personas. Como acostumbraba decir el palurdo campesino en Los errores de una noche de Oliver Goldsmith, era perfectamente no posible, Diggory.

Sin embargo, estaba convencido de que era eso lo que ocurría. Thad lo sabía y Liz lo sabía también. Se preguntaba si Alan lo creería cuando se lo dijes. Las probabilidades eran contrarias; sería de esperar que el hombre se limitase a llamar a esos amables jóvenes con limpias batas blancas. Porque George Stark no era real, ni tampoco Alexis Machine, esa ficción de una ficción. Ninguno de los dos había existido nunca, igual que nunca habían existido George Eliot, Mark Twain, o Lewis Carroll, o Tucker Coe, o Edgar Box. Los seudónimos no eran más que una forma, superior del personaje de ficción.

No obstante, Thad pensaba que era difícil que Alan Pangborn no lo creyera, aunque se rehusara al principio. Thad mismo se, rehusaba, pero se daba cuenta de que no quedaba otra alternativa. Era, si perdonan la expresión, inexorablemente plausible.

—¿Por qué no— llama? —preguntó Liz, intranquila.

—Sólo han pasado diez minutos, nena.

—Casi diez.

Thad resistió la tentación de responderle, bruscamente que no se trataba de la última vuelta en un programa de concurso de la televisión, que a Alan no se le concederían puntos extras y premios valiosos por llamar antes de las nueve en punto.

Una parte de su mente continuaba insistiendo en afirmar que no había ningún Stark. La voz era racional, pero extrañamente ineficaz y daba la impresión de que no repetía esta diatriba por convicción, sino de memoria, como un loro entrenado para decir ¡Chico guapo! o ¡Polly quiere una galleta! Pero con todo, ¿acaso no era verdad? ¿Se suponía que debía creer que Stark había regresado de la tumba, como un monstruo en una película de horror? Ese sí sería un buen truco, puesto que el hombre —o no hombre— nunca había sido, enterrado y su única inscripción había sido una lápida de papel maché colocada en la superficie de un lote vacío en el cementerio, tan ficticia como el resto de él...

De cualquier modo, esto me lleva al último punto... o aspecto... o como diablos lo quieran llamar.. ¿Qué talla de zapatos usa, señor Beaumont?

Thad ha estado derrumbado en el sillón, absurdamente cercano a un estado de adormecimiento a pesar de todo. Ahora se incorporó tan repentinamente que casi derramó el té. Huellas de pies. Pangborn había mencionado algo acerca...

¿De qué huellas habla?

No importa. Ni siquiera tenemos fotos. Creo que hemos puesto todo sobre la mesa.

—¿Thad? ¿Qué pasa? —preguntó Liz.

¿Cuáles huellas? ¿Dónde? En Castle Rock, desde luego, o Alan no tendría por qué estar enterado. ¿Las habrían encontrado tal vez en el cementerio Homeland, donde la neurasténica dama fotógrafa tomó la foto que les pareció tan divertida a él y a Liz?

—Un tipo no muy agradable —musitó.

—¿Thad?

En eso, sonó el teléfono y ambos derramaron el té.

4

La mano de Thad se precipitó hacia el auricular... luego se detuvo por un momento, flotando sobre éste.

¿Y si es él?

Todavía no termino contigo, Thad. No quieras joderme, porque si te propones joderme, estás jodiendo con el mejor.

Obligó a su mano a descender, cerrarse alrededor del teléfono y llevarlo a su oído.

—¿Hola?

—¿Thad? —de repente, Thad se sintió desfallecer, como si su cuerpo hubiese estado sostenido con pequeños alambres rígidos que acababan de soltarse.

—Sí —dijo. La palabra salió silbante, en una especie de suspiro. Respiró de nuevo—. ¿Está bien Miriam?

—No lo sé —dijo Alan—. Le acabo de dar su dirección al departamento de policía de Nueva York. Pronto lo sabremos, aunque quiero advertirle que esta noche, cinco minutos o media hora, tal vez no les parecerá bastante pronto a su esposa y a usted.

—No. En efecto.

—¿Está bien ella? —preguntaba Liz, y Thad cubrió la bocina el lapso suficiente para decirle que aún no lo sabía Pangborn. Liz asintió y se recargó en el sillón, demasiado pálida aún, pero aparentemente más calmada y con más control que antes. Por lo menos, alguien se estaba ocupando del problema ahora, y ya no eran ellos los únicos responsables.

—También obtuvieron en la compañía telefónica la dirección del señor Cowley...

—¡Hey! no deben...

—Thad, no harán nada hasta que sepan en qué condiciones está la señora Cowley. Les dije que nos encontrábamos

con una situación en la cual un hombre mentalmente desequilibrado podría ir tras la persona o personas nombradas en el artículo de la revista People acerca del seudónimo Stark, y les expliqué la relación que tenían los Cowley con ustedes. Espero haberlo hecho bien. No sé mucho acerca de escritores y menos aun de sus representantes. Pero entienden que sería un error que el ex marido de la dama se apresurara al lugar antes de que llegaran ellos.

—Gracias. Gracias por todo, Alan.

—Thad, el departamento de policía de Nueva York está demasiado ocupado moviéndose con esto para querer o necesitar más explicaciones por el momento, pero las van a querer. Y yo también. ¿Quién cree que es este sujeto?

—Prefiero no decírselo por teléfono. Iría a verlo, Alan, pero no quisiera dejar solos a mi esposa y a mis hijos esta noche. Estoy seguro de que lo entiende. Tendrá que venir usted.

—No puedo ir —dijo Alan pacientemente—. Tengo mi propio trabajo y...

¿Está enferma su esposa, Alan?

—Parece que esta noche está bastante bien. Pero uno de mis lugartenientes se reportó enfermo y tengo que sustituirlo. Es un procedimiento habitual en los pueblos pequeños. Me estaba disponiendo a salir. Lo que digo es que ésta es una ocasión muy inoportuna para mostrarse reservado, Thad. Cuénteme todo.

Thad reflexionó. Sentía una extraña confianza en que Pangborn le creería cuando lo oyera. Pero no por teléfono.

—¿Podría venir mañana?

—Tendremos que reunirnos mañana, sin duda —dijo Alan. Su voz era tranquila y firmemente insistente a la vez—. Pero lo que usted sabe esta noche lo necesito. El hecho de que la policía de Nueva York vaya a querer una explicación es secundario, en lo que a mí me concierne. Yo tengo mis propios problemas. Aquí en el pueblo hay un buen número de personas que quiere ver arrestado al asesino de Homer Gamache, pronto. Da la casualidad que yo soy una de ellas. Así que no me obligue a preguntárselo de nuevo. No es tan tarde para que yo no pueda llamar por teléfono al fiscal de distrito del condado de Penobscot y pedirle que lo arreste como testigo material en un caso de asesinato en el condado de Castle. La policía estatal ya le informó que usted es un sospechoso, coartada o no coartada.

—¿Haría eso? —preguntó Thad, confundido y fascinado..

—Lo haría si usted me obliga, pero espero que no sea así.

La mente de Thad: pareció aclararse; aparentemente sus pensamientos se dirigían a un punto determinado. ¿De hecho significaría alguna diferencia para Pangborn, o el departamento de policía de Nueva York, el que el hombre que buscaban fuese un psicópata convencido de que era Stark, o fuera Stark mismo...? Creía que no, igual que no pensaba que lo fueran a aprehender de cualquier forma.

—Estoy completamente seguro, de que es un psicópata, como lo sugirió mi esposa —le dijo a Alan por fin.. Miró fijamente a los ojos de Liz, tratando de enviarle un mensaje. Y debió trasmitirle algo, porque ella asintió ligeramente—. Tiene un cierto sentido, aunque un tanto extraño.. ¿Recuerda, que mencionó unas huellas de pasos?

—Sí.

—¿Las encontraron en Hoeland, verdad? —al, otro lado, de la habitación, los ojos de Liz se ensancharon.

—¿Cómo; supo eso? —por primera, vez, Alan se oía confundido—. Yo no se lo dije:

—¿Ya leyó el, artículo? ¿El de People?

—Sí.

—Ahí es donde la mujer colocó la lápida falsa. Ahí es donde se enterró a George Stark.

Silencio en el otro extremo. Enseguida: —¡Mierda!

—¿Me entiende?

—Creo que sí —dijo Alan—. Si este sujeto piensa que él es Stark, y está demente, la idea de que empiece desde la tumba de Stark tiene cierto sentido, ¿no es cierto? ¿La fotógrafa vive en Nueva York?

Thad se sobresaltó.

—Sí.

—¿Entonces, también ella podría estar en peligro?

—Sí, yo ... , bueno, nunca pensé en eso, pero supongo que sí.

—¿Nombre? ¿Dirección?

—No tengo su dirección —recordaba que ella le había dado su tarjeta de negocios, probablemente con la esperanza de que Thad colaborara en el libro que le había mencionado, pero él la había tirado. Mierda. Todo lo que le podía dar a Alan era el nombre—. Phyllis Myers.

—¡Y el sujeto que realmente escribió el artículo?

—Mike Donaldson.

—¿En Nueva York, también?

Thad, de repente, se dio cuenta de que no lo sabía, no con seguridad, y recapituló un poco.

—Bueno, me imagino que sólo supuse que ambos eran...

—Es una suposición bastante razonable. Si las oficinas de la revista se ubican en Nueva York, es lógico que ellos vivan cerca, ¿no es verdad?

—Tal vez, pero si uno, o ambos, trabaja por su cuenta...

—Volvamos a la escena de la foto. El cementerio no se identificaba específicamente como Homeland ni en el pie de la foto, ni en el texto del artículo. Estoy seguro de eso. Debí haberlo reconocido por el entorno, pero me concentré en los detalles.

—No —dijo Thad—. Creo que no.

—Es indudable que el primer administrador municipal, Dan Keeton, debe haber insistido en que no se identificara a Homeland, como condición inapelable. Es un tipo muy cauteloso. Un tanto fastidioso, en realidad. Me lo imagino concediéndoles el permiso para tomar las fotos, pero creo que habría prohibido una identificación específica del cementerio para evitar el vandalismo... personas que buscasen la lápida y todo eso.

Thad asentía. Sonaba razonable.

—Por tanto, su psicópata lo conoce a usted, o es de aquí—prosiguió Thad.

Thad había hecho una presunción de la cual, ahora, estaba profundamente avergonzado: que el sheriff de un pequeño condado de Maine, donde había más árboles que habitantes, tenía que ser un zopenco. Este no era ningún zopenco. Desde luego, le sacaba una gran ventaja a Thaddeus Beaumont, ese campeonucho mundial novelista.

—Tenemos que suponer eso, al menos por el momento, puesto que parece que contaba con información reservada.

—Entonces, las huellas que mencionó estaban en Homeland. —Claro que estaban —dijo Pangborn casi distraídamente—. ¿Qué está ocultando, Thad?

—¿,Qué quiere decir? —preguntó cautelosamente.

—No nos hagamos tontos. Debo informar a Nueva York acerca de estos dos nombres más, y usted se tiene que poner la gorra para pensar y ver si hay más nombres que debo saber. Editoriales... correctores... no sé. Mientras tanto, usted me dice que el hombre que buscamos realmente piensa que es George Stark. El sábado en la noche estuvimos trabajando sobre eso, conjeturando, y ahora me sale con que es un hecho inobjetable. Además, para apoyarse, me lanza las huellas de los pies. O ha realizado un vertiginoso malabarismo de deducción basado en los hechos que ambos conocemos, o sabe algo que yo ignoro. Naturalmente, me gusta más la segunda alternativa. Así que suelte todo lo que tenga.

Pero ¿qué tenía? ¿Trances de disociación mental que se anunciaban con miles de gorriones que piaban al unísono? ¿Palabras que podría haber garabateado en un manuscrito antes de que Atan Pangborn le dijera que esas mismas palabras se habían escrito en la pared de la sala del apartamento de Frederick Clawson? ¿Más palabras anotadas en un papel que había hecho tiras y botado en el incinerador del edificio de literatura-matemáticas? ¿Sueños en los que un terrible hombre invisible lo conducía a través de su casa en Castle Rock y todo lo que tocaba, incluyendo a su propia esposa, se autodestruía? Lo que creo, lo podría calificar como un hecho del corazón en vez de una intuición de la mente, pensó, pero aun así, no hay prueba, ¿o la hay? Las huellas dactilares y la saliva sugerían algo muy extraño, ¡seguro!, ¿pero tan extraño?

Thad no lo creía.

—Alan —dijo lentamente—, se va a reír. No, retiro lo dicho, ahora lo conozco mejor para decir eso. No se reirá, pero dudo mucho que me crea. He estado dándole vueltas a esto, y siempre obtengo el mismo resultado: realmente pienso que no me creería.

La voz de Alan regresó de inmediato, urgente, imperativa, difícil de resistir.

—Póngame a prueba.

Thad titubeó, miró a Liz y movió la cabeza.

—Mañana, cuando podamos vernos cara a cara. Entonces lo haré. Por esta noche, tendrá que aceptar mi palabra de que no es importante, que le he dicho todo lo de valor práctico que puedo decirle.

—Thad, lo que mencioné acerca de detenerlo como testigo material...

—Si no hay otra alternativa, hágalo. Por mi parte, no habrá resentimiento. Pero hasta que lo vea, no iré más adelante del punto a que he llegado ahora, independientemente de lo que usted decida.

Silencio en el extremo de Pangborn. Después, un suspiro.

—Está bien.

—Quiero darle una descripción improvisada del hombre que está buscando la policía. No estoy totalmente seguro de que sea la correcta, pero creo que es muy aproximada. De cualquier modo, lo bastante aproximada para dársela a los polizontes de Nueva York. ¿Tiene un lápiz?

—Sí. Démela.

Thad cerró los ojos que Dios le había puesto en el rostro y abrió el que Dios puso en su mente, el ojo que persistía en ver incluso las cosas que él rehusaba mirar. Cuando lo conocían por primera vez las personas que habían leído sus libros, invariablemente se decepcionaban. Era algo que trataban de ocultarle y no podían. No les guardaba rencor, porque comprendía cómo se sentían... al menos, un poco. Si les gustaba su trabajo (y algunas hasta afirmaban que les encantaba), lo imaginaban de antemano como alguien que era primo hermano de Dios. Y en vez de un Dios, veían a un tipo que medía 1.85 m, usaba lentes, empezaba a perder el cabello y tenía la costumbre de tropezarse con las cosas. Veían a un hombre cuyo cuero cabelludo era un tanto escamoso y cuya nariz tenía dos orificios, lo mismo que las propias.

Lo que no podían ver era ese tercer ojo dentro de su cabeza. Ese ojo brillando en su mitad siniestra, el lado que permanecía constantemente a la sombra... ése era como un Dios, y Thad se alegraba de que no lo vieran. Si lo viesen, pensaba, muchos de ellos tratarían de hurtarlo. Sí, aunque eso significara extraerlo de su carne con un cuchillo romo.

Con la mirada en la oscuridad, convocó su imagen privada de George Stark —el verdadero George Stark, quien no se parecía nada al modelo que había posado para la foto en la cubierta de los libros. Buscó al hombre que había crecido silenciosamente durante los años, lo encontró y empezó a mostrárselo a Alan Pangborn.

—Es bastante alto —comenzó—. Más alto que yo, de cualquier modo. Alrededor de 1.87, tal vez 1.90, con botas. Cabello rubio, corto y pulcro. Ojos azules. Su visión de lejos es excelente. Hace aproximadamente cinco años, empezó

a usar lentes para trabajar de cerca. Sobre todo, para leer y escribir.

—La razón por la que resulta llamativo no es la altura, sino su corpulencia. No es obeso, pero extremadamente ancho. La ,talla del cuello puede ser dieciocho y medio, o tal vez diecinueve. Tiene mi edad, Alan, pero no se está marchitando como yo empiezo a hacerlo, no está engordando. Es fuerte. Se ve como Schwarzenegger ahora que ha disminuido un poco su musculatura. Hace ejercicio con pesas. Puede hinchar un bíceps lo suficiente para saltar la costura de la manga en la camisa, pero no está cubierto can músculos.

—Nació en Nueva Hampshire, pero después del divorcio de sus padres, se fue con su madre a vivir a Oxford, Mississippi, donde ella se había criado. La mayor parte de su vida la ha vivido ahí. Cuando era más joven, tenía un acento sureño tan marcado que se le oía como si viniera de Dogpatch. En la universidad, mucha gente se burlaba de ese acento no en su cara, por supuesto, nunca se burla uno de un tipo como éste en su cara, y trabajó afanosamente para librarse de él. Ahora pienso que cuando se enoja, es la única ;ocasión en que es posible que brote de nuevo. Y creo que las personas que lo hacen enojar, no siempre están disponibles para testificar después. Es de muy pocas pulgas. Es violento. Es peligroso. De hecho, es un psicópata practicante.

—Que... —comenzó Pangborn, pero Thad lo interrumpió.

—Está profundamente bronceado, y como los rubios generalmente no se broncean bien, éste podría ser un buen punto de identificación. Pies grandes, manos grandes, cuello grueso, hombros anchos. Su rostro se ve como si alguien con talento, pero con prisa, lo hubiese cincelado en roca dura.

—Punto final: es posible que conduzca un Toronado negro. No sé de qué año. Uno de esos antiguos con un motor de gran potencia, como sea. Negro. La matrícula podría ser de Mississippi, pero es probable que la haya cambiado —se detuvo, y después añadió

— Ah, en la defensa trasera lleva un engomado. Dice FABULOSO HIJO DE PERRA.

Abrió los ojos.

Liz tenía la vista clavada en él.

Hubo una larga pausa en el otro extremo de la línea.

—¡Alan? ¿Estás...?

—Un segundo. Estoy escribiendo —hubo otra pausa, —más corta—. Bien —dijo al fin—. Ya lo tengo.¡ Me puede decir todo esto, pero no quién es el sujeto, o su relación con él, o cómo lo conoce?

—No sé, pero trataré. Mañana. De todas formas, su nombre no ayudará a nadie esta noche, porque está usando otro.

—George Stark.

—Bueno, es factible que esté tan loco como para llamarse a sí mismo Alexis Machine, pero lo dudo. Creo que es Stark, sí trató de guiñarle un ojo a Liz. No pensaba que un guiño, o cualquier otra cosa, pudiese suavizar el ambiente, pero de todos modos lo intentó. Sólo logró pestañear ambos ojos, como un búho somnoliento.

—¿No hay forma de persuadirlo de que sigamos hablando esta noche?

—No. No la hay. Lo siento, no hay forma.

—Está bien, le volveré a llamar tan pronto como pueda —y cortó la comunicación, así nada más, ni gracias, ni adiós. Aunque pensándolo bien, Thad supuso que no se merecía nada.

Colgó el auricular y se acercó a su esposa, quien permanecía sentada, mirándolo, como sise hubiese convertido en una estatua. Thad le tomó las manos —estaban muy frías— y dijo:

—Todo saldrá bien, Liz. Te lo prometo.

—¿Le hablarás de los trances cuando lo veas mañana? ¿Él sonido de los pájaros? ¿Como los escuchabas cuando eras niño y lo que significó entonces? ¿Las cosas que escribiste?

—Le voy a decir todo —dijo Thad—Lo que él elija comunicar a las otras autoridades... —encogió los hombros, es cosa suya.

—Tanto —dijo con una vocecita sin fuerza. Sus ojos seguían fijos en Thad, parecía que les era imposible alejarse—. Sabes tanto acerca de él, Thad... ¿Cómo?

Sólo acertó a arrodillarse frente a ella, estrechando sus manos frías. ¿Cómo podía él saber tanto? La gente lo decía de diferentes formas. ¿Cómo hiciste eso? ¿Cómo lo pusiste en palabras? ¿Cómo recuerdas eso? ¿Cómo viste eso? Y siempre se resolvía en lo mismo: ¿cómo lo sabías?

Ignoraba cómo lo sabía.

Sencillamente, lo sabía.

—Tanto —repitió Liz, y habló en el tono de una persona que está dormida y la atormenta un sueño consternante. Después, ambos quedaron en silencio. Thad temía que los gemelos sintieran la alteración de sus padres, se despertaran y empezaran a llorar, pero sólo se escuchaba el constante tic—tac del reloj. Adoptó una postura más cómoda en el piso junto al sillón de Liz, y siguió sosteniendo sus manos, esperando que pudiese darles calor. Quince minutos después, cuando sonó el teléfono, seguían frías.

5

Alan Pangborn fue categórico y afirmativo. Rick Cowley estaba a salvo en su apartamento y bajo protección policiaca. Pronto iría a ver a su ex esposa, quien ahora sería su ex esposa para siempre; nunca sucedería la reconciliación de la que ambos habían hablado de vez en cuando y con anhelo considerable. Miriam estaba muerta.

Rick haría la identificación formal en la morgue del municipio de Manhattan en la Primera Avenida. Thad no debía esperar una llamada de Rick esta noche, o intentar llamarlo; la relación de Thad con el asesinato de Miriam Cowley se le había ocultado a Rick, "pendiente de los acontecimientos subsiguientes". Se había localizado a Phyllis Myers y también estaba bajo protección de la policía. Michael Donaldson estaba resultando una nuez más dura de roer, pero esperaban localizarlo y cubrirlo para media noche.

—¿Cómo murió? —preguntó Thad, aunque conocía perfectamente bien la respuesta. Pero algunas veces uno tenía que preguntar. Sólo Dios sabía la razón.

—Le cortaron la garganta —dijo Alan, con lo que Thad sospechó que era una brutalidad intencional. Un momento después, insistió ¿Aún está seguro de que no hay nada que quiera decirme ahora? —En la mañana. Cuando podamos mirarnos frente a frente. —Está bien. El preguntar nunca perjudica. —No. No perjudica.

—La policía de la ciudad de Nueva York, emitió un boletín de alerta a todos los puntos por un hombre llamado George Stark, con la descripción que usted proporcionó.

—Bien —y suponía que estaba bien, aunque también sabía que era probable que no tuviera caso. Si Stark no lo quería, era casi seguro que no lo encontraran, y si alguien lo hacía, Thad pensaba que esa persona lamentaría haberlo hecho.

—A las nueve en punto —dijo Pangborn—. Asegúrese de estar en casa, Thad.

—Cuente con ello.

6

Liz tomó un tranquilizante y se quedó dormida finalmente. Thad flotaba a la deriva en un adormecimiento irregular, y a las tres y cuarto se levantó para ir al baño. Mientras estaba en el baño, orinando en el inodoro, pensó que escuchaba los gorriones. Se puso tenso, escuchando, y de inmediato el flujo de líquido cesó. El sonido ni crecía, ni disminuía, y después de unos cuantos minutos se dio cuenta de que sólo eran grillos.

Se asomó a la ventana y vio que una patrulla de la policía estatal estaba estacionada al otro lado de la carretera, oscura y silenciosa. Habría pensado que no había nadie en ella si no hubiese visto el guiño vacilante de una chispa de un cigarrillo. Aparentemente, él, Liz y los gemelos también estaban bajo protección de la policía.

O bajo custodia de la policía, pensó y volvió a la cama.

Lo que fuese, no contribuía a su paz mental. Se durmió y despertó a las ocho, sin recuerdos de pesadillas. Pero, desde luego, la pesadilla real todavía estaba ahí fuera. En alguna parte.

XIV
Relleno de inmundicia

1

El sujeto con el estúpido bigotito de cepillo era bastante más rápido de lo, que suponía Stark.

Había esperado a Michael Donaldson en el vestíbulo del noveno piso del edificio donde vivía, acechándolo en el rincón más cercano a la puerta de su apartamento. Todo habría resultado mucho más fácil si Stark hubiese podido entrar antes al apartamento, como lo había hecho con la golfa, pero con un solo, vistazo se convenció de que estas cerraduras, al contrario de las de ella, no las había instalado Juanito Ganzúa. De todos modos, tenía que salir bien. Ya era tarde, y seguramente, todos los conejos estaban profundamente dormidos y soñando . con tréboles en sus madrigueras. Donaldson mismo vendría lento y un tanto ebrio; cuando se llega a casa faltando quince minutos para la una de la madrugada, nunca se viene de la biblioteca pública.

Donaldson, en efecto, se veía un poco ebrio, pera de ninguna manera lento..

Cuando Stark, salió, del rincón lanzándole a Donaldson un tajo coa la navaja, mientras éste jugueteaba y se entretenía con el llavero, esperaba cegarlo rápida y eficazmente. Luego, antes de que pudiese siquiera pensar en dar un grita, le abriría la garganta, cortándole la cañería al misma tiempo que las cuerdas vocales.

Stark no pretendía moverse en silencio. Quería que Donaldson lo oyese, quería que Donaldson volviera el rostro hacia él. Así sería más fácil.

Al principio, Donaldson hizo lo que se suponía que debía hacer. Stark descargó la navaja hacia rostro, con un movimiento corto y feroz. Pero Donaldson logró esquivarla un poco, no mucho; pero sí demasiado para los propósitos de Stark. En vez de llegarle a los ojos, la navaja penetró en la frente hasta el hueso. Sobre las cejas de Donaldson se enroscó un colgajo de piel, como una tira suelta de papel tapiz.

—¡Auxilio! —berreó Donaldson con una voz estrangulada semejante a la de un carnero; y ahí se te fue el juego sin anotación. Mierda.

Stark se acercó, sosteniendo la navaja frente a sus propios ojos, con la hoja en una posición ligeramente ascendente, como un matador saludando al toro antes de la primera corrida. Bien; no siempre salían todas las cosas de acuerdo a las reglas de Hoyle.* No había cegado al soplón, pero de la cortada en la frente parecían salir litros de sangre, y lo poco que Donaldson pudiese ver sería a través de una pegajosa neblina roja.

Tiró otro navajazo a la garganta de Donaldson y el bastardo retrocedió la cabeza casi con la misma rapidez que una serpiente replegándose después de un ataque, una velocidad sorprendente, y Stark sintió cierta admiración por el hombre, a pesar del ridículo bigote que adornaba su labio superior.

La hoja cortó el aire a un centímetro de la garganta de Donaldson y éste gritó, pidiendo auxilio de nuevo. Los conejos, que nunca duermen profundamente en esta ciudad, la agusanada Gran Manzana, estarían a punto de despertarse. Stark invirtió la dirección y movió la navaja hacia atrás, poniéndose de puntas al mismo tiempo que lanzaba el cuerpo hacia adelante. Era un movimiento de ballet, lleno de gracia, y debió haber sido el último. Pero Donaldson, en alguna forma, consiguió levantar una mano frente a la garganta; en vez de matarlo, Stark sólo le administró una serie de heridas largas y poco profundas, de las que los patólogos de la policía calificarían como cortes de defensa. Donaldson giró la palma de la mano hacia afuera y la navaja pasó a través de la base de los cuatro dedos. En el tercer dedo llevaba un pesado anillo de graduación que lo salvó de las heridas. Al correr la hoja por el anillo, despidió un sonido metálico, ríspido y casi imperceptible —¡brinnk!— y dejó una cicatriz diminuta en la aleación de oro. La navaja cortó profundamente los otros tres dedos, resbalándose en la carne con la misma facilidad que un cuchillo caliente en mantequilla. Al seccionarse los tendones, los dedos se desplomaron súbitamente hacia adelante, como marionetas adormecidas, dejando únicamente erguido el dedo anular. Como si en su confusión y horror Donaldson hubiera olvidado cuál era el dedo que se levantaba para hacer un gesto obsceno.

Esta vez, cuando Donaldson abrió la boca, literalmente aulló, y Stark supo que sería imposible evitar que se oyera o percibiera este trabajo. Había tenido grandes expectativas de hacerlo rápidamente y en silencio, puesto que no era necesario mantener vivo a Donaldson el tiempo suficiente para que hiciera una llamada telefónica, pero sencillamente no estaba ocurriendo así. Aunque tampoco tenía la intención de dejarlo vivo. Una vez que se inicia un trabajo de esta naturaleza, no se abandona hasta liquidarlo, o uno es el liquidado.

Stark avanzó. Para entonces, se habían movido por el corredor hasta llegar casi a la puerta del apartamento siguiente. Stark sacudió despreocupadamente la navaja hacia los lados para limpiar la hoja. En la pared color crema se esparció una fina rociadura de gotitas de sangre.

A corta distancia, se abrió una puerta en el corredor y un hombre con una pijama azul y el cabello alborotado por la almohada, asomó la cabeza y los hombros.

—¿Qué está pasando? —gritó en una voz áspera que proclamaba que le tenía sin cuidado si era el mismo Papa de Roma quien estaba ahí fuera; la fiesta debía terminar.

—Asesinato —dijo Stark en tono casual, y por sólo un momento sus ojos se desplazaron del hombre ensangrentado, aullante frente a él, al hombre en el umbral.

* *Enciclopedia de reglas de juego. (N. de la T)*

Más tarde, este hombre le diría a la policía que los ojos del intruso eran azules. Azul brillante. Y completamente dementes.

—¿Quiere un poco? —agregó Stark sarcástico.

La puerta se cerró con tal celeridad que se diría que nunca se había abierto.

A pesar de lo aterrorizado que debía estar, a pesar de lo herido que indudablemente estaba, cuando Stark desvió la mirada, aunque la desviación sólo fue momentánea, Donaldson vio una oportunidad. Y la aprovechó. Realmente era veloz el pequeño bastardo. La admiración de Stark iba en aumento. La velocidad y el sentido de autoconservación de la presa, casi superaban el jodido fastidio en que se estaba convirtiendo.

Si hubiese saltado hacia adelante y forcejeado con Stark, podría haber ascendido de la etapa de fastidioso a algo parecido a un verdadero problema. En cambio, Donaldson se dio vuelta para huir.

Perfectamente comprensible, pero fue un error.

Stark corrió tras él, los grandes, zapatos susurrando sobre la alfombra y lanzó un navajazo al cuello del hombre, confiado en que por fin acabaría con esto.

Pero en el instante previo a que la navaja diera en el blanco, Donaldson sacudió la cabeza hacia abajo y en alguna forma la esquivó, como una tortuga al meterse en su caparazón. Stark empezaba a creer que Donaldson era telepático. Esta vez, lo que pretendía ser el tiro de gracia simplemente rebanó el cuero cabelludo sobre la protuberancia ósea en la parte posterior del cuello. Fue sangriento, pero de ningún modo fatal. Esto era irritante, enloquecedor... y se aproximaba al género de lo ridículo.

Donaldson corrió dando tumbos por el vestíbulo, virando de un lado a otro, algunas veces, rebotando en las paredes como la pequeña pelota en las máquinas tragamonedas, cuando pega en uno de los postes iluminados que le dan al jugador 100 mil puntos, o un juego gratis, o alguna otra jodida cosa. Seguía gritando mientras avanzaba tambaleante por el vestíbulo. Derramaba sangre sobre la alfombra mientras avanzaba tambaleante por el vestíbulo. Dejaba la ocasional huella de una mano ensangrentada para señalar su progreso mientras avanzaba tambaleante por el vestíbulo. Pero aún no estaba moribundo mientras avanzaba tambaleante por el vestíbulo.

No se abrió ninguna otra puerta, pero Stark sabía que en ese preciso momento, por lo menos en media docena de apartamentos, media docena de dedos estaban marcando (o habían marcado ya) el 911 en media docena de teléfonos.

Donaldson prosiguió dando traspiés, hacia los ascensores.

Sin enojarse o atemorizarse, sólo terriblemente exasperado, Stark lo siguió a grandes zancadas. De repente; vociferó.

—¡Oh, por qué no dejas de hacer eso y te comportas!

El grito de auxilio de Donaldson se convirtió en un chillido emocionado. Trató de mirar a su alrededor. Los pies se le enredaron y cayó boca abajo a tres metros de donde se abría el corredor en el pequeño acceso a los ascensores. A la larga, había descubierto Stark, hasta en el más diestro de los sujetos se agotan las ideas felices, si lo corta lo suficiente.

Donaldson se puso de rodillas. Aparentemente, trataba de gatear hasta el acceso al ascensor ahora que sus pies lo habían traicionado. Con los restos sangrantes de su rostro, miró a su alrededor para ver dónde estaba su atacante, y Stark descargó una patada al caballete empapado en rojo de la nariz. Llevaba mocasines cafés, y pateó al maldito pelmazo lo más fuerte que pudo, las manos a los lados y ligeramente inclinado hacia atrás para conservar el equilibrio, el pie izquierdo haciendo contacto y levantándose después en un arco tan alto como su propia frente. A cualquiera que hubiese presenciado un partido de fútbol, esto inevitablemente le habría recordado una patada muy buena y certera.

La cabeza de Donaldson salió despedida hacia atrás, se estrelló en la pared con la suficiente fuerza para hundir el yeso, dejando en el sitio una marca de tazón poco profundo, y rebotó.

—Por fin te gasté la batería, ¿verdad? —murmuró Stark, y escuchó que se habría una puerta detrás de él. Se dio vuelta y vio a una mujer con el cabello oscuro alborotado y enormes ojos negros que se asomaba desde la puerta de un apartamento, y miraba casi hasta todo el vestíbulo.

—¡Métete, perra! —le gritó. La puerta se cerró como si tuviera resorte.

Se agachó, agarró el cabello pegajoso y horripilante de Donaldson, tiró hacia atrás de su cabeza, y le cortó la garganta. Pensaba que probablemente Donaldson había muerto aun antes de que su cabeza pegara contra la pared, y casi seguramente después, pero era mejor asegurarse. Y además, cuando empiezas cortando, terminas cortando.

Retrocedió rápidamente, pero la garganta de Donaldson no borboteó como la de la mujer. Su bomba había dejado de funcionar o estaba a punto de detenerse. Stark caminó con celeridad hacia el ascensor, al mismo tiempo que doblaba la navaja y la guardaba en el bolsillo.

Un ascensor que subía vibró suavemente.

Podría ser un inquilino; la una de la madrugada no era una hora inusitada para llegar a casa en la gran ciudad, incluso en la noche de un lunes. De todos modos, Stark se movió con prontitud hacia el gran macetón con plantas que ocupaba el rincón del acceso a los ascensores, junto con un cuadro anodino absolutamente inútil. Se colocó detrás de la planta. Todo su radar zumbaba fuertemente. Podía ser alguien que regresara de una juerga de fiebre de discoteca continuando el fin de semana, o de los resultados embriagantes de una cena de negocios, pero no creía que se tratara de ninguno de los dos casos. Creía que podía ser la policía. De hecho, lo sabía.

¿Una patrulla que por casualidad se encontraba en el vecindario del edificio, cuando uno de los residentes telefoneó para avisar que se estaba cometiendo un asesinato en el vestíbulo? Posiblemente, pero Stark lo dudaba. Lo más probable era que Beaumont hubiese puesto el grito en el cielo, hubieran encontrado a la hermanita, y lo que llegaba fuese la protección policiaca para Donaldson. Más vale tarde que nunca.

Se deslizó hacia abajo con la espalda contra la pared; la chaqueta deportiva manchada de sangre que llevaba produjo

un ronco sonido susurrante. No se ocultó, sino más bien se sumergió, como un submarino cuando desciende a profundidad de periscopio, y el encubrimiento que ofrecía el macetón era mínimo, en el mejor de los casos. Si miraban a su alrededor, lo verían de inmediato. Sin embargo, Stark apostaba a que su atención se clavaría en el objeto A, ahí, a la mitad del pasillo. Por lo menos durante unos momentos, y eso sería suficiente.

Las hojas de la planta entrelazadas, anchas, imprimían sombras dentadas en su rostro. Stark miró entre ellas, como un tigre de ojos azules.

Se abrieron las puertas del ascensor. Se escuchó una exclamación apagada, santo esto o lo otro, y dos polizontes uniformados echaron a correr hacia el cadáver. Los siguió un sujeto negro con un par de pantalones de mezclilla muy ajustados y zapatos deportivos, estrafalarios y viejos, con cierre Velcro. El sujeto negro también llevaba una camiseta con las mangas cortadas. En el frente tenía impreso PROPIEDAD DE LOS YANQUIS DE N.Y. También llevaba un par de gafas curvas, como de padrote, y si no se trataba de un detective, Stark era George de la selva. Cuando actuaban como policías secretos, siempre exageraban la nota... y luego se comportaban muy cohibidos. Como si supieran que se pasaban de la raya, sin poder evitarlo, sencillamente. De modo que ésta era —o tenía la intención de ser— la protección para Donaldson. En una patrulla que pasara por casualidad, no iría un detective. Esto sería demasiado fortuito. Este tipo venía junto con los guardianes de la puerta para interrogar a Donaldson primero y, luego, no despegarse de él.

Lo siento, amigos, pensó Stark. Creo que terminaron los días parlantes de este bebé.

Se puso de pie y caminó alrededor de la planta. No murmuró ni una sola hoja. Sus pies no hacían el menor ruido en la alfombra. Pasó a menos de un metro por detrás del detective, quien estaba inclinado, sacando una 32 de una funda en la espinilla. Si lo hubiese querido, Stark podía haberle dado una buena patada en el trasero.

Se deslizó a la caja abierta del ascensor en el último momento previo a que la puerta se empezara a cerrar. Uno de los policías detectó un parpadeo de movimiento —tal vez la puerta, tal vez Stark mismo, y en realidad no importaba— con el rabillo del ojo, y levantó la cabeza que tenía inclinada sobre el cuerpo de Donaldson.

—Hey...

Stark alzó una mano y agitó solemnemente los dedos hacia el polizonte. Hasta luego. Enseguida, la puerta bloqueó la escena en el corredor.

El vestíbulo al nivel de la calle estaba desierto, excepto por el portero, quien yacía en estado de coma debajo de su escritorio. Stark salió, dio vuelta a la esquina, se metió en un automóvil robado y se alejó.

2

Phyllis Myers vivía en uno de los nuevos edificios de apartamentos en la parte oeste de Manhattan. Su protección policiaca (acompañada por un detective que llevaba pantalones Nike para correr, una sudadera de los Isleños de Nueva York sin mangas y gafas curvas de padrote, había llegado a las diez y media del 6 de junio para encontrarla echando pestes por una cita frustrada. Al principio, estaba malhumorada, pero se animó considerablemente cuando se enteró de que alguien, que se creía George Stark, podía estar interesado en asesinarla. Respondió a las preguntas del detective acerca de la entrevista de Thad Beaumont —a la cual ella se refería como la sesión Thad Beaumont— mientras cargaba tres cámaras con película nueva y manipulaba nerviosamente cerca de dos docenas de lentes. Cuando el detective le preguntó qué estaba haciendo, ella guiñó un ojo y respondió:

—Yo creo en el lema de los chicos exploradores: ¿quién sabe?, algo realmente podría pasar.

Después de la entrevista, fuera de la puerta de su apartamento, uno de los uniformados le preguntó al detective:

—¿De verdad es ella?

—Claro —dijo el detective—. Su problema es que no cree que haya otra cosa. Para ella, todo el mundo no es más que una fotografía esperando ser tomada. Lo que tienes ahí, es una perra tonta que piensa que siempre va a estar en el lado correcto del lente.

Ahora, a las tres treinta de la madrugada del 7 de junio, ya hacía bastante tiempo que se había marchado el detective. Alrededor de un par de horas antes, los dos hombres asignados para proteger a Phyllis Myers habían recibido la noticia del asesinato de Donaldson a través de las radios de policía sujetas a sus cinturones. Se les advirtió que fuesen extremadamente cautelosos y estuviesen muy alertas, pues el psicópata con el que estaban tratando había demostrado ser extremadamente sanguinario y sagaz.

—Cauteloso es mi segundo nombre —dijo el polizonte número 1. —Qué coincidencia —dijo el polizonte número 2—. El mío es Extremadamente.

Durante más de un año habían trabajado en pareja y congeniaban bien. Ahora se sonrieron el uno al otro, y ¿por qué no? Eran dos elementos uniformados, armados, de lo mejor de la agusanada Gran Manzana, de pie en un vestíbulo bien iluminado y con aire acondicionado, en el vigesimosexto piso de un edificio de apartamentos nuevo o tal vez fuera un condo, ¿quién jodidos sabía? Cuando los oficiales Cauteloso y Extremadamente eran niños, un condo era algo que usaba un sujeto con defectos en el habla, al filo de su no sé qué cosa. Nadie se iba a deslizar entre ellos, o a saltar del techo sobre ellos, ni los regaría con una Uzi mágica que nunca se atascaba o se quedaba sin municiones. Esto era la vida real, no una novela sobre el Precinto 87 o una película de Rambo. Y esta noche, la vida real consistía en un servicio especial, endiabladamente más tranquilo que dar vueltas en la patrulla, interrumpiendo peleas en los bares hasta que éstos cerraban, para después seguir interrumpiéndolas, hasta la primera luz del amanecer, por reducidos sótanos asquerosos, en donde esposas y maridos ebrios coincidían en discutir. En las noches calientes de la ciudad, la

vida real debería consistir siempre en ser Cauteloso y Extremadamente en un vestíbulo con aire acondicionado. O así lo creían ellos firmemente.

Sus pensamientos habían progresado hasta este punto cuando se abrió la puerta del ascensor y un hombre ciego, herido, salió tambaleante de la caja hacia el vestíbulo.

Era alto, con hombros muy anchos. Parecía de cuarenta años más o menos. Llevaba una chaqueta deportiva rota y unos pantalones que no armonizaban con la chaqueta, pero al menos, la complementaban, o eso parecía, de cualquier forma. El primer polizonte, Cauteloso, tuvo tiempo para pensar que la persona vidente que elegía la ropa del ciego debía tener muy buen gusto. El hombre ciego también llevaba grandes gafas oscuras, ladeadas sobre la nariz porque se había desprendido uno de los arcos. Ni con la imaginación más fértil parecerían gafas curvas de padrote. Se parecían, más bien, a las gafas para el sol que llevaba Claude Reins en El Hombre Invisible.

El ciego extendía ambas manos frente a él. La izquierda, vacía, sólo se agitaba sin ningún propósito. En la derecha apretaba un sucio bastón blanco, con una empuñadura de goma de bicicleta en un extremo. Ambas manos estaban cubiertas con sangre seca. En la chaqueta y camisa del ciego, había manchas granates de sangre media seca. Si los dos polizontes asignados para proteger a Phyllis Myers hubiesen sido en realidad Extremadamente Cautelosos, todo el cuadro les habría parecido extraño. El ciego aullaba acerca de algo que, por lo visto, acababa de pasar, y por su apariencia era obvio que algo le había pasado, y no muy agradable por cierto; pero la sangre en la piel y ropas ya tenía un tono parduzco. Esto sugería que ya hacía algún tiempo que se había derramado, algo que dos oficiales profundamente comprometidos con el concepto de cautela extrema debieron haber considerado un poquitín insólito. Incluso debió haber izado una bandera roja en las mentes de los oficiales.

Aunque probablemente no. Las cosas sucedieron con demasiada celeridad, y cuando las cosas suceden con un gran apresuramiento, ya no es importante si eres extremadamente cauteloso o extremadamente temerario. No resta más que seguir la corriente.

En un momento, estaban de pie junto a la puerta de la Myers, felices como niños en un día que se cancelan las clases porque se descompuso la caldera; al siguiente, este ciego estaba frente a ellos, agitando un sucio bastón blanco. No hubo tiempo de pensar, y menos aún, deducir.

—¡Poliiicía! —gritaba el hombre antes de que se abrieran por completo las puertas del ascensor—. ¡El portero dice que la policía está en el veintiséis! ¡Policía! ¿Están aquí

Ahora trastabillaba por el corredor, oscilando el bastón de un lado a otro, y ¡wok! golpeó la pared a su izquierda, y ¡swish! retrocedió, y ¡wok! la pared a su derecha, y cualquiera que no estuviese despierto en ese piso, pronto lo estaría.

Extremadamente y Cauteloso avanzaron sin intercambiar una sola mirada.

—¡Poliiicía! ¡Po...!

—¡Señor! —bramó Extremadamente—. ¡Deténgase! ¡Se va a caer...!

El ciego giró la cabeza en dirección a la voz de Extremadamente, pero no se detuvo. Se precipitó hacia adelante, agitando la mano vacía y el sucio bastón blanco, viéndose un poco como Leonard Bernstein tratando de dirigir a la filarmónica de Nueva York después de haber fumado un frasco o dos de "crack".

—¡Poliiicía! ¡Mataron a mi perra! ¡Mataron a Daisy! ¡Poliiicía!

—Señor...

Cauteloso se acercó al ciego tambaleante. El ciego tambaleante metió la mano vacía en el bolsillo izquierdo de su chaqueta deportiva y no sacó dos entradas para el baile de gala del invidente, sino un revólver 45. Apuntó a Cauteloso y apretó dos veces el gatillo. Los estallidos retumbaron ensordecedores y opacos en el espacio cerrado del corredor. Se extendió una gran cantidad de humo azul. Cauteloso recibió las balas casi a quemarropa. Se desplomó, con el pecho horadado, como un cesto de duraznos roto. La chamarra estaba quemada y humeante.

Extremadamente miraba con los ojos desorbitados mientras el ciego apuntaba la 45 hacia él.

—¡Jesús, no por favor! —dijo Extremadamente en una voz casi imperceptible. Se le oía como si hubiese quedado sin aliento por el golpe. El ciego disparó dos veces más. Hubo más humo azul. Para ser ciego, disparaba muy bien. Extremadamente voló hacia atrás, alejándose del humo azul, cayó sobre sus omoplatos en la alfombra del vestíbulo, experimentó un súbito espasmo estremecedor y quedó inmóvil.

3

En Ludlow, a ochocientos kilómetros de distancia, Thad Beaumont daba vueltas inquieto en su lado de la cama. Humo azul, murmuró, humo azul.

Frente a la ventana del dormitorio, había nueve gorriones en un cable de teléfono. Se les unió media docena más. Los pájaros permanecían, silenciosos y desapercibidos, sobre los vigilantes en el vehículo de la policía estatal.

—Ya no necesitaré esto —dijo Thad en su sueño. Hizo un torpe movimiento de zarpa en su cara con una mano y un gesto brusco con la otra.

—¿Thad? —le preguntó Liz, sentándose en la cama—. i Thad, estás bien?

Thad balbuceó algo incomprensible en su sueño.

Liz miró sus propios brazos. Estaban cubiertos con carne de gallina. —¿Thad? ¿Son los pájaros otra vez? ¿Oyes a los pájaros?

Thad no respondió. Fuera de las ventanas, los gorriones alzaron el vuelo al unísono y desaparecieron en la

oscuridad, aunque no era la hora en que volaba ningún pájaro.

Ni Liz ni los dos policías en la patrulla de la policía estatal los percibieron.

4

Stark tiró a un lado las gafas oscuras y el bastón. En el vestíbulo, el humo despedía un olor acre. Había disparado cuatro cargas Colt puntiagudas, que él mismo había convertido en expansivas. Dos de ellas habían atravesado a los polizontes y dejado agujeros del tamaño de un plato en la pared del corredor. Caminó hasta la puerta de Phyllis Myers. Estaba dispuesto a convencerla de que saliera si era necesario, pero ella estaba ahí, justo al otro lado de la puerta, y con sólo oírla supo que sería presa fácil.

—¡.Qué está pasando? —gritó—. ¿Qué sucedió?

—Lo tenemos, señorita Myers —dijo Stark alegremente—. Dése prisa si quiere la foto, y recuerde que yo nunca le dije que podía tomarla.

Al abrir la puerta, conservó la cadena puesta, pero no había problema. Cuando acercó a la rendija un ojo castaño muy abierto, Stark se lo atravesó con una bala.

Ahora no era válida la opción de cerrarle los ojos —o cerrarle el ojo que le quedaba—, así que se dio la vuelta y emprendió el regreso hacia los ascensores. No se demoró, pero tampoco se dio prisa. Se abrió la puerta de un apartamento, parecía que todo mundo le abría las puertas esta noche, y Stark levantó el revólver hacia el rostro de conejo con mirada fija que apareció. La puerta se cerró de golpe, inmediatamente.

Oprimió el botón del ascensor. La puerta de la caja en la que había subido después de dejar sin sentido al segundo portero de la noche (con el bastón que le había robado a un ciego en la calle 60), se abrió enseguida, como lo esperaba. A esta hora de la noche, los tres ascensores no tenían exactamente una gran demanda. Tiró la pistola por encima del hombro. Cayó sobre la alfombra con un ruido sordo.

—Esto salió bien —comentó. Entró a la caja del elevador, y descendió al vestíbulo de entrada.

5

El sol asomaba por la ventana de la sala de Rick Cowley cuando sonó el teléfono. Rick tenía cincuenta años, los ojos enrojecidos, y estaba ojeroso y medio ebrio. Tomó el teléfono con una mano que temblaba notoriamente. Apenas sabía quién era él mismo, y su mente, cansada y dolorida, continuaba insistiendo en que todo esto era un sueño. ¿Había estado, hacía menos de tres horas, en la morgue municipal de la Primera Avenida, identificando el cuerpo mutilado de su ex esposa, a menos de una calle de ese pequeño y elegante restaurante francés, al cual sólo invitaban a los clientes que también eran amigos? ¿Había policía fuera de su puerta porque era posible que el hombre que había asesinado a Mir también quisiera matarlo a él? ¿Era verdad todo eso? Seguramente no. Seguramente había sido un sueño... y tal vez el teléfono no era en realidad el teléfono, sino la alarma del reloj al lado de la cama. Como regla, odiaba el jodido aparato... lo había lanzado a través de la habitación en más de una ocasión. Pero esta mañana lo besaría. Diablos, lo besaría al estilo francés.

Sin embargo, en vez de despertar, contestó el teléfono. —¿Hola?

—Soy el hombre que le cortó la garganta a tu mujer —dijo la voz en su oído y Rick, de repente, se despabiló del todo. De inmediato, se disipó cualquier esperanza remota de que todo hubiese sido un sueño. Era la clase de voz que solo se debe oír en una pesadilla... pero ahí es donde nunca se oye.

—¿Quién es usted? —se escuchó a sí mismo preguntar en una vocecita sin fuerza.

—Pregúntale a Thad Beaumont quién soy —dijo el hombre—. El lo sabe muy bien. Dile que eres un muerto que camina. Y dile que aún no termino de preparar el relleno de inmundicia.

El teléfono crujió en su oído, hubo un momento de silencio y después el insípido zumbido de una línea abierta.

Rick bajó el teléfono a sus rodillas, lo miró, y estalló súbitamente en lágrimas.

6

Esa mañana, a las nueve, Rick llamó a la oficina y le dijo a Frieda que ella y John podían irse a casa, no trabajarían hoy, ni el resto de la semana. Frieda quiso saber el motivo, y Rick se quedó atónito al darse cuenta de que estaba a un paso de mentirle, como si lo hubiese detenido la policía por algún delito serio y repulsivo —como corrupción de menores, digamos— y no tuviese el valor de admitirlo hasta que la impresión fuese menos intensa.

—Miriam está muerta —le dijo a Frieda—. La asesinaron anoche en su apartamento.

Frieda retuvo el aliento con un silbido breve y sobresaltado. —¡Jesús bendito, Rick! ¡No bromees con esas cosas! ¡Si bromeas con cosas como ésas, se vuelven realidad!

—Es verdad, Frieda —dijo, casi al borde de las lágrimas otra vez. Y éstas, las que había vertido en la morgue, las que había vertido en el automóvil de regreso a casa, las que había vertido cuando llamó ese demente, las que ahora estaba tratando de contener, éstas sólo eran las primeras. Se sentía muy abatido al pensar en todas las lágrimas que lo

esperaban en el futuro. Miriam había sido una perra, pero a su propio modo había sido también una perra dulce, y él la había amado. Rick cerró los ojos. Cuando los abrió, un hombre lo miraba a través de la ventana, a pesar de que la ventana estaba a catorce pisos del nivel de la calle. Rick se sobresaltó, luego vio el uniforme. Un limpiador de ventanas. El limpiador de ventanas lo saludó con la mano desde el andamio. Rick alzó la suya en un ademán de reconocimiento simbólico del saludo. Su mano parecía pesar unos cuatrocientos kilos, y casi en el mismo instante en que la levantó, la dejó caer de vuelta sobre su muslo.

Frieda le estaba diciendo de nuevo que no bromeara, y se sintió más postrado que nunca. Las lágrimas, se daba cuenta, no eran más que el principio.

—Un minuto, Frieda —dijo, y puso el teléfono a un lado. Se dirigió a la ventana para cerrar las cortinas; ya era bastante molesto el llorar en el teléfono con Frieda en el otro extremo; no tenía por qué aguantar que además lo observara el maldito limpiador de ventanas.

Al acercarse a la ventana, el hombre del andamio metió la mano en el bolsillo oblicuo de su overol para sacar algo. Rick sintió una súbita punzada de zozobra. Dile que eres un muerto que camina.

—Jesús...

El limpiador de ventanas sacó un pequeño letrero, amarillo con letras negras. El mensaje tenía en ambos extremos unos estúpidos rostros risueños. ¡QUE PASE BUEN DÍA!

Rick, agotado, asintió con la cabeza. Que pase buen día. Seguro. Cerró las cortinas y volvió al teléfono.

7

Cuando finalmente se convenció de que no era una broma, Frieda estalló en fuertes sollozos profundamente sinceros, todo el personal de la oficina y todos los clientes, incluyendo a ese maldito Ollinger, quien escribía novelas de ciencia ficción tan malas y aparentemente se había dedicado a la tarea de tironear todos los sostenes en el mundo occidental, habían sentido afecto por Mir; y como era de esperarse, Rick lloró con ella hasta que, al fin, halló la forma de desatarse del teléfono. Por lo menos, pensó, cerré las cortinas.

Quince minutos más tarde, mientras preparaba café, la llamada del demente saltó de nuevo a su cabeza. Al otro lado de la puerta estaban dos polizontes y no les había dicho nada. ¿Qué demonios le pasaba?

Bien, pensó, mi ex esposa murió, y cuando la vi en la morgue, parecía como si le hubiese crecido una boca extra, cinco centímetros debajo de la barbilla. Eso podría tener algo que ver.

Pregúntale a Thad Beaumont quién soy. El lo sabe muy bien.

Se había propuesto llamar a Thad, desde luego. Pero su mente parecía seguir aún en caída libre. Las cosas habían asumido unas proporciones que, por lo menos hasta ahora, su mente carecía de la capacidad de comprender. Bien, llamaría a Thad. Lo haría tan pronto como informara a la policía acerca de la llamada.

Les informó y mostraron un interés extremo. Uno de ellos pasó la información al cuartel general de la policía a través de su transmisor portátil. Cuando terminó, le dijo a Rick que el jefe de detectives quería que fuese a la plaza Uno de la policía y hablara con ellos acerca de la llamada que había recibido. Entre tanto, una persona vendría al apartamento a instalar en su teléfono una grabadora y un equipo para rastrear las llamadas. En caso de que hubiese más.

—Es muy probable que reciba más —le dijo el segundo polizonte a Rick—. Estos psicópatas están realmente enamorados del sonido de su propia voz.

—Primero debo llamar a Thad —dijo Rick—. También podría verse en problemas, a juzgar por lo que dijo el hombre.

—Al señor Beaumont ya se le proporcionó protección policiaca en Maine, señor Cowley. ¿Nos vamos?

—Bueno, en verdad pienso...

—Tal vez le pueda llamar desde la Uno. Bueno, ¿dónde está su chaqueta?

Y así Rick, confundido y sin estar seguro de que nada de esto fuera real, permitió que se le llevase.

8

Cuando regresaron dos horas más tarde, uno de los escoltas de Rick frunció el ceño ante la puerta del apartamento y dijo:

—No hay nadie aquí.

—¿.Y qué? —preguntó Rick en tono apagado. Se sentía descolorido, como una hoja de vidrio blanquecino por el cual casi se puede ver a través. Le habían formulado innumerables preguntas y respondió a ellas tan bien como pudo, una tarea difícil, considerando que sólo unas cuantas parecían tener sentido.

—Si los muchachos de comunicaciones terminaban antes de que regresáramos, se suponía que debían esperar aquí.

—Probablemente están dentro —dijo Rick.

—Tal vez uno de ellos, pero el otro debería estar aquí afuera. Es un procedimiento regular.

Rick sacó las llaves, revolvió entre ellas, encontró la correcta y la deslizó en la cerradura. Los problemas que estos sujetos tuvieran con el procedimiento operativo de sus colegas no era asunto suyo. Gracias a Dios, él ya tenía todos los problemas que podía manejar esta mañana.

—Lo primero que debo hacer es llamar a Thad —dijo. Suspiró y sonrió un poco—. Aún no es mediodía y ya me siento como si fuera a termi...

—¡No haga eso! —gritó de repente uno de los polizontes y saltó hacia adelante.

—Hacer qué... —empezó Rick, dando vuelta a la llave, y la puerta explotó en un relámpago de luz, humo y sonido. Al polizonte cuyos instintos se habían disparado justo un instante después, lo reconocieron sólo sus parientes; Rick Cowley casi se pulverizó. El otro policía, quien había estado de pie un poco más atrás, y quien instintivamente se cubrió el rostro cuando gritó su pareja, recibió tratamiento para quemaduras, conmoción cerebral y lesiones internas. Misericordiosa, casi mágicamente, la metralla de la puerta y el muro voló a su alrededor en una nube, pero no lo tocó. Sin embargo, nunca volvería a trabajar para el departamento de policía de Nueva York; el estallido lo dejó completamente sordo en un instante.

Dentro del apartamento de Rick, los dos técnicos de comunicaciones que habían ido a aderezar los teléfonos yacían muertos sobre el tapete de la sala. Prendida a la frente de uno de ellos, con una tachuela, había esta nota:

LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO.

En la frente del otro estaba prendido un segundo mensaje:

MÁS RELLENO DE INMUNDICIA. DÍGANSELO A THAD.

Segunda parte
Stark toma el mando.

—Cualquier estúpido con manos rápidas puede agarrar a un tigre por los cojones —le dijo Machine a Jack Halstead—. ¿Sabías eso?

Jack empezó a reír. La mirada que le dirigió Machine lo hizo cambiar de expresión.

—Límpiate esa imbécil sonrisa de la cara y pon atención —dijo Machine—. Te voy a dar las instrucciones. ¿Estás poniendo atención?

—Sí, señor Machine.

—Entonces, escucha esto y no lo olvides. Cualquier estúpido con manos rápidas puede agarrar a un tigre por los cojones, pero se necesita ser un héroe para seguirlos apretando. Te diré algo más, ya que estamos en eso; sólo los héroes y los rajones salen bien librados, Jack. Nadie más. Y yo no soy un rajón.

George Stark, A la manera de Machine

XV
Escepticismo sobre Stark

1

Thad y Liz permanecían sentados, invadidos por una conmoción tan profunda y melancólica que se sentía como hielo, mientras escuchaban el relato de Alan Pangborn acerca de lo ocurrido en la ciudad de Nueva York en las primeras horas de la madrugada. Mike Donaldson, muerto a cuchilladas y golpes en el vestíbulo del edificio de su apartamento; Phyllis Myers y dos policías asesinados a tiros en su condo de la parte oeste. El portero nocturno del edificio de Myers había sido golpeado con un objeto pesado y tenía fractura de cráneo. Los médicos pronosticaban probabilidades mayores de que despertaría en el lado mortal del paraíso. El portero del edificio de Donaldson estaba muerto. En todos los casos, los asesinatos se habían llevado a cabo al estilo del hampa; el atacante se acercaba a sus víctimas y sencillamente las eliminaba.

Mientras hablaba, Alan constantemente se refería al asesino como Stark.

Lo está llamando por su nombre correcto sin pensarlo siquiera, reflexionó Thad. Después sacudió la cabeza, un poco impaciente consigo mismo. Suponía que había que llamarle de alguna forma, y tal vez Stark era un poco mejor que "el culpable" o el "señor X". En este punto sería un error el creer que Pangborn lo usaba como algo más que un recurso conveniente.

—¿Qué hay acerca de Rick? —preguntó al terminar Alan, cuando por fin pudo desatar la lengua.

—El señor Cowley está sano y salvo bajo la protección de la policía; eran la diez menos cuarto de la mañana; aún faltaban casi dos horas para que ocurriese la explosión que mataría a Rick y a uno de sus guardianes.

—Phyllis Myers también estaba bajo la protección policiaca —dijo Liz.

En el amplio corralito, Wendy dormía profundamente y William cabeceaba. La cabeza le caía sobre el pecho, se le cerraban los ojos... y luego, de repente, erguía la cabeza de nuevo. Alan le encontraba un cómico parecido con un centinela tratando de no quedarse dormido en servicio. Pero cada sacudida de cabeza era un poco más débil. Al observar a los gemelos, con la libreta de notas ya cerrada sobre las rodillas, Alan notó un detalle interesante: cada vez que William enderezaba la cabeza en un intento por mantenerse despierto, Wendy se retorcía levemente en el sueño.

¿Habrán notado eso los padres?, se preguntó Alan y luego pensó: desde luego que sí.

—Es verdad, Liz. El los sorprendió. Los policías son tan susceptibles a las sorpresas como cualquier otra persona; sólo se supone que reaccionan mejor. En el piso donde vivía Phyllis Myers, a lo largo del corredor, varias personas abrieron la puerta y se asomaron después de los disparos, y con sus declaraciones y lo que la policía encontró en la escena del crimen tenemos una idea bastante aproximada de lo que sucedió. Stark fingió ser un ciego. No se había cambiado de ropa después de los asesinatos de Miriam Cowley y Michael Donaldson, los cuales fueron... perdónenme ambos, una verdadera carnicería. Sale del ascensor, con unas gafas oscuras que compró probablemente en Times Square o con un vendedor ambulante, ondeando un bastón blanco cubierto con sangre. Dios sabe cómo consiguió el bastón, pero en el departamento de policía de Nueva York piensan que también lo utilizó para aporrear a los dos porteros.

—Se lo robó a un ciego de verdad, por supuesto —dijo Thad tranquilamente—. Este sujeto no es sir Galahad, Alan.

—Obviamente no. Es probable que gritara que había sido asaltado, o tal vez que lo atacaron unos ladrones en su apartamento. En cualquier forma, llegó hasta ellos con tanta rapidez que no tuvieron tiempo de reaccionar. Después de todo, eran un par de patrulleros a quienes se les sacó de su ronda y se les colocó frente a la puerta de esta mujer sin mayores advertencias.

—Pero seguramente sabían que también Donaldson había sido asesinado —protestó Liz—. Si algo como eso no los pudo poner sobre aviso en cuanto a que el hombre era peligroso...

—También sabían que la protección para Donaldson llegó después de que el hombre fue asesinado —dijo Thad—. Pecaron de exceso de confianza. —

—Es posible que haya sido así, en parte— concedió Alan—. No tengo forma de saberlo. Pero los hombres que están con Cowley saben que este hombre es temerario, muy astuto, y un criminal. Mantendrán los ojos abiertos. No, Thad, su representante está seguro. Puede contar con eso.

—Usted mencionó que hubo testigos —dijo Thad.

—Oh, sí. Por testigos no paramos. En el apartamento de Miriam Cowley, en el de Donaldson, en el de Myers. Es evidente que le importa un carajo que lo vean —miró a Liz y dijo—: perdón.

Liz esbozó una leve sonrisa.

—He escuchado esa palabra una o dos veces antes, Alan.

Alan asintió con la cabeza, le dirigió una pequeña sonrisa y— se volvió hacia Thad.

—¿La descripción que le di?

—Concuerda en todos los aspectos —dijo Alan—. Es robusto, rubio, muy bronceado. Así que dígame quién es, Thad. Deme su te. Ahora me enfrento a más problemas, aparte del de Homeer Gamache. El maldito comisario de policía de la ciudad de Nueva York me está presionando, Sheila Brigham —mi jefa de despachadores— piensa que me voy a convertir en estrella de los medios, pero sigue siendo Homer quien me interesa particularmente. Homer me interesa aún más que la muerte de los dos oficiales de policía que estaban tratando de proteger a Phyllis Myers. Así que

detrae un nombre.

—Ya se lo he dado —dijo Thad.

Hubo un largo silencio, tal vez diez segundos. Después, en voz muy queda, Alan dijo:

—¿Qué?

—Su nombre es George Stark —a Thad le sorprendió lo calmada que sonaba su propia voz, y aún más, el darse cuenta que se sentía calmado... a menos que causaran la misma sensación la conmoción profunda y la calma. Pero el alivio de haber dicho eso —ya sabe su nombre, su nombre es George Stark— era inenarrable.

No creo entenderle —dijo Alan después de otra larga pausa.

—Por supuesto que lo entiende, Aran —dijo Liz. Thad la miró, asombrado por el tono lacónico y preciso de su voz—. Lo que está diciendo mi esposo es que, en alguna forma, su seudónimo ha cobrado vida. La lápida en la fotografía... lo que dice en esa lápida donde debería estar un epitafio o un pequeño verso, es algo que Thad dijo al reportero de los servicios informativos, el que reveló la historia originalmente. UN TIPO NO MUY AGRADABLE. ¿Recuerda eso?

—Sí, pero Liz... —Alan los miraba a ambos con una especie de sorpresa impotente, como si por primera vez se diera cuenta de que estaba sosteniendo una conversación con personas que habían perdido la razón.

—Ahórrese los peros —dijo Liz en tono áspero—. Ya tendrá suficiente tiempo para peros y refutaciones. Usted y todos los demás. Por el momento sólo escúcheme. Thad no estaba bromeando cuando dijo que George Stark no era un tipo muy agradable. Tal vez pensó que estaba bromeando, pero no era así. Yo lo supe, incluso en el caso de que él no lo supiera. George Stark, además de no ser un tipo muy agradable, era de hecho un tipo horrible. Cada uno de los cuatro libros que escribió me ponía más nerviosa, y cuando por fin Thad decidió eliminarlo, subí a nuestra habitación y lloré de alivio —miró a Thad, quien la contemplaba fijamente. Ella lo midió con la mirada antes de asentir—. Así es. Lloré. El señor Clawson de Washington era un desagradable rastrezoide, pero nos hizo un favor, tal vez el favor más grande en nuestra vida de casados, y por esa razón, si es que no hay otra, lamento que haya muerto.

—Liz, no creo que en realidad quiera decir...

—¡No me diga qué es lo que quiero o no quiero decir!

Alan pestañeó. La voz de Liz permanecía modulada, en un tono suficientemente suave para no despertar a Wendy u ocasionar que William dejara de cabecear antes de recostarse sobre un costado y quedarse dormido junto a su hermana. Sin embargo, Alan tenía la sensación de que, si no fuera por los niños, habría escuchado una voz más alta. Quizás una a todo volumen.

—Thad tiene varias cosas que decirle. Es necesario que lo escuche atentamente, Alan, y es necesario que trate de creerle. Si no lo hace, me temo que este hombre, o lo que sea, seguirá matando hasta llegar al final de su sangrienta lista. Tengo razones para no querer que eso suceda. Verá, pienso que es muy probable que Thad, y yo, y nuestros bebés, estemos en esa lista.

—Está bien —el tono de voz de Alan también era reposado, pero los engranes de sus pensamientos trabajaban a un ritmo veloz. Realizó un esfuerzo consciente por hacer a un lado la frustración, el enojo e incluso el asombro, y considerar esa idea demente con tanta claridad como pudiera. No se trataba de evaluar si era cierta o falsa, pues desde luego era imposible considerar que fuera cierta, sino de averiguar la razón por la que ambos se molestaban en contar una historia de esta clase en primer lugar. ¿La habían tramado para ocultar una supuesta complicidad en los asesinatos? ¿Una complicidad real? ¿Era posible que ellos la creyeran? Parecía inconcebible que un par de personas cultas y racionales —hasta ahora, por lo menos pudieran creerlo; pero todo seguía igual al primer día en que había venido para arrestar a Thad por el asesinato de Homer; no despedían el leve pero inconfundible aroma de las personas que mienten. Que mienten conscientemente, se corrigió a sí mismo—. Adelante, Thad.

—Bueno —dijo Thad. Nervioso, se aclaró la garganta y se puso de pie. Se llevó la mano al bolsillo del pecho y, con cierto regocijo mezclado con amargura, se dio cuenta de lo que estaba haciendo; buscaba los cigarrillos que desde hacía varios años ya no estaban ahí. Hundió las manos en los bolsillos y miró a Alan con la misma actitud que a un estudiante atribulado que el mar hubiera arrojado a las hospitalarias playas de su oficina en la universidad—. Está sucediendo algo muy extraño. No, es más que extraño. Es terrible e inexplicable, pero está sucediendo. Y creo que esto empezó cuando yo tenía once años de edad.

2

Thad le contó todo: los dolores de cabeza de la infancia, los chillidos agudos y las visiones turbias de los gorriones que anunciaban la llegada de esos dolores de cabeza, el regreso de los gorriones. Mostró a Alan la página del manuscrito con la frase LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO garabateada sobre ella con trazos oscuros de lápiz. Le habló acerca del estado de trance en que había caído el día anterior en su oficina, y lo que había escrito (tan bien como pudo recordarlo) en la parte posterior de una forma de pedido. Le explicó lo que había pasado con la forma, y trató de expresar el temor y el desconcierto que lo habían impulsado a destruirla.

El rostro de Alan permanecía impasible.

—Además —siguió Alan—, sé que es Stark. Aquí —cerró el puño y golpeó ligeramente su propio pecho.

Durante unos cuantos momentos, Alan no dijo nada. Había empezado a darle vueltas a su anillo de matrimonio en el dedo anular de la mano izquierda y esta operación parecía capturar toda su atención.

—Ha adelgazado desde que se casó —dijo Liz dulcemente—. Si no lo ajusta a su tamaño, Alan, lo va a perder.

—Supongo que sí —levantó la cabeza y la miró. Cuando habló, parecía como si Thad hubiera salido de la habitación a un mandado y sólo los dos estuviesen ahí.

—Su marido la llevó a su estudio y le mostró este primer mensaje del mundo de los espíritus después de que me fui... ¿es eso correcto?

—El único mundo de espíritus que conozco bien es la tienda de bebidas espirituosas a kilómetro y medio al sur de la carretera —dijo Liz sin alterarse—, pero sí me mostró el mensaje después de que se marchó usted.

—¿Justo después de irme?

—No. Acostamos a los gemelos y después, cuando nos estábamos preparando para acostarnos nosotros, le pregunté a Thad qué estaba ocultando.

—¿Entre el momento en que yo me fui y la hora en que él le contó acerca de los trances y los sonidos de pájaro, hubo periodos en que lo perdió de vista? ¿Ocasiones en las que pudo haber subido y escrito la frase que yo había mencionado?

—No recuerdo bien —dijo ella—. Creo que estuvimos juntos todo ese rato, pero no lo puedo afirmar categóricamente. Y además, no haría ninguna diferencia si le dijera que nunca estuvo lejos de mi vista, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, Liz?

—Me refiero a que usted supondría que yo también estoy mintiendo, ¿o me equivoco?

Alan suspiró profundamente. En realidad, ésa era la única respuesta que necesitaban ambos.

—Thad no está mintiendo respecto a esto.

Alan asintió con un movimiento de cabeza.

—Aprecio su sinceridad, pero dado que no puede jurar que no se apartó de usted por un par de minutos, no tengo que acusarla de mentir. Me alegro de eso. Usted admite que se pudo haber presentado la oportunidad, y creo que admitirá también que la alternativa es bastante descabellada.

Thad se recargaba contra la repisa de la chimenea, los ojos de un lado a otro, como los de un hombre que observa un partido de tenis. El sheriff no había planteado una sola objeción que Thad no hubiese previsto, y estaba señalando las fallas en su historia con mucha más amabilidad de lo que lo habría hecho él mismo, pero aún así, Thad se sintió amargamente decepcionado... casi deprimido. Ese presentimiento de que Alan le creería —o le creería en alguna forma casi instintiva—, había demostrado ser tan falso como un frasco de medicina curalotodo.

—Sí, admito esas cosas —dijo Liz tranquilamente.

—En cuanto a lo que Thad pretende que sucedió en su oficina... no tenemos testigos de los trances o de lo que afirma que escribió. De hecho, él no le mencionó el incidente hasta después de la llamada de la señora Cowley, ¿no fue así?

—En efecto, no lo hizo.

—Por tanto... —se encogió de hombros.

—Tengo que hacerle una pregunta, Alan.

—Bien.

—¿Por qué mentiría Thad? ¿Cuál sería el propósito?

—Lo ignoro —Alan la miró con absoluta franqueza—. Tal vez él mismo no lo sabe —desvió los ojos por un instante hacia Thad y volvió la mirada a Liz—. Es muy posible que él desconozca que está mintiendo. Lo que digo es muy contundente: ningún oficial de policía aceptaría esta clase de información sin una prueba irrefutable. Y no hay ninguna.

—Thad está diciendo la verdad acerca de todo esto. Comprendo muy bien todo lo que ha dicho, pero no se imagina cuánto deseo que también usted crea que está diciendo la verdad. Lo deseo desesperadamente. Mire, yo viví con George Stark. Y supe cómo se sentía Thad acerca de él según pasaba el tiempo. Le diré algo que no apareció en la revista People. Thad empezó a hablar acerca de librarse de Stark dos libros antes del último...

—Tres —comentó Thad tranquilamente desde su lugar junto a la chimenea. Su anhelo por un cigarrillo se había convertido en una fiebre seca—. Empecé a hablar sobre ello después del primer libro.

—Está bien, tres. El artículo de la revista lo exponía como si hubiese sido una decisión muy reciente y eso no es cierto. Ese es el punto que estoy tratando de establecer. Si Frederick Clawson no se hubiera presentado y obligado a mi esposo a actuar, creo que Thad todavía seguiría hablando acerca de librarse de él en la misma forma.

La forma en que un alcohólico o un adicto a las drogas le dice a su familia y a los amigos que abandonará el hábito mañana... o al día siguiente... o el día después del siguiente.

—No —dijo Thad—. No así exactamente. Acertaste con la iglesia, pero te equivocaste de banca.

Quedó en silencio, con el ceño fruncido, más que pensando, concentrándose. Alan, aun contra su voluntad, renunció a la idea de que mentían o trataban de engañarlo por algún motivó misterioso. Era obvio que no estaban gastando energía para convencerlo, o convencerse a sí mismos, sino para expresar claramente cómo había sucedido... como hombres que tratan de describir un combate mucho después de que ocurrió.

—Mire —dijo Thad finalmente—. Dejemos el tema de los trances y los gorriones y las visiones premonitorias, si eso es lo que fueron, por un minuto. Si cree que es necesario, puede hablar con mi doctor, George Hume, acerca de los síntomas físicos. Una vez que los entreguen, es posible que encontremos algo extraño en los exámenes que me practicaron ayer, y en caso necesario, el doctor que me operó cuando era niño tal vez todavía esté vivo y en condiciones de hablar con usted sobre el caso. El puede saber algo que arroje alguna luz en este embrollo. No puedo recordar su

nombre de momento, pero estoy seguro de que consta en mi expediente médico. Pero por ahora, toda esta mierda psíquica es sólo un atajo.

Alan reflexionó que era muy singular el que Thad dijese eso... si es que él había plantado la nota premonitoria y mentido acerca de la otra. Un hombre que estuviese tan demente como para hacer algo así, y tan demente que hubiese olvidado lo que había hecho y creer que las notas eran realmente manifestaciones de fenómenos psíquicos, no tendría interés en hablar de otra cosa. ¿Acaso no sería así? Le empezaba a doler la cabeza.

—Está bien —dijo en tono tranquilo—, ¿si lo que usted llama "esta mierda psíquica" es un atajo, cuál es entonces la vía directa?

—George Stark es la vía directa —dijo Thad, y pensó: La vía que lleva a la Villa Final, donde terminan todos los servicios de trenes—.

Imagínese que un sujeto se ha mudado a su casa. Un sujeto que siempre le ha inspirado un poco de temor, igual que Jim Hawkins sentía un poco de temor hacia el Viejo Lobo de Mar en el Almirante Benbow, ¿ha leído La isla del tesoro, Alan?

Alan asintió.

—Bien, entonces ya conoce la clase de sensación que estoy tratando de expresar. Le tiene cierto miedo a este tipo y no le agrada en lo más mínimo, pero admite que se quede. Usted no maneja una hostería, como en La isla del tesoro, pero tal vez piensa que es un pariente lejano de su esposa o algo parecido, ¿me entiende?

—Y a la larga, un día, después de que este huésped indeseable ha hecho algo como lanzar el salero contra la pared porque está tapado, usted le dice a su esposa: "¿Cuánto tiempo más se va a quedar aquí el idiota de tu primo segundo?" Y ella se queda mirándolo y dice: "¿Mi primo segundo? ¡Yo creía que era tu primo segundo!"

Muy a su pesar, Alan gruñó una sonrisa.

—¿Pero después de esto, saca a patadas al tipo? —prosiguió Thad—. No. Por un lado, ya ha pasado en su casa cierto tiempo, y aunque le parezca grotesco a quien no ha vivido una situación semejante, parece que ya adquirió derechos de asentamiento, o algo así. Pero eso no es lo importante.

Liz había estado asintiendo. Sus ojos tenían la chispa emocionada y agradecida de una mujer a quien se le acaba de decir la palabra que ha tenido en la punta de la lengua todo el día.

—Lo importante es qué tan endiabladamente atemorizado esté usted —dijo ella—. Atemorizado de cómo actuaría si realmente le dice, terminante, que tome sus cosas y se largue.

—Y así sigue —dijo Thad—. Quiere tener el valor de ordenarle que se marche, y no sólo porque usted teme que pueda resultar peligroso. Se convierte en una cuestión de autorrespeto. Pero... lo sigue retrasando. Encuentra razones para posponerlo. Como que está lloviendo, y es menos probable que arme una bronca acerca de marcharse si le muestra la puerta en un día soleado. O quizás sería mejor esperar que todos estén de buen humor. Piensa en miles de razones para posponerlo. Y se da cuenta de que, si las razones suenan válidas para usted mismo, puede conservar al menos una parte de su autorrespeto, y una parte es mejor que nada. Y una parte también es mejor que todo, si todo significa que terminará herido o muerto.

—Y tal vez no sólo usted.

Liz intervino de nuevo, hablando con la voz sosegada y agradable de una mujer que ha tomado la palabra ante un club de jardinería sobre el tema de cuándo se debe plantar el maíz, o cómo saber si ya están listos para cosecharse los tomates.

—Era un hombre horrible y peligroso cuando... vivía con nosotros... y sigue siendo un hombre horrible y peligroso. La evidencia sugiere que si algo ha sucedido, es que ahora es mucho peor. Está demente, desde luego, pero a su propia luz, lo que está haciendo es perfectamente razonable: localiza a las personas que conspiraron para matarlo y las elimina, una tras otra.

—¿Ha terminado?

Liz miró a Alan sobresaltada, como si su voz la hubiera sacado de un profundo ensueño privado.

—¿Qué?

—Le pregunté si ya había terminado. Usted quería exponer su parecer y quiero asegurarme de que ya lo ha hecho.

La calma de Liz desapareció. Dio un suspiro hondo y se pasó la mano distraídamente por el cabello.

—¿No lo cree, verdad? Ni una sola palabra.

—Liz —dijo Alan—, esto es una idiotez. Lamento utilizar una palabra como esa, pero dadas las circunstancias, es la más amable de que dispongo. Pronto vendrán otros policías. El FBI, me imagino, pues ahora se puede considerar a este hombre como un fugitivo interestatal, y eso hará que intervengan en el caso. Si les cuenta esta historia completa, junto con los trances y las inscripciones fantasmales, escucharán términos menos amables. Si me dijesen que a estas personas las asesinó , un fantasma, tampoco les creería —Thad se agitó, pero Alan sostuvo una mano en alto y lo calmó, al menos por el momento—. Pero es probable que me hubiese sido más fácil creer una historia de fantasmas que esto. No solamente estamos hablando de un fantasma, estamos hablando de un hombre que nunca existió.

—¿Cómo explica mi descripción? —preguntó inesperadamente Thad—. Esa descripción fue mi imagen privada de cómo era, es, George Stark. Parte de ella está en la semblanza del autor que Darwin Press guarda en su archivo. Otra parte era material que tenía en mi cabeza. Nunca me senté y visualicé deliberadamente al sujeto, sólo formé una especie de imagen mental durante un número de años, igual que se forma una imagen mental del locutor al que escucha cada mañana en el camino al trabajo. Pero si alguna vez conoce al locutor, en la mayoría de los casos, resulta que la imagen estaba equivocada. Sin embargo, aparentemente, yo la tenía correcta. ¿Cómo explica eso?

—No puedo —dijo Alan—. A menos, desde luego, que esté mintiendo acerca de dónde vino la descripción.

—Usted sabe que no es así.

—No suponga eso —dijo Alan; se puso de pie; caminó hasta la chimenea y removió impaciente con el atizador los trozos de abedul apilados ahí—. No todas las mentiras son producto de una decisión consciente. Si un hombre se ha convencido a sí mismo de que está diciendo la verdad, puede salir airoso de la prueba del detector de mentiras. Ted Bundy lo hizo.

—Vamos —replicó bruscamente Thad—. Deje de dar vueltas en un maldito círculo. Se está repitiendo la cuestión de las huellas dactilares. La única diferencia es que ahora no puedo sacar a relucir un desfile de testigos que corroboren lo que digo. ¿A propósito, qué hay acerca de las huellas dactilares? ¿Si sumamos eso, al menos no le sugiere que estamos diciendo la verdad?

Alan se dio vuelta. De repente sintió enojo hacia Thad... hacia ambos. Se sentía como si lo estuviesen empujando implacablemente a un rincón, y no tenían ningún maldito derecho a hacerlo sentir así. Era semejante a ser la única persona en una reunión de la Sociedad de la Tierra Plana que cree que la Tierra es redonda.

—No puedo explicar nada de esto... todavía —dijo—. Pero mientras tanto, Thad, tal vez usted quiera decirme de dónde provino este sujeto, el real. ¿Lo dio a luz una noche simplemente? ¿Saltó de un condenado huevo de gorrión? ¿Cuando escribía los libros que a la larga se publicaban con su nombre, se parecía usted a él? ¿Cómo sucedió exactamente?

—Ignoro cómo cobró vida —dijo Thad con cansancio—. ¿No cree que se lo diría si pudiese? Hasta donde sé, o puedo recordar, yo era yo cuando escribí *A la manera de Machine* y Oxford Blues, Pastel de Tiburón y Cabalgando a Babilonia. No tengo la más remota idea de cuándo se convirtió en... una persona separada. Cuando escribía como él me parecía real, pero únicamente en la forma en que me parecen reales mis novelas cuando las estoy escribiendo. Es decir, las tomo en serio, pero no las creo... excepto, cuando... entonces...

Hizo una pausa y emitió una risita desconcertada.

—Tantas veces que he hablado acerca de escribir —dijo—. Cientos de conferencias, miles de lecciones, y no creo haber dicho nunca una sola palabra acerca del alcance del escritor de ficción, de las realidades gemelas que existen para él, una en el mundo real y otra en el mundo del manuscrito. Incluso creo que nunca pensé en eso. Y ahora me doy cuenta... bueno. Ni siquiera sé cómo hilar mis ideas al respecto.

—No importa —dijo Liz—. El no tenía que ser una persona separada hasta que Thad trató de matarlo.

Alan se volvió hacia ella.

—Bueno, Liz, usted conoce a Thad mejor que nadie. ¿Cuando trabajaba en las novelas de crímenes cambiaba del doctor Beaumont al señor Stark? ¿La golpeaba? ¿En las fiestas amenazaba a las personas con una navaja?

—El sarcasmo no va a contribuir en nada a la discusión —dijo ella, mirándolo con firmeza.

Alan levantó las manos exasperado, aunque no estaba seguro de si su exasperación iba contra ellos, contra él mismo o contra los tres.

—¡No estoy siendo sarcástico, estoy tratando de usar un poco de tratamiento de choque para que se den cuenta de cuán dementes se oyen los dos! ¡Están hablando de un maldito seudónimo que cobra vida! ¡Si le cuentan al FBI tan sólo la mitad de estas tonterías, de inmediato se pondrán a investigar qué se requiere en el estado de Maine para internar involuntariamente a las personas en los manicomios!

—La respuesta a su pregunta es no —dijo Liz—. Thad no me golpeaba ni ondeaba una navaja en las fiestas, pero cuando estaba escribiendo como George Stark, y en particular cuando escribía acerca de Alexis Machine, Thad no era el mismo. Cuando Thad le abrió la puerta, tal vez ésta sea la mejor manera de expresarlo, cuando lo hizo e invitó a Stark a pasar, se volvió distante. No frío, ni siquiera indiferente, sino distante. Se interesaba menos en salir, en ver a la gente. Algunas veces faltaba a las juntas de la facultad, incluso a las citas con los estudiantes, aunque esto era bastante raro. Por las noches se acostaba más tarde y algunas veces, ya en la cama, seguía moviéndose y dando vueltas durante una hora o más. Cuando se quedaba dormido se agitaba y murmuraba, como si tuviese pesadillas. En varias ocasiones le pregunté si eso era lo que le pasaba, y me respondía que sentía la cabeza pesada y como si no hubiera descansado, pero que, si tenía pesadillas, no recordaba nada de ellas.

—No hubo gran cambio de personalidad... pero no era el mismo. Mi esposo dejó de beber hace algún tiempo, Alan. No acude a Alcohólicos Anónimos u otra ayuda, pero lo dejó. Con una excepción. Al terminar una de las novelas de Stark, se embriagaba. Era como si se liberara de todo, diciéndose a sí mismo, "el hijo de perra se ha ido de nuevo. Al menos por un tiempo, se ha ido de nuevo. George ha vuelto a su granja en Mississippi. Hurra."

—Liz lo ha expuesto perfectamente —dijo Thad—. Hurra. Así es como se sentía. Déjeme resumir lo que tenemos si eliminamos completamente del panorama los trances y la escritura automática. El hombre que usted busca está matando gente que yo conozco, personas que fueron, con excepción de Homer Gamache, responsables de la "ejecución" de George Stark... en complicidad conmigo, desde luego. Tiene el mismo tipo de sangre que yo, el cual, aunque no es realmente muy escaso, sólo lo tienen seis personas de cada cien. Su apariencia se adapta a la descripción que le di, la cual fue una destilación de mi propia imagen de cómo sería Stark físicamente si existiera. Fuma los cigarrillos que yo acostumbraba fumar. Por último, y lo más interesante, parece que las huellas digitales son iguales a las mías. Tal vez seis personas de cada cien tengan sangre tipo A, Rh negativo, pero hasta donde yo sé, nadie más en este verde planeta tiene mis huellas. A pesar de todo esto, usted se rehusa a considerar siquiera mi afirmación de que Stark está vivo en alguna forma. Ahora, sheriff Pangborn, dígame, ¿quién está desorientado, por así decirlo?

Alan sintió tambalear un poco los cimientos que una vez había creído sólidos y seguros. Realmente no era posible,

¿o sí? Pero... aunque hoy no hiciera otra cosa hablaría con el doctor de Thad y empezaría a investigar su historial médico. Se le ocurrió que sería fabuloso descubrir que no había habido ningún tumor cerebral, que Thad había mentido... o todo era una alucinación. Cuánto más cómoda sería la situación si pudiera probar que el hombre era un psicópata. Tal vez...

Tal vez, mierda. No existía ningún George Stark, nunca había existido ningún George Stark. El no sería uno de los niños prodigio del FBI, pero eso no significaba que fuera tan crédulo como para engullirse todo eso. De hecho, lo más probable era que detuvieran al bastardo demente en Nueva York, cuando fuera tras Cowley, pero si no, se podía dar el caso de que el psicópata decidiera vacacionar en Maine este verano. Si regresaba, Alan quería un enfrentamiento con él. Si se presentaba la oportunidad, no creía que el tragarse toda esa mierda de La dimensión desconocida, le fuese de alguna utilidad. Y por ahora no quería gastar más tiempo hablando de eso.

—Supongo que el tiempo lo dirá —repuso vagamente—. Mientras tanto les aconsejo que se ajusten a la línea que adoptaron conmigo anoche: éste es un tipo que piensa que es George Stark y está lo bastante loco para empezar en el sitio lógico (es decir, lógico para un loco) o sea el sitio en donde Stark fue sepultado oficialmente.

—Si no le concede por lo menos algún espacio mental a la idea, terminará con la mierda hasta las axilas —dijo Thad—. Con este sujeto, Alan, no se puede razonar, no se le puede reclamar. Le podría suplicar misericordia, si le diera tiempo, pero no serviría de nada. Si alguna vez se acerca a él con la guardia baja, hará un pastel de carne de tiburón con usted.

—Verificaré con su doctor —dijo Alan—, y con el doctor que lo operó de niño. Ignoro qué utilidad tendrá o qué luz arrojará sobre este asunto, pero lo haré. De otro modo, creo que tendré que correr el riesgo.

Thad sonrió sin ningún humor.

—Desde mi punto de vista, ahí tenemos un problema. Mi esposa, y los niños y yo, correremos el riesgo junto con usted.

3

Quince minutos más tarde, una pulcra camioneta pánel, azul y blanca, se estacionó en la entrada de la casa de Thad, detrás del automóvil de Alan. Parecía una camioneta de teléfonos, y eso resultó ser, aunque en un costado estaban escritas las palabras Policía estatal de Maine en discretas letras minúsculas.

Dos técnicos llegaron a la puerta; se presentaron, se disculparon por haberse tardado tanto (una disculpa desperdiciada con Thad y Liz, ya que ellos ignoraban que vendrían estos tipos), y le preguntaron a Thad si tendría algún inconveniente en firmar la forma que uno de ellos llevaba en, una tablilla con un pisapapeles. La revisó rápidamente y vio que los facultaba a colocar equipo de grabación y rastreo en su teléfono. No les concedía licencia irrestricta para usar las transcripciones obtenidas en trámites legales.

Thad garabateó su firma en el lugar indicado. Tanto Alan Pangborn como uno de los técnicos (Thad observó divertido que éste tenía colgado de un lado del cinturón un aparato para probar los teléfonos, y una 45 en el otro) firmaron como testigos.

—¿Estos aparatos de rastreo funcionan realmente? —preguntó Thad unos minutos más tarde, después de que Alan salió hacia el cuartel de la policía estatal de Orono. Parecía importante hacer un comentario; después de la devolución de su documento, los técnicos habían quedado en silencio.

—Sí —respondió uno de ellos. Había levantado del soporte el teléfono de la sala gestaba desarmando rápidamente el enchufe interior de plástico del auricular—. Podemos rastrear una llamada hasta su punto de origen en cualquier parte del mundo. No es como los antiguos rastreos de teléfonos que se ven en las películas donde se tiene que mantener en la línea al que llama hasta que se localiza el lugar de la llamada. En tanto no se cuelgue el teléfono en este extremo, sacudió el teléfono, el cual ahora se veía como un androide derribado por el fuego de un arma de rayos en una epopeya de ciencia ficción, podemos rastrear hasta el punto de origen. Lo más frecuente es que resulte venir de una cabina pública en un centro comercial.

—Así es exactamente —dijo su pareja, quien estaba manipulando la conexión del teléfono, la cual había sacado del enchufe en la base—. ¿Tiene un teléfono arriba?

—Dos —dijo Thad. Se empezaba a sentir como si alguien lo hubiese empujado bruscamente al agujero del conejo de Alicia—.Uno en el estudio y otro en el dormitorio.

¿Tienen línea separada?

—No, sólo tenemos una. ¿Dónde van a ,instalar la grabadora?

—Es probable que en el sótano —dijo —el primero, distraídamente. Estaba insertando los cables del teléfono en un bloque de acrílico que rebosaba conexiones de resorte; y en su voz había un trasfondo de le—importaría—dejarnos—trabajar.

Thad colocó el brazo alrededor de la cintura de Liz y la alejó del lugar, preguntándose si habría una sola persona que pudiera o quisiera entender que ni las grabadoras, ni los bloques de acrílico de la tecnología más avanzada del mundo, detendrían a George Stark. Stark estaba libre, tal vez descansando, tal vez en camino.

¿Y si nadie le creía, qué diablos iba a hacer al respecto? ¿Cómo demonios se suponía que protegería a su familia? ¿Había alguna forma? Reflexionó profundamente, y como no logró nada con el pensamiento se limitó a escucharse a sí mismo. Algunas veces —no siempre, pero sí algunas veces—, en esa forma aparecía la: respuesta, cuando fracasaban

todos los demás recursos.

Sin embargo, esta vez no sucedía lo mismo. Y de repente se dio cuenta, divertido, de que deseaba desesperadamente a Liz. Pensó en engatusarla para que subieran al dormitorio, y en eso recordó que dentro de poco estarían ahí los técnicos de la policía estatal, maniobrando en sus obsoletos aparatos telefónicos.

Ni siquiera podía darse un buen revolcón con su esposa, pensó. ¿Qué hacemos ahora, entonces?

Pero la respuesta era muy simple. Esperar, eso es lo que harían.

Y no tuvieron que esperar mucho para el siguiente episodio espeluznante: a pesar de todo, Stark había matado a Cowley. De algún modo, había colocado una bomba en su puerta después de emboscar a los técnicos que hacían con el teléfono de Rick lo mismo que los hombres en la sala estaban haciendo con el de los Beaumont. Cuando Rick giró el cerrojo, la puerta salió volando, así de sencillo.

Fue Alan quien les trajo la noticia. Había recorrido menos de cinco kilómetros por la carretera hacia Orono cuando le llegó la información por la radio. Había regresado inmediatamente.

—Usted nos dijo que Rick estaba seguro —dijo Liz. Su voz y sus ojos estaban opacos. Incluso su cabello parecía haber perdido el brillo—. Prácticamente lo garantizó.

—Me equivoqué. Lo siento.

La conmoción de Alan era tan intensa como la que se veía y escuchaba en Liz Beaumont, pero se esforzaba por no demostrarlo. Dirigió la vista a Thad, quien lo miraba con ojos brillantes en una especie de inmovilidad; una pequeña sonrisa sin humor se asomaba en las comisuras de su boca.

Sabe lo que estoy pensando. Probablemente no era cierto, pero así lo sentía Alan. Bien... tal vez no, pero sí una parte. Tal vez una buena parte. Pudiera ser que soy una mierda para proporcionar protección, pero no creo que sea eso. Creo que es él. Creo que ve demasiado.

—Su cálculo resultó equivocado, eso es todo —dijo Thad—. Le puede suceder al mejor de nosotros. Tal vez deba retroceder y pensar un poco más acerca de George Stark. ¿Qué piensa usted, Alan?

—Que es probable que usted tenga razón —respondió Alan, y se dijo a sí mismo que sólo lo decía para tranquilizar a ambos. Pero el rostro de George Stark, no vislumbrado aún, excepto a través de la descripción de Thad, había empezado a asomarse por encima de su hombro. Todavía no lo podía ver, pero podía sentirlo ahí, mirando.

—Quiero hablar con este doctor Hurd...

—Hume —dijo Thad—. George Hume.

—Gracias. Quiero hablar con él, así que estaré por aquí cerca. Si se presenta el FBI, ¿quisieran los dos que yo volviese más tarde?

—No sé lo que quiera Thad, pero a mí me gustaría mucho —dijo Liz.

Thad asintió.

Alan dijo:

—Lamento muchísimo lo ocurrido, pero lo que más siento es haberles prometido que algo estaría bien cuando resultó que no era así.

—Supongo que es fácil subestimar en una situación como ésta —dijo Thad—. Le he dicho la verdad, al menos como yo percibo la verdad, por una simple razón. Si es Stark, mientras esto no termine, creo que lo va a subestimar un buen número de personas.

Los ojos de Alan pasaron de Thad a Liz y regresaron a Thad. Después de un largo rato, durante el cual no se escuchó ningún sonido, excepto la plática de los guardianes de Thad fuera de la puerta principal (había otra en la parte posterior de la casa), Alan dijo:

—Lo más jodido de todo es que ustedes realmente lo creen, ¿verdad?

—En efecto —Thad asintió.

—Yo no —dijo Liz, y ambos la miraron, sorprendidos—. Yo no lo creo. Yo lo sé.

Alan suspiró y hundió las manos en los bolsillos.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo—. Si esto es lo que ustedes dicen que es... yo no lo creo, no puedo creerlo, supongo que dirían.., pero si es, ¿qué demonios quiere este tipo? ¿Sólo venganza?

—En lo absoluto —dijo Thad—. Quiere lo mismo que usted o yo querríamos si estuviésemos en su posición. No quiere seguir muerto. Eso es todo lo que quiere. No seguir muerto. Yo soy el único que puede evitar que esto suceda. Y si no puedo, o no quiero... bueno... al menos se puede asegurar de que no va a estar solo.

XVI
George Stark llama por teléfono

1

Alan se había marchado con el propósito de hablar con el doctor Hume y los agentes del FBI se limitaron a redondear el interrogatorio —si ésa era la palabra correcta para calificar algo que parecía tan extrañamente agotado e inconexo—, cuando llamó George Stark. La llamada se produjo menos de cinco minutos después de que los técnicos de la policía estatal (quienes se llamaban a sí mismos "electricistas"), se declararon finalmente satisfechos con los accesorios que habían instalado en los teléfonos de los Beaumont.

Les había disgustado, aunque no sorprendido aparentemente, el descubrir que los teléfonos de los Beaumont, debajo de su deslumbrante exterior, funcionaban como los de la edad de piedra, con el sistema de disco giratorio del pueblo de Ludlow.

—Hombre,— apenas se puede creer esto —dijo el electricista cuyo nombre era Wes, en un tono de voz que sugería que realmente no podía esperarse otra cosa en ese pueblo perdido.

El otro electricista se dirigió a la camioneta a buscar los adaptadores adecuados y cualquier otro equipo que pudieran necesitar para adaptar los teléfonos de los Beaumont a las normas legales en vigor en los últimos años del siglo veinte. Wes puso los ojos en blanco y después miró a Thad, como si éste debiese haberle informado de inmediato que aún vivía en la época pionera del teléfono.

Ninguno de los dos electricistas se molestó siquiera en darles un vistazo a los hombres del FBI, quienes habían volado desde la oficina filial en Boston hasta Bangor, y después habían conducido heroicamente entre Bangor y Ludlow, a través de la peligrosa espesura infestada por lobos y osos. Los hombres del FBI podían haber existido en otro espectro de luz totalmente diferente, tan imperceptible para los electricistas de la policía estatal, como los rayos X o los infrarrojos.

—Todos los teléfonos del pueblo tienen el mismo sistema —dijo Thad humildemente. Estaba desarrollando un desagradable caso de indigestión ácida. En circunstancias normales, esto lo habría puesto malhumorado e insoportable. Sin embargo, hoy sólo se sentía cansado, vulnerable y terriblemente triste.

Sus pensamientos continuaban volviendo al padre de Rick, quien vivía en Tucson, y a los padres de Miriam, quienes vivían en San Luis Obispo. ¿Qué estaría pensando ahora el viejo señor Cowley? ¿Cómo se las estarían arreglando exactamente estas personas, a quienes se mencionaba con frecuencia en las conversaciones, pero nunca había conocido? ¿Cómo se enfrenta uno, no sólo a la muerte de un hijo, sino a la muerte inesperada de un hijo adulto? ¿Cómo se enfrenta uno al simple e irracional hecho del asesinato?

Thad se dio cuenta de que estaba pensando en los sobrevivientes y no en las víctimas por una sencilla y deprimente razón: se sentía responsable de todo. ¿Por qué no? Si a él no se le podía culpar por George Stark, ¿a quién, entonces? ¿A Bobcat Goldthwaite? ¿A Alexander Haig? El hecho de que el antiguo sistema de disco dificultara que se intervinieran sus teléfonos, era algo más para sentirse culpable.

—Creo que es todo, señor Beaumont —dijo uno de los hombres del FBI. Había estado revisando sus notas, ignorando evidentemente Wes y Dave en la misma forma en que los electricistas lo ignoraban a él. Ahora el agente, cuyo nombre era Malone, cerró de golpe su libreta de apuntes. Estaba forrada en piel, con sus iniciales discretamente grabadas en plata en el extremo inferior izquierdo de la cubierta. Iba vestido con un conservador traje gris y llevaba el cabello peinado con una raya como regla en el lado izquierdo—. ¿Tienes algo más, Bill?

Bill, también conocido como agente Prebble, cerró su propia libreta también forrada en piel, pero sin iniciales y sacudió la cabeza.

—No, creo que es todo —el agente Prebble estaba vestido con un conservador traje café. El cabello también peinado con una raya como regla en el lado izquierdo—. Tal vez tengamos otras preguntas en una etapa posterior de la investigación, pero por ahora ya tenemos lo que necesitamos. Queremos agradecer a ambos su cooperación —les dirigió una amplia sonrisa, mostrando unos dientes que, o estaban recubiertos, o eran tan perfectos que resultaban fantásticos, y Thad reflexionó: Creo que si fuésemos cinco, nos daría a cada uno un certificado de "Hoy fui un buen chico" para que lo llevásemos a casa y se lo enseñáramos a mamá.

—De nada —dijo Liz en una voz distraída y baja. Se estaba masajeando suavemente la sien izquierda con la punta de los dedos, como si estuviera experimentando el inicio de una terrible jaqueca.

Probablemente sea ella, pensó Thad.

Miró el reloj en la repisa y vio que apenas eran las dos y treinta. ¿Sería ésta la tarde más larga de su vida? No quería hacer juicios precipitados, pero sospechaba que sí.

Liz se puso de pie.

—Creo que me voy a recostar un rato, si no hay inconveniente. No me siento muy bien.

—Es una buena... —idea era, desde luego, con lo que iba a terminar la frase, pero antes de que pudiera hacerlo, sonó el teléfono.

Todos ellos fijaron la vista en el aparato y Thad sintió un latido que empezaba a percutir en su cuello. Una burbuja de ácido, caliente y abrasante, ascendió lentamente por el pecho y después pareció esparcirse en la parte de atrás de su garganta.

—Justo a tiempo —dijo Wes, complacido—. Ya no tendremos que enviar a alguien para que llame desde fuera.

Thad súbitamente sintió como si estuviese cubierto con una envoltura de aire helado. La envoltura se movió con él cuando caminó hacia el teléfono, el cual ahora compartía la mesa con un dispositivo que se veía como un tabique de acrílico con luces incrustadas en un costado. Una de las luces pulsaba en sincronía con el repique del teléfono.

¿Dónde están los pájaros? Debería estar escuchando a los pájaros.

Pero no oía nada; el único sonido era el gorjeo demandante del teléfono.

Wes estaba arrodillado junto a la chimenea, guardando las herramientas en una valija negra, la cual, con los enormes pasadores cromados, se asemejaba al portaviandas de un obrero. Dave estaba recargado en el umbral entre la sala y el comedor; le había preguntado a Liz si podía tomar un plátano del frutero en la mesa, y lo estaba pelando cuidadosamente, deteniéndose de vez en cuando para examinar su trabajo con el ojo crítico de un artista en la agonía de la creación.

—Saca el probador de circuitos —le dijo a Wes—. Si necesitamos alguna aclaración de la línea, lo podemos hacer mientras estamos aquí. Nos podría ahorrar un viaje.

—Buena idea —dijo Wes, y del enorme portaviandas extrajo un aparato con empuñadura de pistola.

Ambos hombres se veían levemente expectantes y nada más. Los agentes Malone y Prebble estaban de pie, guardando las libretas de apuntes, arreglando la raya como filo de cuchillo de las perneras de sus pantalones y, en general, confirmaban la opinión original de Thad: estos hombres, más que agentes especiales pistola en mano, parecían asesores en sistema fiscal de una compañía de prestigio. Malone y Prebble se mostraban completamente indiferentes al sonido del teléfono.

Pero Liz sabía. Había dejado de frotarse la sien, y miraba a Thad con los ojos desorbitados y acechantes de un animal acorralado. Prebble le estaba dando las gracias por el café y el bollo que les había servido, y evidentemente, ni el hecho de que ella no le respondiera, ni el llamado del teléfono, merecían su atención.

Thad, de repente, sintió el impulso de gritarles: ¿Qué pasa con todos ustedes? ¿Para qué diablos instalaron todo ese equipo en primer lugar?

Injusto, desde luego. En realidad, era demasiado fortuito que el hombre a quien perseguían fuese la primera persona en llamar a los Beaumont una vez instalado el equipo de grabación y rastreo; de hecho, cinco minutos escasos después de terminar la instalación, o eso es lo que habrían dicho si alguien se hubiera molestado en preguntarles. Las cosas no suceden en esa forma en el maravilloso mundo del cumplimiento de la ley, tal y como sucede en los últimos años del siglo veinte, hubieran dicho. Seguramente es otro escritor que necesita una buena idea para una trama, o tal vez alguien quiere saber si le sobra una taza de azúcar a su esposa. ¿Pero el sujeto que piensa que es su álter ego? De ningún modo, amigo. Demasiado pronto. Demasiada suerte.

Excepto que era Stark. Thad lo podía oler. Y, al mirar a su esposa, supo que Liz también podía.

Ahora Wes lo miraba, preguntándose sin duda por qué no contestaba Thad el teléfono recién intervenido.

No se preocupen, pensó Thad. No se preocupen; esperará. Sabe que estamos en casa.

—Bueno, nosotros nos retiramos, señora Beau... —empezó Prebble, y Liz respondió en una voz tranquila, pero terriblemente adolorida: —Creo que será mejor que esperen, por favor. Thad tomó el auricular y gritó: —¿Qué quieres, hijo de puta? ¿Qué jodidos quieres?

Wes dio un salto. Dave se quedó congelado en el instante en que se preparaba a darle la primera mordida al plátano. Las cabezas de los agentes federales se dieron vuelta como impulsadas por un resorte. Thad se dio cuenta de que deseaba con atroz intensidad que Alan Pangborn estuviese con él, en vez de estar hablando con el doctor Hume en Orono. Alan tampoco creía en Stark, por lo menos, no todavía, pero siquiera era humano. Thad suponía que era factible que estos otros lo fueran, pero tenía serias dudas acerca de si sabía o no que él y Liz lo eran.

—¡Es él, es él! —le decía Liz a Prebble.

—Oh, Jesús —dijo Prebble. Él y el otro intrépido representante de la ley, intercambiaron una mirada totalmente perpleja: ¿Qué demonios hacemos ahora?

Thad escuchaba y veía todo esto, pero estaba separado de ellos. Separado incluso de Liz. Ahora nada más eran Stark y él. Juntos de nuevo por primera vez, como acostumbraban decir los antiguos maestros de ceremonias en los vodeviles.

—Calma, Thad —dijo Stark; se le oía divertido—. No hay necesidad de que armes una bronca , era la voz que había esperado. Exactamente. Cada matiz, hasta el leve acento sureño que no llegaba a desfigurar las palabras, pero quería hacerlo.

Los dos electricistas unieron brevemente las cabezas, y luego Dave salió disparado a la camioneta por el auricular auxiliar. Aún sostenía el plátano. Wes bajó corriendo las escaleras del sótano para verificar la grabadora que se activaba con la voz.

Los intrépidos representantes del FBI permanecían de pie a la mitad de la sala, mirando. Daban la impresión de querer abrazarse el uno al otro, en busca de consuelo, como criaturas perdidas en el bosque.

—¿,Qué quieres? —repitió Thad con voz más calmada.

—Vaya, hombre; nada más avisarte que ya terminé —dijo Stark—. Este medio día eliminé a la última, esa chica que trabajaba antes en Darwin Press, con el jefe del departamento de contabilidad.

Se percibía el acento, muy levemente.

—Ella fue la que le dio las municiones al chico Clawson en primer lugar —dijo Stark—. Ya la encontrarán los polizontes; tiene un rincón en el centro, en la Segunda Avenida. Parte de ella está en el piso; el resto lo dejé sobre la

mesa de la cocina —rió—. Ha sido una semana muy ajetreada, Thad. He estado saltando tan aprisa como un cojo en un concurso de patear traseros. Sólo llamé para que estés tranquilo.

—Pues no me siento muy tranquilo.

—Bueno, date tiempo, amigo; date tiempo. Creo que me iré al sur, a pescar un poco. La vida de la ciudad me agota —se rió, con un sonido tan monstruosamente divertido que Thad sintió que le hormigueaba la piel.

Estaba mintiendo.

Thad lo sabía con la misma certeza que sabía que Stark había esperado a que se instalara el equipo de grabación y rastreo para hacer la llamada. ¿Podría él saber algo así? La respuesta era sí. Stark podía estar llamando desde alguna parte de la ciudad de Nueva York, pero los dos estaban unidos por el vínculo invisible, pero innegable, que conecta a los gemelos. Ellos eran gemelos, mitades del mismo ser, y Thad se aterrorizó al percibir que se escapaba de su cuerpo, que se escapaba por la línea del teléfono; no hasta Nueva York, no, pero sí hasta la mitad del camino, donde se reuniría con el monstruo en el centro de este ombligo. Tal vez en el oeste de Massachusetts, donde se encontrarían y fusionarían de nuevo, como se habían encontrado y fusionado cada vez que había puesto la cubierta en la máquina de escribir y tomado uno de los malditos lápices negros.

—¡Jodido embustero! —gritó.

Los agentes del FBI saltaron como un automóvil al cual, de repente, se le hunde el acelerador a fondo.

—¡Hey, Thad, eso no fue muy amable! —dijo Stark; se oía dolido—. ¿Pensaste que te lastimaría a ti?—¡Diablos, no! ¡Me estaba vengando por ti, muchacho! Sabía que yo era quien tenía que hacerlo. Ya sé que tú eres un gallina, pero no te lo tomo a mal; se necesita toda clase de gente para que siga girando el mundo. ¿Para qué diablos me molestaría en vengarte si iba a dejar las cosas de modo que no pudieras disfrutarlas?

Los dedos de Thad estaban sobre la pequeña cicatriz blanca de su frente, y la frotaba con tanta fuerza que la piel se había enrojecido. Estaba tratando —tratando desesperadamente— de sostenerse. De sostenerse en su propia realidad básica.

Está mintiendo, y sé porqué, y él sabe que lo sé, y sabe que no importa, porque nadie me creerá. El sabe lo extraño que resulta esto para todos, y sabe que están escuchando, sabe lo que piensan... pero también sabe cómo piensan, y eso lo pone a salvo. Ellos suponen que es un psicópata que cree que es George Stark, porque eso es lo que deben suponer. Cualquier otra cosa va en contra de todo lo que han aprendido, de todo lo que son. Eso no lo cambiarán todas las huellas dactilares del mundo. Sabe que se sentirán más tranquilos si da a entender que no es George Stark, si da a entender que finalmente se ha dado cuenta. No retirarán de inmediato la protección policiaca... pero él puede acelerar el retiro.

—Tú sabes de quien fue la idea de enterrarte. Fue mía.

—¡No, no! —dijo Stark sosegado, y sonó casi como ¡na, na! —te confundieron, eso es todo. Cuando apareció esa bola de lodo de Clawson te quedaste pasmado, eso fue lo que pasó. Y luego, cuando llamaste a ese mono entrenado que se llamaba a sí mismo agente literario, realmente te dio un mal consejo. Es como si alguien se caga en la mesa de tu comedor, Thad, y tú recurres a una persona en quien confías y le preguntas qué puedes hacer al respecto, y esa persona te dice: "No hay problema; sólo ponle un poco de salsa de cerdo. La mierda con salsa de cerdo es estupenda en una noche fría." Por tu propia iniciativa, nunca hubieras hecho lo que hiciste. Yo lo sé, amigo.

—¡Esa es una maldita mentira, y tú lo sabes!

Y de repente se dio cuenta de lo perfecta que era la trama, y lo bien que Stark entendía a la gente con que trataba. Ahora va a lucirse y lo dirá. Saldrá con que él no es George Stark. Y cuando lo diga, lo creerán. Escucharán la cinta que ahora mismo está dando vueltas en el sótano, y Alan y todos los demás creerán lo que dice. Porque no sólo es lo que quieren creer; es lo que ya creen.

—No sé nada de eso —dijo Stark con calma, casi amistosamente—. Ya no te voy a molestar, Thad, pero antes de irme, al menos déjame darte un consejo. Tal vez te haga bien. No te engañes pensando que yo soy George Stark. Ese fue mi error. Tuve que matar a un montón de gente para que se me acomodara la cabeza otra vez.

Thad escuchaba, atónito. Había cosas que debería estar diciendo, aunque al parecer no podía superar esa misteriosa sensación de alejamiento de su propio cuerpo, a la cual se sumaba el asombro ante el descaro puro y perfecto del hombre.

Recordó la infructuosa conversación con Alan Pangborn y se preguntó de nuevo quién era él cuando fabricó a Stark, cuyo inicio no había sido más que otra invención suya. ¿Dónde se situaba exactamente el límite de la realidad? ¿Había creado este monstruo saliéndose de algún modo de ese límite, o existía otro factor, un factor X que no podía ver, sino que sólo escuchaba en los gritos de esos pájaros fantasmales?

—No lo sé —estaba diciendo Stark con una risa tranquila—, tal vez en verdad estoy tan loco como afirmaron cuando estuve en ese lugar.

Oh, muy bien, muy bien, ponlos a buscar en los asilos para dementes del sur a un hombre alto, de hombros anchos, con cabello rubio. Eso no despistará a todos, pero está bien para empezar, ¿no es cierto?

Thad apretaba el auricular, la cabeza le palpitaba con una furia intensa.

—Pero me gustaban tanto esos libros que no lamento en lo más mínimo lo que hice, Thad. Cuando estaba.. ahí... en el manicomio... creo que fueron la única cosa que me mantuvo cuerdo. ¿Y sabes algo? Creo que me siento mejor ahora. Ahora estoy seguro de quién soy, y eso ya es una mejoría. Creo que se le podría llamar terapia a lo que hice, pero supongo que no hay mucho futuro en ella, ¿tú que piensas?

—¡Deja ya de mentir, maldito! —gritó Thad.

—Podríamos discutir ese punto —dijo Stark—. Lo podríamos discutir de ida y vuelta al infierno, pero nos tomaría un buen rato. Me imagino que te dijeron que me entretuvieras en la línea, ¿no es verdad?

—No. No te necesitan en la línea. Y tú lo sabes.

—Dale mis saludos a tu bella esposa —dijo Stark, en un tono que casi sugería respeto—. Cuida a tus bebés. Y tú, tómalo con calma, Thad. Ya no te voy a molestar. Es...

—¿Qué hay acerca de los pájaros? —preguntó Thad inesperadamente—. ¿Oyes a los pájaros, George?

Hubo un súbito silencio en la línea. Thad pareció percibir una calidad de sorpresa en él... como si, por primera vez en la conversación, algo no concordara con el guión que tan cuidadosamente había preparado George Stark. No sabía exactamente por qué, pero era como si sus terminales nerviosas poseyeran alguna comprensión secreta, de la cual carecía el resto de su ser. Sintió un momento de triunfo frenético, la clase de triunfo que podría sentir un boxeador aficionado al conectar un golpe entre la guardia de Mike Tyson, y mandar al campeón de espaldas a la lona.

—¿George, oyes los pájaros?

El único sonido en la habitación era el tic tac del reloj en la repisa de la chimenea. Liz y los agentes del FBI tenían la mirada fija en él.

—No sé de qué estás hablando, amigo —dijo Stark lentamente—. Pudiera ser que tú...

—No —dijo Thad, y rió con ferocidad. Sus dedos continuaban frotando la pequeña cicatriz blanca en la frente, la cual tenía una vaga forma de signo de interrogación—. No, no sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? Bien, escúchame un minuto, George. Yo sí oigo los pájaros. Aún no sé qué significan... pero lo sabré. Y cuando lo sepa...

Pero ahí se detuvieron las palabras. ¿Qué pasaría cuando lo supiera? Lo ignoraba.

La voz en el otro extremo replicó tranquilamente, con una gran deliberación y énfasis:

—Sea lo que sea de lo que estás hablando, Thad, no me interesa. Porque esto ya terminó.

Se oyó un chasquido. Stark se había ido. Thad sintió casi como si lo jalaran a lo largo de la línea del teléfono desde ese mítico lugar de reunión en el oeste de Massachusetts; un tirón que no tenía la velocidad del sonido o de la luz, sino del pensamiento, y lo regresaba de nuevo a su propio cuerpo, Stark al desnudo, otra vez.

Jesús.

Dejó caer el auricular y éste quedó ladeado en el soporte. Se dio vuelta sobre unas piernas que sentía como zancos, sin molestarse en colocarlo bien.

Dave entró corriendo a la habitación desde una dirección, Wes desde otra.

—¡Funcionó perfectamente! —vociferó Wes. Los agentes del FBI se sobresaltaron una vez más. Malone emitió un sonido de "¡liiik!" muy parecido al que atribuyen las tiras cómicas a las mujeres cuando ven un ratón. Thad trató de imaginarse cómo reaccionarían estos dos en una confrontación con una banda de terroristas o asaltantes de banco armados, y no pudo. Tal vez estoy demasiado cansado, pensó.

Los dos electricistas ejecutaron una torpe danza, dándose mutuamente palmadas en la espalda, y después salieron corriendo hacia la camioneta del equipo.

—Era él —le dijo Thad a Liz—. Lo negó, pero era él. El.

Liz se acercó, lo abrazó estrechamente y Thad se dio cuenta de que lo necesitaba, no sabía cuánto lo necesitaba hasta que ella lo hizo.

—Lo sé —susurró Liz en su oído. Thad apoyó el rostro contra el cabello de su esposa y cerró los ojos.

2

El alboroto había despertado a los gemelos; ambos lloraban con gran vehemencia en la planta alta. Liz subió a buscarlos. Thad empezó a seguirla, luego regresó para colocar correctamente el auricular en el soporte. De inmediato repiqueteó. En el otro extremo estaba Alan Pangborn. Se había detenido en el cuartel de la policía estatal de Orono para tomar una taza de café antes de su cita con el doctor Hume, y mientras estaba ahí, Dave el electricista le comunicó por radio la noticia de la llamada y los resultados preliminares del rastreo. Se le oía muy excitado.

—Aun no terminamos con el rastreo, pero ya sabemos que la llamada provino de la ciudad de Nueva York, clave de área 212 —dijo—. En cinco minutos más tendremos la ubicación precisa.

—Era él —repitió Thad—. Era Stark. Lo negó, pero era Stark. Alguien debe investigar que pasó con la chica que mencionó. Su nombre probablemente sea Darla Gates.

—¿La golfa de Vassar con malos hábitos nasales?

—Correcto —dijo Thad. Aunque dudaba de que a Darla Gates le siguiera preocupando su nariz en una forma u otra. Se sentía inmensamente cansado.

—Pasaré el nombre al departamento de policía de Nueva York.

¿Cómo se siente, Thad? —Estoy bien. —¿Liz?

—¿Qué le parece si por ahora, dejamos de lado los formalismos de la buena educación? ¿Oyó lo que dije? Era él. No importa lo que haya dicho, era él.

—Bueno... ¿por qué no esperamos los resultados del rastreo?

Su voz tenía un matiz que Thad no había escuchado antes. No era la especie de incredulidad cautelosa que había mostrado cuando por primera vez se dio cuenta de que los Beaumont hablaban de Stark como de un sujeto real, sino de desconcierto efectivo. Era una percepción de la que Thad habría prescindido gustoso, pero era demasiado clara en la

voz del sheriff. Desconcierto, y de una clase muy especial, la que se siente por alguien demasiado turbado, o estúpido, o tal vez demasiado insensible para sentirla por sí mismo. Thad sintió que la idea le causaba un destello de diversión muy amarga.

—Está bien, esperaremos y veremos —accedió Thad—. Y mientras estamos esperando y viendo, espero que seguirá adelante y asistirá a la cita con mi doctor.

Pangborn estaba respondiendo algo acerca de hacer otra llamada primero, pero de repente a Thad ya no le interesó. El ácido estaba brotando en su estómago de nuevo, y esta vez era un volcán. George, el viejo zorro, pensó. Suponen que ven a través de él. Eso es lo que quiere que supongan. Mientras ven a través de él, los está observando, y cuando se alejen —cuando se alejen lo suficiente—, George, el viejo zorro, llegará en su Toronado negro. ¿Y qué voy a hacer para detenerlo?

Colgó el teléfono, cortando la voz de Pangborn, y subió a ayudar a Liz a cambiar los gemelos y vestirlos para la tarde.

Y siguió pensando en la sensación que había experimentado, la sensación de estar atrapado de alguna forma en una línea telefónica que corría bajo el campo del oeste de Massachusetts, atrapado en la oscuridad con el viejo zorro de George Stark. Se había sentido como en la Villa Final.

3

Diez minutos más tarde, el teléfono sonó de nuevo. Se detuvo a la mitad de la segunda llamada, y Wes el electricista le avisó a Thad que lo llamaban por teléfono. Descendió a la planta baja para contestar.

—¿Dónde están los agentes del FBI? —le preguntó a Wes. .

Durante un momento, estuvo seguro de que Wes iba a responder: "¿Agentes del FBI? Yo no he visto ningún agente del FBL"

—¿Ellos? Ya se marcharon —Wes encogió los hombros significativamente, como preguntando a Thad si había esperado otra cosa—. Tienen todas esas computadoras y si no juegan con ellas, me imagino que alguien más podría preguntarse por qué hay tanto tiempo perdido, y tal vez tendrían que recortar el presupuesto, o tomar otra medida.

—¿Pero hacen algo?

—No —dijo Wes enfático—. No en casos como éstos. O si lo hacen, nunca me ha tocado verlo. Escriben todo lo que pueden, eso sí. Después lo alimentan en una computadora en algún lugar. Como le dije.

Ya veo.

Wes miró su reloj.

—Dave y yo también nos vamos. El equipo funciona automáticamente. Ni siquiera le enviarán la factura.

—Bien —dijo Thad, dirigiéndose al teléfono—. Y gracias. —No hay problema. ¿Señor Beaumont?

Thad se volvió.

—¿,Si fuera a leer uno de sus libros, me aconsejaría que leyera uno de los que escribió con su propio nombre, o uno con el nombre del otro sujeto?

—Pruebe con el otro sujeto —dijo Thad, tomando el auricular—. Más acción.

Wes asintió, esbozó un saludo y salió.

—¿Hola? —dijo Thad. Pensaba que debía injertarse un teléfono en un lado de la cabeza. Se ahorraría tiempo y molestias. Desde luego, con el equipo de grabación y rastreo adheridos. Lo podría llevar en la espalda en una mochila.

—Hola, Thad. Alan. Todavía estoy en el cuartel de la policía estatal. Escuche, las noticias respecto al rastreo del teléfono no son muy buenas. Su amigo llamó desde una cabina pública en la estación Pennsylvania.

Thad recordó lo que había dicho Dave, el otro electricista, acerca de instalar todo ese equipo tan refinado y costoso para rastrear una llamada hasta una cabina de teléfonos de un centro comercial en algún sitio.

—¿Está sorprendido?

—No. Decepcionado, pero no sorprendido. Esperamos un desliz. Y créalo o no, generalmente lo obtenemos, tarde o temprano. Me gustaría visitarlos esta noche. ¿Está bien?

—Está bien —dijo Thad—. ¿Por qué no? Si nos aburrimos, podemos jugar bridge.

—Esperamos tener la impresión de su voz para esta noche. —Así que obtuvieron las características de su voz. ¿Y qué? —No son las características. Es la impresión. —No entien...

—La impresión de voz es una gráfica generada por computadora, la cual representa minuciosamente las cualidades vocales de una persona —dijo Pangborn—. No tiene nada que ver con el habla precisamente, no nos interesan los acentos, impedimentos, pronunciación, esa clase de cosas. Lo que la computadora sintetiza es el tono y la graduación, lo que los expertos llaman voz de cabeza; y el tiempo y la resonancia, lo que se conoce como voz de pecho o vientre. Son impresiones verbales, y lo mismo que las huellas digitales, nadie ha encontrado dos que sean exactamente iguales. Me han dicho que la diferencia en las impresiones de voz de gemelos idénticos es mucho más extensa que la diferencia en sus huellas dactilares.

Hizo una pausa.

—Enviamos una copia de alta definición de la cinta que obtuvimos al OFOL en Washington. Nos darán una comparación de la impresión de su voz y la impresión de la voz de él. Aquí en el cuartel de la policía estatal los compañeros se morían por decirme que estoy loco. Lo podía ver en sus rostros, pero después de las huellas dactilares y

su coartada, ninguno tuvo el valor para decirlo.

Thad abrió la boca, trató de hablar, no pudo, se humedeció los labios otra vez, y todavía no pudo.

—¿Thad? ¿Me va a colgar de nuevo?

—No —dijo, y de repente pareció que tenía un grillo en la mitad de su voz—. Gracias, Alan.

—No, no diga eso. Sé por lo que me está dando las gracias, y no quiero confundirlo. Sólo estoy tratando de seguir los procedimientos normales de investigación. En este caso, el procedimiento es un poco insólito, lo admito, pero también las circunstancias son un poco insólitas. Eso no significa que usted deba adoptar suposiciones injustificadas. ¿Me entiende?

—Sí. ¿Qué es el OFOL?

—¿OF...? Ah. La Oficina Federal para la Observancia de la Ley. Tal vez lo único bueno que hizo Nixon en todo el condenado tiempo que pasó en la Casa Blanca. Está formada mayormente por bancos de computadoras que sirven como una cámara central de comprobación de datos para las agencias locales de la misma oficina... y los programadores que las manejan, desde luego. Tenemos acceso a las huellas digitales de casi todas las personas que han sido condenadas por delitos mayores en Estados Unidos desde 1969 más o menos. El OFOL también proporciona reportes balísticos para comparación, los tipos de sangre de delincuentes cuando se pudieron obtener, impresiones de voz y retratos generados por computadora de los sospechosos de algún crimen.

—¿Así que veremos si mi voz y la de él...?

—Sí. Debemos recibirlo para las siete o las ocho, si hay mucha carga en las computadoras.

Thad negó con la cabeza.

—Nuestras voces no sonaban nada parecidas.

—Escuché la cinta y sé eso —dijo Pangborn—. Déjeme repetirle: una impresión de voz no tiene absolutamente nada que ver con el habla. Voz de cabeza y voz de vientre, Thad. Hay una gran diferencia.

—Pero... —Dígame algo. ¿Le suenan iguales las voces de Elmer Gruñón y el pato Lucas?

Thad parpadeó.

—Bueno... no.

—Tampoco a mí —dijo Pangborn—. Sin embargo, un sujeto llamado Mel Blanc hace ambas, por no mencionar las voces del Conejo de la Suerte, Piolín, Silvestre y Dios sabe cuántas más. Tengo que irme. Los veré en la noche, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Está bien entre las siete treinta y las nueve? —Lo esperamos, Alan.

—Bueno, de cualquier modo, mañana regresaré a The Rock, y a menos que se presente un incidente imprevisto en el caso, ahí me quedaré.

—La vida sigue su marcha, ¿verdad? —dijo Thad, y pensó: Eso es lo que él espera, después de todo.

—Sí. Tengo que atender bastantes asuntos importantes. Ninguno tan importante como éste, pero la gente del condado de Castle me paga mi salario por atenderlos. ¿Sabe a lo que me refiero? —esto le pareció a Thad una pregunta seria y no sólo un paréntesis en la conversación.

—Sí, lo sé —comentó mientras pensaba—: ambos lo sabemos. Yo... y George el zorro.

—Tengo que irme, pero frente a su casa verá estacionada una patrulla de la policía estatal veinticuatro horas diarias hasta que esto termine. Estos tipos son rudos, Thad. Y si los policías de Nueva York bajaron un poco la guardia, los osos que lo están cuidando no lo harán. Nadie va ha subestimar a ese espectro de nuevo. Nadie se va a olvidar de usted, o va a permitir que usted y su familia se enfrenten solos a este peligro. Algunas personas estarán trabajando en el caso, y mientras tanto, otras lo estarán cuidando a usted y a los suyos. ¿Lo entiende, verdad?

—Sí. Lo entiendo —y pensó: *Hoy. Mañana. La semana próxima. Posiblemente el mes que viene. ¿Pero el próximo año? No hay forma.*

Lo sé y él también lo sabe. Ahora, no creen plenamente en lo que dijo acerca de recuperar la razón y dejar todo por la paz. Pero lo harán más tarde... cuando transcurran las semanas y no pase nada, será más que apropiado creerlo; y también resultará más económico. George y yo sabemos que el mundo sigue girando alrededor del sol en su curso acostumbrado, y así como sabemos eso, tan pronto como todas las personas estén ocupadas atendiendo otros casos, George se aparecerá y me atenderá a mí. Nosotros.

4

Quince minutos más tarde, Alan seguía en el cuartel de la policía estatal de Orono, todavía en el teléfono y todavía en espera. Se oyó un chasquido en la línea. Una mujer joven le habló en un leve tono de disculpa:

—¿Puede esperar un poco más, jefe Pangborn? La computadora está en uno de sus días lentos.

Alan consideró aclarar que era un sheriff, no un jefe, pero no se molestó. Era un error muy común.

—Seguro —dijo.

Click.

Se le regresó a No cuelgue, la versión del limbo de finales del siglo veinte.

Estaba sentado en una atestada y pequeña oficina al fondo del cuartel; un poco más atrás y acabaría atendiendo sus negocios en los arbustos. La habitación estaba llena de expedientes polvosos. El único escritorio era un refugiado de la

escuela primaria, con una superficie en declive, una tapa con goznes y un tintero. Alan lo sostuvo en las rodillas y lo balanceó distraído, hacia adelante y hacia atrás. Al mismo tiempo le daba vueltas al pedazo de papel, una y otra vez sobre el escritorio. En el papel, con la letra pequeña y pulcra de Alan, estaban escritos dos fragmentos de información: Hugh Pritchard y Hospital del condado de Bergenfield, Bergenfield, Nueva Jersey.

Pensaba en la última conversación con Thad, media hora antes, cuando le había dicho que los valientes patrulleros estatales lo protegerían a él y su esposa del demente malvado quien se creía ser George Stark, si es que aparecía. Alan se preguntaba si Thad lo había creído. Lo dudaba; era de pensarse que un hombre que escribía ficción como medio para ganarse la vida, tendría muy buen olfato para los cuentos de hadas.

Bueno, tratarían de proteger a Thad y Liz, concédeles eso. Pero Alan aún recordaba algo que había ocurrido en Bangor en 1985.

Una mujer había solicitado y recibido protección policiaca después de que el marido, de quien estaba separada, la golpeó brutalmente y amenazó con volver y matarla si ella continuaba con los planes para el divorcio. Durante dos semanas, el hombre no dio señales de vida. El departamento de policía de Bangor estaba a punto de cancelar la vigilancia cuando apareció el marido, conduciendo un camión de lavandería y vestido con un uniforme verde con el nombre de la empresa en la espalda de la camisa. Había caminado hasta la puerta con un bulto de ropa en las manos. La policía podría haber reconocido al hombre, a pesar del uniforme, si éste hubiese aparecido antes, en los primeros días de instalada la vigilancia, pero eso era discutible; cuando se presentó no lo reconocieron. Llamó a la puerta y cuando la mujer la abrió, el marido sacó una pistola del bolsillo de los pantalones y la mató. Antes de que los guardias asignados comprendieran plenamente lo que estaba pasando, ya no digamos que salieran del automóvil, el hombre estaba de pie en el pórtico, con las manos en alto. Había lanzado la pistola humeante hacia los rosales. "No disparen", había dicho tranquilamente. "Ya terminé." Resultó que el camión y el uniforme se los había prestado un amigote con quien acostumbraba embriagarse, y que ni siquiera estaba enterado de los problemas del criminal con su esposa.

El punto era muy sencillo: si alguien te tiene muchas ganas y además lo acompaña un poco de suerte, no te escapas. Ahí está Oswald; ahí está Chapman; y ahí está lo que el sujeto Stark le había hecho a esas personas en Nueva York.

Click.

—¿Sigue ahí, jefe? —preguntó radiante la voz femenina del Hospital del condado de Bergenfeld.

—Sí —dijo—. Aquí sigo.

—Ya le tengo la información que solicitó —dijo—. El doctor Hugh Pritchard se retiró en 1978. Tengo una dirección y un número de teléfono en el pueblo de Fort Laramie, Wyoming.

¿Me los da, por favor?

Alan, una vez anotada la información, le dio las gracias, colgó y marcó el número. El teléfono profirió la mitad de una llamada e intervino una máquina contestadora que empezó a recitar su informe en el oído de Alan.

"Hola, soy Hugh Pritchard", dijo una voz arenosa. Bien, pensó Alan, por lo menos el tipo todavía está vivo, ya es un paso en la dirección conecta. " Helga y yo no estamos ahora. Es probable que yo esté jugando golf. Sólo Dios sabe lo que esté haciendo Helga." La risita mohosa de un anciano. "Cuando escuche el zumbido, favor de dejar el mensaje que desee. Cuenta con cerca de treinta segundos."

"Doctor Pritchard, soy el sheriff Alan Pangborn," dijo. "Soy oficial de la policía en Maine. Necesito hablar con usted acerca de un hombre llamado Thad Beaumont. Usted le extirpó un tumor del cerebro en 1960, cuando él tenía once años. Favor de llamar por cobrar al cuartel de la policía estatal de Orono, 207-866-2121. Gracias."

Terminó con una leve transpiración. El hablar con las máquinas contestadoras siempre lo hacía sentirse como concursante en Gánele al reloj.

¿Por qué te molestas siquiera en todo esto?

La respuesta que le había dado a Thad era muy sencilla: procedimiento. Alan mismo no quedaba satisfecho con una respuesta tan poco convincente, porque él sabía que no era procedimiento. Lo sería —posiblemente— si este Pritchard hubiese operado al hombre que se hace pasar por Stark (excepto que ya no lo es, ahora dice que sabe quién es realmente) pero ése no era el caso. Había operado a Beaumont, y de cualquier modo ya habían transcurrido veintiocho años desde entonces.

¿Por qué, entonces?

Porque nada era coherente, ésa era la razón. Las huellas dactilares no lo eran, el tipo de sangre que se obtuvo de las colillas de cigarrillos no lo era; la combinación de sagacidad y furor homicida que había mostrado el hombre no lo era; la insistencia de Thad y Liz en que el seudónimo era real no lo era. Eso sobre todo. Era la afirmación de un par de lunáticos. Y ahora tenía algo más que no encajaba. La policía estatal aceptaba sin reservas la afirmación del hombre de que ahora por fin entendía quién era realmente. Para Alan, esta aseveración era tan auténtica como un billete de tres dólares. A leguas se veía como una treta, como una estratagema, una táctica de dilación.

Alan reflexionó sobre la probabilidad de que el hombre se propusiera seguir adelante.

Pero nada de esto responde a la pregunta, murmuró su mente. ¿Por qué te tomas tantas molestias? ¿Por qué estás llamando a Fort Laramie, Wyoming, en busca de un anciano médico, que lo más seguro es que no se acuerde ni remotamente de Thad Beaumont?

Porque no tengo nada mejor que hacer, se respondió a sí mismo, irritado. Porque desde aquí puedo llamar sin que los administradores del pueblo me estén jodiendo por los malditos cargos por larga distancia. Y porque ellos lo creen, Thad y Liz. Es descabellado, de acuerdo, pero en todo lo demás parecen muy sensatos... y, maldita sea, lo creen. Eso no significa que yo lo crea.

Y no lo creía.

¿O sí?

El día transcurrió lentamente. El doctor Pritchard no llamó. Pero las impresiones de voz llegaron poco después de las ocho, y fueron sorprendentes.

5

No fueron lo que Thad había esperado.

Había esperado una hoja de papel graficado con montañas en punta y valles, mismas que Alan trataría de explicarles. Thad y Liz asentirían prudentemente, como lo hacen las personas cuando se les explica algo que es demasiado complejo para entenderlo, y saben que si se atreven a preguntar, las explicaciones subsiguientes serán menos comprensibles aún.

En cambio, Alan les mostró dos hojas de papel blanco. A la mitad de cada hoja, corría una sola línea. Sí contenía unos cuantos grupos de picos, siempre en pares o tríos, pero en su mayor parte las líneas eran sinuosidades tranquilas (aunque un tanto irregulares). Y no había más que mirar de una a la otra para notar a simple vista que eran idénticas, o casi.

—¿Eso es todo? —preguntó Liz.

—No exactamente —dijo Alan—. Observen —deslizó una hoja sobre la otra, con el aire de un mago que ejecuta un truco excepcionalmente diestro. Sostuvo las hojas contra la luz. Thad y Liz miraron con atención las hojas sobrepuestas.

—Realmente lo son —dijo Liz en tono de respeto y temor—. Son iguales.

—Bien... no del todo —dijo Alan, y señaló tres puntos donde la línea de impresión de la hoja de abajo se trasparentaba levemente. Uno de los puntos estaba por encima de la línea de la hoja superior, los otros dos por abajo. En los tres casos, la diminuta trasparencia aparecía en lugares donde la línea mostraba picos—. Las diferencias están en la impresión de Thad, y sólo aparecen en los puntos de énfasis —Alan dio unos ligeros golpecitos con el dedo en cada trasparencia—.. Aquí: "Qué quieres, hijo de puta? ¿Qué jodidos quieres?" Y aquí: "Esa es una maldita mentira, y tú lo sabes." Y finalmente, aquí. "Deja de mentir, maldito." Hasta ahora, todos los que participan en el caso se están concentrando en esas tres diminutas diferencias, porque quieren aferrarse a la suposición de que nunca son iguales dos impresiones de voz. Pero el hecho es que en la parte de la conversación de Stark no hubo puntos de énfasis. El bastardo permaneció imperturbable, tranquilo y sereno todo el tiempo.

—Sí —dijo Thad—. Se le oía como si estuviese tomando una limonada.

Alan dejó las impresiones de voz sobre una mesa.

—En el cuartel de la policía estatal nadie cree realmente que estas dos impresiones de voz sean diferentes, aun con las diminutas discrepancias —dijo—. Washington nos envió las impresiones con mucha rapidez. La razón por la que llegué tan tarde es que el experto en Augusta, después de verlas, quiso una copia de la cinta. La enviamos desde Bangor en el vuelo diario de Eastern Airlines y la reprodujeron en un dispositivo llamado amplificador de audio. Lo utilizan para averiguar si realmente fue una persona la que dijo las palabras que están investigando, o si están escuchando una grabación.

—¿Es en vivo o en Memorex? —dijo Thad. Estaba sentado junto a la chimenea, tomando un refresco.

Liz, después de ver las impresiones de voz, se había acercado de nuevo al corralito. Estaba sentada en el piso, con las piernas cruzadas, tratando de evitar que William y Wendy se golpearan uno al otro las cabezas mientras se examinaban los dedos de los pies.

—¿Por qué hicieron eso?

Alan señaló con el pulgar a Thad, quien sonreía amargamente.

—Su marido lo sabe.

Thad preguntó a Alan:

—Con las pequeñas diferencias en los picos, por lo menos se pueden engañar a sí mismos de que hablaban dos voces diferentes, aun cuando estuvieran convencidos de lo contrario. Eso quiso decir, ¿verdad?

—Ajá. Si bien nunca he sabido de impresiones de voz, ni tan remotamente parecidas como éstas —se encogió de hombros—. Lo admito, mi experiencia en esto no es tan extensa como la de los sujetos del OFOL, quienes las estudian como un medio para ganarse la vida, o incluso como la de los hombres en Augusta, quienes son más o menos profesionales en general de impresiones de voz, huellas dactilares, huellas de pies, huellas de neumáticos. Pero leo la literatura, y yo estaba ahí cuando llegaron los resultados, Thad. Se están engañando a sí mismos, sí, pero no están poniendo mucho empeño.

—Así que tenemos tres diferencias insignificantes, pero no bastan. El problema es que yo enfaticé la voz y Stark no. Por tanto, recurrieron a este amplificador, en espera de encontrar una postura de reserva. En espera, de hecho, de que la conversación en el extremo de Stark fuese una grabación. Hecha por mí —levantó una ceja en dirección a Alan—. ¿Gané el primer premio?

—No sólo el primer premio, también se ganó la vajilla para seis y el viaje gratis a Kittery.

—Es la cosa más descabellada que he oído —dijo Liz en tono terminante.

Thad rió sin muchas ganas.

—Todo es descabellado. Piensas que podría haber cambiado mi voz, como Rich Little... o Mel Blanc. La idea es que yo grabé una cinta con mi voz de George Stark, dejando espacios vacíos donde yo pudiera responder, frente a testigos, con mi propia voz. Desde luego, tendría que conseguir un dispositivo para enganchar la grabadora a un teléfono público. ¿Sí existen esas cosas, verdad, Alan?

—Puede apostar a que sí. Están a la venta en todas las tiendas de artículos electrónicos, o marque simplemente el 800 que aparecerá en su pantalla los operadores están a la expectativa.

—Correcto. Pero aparte necesitaría un cómplice, alguien de mi confianza iría a la estación Pennsylvania, adaptaría el reproductor de cintas en la cabina como si fuera lo más normal del mundo, y llamaría á mi casa en la hora indicada. Luego... —se interrumpió—, a propósito, ¿cómo se pagó la llamada? Me olvidé de eso. No fue por cobrar.

—Se utilizó su tarjeta de crédito para teléfonos —dijo Alan—. obviamente, se la dio a su cómplice.

—Sí, obviamente. Una vez que empezara toda esta superchería, sólo tenía que hacer dos cosas. Una, asegurarme de contestar yo mismo el teléfono. La segunda, recordar mi parte del diálogo e insertarlo en las pausas correctas. Lo hice muy bien, ¿no opina lo mismo, Alan?

—Sí. Fantástico.

—Cuando lo indica el guión, mi cómplice cuelga el teléfono. Retira el reproductor de cintas, se lo pone bajo el brazo...

—Diablos, se lo desliza en el bolsillo —dijo Alan—. El equipo que venden ahora es tan avanzado que incluso la CIA adquiere sus dispositivos en Radio Shack.

—De acuerdo, se lo desliza en el bolsillo y se va. El resultado es una conversación en la cual se ve y escucha que hablo con un hombre a ochocientos kilómetros de distancia, un hombre que se oye diferente, a quien se le oye, de hecho, un ligerísimo acento sureño; pero que tiene la misma impresión de voz que yo. Se repite lo de las huellas digitales, pero mejor hecho.

Miró a Alan en espera de una confirmación.

—Pensándolo bien —dijo Alan—, conviértalo en un viaje a Portsmouth con todos los gastos pagados.

—Gracias.

—De nada.

—No sólo es descabellado —dijo Liz—, es absolutamente increíble. Creo que deberían hacerse examinar...

Mientras distrajo su atención, los gemelos por fin lograron golpearse las cabezas y empezaron a llorar a todo pulmón. Liz cargó a William. Thad rescató a Wendy.

Cuando pasó la crisis, Alan dijo:

—Coincido en que es increíble. Usted lo sabe, yo lo sé, y ellos también lo saben. Pero Conan Doyle puso en labios de Sherlock Holmes una máxima que todavía es aplicable en la detección del crimen: cuando se eliminan todas las explicaciones imposibles, lo que queda es la respuesta... independientemente de lo improbable que sea.

—Creo que el original es un poco más elegante —dijo Thad.

—Váyase al diablo —Alan sonrió.

—Es posible que ustedes dos encuentren esto muy divertido, pero yo no —dijo Liz—. Thad tendría que estar demente para hacer algo así. Desde luego, tal vez la policía piensa que ambos estamos dementes.

—No piensan tal cosa —respondió Alan seriamente—, al menos no hasta el momento, y no lo harán, en tanto que ustedes guarden para sí mismos los relatos más descabellados.

—¿Qué hay acerca de usted, Alan? —preguntó Thad—. A usted ya le contamos nuestros relatos descabellados, ¿qué piensa?

—No pienso que estén locos. Si lo creyera, todo sería mucho más sencillo. No sé lo que está pasando.

—¿Qué obtuvo del doctor Hume? —quiso saber Liz.

—El nombre del doctor que operó a Thad cuando era un chiquillo —dijo Alan—, es Hugh Pritchard. ¿Le suena conocido, Thad?

Thad frunció el ceño y reflexionó. Al cabo, dijo:

—Creo que sí... pero podría engañarme yo mismo. Ha pasado mucho tiempo.

Liz se inclinaba hacia adelante, con los ojos brillantes; William miraba a Alan con los ojos muy abiertos desde la seguridad del regazo de su madre.

—¿Qué le dijo Pritchard? —preguntó.

—Nada. Me respondió una grabadora, lo que al menos me permite deducir que el hombre está vivo, y eso es todo. Dejé un mensaje.

Liz se recargó en la silla, claramente decepcionada.

—¿Y qué pasó con mis exámenes? —preguntó Thad—. ¿Ya los recibió Hume? ¿O no se lo quiso decir?

—Dijo que cuando tuviera los resultados usted sería el primero en saberlo —dijo Alan; sonrió—. El doctor Hume pareció ofenderse ante la idea de decirle algo a un sheriff de condado.

—Ese es George Hume —dijo Thad y sonrió—. Brusco es su segundo nombre.

Alan se movió inquieto en su asiento.

—¿Le gustaría tomar algo, Alan? —preguntó Liz—. ¿Una cerveza o una Pepsi?

—No gracias. Regresemos a lo que la policía estatal cree y no cree. No creen que ninguno de ustedes esté involucrado, pero se reservan el derecho a creer que pudieran estarlo. Saben que no le pueden cargar el trabajo de anoche y el de esta mañana, Thad. Tal vez fuera un cómplice, el mismo, hipotéticamente, que habría puesto en práctica

el truco de la grabadora, pero no usted. Usted estuvo aquí.

—¿Y Darla Gates? —preguntó Thad en voz queda—. ¿La chica que trabajaba en la oficina del contralor?

—Muerta. El cuerpo mutilado en forma bárbara, como lo sugirió, pero primero le disparó un tiro en la cabeza. No sufrió. —Eso es una mentira.

Alan parpadeó.

—No se libró de ella con tanta limpieza. No después de lo que le hizo a Clawson. En realidad, ella fue la primera soplona. Clawson le bailó el dinero ante los ojos, no puede haber sido mucho, a juzgar por el estado de las finanzas de Clawson, y ella lo complació soltando la lengua. Así que no me diga que antes de cortarla le disparó y que no sufrió.

—Está bien —dijo Alan—. No fue así. ¿Quieren saber cómo sucedió realmente?

—No —dijo Liz de inmediato.

Hubo un momento de pesado silencio en la habitación. Incluso los gemelos parecían sentirlo; se miraban el uno al otro con un aire de gran solemnidad. Thad fue quien rompió el silencio.

—Déjeme preguntarle otra vez: ¿usted qué cree? ¿Qué cree ahora?

—No tengo una teoría. Sé que usted no grabó la parte de Stark en la conversación, porque el amplificador no detectó ningún zumbido de la cinta, y cuando se aumenta el audio, se puede oír el altoparlante de la estación Pennsylvania anunciando que él tren para Boston está listo para abordarse en la vía número tres. El tren para Boston se abordó ésta tarde en la vía tres. Los pasajeros empezaron a subir a las dos treinta y seis p.m., lo que concuerda con su pequeña plática. Si la conversación hubiese sido grabada en el extremo de Stark, ya fuese Liz o usted, me habrían preguntado qué había mostrado el proceso de amplificación en cuanto hablé de ello. Ninguno lo hizo.

—Todo eso y aún no lo cree, ¿verdad?—dijo Thad—. Quiero decir que lo tiene intrigado, lo suficiente para que realmente esté tratando de localizar al doctor Pritchard, pero no puede llegar al meollo de lo que está pasando, ¿no es así? —se le oía frustrado y hostil, incluso consigo mismo.

—El propio sujeto admitió que no era Stark.

—Oh, sí. Fue muy sincero al respecto —repuso Thad riendo.

—Actúa como si no le sorprendiese.

—No me sorprende. ¿A usted sí?

—Francamente, sí. Después de tantos trabajos para establecer el hecho de que usted y él comparten las mismas huellas dactilares, la misma impresión de voz...

—Alan, espere un segundo —dijo Thad.

Alan obedeció, mirándolo inquisitivamente.

—Esta mañana le dije que pensaba que era George Stark quien estaba haciendo todo esto. No un cómplice mío, ni un psicópata que hubiese encontrado la forma de usar las huellas digitales de otra persona, es decir, en los intervalos entre sus impulsos homicidas y sus fugas de identidad, y usted no me creyó. ¿Me cree ahora?

—No, Thad. Ojalá pudiera decirle lo contrario, pero por ahora sólo puedo afirmar que creo que usted lo cree —movió la mirada para incluir a Liz—. Ambos lo creen.

—Sólo optaré por la verdad, ya que cualquier otra cosa propiciará que me asesinen —dijo Thad—, y lo más probable es que también a mi familia, junto conmigo. En este punto, me alivia un poco el oírlo decir que no tiene una teoría. No es mucho, pero es un paso hacia adelante. Lo que estaba tratando de demostrarle es que las huellas digitales y las impresiones de voz no muestran ninguna diferencia, y Stark lo sabe. Puede decir todo lo que quiera acerca de descartar lo imposible y aceptar lo que resta, sin importar que no sea probable, pero eso no funciona en este caso. Usted no acepta a Stark, y él es lo que queda cuando se elimina el resto. Permítame exponerlo en estas palabras, Alan: si usted tuviese esta misma evidencia de padecer un tumor en el cerebro, iría a un hospital, se sometería a una operación, y aunque el pronóstico fuera favorable no saldría vivo.

Alan abrió la boca, sacudió la cabeza y la cerró de nuevo. Aparte del reloj y los arrullos y balbuceos de los gemelos, el silencio era total en la sala, donde Thad empezaba a sentir que había pasado toda su vida adulta.

—Por una parte, cuenta con la suficiente evidencia para presentar un sólido caso circunstancial en la corte —prosiguió Thad suavemente—. Por la otra, cuenta con la afirmación no corroborada de una voz en el teléfono de que él "ahora se siente mejor", que "ahora sabe quién es. Sin embargo, va a ignorar la evidencia en favor de esa afirmación.

—No, Thad. Eso no es verdad. Por ahora, no estoy aceptando ninguna afirmación, ni la suya, ni la de su esposa, y mucho menos la que hace un hombre que llamó por teléfono. Estoy abierto a todas las opciones.

Thad movió el pulgar sobre su hombro señalando la ventana. Detrás de las cortinas ondulantes, se podía ver el automóvil de la policía estatal de los patrulleros que vigilaban la casa de los Beaumont.

—¿Y qué me dice de ellos? ¿Están abiertos a todas las opciones todavía? Desearía por Cristo que usted se quedase aquí, Alan; no lo cambiaría por un ejército de patrulleros estatales porque al menos, usted tiene un ojo medio abierto. Los de ellos están completamente cerrados.

—Thad...

—No importa —dijo Thad—, es cierto. Usted lo sabe... y él también lo sabe. Esperará. Cuando todos decidan que ya terminó y los Beaumont están a salvo, cuando la policía recoja sus cosas y se marche, George Stark vendrá aquí.

Hizo una pausa, su rostro se mostraba oscuro y complicado. Alan vio pesar, determinación y temor en ese rostro.

—Les voy a decir algo, se los diré a ambos. Sé exactamente lo que él quiere. Quiere que yo escriba otra novela con el nombre de Stark, probablemente otra novela acerca de Alexis Machine. No sé si lo pudiera hacer, pero si pensara que sería útil, lo intentaría. Tiraría El perro de oro a la basura y empezaría esta misma noche.

—¡Thad, no! —gritó Liz.

—No te preocupes —dijo—. Eso me mataría. No me pregunten cómo lo sé: así es. Pero lo intentaría si mi muerte significara el final de todo. Pero no creo que lo fuera. Porque realmente no creo que sea un hombre en lo absoluto.

Alan guardaba silencio.

¡Bien! —dijo Thad, hablando con el aire de un hombre que da por terminada una importante negociación—. Así es como están las cosas. No puedo, no quiero, no debo. Eso significa que él vendrá. Y cuando venga, sólo Dios sabe lo que sucederá.

—Thad —dijo Alan incómodo—, lo que necesita es un poco de perspectiva, eso es todo. Y una vez que la obtenga, la mayor parte de esto... se desvanecerá. Como una burbuja de jabón. Como una pesadilla en la mañana.

—Lo que necesitamos no es perspectiva —dijo Liz. Los dos hombres la miraron y vieron que lloraba silenciosamente. No muchas, pero ahí estaban las lágrimas—. Lo que necesitamos es que alguien lo detenga.

6

Alan regresó a Castle Rock en las primeras horas del día siguiente y llegó a su hogar poco antes de las dos de la madrugada. Se deslizó en la casa tan silenciosamente como pudo, observando que Annie se había olvidado otra vez de activar la alarma contra robos. No le gustaba presionarla sobre eso —sus migrañas se habían vuelto más frecuentes en los últimos días—, pero suponía que tendría que hacerlo, tarde o temprano.

Empezó a subir las escaleras, con los zapatos en la mano, moviéndose con una suavidad que lo hacía parecer como si flotara. Su cuerpo poseía una gracia ¡nata, justo lo contrario, de la torpeza de Thad Beaumont, la cual Alan mostraba rara vez; su carne parecía conocer algún recóndito secreto del movimiento al que su mente encontraba un tanto embarazoso. Ahora, en este silencio, no había necesidad de ocultarlo, y se movía con una naturalidad instintiva que era casi macabra.

A la mitad de las escaleras se detuvo... y bajó de nuevo. Junto a la sala tenía un pequeño estudio, un espacio no mucho más grande que un closet para escobas, amueblado con un escritorio y algunos estantes para libros, pero adecuado a sus necesidades. Trataba de no llevarse el trabajo a casa. No siempre tenía éxito, pero lo intentaba con afán.

Cerró la puerta, encendió la luz y miró el teléfono.

¿No lo vas a hacer realmente, verdad?, se preguntó a sí mismo. Me refiero a que es casi media noche, hora de las Rocallosas, y este sujeto no sólo es un doctor retirado; es un neurocirujano retirado. Si lo despiertas a esta hora, lo más seguro es que te construya otro agujero en el trasero.

Alan pensó entonces en los ojos de Liz Beaumont —sus ojos oscuros, atemorizados— y decidió que lo iba a hacer. Tal vez hasta resultara útil; una llamada a media noche establecería el hecho de que era un asunto serio y pondría a pensar al doctor Pritchard. Luego Alan lo llamaría otra vez a una hora más razonable.

Quién sabe, pensó sin mucha esperanza, pero con algo de humor, tal vez echa de menos las llamadas a media noche.

Alan sacó el pedazo de papel del bolsillo de la camisa de su uniforme y marcó el número de Hugh Pritchard en Fort Lammie. Lo hizo de pie, preparándose para recibir una explosión de enojo de esa voz ronca.

No necesitaba haberse preocupado; la contestadora irrumpió después de la misma fracción de un llamado, y trasmitió el mismo mensaje.

Colgó pensativamente y se sentó detrás del escritorio. La lámpara de mesa trazaba un círculo de luz en la superficie del escritorio, y Alan empezó a formar una serie de sombras de animales en su resplandor, un conejo, un perro, un halcón, incluso un canguro bastante aceptable. Cuando estaba solo y en reposo, sus manos poseían la misma gracia ¡nata que el resto de su cuerpo; bajo esos dedos de flexibilidad fantástica, los animales parecían marchar en un desfile a través de la diminuta concentración de luz proyectada por la lámpara encapuchada, fusionándose cada uno en el siguiente. Este pequeño entretenimiento siempre había divertido y fascinado a sus hijos y, con frecuencia, servía para tranquilizar su mente en los momentos de problemas más agudos.

Ahora no funcionaba.

El doctor Hugh Pritchard está muerto. También fue víctima de Stark.

Eso era imposible, por supuesto; suponía que si alguien le ponía una pistola en la cabeza, se podría tragar la historia de un fantasma, pero no la de un Superman maligno, fantasmal, que cruzaba continentes enteros de un solo salto. Se le ocurrían varias razones válidas para que una persona dejara conectada la contestadora en la noche. Entre ellas, no era la menor el evitar que personas extrañas, como el sheriff Alan J. Pangborn, de Castle Rock, Maine, los molestara a media noche.

Sí, pero está muerto. El y también su esposa. ¿Cómo se llamaba? Helga. "Es probable que yo esté jugando golf; sólo Dios sabe lo que esté haciendo Helga. "Pero yo sé lo que está haciendo Helga; sé lo que están haciendo ambos. Yacen empapados en sangre con las gargantas cortadas, eso es lo que pienso, y en la pared de su sala en Big Sky Country, está escrito un mensaje. LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO.

Alan Pangborn se estremeció. Era un desatino, pero eso no evitó el estremecimiento que lo recorrió como un alambre.

Marcó el servicio de información de Wyoming, obtuvo el número de la oficina del sheriff de Fort Laramie, e hizo otra llamada. Le contestó un despachador que se oía medio dormido. Alan se identificó, le explicó al despachador a quién había estado tratando de localizar y dónde vivía, y luego le preguntó si tenía al doctor Pritchard en el expediente

de vacaciones. Si el doctor y su esposa habían salido de vacaciones —y ya se acercaba la temporada— probablemente habrían informado a las autoridades locales, pidiéndoles que vigilaran su casa durante su ausencia.

—Bien —dijo el despachador—, ¿por qué no me da su número? Le llamaré con la información.

Alan suspiró. Otro procedimiento regular. Más patrañas, por no afinar demasiado. El tipo éste no quería dar la información hasta asegurarse de que Alan era quien decía ser.

—No —dijo—. Estoy llamando desde casa, y ya está bien avanzada la noche.

—Aquí no es exactamente mediodía, sheriff Pangborn —respondió lacónico el despachador.

Alan suspiró de nuevo.

—Estoy seguro que es cierto —dijo—, y también estoy seguro de que su esposa y niños no están durmiendo en la planta alta. Haga esto, amigo: llame al cuartel de la policía estatal de Maine, en Oxford, Maine, le daré el número, y verifique mi nombre. Ahí le pueden proporcionar mi número de identificación oficial. Le volveré a llamar en diez minutos más o menos, y podemos intercambiar contraseñas.

—Adelante —dijo el despachador, pero no se le oía muy feliz con la idea. Alan se imaginó que había distraído al hombre de algún programa en la TV, o del Penthouse de este mes.

—¿De qué se trata? —preguntó el despachador después de repetir el número de teléfono del cuartel de la policía estatal de Oxford.

—Investigación de asesinato —dijo Alan—, y es candente. No estoy llamando para comentar mi salud, compañero —colgó el auricular.

Se sentó detrás del escritorio, hizo sombras de animales y esperó a que la manecilla de los minutos diera diez vueltas en la carátula del reloj. Parecía muy lenta. Apenas había dado cinco vueltas cuando se abrió la puerta del estudio y entró Annie. Llevaba una bata rosa y daba una impresión casi fantasmal; sintió que el estremecimiento quería empezar de nuevo, como si hubiese mirado al futuro y detectado algo desagradable. Horrible, incluso.

¿Cómo me sentiría si fuese a mía quien persiguiera?, se preguntó de repente. ¿A mí y Annie y Toby y Todd? ¿Cómo me sentiría si supiera quién es... y nadie me creyera?

—¿Alan? ¿Qué estás haciendo, sentado aquí tan tarde?

Alan sonrió, se puso de pie y la besó suavemente.

—Estoy esperando a que desaparezca el efecto de las drogas —dijo. —No, en serio, ¿es el asunto de los Beaumont?

—Sí. He estado tratando de localizar a un doctor que es posible que sepa algo al respecto. Todas las veces me ha contestado una grabadora, así que llamé a la oficina del sheriff para verificar si está en el expediente de vacaciones. El hombre en el otro extremo supuestamente está corroborando mi autenticidad.

Miró a Annie con atento interés.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Jaqueca esta noche?

—No —dijo ella—, pero te oí entrar —sonrió—. Eres el hombre más silencioso del mundo cuando quieres, Alan, pero no puedes hacer nada con tu automóvil. Alan la abrazó.

—¿Quieres una taza de té? —le preguntó su esposa. —Dios, no. Un vaso de leche, si quieres traérmelo.

Lo dejó solo y volvió un minuto después con la leche.

—¿Cómo es el señor Beaumont? —le preguntó—. Lo he visto por el pueblo y su esposa viene de vez en cuando al taller, pero nunca he hablado con él —el taller era de costura y pertenecía a una mujer llamada Polly Chalmers quien también lo dirigía. Annie Pangborn había trabajado medio tiempo ahí durante cuatro años.

Alan reflexionó.

—Me agrada —dijo al cabo—. Al principio no me simpatizó, pensé que era un pesado. Pero lo estaba viendo en circunstancias difíciles.

Sólo es... distante. Tal vez se deba a su profesión.

—Me gustaron mucho sus dos libros —dijo Annie. Alan levantó las cejas.

—No sabía que lo leías.

—Nunca preguntaste, Alan. Luego, cuando se publicó la historia sobre el seudónimo, intenté leer uno de los otros —arrugó la nariz con desagrado.

—¿No es bueno?

—Terrible. Espeluznante. No lo terminé. Nunca hubiera creído que el mismo hombre escribió ambos libros.

¿Sabes algo, nena?, pensó Alan. El tampoco lo cree.

—Debes volver a la cama —dijo—, o te despertarás con otro martilleo.

Annie negó con la cabeza.

—Creo que el monstruo de las jaquecas se ha ido de nuevo, al menos por un tiempo —bajó los ojos y lo miró entre las pestañas—.

Estaré despierta cuando subas... si no tardas mucho, desde luego. Alan tomó uno de sus pechos a través de la bata rosa y la besó en los labios entreabiertos. —Subiré lo antes posible.

Se fue y Alan vio que ya habían pasado más de diez minutos. Llamó otra vez a Wyoming y le contestó el mismo despachador somnoliento.

—Creí que me había olvidado, mi amigo.

—Claro que no —dijo Alan.

—¿Le importaría darme su número de identificación, sheriff? —109—44—205—ME.

—Creo que estoy tratando con el artículo genuino, bien. Lamento someterlo a esta monserga tan tarde, pero me

imagino que lo entiende.

—En efecto. ¿Qué me puede decir acerca del doctor Pritchard? —Oh, él y su esposa están en el expediente de vacaciones —dijo el despachador—. Están acampando en el parque Yellowstone, hasta el fin de mes.

Ahí está, pensó Alan. ¿Lo ves? Aquí estás asustándote con las sombras a mitad de la noche. Ninguna garganta cortada. Ni letreros en la pared. Sólo dos viejos acampando en el bosque.

Pero descubrió que no sentía mucho alivio. Iba a ser difícil establecer contacto con el doctor Pritchard, al menos durante el siguiente par de semanas.

—Si necesitara enviarle un mensaje a este hombre, ¿piensa que lo podría hacer? —preguntó Alan.

—Creo que sí —dijo el despachador—. Podría llamar a las oficinas del parque en Yellowstone. Ellos saben dónde está, o deben saberlo. Tal vez les lleve un buen rato, pero es probable que se lo hallen. Me he encontrado con él una o dos veces. Parece un viejo muy amable.

—Vaya, es bueno saberlo —dijo Alan—. Gracias por su tiempo.

—Por nada, para eso estamos —Alan escuchó el leve crujido de páginas, y se pudo imaginar a este hombre sin rostro tomando de nuevo su Penthouse, a medio continente de distancia.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, sheriff.

Alan colgó y permaneció sentado durante un momento, mirando la oscuridad a través de la pequeña ventana del estudio.

Está libre. En alguna parte. Y viene en camino.

Alan se preguntó de nuevo cómo se sentiría si fuese su propia vida —y las vidas de Annie y sus hijos— las que estuvieran en peligro. Se preguntó cómo se sentiría si supiera eso y nadie creyera que lo sabía.

Estás llevando el trabajo a casa, cariño, escuchó que Annie decía en su mente.

Y era verdad. Quince minutos antes había estado convencido, en sus terminales nerviosas, si no en la cabeza, de que Hugh y Helga Pritchard yacían muertos en un charco de sangre. No era verdad; dormían tranquilamente bajo las estrellas en el Parque Nacional Yellowstone. Vaya con la intuición; tenía cierta forma de desvanecerse llegado el momento.

Así es como se sentirá Thad cuando descubramos qué es lo que está pasando realmente, pensó. Cuando descubramos que la explicación, tan disparatada como resulte ser, se adapta a todas las leyes naturales.

¿En verdad creía eso?

Sí, decidió que en verdad lo creía. En la cabeza, por lo menos. Sus terminales nerviosas no estaban tan seguras.

Alan terminó la leche, apagó la lámpara del escritorio y subió. Annie todavía estaba despierta y espléndidamente desnuda. Lo envolvió en sus brazos y Alan de buena gana se permitió olvidar todo lo demás.

7

Stark volvió a llamar dos días después. En el momento que llamó, Thad Beaumont estaba en Dave s Market.

Dave s era una pequeña tienda manejada por un matrimonio, situada a dos kilómetros de distancia de la casa de los Beaumont. Era el lugar al cual se acudía cuando resultaba demasiado molesto tener que ir hasta el supermercado en Brewer.

Ese viernes en la tarde, Thad fue a buscar Pepsicolas, papas fritas y algún aderezo. Lo acompañaba uno de los patrulleros que vigilaba a la familia. Era el 10 de junio, seis treinta de la tarde, y con abundante luz en el cielo. El verano, como una hermosa hembra verde, había llegado otra vez a Maine.

El guardia esperó en el automóvil mientras Thad entraba a la tienda. Tomó los refrescos y estaba examinando el enorme surtido de aderezos (tenías el de almejas, y si ese no te gustaba, tenías el de cebolla) cuando sonó el teléfono.

De inmediato levantó la vista, pensando: Oh, está bien.

Detrás del mostrador, Rosalie tomó el auricular, dijo hola, escuchó y después le tendió el teléfono, como sabía que lo haría. Nuevamente sentía que lo invadía esa sensación nebulosa de presque vu.

—Teléfono, señor Beaumont.

Se sentía muy tranquilo. Su corazón había dado un vuelco, pero sólo uno; ahora trotaba a su ritmo normal. No estaba transpirando. Y no había pájaros.

No experimentaba el temor y la furia que había sentido tres días antes. No se molestó en preguntarle a Rosalie si era su esposa que quería que le llevara una docena de huevos o una caja de avena, ya que estaba ahí. Sabía quién era.

Se detuvo junto a la computadora Megabucks con la brillante pantalla verde anunciando la ausencia de ganador la semana pasada, y que el premio acumulado de la lotería para esta semana era de cuatro millones de dólares. Recibió el auricular de manos de Rosalie y dijo:

—Hola, George.

—Hola, Thad —la suave pincelada de acento sureño todavía estaba presente, pero la capa de patán campesino había desaparecido por completo. Thad se dio cuenta de con cuánta firmeza y sutileza había logrado Stark trasmitir esa sensación de "¡Qué hay, chicos! No soy muy brillante pero me salí con la mía, ¿no es verdad? ja, ja".

Pero, desde luego, en esta ocasión sólo estaban los muchachos, pensó Thad. Un par de novelistas blancos conversando nada más.

—¡Qué quieres?

—Conoces la respuesta. No hay necesidad de andarse por las ramas. Es un poco tarde para eso.

—Tal vez sólo quiero oírtela decir en voz alta —había vuelto esa sensación, esa misteriosa sensación de que se le absorbía y jalaba por la línea del teléfono a un lugar precisamente entre los dos.

Rosalie se encontraba en el extremo más lejano del mostrador, donde sacaba cajetillas de cigarrillos de una pila de paquetes y reabastecía la máquina expendedora. Casi era divertida la forma en que simulaba ostentosamente no prestar atención a la conversación de Thad. No había nadie en Ludlow —por lo menos en esta parte del pueblo— que no supiera que Thad estaba bajo la custodia de la policía, o la protección o alguna maldita cosa de la policía; y él no tenía que escuchar los rumores para saber que estaban empezando a esparcirse. Los que no pensaban que estaba a punto de ser arrestado por tráfico de drogas, sin duda creían que se trataba de maltrato a niños o golpes a la esposa. La pobre de Rosalie había tratado de ser amable, y Thad se sintió absurdamente agradecido. También tenía la sensación de estarla mirando por el extremo equivocado de un poderoso telescopio. El estaba en la línea del teléfono, en el agujero de conejos, donde no había conejos blancos, sino únicamente el viejo zorro George Stark, el hombre que no podía esta ahí. Pero a pesar de todo, ahí estaba.

George, el viejo zorro, y aquí en la Villa Final todos los gorriones estaban volando de nuevo.

Trató de disipar esa sensación, lo intentó afanosamente.

—Sigue, George —dijo, un poco sorprendido por el tono áspero de rabia en su voz. Estaba aturdido, atrapado en una poderosa resaca de distancia e irrealidad... pero Dios, ¡se le oía tan despierto y alerta!—. Dilo en voz alta, ¿por qué no lo haces?

—Si tú insistes.

—Insisto.

—Es hora de que empieces un nuevo libro. Una novela de Stark.

—No lo creo así.

—¡No digas eso! —el tono de esa voz fue como un latigazo cargado con perdigones—. Te he estado dibujando el cuadro, Thad. Lo he estado dibujando para ti. No me hagas dibujar en ti.

—Estás muerto, George. Sólo te falta la cordura para aceptarlo.

La cabeza de Rosalie giró un poco; Thad captó un ojo muy abierto antes de que se diera vuelta apresuradamente hacia los anaqueles de cigarrillos.

—,¿Ten cuidado con lo que dices! —un furor verdadero en esa voz. ¿Pero había algo más? ¿Había temor? ¿Dolor? ¿O sólo se engañaba a sí mismo?

—¿Qué pasa, George? —añadió sarcástico, de repente—. ¿Estás perdiendo algunas de tus ideas felices?

Hubo una, pausa. Thad lo había sorprendido, lo había hecho tambalear, al menos momentáneamente. Thad estaba seguro. ¿Pero, por qué? ¿Cuál había sido la razón?

—Escúchame, compinche —dijo Stark por fin—, Te doy una semana para que empieces. No pienses que me puedes salir con esa mentira, porque no puedes —aunque la última palabra sonó muy rara. Sí, George estaba alterado. Antes de que esto terminara, Thad tendría que pagarlo muy caro; pero por el momento sintió una alegría salvaje. Lo había traspasado. Pare, (a que él no era el único que se sentía impotente y vulnerable durante estas conversaciones espeluznantemente íntimas; había lastimado a Stark, y eso era fabuloso.

Thad dijo:

—Eso es verdad No nos podemos mentir mutuamente. Tal vez cualquier otra cosa, pero eso no.

—Ya tienes una idea —dijo Stark—. La tenías antes de que ese condenado chiquillo pensara siquiera en chantajearte. La de la boda y el ajuste de cuentas con el automóvil blindado.

—Ya tiré mis apuntes. He terminado contigo.

—No, lo que tiraste eran mis apuntes, pero no importa. Tú no los necesitas. Será un buen libro.

—No comprendes. George Stark está muerto.

—Tú eres quien no entiende —replicó Stark; su voz era suave, mortal, enfática—. Tienes una semana. Y si para entonces no llevas por lo menos treinta páginas del manuscrito, iré por ti, amigo. Sólo que no empezaré contigo, sería demasiado fácil. Sería absolutamente fácil. Primero me ocuparé de los chiquillos, y morirán lentamente. Cuidaré de que así sea. Yo sé cómo. No sabrán lo que está pasando, sólo que están muriendo en una agonía lenta. Pero tú lo sabrás, y yo lo sabré, y tu esposa lo sabrá. Después me ocuparé de ella... pero antes de ocuparme, la tomaré. Sabes a lo que me refiero, amigo. Cuando termine con ellos seguiré contigo, Thad, y morirás como hasta ahora no ha muerto ningún hombre en la tierra.

Se detuvo. Thad podía escucharlo jadear con aspereza en su oído, como un perro en un día caluroso.

—¿No estabas enterado de los pájaros? —dijo Thad suavemente—. Eso es cierto, ¿no es así?

—Thad, no sabes lo que dices. Si no empiezas pronto, un buen número de gente va a salir lastimada. Se está acabando el tiempo.

—Oh, estoy poniendo atención —dijo Thad—. Lo que me pregunto: es cómo pudiste haber escrito el mensaje que dejaste en la pared c Clawson y después en la de Miriam, y no estar enterado.

—Deja de hablar basura y recupera la razón, amigo —dijo Stark, pero Thad pudo sentir desconcierto y un rasgo de temor bajo la superficie de la voz—. No había nada escrito en las paredes.

—Oh, sí. Sí había. ¿Y sabes algo, George? Creo que la razón por la que no lo sabes es que fui yo quien lo escribió. Creo que una parte de mí estuvo ahí. En alguna forma, una parte de mí estuvo ahí, observándote. Creo que soy el único

que está enterado de los gorriones, George. Pienso que tal vez yo lo escribí. Es conveniente que pienses respecto a eso... que pienses empeñosamente... antes de empezar a presionarme.

—Escúchame —dijo Stark con un vigor apacible—. Escúchame bien. Primero los chiquillos... luego tu esposa... y luego tú. Empieza otro libro, Thad. Es el mejor consejo que te puedo dar. El mejor consejo que habrás recibido en tu condenada vida. Empieza otro libro. No estoy muerto.

Hizo una larga pausa. Después, con suavidad y deliberación:

—Y no quiero estar muerto. Así que vete a casa, afila los lápices, y si necesitas inspiración, piensa en cómo se verán tus bebés con el rostro lleno de vidrios.

—No existen los malditos pájaros. Olvídate de ellos y empieza a escribir.

Se oyó un chasquido.

—Jódete —susurró Thad en la línea muerta, y lentamente colgó el teléfono.

XVII
La caída de Wendy

1

Thad estaba seguro de que la situación se habría resuelto en una forma o en otra, pasara lo que pasara, George Stark no desaparecería sin más ni más. Pero Thad llegó a sentir, y no sin justificación, que la caída de Wendy de las escaleras, dos días después de que Stark le llamó a la tienda de Dave, fue lo que estableció el derrotero que, de una vez por todas, seguiría la situación.

El resultado más importante consistió en que, finalmente, le mostró el rumbo que debía seguir. Había pasado esos dos días, los había pasado en una especie de letargo expectante. Le era difícil seguir la trama del programa más simple de televisión, la lectura era algo imposible, y la idea de escribir se equiparaba a la noción de un viaje a la velocidad de la luz. Principalmente, rondaba de una habitación a otra, se sentaba por unos momentos y enseguida se levantaba para irse a otro lugar. Perturbaba la rutina y los nervios de Liz, y aun cuando ella no mostraba su irritación, adivinaba que más de una vez se había mordido la lengua para no soltarle un buen regaño. .

En dos ocasiones se propuso hablar con ella acerca de la segunda llamada de Stark, en la que George, el viejo zorro, le había dicho exactamente lo que tenía en mente, resguardado en el conocimiento de que la línea no estaba intervenida y que la conversación era privada. En ambas ocasiones se detuvo, consciente de que sólo lograría preocuparla más.

Y dos veces se encontró en el estudio, sosteniendo en la mano uno de esos malditos lápices de rol que había prometido no volver a usar nunca, contemplando la pila de cuadernos de apuntes nuevo, envueltos en papel celofán, que Stark usaba para escribir sus novelas.

Ya tienes una idea... La de la boda y el ajuste de cuentas con el automóvil blindado.

Y eso era verdad. Thad tenía incluso el título, uno bastante bueno: Máquina de acero. Algo más era verdad también: realmente, una parte de él quería escribirla. La comezón estaba ahí, como ese lugar en la espalda que no puedes alcanzar cuando necesitas rascarte.

George te la rascaría.

Oh, sí. George se la rascaría con mucho gusto. Pero algo le sucedería a él, porque ahora las cosas habían cambiado, ¿no era así? ¿Qué le sucedería exactamente? No lo sabía, tal vez no podía saberlo, pero una y otra vez volvía a su mente una imagen espantosa. Era de un cuento infantil de antaño, encantador y racista, "El negrito sambo". Cuando el negrito sambo trepaba a un árbol para evitar que lo atraparan los tigres, éstos se enfurecían tanto que se mordían las colas unos a otros y corrían cada vez más rápido alrededor del árbol, hasta que se convertían en mantequilla. Sambo reunía la mantequilla en una vasija y la llevaba a casa, a su madre.

George el alquimista, reflexionó Thad, sentado en el estudio, repiqueteando un lápiz negro sin punta contra el borde del escritorio. Paja convertida en oro, tigres convertidos en mantequilla. Libros convertidos en best sellers. ¿Y Thad en... qué?

No lo sabía. El saberlo lo atemorizaba. Pero él desaparecería, Thad desaparecería, estaba seguro de eso. Quedaría otra persona, parecida a él, que viviría aquí, pero detrás de ese rostro de Thad Beaumont estaría otra mente. Una mente enferma y brillante.

Pensaba que el nuevo Thad Beaumont sería bastante menos torpe... y bastante más peligroso.

¿Liz y los bebés?

¿Los dejaría Stark en paz si él pudiese tomar el control de la situación?

No, Stark no.

También había considerado la posibilidad de huir. Empacar a Liz y los gemelos en la Suburban y escaparse. ¿Pero de qué serviría? ¿De qué serviría si George, el viejo zorro, podía ver a través del viejo torpe de Thad? Si escaparan hasta el fin del mundo, en cuanto llegaran ahí y miraran a su alrededor, detrás de ellos descubrirían a George Stark jadeando tras un tiro de perros esquimales, con la navaja en la mano.

Consideró y desechó, aún más rápida y decididamente, la idea de llamar a Alan Pangborn. Alan les había comunicado dónde estaba el doctor Pritchard y su determinación de abstenerse de enviar un mensaje al neurocirujano —esperar hasta que Pritchard y su esposa regresaran de su viaje de vacaciones—, le indicaba a Thad lo que necesitaba saber acerca de lo que creía Alan... y lo más importante, lo que no creía. Si hablaba con Alan acerca de la llamada que había recibido en Dave s, Alan pensaría que la estaba inventando. Incluso si Rosalie confirmaba el hecho de que alguien le había llamado por teléfono a la tienda, Alan seguiría incrédulo. El y todos los demás oficiales de la policía que se habían invitado a esta fiesta particular, tenían colocada una gran inversión en la incredulidad.

Los días transcurrían lentamente, Thad y Liz se encontraban en una especie de tiempo en blanco. Al término de la mañana del segundo día, Thad apuntó en su diario, me siento como si estuviera en una versión en cámara lenta de la zona de calmas tropicales. Era la única anotación que había hecho en una semana, y empezaba a preguntarse si alguna vez haría otra. Su nueva novela, El perro de oro, permanecía intacta. Eso, suponía, no era necesario decirlo. Era muy difícil inventar historias cuando estaba a punto de aparecer un hombre cruel —un hombre muy cruel— quien asesinaría a toda tu familia antes de empezar contigo.

La única ocasión que recordaba haber estado sin saber qué hacer consigo mismo, había sido en las semanas que siguieron a su abstinencia del alcohol, después de que quitó el tapón a la tina de bebida en que se había sumergido a

continuación del aborto de Liz y antes de que apareciera Stark. Entonces, como ahora, había experimentado la sensación de que existía un problema pero que era tan inalcanzable como uno de esos espejismos de agua que se ven al final de un tramo recto en la carretera en una tarde calurosa. Mientras más corres hacia el problema, deseando atacarlo con ambas manos, deshacerlo y destruirlo, más rápido retrocede, hasta que finalmente te quedas jadeando y sin respiración, con esa falsa ondulación de agua aún burlándose de ti en el horizonte.

Estas noches dormía mal y soñaba que George Stark le mostraba su propia casa desierta, una casa donde las cosas explotaban cuando las tocaba y donde, en la última habitación, esperaban los cadáveres de su esposa y Frederick Clawson. En el momento en que llegaba ahí, todos los pájaros emprendían el vuelo, estallando hacia el cielo, desde los árboles, las líneas de teléfono y los postes de electricidad, miles de ellos, millones, tantos que oscurecían el sol.

Hasta que Wendy se cayó de las escaleras y se sintió muy semejante a un relleno de inmundicia, esperando simplemente a que apareciera el asesino indicado, se pusiera la servilleta en el cuello, tomara el tenedor y empezara a comer.

2

Los gemelos llevaban ya algún tiempo gateando, y durante el último mes, más o menos, habían empezado a tratar de dominar la posición vertical con la ayuda del objeto estable (o en algunos casos inestable) más cercano. La pata de una silla era muy buena, como la mesa para el café, pero también servía una caja de cartón vacía, al menos hasta, que el gemelo en cuestión recargaba demasiado peso en ella y se plegaba hacia adentro o se volteaba. En cualquier momento, los bebés son capaces de meterse en los líos más terribles, pero, a los ocho meses, cuando el gateo ya cumplió su propósito y no se ha aprendido aún el arte de caminar, no hay duda de que se encuentra en la edad dorada de los líos.

Alrededor de las cinco de la tarde, Liz los dejó en el piso para que jugaran en un lunar de sol. Después de diez minutos de gateo confiado y puestas en pie temblorosas (esto último acompañado con grandes jactancias de triunfo ante sus padres y su hermana), William se levantó con la ayuda del borde de la mesa para café. Miró a su alrededor e hizo varios ademanes imperiosos con el brazo derecho. Estos ademanes le recordaron a Thad un antiguo noticiario que mostraba a II Duce en su balcón, pronunciando un discurso a sus seguidores. Luego William agarró la taza de té de su madre, y se las arregló para verterse los restos encima antes de venirse abajo sobre su trasero. Afortunadamente, el té estaba frío, pero William sujetó la taza y se pegó con ella en la boca, con la suficiente destreza para que el labio inferior le sangrara un poco. Empezó a llorar. Wendy se le unió de inmediato.

Liz lo cargó, lo examinó, miró a Thad poniendo los ojos en blanco, y llevó al bebé a la parte alta para calmarlo y limpiarlo. —Cuida a la princesa —dijo al salir.

—Lo haré —dijo Thad, pero había descubierto, y pronto lo redescubriría, que en la edad dorada de los líos a esas promesas se las lleva el viento. William había logrado escamotear la taza de Liz bajo sus mismas narices, y Thad vio que Wendy se iba a caer del tercer escalón demasiado tarde para salvarla de la caída.

Había estado mirando una revista sin leerla, sino hojeándola ociosamente, deteniéndose de vez en cuando en una fotografía. Cuando la terminó, se agachó sobre el gran canasto de tejido junto a la chimenea que servía como un revistero poco elegante, para dejarla y tomar otra. Wendy gateaba por el piso, las lágrimas olvidadas antes de que se secaran del todo en sus regordetas mejillas. Profería el pequeño sonido de rum—rum—rum que ambos producían al gatear, un sonido que provocaba que Thad algunas veces se preguntara si es que asociaba todos los movimientos con los automóviles y camiones que veían en la televisión. Se puso de cuclillas, colocó la revista sobre la pila en el canasto y revisó las demás, eligiendo al cabo un Harper s del mes anterior, sin una razón en particular. Se le ocurrió que se estaba comportando como un hombre en el consultorio del dentista, esperando que le extraigan una muela.

Se dio vuelta y Wendy estaba en las escaleras. Había gateado hasta el tercer escalón y ahora se ponía de pie, temblorosa, sujetándose de uno de los barrotes que corrían entre el pasamanos y el piso. Cuando Thad miró hacia ella, la niña lo descubrió y le dedicó un ademán particularmente grandilocuente con el brazo, y una sonrisa. El movimiento del brazo ocasionó que oscilara el regordete cuerpecito a punto de caerse.

—Jesús —dijo Thad sin aliento, mientras se ponía de pie con un chasquido seco en las rodillas; la vio que daba un paso hacia adelante y se soltaba del barrote—. i Wendy, no hagas eso!

Thad casi saltó a través de la habitación y por poco logra el objetivo. Pero como era un hombre torpe, uno de sus pies tropezó con la pata de un sillón. El mueble se volteó y Thad se fue de bruces. Wendy cayó hacia adelante con un chillido sobresaltado. Su cuerpo giró ligeramente en el aire, Thad, de rodillas, hizo el intento de agarrarla, tratando de atraparla a tiempo, pero falló por más de sesenta centímetros. La pierna derecha de Wendy chocó contra el primer escalón y la cabeza pegó en el piso alfombrado de la sala con un ruido sordo, Wendy gritó, Thad tuvo tiempo para pensar en lo aterrador que es el grito de dolor de un bebé, y la recogió en, los brazos.

Desde arriba, Liz lo llamó con voz alarmada. —¡Thad! y él oyó la percusión de los pies en pantuflas que corrían por el corredor.

Wendy estaba tratando de llorar. Su primer alarido de dolor había expulsado toda la ola de aire de sus pulmones, y ahora atravesaba por un momento eterno y paralizante mientras luchaba por destrabar su pecho y aspirar el aliento para el siguiente grito. Cuando saliera finalmente, aporrearía los tímpanos.

Si salía.

Thad la sostuvo, mirando ansiosamente el rostro retorcido y congestionado. Había adquirido un color que era casi

castaño rojizo, excepto por la marca roja de una coma muy grande en la frente. ¿Dios, qué pasará si se desmaya? ¿Si se muere de asfixia porque no puede inhalar y proferir el grito apresado en sus pequeños pulmones aplanados?

¿Llora, maldición! —vociferó Thad. ¡Dios mío, ese rostro púrpura! ¡Los ojos desorbitados y heridos! —¡Llora!

—¡Thad! —ahora Liz se oía muy asustada, pero también parecía muy distante. En esos pocos segundos eternos entre el primer grito de Wendy y su lucha por liberar el segundo y seguir respirando, por primera vez en los últimos ocho días, George desapareció por completo de la mente de Thad. Wendy aspiró una gran bocanada convulsiva y empezó a llorar. Thad, temblando de alivio, la estrechó contra su hombro, y empezó a acariciarla suavemente, profiriendo sonidos tranquilizadores.

Liz bajó martilleando las escaleras, con William en plena resistencia, apretado a uno de sus costados como un pequeño saco de granos.

—¿.Qué pasó, Thad? ¿Está bien?

—Sí. Se cayó desde el tercer escalón. Ya está bien, en cuanto empezó a llorar. Al principio parecía... como si se hubiese quedado inmóvil —rió tembloroso y cambio a Wendy por William, quien ahora bramaba en armónica simpatía con su hermana.

—¿No la estabas vigilando? —preguntó Liz en tono de reproche. Balanceaba automáticamente el cuerpo hacia adelante y hacia atrás desde las caderas, meciendo a Wendy, tratando de calmarla.

—Sí... no. Fui a buscar una revista, y cuando me di cuenta ya estaba en las escaleras. Igual que William y la taza de té. Son tan condenadamente... escurridizos. ¿Crees que esté bien su cabeza? Se golpeó en la alfombra, pero se pegó duro.

Liz sostuvo a Wendy con los brazos extendidos por un momento, examinó la marca roja y la besó suavemente. Los sollozos de Wendy empezaban a disminuir de volumen.

—Creo que está bien. Tendrá un chichón durante un día o dos, eso es todo. Gracias a Dios por la alfombra. No quise irritarme contigo, Thad. Sé lo rápidos que son. Estoy... me siento como si fuera a tener mi periodo, sólo que ahora es todo el tiempo.

Los sollozos de Wendy se reducían a suspiros. Por consiguiente, el llanto de William se agotaba al mismo tiempo. Extendió un brazo regordete y tiró de la camiseta de algodón blanco de su hermana. Wendy miró a su alrededor. William le dirigió unos sonidos arrulladores y unos balbuceos. A Thad, esos balbuceos siempre le sonaban un poco misteriosos como un idioma extranjero el cual se había acelerado lo suficiente para que nadie supiera cuál era, y mucho menos entenderlo. Wendy sonrió a su hermano, aun cuando todavía fluían las lágrimas y las mejillas estaban húmedas. Le respondió con arrumacos y balbuceos. Durante un momento, fue como si sostuvieran una conversación en su propio mundo privado, el mundo de los gemelos.

Wendy extendió la manita y acarició el hombro de William. Se miraron el uno al otro y continuaron, los arrullos.

¿Estás bien, cariño?

Sí me lastimé, querido William, pero no demasiado.

¿Prefieres quedarte en casa y no ir a la cena de los Stadley, corazón?

Creo que no, aunque te agradezco que hayas preguntado.

¿Estás segura, mi cielo?

Sí, mi muy querido William, no hay daños, aunque temo que tengo caca en los pañales.

¡Oh, mi vida, qué molesto!

Thad sonrió un poco y miró la pierna de Wendy.

—Le va a salir un moretón —dijo—. De hecho, ya se le está formando.

Liz ofreció una pequeña sonrisa.

—Sanará —dijo—. Y no será el último.

Thad se inclinó y besó a Wendy en la punta de la nariz, pensando en la rapidez y la ferocidad con que entraban esas tormentas —menos de tres minutos antes, había temido que muriera por falta de oxígeno— y con cuánta rapidez desaparecían.

—No —coincidió—. Dios mediante, no será el último.

3

Cuando los gemelos se despertaron de su siesta vespertina a las siete, el moretón en el muslo de Wendy había adquirido un tono púrpura oscuro. Tenía forma de hongo, extraña y definida.

—¿Thad? —dijo Liz desde la otra mesa—. Mira esto.

Thad le había quitado a Wendy el pañal, ligeramente húmedo, pero no realmente mojado, y lo dejó caer en el balde de pañales que estaba marcado: ELLA. Cargó a su hija hasta la mesa donde cambiaban a su hijo para ver lo que Liz quería que viera. Bajó la mirada hacia William y sus ojos se ensancharon.

—¿Qué piensas? —preguntó Liz en tono quedo—. ¿Es algo sobrenatural, o qué es?

Thad se quedó mirando a William por un largo rato. —Sí —dijo al fin—. Es bastante misterioso.

Liz sujetaba a su serpenteante hijo con una mano en el pecho. Abruptamente, se volvió a mirar a Thad.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Thad. Se sorprendió de lo calmado que se oía a sí mismo. Parecía haber estallado una gran luz blanca,

no frente a los ojos como un disparo de magnesio, sino detrás de ellos. Inesperadamente, pensó que ahora comprendía el sentido de los pájaros, un poco; y cuál debería ser el siguiente paso. Lo había comprendido con sólo mirar a su hijo y ver el moretón en su pierna, idéntico en forma, color y ubicación al que apareció en la pierna de Wendy. Cuando William había agarrado la taza de Liz y se la había vaciado encima, había caído sobre su trasero. Hasta donde sabía Thad, a William no le había pasado absolutamente nada en la pierna. Sin embargo, ahí estaba, un moretón simpático en la parte alta del muslo de la pierna derecha, un moretón que casi tenía la forma de un hongo.

¿Seguro que estás bien? —persistió Liz.

—También comparten los moretones —dijo, mirando la pierna de William.

— Thad?

—Estoy bien dijo y rozó la mejilla de Liz con los labios—. ¿Qué te parece si vestimos a Psico y Somática?

Liz soltó una buena risa.

—Thad, estás chiflado.

Thad le sonrió. La sonrisa era ligeramente peculiar, ligeramente distante.

—Sí —dijo—. Chiflado como un zorro.

Llevó a Wendy de nuevo a la mesa de cambios y empezó a ponerle el pañal.

XVIII
Escritura automática

1

Thad esperó a que Liz se acostara antes de subir a su estudio. Durante un minuto o dos, se detuvo delante de la puerta del dormitorio y escuchó atentamente el flujo y reflujo de la respiración de su esposa, asegurándose de que estuviese dormida. Ignoraba si funcionaría lo que intentaba hacer, pero si lograba su propósito las consecuencias podían ser peligrosas, extremadamente peligrosas.

El estudio consistía en una enorme habitación —un granero restaurado—, la cual se había dividido en dos áreas: la "sala de lectura", un espacio con los muros cubiertos con libros, un sofá, un sillón reclinable e iluminación en rieles en el techo, y en el otro extremo del cuarto, estaba el área de trabajo. Esta parte del estudio la dominaba un antiguo escritorio de oficina, sin una sola característica que lo redimiera de su absoluta fealdad. No era más que una pieza de mobiliario, llena de melladuras, apaleada, forzosamente utilitaria. Había pertenecido a Thad desde hacía muchos años y, en ocasiones, Liz comentaba a sus amigos que Thad nunca se desharía de él, pues creía, secretamente, que era su fuente de palabras privada. Cuando decía eso, ambos sonreían, como si creyesen que en realidad, era una broma.

Sobre este dinosaurio, colgaban tres luces con pantalla de cristal, y cuando sólo éstas se encendían, como lo hizo Thad en esta ocasión, los violentos círculos sobrepuestos de luz que proyectaban sobre el desordenado paisaje del escritorio, lo hacían parecer como si estuviese a punto de jugar una extraña versión de billar. En una superficie tan compleja, resultaba imposible conocer las reglas del juego, pero en la noche que siguió al accidente de Wendy, la tensa expresión en el rostro de Thad habría convencido a cualquier observador de que las apuestas en el juego serian muy altas, independientemente de las reglas.

Thad habría coincidido cien por ciento en eso. Después de todo, había necesitado más de veinticuatro horas para armarse del valor que requería la jugada.

Durante un momento miró la Remington Standard. Una vaga joroba sobresalía bajo la cubierta en el lado izquierdo, donde estaba la palanca de retroceso de acero inoxidable, como el pulgar de una persona pidiendo que la llevaran un trecho por la carretera. Se sentó frente a ella, tamborileó los dedos inquietos en el borde del escritorio durante unos minutos, y luego abrió el cajón a la izquierda de la máquina de escribir.

Este cajón era amplio y profundo. Sacó su diario, y después abrió el cajón en toda su extensión. El tarro de arcilla en que guardaba los lápices negros había rodado hasta el fondo, derramando su contenido en el camino. Lo sacó, lo puso en su lugar acostumbrado, juntó los lápices y los volvió a colocar en el tarro.

Cerró el cajón y contempló el tarro. Lo había metido bruscamente en el cajón después de su primera laguna mental, cuando había usado uno de los lápices negros para escribir Los GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO sobre el manuscrito de El perro de oro. Se había propuesto no volver a usarlos nunca. Sin embargo, sólo un par de noches antes había estado jugueteando con uno de ellos y aquí estaban, en el sitio que habían ocupado durante la docena de años en que Stark había vivido con él, vivido dentro de él. Durante largos periodos, Stark permanecía en silencio, prácticamente inexistente. Luego se le ocurría una idea, y el viejo zorro George saltaba de su cabeza como una caja de sorpresas enloquecida. ¡Pop! ¡Aquí estoy, Thad! ¡Vámonos, viejo amigo! ¡Ensilla!

Y durante tres meses a partir de ese momento, Stark aparecía cada día a las diez en punto, incluyendo los fines de semana. Saltaba, tomaba uno de los lápices negros y empezaba a escribir las disparatadas tonterías que pagaban las facturas que el propio trabajo de Thad no podía pagar. Se terminaba el libro y George desaparecía de nuevo, como el anciano trastornado que convertía en oro la paja para Rapunzel.

Thad tomó uno de los lápices, miró las marcas de mordeduras de dientes, ligeramente tatuadas en el cilindro de madera, y después lo dejó caer otra vez en el tarro. Hizo un diminuto sonido de ¡clinc!

—Mi mitad siniestra —murmuró.

¿Pero era suyo George Stark? ¿Alguna vez había, sido suyo? Excepto durante el rapto, o trance, o lo que haya sido, desde que escribió la palabra fin al pie de la última página de la última novela de Stark, Cabalgando a Babilonia, no había vuelto a usar uno de esos lápices, ni siquiera para un apunte.

Después de todo, no tenía para qué usarlos; eran los lápices de George Stark y Stark estaba muerto... o así lo había supuesto. Supuso que debió haberlos tirado en su momento.

Pero ahora le parecía que, después de todo, tenían una utilidad.

Acercó la mano al tarro de boca ancha y enseguida la retiró, como del borde de una caldera que rebosa con su propio calor, profundo y receloso.

Todavía no.

Del bolsillo de la camisa sacó la pluma Scripto, abrió su diario, quitó la tapa a la pluma, titubeó, y empezó a escribir.

Si William llora, Wendy llora. Pero he descubierto que el vínculo entre ellos es más profundo y poderoso que eso. Ayer, Wendy se cayó de las escaleras y le salió un moretón como un gran hongo púrpura. Cuando los gemelos despertaron de su siesta, William también tenía un moretón. En el mismo lugar, con la misma forma.

Thad recurrió al estilo de autoentrevista que caracterizaba una buena parte de su diario. Y al hacerlo, se dio cuenta de que esta misma costumbre —este medio para encontrar un camino hacia las cosas que pensaba, sugería otra forma de dualidad... o tal vez sólo era otro aspecto de una singular división en su mente y espíritu, algo que era fundamental y

misterioso a la vez.

Pregunta: ¿Si tomaras diapositivas de los moretones en las piernas de los niños, y después las sobrepusieras, obtendrías lo que parecería una sola imagen?

Repuesta: Sí. Creo que si. Creo que es como las huellas digitales. Creo que es como las impresiones de voz.

Thad permaneció reflexionando sobre esto, dando ligeros golpecitos en el diario con la pluma. Después se inclino hacia adelante de nuevo y empezó a escribir con mas rapidez.

Pregunta: ¿Sabe William que tiene un moretón?

Respuesta: No. No creo que lo sepa.

Pregunta: ¿Conozco yo lo que son los gorriones o que significan?

Respuesta: No.

Pregunta: Pero sí sé que son gorriones. ¿Eso sí lo sé, no es así? Independientemente de lo que piense Alan Pangbom o cualquier otra persona, yo sé que son gorriones, y sé que están volando de nuevo. ¿Es esto un hecho?

Respuesta: Sí.

Ahora la pluma corría sobre la página. Hacía meses que no escribía aprisa o con tanta soltura.

Pregunta: ¿Sabe Stark que hay gorriones?

Respuesta: No. Dijo que no, y le creo.

Pregunta: ¿Le creo sin reservas?

Se detuvo de nuevo, brevemente, y luego escribió:

Stark sabe que hay algo. Sin embargo, William también debe saber que hay algo, le tiene que doler el moretón en la pierna. Pero Wendy fue quien le produjo el moretón al caerse de las escaleras. William sólo sabe que tiene un sitio adolorido.

Pregunta: ¿Sabe Stark que tiene un sitio adolorido? ¿Un punto vulnerable?

Respuesta: Sí. Creo que sí.

Pregunta: ¿Son míos los pájaros?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Significa esto que cuando escribió en la pared de Clawson y en la de Miriam LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO, no sabía lo que estaba haciendo y no lo recuerda? Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Quién escribió lo de los gorriones? ¿Quién lo escribió con sangre?

Respuesta: El que lo sabe. La persona a quien pertenecen los gorriones.

Pregunta: ¿Quién es el que lo sabe? ¿A quién pertenecen los gorriones?

Respuesta: Yo soy el que sabe. Los pájaros me pertenecen.

Pregunta: ¿Estuve yo ahí? ¿Estaba ahí cuando los asesinó?

Se detuvo otra vez, por unos instantes. Sí, escribió, y después: No.

Ambas cosas. Cuando Stark mató a Homer Gamache y a Clawson, no experimenté ningún trance; por lo menos, no lo recuerdo. Creo que va en aumento lo que sé... lo que veo..

Pregunta: ¿Te ve él a ti?

Respuesta: No lo sé. Pero...

—Debe verme —murmuró Thad.

Escribió: Stark tiene que conocerme. Debe verme. Si realmente fue él quien escribió las novelas, me conoce desde hace mucho tiempo. Y su propio conocimiento, su propia visión, también va en aumento. Todo ese equipo de rastreo y grabación no molestó en lo más mínimo al viejo zorro George, ¿verdad? No, desde luego que no. El viejo zorro George sabía que instalarían ese equipo. No te pasas casi diez años escribiendo ficción con temas de crímenes sin enterarte de ese tipo de cosas. Esa es una de las razones por las que no se molestó. Pero la otra es todavía mejor Cuando quiso hablar conmigo, hablar en privado, supo exactamente dónde encontrarme y cómo comunicarse conmigo.

Sí. Stark había llamado a la casa cuando quiso que lo oyeran, y llamó a Dave s Market cuando no quería que nadie más se enterara de la llamada. En el primer caso, ¿por qué quería que lo oyeran? Porque tenía un mensaje para la policía que él sabía que estaría escuchando —que no era George Stark y sabía que no lo era... que había terminado con los asesinatos, que no atacaría a Thad, ni a la familia de Thad. Y además, había otra razón. Sabía que se harían impresiones de voz y quería que Thad las viese. Sabía, asimismo, que la policía no creería esa evidencia, por incontrovertible que pareciera... pero Thad sí la creería.

Pregunta: ¿Cómo supo dónde localizarme?

Y ésa era una muy buena pregunta, ¿no es cierto? Pertenecía al mismo rango de esas preguntas acerca de cómo pueden compartir dos hombres diferentes las mismas huellas digitales y las mismas impresiones de voz, y cómo tienen el mismo moretón exactamente dos bebés distintos... sobre todo cuando sólo uno de los bebés en cuestión se había golpeado la pierna.

Excepto que él sabía que existían misterios similares bien documentados y aceptados, por lo menos en casos relacionados con gemelos: el vínculo entre gemelos idénticos era aún más misterioso. Hacía alrededor de un año, una revista noticiosa había publicado un artículo al respecto. Thad había leído el artículo con atención, debido a la presencia de gemelos en su propia vida.

Se hablaba de un caso de gemelos idénticos separados por un continente; pero cuando uno de ellos se rompió la pierna izquierda, el otro sufrió dolores muy agudos en su propia pierna izquierda, sin saber lo que le había pasado a su hermano. Se mencionaban dos niñas gemelas, quienes habían desarrollado un lenguaje propio, un lenguaje que nadie

más conocía o entendía en el mundo. Estas gemelas, a pesar de su altos coeficientes de inteligencia, nunca habían aprendido el inglés. ¿Qué necesidad tenían del inglés? Se tenían una a la otra... y eso era todo lo que querían. Además, decía el artículo, estaba el caso de unos gemelos, a quienes se había separado al nacer y al reunirse, ya adultos, descubrieron que ambos se habían casado el mismo día del mismo año, con mujeres que se llamaban igual y con una apariencia notablemente similar. Más aún, ambas parejas habían bautizado a su primer hijo con el nombre de Robert. Ambos Roberts habían nacido el mismo mes y el mismo año.

Mitad y mitad.

Líneas cruzadas.

Uña y carne.

—Dos seres, una sola mente —murmuró Thad. Acercó la mano al diario, y circuló el último renglón que había escrito: Pregunta: ¿Cómo supo dónde localizarme? Abajo de esto, escribió:

Respuesta: Porque los gorriones están volando de nuevo. Y porque somos gemelos.

Dio vuelta a la página en blanco de su diario y dejó la pluma a un lado. Con latidos intensos en el corazón, la piel congelada por el temor, extendió una mano derecha que temblaba y sacó del tarro uno de los lápices negros. Pareció quemarle la mano con un calor seco y desagradable.

Era hora de ponerse a trabajar.

Thad Beaumont se inclinó sobre la página en blanco, se detuvo un instante, y luego escribió LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO con grandes letras de molde en la parte superior de la hoja.

2

¿Qué era, exactamente, lo que se proponía hacer con el lápiz?

Eso también lo sabia. Trataría de responder a la última pregunta, una pregunta tan obvia que no se había molestado en escribirla: ¿Podría inducir conscientemente el estado de trance? ¿Poseí él la facultad para hacer que volaran los gorriones?

La idea implicaba una forma de contacto psíquico acerca de la cual había leído pero que nunca había presenciado una demostración: la escritura automática. Cuando una persona intentaba establecer contacto con el alma de un muerto (o de un vivo) con este método, sostenía con la mano suelta una pluma o un lápiz, con la punta apoyada sobre una hoja de papel en blanco, y se limitaba a esperar a que el espíritu —el juego de palabras absolutamente deliberado— la pusiera en movimiento. Thad había leído que la escritura automática, la cual se podía practicar con la ayuda de una tabla ouija, a veces se consideraba como una broma, un juego de salón incluso, y que esto podía ser extremadamente peligroso. Que, de hecho, el practicante se exponía a alguna forma de posesión.

Thad, al leerlo, había conservado un criterio imparcial; le parecía tan ajeno a su vida como la adoración de ídolos paganos o la práctica de la trepanación para aliviar los dolores de cabeza. Ahora aparecía con una lógica absoluta. Pero tendría que invocar a los gorriones.

Pensó en ellos. Trató de invocar la imagen de todos esos pájaros, todos esos millares de pájaros, posados en tejados y cables de teléfonos bajo un suave cielo primaveral, esperando la señal telepática para emprender el vuelo.

La imagen se cristalizó... pero era plana e irreal, una especie de pintura mental sin vida. Cuando empezaba a escribir, se presentaba con frecuencia una situación muy similar, un ejercicio seco y estéril. No, era peor que eso. Siempre consideró el inicio como un poco obsceno, como si besara en los genitales a un cadáver.

Pero había aprendido que, si persistía, si continuaba empujando las palabras a lo largo de la página, algo más irrumpía, algo que era hermoso y terrible a la vez. Empezaban a desaparecer las palabras como unidades individuales. Los personajes, inmóviles y sin vida, se agilizaban; corno si los hubiese guardado toda la noche en un pequeño closet y tuviesen que aflojar los músculos antes de iniciar sus complicadas danzas. Algo comenzaba a suceder en su cerebro; casi podía sentir que las ondas eléctricas cambiaban de forma, que perdían la remilgada disciplina de pasó de ganso y se convertían en las ondas delta, suaves y negligentes, de los sueños.

Ahora Thad se sentaba encorvado sobré el diario, lápiz en mano, y trató de hacer que esto sucediera. Cuando se alargaron los minutos y no ocurrió nada, empezó a sentirse cada vez más tonto.

Una frase de la vieja serie de dibujos animados; Rocky la aroma voladora, se introdujo en su cabeza y se negó a salir: ¡De tin marín, de do pingüé, los espíritus están a punto de hablar! En el nombre de Dios, ¿qué le contestaría a Liz si llegaba a subir y le preguntaba qué hacía, casi a la media noche, con un lápiz en la mano y una hoja de papel en blanco frente a él? ¿Acaso intentaba dibujar un conejito igual al de la revista fulana para ganarse una beca en la Escuela de Artistas Famosos en New Haven? Diablos, ni siquiera tenía una de esas revistas.

Se movió para devolver el lápiz a su lugar y en eso se detuvo. Había girado un poco la silla y miraba por la ventana a la izquierda del escritorio.

Ahí estaba un pájaro, posado en el antepecho de la ventana, mirándolo con brillantes ojos negros.

Era un gorrión.

Y mientras lo observaba, se le unió otro.

Y otro.

—Oh, Dios mío —dijo con voz débil y temblorosa. Nunca había estado tan aterrorizado en su vida... y súbitamente lo invadió de nuevo esa sensación de ausencia. Fue como cuando habló por teléfono con Stark, sólo que ahora era más

intensa, mucho más intensa.

Se posó otro gorrión, abriéndose paso entre los otros tres en busca de lugar, y detrás de ellos vio una fila entera de pájaros posados sobre el cobertizo donde guardaban el equipo de jardinería y el automóvil de Liz. La antigua veleta sobre el tejado del cobertizo estaba cubierta de ellos, balanceándose con su peso.

—Oh, Dios mío —repitió, y escuchó su voz a millones de kilómetros de distancia, una voz llena de terror y asombro pavoroso—. Bendito Dios, son reales, los gorriones son reales.

En todas sus elucubraciones, nunca había sospechado esto... pero no tuvo tiempo, ni mente para considerarlo. Repentinamente, el estudio había desaparecido, y en su lugar vio el sector Ridgeway de Bergenfield, donde había crecido. Se veía tan silencioso y desierto como la casa en su pesadilla de Stark; se encontró a sí mismo atisbando un sigiloso suburbio en un mundo muerto.

Sin embargo no estaba completamente muerto, ya que el techo de cada casa estaba revestido con gorriones gorjeantes. Cada antena de TV cargada de ellos. Cada árbol rebosante. Alineados en cada cable de teléfono. Se posaban en los toldos de los automóviles estacionados, en el gran buzón azul en la esquina de la calle Duke y la avenida Marlborough, y en la rejilla para bicicletas frente a la tienda de abarrotes en la calle Duke donde acostumbraba ir a comprar pan y leche para su madre cuando era niño.

El mundo estaba lleno de gorriones, en espera de la orden de volar.

Thad Beaumont se recargó en la silla, con un poco de saliva escurriendo por las comisuras de su boca; sus pies se movían crispados y ahora todas las ventanas del estudio se cubrían con gorriones que lo miraban como extraños espectadores alados. De su garganta escapó un largo sonido gutural. Sus ojos se enrollaron dentro de su cabeza, develando una mirada estupefacta y reluciente.

El lápiz hizo contacto con la hoja y empezó a escribir.

S15

garabateó en el primer renglón. Se saltó dos renglones, hizo la sangría en forma de L que era característica de Stark al empezar un nuevo párrafo y escribió:

(La mujer retrocedió unos pasos, alejándose de la puerta. Lo hizo casi de inmediato, antes de que la puerta hubiese detenido el corto desplazamiento hacia adentro, pero fue demasiado tarde. Mi mano se disparó a través del espacio de cinco centímetros entre el marco y la puerta y le sujetó firmemente la mano.

Los gorriones volaron.

Todos emprendieron el vuelo a la vez, los que estaban en su cabeza, en ese Bergenfields de hacía mucho tiempo, y los que estaban fuera de su casa en Ludlow... los reales. Volaron hacia dos cielos: un cielo blanco de primavera en el año de 1960, y un cielo oscuro de verano en el año de 1988.

Volaron y desaparecieron con un encrespado estallido de alas.

Thad se enderezó en la silla... pero su mano seguía clavada al lápiz, el cual seguía tirando de ella.

Lo logré, pensó aturdido, limpiándose la saliva y la baba de la boca con la mano izquierda. Lo logré... y Dios quisiera que no lo hubiese intentado. ¿Qué es esto?

Miró fijamente las palabras que fluían de su puño. El corazón le: latía tan fuerte que sentía el pulso, alto y rápido, en la garganta. Las frases que se derramaban sobre las líneas azules eran de su propia letra, pero, en ese caso, esa misma mano había escrito todas las novelas de Stark. Con las mismas huellas dactilares, el mismo gusto en marca de cigarrillos y exactamente las mismas características vocales, lo extraño sería que fuese la letra de otra persona, pensó.

Era su letra, igual que en todas las demás ocasiones. ¿pero de dónde provenían las palabras? No de su propia cabeza, eso era seguro; en ese momento no había nada en su cabeza, excepto terror cubierto con una tremenda confusión estruendosas Y la mano había perdido toda: su: sensibilidad. Parecía que el brazo terminaba a siete u ocho centímetros por encima de la muñeca. Los dedos no tenían la más remota sensación de presión, y sin embargo, podía ver que apretaba con tanta fuerza el lápiz que el pulgar y los dos primeros dedos se habían puesto blancos en las puntas. Era como si le hubiesen aplicado una saludable inyección de novocaína.

Llegó al final de la primera página. Su mano insensible dio vuelta a la hoja, recorrió el forro del, diario, aplanando la página y empezó a escribir de nuevo.

(Miriam Cowley abrió la boca para gritar. Yo había estado de pie, justo al otro lado de la puerta, esperando pacientemente por más de cuatro horas, sin tomar café ni fumar. (Quería un cigarro y lo fumaría en cuanto terminara con esto, pero antes el olor podría prevenirla). Me recordé a mí mismo cerrándole los ojos después de haberle cortado la garganta.

Con un horror que aumentaba por instantes, Thad comprendió que, estaba leyendo el relato del asesinato de Miriam Cowley... y esta vez no era un confuso potaje de palabras, sino la narración coherente y brutal de un hombre que era, en su propia forma espeluznante, un escritor extremadamente hábil —tan hábil que millones de personas compraban su ficción.

El debut de George Stark como escritor realista, pensó con sensación de repugnancia.

Había logrado exactamente lo que se había propuesto: había establecido contacto, en alguna forma había interceptado la mente de Stark, así corno Stark, en alguna forma, había interceptado la mente de Thad. ¿Pero al hacerlo, quién podía imaginarse las fuerzas monstruosas y desconocidas que tocaría? La percepción de que los gorriones eran reales había sido horrible, pero esto era peor. ¿Había pensado que el: lápiz y el cuaderno de apuntes despedían calor al tocarlos? No era de extrañar. La mente de este hombre era una maldita caldera.

¡Y ahora, Jesús! ¡Aquí estaba! ¡Fluyendo de su propio puño! ¡Jesucristo!

(—Estás pensando que me podrías destrozar los sesos con esa cosa, ¿verdad hermana? —le pregunté— Déjame decirte algo: no es una idea feliz y ¿sabes lo que les pasa a los que pierden sus ideas felices?

(Ahora las lágrimas corrían por sus mejillas.

¿Qué pasa, George? ¿Estás perdiendo algunas de tus ideas felices?

No era sorprendente que el despiadado hijo de puta se hubiese quedado callado durante un momento cuando Thad dijo esas palabras. Si realmente había sucedido en esta forma; entonces Stark había usado la: misma frase antes de matar a Miriam.

Estaba sintonizado con su mente durante el asesinato, lo estaba. Por eso usé esa frase durante la conversación que sostuvimos en Dave s.

Aquí estaba Stark, amenazando a Miriam para que llamara a Thad, marcando el número en su lugar, porque ella estaba demasiado aterrorizado para recordarlo, aunque hubo semanas en que debió haberlo marcado media docena de veces. Thad consideró este olvido y el que Stark lo entendiera, horrible y convincente. Y ahora Stark utilizaba la navaja para...

Pero no quería leer eso, no lo leería. Tiró de su brazo hacia arriba, levantando con él la mano entumecida como un peso de plomo. La mano recuperó la sensibilidad en el momento en que se rompió el contacto del lápiz con el cuaderno. Los músculos estaban contraídos y le dolía sordamente el lado del dedo índice; el cilindro del lápiz había dejado una marca que ahora se estaba enrojeciendo.

Miró la página garabateada, lleno de horror y con una especie de asombro mudo. Lo último que quería hacer en su vida era volver a colocar el lápiz sobre el papel, cerrar ese obsceno circuito entre él y Stark... ¿pero acaso no había iniciado esto para leer de primera mano el relato de Stark del asesinato de Mir Cowley?

¿Supón que regresan los pájaros?

Pero no lo harían. Los pájaros ya habían cumplido con su propósito. El circuito que se había establecido aún seguía completo y funcionando. Thad no tenía idea de cómo lo sabía, pero lo sabía.

¿Dónde estás, George? pensó. ¿Por qué no siento tu presencia? ¿Se debe a que tú no percibes mi presencia? ¿O es otra cosa? ¿Dónde jodidos estás?

Retuvo el pensamiento en la parte delantera de su mente, tratando de visualizarlo como un letrero en brillante neón rojo. Luego, apretó el lápiz y empezó a bajarlo hacia el diario.

En cuanto la punta del lápiz tocó el papel, la mano se levantó de nuevo y pasó a una hoja en blanco. La palma aplanó la hoja a lo largo del doblez como lo había hecho antes. Enseguida, el lápiz regresó a la página y escribió:

(—No hay problema— le dijo Machine a Jack Rangely—. Siempre es igual en todas partes— hizo una pausa—. Con excepción quizás de la casa donde uno vive. Pero sólo lo sabré hasta que esté ahí.

Todos los lugares son iguales. Esa frase fue la que reconoció primero, y luego toda la cita. Pertenecía al primer capítulo de la primera novela de Stark, *A la manera de Machine*.

El lápiz se había detenido espontáneamente esta vez. Thad lo levantó y miró las palabras garabateadas, frías y punzantes. Excepto tu propio hogar, tal vez. Y lo sabré cuando llegue ahí.

En *A la manera de Machine*, el hogar había estado en la avenida Flatbush, donde Alexis Machine había pasado su infancia, barriendo el salón de billar de su difunto padre alcohólico. ¿Dónde era el hogar en esta historia?

¿Dónde es el hogar?, pensó dirigiéndose al lápiz, y lentamente, lo bajó de nuevo al papel.

El lápiz trazó una rápida serie de ondas en forma de M. Se detuvo y se movió otra vez.

m m m m m

(Mi casa está al principio de todo

escribió el lápiz bajo los pájaros.

Un juego de palabras. ¿Significaba algo? ¿Continuaba realmente el contacto, o se estaba engañando a sí mismo? Sabía que no se había engañado respecto a los pájaros, ni durante esa frenética avalancha de escritura, pero parecía haber disminuido la sensación de calor y compulsión. Aún sentía la mano entumecida, pero era posible que eso se debiera a la presión que ejercía al sujetar el lápiz, y desde luego, a juzgar por la marca en el lado de su dedo, la presión era intensa. ¿No había leído en el mismo artículo sobre la escritura automática que con frecuencia las personas se autoengañaban con la tabla ouija, que en la mayoría de los casos no las guiaban los espíritus, sino los pensamientos e ideas subconscientes de los que la operaban?

El hogar está donde está el principio. Si todavía era Stark, y si la expresión tenía algún significado, ¿se referiría a esta casa? George Stark había nacido aquí.

Súbitamente flotó en su mente una parte del maldito artículo de la revista People.

"Enrollé una hoja de papel en la máquina de escribir... y la saqué enseguida. He mecanografiado todos mis libros, pero aparentemente, Stark no congeniaba con las máquinas de escribir Tal vez se debía a que no daban clases de mecanografía en ninguno de los hoteles de piedra donde pasó algunas temporadas".

Bonito. —Muy bonito. Pero sólo tenía un parentesco lejano con los hechos reales. No era la primera vez que Thad contaba una historia con una relación muy vaga con la verdad, y suponía que no sería la última; suponiendo que sobreviviera a esta situación, desde luego. En términos estrictos, no se trataba de mentir exactamente; ni siquiera de adornar la verdad. Era un deseo inconsciente de novelizar la propia vida, y Thad no conocía a un solo escritor de novelas o cuentos que no lo hiciera. En estos casos, no se perseguía el propósito de embellecer una actuación en una situación dada; eso sucedía algunas veces, pero con la misma facilidad se tendía a relatar una historia que lo colocaba a uno bajo una luz poco favorecedora, o lo hacía parecer cómicamente estúpido. ¿Cuál era la película en la que un periodista decía: "Cuando puedas elegir entre la verdad y la leyenda imprime la leyenda?" Tal vez El hombre que mató a Liberty Valance. Eso podría ser un tipo de periodismo inmoral y dé mierda, pero en la ficción era maravilloso. El desbordamiento de la fantasía en la propia vida parecía ser un efecto secundario casi inevitable en el oficio de la narración —como el que salgan callos en los dedos por boca, la guitarra—, o padecer tos después de años de fumar.

En realidad, los hechos del nacimiento de Stark eran muy diferentes a la versión en People. No se había partido de una decisión mítica para escribir a mano las novelas de Stark, aunque el tiempo lo había convertido en una especie de ritual. Y cuando se trataba de rituales, los escritores eran tan supersticiosos como los atletas profesionales. Los jugadores de béisbol, si han estado bateando bien, tienden a usar los mismos calcetines día tras día, o a santiguarse antes de pisar la caja de bateo; los escritores, cuando tienen éxito, optan por seguir los mismos patrones hasta que se convierten en rituales, en un esfuerzo por protegerse del equivalente literario a un declive en el bateo... lo que se conoce corto el bloqueo de escritor.

El hábito dei George Stark de escribir sus novelas a mano había empezado por un detalle muy sencillo; se olvidó de

llevar cintas nuevas para la Underwood, que torna en la pequeña oficina de la casa de verano en Castle Rock. No había cintas para la máquina, pero la idea era demasiado candente, y promisoria para dejarla pendiente, así que revolvió todos los cajones del pequeño escritorio en que trabajaba en esa casa, hasta que encontró una libreta de apuntes y unos lápices, y.....

En esos días, acostumbrábamos llegar a la casa del lago cuando y había avanzado un tanto el verano, debido a que daba clases en un curso de tres semanas. ¿Cómo se llamaba? Modalidades Creativas.

Maldita estupidez. Ese año, ya estabamos a finales de junio, y recuerdo que subí a la oficina y descubrí que no tenía cintas. Diablos, también me acuerdo que Liz estaba jodiendo porque ni siquiera había café.

El hogar está donde está el principio.

En la plática con Mike Donaldson —el sujeto de la revista People—, al contarle la historia seminovelesca del nacimiento de Stark, había cambiado, sin pensarlo siquiera, la ubicación a la casa grande, aquí en Ludlow. Suponía que el motivo había sido que Ludlow era donde realizaba la mayor parte de su trabajo, y por tanto, el montar el escenario aquí era algo perfectamente normal, sobre todo cuando estás montando un escenario, pensando en un escenario, como sucede cuando creas ficción. Pero no fue aquí donde George Stark hizo su debut, no fue aquí donde usó por primera vez los ojos de Stak para ver el mundo. Sin embargo, en esta casa había concebido la mayor parte de su obra, tanto con el nombre de Stark, como con el suyo propio. Aquí habían pasado la mayor parte de sus extrañas vidas duales.

El hogar está donde está el principio.

En ese caso; el hogar tenía que ser Castle Rock, donde daba la casualidad de que también se ubicaba el centre Cerio Homeland, donde, en la mente de Thad, si no en la de Alan Pangborn, hacía cerca de dos semanas, George Stark había aparecido por primera vez en su sanguinaria encarnación física.

Enseguida, como si fuese la progresión más natural del mundo, (y por lo que sabía, era posible que lo fuera) se le ocurrió otra pregunta, una que era tan básica y surgió tan espontáneamente que se escuchó a sí mismo musitarla en voz alta, como un tímido admirador en un cóctel donde se encuentra el autor: "Por qué quiere volver a escribir?"

Descendió la mano hasta que la punta del lápiz tocó el papel. De nuevo, el entumecimiento fluyó sobre el ella y dentro de ella, haciéndola sentir como si estuviese sumergida en una corriente de agua muy fría y muy clara.

Una vez más, el primer movimiento de la mano fue el de levantarse y dar vuelta a la pagina en blanco en el diario. Volvió a bajar y alisó la hoja... pero en esta ocasión, la escritura no empezó de inmediato. Thad tuvo tiempo para pensar que se había roto el contacto, cualquiera que fuere, a pesar del entumecimiento, y en eso, el lápiz se retorció en su mano como si estuviese vivo... vivo, pero seriamente herido. Se sacudió, hizo una marca como una coma somnolienta, se sacudió de nuevo, trazó un guión y después escribió :

George Stark George Stark
George Stark No hay pájaros

antes de quedar en silencio como una pieza de maquinaria asmática.

Sí. Puedes escribir tu nombre. Y puedes negar la existencia de los pájaros. Muy bien. ¿Pero por qué quieres volver a escribir? ¿Por qué es tan importante?¿ Tan importante como para asesinar personas?

(Si no lo hago, moriré

escribió el lápiz.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Thad, pero sintió que una violenta esperanza le estallaba en la cabeza. ¿Sería posible que fuese tan sencillo? Suponía que sí era posible, especialmente en el caso de un escritor que no tenía por qué existir en primer lugar. Cristo, ya había bastantes escritores reales que no podían existir a menos que escribieran, o sentían que no podían... y tratándose de hombres como Ernest Hemingway, equivalía a lo mismo, ¿no era así?

El lápiz tembló, y después trazó una larga línea garabateada debajo del último mensaje. Se parecía extrañamente a la impresión de voz.

—Vamos —susurró Thad—. ¿Qué diablos quieres decir?

(me estoy DESHACIENDO

escribió el lápiz. Las letras eran forzadas, renuentes. El lápiz se sacudió y osciló entre sus dedos, blancos como la cera. Si ejerzo más presión, pensó Thad, se va a partir.

estoy perdiendo la COHESIÓN necesaria
(no hay pájaros NO HAY NINGÚN JODIDO PÁJARO
Oh hijo de puta sal de mi cabeza

De repente, su brazo se despegó como un resorte de la hoja. Al mismo tiempo, la mano entumecida movió rápidamente el lápiz, con la misma agilidad que un mago manipula una carta en el escenario, y en vez de sostenerlo entre los dedos por la parte baja del cilindro, lo asió en el puño como una daga.

Lo dejó caer —Stark lo dejó caer e inesperadamente, el lápiz se enterró en la membrana de carne entre el pulgar y el índice de su mano izquierda. La punta de grafito, un tanto achatada por lo que había escrito Stark, casi la atravesó. El lápiz se partió en dos. Un brillante charco de sangre llenó la depresión que el cilindro del lápiz había perforado en la carne, y súbitamente desapareció la fuerza que se había apoderado de él. De la mano que yacía en el escritorio, horadada por el lápiz, se desprendía un dolor delirante.

Thad echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes, luchando contra el agonizante aullido que trataba de escaparse de su garganta.

3

Junto al estudio estaba un pequeño cuarto de baño, y cuando Thad se sintió en condiciones de caminar, llevó ahí la mano monstruosamente palpitante y examinó la herida bajo el agudo resplandor de la luz fluorescente. Se asemejaba a una herida de bala, un agujero perfectamente redondo, orleado con una fulgurante mancha negra. La mancha no se parecía al grafito, sino a la pólvora. Volteó la mano y vio un brillante punto rojo, del tamaño de un alfilerazo, en el lado de la palma. La punta del lápiz.

Así de cerca estuvo de atravesarme completamente, pensó.

Dejó correr agua fría en la herida hasta que se le entumeció la mano; después sacó del gabinete el frasco de agua oxigenada. Se dio cuenta de que no podía sostener el frasco con la mano izquierda, así que lo oprimió contra el cuerpo con el brazo izquierdo para quitarle la tapa. Luego virtió el desinfectante en el agujero de la mano, observando al líquido ponerse blanco y hacer espuma, mientras restallaba los dientes contra el dolor.

Regresó el agua oxigenada al gabinete y sacó unos cuantos frascos de medicinas, examinando las etiquetas una a una. Dos años antes, Thad había sufrido terribles espasmos en la espalda a consecuencia de una caída al practicar esquí a campo traviesa, y el bueno del viejo doctor Hume le había recetado Percodán. Sólo había tomado unas cuantas píldoras; descubrió que el analgésico le alteraba el ciclo de sueño y le dificultaba el trabajo.

Finalmente, detrás de una lata de crema de afeitar que debía tener dos mil años de antigüedad, encontró el frasco de plástico. Thad destapó el frasco con los dientes y dejó caer una de las píldoras a un lado del lavabo. Se debatió entre añadir una segunda y decidió en contra.. Eran fuertes.

Y tal vez estén descompuestas. Tal vez termines esta frenética noche de diversión con una buena convulsión y un viaje al hospital, ¿qué te parece?

Pero decidió correr el riesgo. No había alternativa. El dolor era inmenso, increíble. En cuanto al hospital... miró de nuevo la herida en la mano y pensó. Probablemente debo ir a que me examine, pero maldito si lo hago. Con las personas que me miran como si estuviese demente en los últimos días, tengo suficiente para toda la vida.

Sacó otros cuatro Percodanes, los metió en el bolsillo de los pantalones, y regresó el frasco a la repisa del gabinete de medicinas. Después, se cubrió la herida con una bandita adhesiva. Uno de los puntos redondos le abrió los ojos. Al ver ese pequeño círculo de plástico, pensó, no tienes idea de cuan terriblemente duele la maldita cosa. Me colocó una trampa para osos. Una trama para osos en su mente, y yo caí en ella.

¿Era eso lo que había sucedido en realidad? Thad no lo sabía, no con certeza, pero sí estaba seguro de una cosa: no quería que se repitiera la actuación.

4

Cuando Thad sintió que había recuperado el control —o algo semejante—, volvió a meter el diario en el cajón del escritorio, apagó las luces del estudio, y bajó al segundo piso. Se detuvo en el descanso, escuchando por un momento. Los gemelos estaban en silencio; lo mismo Liz.

El Percodán, aparentemente todavía eficaz, empezó a hacer efecto, y el dolor en la mano de Thad se mitigó un poco. Si la flexionaba inadvertidamente, la suave palpitación se convertía en un grito, pero si tenía cuidado era soportable.

Oh, pero en la mañana le va a doler, compañero... ¿y que le vas ha decir a Liz?

No lo sabía con exactitud. Probablemente la verdad... o parte, de cualquier forma. Por lo visto, Liz se había vuelto muy hábil para descubrir sus mentiras.

El dolor mejoraba, pero aún persistían los efectos posteriores del impacto repentino —de todos los impacto repentinos—, y pensó que le llevaría algún tiempo el poderse dormir. Bajó al primer piso, y a través de las cortinas de la gran ventana de la sala, atisbó la patrulla de la policía estatal estacionada en la entrada de la casa. En su interior, pudo ver el parpadeo de luciérnaga de dos cigarrillos.

Ahí están sentados, tan frescos como una lechuga, pensó. Los pájaros no los molestaron, así que tal vez no hubo ninguno, excepto en mi cabeza. Después de todo, a estos tipos se les paga para que los molesten.

Era una idea tentadora, pero el estudio estaba en el otro lado de la casa. Desde la entrada, no era posible ver sus ventanas. Ni el cobertizo. De cualquier modo, los polizontes no podían haber visto los pájaros. Al menos, no cuando

empezaron a posarse.

¿Pero qué tal cuando emprendieron el vuelo? ¿Me quieres decir que no los oyeron? TÚ viste por lo menos un ciento de ellos, Thad, tal vez doscientos o trescientos.

Thad salió. No había hecho más que abrir la puerta protectora de la cocina cuando ambos patrulleros ya había salido del vehículo, uno de cada lado. Eran hombres corpulentos que se movían con la velocidad sigilosa de un ocelote.

—¿Llamó otra vez, señor Beaumont? —preguntó el que había bajado del asiento del conductor. Su nombre era Stevens.

—No, nada de eso —dijo Thad—. Estaba escribiendo en el estudio cuando creí escuchar que un grupo de pájaros levantaba el vuelo. Me extrañó un poco. ¿Lo escucharon ustedes?

Thad desconocía el nombre del policía que había bajado del asiento del pasajero. Era joven y rubio, con uno de esos rostros redondos e inocentes que irradian amabilidad.

—Los oí y los vi —dijo. Señaló al cielo, donde la luna, un poco pasada del primer cuarto, colgaba sobre la casa—. Volaron directamente bajo la luna. Gorriones. Una parvada completa. Rara vez vuelan en la noche.

—¿De dónde supone que vinieron? —preguntó Thad.

—Bien, le diré —dijo el patrullero de rostro redondo—, no lo sé. Reprobé en observación de aves.

Se rió. El otro policía permaneció serio.

—¿Está inquieto esta noche, señor Beaumont? Thad lo miró con toda franqueza.

—Sí —dijo—. Ultimamente estoy inquieto todas las noches. —¿Podemos hacer algo por usted de momento, señor?

—No —dijo Thad—. Creo que no. Sólo sentí curiosidad por lo que escuché. Buenas noches.

—Buenas —dijo el patrullero de rostro redondo.

Stevens se limitó a mover afirmativamente la cabeza. Sus ojos eran brillantes e inexpresivos bajo el ala del sombrero de ala ancha de la policía estatal.

Ese piensa que soy culpable, pensó Thad de regreso a la casa. ¿De qué? No lo sabe. Probablemente no le interesa. Pero tiene la expresión de un hombre que cree que todos los hombres son culpables de algo. ¿Quién sabe? Tal vez tiene razón.

Cerró la puerta de la cocina y le puso llave. Regresó a la sala y miró hacia afuera de nuevo. El policía de rostro redondo había vuelto a subir a la patrulla, pero Stevens seguía de pie junto al lado del conductor, y durante un momento Thad tuvo la sensación de que Stevens lo miraba directamente a los ojos. Desde luego, no era posible; con las cortinas cerradas, Stevens sólo podría ver una forma oscura, indistinta... si es que veía algo.

Sin embargo, persistió la sensación.

Thad se dirigió al gabinete de licores. Lo abrió y sacó una botella de escocés, que siempre había sido su bebida favorita. La contempló por un largo rato y después la guardó. El anhelo por un trago era intenso, pero éste sería el peor momento en la historia para empezar beber de nuevo.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de leche, con cuidado de no doblar la mano izquierda. La herida le provocaba una sensibilidad candente y quebradiza.

La comunicación fue vaga, pensó, dando sorbos a la leche. No duró mucho —fue espeluznante la rapidez con que se agudizó— pero la comunicación fue vaga. Creo que estaba dormido. Es posible que estuviese soñando con Miriam, pero no lo creo. Lo que intercepté era demasiado coherente para ser un sueño. Creo que era la memoria. Creo que era el salón de registros subconscientes de George Stark, donde todo está minuciosamente escrito y archivado en el espacio correcto. Me imagino que si él interceptara mi subconsciente —y por lo que sé, tal vez ya lo hizo— encontraría algo similar.

Bebió la leche y miró la puerta de la despensa.

Me pregunto si podría interceptar sus pensamientos cuando esté despierto... sus pensamientos conscientes.

Creía que la respuesta era afirmativa... pero también pensó que eso lo colocaría de nuevo en una posición vulnerable. Y la siguiente vez, probablemente no sería un lápiz en la mano. La próxima ocasión podría ser un abrecartas en el cuello.

No puede hacerlo. Me necesita.

Sí, pero está loco. Y los locos no siempre atienden sus mejores intereses.

Miró la puerta de la despensa y pensó que podría entrar en ella... y por ahí, salir nuevamente al otro lado de la casa.

¿Puedo inducirlo a que haga algo? ¿En la forma en que él me indujo?

No podía responder a eso. Al menos, no todavía. Y un experimento fallido podría costarle la vida.

Thad terminó la leche, lavó el vaso y lo puso en el escurridor de platos. Después entró en la despensa. Aquí, entre las repisas de productos enlatados a la derecha y las repisas con productos en papel a la izquierda, estaba una puerta doble que conducía al extenso espacio de césped que ellos llamaban el traspatio. Quitó la llave a la puerta, abrió ambas hojas y vio la mesa de picnic y la parrilla para asar carne, como centinelas silenciosos. Salió al camino de asfalto que recorría este lado de la casa y finalmente se unía al acceso principal en el frente.

El camino resplandecía como vidrio negro bajo la dudosa luz de la media luna. A intervalos irregulares, pudo ver algunas manchas blancas.

Mierda de gorrión, para no andarse con rodeos, pensó.

Thad caminó despacio por la vereda de asfalto hasta que se situó directamente debajo de las ventanas del estudio. Un camión apareció en el horizonte y bajó a toda velocidad por la Ruta 15 hacia la casa, lanzando momentáneamente una brillante luz sobre el césped y el camino de asfalto. Bajo esta breve luz, Thad vio los cadáveres de dos gorriones

caídos en el camino, diminutos montones de hojas con las patas trifurcadas sobresalientes. Después el camión se alejó. A la luz de la luna, los cuerpos de los pájaros muertos volvieron de nuevo a ser manchones irregulares de sombra, nada más.

Eran reales, pensó otra vez. Los gorriones eran reales. Volvió a sentir ese horror ciego, repugnante, que lo hacía sentir sucio de alguna forma. Trató de cerrar los puños y la mano izquierda le respondió con un aullido de dolor. Empezaba a disiparse el pequeño alivio que le había proporcionado el analgésico.

Aquí estuvieron. Eran reales. ¿Cómo pudo ser esto? Lo ignoraba.

¿Los llamé, o hice con ellos una creación de la nada?

Eso también lo ignoraba. Pero estaba seguro de una cosa: los gorriones que habían venido esta noche, los gorriones reales que habían aparecido antes de sumirse en el trance, no eran más que una fracción de todos los gorriones posibles. Tal vez únicamente una fracción microscópica.

Nunca más, pensó. Por favor, nunca más.

Pero sospechaba que lo que él quisiera no tenía ninguna importancia. Ese era el verdadero horror; había tocado alguna terrible facultad paranormal en él mismo, pero no podía controlarla. En esta situación, la sola idea de control era una broma.

Y estaba convencido de que regresarían antes de que terminara todo esto.

Thad se estremeció y entró a la casa. Se deslizó en la despensa como un ladrón, cerró la puerta con llave y fue con su mano palpitante hacia la cama. Antes de subir, tomó otro Percodán con agua del grifo de la cocina.

Liz no despertó cuando se acostó junto a ella. Algún tiempo más tarde, se escapó en tres horas de sueño intermitente, en el cual las pesadillas volaban y circulaban a su alrededor, siempre fuera de alcance.

XIX
Stark va de compras

1

El despertar no parecía ser como el despertar.

Para ser exactos, Stark no creía haber estado nunca realmente despierto o dormido, al menos en el sentido en que la gente normal usaba esas palabras. De cierta manera, era como si siempre estuviese dormido y sólo pasara de un sueño a otro. En ese aspecto, su vida —lo poco que recordaba de ella era como un nido de cajas chinas que nunca terminaba, o como asomarse a un interminable salón de espejos.

Este sueño era una pesadilla.

Se despertó lentamente, convencido de que en realidad no había estado dormido. En alguna forma, Thad Beaumont se las había arreglado para mantenerlo cautivo durante un breve lapso y doblegarlo a su voluntad durante un rato. ¿Habría dicho cosas, revelado cosas, mientras Beaumont lo tenía bajo su control? Tenía la sensación de que era probable que así hubiese sido... pero también estaba convencido de que Beaumont carecía de la capacidad para interpretar esas cosas, o para distinguir lo importante de lo intrascendente.

También despertó al dolor.

Había rentado una vivienda de dos habitaciones en el East Village, cerca de la avenida B. Cuando abrió los ojos, estaba sentado ante la tambaleante mesa de la cocina, con una libreta de apuntes abierta frente a él. Un brillante riachuelo de sangre corría sobre el descolorido hule que cubría la mesa, y esto no era nada sorprendente, pues en el dorso de su mano derecha estaba clavado un bolígrafo Bic.

Ahora empezaba a recordar el sueño.

Así fue como pudo expulsar a Beaumont de su mente, la única forma en que pudo desatar el vínculo que ese cobarde de mierda había establecido de alguna manera entre ellos. ¿Cobarde? Sí. Pero había establecido de alguna manera entre ellos. ¿Cobarde? Sí. Pero también era taimado, y sería una mala idea olvidar este hecho. Una pésima idea, en efecto.

Stark recordaba vagamente haber soñado que Thad estaba con él, en su cama. Ambos estaban hablando entre sí, susurrando entre sí, y al principio esto le había producido una sensación agradable y extrañamente confortante, como cuando platicas con tu hermano después de apagar las luces.

Excepto que no sólo hablaron, ¿verdad?

Habían intercambiado secretos... o, más bien, Thad le hacía preguntas y Stark las respondía. El responder resultaba agradable, resultaba confortante. Pero también era estremecedor. Al principio, su temor se había centrado en los pájaros. ¿Por qué insistía Thad en preguntarle acerca de pájaros? No había pájaros. Posiblemente alguna vez los hubo... hacía mucho mucho tiempo... pero ya no. Era un juego mental, una estratagema para joderlo. Después, poco a poco, la sensación de temor se entrelazó con su exquisitamente afinado instinto de sobrevivencia, el cual se volvía más agudo y más específico en su esfuerzo por despertar. Se sentía como si lo sujetaran bajo el agua, ahogado...

Y así, en ese estado medio despierto, medio soñando, había ido a la cocina, abierto la libreta de apuntes y tomado el bolígrafo. Thad no había advertido nada de esto, ¿por qué habría de hacerlo? ¿No estaba él también escribiendo a ochocientos kilómetros de distancia? El bolígrafo no era lo indicado, desde luego —ni siquiera lo sentía bien en la mano—, pero serviría. Por ahora.

Se había observado a sí mismo mientras escribía me estoy deshaciendo, y entonces había estado muy cerca del espejo mágico que dividía el sueño del estado de vigilia; y había porfiado por imponer sus propios pensamientos en el bolígrafo, por imponer su propia voluntad en lo que aparecería o no en el espacio en blanco del papel, pero era difícil; Dios santo, Cristo santo, era endiabladamente difícil.

Inmediatamente después de su llegada a la ciudad de Nueva York, había comprado el bolígrafo Bic y media docena de libretas de apuntes en una tienda de artículos de escritorio. Lo había hecho incluso antes de rentar la miserable vivienda. En la papelería, vio lápices negros y quiso comprarlos, pero se abstuvo. Porque sin importar cuál mente había impulsado los lápices, la mano de Thad Beaumont era la que los había sostenido, y necesitaba saber si se podría romper ese vínculo. Por tanto, había dejado los lápices y se había llevado el bolígrafo.

Si él podía escribir, si podía escribir por sí mismo, todo estaría bien, y no necesitaría para nada a la miserable y quejumbrosa criatura que estaba en Maine. Pero el bolígrafo le había resultado inútil. A pesar de lo inflexible de su intento, a pesar de lo intenso de su concentración, lo único que logró escribir fue su propio nombre. Lo escribió una y otra vez: George Stark, George Stark, George Stark, hasta que al final de la hoja las palabras ya no se reconocían, no eran más que garabatos temblorosos de un prescolar.

El día anterior se había dirigido a una sucursal de la biblioteca pública de Nueva York, y había rentado por una hora una de las grises y sombrías IBM eléctricas del salón de escritura. La hora pareció durar un millar de años. Se sentó en un cubículo cerrado por tres lados —los dedos temblando en las teclas— y mecanografió su nombre, esta vez con mayúsculas: GEORGE STARK, GEORGE STARK, GEORGE STARK

¡Suspende eso!, se había gritado a sí mismo. ¡Escribe otra cosa, cualquier cosa, pero suspende eso!

Y lo intentó. Se inclinó sobre las teclas, sudando, y escribió: La veloz zorra castaña saltó sobre el perro perezoso.

Al dirigir la vista al papel, vio que lo que había escrito era El George George Stark George Stark sobre el starkoso stark.

Sintió el impulso de arrancar la IBM de los tornillos y salir desenfrenado del salón con ella, balanceándola como el mazo de un bárbaro, desbaratando cabezas y rompiendo espaldas: ¡si no podía crear, sí podía destruir!

Sin embargo, se había controlado (con un esfuerzo sobrehumano) y salió de la biblioteca. En el camino, estrujó con su fuerte mano la hoja inútil, y después la tiró en un bote de basura en la acera. Ahora recordaba, con el bolígrafo Bic en la mano, la inmensa rabia ciega que había sentido al descubrir que, sin Beaumont, no podía escribir más que su propio nombre.

Y el temor.

El pánico.

Pero aún tenía a Beaumont, ¿no era así? Beaumont podría pensar que era lo contrario, pero tal vez... a Beaumont tal vez le esperaba una gran jodida sorpresa.

perdiendo, escribió, y Jesús, no podía decirle nada más a Beaumont —ya era bastante malo lo que había escrito. Hizo un esfuerzo poderoso por controlar la mano traidora. Por despertar.

Cohesión necesaria, escribió su mano, como para ampliar el pensamiento anterior, y repentinamente Stark se vio a sí mismo apuñalando a Thad con el bolígrafo. Y pensó: Además puedo hacer esto. No creo que tú fueras capaz, Thad, porque cuando se trata de una bronca eres un gallina, ¿verdad? Pero cuando se llega al momento decisivo... yo puedo manejarlo, bastardo. Creo que es hora de que lo aprendas.

Entonces, aunque esto era como un sueño dentro de un sueño, aunque todavía estaba poseído por esa horrible y vertiginosa sensación de haber perdido el control, al fin recuperó parte de su feroz e indiscutible autoconfianza y logró perforar el escudo del sueño. En ese momento triunfante en que irrumpió a la superficie antes de que Beaumont pudiera ahogarlo, tomó el control del bolígrafo... y al fin pudo escribir con él.

Durante un momento —y sólo fue un momento— reinó la sensación de dos manos que asían dos instrumentos de escritura. La sensación era demasiado clara, demasiado real, para no ser verídica.

no hay pájaros, escribió, la primera frase auténtica que había escrito como un ser físico. El escribir era terriblemente difícil; este esfuerzo sólo lo podía soportar una criatura de determinación sobrenatural. Pero una vez que fluyeron las palabras, sintió que se reforzaba su control. El dominio de esa otra mano se debilitó, y Stark ejerció su propio dominio, sin misericordia o vacilación.

Ahógate por un rato, pensó. Ve lo que se siente.

Con un ímpetu más acelerado y mucho más placentero que el orgasmo más intenso, escribió: ¡NO HAY NINGUN JODIDO PÁJARO! ¡Oh hijo de puta sal de mi cabeza!

Luego antes de que pudiera pensarlo —el pensarlo podría haber provocado un titubeo fatal— viró el bolígrafo Bic en un arco corto y bajo. La punta de acero se hundió en su mano derecha... y a cientos de kilómetros de distancia, pudo sentir que Thad Beaumont giraba un lápiz negro y lo hundía en la mano izquierda.

Ahí fue cuando despertó—cuando ambos despertaron—de verdad.

2

El dolor fue fulminante y enorme, pero a la vez fue liberador. Stark tirito, apretando contra el brazo la sudorosa cabeza para amortiguar el sonido, pero fue un grito tanto de júbilo y regocijo como de dolor.

Podía sentir a Beaumont ahogando su propio grito en el estudio de su casa en Maine. La comunicación que Beaumont había establecido entre ellos no se interrumpió; más bien era como un nudo atado apresuradamente que cedía bajo la presión dé un tremendo tirón final. Stark sintió, casi vio, cómo se alejaba, deslizante; retorciéndose y crispándose, la serpenteante sonda que el bastardo traidor había enviado a su cabeza mientras él dormía.

Stark extendió la mano, no físicamente, sino con la mente, y agarró la punta de la escurridiza sonda mental de Thad. A los ojos de la mente de Stark parecía un gusano, una obesa larva blanca rellena de putrefacción y ruina.

Pensó en inducir a Thad a que tomara otro lápiz del tarro de arcilla y lo usara para acuchillarse otra vez ahora en un ojo. Q quizás obligarlo a que se encajara la punta del lápiz en el oído, perforando el tímpano y escarbando en busca de la carne suave del cerebro. Casi podía oír el grito de Thad. Ese no lo podría amortiguar.

No obstante, se contuvo. No quería que muriera Beaumont.

Al menos, no todavía.

Eso sería después de que Beaumont le hubiese enseñado cómo tener vida propia.

Stark relajó lentamente el puño, y al hacerlo sintió que el puño en el cual retenía la esencia de Beaumont —el puño mental que había demostrado ser tan rápido y despiadado como el físico— se abría también. Sintió cómo se alejaba Beaumont, el rollizo gusano blanco, chillando y quejándose.

—Sólo por ahora— susurró y volvió su atención a otros asuntos necesarios. Cerró la mano izquierda alrededor de la pluma que sobresalía en la derecha. La extrajo cuidadosamente. Luego, la dejó caer en el cesto de papeles.

3

En el escurridor de platos de acero inoxidable junto al fregadero había una botella de whisky. Stark la agarró y caminó hasta el baño. A su paso, la mano derecha oscilaba a un costado, esparciendo gotas de sangre del tamaño de una

moneda de diez centavos sobre el linóleum deformado y descolorido. El agujero en la mano estaba cerca de un centímetro sobre el borde de los nudillos, y ligeramente a la derecha del tercero. Era perfectamente redondo. La mancha de tinta negra alrededor de la orilla del agujero, combinada con el sangrado interno y la lesión, la hacían semejante a una herida de bala. Trató de flexionar la mano. Los dedos se movían... pero la aterradora ola de dolor que resultaba era demasiado intensa para seguir experimentando.

Tiró de la cadena que colgaba de la luz sobre el espejo del gabinete de medicinas, y encendió la bombilla sin pantalla. Mientras desenroscaba la tapa, utilizó la mano derecha para sostener la botella de whisky apretada contra el costado. Después extendió la mano herida sobre el lavabo. ¿Estaría Beaumont haciendo lo mismo en Maine? Lo dudaba. Dudaba que Beaumont tuviese las agallas para limpiarse sus propios estropicios. Lo más seguro era que estuviese en camino al hospital.

Stark vertió whisky en la herida, y una descarga de dolor puro e inflexible le recorrió el brazo hasta el hombro. Vio que el whisky burbujeaba en la herida, vio los pequeños hilos de sangre en el líquido ambarino, y tuvo que hundir el rostro en la manga de la camisa empapada en sudor.

Pensaba que nunca disminuiría el dolor, pero al fin, comenzó a apagarse.

Trató de colocar la botella de whisky en la repisa atornillada en la pared de azulejos, debajo del espejo. La mano le temblaba demasiado para que esta operación tuviera alguna oportunidad de éxito, así que la dejó sobre el piso, manchado de óxido, del espacio de la ducha. En un minuto más, un trago le caería bien.

Levantó la mano hacia la luz y miró atentamente el agujero. A través de la herida, podía ver la bombilla, pero difusamente —era como mirar a través de un filtro rojo empañado con alguna clase de suciedad membranosa. El bolígrafo no había atravesado la mano del todo, pero había estado muy cerca de hacerlo. Tal vez Beaumont había sido más eficiente.

No debía perder la esperanza.

Sostuvo la mano bajo el grifo de agua fría, extendiendo los dedos para que el agujero se ensanchara lo más posible, e hizo acopio de fuerza para soportar el dolor. Al principio fue intenso —tuvo que reprimir otro grito apretando los dientes, con los labios comprimidos en una delgada línea blanca—, pero la mano se entumeció y ya fue más tolerable. Se obligó a sostenerla bajo el agua durante tres minutos completos. Después cerró el grifo y, de nuevo, la puso contra la luz.

Aún se veía la luz de la bombilla a través del agujero, aunque ahora difusa y distante. La herida empezaba a cerrarse. Su cuerpo parecía tener un sorprendente poder de recuperación y eso era bastante divertido, ya que al mismo tiempo se estaba desbaratando. Perdiendo cohesión, había escrito. Y eso se acercaba mucho a la realidad.

Durante treinta segundos o más, miró fijamente el rostro que se reflejaba en el espejo manchado y ondulado del gabinete de medicinas, y lo que vio lo sacudió con un espasmo físico que lo hizo recuperar la conciencia. Cuando miraba su rostro, tan conocido y familiar, y al mismo tiempo tan nuevo y extraño, siempre sentía como si cayera en un trance hipnótico. Suponía que si lo miraba suficiente tiempo, la sensación se convertiría en un hecho.

Stark abrió el gabinete de medicinas, haciendo a un lado el espejo y su rostro repulsivamente fascinante. Ahí dentro, había una colección de artículos de toda clase: dos navajas de afeitar desechables, una usada; frascos de maquillaje, uno compacto; varios pedazos de esponja de grano fino, de color marfil, donde no las habían manchado los polvos faciales con un tono ligeramente más oscuro; un frasco de aspirinas. No había banditas adhesivas. Las banditas adhesivas, pensó, eran como los polizontes; nunca encontrabas una cuando realmente la necesitabas. Sin embargo, eso no era problema. Desinfectaría la herida con whisky (desde luego, después de desinfectar su interior con un sustancioso trago) y después la cubriría con un pañuelo. No creía que se le infectara; parecía ser inmune a las infecciones. Encontró que esto lo divertía.

Con los dientes, abrió el frasco de aspirinas, escupió la tapa en el lavabo, y luego volteó el frasco y dejó caer media docena de píldoras en la boca. Sacó el whisky de la ducha y se pasó las aspirinas con un buen trago. La bebida llegó a su estómago y abrió un confortable regazo de calor. Después, vertió otro poco en la mano.

Stark fue al dormitorio y abrió el cajón superior de una cómoda que había visto días mejores, mucho mejores. La cómoda y un viejo sofá canea, eran las únicas piezas de mobiliario en la habitación.

El cajón superior era el único que contenía algunas cosas aparte del forro de papel periódico del Daily News, tres pares de calzoncillos todavía en la envoltura de la tienda, dos pares de calcetines con la etiqueta del fabricante alrededor, un par de Levi s y un pañuelo, aún envuelto también. Rompió con los dientes el papel celofán y se enrolló el pañuelo en la mano. El whisky ambarino atravesó la fina tela, lo mismo que una pequeña floración de sangre. Stark esperó para ver si se extendía la floración, pero no fue así. Un buen arreglo. Un muy buen arreglo.

Se preguntaba si Beaumont habría podido captar alguna percepción sensorial. ¿Sabría acaso que George Stark de momento estaba cobijado en un ordinario y pequeño apartamento en el East Village? ¿En un apestoso edificio, donde las cucarachas eran lo suficientemente grandes como para hurtarse los cheques del seguro social? No lo creía, pero no tenía sentido exponerse cuando no era necesario. Le había ofrecido a Thad una semana para que tomara una decisión, y aun cuando ahora casi tenía la certeza de que Thad no planeaba escribir de nuevo como Stark, cuidaría de que se cumpliera el plazo que le había prometido.

Después de todo, él era un hombre que cumplía con su palabra.

Era probable que Beaumont necesitara un poco de inspiración. Uno de esos sopletes de propano que se pueden adquirir en las ferreterías, dirigido a las plantas de los pies de sus chiquillos durante un par de segundos produciría el efecto deseado, pensó Stark, pero eso sería más tarde. Por el momento, representaría su papel en la espera... y mientras

lo hacía, no estaría mal emprender el viaje hacia el norte, para ir tanteando el terreno, se podría decir. Después de todo, tenía que sacar su automóvil, el Toronado negro. Estaba guardado, pero eso no significaba que debía permanecer guardado. Mañana temprano saldría a Nueva York. Pero antes tenía que comprar algo... y ahora mismo debía utilizar algunos de los cosméticos que estaban en el gabinete del baño.

4

Sacó los pequeños frascos de maquillaje líquido, los polvos, las esponjas. Antes de empezar la tarea, tomó otro sustancioso trago de la botella. Sus manos ya estaban estables, pero la derecha le pulsaba horriblemente. Eso no lo perturbaba en especial; si a él le pulsaba la mano, Beaumont debería estar aullando.

Se miró al espejo, con el dedo izquierdo se tocó el arco de piel bajo el ojo izquierdo, y después lo descendió por la mejilla hasta la comisura de la boca.

—Perdiendo cohesión —murmuró, y vaya si era una verdad irrefutable.

La primera vez que Stark había visto su rostro —de rodillas fuera del cementerio Homeland, en un charco de lodo cuya superficie tersa y mohosa estaba iluminada por la redonda luz blanca de un farol cercano, lo había encontrado satisfactorio. Era exactamente como había aparecido en los sueños que tenía mientras estuvo preso en el calabozo, semejante a una matriz, de la imaginación de Beaumont. Había visto a un hombre convencionalmente apuesto, cuyos rasgos eran tal vez demasiado toscos para atraer la atención. Si la frente no fuese tan amplia, si los ojos no estuviesen tan separados, habría sido el tipo de rostro que hace a las mujeres volver la cabeza para darle un segundo vistazo. Una cara perfectamente inclasificable (si es que existe eso), podría atraer la atención por el simple hecho de que no tiene un solo rasgo que capte la mirada antes de descartarla y moverse hacia otro lado; la absoluta mediocridad podría perturbar la mirada y ocasionar que se fijara nuevamente. El rostro que Stark había visto por primera vez con ojos reales, en el charco de lodo, superaba con un amplio margen el grado de común y corriente. Consideraba que era el rostro perfecto, uno que nadie podría describir posteriormente. Ojos azules... un bronceado que podría parecer un poquitín insólito con ese cabello rubio... ¡y eso era todo! El testigo se vería obligado a referirse a los hombros anchos que eran en realidad la característica más sobresaliente en él... y el mundo estaba lleno de hombres con hombros anchos.

Ahora todo había cambiado. Ahora su rostro se había vuelto decididamente extraño... y si no empezaba pronto, a escribir de nuevo, se volvería aún más extraño. Se volvería grotesco.

Perdiendo cohesión, pensó otra vez. Tienes que detener esto, Thad. En cuanto empieces el libro acerca del trabajo con el auto blindado, se revertirá lo que ene está sucediendo. Ignoro cómo lo sé, pero estoy seguro de que así será.

Habían pasado dos semanas desde que se había visto por primera vez en ese charco, y desde entonces su rostro había experimentado una degeneración constante. Al principio fue muy sutil, tan sutil que se podía persuadir a sí mismo de que sólo era su imaginación... pero cuando se aceleraron los cambios, esa postura fue insostenible y se vio obligado a evitarla. Si se observaba una fotografía de él tomada entonces y se comparaba con una actual, se pensaría en un hombre que ha estado expuesto a alguna radiación extraña o una sustancia química corrosiva. George Stark daba la impresión de estar experimentando una desintegración espontánea de todos sus tejidos suaves al mismo tiempo.

Las patas de gallo alrededor de los ojos, las marcas normales en la edad madura que había visto en el charco, ahora eran surcos profundos. Los párpados se habían colgado y adquirido la tosca textura de la piel de un cocodrilo. Las mejillas empezaban a adoptar una apariencia similar, arrugada y agrietada. Los bordes de los ojos estaban enrojecidos, dándole el triste aspecto de un hombre que no sabía que ya era hora de sacar la nariz de la botella. Desde las comisuras de los labios hasta la línea de la mandíbula se habían tallado profundas marcas en la carne, con lo que la boca daba la inquietante impresión de funcionar con goznes, como el muñeco de un ventrílocuo. El cabello rubio, ralo desde el principio, ahora era más escaso aun y se había retirado de las sienes, mostrando la piel rosada de la calva. En el dorso de la mano, eran notorias las manchas de la edad.

Todo esto lo habría soportado sin recurrir al maquillaje. Unicamente se veía más viejo y, después de todo, la vejez no era nada extraordinario. Su fuerza permanecía intacta. Además, contaba con la seguridad inquebrantable de que una vez que él y Beaumont empezaran a escribir de nuevo —es decir, a escribir como George Stark ese proceso se revertiría.

Pero ahora los dientes se aflojaban en las encías. Y también le salían llagas.

Tres días antes había observado la primera en el codo derecho, un manchón rojo con una orla de piel blanca muerta alrededor del borde. Era la clase de manchas que asociaba con la pelagra, un padecimiento endémico en el sur, incluso en la década de 1960. Anteayer, había visto otra, en el cuello esta vez, debajo del lóbulo del oído izquierdo. Dos más ayer, una en el pecho entre las tetillas, la otra bajo el ombligo.

Hoy le había aparecido la primera en el rostro, en la sien derecha.

No le dolían. Sentía una picazón sorda, profunda, pero eso era todo... al menos en lo que se refería a la sensación. Aunque se estaban extendiendo rápidamente. El brazo derecho, a partir del doblez del codo y casi hasta el hombro, era una masa roja, embotada e hinchada. Había cometido el error de rascarse y la carne se había desprendido con una facilidad escalofriante. Una mezcla de sangre y pus amarillenta rebosaba a lo largo de las zanjas que habían abierto sus uñas, y las heridas despedían un olor gaseoso y pútrido. Sin embargo, no era infección. Lo hubiera jurado. Era más bien como... una descomposición.

Cualquier persona que lo viera ahora —incluso alguien con entrenamiento médico— pensaría en una melanosis

maligna, causada tal vez por una exposición a radiaciones de alto nivel.

No obstante, las llagas no le preocupaban mayormente. Suponía que se multiplicarían en número, se extenderían en área, se unirían una a la otra, y a la larga se lo comerían vivo... si las dejaba. Dado que de ningún modo permitiría que eso sucediera, no había necesidad de preocuparse. Pero era imposible ser un rostro más en la multitud cuando los rasgos de ese rostro se estaban trasformando en un volcán en erupción. De ahí que se impusiera el maquillaje.

Con un trozo de esponja, se aplicó cuidadosamente la base líquida, extendiéndola de los pómulos a las sienes, cubriendo un sombrío bulto rojo encima del final de la ceja derecha y la nueva llaga que empezaba a romper la piel sobre el pómulo izquierdo. En esta tierra de Dios, Stark había descubierto que un hombre con maquillaje sólo daba impresión de una cosa, de un hombre con maquillaje. Y esto significaba un actor en una telenovela de la televisión, o un invitado al programa de Donahue. Pero cualquier cosa era mejor que las llagas, y el bronceado mitigaba el curioso efecto. Si permanecía en la penumbra, o se le veía bajo luz artificial, casi no se notaba. O así lo esperaba. También había otras razones para alejarse de la luz directa de sol. Sospechaba que el sol aceleraba la desastrosa reacción química que estaba ocurriendo en su interior. Casi era como si se estuviese convirtiendo en vampiro. Pero no tenía nada de raro; en cierta forma, siempre lo había sido. Además, soy una persona, nocturna, siempre lo he sido; ésa es mi naturaleza.

Eso lo hizo sonreír y la sonrisa mostró dientes como colmillos.

Puso la tapa en el frasco de maquillaje líquido y se aplicó el polvo facial. Me puedo oler a mí mismo, pensó, y muy pronto también me olerán otras personas: un olor espeso, desagradable, como una lata de carne en conserva que ha pasado el día al sol Eso no está bien, mis queridos amigos del alma. No está nada bien.

—Escribirás, Thad —dijo, mirándose en el espejo—. Pero con suerte, no será por mucho tiempo.

Sonrió más ampliamente, exponiendo un incisivo oscuro y muerto.

—Yo aprendo rápido.

5

A las diez y media de la mañana del día siguiente, el dependiente de una papelería en la calle Houston vendió tres cajas de lápices negros a un hombre alto, de hombros anchos que llevaba una camisa a cuadros, pantalones de mezclilla y gafas para el sol muy grandes. El dependiente de la papelería observó también que el hombre usaba maquillaje, probablemente los restos de una calaverada en los bares de homosexuales. Y por la forma en que olía, el dependiente pensó que había hecho algo más que rociarse con loción para después de afeitarse; olía como si se hubiese bañado en ella. La colonia no disfrazaba el hecho de que el tío este olía sucio. Tuvo la tentación —muy brevemente— de gastarle una broma, y después lo pensó bien. El tipo olía mal, pero se veía que era fuerte. Asimismo, la transacción fue misericordiosamente corta. Después de todo, el maricón sólo estaba comprando lápices, no un Rolls Royce.

Más valía no moverle.

6

Stark se detuvo por breves momentos en la vivienda del East Village para guardar sus pocas pertenencias en la mochila que había comprado en una tienda del ejército en su primer día en la Gran Manzana Agusanada. Si no fuera por la botella de escocés, probablemente no se hubiese molestado en volver.

Al subir los escalones en ruinas, pasó junto a los pequeños cuerpos de tres gorriones muertos, sin verlos.

Abandonó la avenida B a pie... pero no caminó mucho. Había descubierto que un hombre determinado siempre puede encontrar quien lo lleve cuando realmente lo necesita.

XX
La fecha señalada

1

El día que terminó la semana de gracia de Beaumont, parecía más un día de fines de julio que uno en la tercera semana de junio. Thad conducía los treinta kilómetros hasta la universidad de Maine bajo un cielo de color cromo brumoso, con el aire acondicionado de la Suburban funcionando a toda capacidad no obstante los estragos que causaba en el rendimiento del combustible. Detrás de él iba un Plymouth café oscuro. Nunca se acercaba más del largo de dos automóviles y nunca se rezagaba más de cinco. Rara vez permitía que otro automóvil se interpusiera entre él y la Suburban de Thad; si daba la casualidad de que alguno se entremetiera en el desfile de dos autos, en una intersección o en la zona escolar de Veazie, el Plymouth café avanzaba rápidamente... y si esto no se veía inmediatamente viable, uno de los guardianes de Thad quitaba la cubierta de la burbuja azul en el tablero. Unos cuantos destellos de ésta, lograban el propósito.

Thad conducía con la mano derecha principalmente, y sólo usaba la izquierda cuando era de imprescindible necesidad. La mano estaba mejor ahora, pero si la doblaba o flexionaba bruscamente le dolía como el demonio, y descubrió que contaba hasta los últimos minutos de la última hora que faltaba para tomarse otro Percodán.

Liz se oponía a que fuese a la universidad hoy, y la policía estatal asignada a los Beaumont también se oponía. Para los guardias estatales, la cuestión era muy sencilla; no querían dividir el equipo de vigilancia. Con Liz, la situación era un poco más compleja...Se trataba de la mano, había argumentado; al conducir se podría abrir la herida. Pero sus ojos decían algo m diferente. Sus ojos estaban llenos de George Stark.

En todo caso, ¿para qué diablos quieres ir hoy a trabajar?, quiso saber. Pero ya estaba preparado para esta pregunta; dado que ya había terminado el semestre desde algunas semanas antes y no iba a dar clases en el curso de verano, finalmente decidió recurrir a los expedientes de diplomado.

Sesenta estudiantes se habían inscrito en el Eh-7A, el curso de diplomado en prosa creativa del departamento. Este número era el doble de 1 que se habían inscrito en el curso de diplomado del anterior semestre de otoño, pero (elemental, mi querido Watson) el otoño pasado el mundo —incluyendo la parte que llevaba un curso especial de literatura en la universidad de Maine— no sabía que el aburrido Thad Beaumont era también el sucio George Stark.

Por tanto, le había dicho a Liz que quería revisar esos expedientes para recortar los sesenta solicitantes a quince estudiantes —el número máximo del que podría encargarse (y probablemente catorce más de los que podría realmente enseñar) en un curso de prosa creativa.

Liz, desde luego, quiso saber por qué no podía posponerlo, por lo menos hasta julio, y le había recordado (también, desde luego) que el año anterior lo había retrasado hasta agosto. Thad había vuelto a argumentar el gran aumento en inscripciones, y había añadido virtuosamente que no quería que la pereza del verano pasado se convirtiera en un hábito.

Al fin, Liz había dejado de protestar, no porque la hubieran convencido sus razones, pensó Thad, sino porque podía ver que su determinación era definitiva. Y Liz sabía tan bien como él que tarde o temprano, tendrían que empezar a salir de nuevo; el esconderse en la casa hasta que alguien matara o arrestara a George Stark no era una opción muy aceptable. Pero sus ojos siguieron plagados de un temor interrogante y sordo.

Thad besó a ella y a los gemelos y salió rápidamente. Liz parecía estar a punto de soltar el llanto, y si él seguía en la casa cuando esto sucediera, se quedaría.

Desde luego, no se trataba de los expedientes. Se trataba de la fecha límite.

Esta mañana había despertado invadido por un temor apagado, una sensación tan desagradable como un calambre en el estómago. George Stark había llamado la noche del 10 de junio, y le había dado una semana para que empezara la novela acerca del asalto a mano armada en un auto blindado. Thad aún no había hecho nada al respecto, aunque, cada día que pasaba, veía con más claridad la trama del libro. Incluso lo había soñado un par de veces. Era una agradable variación del recorrido por su propia casa desierta en el sueño, y la explosión de los objetos cuando los tocaba. Pero esta mañana, su primer pensamiento había sido, La fecha señalada. Ya llegué a la fecha límite.

Eso significaba que era hora de hablar con George otra vez, a pesar de lo poco que lo deseaba. Era hora de averiguar el grado de enojo de George. Bien... suponía que conocía la respuesta a eso. Pero también era posible que, si el enojo era mayúsculo, un enojo descontrolado, y si Thad podía provocarlo hasta que perdiera totalmente el dominio, el viejo zorro de George cometería un error y revelaría algo inadvertidamente.

Perdiendo cohesión.

Thad tenía la sensación de que George ya había incurrido en un desliz al permitir que la mano intrusa de Thad escribiera esas palabras en el diario. Es decir, si sólo pudiera estar seguro de lo que significaban. Tenía una idea... pero no estaba seguro. Y en este punto, una equivocación podría significar algo más que su vida únicamente.

De modo que iba en camino a la universidad, en camino a su oficina en la facultad de literatura y matemáticas. El propósito no era recoger los expedientes de licenciaturas —aunque lo haría—, el principal motivo era que ahí había teléfono, y no estaba interceptado y tenía que hacer algo. Ya se había cumplido el plazo.

Al darle un breve vistazo a la mano izquierda, la cual descansaba sobre el volante, pensó (no por primera vez durante esta larga, larga semana) que el teléfono no era el único medio para ponerse en contacto con George. Lo había demostrado... pero el precio fue demasiado alto. No sólo la atroz agonía de hundirse un lápiz afilado en el dorso de la

mano, sino el horror de observar cómo su cuerpo, fuera de control, se lastimaba por órdenes de Stark. George, el viejo zorro, quien parecía ser el fantasma de un hombre que nunca había existido. El verdadero precio lo había pagado en la mente. La llegada de los gorriones había sido el verdadero precio; el terror de darse cuenta de que las fuerzas que aquí estaban en juego, eran mucho más poderosas y aun más incomprensibles que el mismo George Stark.

Cada vez se convencía más de que los gorriones significaban muerte. ¿Pero para quién?

La sola idea de tener que arriesgarse a convocar a los gorriones para establecer contacto con George Stark lo aterrorizaba.

Y podía visualizar su llegada; podía ver su arribo a ese punto místico a mitad del camino donde los dos estaban enlazados, ese lugar donde, a la larga, tendría que luchar con George Stark por el control del alma que compartían.

Le atemorizaba pensar que sabía quien sería el triunfador de una lucha en ese lugar.

2

Alan Pangborn estaba sentado en su despacho en la parte posterior de la oficina del sheriff del condado de Castle, la cual ocupaba un ala del edificio municipal de Castle Rock. La semana también había sido larga y llena de tensión para él... pero esto no era nada nuevo. Una vez que el verano empezaba a imperar en The Rock, éstas eran las consecuencias normales. Desde el día en honor de los muertos en la guerra, hasta el día del trabajo, la vigilancia del cumplimiento de la ley era una locura total en VACATIONLAND.

Cinco días antes, había ocurrido un aparatoso choque de cuatro automóviles en la Ruta 117, un destrozo inspirado por el alcohol que había dejado dos personas muertas. Dos días después, Norton Briggs había golpeado a su esposa con una sartén, dejándola inconsciente en el piso de la cocina. Norton le había dado muy buenas golpizas a su esposa durante los turbulentos veinte años de matrimonio, pero aparentemente, esta vez pensó que la había matado. Escribió una nota breve, abundante en remordimiento y escasa en gramática, y después se suicidó con un revólver 38. Cuando su esposa, a quien tampoco se podía calificar de erudita, recobró el conocimiento y encontró el cadáver de su verdugo enfriándose junto a ella, abrió la llave de gas en el horno y metió la cabeza en él. Los paramédicos de los servicios de rescate de Oxford la habían salvado. Apenas.

Dos chiquillos de Nueva York se alejaron de la cabaña de sus padres en el lago Castle y se perdieron en los bosques, como Hansel y Gretel. Los encontraron ocho horas más tarde, asustados, pero sanos y salvos. John LaPointe, el segundo lugarteniente de Alan, no estaba en buenas condiciones; se había quedado en casa con un delirante caso de envenenamiento con hiedra que había contraído durante la búsqueda. En el restaurante de Nan, se había producido una pelea a puñetazos entre dos vacacionistas por el último ejemplar del New York Times del domingo; otra riña a puñetazos en el estacionamiento de Mellow Tiger; un pescador de fines de semana se había arrancado la mitad de la oreja izquierda cuando intentaba un elegante lanzamiento de caña en el lago; tres casos de tiendas robadas; y un pequeño registro en busca de drogas en el Universe, el salón de billar y galería de juegos de vídeo en Castle Rock.

La típica semana de un pequeño pueblo en junio, una especie de gran —celebración de inauguración del verano. Alan apenas había tenido tiempo para beber una taza completa de café en una sentada. Y aún así, percibía que Thad y Liz Beaumont acudían a su mente una y otra vez... ellos y el hombre que los acechaba. El hombre que también había asesinado a Homer Gamache. Alan hizo varias llamadas a los policías de la ciudad de Nueva York —había un cierto teniente Reardon, quien para ahora probablemente ya estaba harto de él—, pero no tenían ninguna información nueva.

Esta tarde, Alan se había encontrado con una oficina inesperadamente tranquila. Sheila Brigham no tenía nada que informar respecto a despachos, y Norris Ridgewick estaba dormitando en una silla, en el área de las celdas, con los pies sobre el escritorio. Alan debió haberlo despertado, pues si acaso llegaba Danforth Keeton, el primer administrador, y veía a Norris tomando una siesta en horas de servicio, le daría un ataque, pero no tuvo corazón para hacerlo. También para Norris la semana había sido dura. Estuvo a cargo de la tarea de raspar de la carretera los restos de las víctimas del accidente en la 117 y había hecho muy buen trabajo, con todo y el revoloteo en el estómago.

Ahora Alan estaba sentado detrás de su escritorio, haciendo formas de animales en un rayo de sol que caía sobre la pared... y sus pensamientos se dirigieron de nuevo hacia Thad Beaumont. Después de obtener la bendición de Thad, el doctor Hume en Orono había llamado a Alan para informarle que los resultados de los exámenes neurológicos de Thad eran negativos. Al pensar en eso, la mente de Alan se enfocó otra vez en el doctor Hugh Pritchard, quien había operado a Thad cuando Thaddeus Beaumont tenía once años y estaba muy lejos de la fama.

Un conejo saltó a través del rayo de sol en la pared. Lo siguió un gato; un perro persiguió al gato.

Déjalo por la paz. Es una locura.

Claro que era una locura. Y desde luego, podía dejarlo por la paz. En poco rato, se tendría que enfrentar a otra crisis aquí; no necesitaba ser adivino para saberlo. Así era como transcurría el verano en The Rock. La mayoría de las veces estabas tan ocupado que no tenías tiempo de pensar, y en ocasiones era bueno no pensar.

Un elefante siguió al perro, balanceando un baúl fantasma que, en realidad, era el dedo índice izquierdo de Alan Pangborn.

—Al carajo —dijo y tiró del teléfono hacia él. Al mismo tiempo, la otra mano sacaba la cartera del bolsillo posterior. Oprimió el botón que marcaba automáticamente el cuartel de la policía estatal en Oxford y preguntó al despachador si estaba Henry Payton, comandante en jefe del departamento de investigación criminal. Resultó que sí estaba. Alan tuvo tiempo para pensar que la policía estatal también tenía un día tranquilo para variar, y en eso Henry se

puso en la línea.

—¡Alan! ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba —dijo Alan—, si podrías llamar por mí al guardabosque principal en el Parque Nacional Yellowstone. Te puedo dar el número —lo miró con una ligera sorpresa. Lo había obtenido casi una semana antes del servicio de directorio, y lo había anotado en el dorso de una tarjeta de negocios. Sus ágiles manos lo habían sacado de la cartera casi por su propia cuenta.

—¡Yellowstone! —Henry se oía divertido—. ¿No es ahí donde ronda el oso Yogi?

—No —dijo Alan, sonriendo—. Eso es Jellystone. Y de todos modos, el oso no es sospechoso de nada. Al menos hasta donde yo sé. Necesito hablar con un hombre que está acampando ahí, Henry. Bien... no sé si realmente necesito hablar con él, pero me sentiré más tranquilo si lo hago. Siento que es un problema inconcluso.

—¿Se relaciona con Homer Gamache?

Alan cambió el auricular al otro oído, y distraídamente se pasó por los nudillos la tarjeta en la que había apuntado el número del guardabosque principal de Yellowstone.

—Sí —dijo—, pero si me pides que te lo explique, te voy a parecer bastante tonto.

—¿Sólo una corazonada?

—Sí —y se sorprendió al descubrir que sentía una corazonada, sólo que no sabía respecto a qué—. El hombre con quien quiero hablar es un doctor jubilado llamado Hugh Pritchard. Está con su esposa. Es probable que el guardabosques principal sepa dónde están, tengo entendido que hay que registrarse al entrar y me imagino que están en un área de acampado con acceso a un teléfono. Ambos tienen más de setenta años. Si eres tú quien llama al guardabosque, es más factible que le trasmitan el mensaje a este sujeto.

—En otras palabras, consideras que el guardabosques de un parque nacional tomaría más en serio al comandante en jefe de un cuerpo de policía estatal que al sheriff de un condado de mierda.

—Tienes una forma muy diplomática de exponer las cosas, Henry.

Henry Payton rió deleitado.

—¿Verdad que sí? Bien, te diré algo, Alan, no me importa hacer un pequeño negocio contigo, siempre y cuando no quieras que profundice más, y siempre y cuanto tú...

—No, eso es todo —dijo Alan agradecido—. Es todo lo que quiero.

—Espera un minuto, aún no termino. Siempre y cuando comprendas que no puedo usar la línea de teléfono de área extensa para hacer la llamada. El capitán revisa esos estados de cuenta, mi amigo. Los revisa con mucho cuidado. Y si ve esa llamada querrá saber por qué estoy gastando el dinero de los contribuyentes para darte una mano. ¿Comprendes lo que digo?

Alan suspiró resignado.

—Puedes utilizar el número de mi tarjeta de crédito personal —dijo—, y le puedes decir al guardabosques que le indique a Pritchard que llame por cobrar. Anotaré la llamada y la pagaré de mi bolsillo.

Hubo una pausa en el otro extremo, y cuando Henry habló de nuevo, su tono era más serio.

—¿Esto realmente es importante para ti, verdad, Alan?

—Sí. No sé por qué, pero lo es.

Una segunda pausa. Alan podía sentir el esfuerzo de Henry Payton por abstenerse de preguntar. Por fin, ganó la mejor naturaleza de Henry. O tal vez, pensó Alan, sólo fue su lado práctico.

—Está bien —dijo—. Haré la llamada y le diré al guardabosques que quieres hablar con Hugh Pritchard acerca de la investigación de un asesinato en el condado de Castle en Maine. ¿Cuál es el nombre de su esposa?

—Helga.

—¿Lugar de residencia?

—Fort Laramie, Wyoming.

—Bien, sheriff, aquí viene la parte dura. ¿El número de tu tarjeta de crédito telefónica?

Suspirando, Alan se lo dio.

Un minuto más tarde, de nuevo marchaba el desfile de sombras a través del rayo de sol en la pared.

Es probable que nunca llame el sujeto, pensó, y si lo hace, no podrá decirme ni una maldita cosa útil, ¿cómo podría?

Sin embargo, Henry había acertado en una cosa; sentía una corazonada. Algo. Y no iba a desaparecer.

3

Mientras Alan Pangborn hablaba con Henry Payton, Thad Beaumont se estacionaba en uno de los espacios para el profesorado detrás de la facultad de literatura y matemáticas. Bajó del auto, con cuidado de no lastimarse la mano izquierda. Durante un momento, permaneció ahí de pie, asimilando el día y la desacostumbrada paz amodorrada del campus.

El Plymouth café se estacionó junto a la Suburban, y los dos hombres corpulentos que bajaron de él disiparon cualquier sueño de paz que hubiese estado a punto de crear.

—Sólo voy a subir a mi oficina por unos minutos —dijo Thad—. Podrían quedarse aquí si quieren —vio a dos chicas que paseaban tranquilamente, tal vez en camino al anexo este para inscribirse en los cursos de verano. Una llevaba un halter y shorts azules, la otra una minifalda casi inexistente, sin espalda, y al dobladillo sólo le faltaba el

latido del corazón de un hombre fuerte para llegar a la parte abultada del trasero—. Disfruten el paisaje.

Los dos polizontes siguieron con la mirada el paso de las chicas, volteando las cabezas como si las tuviesen montadas en pivotes invisibles. El que estaba al mando —Ray Garrison o Roy Harriman—, Thad no recordaba bien el nombre, se volvió y dijo con pesar:

—Claro que nos gustaría hacerlo, señor, pero mejor subimos con usted.

—Realmente, no es más.. que el segundo piso... —Esperaremos en el corredor.

—No se imaginan cómo me está empezando a deprimir todo esto —dijo Thad.

—Son órdenes —dijo Garrison o Harriman. Era evidente que la depresión, o para el caso, la felicidad de Thad, le importaba menos de cero.

—Claro —dijo Thad, cediendo—. Son órdenes.

Se encaminó hacia la puerta lateral. Los dos policías lo siguieron a una docena de pasos de distancia, y Thad sospechaba que en traje de civil se veían más como polizontes que con los uniformes.

Después del calor tranquilo y húmedo, el aire acondicionado golpeó a Thad como un puñetazo. De inmediato sintió que la camisa se le congelaba contra la piel. El edificio, tan lleno de vida y estrépito durante el año académico de septiembre a mayo, se sentía un poco escalofriante en esta tarde de fin de semana, al término de la primavera. El lunes, cuando empezara la primer sesión de las tres semanas de verano, tal vez se llenaría con una tercera parte del bullicio y actividad acostumbrados, pero hoy, Thad descubrió que era un alivio el tener cerca a sus guardianes. Pensó que el segundo piso, donde estaba su oficina, estaría completamente desierto, lo que al menos le permitiría ahorrarse la necesidad de explicar la presencia de sus corpulentos y vigilantes amigos.

Resultó que no estaba desierto del todo, pero pudo zafarse con facilidad. Rawlie DeLesseps deambulaba por el pasillo, desde el salón común del departamento hasta su propia oficina, divagando en su forma acostumbrada... lo que significaba que se veía como si acabara de recibir un fuerte golpe en la cabeza que había trastornado su memoria y control motor. Avanzaba soñadoramente de un lado a otro del corredor en ligeras curvas, examinando las caricaturas, poemas y avisos clavados en los tableros de las puertas cerradas de sus colegas. Posiblemente se dirigía a su oficina eso parecía—, pero incluso alguien que lo conociera bien declinaría hacer una apuesta en cualquier sentido. En los dientes llevaba aferrado el cañón de una enorme pipa amarilla. Los dientes no eran tan amarillos como la pipa, pero se acercaban bastante. La pipa estaba apagada, como lo había estado desde fines de 1985, cuando el doctor le prohibió fumar después de un ligero ataque cardiaco. "Nunca me gustó mucho fumar," explicaba Rawlie con su voz amable y distraída cuando alguien le preguntaba acerca de la pipa. "Pero sin el bocado en los dientes... caballeros, no sabría dónde ir o qué hacer si tuviese la suerte de llegar." De cualquier forma, casi todo el tiempo daba la impresión de no saber a dónde ir o qué hacer... como ahora. Algunas personas frecuentaban a Rawlie durante años antes de descubrir que no era el sabio distraído que parecía. Algunas, nunca lo descubrían.

—Hola, Rawlie —dijo Thad, buscando las llaves.

Rawlie parpadeó, mirándolo, volvió la mirada para revisar a los hombres que seguían a Thad, los descartó y volvió a mirar a Thad.

—Hola, Thaddeus —dijo—. Pensaba que este año no ibas a dar clases en los cursos de verano.

—No lo voy a hacer.

—¿Entonces, qué te puede haber picado para venir aquí, con tantos lugares como hay, en el primer día de canícula auténtica del verano?

—Sólo voy a recoger algunos expedientes del diplomado —dijo Thad—. No me quedaré más de lo necesario, puedes creerme.

—¿Qué te pasó en la mano? Está negra y azul hasta la muñeca.

—Bueno dijo Thad, un tanto avergonzado. La explicación lo hacía que pareciera como un ebrio o un idiota, o ambas cosas... pero aun así, se aceptaba con más facilidad de la que se podía esperar si dijese la verdad. Para Thad, había sido divertido y triste al mismo tiempo el que la policía aceptara la versión con la misma naturalidad que lo hacía Rawlie ahora. No le habían formulado una sola pregunta acerca de cómo o por qué había sucedido que cerrara de golpe la puerta del clóset del dormitorio con la mano dentro.

Instintivamente, había sabido cuál sería la versión indicada, lo había sabido incluso en su agonía. De él se esperaba que sus movimientos fuesen torpes, era parte de su personalidad. En cierto modo, fue como decirle al entrevistador de People (que en paz descanse) que George Stark había sido creado en Ludlow en vez de Castle Rock, y que Stark escribía a mano porque nunca había aprendido mecanografía.

Ni siquiera intentó mentirle a Liz... pero sí insistió en que guardara silencio acerca de lo que había pasado en realidad, y ella había accedido. Su único interés había sido el extraerle la promesa de que nunca más volvería a tratar de establecer contacto con Stark. Thad lo había prometido de buena gana, aunque, en el fondo, sabía que no podría cumplirla. Sospechaba que Liz también lo sabía, en algún nivel profundo de su mente.

Rawlie lo miraba ahora con franco interés.

—¿En la puerta de un closet? —dijo—. Maravilloso. ¿Jugaban acaso a las escondidillas? ¿O era un extraño rito sexual? Thad sonrió.

—Desde 1981 renuncié a los ritos sexuales extraños —dijo—. Recomendación del doctor. En realidad, no puse atención a lo que hacía. Toda la situación es un poco mortificante.

—Lo puedo imaginar —dijo Rawlie... y después guiñó un ojo. Fue un guiño muy sutil, un simple revoloteo de un párpado hinchado y arrugado... pero ahí estuvo claramente distinguible. ¿Pensó que podía engañar a Rawlie? Los

cerdos podían volar.

De repente, se le ocurrió una idea a Thad.

—Rawlie, ¿aún impartes ese seminario sobre mitos populares?

—Todos los otoños —repuso Rawlie—. ¿No lees el catálogo de tu propio departamento, Thaddeus? Varillas de zahorí, brujas, remedios holísticos, signos diabólicos en los ricos y famosos. Sigue siendo tan popular como siempre. ¿Por qué lo preguntas?

Thad había descubierto una respuesta universal para esa pregunta; una de las ventajas de ser escritor es que siempre se contaba con una respuesta para ¿Por qué lo preguntas? "Bueno, tengo una idea para una novela," decía. "Todavía está en etapa de exploración, pero creo que tiene posibilidades."

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿En las supersticiones de América del Norte, o en los mitos populares, los gorriones tienen algún significado que tú sepas?

Las arrugas en el ceño de Rawlie empezaron a parecerse a la topografía de un planeta lejano, claramente nocivo para la vida humana. Masticó el cañón de la pipa.

—De momento no se me ocurre nada, Thaddeus, aunque... me pregunto si ésa es realmente la razón por la que te interesas.

Los cerdos podrían volar, pensó Thad de nuevo.

—Bueno, tal vez no, Rawlie. Tal vez te dije eso porque no puedo explicarte mi interés a toda prisa —sus ojos parpadearon brevemente en dirección de sus perros guardianes y después volvieron al rostro de Rawlie Ahora estoy un poco presionado de tiempo.

Los labios de Rawlie esbozaron la sombra más tenue de una sonrisa.

—Creo que entiendo. Gorriones... esos pájaros tan vulgares. Pensaría que son demasiado comunes para tener connotaciones supersticiosas profundas. Sin embargo... ahora que lo pienso... hay algo. Excepto que lo asocio con los dormilones. Déjame verificarlo. ¿Estarás aquí un rato?

—Me temo que no más de media hora.

—Bien, en el libro de Barringer, Folklore de América, podría encontrar algo de inmediato. Realmente no es mucho más que un recetario de supersticiones, pero ahora nos será útil. Y siempre podría llamarte después.

—Sí. Siempre puedes hacerlo.

—Estupenda fiesta la que tú y Liz ofrecieron para Tom Carroll —dijo Rawlie—. Desde luego, tú y Liz siempre organizan las mejores fiestas. Tu esposa es demasiado encantadora para ser una esposa, Thaddeus. Debería ser tu amante.

—Gracias. Supongo que sí.

—Gonzo Tom —continuó Rawlie con afecto—. Es difícil creer que Tom Carroll Gonzo ya zarpó hacia el triste puerto del retiro. Me pasé más de veinte años escuchando sus ventosidades como estampidos de corneta en la oficina contigua a la mía. Espero que su sucesor sea más silencioso. O al menos más discreto.

Thad rió.

—Wilhelmina también se divirtió mucho —dijo Rawlie. Sus párpados bajaron traviesos. Sabía perfectamente lo que sentían Thad y Liz por Billie.

—Me alegro —dijo Thad. Pensaba que Billie Burks y el concepto de diversión eran mutuamente excluyentes... pero desde que Rawlie y ella habían formado parte de una coartada terriblemente necesaria, suponía que debía alegrarse de que ella hubiese asistido a la fiesta—. Y si se te ocurre otra cosa...

—Los gorriones y su lugar en el Mundo Invisible. Sí, desde luego —Rawlie saludó con un movimiento de cabeza a los dos policías detrás de Thad—. Buenas noches, caballeros —los rodeó y continuó hacia su oficina con un poco más de energía, no mucha, pero sí un poco.

Thad se quedó mirando sus espaldas, perplejo.

—¿Qué fue eso? —preguntó Garrison a Harriman.

—DeLesseps —murmuró Thad—. Lingüista profesional y folclorista aficionado.

—Se ve como la clase de sujeto que necesita un mapa para encontrar el camino a casa —dijo el otro policía.

Thad se acercó a la puerta de su oficina y quitó la llave a la cerradura.

—Está más despierto de lo que parece —dijo, y abrió la puerta.

Hasta que encendió las luces, no se dio cuenta de que Garrison o Harriman estaba junto a él, con una mano dentro de la chaqueta deportiva, confeccionada especialmente para hombres altos. Thad tuvo un momento de temor tardío, pero, por supuesto, la oficina estaba vacía, tan vacía y tan pulcra, después del flujo suave y constante de confusión de todo un año, que se veía muerta.

Por ninguna razón que pudiera ubicar, sintió una ola súbita y casi enfermiza de nostalgia, vacío y pérdida —una combinación de sentimientos semejante a un dolor profundo e inesperado. Era como el sueño. Era como si hubiese venido a despedirse.

Deja de ser tan endiabladamente estúpido, se dijo a sí mismo, y otra parte de su mente respondió quedamente: La fecha límite, Thad Ya se cumplió el plazo, y creo que has cometido un errar muy serio al no tratar por lo menos de hacer lo que quiere ese hombre. Un alivio a corto plazo es mejor que ningún alivio.

—Si quieren café, pueden tomar una taza en la sala de descanso —dijo—. La cafetera estará llena, si conozco a Rawlie.

¿Dónde está eso —preguntó la pareja de Garrison o Harriman.

—Al otro lado del corredor, dos puertas más allá —dijo Thad, quitando la llave a los archiveros. Se dio vuelta y le dedicó una sonrisa que se veía completamente fingida en su rostro—. Creo que me oirán si grito.

—Asegúrese de gritar con ganas, si algo pasa —dijo Garrison o Harriman.

—Lo haré.

—Podría enviar a Manchester a buscar el café —dijo Garrison o Harriman—, pero tengo la sensación de que está pidiendo un poco de privacía.

—Bueno, sí. Ahora que lo menciona.

—Está bien, señor Beaumont —dijo. Miró seriamente a Thad, y éste de repente, recordó que el nombre era Harrison. Como el ex Beatle. Qué estúpido fue olvidarlo—. Sólo recuerde que las personas de Nueva York murieron por una sobredosis de privacía.

¿Eh? Yo creía que Phyllis Myers y Rick Cowley habían muerto en compañía de la policía. Pensó en decirlo en voz alta, pero no lo hizo. Después de todo, estos hombres sólo trataban de cumplir con su deber.

—Anímese, oficial Harrison —dijo. El edificio está hoy tan silencioso que hasta un hombre descalzo produciría eco.

Bien. Estaremos al otro lado del corredor, en como quiera que usted lo llame.

—Sala de descanso.

—Correcto.

Se fueron, y Thad abrió el cajón del archivo marcado SOL DIP. Con los —ojos de la mente, Thad siguió viendo a Rawlie De

dejando caer ese guiño rápido e imperceptible. Y siguió escuchando esa voz que le decía que había llegado a la fecha límite, que había cruzado al lado siniestro. El lado donde estaban los monstruos.

4

Ahí estaba el teléfono, pero no sonaba.

Vamos, pensó mirándolo, mientras amontonaba los expedientes del diplomado sobre el escritorio, junto a la IBM Selectric proporcionada por la universidad. Vamos, vamos, aquí estoy, junto a un teléfono que no está intervenido, así que vamos, George, telefonea, llámame, dame la primicia.

Pero el teléfono seguía sin sonar.

Se dio cuenta de que estaba mirando un cajón del archivero que no estaba únicamente aligerado, sino completamente vacío. En su preocupación, había sacado todos los expedientes, no sólo los que pertenecían a los estudiantes que se interesaban en el curso de prosa creativa. Había sacado incluso las fotocopias de los que querían tomar gramática trasformacional, la cual era el evangelio según Noam Chomsky, traducida por el decano de la pipa muerta, Rawlie DeLesseps.

Thad fue hacia la puerta y se asomó. Harrison y Manchester estaban parados en la puerta de la sala de descanso del departamento, tomando café. En sus puños del tamaño de un jamón, los tarros se veían como tacitas de té.

Thad levantó la mano. Harrison hizo un ademán en señal de reconocimiento y le preguntó si aún tardaría mucho.

—Cinco minutos —le respondió; ambos polizontes asintieron con un movimiento de cabeza.

Regresó a su escritorio, separó los expedientes de prosa creativa de los demás, y empezó a colocar estos últimos en el cajón del archivero, moviéndose lo más lentamente posible para dar tiempo a que sonara el teléfono. Pero el aparato siguió mudo. Oyó el timbre de uno en algún lugar alejado del corredor, el sonido amortiguado por la puerta cerrada y en cierto modo un tanto fantasmal en el desacostumbrado silencio de verano que reinaba en el edificio. Tal vez George se equivocó de número, pensó, y soltó una pequeña risa. El hecho era que George no iba a llamar. El hecho era que él, Thad, se había equivocado. Aparentemente, George guardaba otro truco bajo la manga. ¿Por qué habría de sorprenderlo eso? Los trucos eran la spécialité de la maison de George Stark. Sin embargo, había estado tan seguro, tan endiabladamente seguro.

—¿Thaddeus?

Thad pegó un salto y casi derrama el contenido de la última docena de expedientes sobre el piso. Cuando se aseguró de que no se le iban a resbalar de las manos, se dio vuelta. Rawlie DeLesseps estaba parado justo fuera de la puerta. Su gran pipa se introducía como un periscopio horizontal.

—Lo siento —dijo Thad—. Me diste un buen susto, Rawlie. Mi mente estaba a diez mil kilómetros de distancia.

—Alguien te llama por mi teléfono —dijo Rawlie amablemente—. Se debe haber equivocado de número. Suerte que estaba ahí.

Thad sintió que el corazón empezaba a latirle lento y fuerte, como si tuviera un tambor dentro del pecho y alguien empezara a batirlo con una gran cantidad de energía calculada.

—Sí —dijo Thad—. Fue una suerte.

Rawlie lo miró, evaluándolo. Bajo los párpados hinchados, ligeramente enrojecidos, los ojos azules se veían tan interesados y tan inquisitivos que resultaban casi ofensivos, y desde luego, en marcado contraste con sus modales joviales, divagados, de profesor distraído.

—¿Está todo bien, Thaddeus?

No, Rawlie. En estos días me ronda un asesino de quien yo formo parte, un sujeto que al parecer, puede

posesionarse de mi cuerpo u obligarme a hacer cosas graciosas, como clavarme lápices en mí mismo; y cuando termina un día y todavía estoy cuerdo, considero que he logrado una victoria. La realidad está dislocada, compañero.

—¿Bien? ¿Por qué no habría de estar todo bien?

—Me parece que detecto el débil pero inconfundible aroma ferroso de la ironía, Thad.

—Estás equivocado.

—¿Lo estoy? ¿Entonces por qué te vas como un venado atrapado entre un par de faros?

—Rawlie...

—Y el hombre con quien acabo de hablar suena como la clase de vendedor a quien le compras lo que sea por teléfono, sólo para asegurarte de que no te visite en persona. —No pasa nada, Rawlie.

—Muy bien —Rawlie no se veía convencido.

Thad salió de su oficina y caminó por el corredor hacia la de Rawlie.

—¿Adónde va? —le preguntó Harrison.

—Hay una llamada para mí en la oficina de Rawlie explicó—. Aquí todos los números están en secuencia. Este sujeto debe haberse confundido.

—¿Y dio la casualidad que llamó al único miembro de la facultad que está hoy aquí, además de usted? —preguntó Harrison, escéptico.

Thad se encogió de hombros y siguió caminando.

La oficina de Rawlie DeLesseps era desordenada, agradable y todavía estaba invadida por el olor a pipa —por lo visto, dos años de abstinencia no compensaban los treinta años de complacencia. El punto más sobresaliente era un tablero de dardos con una fotografía de Ronald Reagan en el centro. Un volumen de tamaño enciclopédico, Folklore de América, de Franklin Barriger, estaba abierto sobre el escritorio de Rawlie. El teléfono estaba descolgado, sobre una pila de formas para exámenes en blanco. Al mirar el auricular, Thad sintió que lo cubría el antiguo terror con sus rígidos pliegues. Era como estar envuelto en un cobertor que necesitara lavarse urgentemente. Volvió la cabeza, seguro de que vería a los tres —Rawlie, Harrison y Manchester— formados en el umbral, como gorriones en un cable de teléfono. Pero el umbral de la puerta de la oficina estaba vacío, y desde alguna parte del corredor se oía el tono bajo y áspero de la voz de Rawlie. Había detenido a los guardianes, de Thad. Thad dudaba que lo hubiese hecho por accidente.

Tomó el auricular y dijo:

—Hola, George.

—Ya terminó tu semana —dijo la voz en el otro extremo. Era la voz de Stark, pero Thad se preguntó si ahora las impresiones de voz serían tan exactas. La voz de Stark no era la misma. Se había vuelto ronca y áspera, como la de un hombre que ha pasado mucho tiempo gritando en una competencia deportiva—. Ya pasó la semana y no has hecho absolutamente nada.

—Estás en lo cierto —dijo Thad. Sentía mucho frío. Tuvo que recurrir a un esfuerzo consciente para no estremecerse. El frío parecía provenir del teléfono mismo, rezumando como carámbanos por los agujeros del auricular. Pero también estaba muy enojado. No lo voy a hacer, George.. Una semana, un mes, diez años, me da lo mismo. ¿Por qué no lo aceptas? Estás muerto y seguirás muerto.

—Estás equivocado, amigo. Si quieres ser un difunto equivocado, sigue por ese camino.

— ¿Sabes, cómo se te oye, George? —preguntó Thad—. Se te oye como si te estuvieras deshaciendo. ¿Es por eso que quieres que empiece a escribir de nuevo? Perdiendo cohesión, eso fue lo que escribiste. ¿Te estás biodegradando, no es cierto? Dentro de poco, te desmoronarás en pedazos, como la maravillosa carroza de Cenicienta.

—Nada de eso te importa, Thad —replicó la voz áspera. Pasó, de un zumbido escabroso a un sonido ríspido, como grava al caer de la caja de, un camión de volteo, hasta un susurro chillante. Como si las cuerdas vocales renunciaran a funcionar, durante el espacio de una frase o dos, y luego retomaran el zumbido—. No te concierne nada de lo que me pase a mí. No es más que una distracción para ti; compañero. Empezarás al anochecer, o vas a ser un hijo de puta muy, arrepentido. Y no serás, tú solo.

—Yo no...

¡Click! Stark se había ido. Thad miró pensativamente el auricular durante un momento, y después lo colocó en su soporte. Cuando se dio vuelta, Harrison y Manchester estaban parados en la puerta.

5

¿Quién era? —preguntó Manchester.

—Un estudiante —dijo Thad.... En este punto, ni siquiera estaba seguro del motivo por el cual mentía. De lo único que estaba completamente seguro era de que tenía una sensación terrible en las entrañas—. Sólo un estudiante.. Como lo pensé.

—¿Cómo se enteró de que estaba usted aquí?— preguntó Harrison—. ¿Y por qué llamó al teléfono de este caballero?

—Me rindo —dijo Thad, humildemente—. Soy agente secreto de los rusos. La llamada fue de mi contacto. Me entregaré sin oponer resistencia.

Harrison no estaba enojado, o al menos no daba esa impresión. La mirada de reproche ligeramente cansado que fijó en Thad, era mucho, más efectiva que el enojo.

—Señor Beaumonty: estamos tratando de ayudarle a usted y a su esposa. Comprendo que el hecho de que un par de sujetos lo sigan de cerca a cualquier lugar donde vaya, puede resultar muy molesto después de un tiempo, pero, en realidad, nuestra única intención es la de ayudarle.

Thad se sintió avergonzado de sí mismo... pero no lo suficiente para decir la verdad. Ese desagradable presentimiento seguía ahí, el presentimiento de que las cosas saldrían mal, de que tal vez ya habían salido mal. Y algo más, también. Una leve sensación aleteante a lo largo de la piel. Una sensación serpenteante dentro de la piel. Presión en las sienes. No eran los gorriones; al menos, no creía que lo fueran. De cualquier forma, estaba descendiendo algún barómetro mental que ni siquiera había percibido. No era la primera vez que lo sentía. Ocho días antes, en camino a Dave s Market, había tenido una sensación similar a ésta, aunque no tan fuerte. La había sentido también en su oficina, mientras sacaba los expedientes. Una sensación inquietante, sorda.

Es Stark Está contigo en alguna forma, en ti. Está observando. Así sabrá si cometes algún error Y alguien sufrirá las consecuencias.

—Disculpe —dijo. Se dio cuenta de que Rawlie DeLesseps estaba parado detrás de los dos policías, observando a Thad con ojos tranquilos y curiosos. Ahora tendría que empezar a mentir, y las mentiras le llegaban a la mente con tanta fluidez y naturalidad que debía suponer que Stark mismo las plantaba ahí. Dudaba mucho que Harrison las creyera, pero ya era un poco tarde para preocuparse por eso—. Estoy nervioso, eso es todo.

—Es comprensible —dijo Harrison—. Sólo quiero que entienda que nosotros no somos el enemigo, señor Beaumont. Thad dijo:

—El chico que llamó, sabía que estaba aquí porque él salía de la librería cuando yo llegaba. Quería saber si daría clases en un curso de redacción este verano. El directorio de teléfonos de los profesores está dividido por departamentos, y los miembros de cada departamento se registran en orden alfabético. Las letras son muy menudas, como lo confirmará cualquiera que haya tratado de usarlo.

—Es un libro bastante molesto —coincidió Rawlie chupando su pipa. Los dos policías se volvieron a mirarlo durante un momento, sobresaltados. Rawlie los favoreció con una solemne inclinación de cabeza, un tanto grave.

—Rawlie me sigue en el listado del directorio —dijo Thad—. Este año no tenemos otro miembro del profesorado cuyo apellido empiece con C —miró hacia Rawlie durante un instante, pero Rawlie se había quitado la pipa de la boca y parecía estar inspeccionando con mucha atención la marca ennegrecida—. Como resultado —terminó Thad—, casi siempre recibo sus llamadas y él las mías. Le dije al chico que no había tenido suerte; no volveré hasta el otoño.

Bien, ahí estaba. Tuvo la sensación de que tal vez se había excedido un poco en la explicación, pero el verdadero interrogante era en qué momento habían llegado Harrison y Manchester al umbral de la oficina de Rawlie, y cuánto habían escuchado. Normalmente, no se le dice a un estudiante que se interesa en un curso de redacción que se está biodegradando y pronto se desmoronará en pedazos.

—Ojalá yo pudiera irme hasta el otoño —suspiró Manchester—. ¿Ya casi termina, señor Beaumont?

Thad dio un suspiro de alivio en su interior y dijo:

—Sólo tengo que guardar los expedientes que no necesito.

(y una nota, tienes que escribir una nota para la secretaria)

—Y, además, tengo que escribir una nota para la señora Fenton —escuchó que decía. No tenía la más remota idea de qué lo impulsaba a añadir este comentario; sólo sabía que tenía que hacerlo—. Es la secretaria del departamento de Letras.

¿Nos da tiempo para otra taza de café? —preguntó Manchester.

—Claro. Y hasta un par de galletas, si las hordas de los bárbaros dejaron alguna —dijo. Había vuelto, y más fuerte que nunca, ese presentimiento de que las cosas estaban dislocadas, que todo estaba mal y empeoraba a cada momento. ¿Dejar una nota para la señora Fenton? Jesús, ése si era un buen chiste. Rawlie debía estar ahogándose en la pipa.

Cuando Thad salía de la oficina de Rawlie, este último le preguntó:

—¿Puedo hablar contigo un minuto, Thaddeus?

—Por supuesto —dijo Thad. Quería decirles a Harrison y Manchester que los dejaran solos, que estaría con ellos en un minuto, pero reconoció, con renuencia, que no era el comentario más adecuado cuando se trataba de disipar sospechas. Y Harrison, por lo menos, había subido la antena. Tal vez no toda, pero casi.

De cualquier modo, el silencio funcionó mejor. Cuando se volvió hacia Rawlie, Harrison y Manchester empezaron a caminar lentamente por el corredor. Harrison musitó algunas palabras a su pareja y después se detuvo en el umbral de la sala de descanso del departamento, mientras Manchester buscaba las galletas. Harrison podía verlos, pero Thad pensaba que no podía oír lo que hablaran.

—Eso del directorio de la facultad fue toda una historia —comentó Rawlie, colocando de nuevo en la boca el cañón mascado de la pipa—. Creo que tienes mucho en común con la pequeña niña de "La ventana abierta" de Saki, Thaddeus, el romance a primera vista parece ser tu especialidad.

—Rawlie, no es lo que piensas.

—No tengo la más remota idea de qué es —dijo Rawlie con voz apacible—, y aunque admito un cierto grado de curiosidad humana, no estoy seguro de querer saberlo.

Thad sonrió un poco.

—Y tuve la clara sensación de que olvidaste a propósito a Tom Carroll Gonzo. Puede haberse retirado, pero la última vez que vi el directorio actual, todavía estaba entre nosotros dos.

—Rawlie, me tengo que ir.

—Claro —dijo Rawlie—. Tienes que escribirle una nota a la señora Fenton.

Thad sintió un leve, calor en las mejillas. Althea Fenton, la secretaria del departamento de Letras desde 1961, había muerto de cáncer en la garganta en abril.

—La única razón por la que te detuve —continuó Rawlie—, fue para decirte que he encontrado lo que buscabas. Acerca de los pájaros. Thad sintió que los latidos de su corazón iniciaban un trote. —LA qué te refieres?

Rawlie condujo a Thad al interior de la oficina y tomó el Folklore de América de Barringer.

—Los gorriones, somorgujos, y especialmente los dormilones son psicopompos —dijo, con cierto tono de triunfo en la voz—. Yo sabía que había algo acerca de los dormilones.

—¿Psicopompos? —dijo Thad dudoso.

—Del griego —dijo Rawlie—, significa los que conducen. En este caso, los que conducen a las almas humanas de ida y vuelta entre la tierra de los vivos y la tierra de los muertos. Según Barringer, los somorgujos y los dormilones son escoltas de los vivos; se dice que se congregan cerca del lugar donde está a punto de ocurrir una muerte. No son pájaros de mal agüero. Su misión es guiar a las almas de los que acaban de morir al lugar que les corresponde en la otra vida.

Miró a Thad con franqueza.

—Los grupos de gorriones son más amenazantes, al menos, según Barringer. Se dice que los gorriones son la escolta de los muertos. —Lo que significa...

—Lo que significa que su tarea es guiar a las almas perdidas para que regresen a la tierra de los vivos. En otras palabras, son heraldos de los muertos vivos.

Rawlie se sacó la pipa de la boca y miró a Thad con solemnidad.

—Ignoro cuál sea la situación, Thaddeus, pero te recomiendo que tengas precaución. Precaución extrema. Se nota que eres un hombre que está en dificultades serias. Si hay algo que pueda hacer, dímelo, por favor.

—Te lo agradezco, Rawlie. Con tu silencio has hecho más de lo que podría esperar.

—Al menos en eso, tú y mis estudiantes concuerdan plenamente —pero los ojos apacibles que miraban a Thad por encima de la pipa mostraban preocupación—. ¿Tendrás cuidado?

—Lo tendré.

—Y si esos hombres te están siguiendo para ayudarte en estos aprietos, Thaddeus, sería conveniente que confiaras en ellos.

Sería fabuloso poder hacerlo, pero el problema no era su confianza en ellos. Si él llegaba a abrir la boca, ellos serían los que confiarían muy poco en él. E incluso, si él tuviese la suficiente confianza en Harrison y Manchester para explicarles la situación, no se atrevería a decir nada hasta que desapareciera esa sensación serpenteante; escurridiza dentro de su piel. George Stark lo estaba observando. Y ya había vencido el plazo.

—Gracias, Rawlie.

Rawlie asintió con la cabeza, le recomendó otra vez que tuviera cuidado y después se sentó detrás del escritorio.

Thad regresó a su oficina.

6

Y, desde luego, tengo que escribir una nota para la señora Fenton.

Mientras guardaba el último de los expedientes que había sacado por error, se detuvo y miró la IBM Selectric beige. En los últimos días, parecía estar casi hipnóticamente consciente de todos los instrumentos de escritura, grandes y pequeños. En más de una ocasión, durante la anterior semana, se había preguntado si dentro de cada uno habría una versión diferente de Thad Beaumont, como genios del mal, acechando dentro de un número de botellas.

Tengo que escribir una nota para la señora Fenton.

Nada más que en estos días sería más conveniente usar una tabla ouija en vez de una máquina de escribir eléctrica para ponerse en contacto con la difunta señora Fenton, quien preparaba un café tan cargado que casi podía caminar y hablar, y ¿por qué había dicho eso, de cualquier modo? La señora Fenton era lo más remoto en su mente.

Thad guardó en el archivero el último de los expedientes que no pertenecía a las licenciaturas, cerró el cajón y miró su mano izquierda. De repente, la membrana de carne entre el pulgar y el índice había empezado a arderle y picarle debajo del vendaje. Se frotó la mano contra la pernera de los pantalones, pero eso sólo pareció empeorar la comezón. Y ahora también le palpitaba. Se intensificó la sensación de calor profundo, abrasante.

Se asomó por la ventana de su oficina.

A lo largo de la avenida Bennett, los cables de teléfono estaban cubiertos con gorriones. En el techo de la enfermería se posaban más gorriones, y mientras observaba una nueva parvada se posó sobre una de las canchas de tenis.

Todos parecían mirarlo.

Psicopompos. Los heraldos de los muertos vivos.

Ahora, una bandada de gorriones, descendió en remolino como un ciclón de hojas quemadas y se posó en el tejado de Bennett Hall.

—No —susurró Thad con voz temblorosa. Sentía erizada la piel de la espalda. La mano le ardía y picaba.

La máquina de escribir.

Sólo recurriendo a la máquina de escribir podría librarse de los gorriones, de esa comezón ardiente y enloquecedora en la mano.

La urgencia de sentarse frente a ella era demasiado fuerte para ignorarla. En alguna forma, parecía terriblemente natural, como el movimiento instintivo de meter la mano bajo el agua fría cuando uno se ha quemado.

Tengo que escribir una nota para la señora Fenton.

Empezarás al anochecer, o vas a ser un hijo de puta muy, muy arrepentido. Y no serás tú solo.

Esa sensación reptante, de desazón, bajo la piel, aumentaba constantemente. Irradiaba en ondas, partiendo del agujero en la mano. Los globos de los ojos parecían palpitar en perfecta sincronía con esa sensación. Y en el ojo de su mente, se intensificó la visión de los gorriones. Era el sector Ridgeway de Bergenfield. Ridgeway bajo un suave cielo blanco de primavera; era 1960; el mundo entero estaba muerto, excepto esos terribles pájaros vulgares, esos psicopompos, y mientras los observaba emprendieron el vuelo. El cielo se oscureció con la gran masa revoloteante. Los gorriones estaban volando de nuevo.

Fuera de la ventana de Thad, los gorriones en los cables, la enfermería y Bennett Hall emprendieron juntos el vuelo en un batir de alas. Unos cuantos estudiantes se detuvieron en su camino a través del cuadrángulo para observar el vuelo de la bandada al cruzar el cielo y desaparecer en el oeste.

Thad no vio eso. Unicamente veía el vecindario de su infancia trasformado en el misterioso campo muerto de un sueño. Se sentó frente a la máquina de escribir, sumergiéndose aún más en el mundo crepuscular de su trance. Sin embargo, permanecía constante un pensamiento. George, el zorro, lo obligaría a oprimir las teclas de la IBM, pero él no escribiría el libro, sin importar que... y si él se mantenía firme, George, el viejo zorro, se desmoronaría, o sencillamente su existencia se apagaría como la llama de una vela. Lo sabía. Lo sentía.

Su mano parecía dar alaridos intermitentes, y sentía que, si pudiera visualizarlo, se parecería a la pata de un personaje de caricatura —tal vez el coyote— después de que se la aplasta con un martillo. No era un dolor exactamente; más bien era como esa sensación de "me voy a volver loco" que te invade cuando te da comezón en la mitad de la espalda, en ese lugar que nunca puedes alcanzar. No una comezón superficial, sino hasta la profundidad de los nervios, una comezón pulsante que te hace apretar los dientes.

Pero incluso eso parecía distante, sin importancia.

Se sentó ante la máquina de escribir.

7

En el momento en que encendió la máquina, la comezón desapareció... y se llevó con ella la visión de los gorriones.

Sin embargo, el trance persistía y en el centro de él estaba un imperativo ineludible; había algo que necesitaba ser escrito, y podía sentir que todo su cuerpo le pedía que empezara, que lo hiciera, que terminara. A su modo, era más desagradable que la visión de los gorriones o la comezón en la mano. Esta otra comezón parecía emanar desde un lugar profundo de su mente.

Colocó una hoja de papel en la máquina y permaneció sentado durante un momento, sintiéndose distante y perdido. Luego colocó los dedos en la posición natural d .

e la mecanografía al tacto, aunque hacía años que había abandonado esa clase de mecanografía.

Ahí temblaron unos instantes y después se retiraron todos los dedos, excepto los índices. Aparentemente, cuando Stark escribía a máquina, utilizaba el mismo método que Thad: busca y pica. Desde luego, era lógico que así fuera; la máquina no era el instrumento de su elección.

Cuando movía los dedos de la mano izquierda, sentía un distante tirón de dolor, pero eso era todo. Los dedos índices mecanografiaban con lentitud, pero aún así, el mensaje que se formó en la hoja blanca no requirió mucho tiempo. Era escalofriantemente breve. La esfera de tipos, tipos con letra gótica, giró y estampó seis palabras en mayúsculas..

ADIVINA DE DÓNDE TE LLAMÉ, THAD

El mundo, de súbito, recuperó un enfoque nítido. En toda su vida, nunca había sentido tal consternación, tal horror. Dios, por supuesto, todo era tan exacto, tan claro.

¡El hijo de puta llamó desde mi casa! ¡Tiene a Liz y a los gemelos!

Empezó a ponerse de pie, sin la más remota idea de qué rumbo quería tomar. Ni siquiera estaba consciente de los que estaba haciendo, hasta que el dolor se encendió en su mano, como una antorcha que arde lentamente y se columpia con fuerza para producir una brillante floración de fuego. Los labios se replegaron, descubriendo los dientes y emitió un sordo sonido de queja. Se dejó caer en la silla frente a la IBM y antes de que supiera qué era lo que estaba pasando, sus manos buscaron a tientas el camino a las teclas y las oprimieron de nuevo.

Seis palabras esta vez.

SI LO DICES A ALGUIEN, MORIRÁN

Miró fijamente las palabras con ojos apagados. Tan pronto como mecanografió la N final, todo se interrumpió repentinamente, como si él fuese una lámpara y alguien hubiese tirado de la clavija Desapareció el dolor en la mano Desapareció la comezón, desapareció la sensación reptante, rondante, bajo la piel.

Los pájaros se habían ido. Esa difusa: ;sensación hechizante se había ido.. Y también Stark se había ido.

Excepto que Stark no había desaparecido totalmente, ¿verdad? No. Stark estaba llevando la casa en ausencia de Thad. Dos policías estatales se habían quedado cuidando el lugar, pero eso no importaba. Había sido un tonto, un tonto increíble al pensar que un par de polizontes significarían alguna diferencia. Ni un escuadrón del Cuerpo Delta de los Boinas Verdes significaría gran diferencia. George Stark no era un hombre; era como un tanque nazi que por casualidad se veía como humano:

—¿Cómo va? —preguntó Harrison detrás de él.

Thad saltó como si alguien le hubiese hundido un alfiler en la parte posterior del cuello... Y eso lo hizo pensar en Frederick Clawson, Frederick Clawson quien se había entrometido donde no debía... y se había suicidado literalmente al divulgar lo que sabía.

SI LO DICES A ALGUIEN, MORIRÁN

lo deslumbraba desde la hoja de papel en la máquina de escribir.

Extendió la mano, sacó la hoja del rodillo y la arrugó. Lo hizo sin volver la cabeza para ver qué tan cerca estaba Harrison, eso hubiese sido un error serio. Trató de adoptar una actitud despreocupada. No se sentía despreocupado; sentía que había perdido la razón. Temía que Harrison le preguntara qué había escrito y por qué tenía tanta prisa para sacarlo de la máquina. Cuando notó que Harrison guardaba silencio, Thad dijo:

—Creo que ya terminé. Al diablo con la nota. De todos modos devolveré los expedientes antes de que la señora Fentonse entere de que me los llevé hasta ahí, por lo menos, era verdad, a menos que Althea se estuviera asomando desde el paraíso. Se puso de pie, rogando que las piernas no lo traicionaran y lo derrumbaran en la silla. Su alivio fue enorme cuando vio que Harrison estaba parado en el umbral, sin mirarlo a él. Un momento antes, Thad hubiera jurado que el policía miraba por encima de su hombro, pero Harrison, estaba comiendo una galleta y veía más allá de Thad a unos cuantos estudiantes que deambulaban por el cuadrángulo.

—Vaya, no hay duda de que está muerto el lugar —dijo el polizonte.

Es posible que mi familia también antes de que llegue a casa.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó Harrison.

—Me parece bien.

Thad empezó a caminar hacia la puerta. Harrison lo miró, confundido.

—¡Santo cielo! —dijo—. Tal vez esa leyenda del profesor distraído sí tiene algo de cierto, después de todo.

Thad miró hacia él, parpadeando nervioso, luego bajó la vista y vio que aún sostenía en una mano la bola de papel arrugado. La tiró hacia el cesto de papeles, pero su mano inestable lo traicionó. La bola pegó en el borde y rebotó. Antes de que pudiera agacharse y recogerla, Harrison se le adelantó. Recogió la bola de papel y se la pasó distraídamente de una mano a otra.

—¿Se va a ir sin los expedientes que vino a buscar? —preguntó. Señaló los expedientes de licenciatura en prosa creativa, los cuales estaban junto a la máquina de escribir, con una goma elástica roja a su alrededor. Después siguió pasándose la bola de papel con los dos últimos mensajes de Stark de una mano a otra, derecha, izquierda, izquierda, derecha, adelante, atrás, rebotaba la bola. Thad podía ver un trozo de letras en uno de los dobleces: CES ALGUIN ORIRAN

—Oh. Estos, gracias.

Thad tomó los expedientes y casi los dejó caer. Ahora Harrison desarrugaría la bola de papel con la mano, y aunque Stark no lo estaba vigilando en este momento —de alguna manera Thad estaba seguro de que no pronto volvería a su vigilancia. Cuando lo hiciera, él lo sabría. Y cuando lo supiera, les haría algo indecible a Liz y a los gemelos.

—De nada —Harrison tiró la bola de papel arrugado hacia el cesto de papeles. Rodó alrededor de casi todo el borde y después, cayó dentro—. Dos puntos —dijo, y salió al corredor para que Thad pudiera cerrar la puerta.

8

Bajó las escaleras con la escolta policiaca detrás de él. Rawlie DeLesseps se asomó desde su oficina y le deseó un buen verano por si no lo veía otra vez. Thad correspondió a sus buenos deseos con una voz que, por lo menos a sus propios oídos, sonaba bastante normal. Se sentía como si anduviera en piloto automático. La sensación persistió hasta que llegó a la Suburban. Mientras colocaba los expedientes en el lado del pasajero, le llamó la atención una cabina telefónica en el otro lado del estacionamiento.

—Voy a llamar a mi esposa —le dijo a Harrison—. A ver si necesita algo de la tienda.

—Lo hubiese hecho allá arriba —dijo Manchester—, se habría ahorrado una moneda.

—Lo olvidé —dijo Thad—. Tal vez tenga algo de cierto la leyenda del profesor distraído.

Los dos polizontes intercambiaron una mirada divertida y subieron al Plymouth, donde podrían encender el aire acondicionado y observar a Thad a través del parabrisas.

Thad sentía que las entrañas se le habían convertido en cristales revueltos. Sacó una moneda del bolsillo y la dejó caer en la ranura. La mano le temblaba y se equivocó en el segundo número. Colgó el teléfono, esperó a que regresara la moneda y lo intentó de nuevo, pensando, Cristo, es igual a la noche en que murió Miriam. Es como volver a vivir esa noche.

Era la clase de déjá vu de la que prescindiría con gusto.

La segunda vez lo consiguió, y permaneció ahí, apretando tanto el auricular contra el oído que éste le dolía. Trató conscientemente de relajar la postura. No debía permitir que Harrison y Manchester sospecharan que algo andaba mal, sobre todo, él no debía permitirlo. Pero aparentemente no podía destrabar los músculos.

Stark respondió el teléfono a la primera llamada.

—¿Thad?

—¿Qué les has hecho? —increpó, como si escupiera bolas secas de pelusa. Y en el fondo, podía oír que los gemelos gritaban como desesperados. Thad percibió que sus gritos eran extrañamente confortantes. No eran los alaridos roncos que Wendy había emitido cuando se cayó de las escaleras; eran gritos desconcertados, tal vez gritos enojados; pero no eran de dolor.

Pero Liz, ¿dónde estaba Liz?

—Absolutamente nada —replicó Stark—, como lo puedes oír por ti mismo. No les he tocado un solo cabello de sus preciosas cabecitas. Todavía.

—Liz —dijo Thad. De repente lo invadió un terror solitario. Era como estar sumergido en una larga y fría corriente de olas.

—¿Qué hay con ella? —el tono de burla era grotesco, insoportable.

—¡Pónla al teléfono! —tronó Thad—. Si esperas que alguna vez vuelva a escribir otra maldita palabra con tu nombre, ipónla al teléfono! —y una parte de su mente, aparentemente inmutable incluso ante un extremo de terror y sorpresa como éste, le advirtió.

Cuida tu expresión, Thad. Los policías pueden, verte, aunque sea en parte. Un hombre no grita en el teléfono cuando habla a casa para preguntarle a su esposa si hay suficientes huevos.

—¡Thad! ¡Thad, amigo! —Stark sonaba ofendido, pero Thad sabía con una certeza horrible y enloquecedora que el hijo de puta estaba sonriendo ¡Tienes una opinión muy mala de mí, compinche! ¡Quiero decir, es muy baja, hijo! No pierdas los estribos, aquí está Liz.

—¿Thad? ¿Thad, estás ahí? —se la oía apresurada y temerosa, pero no aterrada. No del todo.

—Sí. ¿Estás bien, cariño? ¿Están bien los niños?

—Sí estamos bien. Nosotros... —la última palabra se arrastró un poco. Thad pudo oír que el bastardo le decía algo, pero no entendió lo qué era. Liz dijo sí, está bien, y volvió al teléfono. Ahora se le oía más próxima a las lágrimas—. Thad, tienes que hacerlo que él quiere.

—Sí. Lo sé.

—Pero quiere que te diga que no lo puedes hacer aquí. La policía está por llegar¡ El... Thad, dice que mató a los dos que vigilaban la casa. Thad cerró los ojos.

—No sé cómo lo hizo, pero dice que los mató... y yo... le creo ahora ya estaba llorando. Intentaba que Thad no lo percibiera, pues sabía que su llanto alteraría a Thad y, si lo alteraba, podría hacer algo peligroso. Thad apretó el teléfono, lo pegó a su oído y trató de dar una impresión de normalidad.

Stark seguía murmurando en el fondo. Y Thad captó una de las, palabras. Colaboración. Increíble. Jodidamente increíble.

—Nos va a llevar a otro sitio —dijo Liz—. Dice que tú sabes a dónde vamos. ¿Recuerdas a la tía Martha? Dice que debes deshacerte de los hombres que están contigo. Dice que tú sabes cómo hacerlo, porque que él pudo. Quiere que te reúnas con nosotros al anochecer. Dice... —se escuchó un sollozo atemorizado; otro empezaba, pero se las arregló para reprimirlo—. Dice que vas a colaborar con él, que tú y él trabajando juntos producirán el mejor libro de todos. El...

Murmullos, murmullos, murmullos.

Thad —quería engancharlos dedos en el maldito cuello de George Stark y apretar hasta que sus dedos atravesaran la piel y llegaran a la garganta del hijo de puta.

—Dice que Alexis Machine ha regresado de entre los muertos y con más grandeza que nunca —después, en un chillido ¡Haz lo que dice,—Thad, por favor! ¡Tiene pistolas! ¡Y tiene un soplete!— ¡Un pequeño soplete! Dice que si intentas tenderle una trampa...

—Liz...

¡Por favor, Thad, haz lo que dice!

Sus palabras se desvanecieron cuando Stark le quitó el teléfono.

—Dime algo, Thad —dijo Stark, y ahora su voz ya no tenía el tono burlón; el tono era absolutamente serio— Dime algo, y más, te vale que sea creíble y sincero, compinche, o ellos lo pagarán. ¿Me entiendes?

—Sí.

¿Seguro? Porque tu esposa dice la verdad acerca del soplete.

—¡Sí! ¡Sí, maldita sea!

—¿Qué quiso decir cuando te pidió que recordaras a la tía Martha? ¿Quién jodidos es ésa? ¿Es algún tipo de clave, Thad? ¿Estaba tratando de engañarme?

De golpe, Thad vio que las vidas de su esposa y sus hijos colgaban de un hilo muy delgado. No era metáfora; era algo que podía ver. El hilo era azul claro, de telaraña, apenas visible en el centro, de toda la eternidad que pudiera existir. Ahora todo se reducía a dos cosas, lo que él dijera, y lo que George Stark creyera.

—¿Está desconectado el equipo de grabación?

—¡Desde luego! —dijo Stark—. ¿Por quién me tomas, Thad?

¿Lo sabía Liz cuando le pasaste el teléfono?

Hubo una pausa y luego Stark dijo:

—Todo lo que tenía que hacer era abrir los ojos. Los cables están en el maldito piso.

¿Pero lo hizo? ¿Los vio?

—Deja de andarte por las ramas, Thad.

—Sólo trataba de decirme a dónde los vas llevar sin utilizar las palabras precisas —le dijo Thad. Se esforzaba por adoptar un tono paciente, de sermón, pero a la vez condescendiente.. Ignoraba si había tenido éxito o no, pero suponía que George se lo haría saber en una forma u otra, y muy pronto—. Se refiere a la casa de verano. El lugar en Castle Rock. Martha Tellford es tía de Liz. No nos agrada. Siempre que llamaba y anunciaba que vendría a visitarnos, fantaseábamos acerca de huir; a Castle Rock y escondernos en la casa de verano hasta que se muriera. Ahora ya lo dije, y si tienen equipo de grabación inalámbrico en nuestro teléfono, George, ya es cuenta tuya.

Esperó, transpirando, para ver si Stark se había tragado eso... o si, se rompería el fino hilo, lo único que sostenía a sus seres queridos ante la eternidad.

—No lo tienen —dijo Stark por fin, y su voz sonaba relajada de nuevo. Thad combatió la necesidad de recargarse contra uno de los lados de la cabina telefónica y cerrar los ojos con alivio. Si alguna vez te vuelvo a ver, Liz, pensó, te retorceré el cuello por arriesgarte en esa forma tan insensata. Excepto que suponía que lo que haría en realidad, si la volvía a ver, sería besarla hasta quedarse sin aliento.

—No les hagas daño —dijo en el teléfono—. Por favor, no los lastimes. Haré todo lo que tú quieras.

—Oh, ya lo sé. Sé que lo harás, Thad. Pero lo vamos a hacer juntos. Al menos para empezar. Ponte en camino. Sacúdete a los perros guardianes y mueve el trasero hasta Castle Rock. Ve tan rápido como puedas, pero no tan rápido como para llamar la atención. Eso sería un error. Podrías pensar en cambiar de automóvil, pero te dejo a ti los detalles, después de todo eres un tipo creativo. Llega antes del anochecer, si quieres encontrarlos vivos. No trates de joderme. ¿Me entiendes? No trates de joderme, ni intentes algún chiste.

—No lo haré.

—Exactamente. No lo harás. Lo que harás, amigo, es seguir el juego. Si lo jodes, cuando llegues sólo encontrarás cadáveres y una grabación de tu esposa maldiciendo tu nombre antes de morir. Se oyó un chasquido. Se cortó la comunicación.

9

Al regresar a la Suburban, Manchester bajó el cristal de la ventanilla del pasajero en el Plymouth y le preguntó si todo estaba bien en casa. Thad pudo ver en los ojos del hombre que ésta era o más que una pregunta ociosa. Después de todo, había percibido algo anormal en el rostro de Thad. Pero no era problema; pensaba que lo podría manejar. Después de todo era un tipo creativo, y su mente parecía estarse moviendo con su propia velocidad, terriblemente silenciosa, como ese tren bala japonés. La interrogante se presentó de nuevo: ¿mentir o decir la verdad? Y como antes, en realidad, era indiscutible.

—Todo está bien —dijo. Su tono de voz era natural y despreocupado—. Los chiquillos están intranquilos, eso es todo. Y eso pone inquieta a Liz —dejó que la voz aumentara un poco de volumen—. Desde que salimos de casa, ustedes dos han estado actuando un tanto nerviosos. ¿Ha sucedido algo que deba saber?

Todavía le restaba la suficiente conciencia, incluso en esta situación desesperada, para sentir una ligera punzada de culpabilidad. Algo estaba sucediendo, sin duda, pero él era quien lo sabía, y no lo podía decir.

—No —dijo Harrison detrás del volante, inclinándose para hablar por delante de su pareja—. Chatterton y Eddings no nos contestan en la casa, es todo. Es posible que estén dentro.

—Liz me dijo que acababa de preparar té helado —dijo Thad, mintiendo atolondradamente.

—Eso debe ser, entonces —dijo Harrison; sonrió a Thad, quien sintió otro pinchazo de conciencia, ligeramente más agudo—. Ojalá quede algo cuando lleguemos.

—Todo es posible —Thad cerró de golpe la puerta de la Suburban e introdujo la llave de la ignición en la ranura con una mano que no parecía tener más sensibilidad que un bloque de madera. Las preguntas se arremolinaban en su cabeza, ejecutando una gavota propia, complicada y no precisamente bella. ¿Ya habrían salido Stark y su familia hacia Castle Rock? Esperaba que sí, quería que se alejaran bastante antes de que se trasmitiera por las redes de comunicación de la policía la noticia de que habían sido secuestrados. Si viajaban en el automóvil de Liz y alguien lo veía, o si aún estaban cerca de, o en Ludlow, podría haber problemas. Problemas mortales. Era irónico que deseara que Stark pudiera escaparse limpiamente, pero ésa era sin duda su posición.

Y hablando de escapes, ¿cómo iba a sacudirse a Harrison y Manchester? Esa era otra buena pregunta. No podría correr más que ellos en la Suburban, eso era seguro. El Plymouth que conducían se veía como una cárcacha con el acabado polvoso y los neumáticos de cara negra, pero la marcha lenta y dispareja del motor sugería que la máquina estaba altamente modificada bajo la capota. Suponía que podría librarse de ellos —ya tenía una idea de cómo y dónde lo podría hacer—, ¿pero cómo evitaría que lo descubrieran en el trayecto de doscientos sesenta kilómetros hasta Castle Rock?

No tenía la menor idea... sólo sabía que tendría que hacerlo de algún modo.

¿Recuerdas a la tía Martha? .

Le había soltado a Stark esa sarta de tonterías acerca de lo que eso significaba, y Stark se las había tragado. Eso indicaba que el bastardo no tenía un acceso total a su mente. Martha Tellford era tía de Liz, hasta ahí estaba bien, y habían bromeado, sobre todo en la cama, acerca de escaparse de ella, pero habían hablado de huir a lugares exóticos como Aruba o Tahití, porque la tía Martha conocía muy bien la casa de verano en Castle Rock. Los había visitado ahí con más frecuencia que en Ludlow El lugar favorito de la tía Martha en Castle Rock era el tiradero de basura. Era afiliada, con tarjeta de acreditación y cuota pagada de la Asociación Nacional del Rifle, y su pasatiempo favorito en el tiradero consistía en disparar contra las ratas.

—Si quieres que se vaya, tú tendrás que ser quien se lo diga —recordaba Thad haberle dicho a Liz una vez; la conversación había tenido lugar en la cama, hacia el final de la interminable visita de la tía Martha en el verano de, ¿había sido 79 u 80? No tenía importancia, suponía—: Es tu tía. Además; me temo, que si yo se lo digo, usará su Winchester contra mí.

Liz había dicho:

—No estoy segura de que el parentesco de sangre signifique mucho para ella. Tiene una expresión en los ojos, se había estremecido en broma junto a él, recordaba, luego se rió y le picó las costillas. Anda. Dios odia a los cobardes. Dile que somos ecologistas, incluso cuando se trata, de ratas en los tiraderos. Enfréntate a ella Thad, y dile: ¡Lárgate, tía Martha! ¡Ya disparaste contra la última rata en el tiradero! ¡Empaca tus cosas y lárgate!

Desde luego, ninguno de los dos le dijo a tía Martha que se largara; ella había continuado sus expediciones diarias al tiradero, donde disparaba contra docenas de ratas (y Thad sospechaba que contra unas cuantas gaviotas cuando las ratas se escondían). Finalmente, Llegó el bendito día en que Thad la llevó al aeropuerto de Portland y la puso en el avión de regreso a Albany. En la puerta, le había dado un doble apretón de mano de hombre, extrañamente desconcertante —como si estuviese cerrando un trato de negocios en vez de despedirse— y le dijo que era probable que los favoreciera con una visita el siguiente año.

—Estupenda cacería —había comentado Por lo menos me cargué seis o siete docenas de esos sacos de gérmenes.

Nunca había vuelto, aunque se habían escapado por un pelo (esa visita inminente se había frustrado por una misericordiosa invitación de último minuto para visitar Arizona, donde, según les informó tía Martha por teléfono; aún daban premios por matar coyotes).

En los 4 años siguientes a su última visita, "Recuerda a tía Martha", se había convertido en una frase clave, como "Recuerda al Maine".

Significaba que uno de ellos debía sacar la 22 del cobertizo y disparar contra algún invitado particularmente fastidioso, como la tía Martha disparaba contra las ratas en el tiradero. Ahora que lo pensaba, Thad creía que Liz había usado una vez la frase durante las sesiones de entrevista y fotografía de la revista People. ¿No se había vuelto hacia él y murmurado, "Me pregunto si la Myers recuerda a la tía Martha, Thad."

Después se había tapado la boca y había reído.

Muy gracioso.

Excepto que ahora no era una broma.

Y ahora no se trataba de matar ratas en un tiradero.

A menos que se equivocara, Liz había tratado de decirle que fuera tras ellos y matara a George Stark. Y si Liz, quien lloraba cuando oía que a los animales sin hogar los "dormían" en el asilo Derry, quería que lo hiciera, debía pensar que no había otra solución. Sin duda Liz pensaba que sólo quedaban dos opciones: muerte para Stark... o muerte para ella y los gemelos.

Harrison y Manchester lo miraban con curiosidad, y Thad se dio cuenta de que había permanecido sentado detrás del volante de la Suburban, con el motor en marcha, perdido en sus pensamientos, durante casi un minuto completo. Levantó la mano, esbozó un pequeño saludo, retrocedió y se dio vuelta hacia la avenida Maine, por donde saldría del campus. Antes que nada, tenía que pensar en un medio para escaparse de estos dos, antes de que escucharan por la radio en la banda de la policía, que habían asesinado a sus colegas. Trató de pensar, pero continuaba oyendo a Stark diciéndole que si lo jodía, todo lo que encontraría al llegar al lugar de verano de Castle Rock serían los cadáveres de su familia, y una grabación de Liz maldiciéndolo antes de morir.

Y seguía viendo a Martha Tellford, enfocando la mira de su Winchester, el cual era bastante más grande que la 22 que guardaba en el cobertizo cerrado del lugar de verano, apuntando a las regordetas ratas que se escurrían entre las pilas de desechos y las pequeñas fogatas naranja de basura. De repente, se dio cuenta de que quería disparar contra Stark, y no con una 22 precisamente.

George, el zorro, se merecía algo más grande.

Un obús podría ser la medida adecuada.

Las ratas, que saltaban contra el brillo de botellas rotas y latas aplastadas, retorciendo los cuerpos antes de esparcirse al volar las entrañas y la piel.

Sí, sería estupendo ver que algo así le sucediera a George Stark.

Apretaba el volante con demasiada fuerza, lo que causaba que le doliera la mano izquierda. En realidad, parecía gemir en la profundidad de los huesos y articulaciones. Se reía, —lo intentó, al menos— y buscó en el bolsillo del pecho el Percodán que llevaba, lo encontró y se lo tragó en seco.

Le vine a la mente la intersección de la zona escolar en Veazie. La que tenía señal de alto en los cuatro sentidos.

Y empezó también a pensar en lo que le había dicho Rawlie De Lesseps. Psicopompos, los había llamado Rawlie. Los emisarios de los muertos en vida.

XXI
Stark toma el mando

1

Aun cuando nunca había estado en Ludlow en toda su vida, no tuvo problemas para planear lo que se proponía y la forma de llevarlo al cabo.

Stark había estado ahí varias veces en sus sueños.

Se apartó de la carretera en el mugroso Honda Civic robado y lo condujo a un área de descanso a dos kilómetros de distancia, aproximadamente, de la casa de los Beaumont. En ocasiones, le era imposible saber lo que Thad estaba haciendo, o pensando, aunque casi siempre, si se esforzaba, podía captar el sabor de sus emociones.

Si le resultaba muy difícil establecer contacto con Thad, simplemente empezaba a manipular uno de los lápices negros que había comprado en la papelería de la calle Houston.

Eso ayudaba.

Hoy sería fácil. Sería fácil debido a que, sin tomar en cuenta la explicación que Thad les pudiera haber dado a sus perros guardianes, había ido a la universidad por una razón, y una razón únicamente: se había cumplido el plazo y suponía que Stark trataría de ponerse en contacto con él. Eso era exactamente lo que se proponía hacer Stark. Claro que sí.

Sólo que no planeaba hacerlo en la forma que Thad esperaba.

Y ciertamente, tampoco desde un lugar que Thad esperara.

Era casi mediodía. En el área de descanso, había unos cuantos paseantes, pero se ubicaban mayormente en las mesas sobre el pasto o se reunían alrededor de los pequeños asadores de piedra situados junto al río.

Nadie miró hacia Stark cuando se bajó del Civic, y se alejó caminando. Eso estaba bien, porque si lo veían, era indudable que lo recordarían.

Recordarlo, sí.

Describirlo, no.

Mientras daba grandes zancadas sobre el asfalto y luego emprendía el camino hacia la casa de los Beaumont, Stark mostraba un gran parecido con El hombre invisible de H. G. Wells. Una ancha tira de vendaje le cubría la frente desde las cejas hasta el comienzo del cabello. Otra venda le cubría la barbilla y la parte baja de la mandíbula. En la cabeza llevaba encasquetada una gorra de béisbol de los Yanquis de Nueva York. También llevaba gafas para el sol, un chaleco acolchado y guantes negros en las manos.

Los vendajes estaban manchados con un liquido amarillo, purulento, que rezumaba constante, como lágrimas gomosas, a través de la gasa de algodón Detrás de las gafas, escurría más sustancia amarilla. De vez en cuando, se limpiaba las mejillas con los guantes, los cuales eran de imitación de cabritilla. Las palmas y los dedos de los guantes estaban pegajosos con el exudado seco. Bajo los vendajes, se había desprendido una gran parte de su piel. Lo que quedaba no era precisamente carne humana; era, en cambio, un material esponjoso que goteaba casi sin cesar. Estos desechos eran similares al pus, pero tenían un olor oscuro, desagradable —como una combinación de café cargado y tinta china.

Caminaba con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo. Los ocupantes de unos cuantos automóviles que venían hacia él, veían a un hombre con una gorra de béisbol, con la cabeza agachada contra el resplandor y las manos metidas en los bolsillos. La sombra del visor de la gorra derrotaría a las miradas más insistentes, y si lo hubiesen observado desde más cerca, sólo hubiesen visto los vendajes. Los autos que venían por detrás de él, y lo pasaban en dirección al norte, sólo podían verlo de espaldas, desde luego.

En un punto más próximo a las ciudades gemelas de Bango y Brewer, esta caminata hubiese sido un poco más difícil. Los suburbios y desarrollos habitacionales estaban más cerca. La parte de Ludlow donde vivían los Beaumont aún estaba bastante alejada del campo para calificarla como una comunidad rural, no era en el quinto infierno, pero definitivamente no formaba parte de ninguno de los grandes pueblos. Las casas se situaban en lotes lo suficientemente grandes, en algunos casos, para considerarse como granjas.

Las divisiones entre unas y otras no estaban configuradas con setos, esas encarnaciones de la privacía suburbana, sino con estrechos cinturones de árboles y, algunas veces, con serpenteantes muros de piedra. Aquí y allá, las antenas parabólicas vigilaban inexorables en el horizonte, como puestos de avanzada de alguna invasión extraña.

Stark caminó a lo largo del acotamiento de la carretera hasta que pasó la casa de los Clark. Era la contigua a la de Thad. Cortó cruzando por el extremo más lejano del jardín de los Clark, el cual estaba cubierto con más hierba que césped. Miró hacia la casa. Las persianas estaban bajadas, resguardando del calor, y la puerta del garaje se veía firmemente cerrada. Para ser media mañana, la casa de los Clark se sentía más desierta de lo normal; tenía el aire abandonado de las casas que han estado vacías por algún tiempo. Frente a la puerta delantera no estaba la pila denunciante de diarios pero no obstante, Stark supuso que la familia Clark había salido a unas vacaciones tempranas de verano, y eso le pareció muy bien. Stark penetró en la fila de árboles entre las dos propiedades, evitó pisar los restos derrumbados de una barda de piedra, y después se agachó, recargado en una rodilla. Por primera vez, estaba mirando directamente la casa de su obstinado gemelo. En la entrada, estaba estacionada una patrulla de la policía, y los dos polizontes que pertenecían a ella, estaban de pie a la sombra de un árbol, fumando y hablando. Bien.

Tenía lo que necesitaba; el resto era pan comido. Sin embargo, esperó un momento más. No se consideraba a sí mismo como un hombre imaginativo —excepto en las páginas de los libros en cuya creación había participado de modo vital— ni emocional, por lo que le sorprendía un poco el rescoldo de rabia y resentimiento que sentía arder lentamente en sus entrañas.

¿Qué derecho tenía a rechazarlo el hijo de perra? ¿Qué maldito derecho? ¿Sólo porque él había sido real primero? ¿Porque Stark no sabía cómo, por qué o cuándo se había convertido en un ser real? Eso era pura mierda. En lo que a George Stark se refería, la antigüedad no tenía la menor importancia en este asunto. No tenía ninguna obligación de tenderse y morirse sin un murmullo de protesta, como aparentemente Thad Beaumont pensaba que debía hacerlo. Tenía una obligación consigo mismo —la simple sobrevivencia. Y no era todo.

También tenía que pensar en sus admiradores leales.

Mira esa casa. Nada más mírala. Una espaciosa casa colonial de Nueva Inglaterra, a la que tal vez le faltaba un ala para calificar como mansión. Un gran jardín con rociadores automáticos que giraban rápidamente para conservar lo verde. Una cerca de madera que corría a un costado de la brillante entrada negra, la clase de barda que Stark se imaginaba como "pintoresca". Entre la casa y el garaje, había un corredor techado. ¡Por Dios santo, un corredor techado! Y dentro, para armonizar con el exterior, el lugar estaba amueblado en elegante (o tal vez lo llamaban gracioso) estilo colonial. Una larga mesa de roble en el comedor, agraciados burós altos en las habitaciones de la planta alta, y sillas que eran delicadas y agradables a la vista sin ser rebuscadas; sillas que uno podía admirar y atreverse a sentarse en ellas. Las paredes no estaban cubiertas con papel tapiz, sino pintadas y después estampadas a mano. Stark había visto todo esto, lo había visto en los sueños que Beaumont ni siquiera sospechaba haber tenido cuando escribía como George Stark.

Súbitamente, quiso quemar la encantadora casa blanca hasta reducirla a escombros. Ponerle una cerilla —o tal vez utilizar el soplete que llevaba en el bolsillo del chaleco— y quemarla hasta los cimientos. Pero eso sería después de que entrara. Después de que despedazara los muebles, se cagara en el tapete de la sala y embarrara esas paredes cuidadosamente estampadas con burdos manchones café. Después de que agarrara un hacha e hiciera astillas esos burós oh—tan—preciosos.

¿Con qué derecho tenía hijos Beaumont? ¿Con qué derecho tenía una mujer hermosa? ¿De qué derecho gozaba exactamente Thad Beaumont para vivir en la luz y ser feliz mientras su hermano siniestro —quien lo había hecho rico famoso y si no fuera por él, habría vivido pobre y expirado en el anonimato— moría en la oscuridad, como un perro enfermo en un callejón?

Ninguno, desde luego. Ningún derecho. Sólo se trataba de que Beaumont había creído en ese derecho, y todavía, a pesar de todo, continuaba creyendo en él. Pero lo ficticio era ésa convicción y no George Stark, de Oxford, Mississippi.

—Es hora de darte tu primera gran lección, compinche —murmuró Stark en los árboles. Buscó los alfileres que sujetaban el vendaje alrededor de su frente, se los quitó y los guardó en el bolsillo para más tarde. Luego empezó a desenrollar el vendaje, cuyas capas, cada vez estaban más húmedas según se acercaban a su extraña carne—. Es una que nunca olvidarás. Cuentas con mi más jodida garantía.

2

No era más que una variación de la treta del bastón blanco que había empleado con los polizontes en Nueva York, pero a Stark le parecía perfecta, estaba convencido de que si se tenía éxito con una treta, debía seguir usándola hasta que se desgastara. De cualquier modo, estos polizontes no presentaban ningún problema a menos que él se descuidara; llevaban en servicio más de una semana, y cada día aumentaba en ellos la seguridad de que el sujeto demente había dicho la verdad cuando afirmó que reconocía que se había deschavetado y que mejor se iba a casa. El único factor impredecible era Liz; si por casualidad se asomaba a la ventana cuando se cargara a esos cerdos, se complicaría la situación. Pero todavía faltaban unos cuantos minutos para el mediodía; ella y los gemelos estarían durmiendo la siesta o preparándose para ello. Independientemente de lo que pasara, confiaba en que todo saldría bien.

De hecho, estaba seguro.

El que persevera, alcanza.

3

Chatterton levantó la bota para apagar el cigarrillo, planeaba colocar la colilla en el cenicero de la patrulla una vez que se hubiese extinguido; la policía estatal de Maine no ensuciaba las banquetas de los contribuyentes. Y cuando alzó los ojos, ahí estaba el hombre con el rostro descarnado, dando tumbos lentos por el camino de entrada. Una mano se agitó levemente hacia él y Jack Eddings pidiendo ayuda; la otra la llevaba doblada en la espalda, y parecía rota.

A Chatterton casi le da un ataque cardiaco. ¡Jack! —gritó y Eddings se dio vuelta. Se quedó boquiabierto.

—Auxilio —gruñó el hombre del rostro descarnado. Chatterton y Eddings corrieron hacia él.

De haber salido con vida les hubieran dicho a sus compañeros oficiales que pensaron que el hombre había sido víctima de una colisión de automóviles, o se había quemado en una explosión de gas o querosén, o se había caído, con la cara por delante, sobre una de esas piezas de maquinaria agrícola que de vez en cuando deciden deshacer a sus

propietarios con cuchillas, paletas o crueles picos giratorios.

Les hubieran dicho cualquiera de estas cosas a sus compañeros oficiales, pero en ese momento no pensaron nada realmente. El horror había dejado completamente en blanco sus mentes. El lado izquierdo del rostro del hombre parecía hervir, como si, después de desprenderse la piel, alguien le hubiese vertido una poderosa solución de ácido fénico sobre la carne viva. Un líquido pegajoso, inconcebible, corría por montículos de carnosidad y escurría a través de ranuras negras, y a veces se derramaba en horribles torrentes en ráfaga.

No pensaron nada. Simplemente reaccionaron. Esa era la belleza de la treta del bastón blando. —Auxilio...

Stark dejó que se le enredaran los pies, y cayó hacia adelante. Con un grito incoherente a su pareja, Chatterton se acercó para detener al hombre herido antes de que cayera. Stark enlazó el brazo derecho alrededor del cuello del policía estatal y sacó la mano izquierda de la espalda. Ahí les tenía una sorpresa. La sorpresa era la navaja de resorte con empuñadura de nácar. La hoja resplandeció febrilmente en el aire húmedo. Stark atacó con fuerza y hendió el globo ocular derecho de Chatterton con una ligera detonación audible. Chatterton gritó y se llevó la mano al rostro. Stark sujetó a Chatterton por los cabellos, tiró de su cabeza hacia atrás y le rebanó la garganta de oreja a oreja. La sangre estalló de su musculoso cuello en un alarido rojo. Todo esto sucedió en cuatro segundos.

—¿Qué? —inquirió Eddings en un tono de voz bajo y extrañamente cuidado. Estaba parado, desgarbado, sesenta centímetros detrás de Chatterton y Stark—. ¿Qué?

Una de sus manos colgaba junto a la culata de su revólver reglamentario, pero un rápido vistazo convenció a Stark de que el cerdo no tenía más idea de que la pistola estaba a su alcance, de la que tenía acerca de la población de Mozambique. Los ojos se le salían de las órbitas. No sabía qué era lo que estaba viendo o quién estaba sangrando. No, eso no es verdad, pensó Stark, piensa que soy yo. Ahí parado, vio cómo le cortaba la garganta a su pareja, pero piensa que yo soy quien está sangrando, porque me falta la mitad de la cara, y esa no es realmente la razón, yo soy quien sangra, tiene que ser, porque él y su pareja son la policía. Son los héroes de esta película.

—Toma —dijo—. ¿Me quieres detener esto? —y empujó el cuerpo agonizante de Chatterton hacia su compañero.

Eddings profirió un pequeño grito agudo. Trató de retroceder, pero fue demasiado tarde. El bulto de noventa kilos de toro agonizante que era Tom Chatterton, lo hizo tambalearse hacia atrás, contra la patrulla. Sobre su rostro vuelto hacia arriba, llovía sangre caliente a granel, como agua de una ducha descompuesta. Volvió a gritar y rechazó el cuerpo de Chatterton. Chatterton giró lentamente, y se aferró a ciegas al auto, con la última fuerza que le quedaba. La mano izquierda salpicando una huella, pegó en la capota. La derecha se asió débilmente de la antena de la radio y la rompió. Cayó en la acera, sosteniéndola frente al ojo que le restaba, como un científico con un espécimen demasiado raro para abandonarlo incluso in extremis.

Eddings captó un vislumbre borroso del hombre descarnado que se acercaba agachado e inflexible, y trató de retroceder. Chocó contra el automóvil.

Stark blandió la navaja hacia arriba, partiendo la entrepierna del uniforme beige del patrullero Eddings, abriendo su escroto, al descargar la navaja hacia arriba y hacia afuera en un largo trazo untuoso. Los testículos de Eddings, separados de repente uno del otro, se deslizaron hacia el interior de sus muslos como gruesos nudos en el extremo de un cordón corredizo. La sangre se extendió por sus pantalones alrededor de la cremallera. Durante un instante, sintió como si alguien le hubiera introducido un puñado de helado en las ingles, y en eso, el dolor asestó un golpe ardiente y acerado.

Lanzó un grito.

Stark proyectó la navaja, con un gran impulso, a la garganta de Eddings, pero éste, en alguna forma, logró interponer la mano, y el primer embate sólo le partió la palma a la mitad. Eddings trató de rodar a la izquierda y eso expuso el lado derecho de su cuello.

La hoja desnuda, pálida plata en la luz brumosa del día, silbó a través del aire de nuevo, y esta vez llegó a su destino. Eddings cayó de rodillas, las manos entre las piernas. Los pantalones beige se habían vuelto rojo brillante casi hasta las rodillas. Se abatió su cabeza y ahora se veía como el objeto de un sacrificio pagano.

—Que tengas buen día, hijo de puta —dijo Stark en tono familiar. Se agachó, enredó la mano en el cabello de Eddings e impulsó la cabeza hacia atrás, desnudando el cuello para el golpe final.

4

Abrió la puerta trasera de la patrulla, levantó a Eddings por el cuello de la camisa del uniforme y el sangriento asiento de los pantalones, y lo arrojó dentro como un saco de granos. Después, hizo lo mismo con Chatterton. Este último debió haber pesado cerca de cien kilos, con el equipo en el cinturón y la 45, pero Stark lo manejó como si fuese un saco relleno con plumas.

Cerró la puerta, y dirigió una mirada llena de brillante curiosidad a la casa.

Estaba en silencio. Lo único que se oía era el sonido de los grillos en la hierba junto a la entrada, y el leve zumbido, semejante al que produce la paja, que provenía de los rociadores automáticos del césped. A esto se agregó el ruido de un camión que se acercaba, un camión pipa. Rugía a más de noventa kilómetros por hora rumbo al norte. Cuando vio que se encendían por un instante las grandes luces del camión, Stark se puso tenso y se agachó ligeramente detrás de la patrulla. Y cuando se apagaron y el camión pipa desapareció por la siguiente colina, acelerando de nuevo, profirió un gruñido de risa. El conductor había vislumbrado la patrulla de la policía estatal estacionada en la entrada de los

Beaumont, había verificado el velocímetro, y había pensado que era un control, de velocidad por radar. La cosa más natural del mundo. No necesitaba haberse preocupado; este radar se había apagado para siempre.

Había mucha sangre en el camino, pero al encharcarse en el asfalto negro, se confundía con agua... si no te acercabas mucho. Por ahí no había problema. E incluso, si no fuese así, por ahora bastaba.

Stark dobló la navaja, la sostuvo en una mano pegajosa y se dirigió hacia la puerta. No vio el pequeño montón de gorriones muertos que yacía cerca del pórtico, ni los vivos que se alineaban en el tejado de la casa y se posaban en el manzano junto al garaje, observándolo en silencio.

En un minuto o dos, Liz Beaumont, todavía adormilada por la siesta de mediodía, descendió las escaleras para atender el llamado de la puerta.

5

No gritó. El grito estaba ahí, pero el rostro descubierto que la miraba cuando abrió la puerta, lo encerró en su interior, lo congeló, lo canceló, lo enterró vivo. Al contrario de Thad, ella no tenía sueños de Stark que pudiera recordar, pero deben haber estado ahí de todos modos, en lo profundo de la inmovilidad de su mente subconsciente. Pues este rostro inhumano y sonriente parecía algo casi esperado, a pesar de su horror.

—Hola, damita, ¿no quiere comprar un pato? —preguntó Stark a través de la puerta de malla. Sonrió, mostrando muchos dientes. La mayoría de ellos estaban muertos. Las gafas para el sol convertían sus ojos en grandes cuencas negras. Una sustancia viscosa escurría de su mejilla y mandíbula y salpicaba el chaleco que llevaba puesto.

Tardíamente, Liz trató ele cerrar la puerta. Stark metió un puño enguantado y la abrió de golpe otra vez. Liz se alejó tambaleante de la puerta, tratando de gritar. No pudo. La garganta seguía encadenada.

Stark entró y cerró la puerta tras él.

Liz advirtió que caminaba lentamente hacia ella. Daba la impresión de un espantapájaros arruinado que, en alguna forma, había vuelto a la vida. La sonrisa era lo peor, ya que la mitad izquierda del labio superior no sólo aparecía estropeado o deteriorado, sino arrancado. Podía ver los dientes gris negros, y los agujeros donde, hasta recientemente, habían estado otros dientes.

Las manos enguantadas se extendieron hacia ella.

—Hola, Beth —dijo a través de esa horrible sonrisa—. Perdona la intrusión, pero estaba en el vecindario y pensé caer por aquí. Soy George Stark, y me da mucho gusto conocerte. Más gusto, creo, del que te puedes imaginar.

Uno de los dedos tocó la barbilla de Liz... la acarició. Bajo la piel negra del guante la carne se sentía esponjosa, poco firme. En ese momento, Liz pensó en los gemelos que dormían arriba, y se rompió su parálisis. Se dio vuelta y corrió hacia la cocina. En alguna parte de la estrepitosa confusión de su mente, se vio a sí misma arrancando uno de los cuchillos de carnicero de los rieles magnéticos sobre la alacena, y hundiéndolo en esa obscena caricatura de rostro.

Oyó que venía tras ella, veloz como el viento.

La mano del hombre rozó la espalda de su blusa, tratando de agarrarla y se resbalaron sus dedos.

La puerta de la cocina era del tipo que se puede abrir en ambos sentidos. Se sostenía abierta con una cuña de madera. Liz, en su carrera, le dio una patada a la cuña, sabiendo que si fallaba o sólo la movía a una posición oblicua, no tendría una segunda oportunidad. Pero uno de sus pies en pantuflas, atinó perfectamente, sintiendo un instante de dolor luminoso en los dedos. La cuña salió volando a través del piso de la cocina, el cual estaba tan brillantemente encerado que podía ver la habitación en él, vuelta de cabeza. Sintió que Stark trataba de atraparla de nuevo. Sin volver la cabeza, extendió la mano tras ella, buscó la puerta y la empujó cerrándola. Oyó el golpe sordo cuando le pegó a la puerta. Stark dio un alarido, furioso y sorprendido, pero indemne. Liz trató de alcanzar los cuchillos...

Y Stark la agarró de los cabellos y la espalda de la blusa. Tiró de ella hacia atrás y la hizo darse vuelta. Liz oyó el áspero susurro de la tela al rasgarse y pensó incoherentemente: Si me viola, oh Jesús, si me viola me volveré loca...

Golpeó el grotesco rostro de Stark con los puños; primero se le torcieron las gafas y después se cayeron. La carne debajo del ojo izquierdo se había aflojado y desprendido como una boca muerta, exponiendo la protuberancia del globo ocular inyectado en rojo.

Y él se reía.

Stark le sujetó las manos y se las bajó. Logró liberar una, la levantó y le rasguñó el rostro. Los dedos dejaron profundos surcos, de los cuales empezó a fluir lentamente sangre y pus. Encontró muy poca o ninguna sensación de resistencia; lo mismo podría haber desgarrado un pedazo de carne echada a perder. Y ahora Liz emitía un sonido —quería desgañitarse, articular su horror y temor antes de que la ahogaran, pero lo más que logró expulsar fue una serie de ronquidos desesperados.

Stark capturó en el aire la mano libre de Liz, la bajó y le llevó ambas manos hacia atrás, y le circuló las muñecas con su propia mano. Era esponjosa, pero tan resistente como unas esposas. Stark levantó la otra mano frente a la blusa de Liz y la ahuecó sobre uno de sus senos. Su carne gimió al contacto. Liz cerró los ojos y trató de soltarse.

—Oh, estate quieta —dijo. Ya no sonreía a propósito, pero el lado izquierdo de la boca sonreía de todos, modos, congelado en el rictus de pudrición—. Estate quieta, Beth. Por tu propio bien. Me excitas cuando peleas. No te conviene excitarme. Te lo garantizo. Pienso que debemos sostener una relación platónica, tú y yo.

—Al menos por ahora.

Le apretó más el pecho, y debajo de la descomposición, ella sintió la despiadada fuerza, como una armadura de

varillas de acero articuladas, incrustadas en suave plástico.

¿Cómo puede ser tan fuerte? ¿Cómo puede ser tan fuerte cuando se ve como si se estuviera muriendo?

Pero la respuesta era obvia. No era humano. No pensaba que siquiera estuviese vivo realmente.

—¿O tal vez lo quieres? —preguntó—. ¿Es eso? ¿Lo quieres? ¿Lo quieres ahora mismo? —la lengua, negra y roja y amarilla, con la superficie escoriada con extrañas grietas como una llanura seca, se asomó a la boca sonriente, deforme, y se agitó rápidamente.

Liz dejó de luchar de inmediato.

—Mejor —dijo Stark—. Ahora, te voy a soltar, Bethie, cariño, mi cielo. Cuando lo haga, de nuevo te va a invadir el apremio por correr los doscientos metros en cinco segundos. Eso es natural: casi no nos conocemos, y estoy consciente de que no estoy en mis mejores días. Pero antes de que hagas una tontería, quiero que recuerdes a los dos polizontes que estaban afuera, están muertos. Y es conveniente que pienses en tus bambinos, que duermen tranquilos arriba. Los niños necesitan descanso, ¿no es así? Especialmente los niños muy pequeños, muy indefensos, como los tuyos. ¿Me entiendes? ¿Comprendes lo que digo?

Liz asintió con un movimiento de cabeza. Ahora podía olerlo. Era un horrible aroma a carne. Se está pudriendo, pensó. Pudriéndose frente a mí.

Pudo ver la razón, con toda claridad, por la que Stark quería tan desesperadamente que Thad empezara a escribir de nuevo.

—Eres un vampiro —dijo con voz ronca—. Un maldito vampiro. Y él te ha puesto a dieta. Por eso irrumpes aquí. Me aterrorizas y amenazas a mis bebés. Eres un cobarde de mierda, George Stark.

Stark la soltó y restiró primero el guante izquierdo y después el derecho hasta que quedaron tersos y ajustados. Fue un movimiento casi remilgado, pero a la vez extrañamente siniestro.

—No creo que eso sea justo, Beth. ¿Qué harías tú en mi situación? ¿Qué harías, por ejemplo, si te quedaras varada en una isla, sin nada que comer o beber? ¿Adoptarías una pose de languidez y suspirarías con elegancia? ¿O pugnarías por conservar la vida? ¿Realmente me culpas por querer algo tan simple como la sobrevivencia?

—¡Sí! —le espetó.

—Hablas como una verdadera activista... pero es posible que cambies de opinión. Verás, es muy factible que el precio de la lucha llegue a ser más alto del que conoces ahora, Beth. Cuando la oposición es ingeniosa y dedicada, el precio puede irse a las nubes. Tal vez te muestres más entusiasta acerca de nuestra colaboración de lo que hubieras creído probable.

—¡Sigue soñando, hijo de puta!

El lado derecho de su boca se levantó, el lado izquierdo, eternamente sonriente, se restiró un poco más, y la favoreció con una sonrisa necrófaga que Liz supuso que se proponía ser cautivadora. La mano de Stark, espantosamente gélida bajo el delgado guante, se deslizó por el antebrazo de Liz, en una caricia. Un dedo se oprimió sugestivamente en la palma de la mano izquierda de ella antes de retirarse.

—Esto no es un sueño, Beth, te lo aseguro. Thad y yo vamos a colaborar en la nueva novela de Stark... por un tiempo. En otras palabras, Thad me va a dar un empujón. Ahora estoy como un automóvil que no arranca, sólo que en vez de bloqueo de gasolina, tengo bloqueo de escritor. Eso es todo. Considero que ése es el único problema. Una vez que empiece a rodar, lo pongo en segunda, suelto el embrague, y ivrutucm! ¡Ahí voy!

—Estás loco —susurró Liz.

—Sí. Pero también lo estaba Tolstoi. Y Richard Nixon, y eligieron a ese mamarracho adulador como presidente de los Estados Unidos — Stark volvió la cabeza, miró por la ventana. Liz no oía nada pero, de repente, él parecía escuchar con toda su concentración, esforzándose por captar algún sonido muy tenue, casi inaudible.

—¿Qué estás... ? —empezó.

—Tápate la boca un segundo, cariño —le dijo Stark—. Métete un calcetín.

Como un rumor muy débil, Liz escuchó el sonido de una parvada de pájaros que emprendía el vuelo. El sonido era increíblemente distante, increíblemente hermoso, increíblemente libre. Liz permanecía de pie, mirándolo, el corazón golpeándole demasiado fuerte, y se preguntaba si se podría escapar de este hombre. Stark no había caído precisamente en un trance o algo parecido, pero era indudable que su atención estaba desviada. Tal vez pudiera correr. Si pudiese conseguir una pistola.

La mano podrida de Stark se cerró alrededor de una de sus muñecas.

—Yo puedo penetrar en tu hombre y observar, sabes. Puedes sentirlo cuando piensa. No me es posible hacer lo mismo contigo, pero sí puedo mirarte la cara y acertar en mis conjeturas. Aparte de lo que estés pensando ahora, Beth, te aconsejo que no te olvides de esos polizontes... ni de tus chiquillos. Esto te ayudará a mantener este asunto en perspectiva.

—¿Por qué me llamas así?

—¿Qué? ¿Beth? —rió, y la risa era un sonido desagradable, como si tuviera grava atrapada en la garganta—. Así es como él te debería llamar, si fuese lo bastante inteligente para ocurrírsele.

—Estás lo...

—Loco, lo sé. Es un comentario encantador, cariño, pero tendremos que posponer tus opiniones sobre mi cordura para más tarde. En este momento están sucediendo demasiadas cosas. Escucha: tengo que llamar a Thad, pero no a su oficina. Podría estar intervenido el teléfono. Thad piensa que no lo está, pero pueden haberlo hecho los polizontes sin decírselo. Tu hombre es muy confiado. Yo no.

—¿Cómo puedes...?

Stark se inclinó hacia ella y le habló despacio y cuidadosamente, como le hablaría un profesor a un alumno de primer grado, un tanto lento.

—Quiero que dejes de estarme fastidiando con eso, Beth, y respondas a mis preguntas. Si contigo no obtengo lo que quiero, tal vez me lo proporcionen tus gemelos. Sé que todavía no saben hablar, pero les podría enseñar. Un poco de incentivo produce maravillas.

A pesar del calor, sobre la camisa llevaba un chaleco con muchos bolsillos con cremalleras, del tipo preferido por los cazadores y excursionistas. Abrió una de las cremalleras laterales, donde sobresalía un objeto cilíndrico en el poliéster acolchado. Sacó un pequeño soplete de gas.

—Incluso si no los puedo enseñar a hablar, apuesto a que sí les enseño a cantar. Apuesto que les podría enseñar a cantar como un par de alondras. Aunque es posible que no quieras escuchar esa música, Beth.

Liz trató de despegar los ojos del soplete, pero no pudo. Lo siguió con mirada impotente mientras él lo pasaba de una mano enguantada a la otra. Los ojos de Liz permanecían clavados en la boquilla.

—Te diré todo lo que quieras saber —dijo, y pensó: Por ahora.

—Muy amable de tu parte —dijo, y guardó de nuevo el soplete en el bolsillo. Al hacerlo, el chaleco se movió un poco hacia un lado, y Liz vio la culata de una pistola muy grande—. Y muy sensato también, Beth. Ahora escucha. En el departamento de Letras, está alguien más. Lo puedo ver con tanta claridad como te estoy viendo a ti. Es un sujeto de baja estatura, cabello blanco, tiene una pipa en la boca casi tan grande como él. ¿Cuál es su nombre?

—Parece Rawlie DeLesseps —respondió aterrada. Se preguntaba cómo podía saber que Rawlie estaba ahí... y decidió que realmente no lo quería saber.

—¿Podría ser alguien más?

Liz reflexionó por unos instantes y después sacudió la cabeza. —Debe ser Rawlie.

—¿Tienes un directorio de la facultad?

—Hay uno en el cajón de la mesa del teléfono. En la sala.

—Bien —avanzó delante de ella casi antes de que se diera cuenta de que se estaba moviendo, la untuosa gracia felina de este pedazo de carne putrefacta le hizo sentir enferma, y arrancó uno de los largos cuchillos de los rieles magnéticos. Liz se puso rígida. Stark lo notó y de su garganta salió otra vez ese sonido de grava atrapada—. No te preocupes, no te voy a cortar a ti. Tú eres mi pequeña ayudante buena, ¿no es así? Ven.

La mano, fuerte pero desagradablemente esponjosa, se deslizó de nuevo alrededor de su muñeca. Cuando Liz trató de zafarse, sólo se apretó más. Se detuvo de inmediato y permitió que él la condujera.

—Bien.

La llevó a la sala, donde Liz se sentó en el sofá y se estrechó las rodillas con los brazos frente a ella. Stark la miró, movió la cabeza asintiendo, y después dirigió su atención al teléfono. Cuando determinó que no había alambre de alarma —y eso era una torpeza, una soberana torpeza— cortó los cables que había conectado la policía estatal; el que enlazaba con el dispositivo de rastreo y el que bajaba hasta el sótano, a la grabadora activada por la voz.

—Sabes cómo comportarte, y eso es muy importante —dijo Stark a la punta de la cabeza inclinada de Liz—. Ahora, escucha. Voy a buscar el número de este Rawlie DeLesseps y a conversar brevemente con Thad. Y mientras yo hago esto, vas a subir y empacas los trapos y otras cosas que necesiten tus bebés en el lugar de verano. Cuando termines, los despiertas y los bajas.

—¿Cómo sabías que estaban...?

Sonrió un poco ante la expresión de sorpresa de Liz. —Oh, conozco tu rutina —dijo—. La conozco mejor que tú. Despiértalos, Beth, arréglalos y bájalos. Conozco la disposición de la casa tan bien como tu rutina; y sabré si tratas de escaparte de mí, cariño. No es necesario que los vistas; sólo empaca lo indispensable y bájalos en pañales. Los podrás vestir más tarde, cuando estemos en nuestro alegre camino.

—¿Castle Rock? ¿Quieres ir a Castle Rock?

—Ajá. Pero no necesitas pensar en eso por ahora. Todo lo que necesitas pensar es que si te tardas más de diez minutos según mi reloj tendré que subir para ver qué te está retrasando —la miró fijamente, las gafas oscuras creaban cuencas como de calavera bajo la frente, descarnada, rezumante—. Y llevaré encendido mi pequeño soplete, listo para la acción. ¿Comprendes?

—Yo... sí.

—Sobre todo, Beth, quiero que recuerdes una cosa. Si cooperas conmigo, no te pasará nada. Y a tus niños no les pasará nada—sonrió de nuevo—. Para una buena madre como tú, sospecho que eso es lo más importante. Quiero que sepas que no te conviene pasarte de lista conmigo. Esos dos polizontes estatales que están ahí fuera en la parte de atrás de su burbujamóvil, atrayendo moscas, tuvieron la mala suerte de encontrarse en la vía cuando atravesaba mi tren expreso. En la ciudad de Nueva York hay un manojo de polizontes muertos que también tuvieron la misma mala suerte... como bien lo sabes. La forma de ayudarte a ti misma, y a tus chiquillos, y a Thad también, porque si hace lo que yo quiero, no le pasará nada, es permanecer callada y servicial. ¿Comprendes?

—Sí —respondió Liz en tono áspero.

—Puede ocurrírsete una idea. Sé que eso sucede cuando una persona siente que está con la espalda contra la pared. Pero si se da el caso, es mejor que te olvides de esa idea de inmediato. Debes recordar también, que aunque no luzco muy bien, mis orejas son grandes. Si tratas de abrir una ventana, lo oiré. Si tratas de quitar un mosquitero, lo oiré, Beth. Soy un hombre que puede oír a los ángeles cantando en el paraíso y a los demonios gritando en los agujeros más

profundos del infierno. Tienes que preguntarte a ti misma si te atreves a correr el riesgo. Eres una mujer inteligente. Creo que tomarás la decisión correcta. Muévete chica. Ponte en marcha.

Stark miraba su reloj, cronometrándola realmente. Y ella corrió hacia las escaleras sin ninguna sensibilidad en las piernas.

6

Liz escuchó que decía unas cuantas palabras en el teléfono de la planta baja. Se produjo una larga pausa, y después empezó a hablar de nuevo. Su voz cambió. Ignoraba con quién había hablado antes de la pausa —con Rawlie DeLesseps, posiblemente— pero cuando reanudó la conversación, estuvo casi segura de que Thad estaba en el otro extremo. No podía distinguir las palabras, ni se atrevía a tomar la extensión, pero tenía la certeza de que era Thad. De cualquier forma, no era el momento para ponerse a escuchar. Le había pedido que se preguntara a sí misma si se atrevía a traicionarlo. No, no se atrevía.

Metió pañales en la pañalera, ropa en una maleta. Guardó las cremas, el talco, las toallitas húmedas, los alfileres para pañales y otras chucherías en otra bolsa para el hombro.

En la planta baja, la conversación había terminado. Se dirigía hacia los gemelos, dispuesta a despertarlos, cuando la llamó Stark.

—¡Beth! ¡Es hora!

—¡Ya voy! —levantó a Wendy, quien empezó a llorar somnolienta. —Te quiero aquí abajo, estoy esperando una llamada telefónica, y tú te encargarás de los efectos de sonido.

Liz apenas escuchó esto último. Sus ojos estaban fijos en la pequeña caja de plástico donde guardaba los alfileres para los pañales sobre el buró de los gemelos.

Junto a la cajita, estaba un brillante par de tijeras de costura.

Volvió a poner a Wendy en la cuna, lanzó una mirada a la puerta y después corrió hacia el buró. Tomó las tijeras y dos de los alfileres. Se puso los alfileres en la boca, como una mujer que confecciona un vestido, y abrió la cremallera de su falda. Prendió las tijeras en el interior de sus pantaletas y cerró la falda. Se formaba un bulto pequeño donde estaba el mango de las tijeras y las cabezas de los alfileres. Un hombre normal no lo notaría, pero George Stark no era un hombre normal. Se dejó la blusa por fuera de la falda. Mejor.

—¡Beth! —la voz estaba al borde del enojo. Peor. Ya venía a la mitad de las escaleras, y ella no había oído nada, aunque hubiera afirmado que era imposible utilizar la escalera principal de esta vieja casa, sin producir toda clase de crujidos y protestas.

En eso, sonó el teléfono.

—¡Bájalos aquí ahora mismo! —vociferó, y ella se apresuró a despertar a William. No tenía tiempo para actuar con delicadeza, y como resultado, cuando llegó a la planta baja, traía en cada brazo un bebé aullando a todo volumen.

Stark estaba en el teléfono y Liz esperaba que el ruido lo pusiera aún más furioso. No obstante, se veía muy complacido... y en eso comprendió que si estaba hablando con Thad, tenía por qué estar complacido. Sí él hubiese traído su propia grabación de efectos de sonido, no le hubiera funcionado mejor.

El principal elemento convincente, pensó, y sintió un flamazo de odio intenso por esa criatura podrida que no tenía razón de existir, pero se rehusaba a desaparecer.

Stark sostenía un lápiz en la mano, golpeando suavemente con el extremo con goma el borde de la mesa del teléfono, y con un pequeño choque de reconocimiento, se dio cuenta de que era un lápiz negro. Uno de los lápices de Thad, pensó. ¿Habría subido al estudio?

No, desde luego que no había subido, ni era, uno de los lápices de Thad. Nunca habían sido lápices de Thad, no en realidad; sólo los compraba de vez en cuando. Los lápices negros pertenecían a Stark. Había utilizado el lápiz para escribir algo en letras de molde en el dorso del directorio de la facultad. Cuando Liz se acercó a él, pudo leer dos oraciones. ADIVINA DE DÓNDE TE LLAMÉ, THAD, decía la primera. La segunda era brutalmente directa: SI LO DICES A ALGUIEN, MORIRÁN.

Y como para confirmar esto, Stark decía:

—Absolutamente nada, como lo puedes oír por ti mismo. No les he tocado un solo cabello de sus preciosas cabecitas.

Se volvió hacia Liz y le guiñó un ojo. De algún modo, eso era lo más horrible de todo, como si fueran cómplices en esto. Stark daba vuelta a las gafas para el sol entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Los globos oculares se destacaban como canicas en el rostro de una estatua de cera que se derretía.

—Todavía —añadió.

Escuchó y después sonrió. Incluso si su rostro no hubiese estado casi descomponiéndose ante sus ojos. Liz habría calificado de burlona y perversa esa sonrisa.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Stark con una voz que era casi melodiosa, y entonces fue cuando el enojo de Liz superó al miedo y pensó por primera vez en la tía Martha y las ratas. Deseaba que la tía Martha estuviese aquí ahora, para que se ocupara de esta rata en particular. Tenía las tijeras, pero eso, eso significaba que él le daría la oportunidad que necesitaba para usarlas. Pero Thad... sabía lo de la tía Martha. Y la idea le parpadeó en la mente.

7

Cuando terminó la conversación y Stark colgó el auricular, Liz le preguntó qué era lo que se proponía hacer.

Moverme rápido dijo—. Esa es mi especialidad —extendió los brazos—. Dame uno de los chiquillos. No importa cuál.

Liz se encogió alejándose de él, y estrechó instintivamente a los bebés contra su pecho. Ya estaban callados, pero ante su abrazo compulsivo empezaron a gemir y a retorcerse.

Stark la miró pacientemente.

—No tengo tiempo para discutir contigo, Beth. No me obligues a persuadirte con esto —dio unos ligeros golpecitos en el bulto cilíndrico en el bolsillo del chaleco de caza—. No voy a lastimar a tus chiquillos. ¿Sabes" algo? En cierta forma curiosa, yo también soy su papá.

—¡No digas eso! —le gritó, retrocediendo más aún. Temblaba al borde de la huida.

—Contrólate, mujer.

Las palabras fueron llanas, sin acento y terriblemente frías. Liz sintió como si la hubiesen abofeteado con una bolsa de agua helada.

—Despabílate, cariño. Tengo que salir y meter el auto de los polizontes en tu garaje. Mientras lo hago, no me gustaría que salieras corriendo por la carretera en dirección contraria. Si me llevo a uno de tus chiquillos, como garantía, por así decirlo, no me tendré que preocupar por eso. Lo que dije acerca de que no les tengo mala voluntad ni a ti ni a los niños, es en serio... y aunque no fuera así, ¿en qué me beneficiaría lastimar a uno de tus niños? Necesito tu cooperación. Y ésa no es la forma de obtenerla. Ahora, pásame a uno de ellos, o lastimaré a los dos, no los mataré, pero sí los lastimaré, los lastimaré de verdad; y tú serás la culpable.

Stark extendió los brazos. Su rostro en ruinas estaba serio y reflejaba determinación. Al verlo, Liz no pudo encontrar ningún argumento que lo sacudiera, ningún pretexto que lo convenciera. Ni siquiera escucharía. Cumpliría con sus amenazas.

Liz dio unos pasos hacia él y cuando trató de tomar a Wendy, su brazo se estrechó de nuevo, deteniéndolo por un momento. Wendy empezó a sollozar con más vigor. Liz relajó el apretón, dejando ir a la niña, y empezó a llorar ella también. Lo miró directamente a los ojos.

Si le haces daño, te mato.

—Sé que lo intentarías —dijo Stark con seriedad—. Tengo un gran respeto por la maternidad, Beth. Piensas que soy un monstruo, y tal vez tengas razón. Pero los monstruos reales nunca carecen de sentimientos. Creo que al final es eso, y no como lucen, lo que los vuelve tan espeluznantes. No voy a lastimar a esta pequeña, Beth. Está segura conmigo, en tanto tú cooperes.

Liz ahora sostenía a William en ambos brazos... y nunca había sentido tan vacío el círculo de su regazo. Nunca en su vida había estado tan convencida de que había cometido un error. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—¡Además... mira! —exclamó Stark, y en su voz había algo que le parecía increíble a Liz. La ternura que creyó escuchar tenía que ser fingida, otra más de sus monstruosas bromas. Pero él miraba a Wendy con una atención profunda e inquietante... Y Wendy lo miraba extasiada, ya sin llorar—. La pequeña no sabe cómo me veo. No se asusta de mí lo más mínimo, Beth. Ni lo más mínimo.

Stark levantó la mano derecha, y Liz lo observó con un horror silencioso. Se había quitado los guantes y pudo ver un gran vendaje de gasa en su mano, exactamente en el mismo lugar en que Thad llevaba el vendaje en el dorso dé la mano izquierda. Stark abrió el, puño, lo cerró, lo abrió de nuevo. Por la tensión en la mandíbula, era evidente que el flexionar la mano le causaba dolor, pero lo hizo; de todos modos.

Thad hace eso, lo hace en la misma forma, oh Dios mío, lo hace EN LA MISMA FORM...

Wendy se veía totalmente tranquila. Miraba el rostro de Stark, estudiándolo con gran atención, sus claros ojos grises en los azules lodosos de Stark. Con la piel que se había desprendido bajo ellos, los ojos daban la impresión de que se caerían en cualquier momento, y quedarían colgados sobre sus mejillas, sostenidos por el tallo óptico.

Y Wendy respondió al saludo.

Mano abierta; mano cerrada;, mano abierta.

Un saludo de Wendy.

Liz sintió movimientos en sus brazos y vio que William miraba a George con la misma fijeza extasiada azul gris. Estaba sonriendo.

La mano de William se abrió; se cerró; se abrió.

Un saludo de William.

—No —gimió Liz, casi demasiado bajo para oírse—. Oh, Dios, por favor, no permitas que esto esté sucediendo.

—¿Ves? —dijo Stark, dirigiendo la mirada hacia ella. Le sonreía con la mueca sardónica congelada, y lo más horrible de todo fue su comprensión de que trataba de ser amable... y no podía—. ¿Ves? Les agrado, Beth. Les agrado.

8

Después de ponerse las gafas oscuras de nuevo, Stark salió de la casa cargando a Wendy. Liz corrió a la ventana, vigilándolo ansiosamente. Estaba casi convencida de que Stark intentaba saltar a la patrulla y alejarse con su bebé en el

asiento junto a él y dos policías muertos en la parte de atrás.

Pero durante un momento, Stark no hizo nada, simplemente permaneció de pie bajo el sol brumoso, junto a la puerta del conductor, con la cabeza agachada y la niña en los brazos. Por algún tiempo, siguió en esa postura inmóvil, cómo si hablara seriamente con Wendy, o tal vez en oración. Más tarde, cuando Liz tuvo más información, decidió que estaba tratando de establecer contacto con Thad de nuevo, posiblemente para leer su pensamiento y adivinar si en realidad haría lo que Stark quería, o si tenía planes propios.

Después de unos treinta, segundos de esa actitud, Stark levantó la cabeza, la sacudió vigorosamente, como aclarándola, y después subió a la patrulla y encendió el motor. Las llaves estaban en la ignición, pensó Liz sombría. No tuvo que conectar alambres, o lo que sea que se requiere. Ese hombre tiene la suerte del diablo.

Stark condujo la patrulla al garaje y apagó el motor. Liz escuchó que cerraba la puerta de la patrulla, y lo vio salir, deteniéndose lo suficiente para oprimir el botón que hacía que la puerta rodara hacia abajo en sus carriles.

Unos cuantos minutos después, volvió a entrar a la casa y devolvió a Wendy a su madre.

—¿Ves? —preguntó—. Está bien. Ahora, háblame de tus vecinos. Los Clark.

—¿Los Clark? —preguntó, sintiéndose extraordinariamente estúpida—. ¿Qué quieres saber de ellos? Este verano se fueron a Europa.

Sonrió. En cierta forma, seguía siendo lo más horrible, ya que en circunstancias normales, hubiese sido una sonrisa de placer auténtico... y además, atractiva, sospechaba. ¿Y no sintió ella un solo instante de atracción? ¿Un parpadeo inesperado? Era una locura, desde luego, ¿pero eso significaba que podía negarlo? Liz no creía que así fuera, e incluso entendía la razón. Después de todo, estaba casada con el pariente más cercano de este hombre.

—¡Maravilloso! —dijo—. No podría salir mejor. ¿Tienen automóvil?

Wendy empezó a llorar. Liz bajó la miraba y vio a su hija contemplando al hombre de la cara podrida y los sobresalientes ojos de canica, extendiendo hacia él sus pequeños brazos, agradablemente rollizos. No lloraba porque estuviese temerosa; lloraba porque quería volver con él.

—¡Qué preciosidad! —dijo Stark—. Quiere volver con papá.

—¡Cállate, monstruo! —le espetó.

George Stark, el zorro, lanzó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

9

Le concedió cinco minutos para que empacara unas cuantas cosas más para ella y los gemelos. Liz adujo que en ese plazo era imposible reunir siquiera la mitad de lo que necesitarían, y él respondió que lo aprovechara lo mejor posible.

—Tienes suerte de que te dé más tiempo, Beth, dadas las circunstancias; en tu garaje hay dos polizontes muertos, y tu marido sabe lo que está pasando. Si quieres gastarte los cinco minutos discutiendo conmigo, es cosa tuya. Ya sólo te quedan... —miró su reloj y luego sonrió—. Cuatro y medio.

Así que Liz hizo todo lo que pudo, y mientras guardaba frascos de alimentos para bebé en una bolsa, se detuvo para mirar a sus hijos. Estaban sentados en el piso, lado a lado, jugando una especie de palmoteos uno con otro, mirando a Stark. Liz temía, aterrorizada, que sabía lo que estaban pensando.

¿No es una preciosidad?

No. No pensaría en eso. No debía pensar en eso, pero era lo único que podía pensar: Wendy, llorando y extendiendo los bracitos gordinflones. Extendiéndolos hacia el sanguinario extraño.

Quieren volver con papá.

Stark estaba de pie en el umbral de la cocina, observándola, sonriendo, y Liz quería usar las tijeras en ese mismo instante. Nunca en su vida había deseado algo con tanta intensidad. ¿No puedes ayudarme? —le gritó enojada, señalando las dos bolsas y la nevera que había llenado.

—Por supuesto, Beth —dijo. Tomó una de las bolsas. La otra mano, la izquierda, la conservó libre.

10

Atravesaron el patio lateral, pasaron a través, del pequeño cinturón verde entre las propiedades, y después caminaron por el patio de los Clark hasta su entrada. Stark insistía en que Liz se apresurara, y ésta jadeaba cuando se detuvieron frente a la puerta cerrada del garaje. Le había ofrecido cargar a uno de los gemelos, pero ella se negó.

Stark dejó la nevera en el suelo, extrajo la cartera del bolsillo posterior, sacó una estrecha tira de metal que terminaba en punta, y la deslizó en la cerradura de la puerta del garaje. Le dio vuelta a la derecha y después a la izquierda, con el oído atento. Se oyó —un click y sonrió.

—Bien —dijo—. Incluso las cerraduras de Mickey Mouse en las puertas de garaje pueden resultar molestas. Grandes resortes. Es difícil abatirlos. Sin embargo, ésta está tan cansada como una vieja prostituta al amanecer. Suerte para nosotros. Giró la manija y empujó. La puerta ascendió, rodando en los carriles.

El garaje estaba tan caliente como una segadora de heno, y la camioneta Volvo de los Clark, aun estaba más caliente en su interior. Stark se inclinó bajo el tablero, exponiendo la parte posterior del cuello ante Liz, quien ocupaba el asiento del pasajero. Los dedos le cosquillearon. Sólo necesitaba un segundo para sacar las tijeras, pero incluso ese

segundo podría ser demasiado largo. Había visto la rapidez con que reaccionaba ante lo inesperado. En realidad, no la sorprendía que sus reflejos fuesen tan veloces como los de un animal salvaje, puesto que eso era.

Stark sacó varios alambres detrás del tablero, y extrajo una navaja ensangrentada del bolsillo del frente. Liz se estremeció y tuvo que tragar dos veces, aprisa, para sofocar un reflejo de vómito. Desdoblo la hoja, se agachó de nuevo, quitó el material aislante de dos de los alambres y unió las dos almas de cobre. Brotó una astilla de chispa azul, y empezó a girar el motor. Un momento después, el automóvil estaba en marcha.

—¡Bien, perfecto! —se jactó George Stark—. ¿Qué te parece si emprendemos el paseo?

Los gemelos rieron y agitaron las manitas hacia él. Stark correspondió alegremente al saludo. Mientras movía el automóvil en reversa para sacarlo del garaje, Liz deslizó la mano por detrás de Wendy, quien estaba sentada en su regazo, y tocó los redondeles de los agujeros de las tijeras. Ahora no, pero pronto. No tenía la intención de esperar a Thad. Estaba demasiado intranquila por lo que esta siniestra criatura pudiera decidir, mientras tanto, acerca de los gemelos.

O acerca de ella.

Tan pronto como se distrajera lo suficiente, se proponía sacar las tijeras de su escondite y enterrárselas en la garganta.

Tercera parte
La llegada de los psicopompos

—Los poetas hablan del amor —dijo Machine, resbalando la navaja hacia adelante y hacia atrás a lo largo del afilador en un ritmo constante, hipnótico—, y está bien. El amor existe. Los políticos hablan del deber, y también eso está bien. El deber existe. Eric Hoffer habla del posmodernismo, Hugh Hefner habla del sexo, Hunter Thompson habla de las drogas, y Jimmy Swaggart habla acerca de Dios, el Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Todas esas cosas existen y todas están bien. ¿Sabes lo que quiero decir, Jack?

—Sí, creo que sí —dijo Jack Rangely. En realidad no lo sabía, ni tenía la más remota idea, pero cuando Machine estaba en ese estado de ánimo, sólo un demente discutiría con él.

Machine volteó el filo de la navaja hacia abajo, y de repente, de un solo tajo, cortó en dos el afilador de cuero. Una larga sección cayó al piso de la sala de billar como una lengua cercenada.

—Pero yo hablo de la fatalidad —dijo—. Porque al final, todo lo que cuenta es la fatalidad.

George Stark, Cabalgando a Babilonia

XXII
Thad se escapa

1

Imagínate que estás escribiendo una novela, pensó Thad al dar vuelta a la izquierda en la avenida College, dejando atrás el campus. Luego imagínate que eres un personaje de esa novela.

Fue como un pensamiento mágico. Su mente había estado llena con un pánico estruendoso. Una especie de tornado mental, en el cual, los fragmentos de algún plan factible giraban como trozos arrancados al paisaje. Pero ante la idea de que podía simular que se trataba de una ficción inofensiva, y que no sólo podía manejarse a sí mismo, sino también a los demás personajes de esta novela —Harrison y Manchester, por ejemplo—, en la misma forma que manejaba a los personajes en el papel, en la seguridad de su estudio, con las brillantes luces sobre su cabeza y una lata de Pepsi fría o una taza de café caliente junto a él... ante esa idea, sintió como si de repente se alejara para siempre el viento que aullaba entre sus oídos. El viento se llevó consigo toda la mierda extraña, dejándolo con las piezas del plan extendidas a su alrededor... y descubrió que podía armar esas piezas con bastante facilidad. Descubrió que tenía algo que, incluso, podía funcionar.

Más vale que funcione, pensó Thad. Si no, terminarás en detención precautoria, y lo más probable es que Liz y los gemelos terminen muertos.

¿Pero qué pasaba con los gorriones? ¿Dónde encajaban los gorriones?

Lo ignoraba. Rawlie le había dicho que eran psicopompos, los emisarios de los muertos vivos; y eso sí encajaba, ¿verdad? Sí, por lo menos hasta cierto punto. El viejo zorro de George estaba vivo de nuevo, pero el viejo zorro de George también estaba muerto...

muerto y pudriéndose. Ahí encajaban los gorriones... pero no del todo. Si los gorriones habían guiado a George de regreso de (la tierra de los muertos)

dondequiera que haya estado, ¿por qué George no sabía nada de ellos? ¿Por qué no recordaba haber escrito con sangre esa frase, LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO, en las paredes de los dos apartamentos?

—Porque fui yo quien lo escribió —murmuró Thad, y su mente voló hacia lo que había escrito en su diario cuando estaba sentado en su estudio, al borde de un trance:

Pregunta: ¿Son míos los pájaros?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Quién escribió lo de los gorriones?

Respuesta: El que lo sabe... Yo soy quien lo sabe. Los pájaros me pertenecen.

Súbitamente, todas las respuestas vibraban a su alcance —las respuestas terribles, inconcebibles. Thad escuchó que de su propia boca emergía un sonido largo, tembloroso. Era un gemido.

Pregunta: ¿Quién volvió a la vida a George Stark?

Respuesta: El propietario de los pájaros. El que lo sabe.

—¡No quise hacerlo! —gritó.

¿Pero era eso verdad? ¿Realmente lo era? ¿Acaso una parte de él no había estado siempre fascinada con la naturaleza simple y violenta de George Stark? ¿Acaso una parte de él no había admirado siempre a George? Un hombre que no se tropezaba o volcaba las cosas, un hombre que nunca daba la apariencia de débil o tonto, un hombre que nunca temería a los demonios encerrados en el gabinete de licores. Un hombre sin esposa o hijos a quienes tomar en consideración, sin vínculos sentimentales que lo aten u obstaculicen. Un hombre que nunca había tenido que fastidiarse leyendo el ensayo de mierda de un estudiante, o angustiarse por la junta del comité de presupuestos. Un hombre con una respuesta ingeniosa y aguda para las preguntas más difíciles de la vida.

Un hombre que no temía a la oscuridad, porque la oscuridad era suya.

—¡Sí, pero es un BASTARDO! —gritó Thad en el ardiente interior de su práctico automóvil norteamericano de doble tracción.

De acuerdo, y una parte tuya encuentra eso muy atractivo, ¿no es así?

Tal vez él, Thad Beaumont, no había creado realmente a George... ¿pero no era posible que alguna parte anhelante de él hubiese permitido que volviera a cobrar vida?

Pregunta: ¿Si los gorriones me pertenecen, puedo utilizarlos?

No llegó ninguna respuesta. Quería llegar; podía sentir su apremio. Pero bailaba justo al borde de su alcance, y Thad temió de súbito que él mismo —una parte de él, con un gran afecto por Stark pudiese estarla reteniendo. Alguna parte que no quería que muriera George.

Yo soy quien lo sabe. A mí me pertenecen. Yo soy quien los convoca.

Se detuvo en el semáforo de Orono, y después tomó la ruta 2, hacia Bangor y Ludlow, más adelante.

Rawlie era parte de su plan, al menos, una parte del plan que comprendía. ¿Que haría si al fin lograba escaparse de los polizontes que lo seguían, y después descubría que Rawlie ya había salido de su oficina?

Lo ignoraba.

Cruzaré esos puentes cuando sea el momento, y si llego a ellos.

Ahora estaba pasando delante de Gold s a la derecha. Gold s era un largo edificio tubular, construido con secciones

de aluminio prefabricadas. Estaba pintado en un tono verde mar particularmente ofensivo, y rodeado por unas tres hectáreas de automóviles hechos chatarra. Los parabrisas resplandecían en la brumosa luz del sol como una galaxia de blancas estrellas. Era sábado en la tarde, desde veinte minutos antes. Liz y su siniestro secuestrador deberían estar ya en camino a Castle Rock. Y, aun cuando habría un empleado o dos vendiendo partes a los mecánicos de fin de semana, en el edificio prefabricado donde Gold s tenía el negocio al menudeo, era razonable que Thad esperara que ya se hubiese retirado el personal del depósito de chatarra. Con casi veinte mil automóviles en diversos estados de deterioro, ahí podría esconder la Suburban... y tenía que esconderla. Alta, cuadrada, gris con brillantes costados rojos, resaltaba ostensiblemente en cualquier lado.

DESPACIO, ZONA ESCOLAR, decía el letrero al que se acercaba. Thad sintió que un alambre caliente hurgaba sus entrañas. Este era el momento.

Verificó por el espejo retrovisor, y vio que el Plymouth aún lo seguía a una distancia de dos automóviles; lo cual no era tan bueno como hubiera deseado, pero probablemente era lo mejor que podría conseguir. Para el resto, tendría que depender de la suerte y la sorpresa. Los policías no esperaban que él tratara de burlarlos; ¿por qué habrían de pensarlo siquiera? Y por un momento, pensó no hacerlo. ¿Si en vez de escaparse, se detuviera? Y cuando ellos se pararan detrás de él y Harrison se bajara a preguntar qué pasaba, diría: Bastante. Stark tiene a mi familia. Los gorriones siguen volando ¿sabe?

Thad, él dice que mató a los dos que vigilaban la casa. No sé cómo lo hizo, pero dice que los mató... y yo... le creo.

Thad también le creía. Eso era lo más endiablado de todo. Y por esa razón, no podía detenerse y pedir ayuda. Si intentaba alguna treta, Stark lo sabría. No pensaba que Stark pudiese leer sus pensamientos, al menos, no en la forma en que los seres extraterrestres leen los pensamientos en las caricaturas y las películas de ciencia ficción; pero sí podía "sintonizarse" con, Thad... podía captar una idea aproximada de lo que se proponía. Tal vez pudiese preparar una pequeña sorpresa para George —es decir, si tenía la capacidad para esclarecer su idea acerca de los malditos pájaros— pero por ahora se proponía llevar a cabo sus planes.

Si podía, desde luego.

Aquí estaba la intersección escolar y el cruce en cuatro sentidos. Tenía mucho tránsito, como de costumbre. Desde años atrás, continuamente ocurrían choques en esta intersección, ocasionados en su mayoría por personas que sencillamente no podían asimilar la idea de un cruce en cuatro sentidos, donde cada uno esperaba su turno; y pasaban, en cambio, dándose de porrazos. A cada accidente, le seguía un torrente de cartas, escritas en su mayor parte por padres preocupados que demandaban que el municipio instalara un semáforo en el cruce. Y a eso le seguía una declaración de los administradores de Veazi, diciendo que el semáforo estaba "bajo consideración". Y después el asunto volvía a dormir el sueño de los justos, hasta el siguiente encontronazo.

Thad se unió a la fila de autos que esperaba cruzar en dirección al sur, comprobó que el Plymouth café seguía dos autos atrás, después observó la acción de "con—permiso—gracias—pase—usted" en la intersección. Vio un automóvil lleno con damas con cabello blanco azulado que casi se estrella con una pareja joven en un Datsun, vio que la chica del Datsun les hacía un gesto obsceno a las damas del cabello azulado, y vio que él mismo cruzaría en dirección norte sur, justo antes de que una larga pipa de la lechería Grant cruzara de este a oeste. Esto era una chiripa inesperada.

Pasó el automóvil que estaba delante de él y ahora era el turno de Thad. El alambre caliente se retorció en su vientre de nuevo. Por última vez comprobó el espejo retrovisor. Harrison y Manchester seguían dos autos detrás.

Un par de automóviles se entrecruzaron frente a él. A su izquierda, la pipa de leche se colocó en posición, Thad respiró hondo y llevó la Suburban tranquilamente a través de la intersección. Una vagoneta, en dirección al norte hacia Orono, la pasó en el otro carril.

En el lado opuesto lo invadió un apremio casi irresistible —una necesidad de estampar el acelerador hasta el fondo y enfilar la Suburban por la carretera. En cambio, siguió rodando a una velocidad calmada y perfectamente legal en zona escolar, de veinticinco kilómetros por hora, los ojos pegados al espejo retrovisor. El Plymouth aún esperaba en la fila para cruzar, dos vehículos atrás.

¡Eh, pipa de leche! pensó, concentrándose, embebiéndose realmente como si pudiese a moverla con la simple fuerza de voluntad, como conseguía en las novelas que las cosas fuesen y viniesen por medio de la fuerza de voluntad. ¡Vamos, pipa de leche, vamos!

Y ahí venía, rodando a través de la intersección con una dignidad lenta y plateada, como una duquesa, mecanizada.

En el momento que la pipa tapó el Plymouth café en el espejo retrovisor, Thad empujó hasta el piso el pedal del acelerador.

2

A la mitad de la manzana, había una vuelta a la derecha. Thad la tomó y pasó pitando por una calle a sesenta y cinco kilómetros por hora, rogando que no se le ocurriera a ningún chiquillo elegir leste instante para perseguir su pelota por el arroyo.

Tuvo un momento desagradable cuando pareció que la calle era una cerrada, pero en eso vio que podía dar otra vuelta a la derecha después de todo, la calle transversal había estado parcialmente bloqueada por una alta fila de setos que pertenecían a la casa de la esquina.

Hizo un alto al estilo californiano en el entronque en T, y viró a la derecha con una suave protesta de los

neumáticos. A ciento setenta metros adelante, nuevamente dio vuelta a la derecha y la Suburban patinó hacia la intersección de esta calle con la Ruta 2. Había retomado su camino por la carretera principal, cerca de cuatrocientos metros al norte del cruce en cuatro sentidos. Si la pipa de leche había bloqueado su vuelta a la derecha, como lo esperaba, el Plymouth café aún debía continuar en dirección al sur por la ruta 2. Cabía la posibilidad de que todavía no se hubiesen enterado de que algo andaba mal, aunque Thad dudaba seriamente de que Harrison fuera tan torpe. Tal vez Manchester, pero no Harrison.

Dio vuelta a la izquierda, patinando en un claro tan estrecho en el tráfico que obligó a frenar bruscamente al conductor de un Ford en el carril con dirección al sur. El conductor del Ford sacudió el puño a Thad mientras Thad cruzaba delante de él y regresaba hacia el depósito de chatarra Gold s, con el pedal hundido hasta el piso. Si daba la casualidad de que un policía errante lo observara, no sólo excediendo el límite de velocidad, sino aparentemente tratando de desintegrarlo, sería una lástima. No podía darse el lujo de perder el tiempo. Tenía que sacar de la carretera con la mayor rapidez posible este vehículo demasiado grande y demasiado brillante.

Faltaba menos de un kilómetro para el depósito de automóviles. Thad condujo la mayor parte de esta distancia con los ojos fijos en el espejo retrovisor, buscando al Plymouth. Cuando giró a la izquierda, entrando a Gold s, no se veía por ningún lado.

Rodó lentamente la Suburban a través de una puerta abierta en la valla. Un letrero, con letras rojas descoloridas sobre un fondo blanco sucio, decía ¡SÓLO EMPLEADOS MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO! En un día entre semana, lo hubiesen visto de inmediato y obligado a, regresarse. Pero ahora era sábado, y hora del almuerzo por añadidura.

Thad condujo hasta un pasillo con automóviles destruidos en ambos lados, apilados de dos, y a veces de tres en fondo. Los de la parte inferior habían perdido sus formas esenciales y parecían estarse derritiendo lentamente en la tierra. La tierra estaba tan impregnada con aceite, que se hubiese creído que nada podría crecer en ella; pero hileras de hierbas verdes y enormes girasoles que asentían silenciosamente, brotaban en feos racimos, como sobrevivientes de un holocausto nuclear. Un gran girasol se había extendido a través del parabrisas roto de un camión de panadería que yacía sobre su espalda, como perro muerto. El velloso tallo verde se enroscaba como un puño anudado alrededor del muñón de una rueda, y un segundo puño se adhería al adorno de la capota de un Cadillac viejo, acostado sobre el camión. Parecía mirar a Thad como el ojo amarillo y negro de un monstruo muerto.

Era la necrópolis de Detroit, grande y silenciosa, y Thad sintió que lo recorría un escalofrío.

Dio vuelta a la derecha, después a la izquierda. Repentinamente, vio gorriones en todas partes, encaramados en techos y capotas y grasientos motores amputados. Un trío de pájaros pequeños se bañaba en un tapón lleno de agua. Cuando él se acercaba no volaban, sino interrumpían lo que estaban haciendo y lo observaban con ojillos como brillantes cuentas negras. Más gorriones se posaban sobre un parabrisas reclinado a un costado de un Plymouth viejo. Pasó a noventa centímetros de ellos. Agitaron la alas inquietos, pero conservaron sus puestos.

Los emisarios de los muertos vivos, pensó Thad. Se llevó la mano a la pequeña cicatriz blanca en la frente, y nervioso, empezó a frotársela.

En el camino, Thad se asomó a través de lo que parecía el agujero de un meteorito en el parabrisas de un Datsun, y observó una extensa salpicadura de sangre seca en el tablero.

No fue meteorito lo que causó ese agujero, pensó, y el estómago se le revolvió lenta y desatinadamente.

Una congregación de gorriones se posaba en el asiento delantero del Datsun.

—¡Qué quieren conmigo? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué es lo que quieren, en nombre de Dios?

Y en su mente pareció oír una respuesta inconsecuente; en su mente pareció oír la aguda voz de su inteligencia alada:

No, Thad, ¿qué quieres tú con nosotros? Te pertenecemos a ti. Tú eres quien nos convoca. Tu eres el que sabe.

Yo sé pura mierda —murmuró.

Al final de esa fila, había un espacio vacío frente a un último modelo de Cutiass Supreme, alguien le había amputado todo el frente. Metió la Suburban en reversa y se bajó. Al mirar de un lado a otro del angosto pasillo, Thad casi se sentía como una rata en un laberinto. El lugar olía a aceite y al olor más agudo y acre del líquido de la transmisión. No se oía ningún sonido, excepto el zumbido distante de los automóviles que circulaban por la Ruta 2.

Los gorriones lo miraban desde todas partes, una silenciosa congregación de pájaros café y negro.

En eso, abruptamente, todos emprendieron el vuelo al unísono, cientos de ellos, tal vez un millar. Durante un momento, el aire se violentó con el sonido de sus alas. Volaron en tropel a través del cielo, y luego tomaron rumbo hacia el oeste, en la dirección en que se situaba Castle Rock. E, inesperadamente, Thad comenzó a sentir esa sensación reptante de nuevo... no tanto en su piel como dentro, de ella.

¿Estamos intentando dar una mirada furtiva, George?

En voz baja empezó a cantar una canción de Bob Dylan: "John Wesley Harding.... era amigo de los pobres... viajaba con una pistola en cada mano..."

Esa sensación reptante, irritante, iba en aumento. Encontró y se centró en el agujero de la mano izquierda. Era posible que estuviese completamente equivocado, que nada más se hiciera ilusiones, pero Thad parecía sentir enojo... y frustración.

A lo largo del telégrafo... su nombre resonaba..." Cantaba Thad en voz baja. Adelante, caído en la tierra aceitosa, como el resto retorcido de alguna estatua de acero que nadie había querido ver en primer, lugar, estaba un soporte de motor oxidado. Thad lo recogió y volvió a la Suburban, todavía cantando trozos de "John Wesley Harding" en voz baja, recordando a su antigua mascota, ;el mapache del mismo nombre. Si pudiera disimular la Suburban golpeándola un

poco, si f pudiese conseguir siquiera un par de horas extra, podría significarla diferencia entre la vida y la muerte para Liz y los gemelos.

"A todo lo largo del campo... lo siento, amigo, esto me duele más que a ti... fueron muchas las puertas que abrió..." Lanzó el soporte de motor sobre el lado del conductor de la Suburban, haciéndole una abolladura tan profunda como una palangana. Recogió de nuevo el soporte de motor, caminó al frente de la Suburban, y machacó la parrilla con la , suficiente fuerza para lastimarse el, hombro. El plástico se hizo astillas y salió volando. Thad abrió la capota y la levantó un poco, dando a la Suburban la sonrisa de cocodrilo muerto que parecía ser la versión de Gold s de la haute couture automotriz..

"...pero nunca se supo que lastimara a un hombre honrado..."

Volvió a tomar el soporte de motor, observando al hacerlo que el l vendaje de la mano herida se empezaba a manchar de sangre fresca. Ahora no podía hacer nada al respecto.

Por última vez lanzó el soporte enviándolo a través del parabrisas con un fuerte crujido, el cual —aunque pareciera absurdo— le causó cierto pesar.

Thad pensó que ahora la Suburban se veía muy semejante a las otras ruinas, la suficiente para que pasara desapercibida.

Thad caminó por el pasillo. En la primera intersección se volvió a la derecha, dirigiéndose hacia la entrada y la tienda de partes al menudeo que estaba detrás de ésta. Al entrar, había visto una cabina telefónica junto a la puerta. A mitad del recorrido se detuvo y dejó de cantar. Ladeó la cabeza. Semejaba un hombre que se esfuerza por percibir un sonido muy leve. En realidad lo que hacía era escuchar su propio cuerpo, revisándolo.

Había desaparecido la comezón reptante.

Los gorriones se habían ido, y también George Stark, al menos por ahora.

Con una leve sonrisa, Thad caminó más aprisa.

3

Después de dos llamadas, Thad empezó a sudar. Si Rawlie todavía estaba ahí, ya debía haber contestado. Las oficinas de los profesores en la, facultad de literatura-matemáticas no eran tan grandes. ¿A quién más podría llamar? ¿Quién diablos más podría estar ahí? No podía pensar en nadie.

A la mitad de la tercera llamada, Rawlie tomó el teléfono.

—Hola, DeLesseps.

Al oír esa voz enronquecida por el humo, Thad cerró los ojos y se recargó contra el frío lado de metal de la tienda de accesorios durante un momento.

—¿Hola?

—Hola, Rawlie. Es Thad.

—Hola, Thad —no se oía que Rawlie estuviese terriblemente sorprendido por la llamada—. ¿Se te olvidó algo?

—No, Rawlie, estoy en problemas.

—Sí —así; nada más, sin ninguna pregunta. Rawlie pronunció la palabra y esperó.

¿Te acuerdas de esos dos? —Thad titubeó por un momento—. ¿Los dos sujetos que estaban conmigo?

—Sí —respondió Rawlie tranquilamente—. La escolta policiaca.

—Me deshice de ellos —dijo Thad, y des lanzó una rápida mirada sobre su hombro al oír que llegaba un automóvil a la suciedad empacada que servía como área de estacionamiento para los clientes de Gold s. Por unos instantes estuvo tan seguro de que era el Plymouth café, que realmente lo vio... pero era algún tipo de auto extranjero, y lo que había visto primero como café, era un rojo profundo, deslustrado por el polvo del camino, y el conductor sólo estaba dando la vuelta—. Al menos espero haberme deshecho de ellos —hizo una pausa. Había llegado a un punto donde la única elección era saltar o no saltar, y no tenía tiempo para retrasar la decisión. Y si lo pensaba objetivamente, tampoco se trataba de tomar una decisión, porque no tenía elección—. Necesito ayuda, Rawlie. Necesito un auto que ellos no conozcan.

Rawlie guardó silencio.

—Mencionaste que si me podías ayudar en algo, te lo hiciera saber.

—Estoy consciente de que lo dije —replicó Rawlie con toda calma—. También recuerdo haberte dicho que si esos dos hombres te seguían con el objeto de protegerte, sería inteligente que les prestaras toda la colaboración que pudieras —hizo una pausa—. Creo que puedo deducir que no optaste por seguir mi consejo.

Thad estuvo a punto de decir, no podía Rawlie. El hombre que secuestró a mi esposa y a nuestros bebés, también podría matarlos. No era que no se atreviese a decirle a Rawlie lo que estaba pasando, o que temiera que Rawlie pensara que estaba demente si lo hacía; los profesores universitarios tienen criterios mucho más flexibles sobre el tema de la demencia que la mayoría de las personas, y a veces, no sostienen ningún criterio, y prefieren pensar que las personas son torpes (pero cuerdas), un tanto excéntricas (pero cuerdas), o muy excéntricas (pero muy cuerdas, colega). Mantuvo cerrada la boca porque Rawlie DeLesseps era uno de esos hombres con criterios tan personales que probablemente no lo convencería nada de lo que Thad pudiera decirle .. y cualquier cosa que saliera de su boca, sólo perjudicaría su caso. Pero con criterio propio o no, el gramático tenía un buen corazón... era valiente, a su manera... y Thad creía que Rawlie estaba bastante interesado en lo que le sucedía a Thad, su escolta de policía y la extraña curiosidad por los gorriones.

En último caso, pensaba sencillamente —o esperaba— que el permanecer callado le resultara más benéfico.

No obstante, le fue difícil esperar.

—Está bien —dijo Rawlie por fin—. Te prestaré mi automóvil, Thad.

Thad cerró los ojos y tuvo que poner rígidas las rodillas para evitar que se le doblaran. Se secó el cuello bajo la barbilla y el sudor humedeció la mano.

—Pero espero que tendrás la decencia de responder por cualquier reparación si me lo devuelves... herido —dijo Rawlie—. Si eres un fugitivo de la justicia, dudo mucho que mi compañía de seguros esté dispuesta a pagar.

¿Un fugitivo de la justicia? ¿Porque se había escabullido de la mirada de dos polizontes que era imposible que lo protegieran? Ignoraba si eso lo convertía en un fugitivo de la justicia. Era una pregunta interesante, una que consideraría en fecha posterior. Una fecha posterior en la que el temor y la preocupación no estuviesen a punto de hacerle perder la razón.

—Sabes que lo haré.

—Tengo una condición más —dijo Rawlie.

Thad volvió a cerrar los ojos; esta vez con frustración.

—¿Cuál es?

—Quiero saber de qué se trata todo esto cuando haya terminado —dijo Rawlie—. Quiero saber por qué estabas tan interesado en la acepción popular de los gorriones, y por qué te pusiste blanco cuando te dije lo que son los psicopompos y lo que se supone que hacen.

—¿Me puse blanco?

—Como el papel.

—Te contaré toda la historia —prometió Thad; sonrió un poco—. Tal vez incluso creas una parte de ella.

—¿Dónde estás? —preguntó Rawlie.

Thad se lo dijo. Y le pidió que llegase lo más rápidamente que pudiera.

4

Colgó el teléfono, regresó a la puerta en la valla, y se sentó en la defensa de un autobús escolar el cual, por alguna razón, estaba partido a la mitad. Quedaba oculto de los autos que pasaban por la carretera, pero él, con sólo inclinarse hacia adelante, podía ver el estacionamiento del departamento de accesorios. Miró a su alrededor en busca de gorriones, y no vio ninguno; excepto un gran cuervo obeso que picoteaba indiferente trocitos brillantes de cromo en uno de los pasillos que separaban los autos destruidos. La percepción de que hacía solamente un poco más de media hora que había terminado la segunda conversación con George Stark, lo hacía sentir ligeramente irreal. Parecía que desde entonces se habían pasado varias horas. A pesar del constante tono de ansiedad al que estaba sintonizado, se sentía somnoliento, como si fuera la hora de acostarse.

Alrededor de quince minutos después de su conversación con Rawlie, empezó a invadirle de nuevo la sensación picante, reptante. Cantó los trozos de "John Wesley Haarding", que recordaba, y en un minuto o dos, desapareció la sensación.

Tal vez sea psicosomático, pero sabía que eso no eran más que tonterías. La sensación se debía a que George trataba de perforar un ojo de cerradura en su mente, y entre más lo percibía Thad, más sensible se volvía. Suponía que también funcionaría en el otro sentido. Y suponía que tarde o temprano, tendría que intentar que funcionara en el otro sentido... pero eso significaba tratar de convocar a los pájaros, y no era algo que contemplaba con agrado. Y había algo más; la última vez que logró mirar a hurtadillas a George Stark, había terminado con un Iápiz enterrado en la mano izquierda.

Los minutos se arrastraban con lentitud exquisita. Después de veinticinco, Thad empezó a temer que Rawlie hubiese cambiado de idea y no llegara. Se levantó de la defensa del automóvil destruido, y se paró en la entrada entre el cementerio de automóviles y el área de estacionamiento, sin prestar atención a que alguien pudiera verlo desde la carretera. Empezó a preguntarse si se atrevería a pedir un aventón.

Decidió volver a llamar a la oficina de Rawlie, y ya a medio camino del edificio de accesorios, cuando entró al lote un polvoso Volkswagen sedán. Lo reconoció de inmediato y echó a correr, pensando con cierta diversión en la preocupación de Rawlie por el seguro, Thad tuvo la impresión de que podría destruir el VW y pagar los daños con el importe de una caja de botellas de refresco retornables.

Rawlie se detuvo al extremo del edificio de accesorios y bajó del auto. Thad se sorprendió un poco al ver que su pipa estaba encendida, y emitía grandes nubes de lo que hubiese sido un humo extremadamente ofensivo en una habitación cerrada.

—Se supone que no debes fumar —Rawlie —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—Se supone que tú no debes huir— replicó Rawlie seriamente. Se miraron el uno al otro durante instante; y después soltaron una carcajada sorprendida.

¿Cómo te irás a casa? preguntó Thad. Ahora que se había llegado a esto, saltar al pequeño automóvil de Rawlie y seguir el largo y serpenteante camino hasta Castle Rock, parecía que su reserva de conversación se había agotado.

—Me imagino qué llamaré a un taxi —dijo Rawlie, miró las brillantes colinas y valles de autos hechos chatarra .- supongo que vendrán con frecuencia para recoger a los sujetos que se reincorporan al club de los peatones.

Déjame darte cinco dólares...

Thad sacó la cartera del bolsillo posterior, pero Rawlie lo rechazo con un ademán.

—Para ser un profesor de literatura en temporada de verano, estoy podrido de dinero —dijo—Vaya, por lo menos traigo cuarenta dólares. Me asombra que Billie me deje salir sin un guardia —chupó su pipa con gran placer, se la sacó de la boca y sonrió a Thad. Pero le pediré m recibo al conductor del taxi y te lo presentaré en el momento adecuado, Thad, no te preocupes.

—Ya temía que no vinieses

—Me detuve en la tienda de cinco y diez centavos— dijo Rawlie.-

Compré un par de cosas que pensé que te gustaría tener, Thaddeus —metió medio cuerpo en el sedan (el cual cedió notoriamente hacia la izquierda, en un muelle que, si no estaba roto, le faltaba muy poco), y después de algún tiempo dedicado a hurgar, murmurar y lanzar nuevas nubes de smog, sacó una bolsa de papel Le dio la bolsa a Thad, quien miró dentro y vio un par de gafas para el sol y una gorra de béisbol de Medias Rojas de Boston que le cubriría perfectamente el cabello. Miró a Rawlie, absurdamente conmovido.

—Gracias; Rawlie.

Rawlie agitó una mano y dirigió a Thad una pequeña sonrisa, tímida y sosegada

—Tal vez yo sea quien deba darte las gracias —dijo—. Durante los últimos diez meses, he estado buscando una buena excusa para atizar el fuego de mi vieja pipa. De vez en cuando se presentaban algunas cosas, el divorcio de mi hijo menor, la noche que perdí cincuenta dólares en el póquer en casa de Tom Carroll, pero nada parecía bastante.. apocalíptico.

—Esto es apocalíptico, sin duda —dijo Thad, y se estremeció un poco Miró su reloj. Casi era la una. Stark le llevaba por lo menos una hora de ventaja, quizás más. Tengo que irme, Rawlie.

—Sí, ¿es urgente, verdad?

—Me temo que sí.

—Te tengo otra cosa, la guardé en la bolsa de la chaqueta para no perderla. Esto no es de la tienda de cinco y diez. Lo encontré en mi escritorio.

Rawlie empezó a hurgar metódicamente en los bolsillos de la vieja chaqueta deportiva a cuadros que usaba en invierno y verano.

—Si se enciende la luz del aceite, métete en alguna parte y consigue una lata de Sapphire —dijo, todavía a la caza—. Es el aceite reciclado. ¡Oh! ¡Aquí está! Ya pensaba que lo había dejado en la oficina después de todo.

Sacó de la bolsa una pieza tubular de madera descortezada. Era tan larga como el dedo índice de Thad y hueca. En un extremo se le había hecho una ranura. Se veía antigua.

—¿Qué es? —preguntó Thad, tomándolo cuando Rawlie se lo tendió. Pero ya lo sabía, y sintió que se colocaba en su lugar otro ladrillo en cualquier cosa inconcebible que fuera lo que estaba construyendo.

—Es un silbato para llamar pájaros —dijo Rawlie, estudiándolo por encima de la reluciente cazoleta de la pipa—. Quiero que lo aceptes si crees que podrías utilizarlo.

—Gracias —dijo Thad, y guardó el silbato en el bolsillo con una mano no completamente estable—. Me puede ser útil.

Los ojos de Rawlie se ensancharon bajo el borde enredado de sus cejas. Se quitó la pipa de la boca.

—Sospecho que no lo vas a necesitar —dijo en voz baja e intranquila. —¿Qué?

—Mira detrás de ti.

Thad se dio vuelta, sabiendo lo que Rawlie había visto antes de verlo él mismo.

Ahora no había cientos de gorriones, o miles; los autos y camiones muertos apilados en los diez acres posteriores de Gold s Junkyard y Auto Supply estaban alfombrados con gorriones. Estaban en todas partes... y Thad no había oído la llegada de uno solo.

Los dos hombres miraron a los pájaros con cuatro ojos. Los pájaros correspondieron la mirada con veinte mil... o tal vez cuarenta mil. No emitían un solo sonido. Unicamente se posaban en capotas, techos, tubos de escape, parrillas, monobloques, juntas universales y chasises.

—Jesucristo —dijo Rawlie en voz ronca—. Los psicopompos... ¿qué significa, Thad? ¿Qué significa esto?

—Creo que estoy empezando a saberlo —dijo Thad.

—Dios mío —dijo Rawlie. Levantó las manos sobre la cabeza y dio unas fuertes palmadas. Los gorriones no se movieron. Y no mostraban ningún interés en Rawlie; sólo miraban a Thad Beaumont.

—Encuentren a George Stark —dijo en voz baja, o en realidad sólo lo murmuró—. George Stark. Encuéntrenlo. ¡Vuelen!

Los pájaros alzaron el vuelo en una nube oscura hacia el brumoso cielo azul, batiendo las alas en un sonido que era como un trueno convertido en el encaje más fino, las gargantas gorjeando. Dos hombres que habían estado parados fuera del umbral de la tienda de accesorios al menudeo, corrieron a mirar lo que sucedía.

En las alturas, la masa negra cambió de rumbo, como lo había hecho la otra parvada más pequeña, y se dirigió al oeste.

Thad levantó la vista hacia ellos, y durante un momento, esta realidad se fusionó con la visión que marcaba el inicio de sus trances; durante unos instantes, el pasado y el presente fueron uno, entrelazados en alguna coleta de cabello, extraña y vistosa.

Los gorriones desaparecieron de la vista.

—¡Cristo todopoderoso! —aulló un hombre con un overol gris de mecánico—. ¿Vieron esos pájaros? ¿De dónde

salieron esos jodidos pájaros?

—Yo tengo una pregunta mejor —dijo Rawlie, mirando a Thad. Había recuperado el control de sí mismo, pero era evidente que había sufrido una fuerte sacudida—. ¿A dónde van? Tú lo sabes, ¿no es verdad, Thad?

—Sí, desde luego —musitó Thad, abriendo la puerta del vw—. Tengo que irme Rawlie, realmente tengo que hacerlo. No puedo agradecerte bastante lo que has hecho.

—Ten cuidado, Thaddeus. Ten mucho cuidado. Ningún hombre controla a los agentes de la otra vida. No por mucho tiempo, y siempre hay que pagar un precio.

—Tendré tanto cuidada como pueda.

La palanca de velocidades del vw protestó, pero finalmente se rindió y entró en el engrane. Thad se detuvo lo suficiente para ponerse las gafas y la gorra de béisbol, después levantó una mano hacia Rawlie y arrancó.

Al entrar a la Ruta 2, vio a Rawlie caminando penosamente hacia la misma cabina telefónica que él había usado, y Thad pensó:

Ahora tengo que evitar que Stark se entrometa, porque ahora tengo un secreto. Tal vez no pueda controlar a los psicopompos, pero por lo menos me pertenecen por un rato o yo les pertenezco a ellos y él no debe saberlo.

Encontró la segunda velocidad, y el Volkvagen de Rawlie De Lesseps empezó a estremecerse en los inexplorados reinos de la velocidad a más de sesenta kilómetros por hora.

XXIII
Dos llamadas para el sheriff Pangborn

1

La primera de las dos llamadas que colocaron de nuevo a. Alan , Pangborn en el corazón del asunto llegó poco después de las tres de la tarde, mientras que Thad vertía tres cuartos de aceite para motor marca Sapphire en el sediento Volkswagen de Rawlie, en una estación de servicio en Augusta. Alan mismo se dirigía a Nan s para tomarse una taza de café.

Sheila Brigham asomó la cabeza por la oficina del conmutador y gritó:

—¿Alan? Llamada por cobrar para ti, ¿conoces a alguien llamado Hugh Pritchard?

Corrió a su oficina y tomó el teléfono justo a tiempo para escuchar que Sheila aceptaba los cargos.

—Doctor Pritchard? ¿Doctor Pritchard, es usted?

—Sí, ,soy yo —la comunicación era bastante buena, pero aun así,, Alan tuvo un momento de duda; a este hombre no se le oía como de setenta años. Tal vez cuarenta, pero no setenta.

—¿Es usted el doctor Hugh Pritchard que ejercía en Bergenfield, Nueva Jersey?

—Bergenfield, Tenafly, Hackensack, Englewood, Englewood Heights... diablos, arreglé cabezas todo el camino hasta Paterson. ¿Es usted el sheriff Pangborn que ha estado tratando, de localizarme? Mi esposa y yo tomamos el rumbo hacia el infierno y llegamos hasta Devil s Knob.* Acabamos de volver. Me duele hasta en los dolores.

—Sí, disculpe. Quiero darle las gracias por llamar, doctor. Se le oye mucho más joven de lo que esperaba.

—Bueno, ya es algo —dijo Pritchard—, pero debería ver el resto de mi persona. Me veo como un lagarto que camina en dos patas. ¿Qué puedo hacer por usted?

Alan había considerado esto y se había decidido por un acercamiento cauteloso. Ahora se acomodó el teléfono entre la oreja y el hombro, se recargó hacia atrás en la silla, y comenzó el desfile de sombras de animales en la pared.

—Estoy investigando un asesinato que se cometió aquí en el condado de Castle, Maine —dijo—. La víctima fue un hombre de esta localidad, llamado Homer Gamache. Tal vez tenga un testigo del crimen, pero me encuentro en una situación muy delicada con este hombre, doctor Pritchard. Hay dos razones para ello. Primera, es famoso. Segunda, está mostrando síntomas que usted conoció una vez. Le digo esto porque usted lo operó hace veintiocho años. Tenía un tumor cerebral. Me temo que si este tumor ha vuelto a aparecer, su testimonio no puede ser muy creí...

—Thaddeus Beaumont —interrumpió de inmediato Pritchard—. Y cualesquiera que sean los síntomas que esté sufriendo, dudo mucho que sea una recurrencia de ese viejo tumor.

—¿Cómo supo que se trataba de Beaumont?

—Porque le salvé la vida en 1960 —dijo Pritchard, y añadió con una arrogancia inconsciente—: si no hubiese sido por mí, no habría escrito un solo libro, ya que hubiera fallecido antes de cumplir los doce años. He seguido su carrera con cierto interés desde que casi se ganó ese premio nacional al libro con su primera novela. Le di un vistazo a la cubierta y supe que era el mismo sujeto. El rostro había cambiado, pero los ojos eran los mismos. Unos ojos extraños. Soñadores, los llamaría. Y desde luego, supe que vivía en Maine por el reciente artículo de la revista People. Se publicó justo antes de que saliéramos de vacaciones.

Guardó silencio por un momento, y después dijo algo tan desconcertante, y a la vez con tanta ligereza, que Alan no pudo responder durante unos instantes.

—¿Dice usted que pudo haber sido —testigo dé un asesinato? ¿Está seguro de que no sospecha que él pueda haberlo cometido? —Bien... yo...

—Sólo me lo pregunto —prosiguió Pritchard—, porque las personas con tumores cerebrales con frecuencia actúan en forma peculiar. La peculiaridad de sus actos parece aumentar en relación directa con la inteligencia del hombre o mujer que los padecen. Pero el chico no tenía un tumor cerebral, sabe, al menos en el sentido en que, por lo general, se acepta el término. Fue un caso excepcional. Extraordinariamente insólito. Sólo he leído de tres casos similares desde 1960, dos de ellos después de que me jubilé. ¿Se le han practicado los exámenes neurológicos de rutina?

—Sí.

—¿Y?

—Salieron negativos.

—No me sorprende —Pritchard quedó en silencio por unos momentos y después dijo—: ¿No está siendo muy honesto conmigo, verdad, joven?

Alan dejó de hacer sombras de animales y se enderezó en la silla.

—No, supongo que no. Pero me interesa mucho qué quiso decir cuando mencionó que Thad Beaumont no tenía un tumor cerebral "en él sentido en que, por lo general, se acepta el término." Conozco las normas acerca de la discreción en las relaciones doctor-paciente, y no sé si usted pueda confiar en un hombre con quien habla por primera vez, y además, por teléfono. Pero espero que me crea cuando le digo que estoy de parte de Thad, y que con toda seguridad él querría que usted me lo dijera todo. Pero no tengo tiempo para pedirle que le llame y dé su aprobación, doctor, necesito saber ahora.

* *Perilla del diablo. (N. de la T.)*

Y Alan se sorprendió al descubrir que eso era cierto, o por lo menos estaba convencido de que lo era. Había empezado a invadirlo una curiosa tensión, una sensación de que algo estaba sucediendo. Algo de lo que no estaba enterado, pero pronto lo estaría.

—No hay ningún inconveniente en que le informe acerca del caso —dijo Pritchard con calma—. En muchas ocasiones, he pensado que debía ponerme en contacto con Beaumont, aunque sólo fuese para enterarlo de lo que sucedió en el hospital poco después de que terminamos su operación. Pienso que le podría interesar.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Ya llegaré a eso, se lo aseguro. No les dije a sus padres lo que la operación puso en descubierto porque no tenía caso, no para fines prácticos, y quería tratar con ellos lo menos posible. Con su padre, en particular. Ese hombre debía haber nacido en una cueva y haberse pasado la vida cazando mamuts lanudos. En ese entonces, decidí decirles lo que querían oír y alejarme de ellos tan aprisa como pudiera. Después, el tiempo, desde luego, se convirtió en un factor decisivo. Se pierde el contacto con los pacientes. Cuando Helga me mostró su primer libro pensé en escribirle, y me he propuesto hacerlo en varias ocasiones, pero también he pensado que.. tal vez no me crea...o no le interese... o tal vez piense que soy un viejo chiflado. No conozco a gente famosa, pero les tengo lástima, sospecho que deben vivir a la defensiva, desorganizados, temerosos. Parecía más fácil dejarlo así. Ahora esto. Como dirían mis nietos; qué rollo.

.—¿Qué le pasaba a Beaumont? ¿Qué lo llevó a usted?

Fugas. Jaquecas. Sonidos fantasmales. Y. finalmente...

—¿Sonidos fantasmales?

—Sí, pero debe dejarme que se lo diga a mi manera, sheriff —Alan captó de nuevo esa arrogancia inconsciente en la voz del hombre..

—Muy bien.—Finalmente, sufrió una convulsión. Todos los problemas los causaba una pequeña masa en el lóbulo prefrontal. Operamos asumiendo que era un tumor. El tumor resultó ser el gemelo de Thad Beaumont.

—¡Qué!

—Sí, en efecto —dijo Pritchard, se oía como si le complaciera la evidente conmoción en la voz de Alan—. No es completamente excepcional. Con frecuencia, los gemelos se: absorben in utero, y en casos raros la absorción es incompleta, pero en este caso, la ubicación sí era excepcional, como también lo fue el súbito crecimiento del tejido extraño. Ese tejido casi siempre permanece inerte. Yo considero que los problemas de Thad los pudo haber causado el inicio temprano de la pubertad.

—Espere —dijo Alan—. Espere, por favor —había leído la frase "su mente quedó atolondrada" una o dos veces en los libros, pero era la primera vez que experimentaba esa sensación—. ¿Me está diciendo que Thad era un gemelo, pero que él... él en alguna forma... en alguna forma se comió a su hermano?

—O hermana —dijo Pritchard—. Pero sospechó que era hermano, porque entiendo que la absorción es mucho más rara en casos del gemelos que provienen de dos óvulos. Eso está basado en frecuencia estadística, no en hechos contundentes, pero yo así lo creo. Y puesto que los gemelos idénticos siempre son del mismo sexo, la respuesta a, su pregunta es afirmativa. Creo que el feto que una vez fue Thad Beaumont se comió a su hermano en la matriz de su madre.

—Jesús —dijo Alan en voz queda. No recordaba haber oído algo tan horrible, o tan extraño, en toda su vida.

—Se le oye asqueado —dijo el doctor Pritchard alegremente—, pero no hay motivo para eso, una vez que se coloca el asunto en el contexto adecuado. No estamos hablando de Caín asesinando a Abel con una roca. Este no es un acto de asesinato; lo que pasó fue que entró en funcionamiento un imperativo biológico que no comprendemos. Una mala señal, tal vez, disparada por algo en el sistema endocrino de la madre. Ni siquiera estamos hablando de fetos, si nos expresamos con exactitud; en el momento de la absorción, sólo debe haber habido dos conglomerados de tejidos en la matriz de la señora Beaumont, probablemente ni siquiera humanoides. Anfibios vivientes, si quiere. Y uno de ellos, el más grande, el más fuerte, simplemente se impuso sobre el más débil, lo envolvió... y lo incorporó.

—Suena como si habláramos de jodidos insectos —murmuró Alan.

—¿Así lo cree? Supongo que sí, un poco. En cualquier caso, la absorción no fue total. Un poco del otro gemelo conservó su integridad. Esta materia extraña, no se me ocurre otra forma de expresarlo, terminó entrelazada en el tejido que se convirtió en el cerebro de Thaddeus Beaumont. Y por alguna razón, se volvió activa poco después de que el chico cumplió once años. Empezó a crecer. Como no había espacio en la hostería, fue necesario extirparla, como una verruga. Eso fue lo que hicimos con mucho éxito.

—Como una verruga —repitió Alan, con repugnancia y fascinación.

En su mente volaban ideas de toda clase. Eran ideas siniestras, tan siniestras como murciélagos en el campanario de una iglesia desierta. Sólo una era completamente coherente: En él hay dos hombres, siempre ha habido dos hombres. Eso es lo que debe pasar en un hombre o mujer que se gana la vida creando fantasía. El que existe en el mundo normal y el que crea mundos. Son dos. Por lo menos dos, siempre.

—Nunca podría olvidar un caso tan excepcional —estaba diciendo Pritchard—, pero justo antes de que despertara el chico, sucedió algo tal vez más extraordinario aún. Algo que siempre me ha asombrado.

—¿Qué fue?

—El chico Beaumont escuchaba sonidos de pájaros antes de cada una de las jaquecas —dijo Pritchard—. Eso en sí, no era nada raro; es una ocurrencia bien documentada en casos de tumores cerebrales o epilepsia. Se llama el síndrome sensorial precursor. Pero poco después de la operación ocurrió un extraño incidente relacionado con pájaros reales. De

hecho, el hospital de Bergenfield fue atacado por gorriones.

—¿Qué quiere decir?

—¿Suena absurdo, verdad? —Pritchard parecía muy complacido consigo mismo—. No es la clase de cosas de las que hablaría siquiera si no fuese un evento extremadamente bien documentado. Incluso se publicó un artículo al respecto en la primera plana del Courier de Bergenfield, con una fotografía. Poco después de las dos de la tarde del 29 de octubre de 1960, una parvada de gorriones de grandes proporciones se estrelló contra el lado oeste del hospital. Esa es la sección donde estaba la unidad de cuidado intensivo en aquellos días, y desde luego, a donde se llevó al chico Beaumont después de la operación.

—Muchas ventanas resultaron rotas, y los hombres del mantenimiento recogieron más de trescientos pájaros muertos después del incidente. Según recuerdo, en el artículo del Courier se citó a un ornitólogo; éste señalaba que el lado oeste del edificio era casi totalmente de vidrio, y especulaba que la brillante luz del sol, al reflejarse en el cristal, debió haber atraído a los pájaros.

—Eso es una tontería —dijo Alan—. Los pájaros sólo se estrellan con el vidrio cuando no lo pueden ver.

—Creo que el reportero que hizo la entrevista mencionó eso, y el ornitólogo observó que los pájaros en parvada parecen compartir una telepatía de grupo que une sus muchas mentes, si se puede decir que los pájaros tienen mentes, en una sola. Algo parecido a las hormigas forrajeras. Añadió que si un miembro de la parvada decidió volar contra el cristal, probablemente el resto lo siguió. Yo no estaba en el hospital cuando sucedió esto, ya había terminado con el chico Beaumont, comprobado que sus signos estaban estables...

—¿Signos?

—Signos vitales, sheriff. Y me fui a jugar golf. Pero tengo entendido que esos pájaros aterrorizaron a todo mundo en el ala Hirschfield. Dos personas resultaron con cortaduras por los cristales que salieron volando. Podría aceptar la teoría del ornitólogo, pero me quedaba una duda en la mente... porque yo conocía el precursor sensorial del joven Beaumont. No sólo eran pájaros, sino pájaros específicos: gorriones.

—Los gorriones están volando de nuevo —murmuró Alan con voz distraída, horrorizada.

—¿Perdón, sheriff?

—Nada. Prosiga.

—Al día siguiente le pregunté acerca de sus síntomas. Algunas veces se presenta una amnesia localizada en los precursores sensoriales, luego de que se elimina la causa con una operación, pero no en este caso. El chico recordaba perfectamente bien. El vio a los pájaros y los oyó. Pájaros en todas partes, dijo, sobre todas las casas y jardines y calles de Ridgeway, el sector de Bergenfield donde él vivía.

—Me interesé lo suficiente para revisar sus gráficas y compararlas con los informes del incidente. La parvada de gorriones se estrelló contra el hospital a las dos y cinco aproximadamente. El chico despertó a las dos y diez. Tal vez, incluso, un poco antes —Pritchard hizo una pausa y después agregó—: de hecho, una de las enfermeras de la unidad de cuidado intensivo comentó que posiblemente lo había despertado el ruido de los cristales rotos.

—¡Diantres! —dijo Alan con voz queda.

—Sí —dijo Pritchard—. Diantres es la palabra correcta. No he hablado de este asunto en años, sheriff Pangborn. ¿Le es de alguna ayuda?

—No lo sé —respondió Alan con franqueza—. Pudiera ser. Tal vez no lo extirpó todo, doctor Pritchard, quiero decir, si quedó algo, posiblemente empezó a crecer de nuevo.

—Usted dijo que se le practicaron exámenes. ¿Se incluyó una tomografía axial computarizada?

—Sí.

—Y, por supuesto, se le tomaron radiografías.

—Ajá.

—Si esos exámenes salieron negativos, es porque no hay nada que puedan mostrar. Por mi parte, creo que extirpamos todo.

—Gracias, doctor Pritchard —tenía cierta dificultad para formar las palabras; sentía los labios torpes y extraños.

—¿Sheriff, cuando se haya resuelto este asunto, me dirá con más detalles lo que ha pasado? He sido muy franco con usted, y me parece que es un pequeño favor el que le pido a cambio. Siento mucha curiosidad.

—Lo haré, si puedo.

—Es todo lo que le pido. Lo dejaré que vuelva a su trabajo y yo seguiré mis vacaciones.

—Espero que usted y su esposa lo estén pasando bien.

Pritchard suspiró.

—A mi edad, cada vez tengo que esforzarme más para pasar el tiempo de modo mediocre, sheriff. Siempre nos había gustado acampar, pero creo que el próximo año nos quedaremos en casa.

—Bien, le agradezco que se haya tomado la molestia de llamarme.

—Fue un placer. Extraño mi trabajo, sheriff Pangborn. No la mística de la cirugía, que nunca me interesó mucho, sino el misterio. El misterio de la mente. Eso es muy emocionante.

—Me imagino que sí —coincidió Alan, pensando que estaría muy feliz si en este momento hubiera un poco menos de misterio mental en su vida—. Estaré en contacto cuando... se aclaren las cosas.

—Gracias, sheriff —hizo una pausa y luego dijo—: Es un asunto de gran interés para usted, ¿verdad?

—Sí. Sí lo es.

—El chico que recuerdo era muy agradable. Temeroso, pero agradable. ¿Qué clase de hombre es?

—Creo que es un buen hombre —respondió Alan—. Un poquitín frío, tal vez, y un poquitín distante, pero un buen hombre a pesar de todo y repitió—: eso creo.

—Gracias. Lo dejaré atender sus negocios. Adiós, sheriff Pangborn.

Se oyó un click en la línea y Alan, lentamente, volvió a poner el auricular en su lugar. Se recargó en la silla, dobló las ágiles manos, e hizo que un gran pájaro oscuro aleteara despacio por delante del rayo de sol en la pared de la oficina. Recordó unas palabras de El mago de Oz que siguieron resonando en su mente. "¡Creo en los espectros, creo en los espectros, sí, sí, sí creo en los espectros!" Eran del león cobarde, ¿no?

La cuestión era, ¿qué creía él?

Le era más fácil pensar en lo que no creía. No creía que Beaumont hubiese asesinado a nadie. Ni tampoco creía que Thad hubiese escrito esa frase enigmática en la pared de nadie.

¿Entonces, quién la había puesto ahí?

Muy sencillo. El viejo doctor Pritchard voló desde Fort Laramie al este, mató a Frederick Clawson, escribió LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO DE NUEVO en la pared, luego voló hasta Nueva York desde Washington, abrió la cerradura de Miriam Cowley con su escalpelo favorito y le hizo lo mismo. Los operó porque echaba de menos el misterio de la cirugía.

No, por supuesto que no. Pero Pritchard no era el único que estaba enterado del —¿cómo lo había llamado?— precursor sensorial de Thad. No se había mencionado en el artículo de People, cierto, pero...

Estás olvidando las huellas digitales y las impresiones de voz. Estás olvidando la afirmación calmada y contundente de Thad y Liz en el sentido de que Stark es real; que está dispuesto a cometer asesinatos para permanecer real, Y ahora estás tratando por todos los diablos de no examinar el hecho de que estás empezando a creer que todo puede ser cierto. Hablaste con ellos acerca de lo irracional que sería no sólo creer en un fantasma vengador, sino en el fantasma de un hombre que nunca existió. Pero los escritores tal vez inviten a los fantasmas. Junto con los actores y los artistas, son los únicos médiums que acepta totalmente nuestra sociedad. Crean mundos que nunca existieron, los pueblan con personas que nunca existieron, y luego nos invitan a unirnos a ellos en sus fantasías. Y así lo hacemos, ¿no es cierto? Sí. Pagamos por hacerlo.

Alan entrelazó las manos firmemente, extendió los dedos meñiques, y envió a la soleada pared un pájaro volando, mucho más pequeño. Un gorrión.

No puedes explicar la parvada de gorriones que atacó el hospital de Bergenfield hace casi treinta años; ni tampoco puedes explicar cómo es posible que dos hombres tengan las mismas huellas digitales e impresiones de voz, pero ahora sabes que Thad Beaumont compartió la matriz de su madre con alguien más. Con un extraño.

Hugh Pritchard había mencionado el inicio temprano de la pubertad.

De repente, Alan Pangborn se preguntó si el desarrollo de ese tejido extraño habría coincidido con algo más.

Se preguntaba si habría empezado a crecer al mismo tiempo que Thad empezaba a escribir.

2

El intercomunicador en su escritorio emitió una señal, sobresaltándolo. Era Sheila de nuevo.

—Fuzzy Martín en la línea uno, Alan. Quiere hablar contigo.

—¿Fuzzy? ¿Qué diablos quiere?

—No lo sé. No quiso decírmelo.

—Jesús —dijo Alan—. Es lo único que me faltaba hoy.

Fuzzy tenía un gran trozo de propiedad en la carretera municipal número 2, a cerca de seis kilómetros de distancia del lago Castle. Una vez, el predio de Martín había sido una próspera granja lechera, pero eso fue en los días en que se conocía a Fuzzy por su nombre de pila, Albert, y cuando aún sostenía la jarra de whisky, en vez de lo contrario. Sus hijos ya eran mayores y habían pasado diez años desde que su esposa lo abandonara como a un mal empleo. Ahora, Fuzzy presidía solo seis hectáreas de campo, las cuales, lenta, pero uniformemente, iban recuperando su calidad de silvestres. La casa y el establo estaban en el lado oeste de la propiedad, donde la carretera municipal número 2 daba vuelta hacia el lago. El establo, que una vez había sido el hogar de cuarenta vacas, era una construcción enorme; ahora el techo se tambaleaba penosamente, la pintura se descascaraba, y la mayoría de las ventanas estaban tapadas con cuadros de cartón. Alan y Trevor Hartland, el jefe de bomberos de Castle Rock durante los últimos cuatro años, habían estado en espera de que se quemara la casa de Martín, el establo de Martín, o ambas cosas.

—¿Quieres que le diga que no estás? —le preguntó Sheila—. Clut acaba de llegar, se la puedo pasar a él.

Alan consideró la sugerencia por un momento, después suspiró y movió la cabeza.

—Hablaré con él, Sheila. Gracias —tomó el teléfono y lo sostuvo entre la oreja y el hombro.

—¿Jefe Pangborn?

—Soy el sheriff, sí.

—Habla Fuzzy Martín, de la número 2. Podría tener un problema aquí, jefe.

—¿Mh? —Alan se acercó más el segundo teléfono en el escritorio. Era una línea directa con las demás oficinas del edificio municipal. La punta de su dedo resbaló alrededor del teclado numérico con el 4 estampado en él. Todo lo que tenía que hacer era levantar el auricular y oprimir el botón para comunicarse con Trevor Hartland—. ¿Qué clase de problema?

—Bien, jefe, me sumiría en mierda si lo supiera exactamente. Yo lo llamaría el gran robo del auto, si fuera un vehículo conocido. Pero no lo era. Nunca lo había visto en toda mi vida. Pero, de todos modos, salió de mi establo —Fuzzy hablaba con ese acento de Maine, profundo y de algún modo satírico que a veces distorsionaba algunas palabras.

Alan regresó el intercomunicador a su posición normal. Dios ayuda a los tontos y a los ebrios —un hecho que había aprendido bien durante sus muchos años de trabajo policíaco y al parecer la casa y el establo de Fuzzy seguían en pie, pese a su costumbre de tirar las colillas de cigarrillos encendidas aquí, allá y en todas partes, cuando estaba ebrio. Ahora todo lo que tengo que hacer, pensó Alan, es permanecer aquí sentado hasta que desenmarañe cuál es el problema. Después, podré descifrar —o trataré— si ocurrió en el mundo real, o en lo poco que queda del cerebro de Fuzzy.

Se dio cuenta de que sus manos estaban volando otro gorrión en la pared y las detuvo.

—¿Qué automóvil fue el que salió de tu establo, Albert? —preguntó Alan pacientemente. Casi todos los habitantes de Castle Rock (incluyendo a él mismo) llamaban Fuzzy a Albert, y Alan lo intentaría cuando llevara en el pueblo otros diez años. O tal vez veinte.

—Le acabo de decir que nunca lo había visto antes —dijo Fuzzy Martín en un tono que decía, oh maldito tonto, tan claramente que igual podía haberlo dicho—. Por eso le estoy llamando, jefe. No era uno de los míos con toda seguridad.

En la mente de Alan empezó a formarse una imagen. Con sus vacas, hijos y esposa ausentes, Fuzzy no necesitaba una gran cantidad de dinero en efectivo; la tierra la había recibido gratis, sin impuestos, al heredarla de su padre. El dinero que Fuzzy recibía tenía origen en varias fuentes bastante singulares. Alan creía, de hecho, casi lo sabía, que cada dos meses, más o menos, una paca o dos de marihuana se juntaban con el heno en el pajar de Fuzzy, y éste era solamente uno de los pequeños escamoteos de Fuzzy. En ocasiones, pensaba que debía hacer un esfuerzo serio por detener a Fuzzy por posesión de droga con intención de venderla, pero dudaba que Fuzzy fumara siquiera la hierba, y menos aún, que tuviese el cerebro para venderla. Lo más probable era que de vez en cuando cobrara cien o doscientos dólares por proporcionar espacio para almacenaje. E incluso en un pueblo pequeño como Castle Rock, había cosas más importantes que hacer que detener ebrios por posesión de hierba.

Otro de los servicios de almacenaje que brindaba Fuzzy —este legal, al menos—, consistía en guardar los autos de los veraneantes en su establo. Cuando Alan llegó al pueblo, el establo de Fuzzy había sido un estacionamiento regular. Se podía entrar y ver hasta quince autos —la mayoría de ellos, autos pertenecientes a las personas que tenían casas cerca del lago— guardados donde las vacas acostumbraban pasar los inviernos. Fuzzy había derribado las divisiones para formar un gran garaje, y ahí los autos pasaban los largos meses de otoño e invierno cobijados por sombras con un dulce olor a heno. Sus brillantes superficies opacadas por la constante caída de briznas del pajar, estacionados defensa con defensa, y lado a lado.

Con los años, el negocio de almacenaje de autos de Fuzzy se había venido abajo radicalmente. Alan suponía que se habían vuelto del dominio público sus hábitos descuidados con las colillas de los cigarrillos y ésa era la causa. Nadie quiere perder su auto en el incendio de un establo, ni aunque sólo se trate de una vieja carcacha que se guarda para hacer mandados cuando llega el verano. La última vez que había estado en la propiedad de Fuzzy, Alan sólo había visto dos autos en el establo: el Thunderbird 59 de Ossie Branningan —un automóvil que podía ser un clásico si no estuviese tan oxidado y golpeado— y la vieja camioneta Ford de Thad Beaumont.

Thad otra vez.

Hoy parecía que todos los caminos conducían a Thad Beaumont. Alan se enderezó en la silla, acercándose inconscientemente al teléfono.

—¿No fue el viejo Ford de Thad Beaumont? —le preguntó a Fuzzy—. ¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. No era un Ford, y tan seguro como el infierno que no era una camioneta. Era un Toronado negro.

Otro flamazo se disparó en la mente de Alan... pero no estaba seguro del motivo. Alguien había mencionado algo acerca de un Toronado negro, y no hacía mucho tiempo. De momento, no se acordaba de quién o cuándo... pero ya le vendría a la mente.—Dio la casualidad de que estaba en la cocina, sirviéndome una limonada fría —prosiguió Fuzzy—, cuando vi que ese auto salía del establo. Lo primero que pensé es que no guardo un automóvil como ese. Lo segundo que pensé es cómo pudo entrar alguien ahí, en primer lugar, cuando en la puerta del establo hay un gran candado viejo pero muy seguro, y la única llave la tengo en mi llavero.

—¿Qué pasa con las personas que guardan ahí sus autos? ¿No tienen llave?

—¡No, señor! —Fuzzy pareció ofendido ante la sola idea.

—¿No se te ocurrió anotar el número de matrícula, verdad? —¡Puede estar endiabladamente seguro de que sí lo hice! —exclamó Fuzzy—. ¿Acaso no tengo los malditos binoculares Jeezly en el antepecho de la ventana?

Alan, quien había estado en el establo en visitas de inspección con Trevor Hartland, pero nunca en la cocina de Fuzzy (y no tenía planes para esa gira en fecha próxima, gracias) dijo:

—Oh, sí. Los binoculares. Me olvidé de ellos.

—¡Pero yo no! —dijo Fuzzy con truculencia feliz—. ¿Tiene un lápiz? —Claro que sí, Albert.

—¿Jefe, por qué no me dice Fuzzy, como todos los demás? Alan suspiró.

—Está bien, Fuzzy. Y ya que estamos en eso, ¿por qué no me dices sheriff?

—Lo que usted diga. Bien, ¿quiere el número de la matrícula o no? —Dispara.

—Primero que nada, la matrícula era de Mississippi —dijo Fuzzy con algo parecido al triunfo en la voz—. ¿Qué

diablos piensa de eso? Alan ignoraba lo que pensaba exactamente de eso, excepto que en su cabeza se había disparado un tercer flamazo, éste aún más brillante que los otros. Un Toronado. Y Mississippi. Algo acerca de Mississippi. Y un pueblo. ¿Oxford? ¿Fue Oxford? ¿Como uno de los dos pueblos cercanos?

—No lo sé —dijo Alan, y luego, suponiendo que eso era lo que Fuzzy quería oír, añadió—: suena bastante sospechoso.

—¡Tiene usted tanta razón como Cristo! —cacareó Fuzzy. Después se aclaró la garganta, y adoptó un tono de negocios—. Bien, matrícula de Mississippi, número 62284. ¿La tomó, jefe?

—62284.

—62284, ajúa,, la puede llevar al jodido banco de datos.

¡Sospechoso! ¡Ajúa! ¡Eso es lo que yo pensé! ¡Jesús se comió una lata de frijoles!

Ante la imagen de Jesús comiendo una lata de frijoles, Alan tuvo que cubrir el teléfono por otro breve momento.

—¿Y bien —dijo Fuzzy—, qué acción va a tomar, jefe?

Voy a intentar que esta conversación no altere mi cordura, pensó Alan. Eso es lo primero que haré. Y voy a tratar de recordar quién mencionó...

En eso le llegó un destello de brillantez helada que le erizó los vellos en los brazos y le estiró la carne de la parte posterior del cuello de modo tan ceñido como la piel de un tambor.

En el teléfono con Thad. Poco después de que llamara el psicótico desde el apartamento de Miriam Cowley. La noche en que realmente había empezado la juerga de asesinatos.

Escuchó a Thad diciendo, Se mudó de Nueva Hampshire a Oxford, Mississippi, con su madre... sólo le queda un ligero rastro del acento sureño.

¿Qué más había dicho Thad al describir a George Stark por el teléfono?

Por último: puede estar conduciendo un Toronado negro. No sé de qué ario. Uno de los antiguos que tenían una gran potencia explosiva debajo de la capota, de todos modos. Negro. Podría tener matrícula de Mississippi, pero indudablemente, la habrá cambiado.

—Me imagino que ha estado demasiado ocupado para hacerlo —murmuró Alan. La carne de gallina le seguía reptando sobre el cuerpo con miles de pies diminutos.

—¿Qué dijo, jefe?

—Nada, Albert. Hablaba conmigo mismo.

—Mi ma´ decía que eso significaba que se iba a recibir dinero. Tal vez debo empezar a hacerlo yo también.

Alan de repente recordó que Thad había añadido algo más, un detalle final.

—Albert..

—Llámeme Fuzzy, jefe. Ya se lo dije.

—Fuzzy, ¿el auto que viste tenía un engomado en la defensa? ¿Notaste tal vez...?

—¿Cómo diablos supo eso? ¿Hay un aviso de alerta para ese motor, jefe? —preguntó Fuzzy ansiosamente.

—No más preguntas, Fuzzy. Es un asunto de la policía. ¿Viste lo que decía?

—Claro que sí —dijo Fuzzy Martín—. Fabuloso hijo de perra, eso es lo que decía. ¿Puede creerlo?

Alan colgó el teléfono con lentitud, creyéndolo, pero diciéndose a sí mismo que eso no probaba nada, nada en absoluto... excepto que posiblemente Thad Beaumont estaba más loco que una cabra. Sería estúpido suponer que lo que Fuzzy había visto probara algo... bueno, que algo sobrenatural, por carecer de una mejor palabra... estaba sucediendo.

Después pensó en las impresiones de voz y las huellas digitales, pensó en los cientos de pájaros que se estrellaron en las ventanas del hospital de Bergenfield, y lo invadió un acceso de escalofríos violentos que persistieron durante casi un minuto completo.

3

Alan Pangborn no era un cobarde, ni un campesino supersticioso quien hacía la señal de mal de ojo a los cuervos y alejaba a las mujeres embarazadas de la leche fresca porque temía que la cuajaran. No era tan burdo, ni susceptible a los halagos de los astutos citadinos que querían vender baratos los puentes famosos; no había nacido ayer. Creía en las explicaciones lógicas y razonables. Por lo tanto, se sacudió la parvada de estremecimientos, colocó su tarjetero frente a él y buscó el número de Thad. Con cierta diversión irónica, observó que el número en la tarjeta y el de su mente concordaban. Aparentemente, el distinguido "escritor" de Castle Rock había permanecido fijo en su mente con más firmeza —en parte de ella, al menos— de lo que había supuesto.

Tiene que haber sido Thad en ese auto. Si eliminas todas las demencias, ¿qué otra alternativa queda? ¿Cómo se llamaba el antiguo programa de concurso de la radio? "Nómbralo y llévatelo":

De hecho, el hospital de Bergenfield fue atacado por gorriones.

Y había otras preguntas, demasiadas.

Thad y su familia estaban bajo la protección de la policía estatal de Maine. Si habían decidido empacar y venir hacia acá para el fin de semana, los chicos estatales le hubiesen llamado, en parte para alertarlo, en parte como un gesto de cortesía. Pero la policía estatal hubiera tratado de disuadir a Thad de hacer ese viaje, ahora que la vigilancia protectora en Ludlow se había vuelto rutinaria. Y si el viaje había sido improvisado, sus esfuerzos porque cambiara de idea habrían sido aún más vigorosos.

También estaba lo que Fuzzy no había visto, es decir, el auto o autos de escolta que se habrían asignado a los Beaumont si hubiesen decidido ponerse los zapatos de viaje de todas formas... como podía ser el caso; después de todo, no eran prisioneros.

Las personas que padecen tumores cerebrales actúan con frecuencia en forma peculiar.

Si ese era el Toronado de Thad, si había ido a la propiedad de Fuzzy a recogerlo y si había estado solo, eso llevaba a una conclusión que resultaba muy desagradable para Alan, porque le había tomado cierto afecto a Thad. La conclusión era que Thad deliberadamente había eludido a su familia y a sus protectores.

Aun así, la policía estatal debió haberme llamado, si ese era el caso. Habrían emitido un boletín de alerta a todos los puntos, y sabían endiabladamente bien que éste es uno de los sitios más probables para que viniera.

Marcó el número de Beaumont. Lo tomaron a la primera llamada. Contestó una voz que no conocía. Lo que significaba que no podía adjudicarle un nombre a la voz. Pero desde la primera sílaba, supo que estaba hablando con un oficial de la ley.

—Hola, residencia Beaumont.

Con cautela. Preparado para meter una cuña de preguntas en la primer ocasión si daba la casualidad de que la voz era la correcta... o la equivocada.

¿Qué ha sucedido, se preguntó Pangborn y enseguida de eso: Están muertos. Quienquiera que sea, asesinó a toda la familia, con la misma rapidez, facilidad y falta de misericordia que mostró con los demás. La protección, los interrogatorios, el equipo de rastreo... todo para nada.

Ni siquiera un indicio de estos pensamientos que sugirió en su voz cuando respondió.

—Soy Alan Pangborn —dijo secamente—. Sheriff del condado de Castle. Buscaba a Thad Beaumont. ¿Con quién hablo? Hubo una pausa. Luego, la voz replicó:

—Soy Steve Harrison, sheriff. Policía estatal de Maine. Iba a llamarlo. Debí hacerlo por lo menos hace una hora. Pero las cosas aquí... las cosas aquí están jodidas hasta la ionosfera. ¿Puedo preguntarle por qué llamó?

Sin pensarlo un solo instante —eso indudablemente hubiese cambiado su respuesta— Alan mintió. Lo hizo sin cuestionarse a sí mismo el motivo para hacerlo. Eso sería más tarde.

—Llamé para preguntar a Thad si había alguna novedad —dijo—. Ya pasó algún tiempo y quería saber cómo estaban. Por lo visto, han tenido problemas.

—Problemas tan grandes que no los creería —dijo Harrison sombrío—. Dos de mis hombres están muertos. Estamos seguros de que Beaumont lo hizo.

Estamos seguros de que Beaumont lo hizo.

La peculiaridad de los actos parece aumentar en relación directa con la inteligencia del hombre o mujer que los padecen.

Alan sintió un déjá vu que no sólo se deslizaba en su mente, sino que marchaba sobre todo su cuerpo como un ejército invasor. Thad, siempre se volvía a Thad. Desde luego. Era inteligente, era peculiar y por propia admisión, estaba sufriendo síntomas que sugerían un tumor cerebral.

El chico no tenía ningún tumor cerebral, sabe.

Si esos exámenes salieron negativos, es porque no hay nada que mostrar.

Olvídate del tumor En los gorriones es en lo que debes pensar ahora, porque los gorriones están volando de nuevo.

—¡¿Qué sucedió?— le preguntó a Harrison.

—¡Casi cortó en pedazos a Tom Chatterton y a Jack Eddigns, eso fue lo que sucedió! —contestó sobresaltando a Alan con la profundidad de su furor—. ¡Tiene a su familia con él, y yo quiero a ese hijo de puta!

—¡¿Qué... cómo se escapó?

—No tengo tiempo para entrar en detalles —dijo Harrison—. Es una jodida historia muy lamentable. Conducía un Chevrolet Suburban, rojo y gris, una maldita ballena sobre ruedas, pero pensamos que la debe haber escondido en algún sitio y cambiado de vehículo. Tiene un lugar de verano ahí. Usted conoce la localidad y la distribución de la casa, ¿correcto?

—Sí —dijo Alan. Su mente corría a toda velocidad. Miró el reloj en la pared y vio que faltaba un minuto para las tres cuarenta. La hora. Todo volvía a la hora. Y se dio cuenta de que no le había preguntado a Fuzzy Martín la hora en que vio salir el Toronado del establo. En ese momento no parecía importante. Ahora lo era—. ¿A qué hora lo perdieron, oficial Harrison?

Pensó que casi podía sentir cómo se enfurecía Harrison con esto, pero cuando contestó lo hizo sin enojo y sin mostrarse a la defensiva.

—Alrededor de las doce treinta. Debe haberle tomado un tiempo el cambiar de autos, si eso fue lo que hizo, y después partió hacia su casa en Ludlow.

—¿Dónde estaba cuando lo perdieron? ¿A qué distancia de su casa?

—Sheriff, me gustaría responder a todas sus preguntas, pero no hay tiempo. El punto es que si se dirige hacia su casa, parece improbable, pero el sujeto está demente, así que nunca se sabe lo que pueda hacer, no habrá llegado todavía, pero pronto llegará. El y toda su familia atrincherada. Sería muy agradable que usted y un par de sus hombres estuviesen ahí para recibirlo. Si surge algún problema, llame por radio a Henry Payton al cuartel general de la policía estatal de Oxford, y le enviaremos más apoyo del que ha visto en toda su vida. No trate de aprehenderlo usted mismo bajo ninguna circunstancia. Suponemos que se llevó a su esposa como rehén, si es que no está muerta, y eso se aplica también a los niños. I —Sí, si él mató a los oficiales en servicio, debe haberse llevado a su esposa por la fuerza, ¿no es

así? —coincidió Alan, y se encontró a sí mismo pensando: Pero si pudieras, los involucrarías en esto, ¿verdad? Porque ya tomaste una determinación y no la vas a cambiar Diablos, hombre, ni siquiera vas a reflexionar directa o indirectamente, hasta que se seque la sangre en tus amigos.

Tenía una docena de preguntas que quería formular, y las respuestas, probablemente, producirían otras cuatro docenas, pero Harrison tenía razón en un punto. No había tiempo.

Titubeó un momento, con un deseo muy profundo de preguntarle a Harrison lo más importante de todo, de plantearle la pregunta del premio mayor: ¿estaba seguro Harrison de que Thad había tenido tiempo para llegar a su casa, matar a los hombres que estaban de guardia, y desaparecer con su familia, todo esto antes de que llegara el primer refuerzo? Pero el planteamiento de esta pregunta sólo ahondaría la penosa herida que Harrison trataba de enfrentar, ya que en el fondo de esa pregunta estaba ese juicio condenatorio, irrefutable. Ustedes lo perdieron. En alguna forma lo perdieron. Tenían que cumplir con una misión y la jodieron.

—¿Puedo contar con usted, sheriff? —preguntó Harrison, y ahora su voz no se percibía enojada, sólo cansada y apresurada, y Alan se apiadó de él.

—Sí. Veré que se cubra el lugar casi de inmediato. —Bien. ¿Y se coordinará con el cuartel de Oxford? —Afirmativo. Henry Payton es amigo mío.

—Beaumont es peligroso, sheriff. Extremadamente peligroso. Si se presenta por ahí, cuídese el trasero.

—Lo haré.

—Y manténgame informado —Harrison cortó la conexión sin despedirse.

4

Su mente —por lo menos la parte que se ocupaba del protocolo— se despertó y empezó a formular preguntas... o trató de hacerlo. Alan decidió que no tenía tiempo para protocolos. En ninguna de sus formas. Sencillamente, se limitaría a dejar abiertos todos los circuitos posibles y procedería. Tenía el presentimiento de que las circunstancias habían llegado a un punto donde, muy pronto, los circuitos empezarían a cerrarse por su propia cuenta.

Al menos llama a algunos de tus hombres.

Pero pensó que tampoco estaba preparado para eso. Norris Ridgewick, que sería a quien llamara, no estaba de servicio y había salido del pueblo. John LaPointe todavía seguía postrado por el envenenamiento por hiedra. Seat Thomas había salido con la patrulla. Andy Clutterbuck estaba aquí, pero Clut era un novato y ésta era una tarea muy desagradable.

Por un tiempo, manejaría el asunto por sí mismo.

¡Estás loco!, le gritó el protocolo en su mente.

—Es posible que me falte poco, ya que estamos en eso —dijo Alan en voz alta. Buscó el número de Albert Martín en el directorio telefónico y lo llamó otra vez para hacerle las preguntas que omitió en la primera ocasión.

5

—¿A qué hora viste salir el Toronado de tu establo, Fuzzy? —preguntó cuando Martín respondió al teléfono, y pensó: No lo va a saber Diablos, ni siquiera estoy seguro de, que sepa leer el reloj.

Pero Fuzzy rápidamente le mostró que era un mentiroso.

—Eran las tres y un pelo de coño, jefe —luego, con una pausa de consideración intermedia, añadió—: disculpe mi lenguaje.

—Sin embargo, no llamaste hasta... —Alan miró la hoja del día, donde, sin pensarlo siquiera, había registrado la llamada de Fuzzy—.

Hasta las tres veintiocho.

—Tuve que pensarlo —dijo Fuzzy—. Un hombre siempre tiene que mirar antes de saltar, jefe, al menos así es como yo lo veo. Antes de llamarlo, fui al establo para ver si el sujeto que sacó el auto no andaba en otras broncas por aquí.

Broncas, pensó Alan, confundido. Probablemente revisaste la paca de hierba en el pajar, ya que estabas en eso, ¿verdad, Fuzzy?

—¿Había estado? —¿Estado qué? —En otras broncas. —No. No lo creo.

—¿En qué condiciones estaba la cerradura? —Abierta —dijo Fuzzy lacónico. —¿Rota?

—No. El candado colgaba del pasador con el brazo abierto. —¿Crees que tuviera llave?

—No sé como podría conseguir una el hijo de puta. Creo que lo abrió con ganzúa.

—¿Iba solo en el auto? —preguntó Alan—. ¿Podrías decirme eso? Fuzzy guardó silencio, pensando.

—No lo podría decir con seguridad —dijo al fin—. Ya sé lo que está pensando, jefe, si pude identificar la matrícula y leer el estúpido engomado, también pude haber distinguido cuántas personas iban dentro. Pero el sol daba en el cristal y tampoco creo que fuera un cristal normal. Pienso que tenía alguna tinta. No mucha, pero sí alguna.

—Bien, Fuzzy. Gracias. Lo investigaré.

—Bueno, ya se fue de aquí —dijo Fuzzy, y luego añadió en un brillante flamazo de deducción—: pero tiene que estar en alguna parte—Eso es muy cierto —dijo Alan. Prometió contarle a Fuzzy "cómo se resolvía todo", y colgó. Se

levantó del escritorio y miró el reloj. Tres, había dicho Fuzzy. Apenas el pelo de un coño después de las tres. Disculpe mi lenguaje.

Alan pensaba que era casi imposible que Thad pudiese haber llegado de Ludlow a Castle Rock en tres horas, a no ser que viajara en un cohete, y menos con una escala en su casa, por añadidura. Una pequeña escala en la cual, incidentalmente, habían secuestrado a su esposa e hijos, y matado a dos patrulleros estatales. Tal vez si hubiese ido directamente desde Ludlow, ¿pero venir desde otra parte, detenerse en Ludlow, y después llegar aquí a tiempo para abrir un candado y huir en un Toronado, que por casualidad tenía convenientemente escondido en el establo de Fuzzy Martín? Imposible.

¿Pero supongamos que otra persona había asesinado a los patrulleros en la casa de los Beaumont y secuestrado a la familia de Thad? ¿Alguien que no tenía que complicarse la vida sacudiéndose la escolta de la policía, cambiando vehículos y haciendo escalas? ¿Alguien que, sencillamente, había metido a Liz Beaumont y sus gemelos en un automóvil y se había dirigido hacia Castle Rock? Alan pensaba que entonces sí hubiesen llegado a tiempo para que Fuzzy Martín los viese un poco después de las tres. Lo podrían haber hecho sin siquiera perder el aliento.

La policía —léase el oficial Harrison, al menos por ahora— pensaba que tenía que ser Thad; pero Harrison y sus compadres* no sabían nada acerca del Toronado.

Matrícula de Mississippi, había dicho Fuzzy.

Mississippi era el estado de residencia de George Stark, según la biografía ficticia que había creado Thad. Si Thad estaba tan esquizofrénico como para pensar que era Stark, por lo menos parte del tiempo, se podía muy bien haber conseguido un Toronado negro para aumentar la ilusión, o fantasía, o lo que fuese... pero para obtener la matrícula no sólo hubiese tenido que visitar Mississippi, sino probar su residencia ahí.

Eso es una tontería. Podía haberse robado unas matrículas de Mississippi. O pudo comprar un juego antiguo. Fuzzy no dijo nada acerca del año de los marbetes; de todos modos, probablemente no podía distinguirlos desde la casa, ni siquiera con los binoculares.

Pero el auto no era de Thad. No podía serlo. Liz lo hubiera sabido, ¿no es cierto?

Tal vez no. Si él está lo suficientemente loco, tal vez no.

También estaba la puerta cerrada. ¿Cómo pudo Thad entrar al establo sin romper el candado? El era escritor y profesor, no asaltante.

Un duplicado de la llave, susurró su mente, pero Alan no lo creía.

Si Fuzzy de vez en cuando guardaba ese disparatado tabaco ahí, era de pensarse que tendría mucho cuidado con sus llaves, independientemente de lo descuidado que fuese con las colillas de cigarrillos.

Y una pregunta final, la decisiva: ¿Cómo era posible que Fuzzy nunca hubiese visto el Toronado negro antes, si había estado en el establo todo el tiempo? ¿Cómo se podía explicar eso?

Prueba esto, susurró una voz en la parte de atrás de su mente, mientras tomaba su sombrero y salía de la oficina. Es una idea muy graciosa, Alan. Te reirás. Te reirás como demonio. Vamos a suponer que Thad estuvo en lo cierto desde el principio. Supongamos que realmente hay un monstruo llamado George Stark rondando por ahí... y los elementos de su vida, los elementos que creó Thad, se materializan cuando los necesita. Cuando los necesita, pero no siempre donde los necesita. Siempre tienen que surgir en lugares conectados con el principal creador de la vida. Por tanto, Stark tendría que sacar su auto del mismo sitio en que Thad guarda el suyo, igual que tuvo que empezar desde la tumba donde Thad lo enterró simbólicamente. ¿No te encanta? ¿No es una maravilla?

No le encantó. No era una maravilla. Ni siquiera era gracioso. No sólo trazaba un horrible tachón sobre todo lo que creía, sino también sobre la forma en que se le había enseñado a pensar.

Recordó algo que Thad había dicho. No sé quién soy cuando estoy escribiendo. No eran las palabras exactas, pero se aproximaban mucho. Y lo más sorprendente es que nunca se me ocurrió preguntármelo hasta hoy.

—Usted era él, ¿verdad? —dijo Alan en voz baja—. Usted era él y él era usted, y esa es la forma en que se creó el asesino, para no andarnos con rodeos.

Se estremeció y Sheila levantó los ojos de la máquina de escribir en el escenario del despachador a tiempo para verlo.

—Hace demasiado calor para eso, Alan. Tal vez vas a pescar un resfriado.

—Me imagino que voy a pescar algo —dijo Alan—. Cubre el teléfono, Sheila. Transmite todo lo pequeño a Seat Thomas. Todo lo grande a mí. ¿Dónde está Clut?

—¡Aquí estoy! —la voz de Clut salió del baño.

—¡Espero estar de regreso en cuarenta y cinco minutos más o menos!—le gritó Alan—. ¡Ocúpate del escritorio hasta que vuelva!

—¿A dónde vas, Alan? —Clut salió del baño de hombres, metiéndose en los pantalones la camisa caqui.

—Al lago—respondió Alan vagamente, y salió antes de que Clut o Sheila pudieran hacerle más preguntas... o antes de que pudiera reflexionar en lo que estaba haciendo. El salir en una situación como ésta sin dejar un destino establecido era una pésima idea. Se estaba buscando algo más que problemas; se estaba buscando que lo mataran.

Pero lo que estaba pensando...

(los gorriones están volando)

no podía ser cierto, sencillamente. No podía. Tenía que haber una explicación más razonable.

** En español en el original. (N. de la T)*

Aún seguía tratando de convencerse a sí mismo de esto, mientras salía del pueblo en la patrulla hacia el problema más grave de su vida.

6

En la Ruta 5, más o menos a un kilómetro de distancia de la propiedad de Fuzzy Martín, había un área de descanso. Alan entró en ella, operando con base en algo que era medio corazonada y medio capricho. La parte de la corazonada era muy sencilla: Toronado negro o no Toronado negro, no habían llegado aquí desde Ludlow en una alfombra mágica. Necesariamente, habían viajado en automóvil, lo que significaba que, en alguna parte, estaba escondido un vehículo. El hombre a quien estaba cazando había abandonado la vagoneta de Homer Gamache en un área de estacionamiento a un lado de la carretera cuando ya no la necesitó; y lo que un asesino hace una vez, es muy probable que lo repita.

En el retorno, estaban estacionados tres vehículos: un camión de cerveza, un Ford Escort nuevo y un Volvo cubierto de polvo del camino.

Cuando bajó de la patrulla, un hombre en uniforme de faena verde salió del baño público y caminó hacia la cabina del camión de cerveza. Era de baja estatura, cabello oscuro, estrecho de hombros. Ningún George Stark aquí.

—Oficial —dijo y saludó a Alan. Alan le hizo un gesto de reconocimiento y caminó hacia donde estaban sentadas tres damas de edad, en una de las mesas para días de campo, tomando café de un termo y conversando.

—Hola, oficial —dijo una de ellas—. ¿Podemos hacer algo por usted?

¿O tal vez nosotros hicimos algo incorrecto?, preguntaron los ojos momentáneamente ansiosos.

—Sólo quisiera saber si el Ford y el Volvo que están ahí les pertenecen a ustedes —dijo Alan.

—El Ford es mío —dijo una segunda dama—. Todas vinimos en él. No sé nada del Volvo. ¿Otra vez está vencido el engomado? Se supone que mi hijo se ocupa del engomado, ¡pero es tan olvidadizo! Tiene cuarenta y tres años, y todavía tengo que decirle to...

—El engomado está bien, señora —dijo con su mejor sonrisa del policía es tu amigo—. ¿De casualidad alguna de ustedes vio llegar al Volvo?

Movieron negativamente las cabezas.

—¿Durante los últimos minutos han visto a alguien a quien pudiera pertenecer?

—No —dijo la tercera dama. Miró a Alan con pequeños ojos brillantes de ratón—. ¿Está siguiendo una pista, sheriff?

—¡.Perdón, señora?

—Quiero decir, buscando a un criminal.

—Oh —dijo Alan; sintió un momento de irrealidad. ¿Qué estaba haciendo aquí exactamente? ¿Qué era lo que pensaba exactamente al llegar aquí?—. No, señora. Sólo que me gustan los Volvos —vaya, eso sonó inteligente. Sonó... jodidamente... sagaz.

—Mh —dijo la primera dama—. Bien, no hemos visto a nadie. ¿Quiere una taza de café, oficial? Creo que aún nos queda una buena.

—No, gracias —dijo Alan—. Que pasen un buen día, señoras.

—Usted también, oficial —respondieron en coro dentro de una armonía casi perfecta. Esto hizo que Alan se sintiera más irreal que nunca.

Caminó de regreso al Volvo. Intentó abrir la puerta del lado del conductor. Se abrió. El interior del auto daba la sensación de un desván ardiente. Llevaba un buen tiempo estacionado ahí. Miró la parte posterior y vio un paquete, un poco más grande que un sobre de edulcorante Sweet n Low, en el piso. Se inclinó entre los asientos y lo recogió.

Toallita húmeda, decía la envoltura, y sintió que alguien le dejaba caer una bola de boliche en el estómago.

Eso no significa nada, dijeron a la vez las voces del protocolo y la razón. Al menos, no necesariamente. Ya sé lo que estás pensando; estás pensando en bebés. Pero, Alar, estas cosas las regalan en los puestos a los lados de la carretera cuando compras pollo frito, por amor de Dios.

De todos modos...

Alan guardó la envoltura en uno de los bolsillos de la camisa del uniforme y salió del auto. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando se inclinó otra vez. Trató de mirar bajo el tablero, y no pudo hacerlo de pie. Tuvo que ponerse de rodillas.

Alguien dejó caer otra bola de boliche. Emitió un sonido apagado, el sonido de un hombre a quien se ha golpeado duramente.

Los alambres de la ignición estaban colgando, las almas de cobre desnudas y ligeramente enroscadas. Alan sabía que la enroscadura se debía a que habían sido trenzadas juntas. El Volvo era robado, y con mucha eficiencia, por lo que se veía. El conductor había tomado los alambres por encima de las almas descubiertas, y los había separado para detener el motor al estacionarse.

Así que era verdad... en parte, por lo menos. El gran interrogar, e era la dimensión de esa parte. Empezaba a sentirse como un hombre que se aproxima cada vez más a una caída potencialmente fatal.

Volvió a la patrulla, se subió, encendió el motor, y quitó el micrófono de su soporte.

¿Qué es verdad?, susurraron protocolo y razón. Dios, era i la voz enloquecedora. ¿Que alguien está en la casa del lago de Beaumont? SI eso puede ser cierto. ¿Que alguien llamado George Stark sacó ese Toronado negro del establo

de Fuzzy Martín? Vamos, Alan.

Dos pensamientos se le ocurrieron simultáneamente. El primero era que, si se ponía en contacto con Henry Payton en el cuartel general de la policía estatal en Oxford, como le había pedido Harrison que lo hiciera, nunca sabría el resultado de todo esto. Lake Lane, donde se ubicaba la casa de verano de los Beaumont, era un punto muerto. La policía estatal le diría que no se acercara a la casa por su cuenta, ni un solo oficial cuando sospechaban que el hombre que retenía a Liz y los gemelos era responsable, por lo menos, de una docena de asesinatos. Le dirían que bloqueara el camino y nada más, mientras enviaban una flota de patrullas, tal vez un helicóptero, y por lo que Alan sabía, unos cuantos barcos de guerra y aviones de combate.

El segundo pensamiento fue acerca de Stark.

Ellos no estaban pensando en Stark; ellos ni siquiera sabían acerca de Stark.

¿Pero si Stark era real?

Si ese era el caso, Alan pensaba que el enviar a un grupo de policías estatales que no estaban enterados a Lake Lane, sería como hacer marchar a los hombres hacia un molino de carne.

Volvió a colocar el micrófono en el soporte. El iría, e iría solo. Probablemente era un error, pero eso era lo que iba a hacer. Podría vivir con el recuerdo de su propia estupidez; Dios sabía que lo había hecho antes. Con lo que no podría vivir sería con la posibilidad incluso de que podría haber causado la muerte de una mujer y dos infantes al hacer una llamada por radio, pidiendo refuerzos antes de conocer la naturaleza real de la situación.

Alan salió del área de descanso y se dirigió hacia Lake Lane.

XXIV
La llegada de los gorriones

1

Thad quiso evitar la autopista de peaje en el recorrido (Stark le había dado instrucciones a Liz de que la usara, reduciendo el tiempo de viaje en media hora), y por tanto, tenía que cruzar por Lewiston Auburn u Oxford. L A., como lo llamaban los residentes, era un área metropolitana mucho más grande... pero el cuartel general de la policía estatal estaba en Oxford.

Eligió Lewiston—Auburn.

Cuando esperaba en un semáforo en Auburn y comprobaba constantemente en el espejo retrovisor si había alguna patrulla a la vista, le llegó de nuevo la idea que lo había asaltado claramente mientras hablaba con Rawlie en el depósito de chatarra. Esta vez no era sólo un cosquilleo; era algo semejante a un fuerte golpe con la mano abierta.

Yo soy el que sabe. Me pertenecen a mí. Yo soy quien los convoca. En este caso, estamos tratando con magia, pensó Thad, y cualquier mago que se respete debe tener una varita mágica. Eso todo el mundo lo sabe. Por fortuna, yo sé dónde se puede adquirir ese objeto. De hecho, sé dónde los venden por docenas.

La papelería más cercana estaba en la calle Court, y Thad se desvió en esa dirección. Tenía la certeza de que había lápices Berol negros en la casa de Castle Rock, y además estaba seguro de que Stark habría llevado su propia provisión; pero no quería ninguno de esos. Quería lápices que Stark nunca hubiera tocado, ya fuese como parte de Thad, o como una entidad separada.

Thad encontró un espacio para estacionarse a media calle de la papelería, apagó el motor del vw de Rawlie (el cual murió penosamente, c i un jadeo y varios resoplidos explosivos), y se bajó. Era agradable alejarse del fantasma de la pipa de Rawlie y respirar aire puro un rato.

En la papelería compró una caja de lápices Berol negros. Cuando Thad le preguntó al dependiente si podía usar el sacapuntas fijo en la pared, éste le respondió que estaba a su disposición. Sacó punta á seis de los lápices. Se los colocó en la bolsa del pecho, alineándolos de lado a lado. Las puntas sobresalían como cabezas nucleares de pequeños misiles mortales.

Presto y abracadabra, pensó. ¡Que empiece la diversión!

Caminó hasta el automóvil de Rawlie, se subió y permaneció ahí sentado durante un momento, transpirando en el calor y cantando en voz baja "John Wesley Harding." Recordaba casi todas las palabras. Realmente era asombroso lo que podía hacer la mente humana cuando se hallaba bajo presión.

Esto podía ser muy, muy peligroso, pensó. Se dio cuenta de que su mayor preocupación no era por él mismo. Después de todo, él había traído a Stark al mundo y eso lo convertía en el responsable de lo ocurrido. Y decididamente, no le parecía nada justo; no había creado a George Stark con un propósito perverso. No se veía a sí mismo como uno de esos infames doctores, los señores Jekyll y Frankenstein, a pesar de lo que pudiera estarles sucediendo a su esposa e hijos. No se había propuesto escribir una serie de novelas que le redituaran una gran cantidad de dinero y, ciertamente, nunca había pensado en crear un monstruo. Unicamente había tratado de encontrar la forma de eludir el bloqueo que le obstruía el camino. Unicamente había querido encontrar la forma de escribir otra buena historia, por lo gratificante que resultaba.

Y más bien, había contraído alguna clase de enfermedad sobrenatural. Y hay enfermedades, muchas de ellas, que se hospedan en personas que no han hecho nada para merecerlas, cosas curiosas como parálisis cerebral, distrofia muscular, epilepsia, mal de Alzheimer, pero una vez que te afectan, no te queda más que enfrentarlas. ¿Cómo se llamaba aquel antiguo programa de concurso de la radio? ¿Nómbralo y llévatelo?

Sin embargo, esto también podía ser muy peligroso para Liz y los bebés, insistía su mente con bastante razón.

Sí, la cirugía de cerebro también podía ser peligrosa... pero si tenías un tumor que se estaba desarrollando ahí, ¿qué elección te quedaba?

Estará mirando. Atisbando. Los lápices están bien; incluso se puede sentir halagado. Pero si percibe que tu plan tiene que ver con ellos, o si descubre el señuelo de pájaros.. si se imagina lo de los gorriones.. diablos, si adivina siquiera que hay algo que adivinar... estás metido en la mierda hasta el cuello.

Pero podría funcionar, susurraba otra parte de su mente. Maldita sea, sabes que podría funcionar.

Sí. Sí lo sabía. Y porque la parte más profunda de su mente insistía en que realmente era lo único que se podía hacer, o intentar al menos, Thad echó a andar el vw y se enfiló hacia Castle Rock.

Quince minutos más tarde, ya había dejado Auburn atrás y se encontraba de nuevo en el campo, dirigiéndose al oeste hacia la región de los lagos.

2

Durante los últimos sesenta kilómetros de viaje, Stark habló sin cesar sobre Máquina de acero, el libro en el cual iban a colaborar él y Thad. Ayudó a Liz con los niños —manteniendo siempre una mano libre y cerca de la pistola que

llevaba metida en el cinturón como medio de convencimiento— mientras ella abría la casa de verano y lo dejaba entrar. Liz había alimentado la esperanza de encontrar automóviles estacionados al menos en algunas de las avenidas que conducían a Lake Lane, o escuchar sonidos de voces o de sierras de cadena, pero sólo se oía el zumbido somnoliento de los insectos y el poderoso retumbo del Toronado. Parecía que el hijo de puta tenía la suerte del mismo demonio.

Stark siguió hablando todo el tiempo que estuvieron sacando las cosas del automóvil para meterlas a la casa. Ni siquiera cerró la boca mientras usaba la navaja para amputar todas, excepto una, de las conexiones del teléfono. Y el libro sonaba bien. Esa era la parte realmente aterradora. El libro sonaba muy bien, en efecto. Sonaba como si pudiera ser tan exitoso como *A la manera de Machine*, más exitoso incluso.

—Tengo que ir al baño —dijo Liz cuando estuvo dentro el equipaje, interrumpiéndolo a mitad del torrente.

—Está bien —dijo tranquilamente, volviéndose para mirarla. Al llegar a la casa se había quitado las gafas, y ahora Liz tuvo que voltear la cabeza para no verlo. Esa mirada violenta y carcomida era más de lo que podía soportar—. Iré contigo.

—Me gusta un poco de privacía en mis intimidades. ¿A ti no?

—Me da lo mismo una forma que otra —dijo Stark con alegría serena. Había conservado ese ánimo desde que salieron de la autopista de Gates Falls, tenía el aire inconfundible de un hombre que sabe que todo saldrá como lo desea.

—Pero a mí sí me importa —dijo como si hablara con un niño particularmente obtuso. Sintió que los dedos se le enroscaban en garras. En su imaginación, de repente arrancaba de las cuencas flojas esos globos oculares fijos... y cuando se atrevió a mirarlo y vio su rostro divertido, se dio cuenta de que él sabía lo que pensaba y sentía.

—Me quedaré en el umbral —dijo con humildad burlona—. Seré buen chico. No atisbaré.

Los bebés gateaban atareados alrededor del tapete de la sala. Estaba alegres, bulliciosos, llenos de energía. Parecían estar encantados aquí, donde sólo habían estado una vez, durante un largo fin de semana en invierno.

—No se les puede dejar solos —dijo—. El cuarto de baño está junto al dormitorio principal. Si los dejamos aquí, se meterán en problemas.

—No te preocupes, Beth —dijo Stark, y los cargó sin ningún esfuerzo, uno debajo de cada brazo. Esta misma mañana, Liz hubiese creído que si cualquier otra persona que no fuese ella o Thad hiciera algo así, William y Wendy se hubiesen desgañitado a gritos. Pero cuando Stark lo hizo rieron alegremente, como si fuese la cosa más graciosa bajo el sol—. Los llevaré al dormitorio y los cuidaré en tu lugar —se dio vuelta y la observó con un instante de frialdad—. Y tendré mucho cuidado con ellos. No quisiera que les pasara nada, Beth. Me agradan. Si algo les llega a suceder, no será por mi culpa.

Liz entró al cuarto de baño y él se quedó en la puerta, de espaldas a ella, como lo había prometido, observando a los gemelos. Cuando se levantó la falda, se bajó las pantaletas y se sentó, esperaba que él cumpliera con su palabra. Si se daba vuelta y la veía sentada en el excusado no se moriría, pero si descubría las tijeras ocultas en su ropa interior, tal vez sí perdería la vida.

Y como de costumbre cuando tenía prisa, su vejiga se cerró obstinadamente. Vamos, vamos, pensó con una mezcla de temor e irritación. ¿Qué pasa, piensas que vas a ganar intereses sobre lo que tienes guardado?

Al fin. Alivio.

—Pero cuando tratan de salir del establo —estaba diciendo Stark—.Machine enciende la gasolina que derramaron por la noche en la zanja que lo rodea. ¿No será grandioso? Ahí hay material para una película, también, Beth, a los asnos que hacen películas les encantan los incendios.

Liz usó el papel higiénico y se subió cuidadosamente las pantaletas. Mantuvo los ojos pegados a la espalda de Stark mientras se arreglaba la ropa, rogando que no se diese vuelta. No lo hizo. Estaba profundamente absorto en su propia historia.

—Westerman y Jack Rangely se agachan dentro, planeando utilizar el auto para cruzar por el fuego. Pero Ellington se aterroriza, y...

Se calló repentinamente, la cabeza ladeada. Luego se volvió hacia ella, justo cuando se estiraba la falda.

—Fuera —dijo con brusquedad, y su voz había perdido todo el buen humor—. Sal de ahí, carajo, ahora mismo.

—¿Qué...?

La tomó del brazo con fuerza y tiró de ella hasta el dormitorio.

Entró al cuarto de baño y abrió el gabinete de medicinas.

—Tenemos compañía y es demasiado temprano para que sea Thad. —Yo no...

—Motor de auto —dijo terminante—. Un motor potente. Podría ser un interceptor de la policía. ¿Lo oyes?

Stark cerró de golpe el gabinete de medicinas y abrió bruscamente el cajón a la derecha del lavabo. Encontró un rollo de cinta adhesiva y sacó el anillo de estaño de la rosquilla.

Liz no oía nada y así se lo dijo.

—Está bien —dijo Stark—. Yo puedo oír por ambos. Las manos detrás de ti.

—¿Qué vas a...?

—¡Cállate y pon las manos atrás!

Liz obedeció, sus muñecas quedaron atadas inmediatamente.

Entrecruzó la cinta, atrás y adelante, atrás y adelante, en estrechas figuras de ochos.

—Se paró el motor —dijo—. Tal vez doscientos metros arriba de la carretera. Alguien está tratando de pasarse de listo.

Liz pensó que posiblemente había oído un motor en el último minuto, pero pudo haber sido sugestión. Sabía que no habría escuchado nada aunque estuviese oyendo con toda atención. Dios mío, qué agudos eran los oídos de Stark.

—Tengo que cortar esta cinta —dijo—. Perdóname si me entrometo en tu intimidad por un segundo o dos, Beth. No hay tiempo para cortesías.

Y antes de que Liz supiera lo que él estaba haciendo, metió la mano por el frente de su falda. Un momento después, sacó las tijeras. Ni siquiera le rozó la piel con los alfileres.

La miró a los ojos por unos instantes mientras extendía la mano por detrás de ella y utilizaba las tijeras para cortar la cinta. Nuevamente parecía divertido.

—Las viste —dijo sombría—. Viste el bulto después de todo.

—¿Las tijeras? —Stark se rió—. Las vi, pero no el bulto. Las vi en tus ojos, querida Bethie. Las vi desde Ludlow. Supe que las tenías ahí en el minuto en que bajaste las escaleras.

Se arrodilló frente a ella con la cinta, absurda y amenazadoramente, como un pretendiente que propone matrimonio. La miró desde esa postura.

—No se te ocurran ideas acerca de patearme o algo así, Beth. No estoy seguro, pero creo que es un polizonte. Y no tengo tiempo para jugar a los malditos escarceos contigo, por más que me gustaría. Así que estate quieta.

—Los bebés...

—Voy a cerrar las puertas —dijo Stark—. No tienen la suficiente altura para alcanzar las perillas, ni siquiera cuando se ponen de pie. Es posible que se coman unas cuantas motas de polvo debajo de la cama, pero creo que ése es el peor problema en que se pueden meter. Volveré pronto.

Ahora la cinta tejía figuras de ochos alrededor de sus tobillos. Stark la cortó y se puso de pie.

—Pórtate bien, Beth. No te arriesgues a perder tus ideas felices. Haré que pagues una cosa así... pero primero te obligaré a que observes cómo la pagan ellos.

Enseguida, cerró la puerta del cuarto de baño, la puerta del dormitorio, y desapareció. Actuó con la velocidad con que un buen mago ejecuta un truco.

Liz pensó en la 22 que estaba guardada en el cobertizo del equipo. ¿Había balas también? Estaba casi segura que sí. Media caja de Winchester 22, en un estante alto.

Liz empezó a torcer las muñecas de un lado a otro. Había entrelazado la cinta muy artificiosamente y durante un rato no estuvo segura de poder aflojarla siquiera, y menos aún de soltarse las manos.

En eso sintió que empezaba a ceder un poco y siguió torciendo las muñecas de un lado a otro, más aprisa, jadeante.

William gateó hasta ella, colocó las manos en la pierna de Liz y la miró con expresión interrogante.

—Todo va a salir bien —dijo, y le sonrió.

William correspondió a la sonrisa y se alejó gateando, en busca de su hermana. Liz sacudió hacia atrás la cabeza para quitarse de los ojos un sudoroso mechón de cabello, y volvió a girar las muñecas de un lado a otro, de un lado a otro, de un lado a otro.

3

Por lo que Alan Pangborn podía observar, Lake Lane estaba completamente desierto... al menos, estaba completamente desierto hasta donde se atrevió a llegar con el auto, es decir, hasta la sexta entrada a lo largo de la carretera. Pensaba que podría haberse aproximado más sin ningún peligro. Desde esta distancia no había forma de que se oyera el motor del auto en la casa de los Beaumont, no con las dos colinas de por medio, pero era mejor actuar con cautela. Condujo hasta la cabaña con estructura en A que pertenecía a la familia Williams, veraneantes de Lynn, Massachusetts; se estacionó en una alfombra de hojas bajo un viejo pino canoso, apagó el motor y se bajó.

Miró hacia arriba y vio los gorriones.

Estaban posados en el tejado de la casa de los Williams. Se asentaban en las ramas altas de los árboles que la rodeaban. Se encaramaban en las rocas junto a la orilla del lago; aleteaban buscando lugar en el muelle de los Williams; y eran tantos que cubrían totalmente la madera. Había cientos y cientos de ellos.

Y guardaban un silencio absoluto, se limitaban a mirarlo con diminutos ojos negros.

—Jesús —murmuró.

Se escuchaba el canto de los grillos en las hierbas altas que crecían junto a los cimientos de la casa de los Williams, la suave lengüetada del lago contra la parte permanente del muelle y el zumbido de un avión que cruzaba en dirección oeste, hacia Nueva Hampshire. Aparte de esto, todo estaba en silencio. Ni siquiera se oía el áspero rumor de un motor fuera de borda en el lago.

Sólo esos pájaros.

Todos esos pájaros.

Alan sintió que un temor profundo y vítreo se deslizaba por sus huesos. Había visto parvadas de gorriones en la primavera o el otoño, en ocasiones cien o doscientos a la vez, pero en toda su vida nunca había presenciado algo como esto.

¿Vienen por Thad... o por Stark?

Volvió la mirada hacia el micrófono de la radio, preguntándose si debía llamar después de todo. Esto era demasiado misterioso, demasiado incontrolable.

¿Qué sucedería si todos volaran a la vez? Si él está ahí y es tan sagaz como dice Thad, lo oirá de inmediato. Lo oirá perfectamente bien.

Empezó a caminar. Los gorriones no se movieron... pero apareció una nueva parvada y se asentó en los árboles. Ahora lo rodeaban por todos lados, contemplándolo como un jurado inflexible que observa a un criminal en el banquillo de los acusados. Excepto la parte de atrás del camino. Los bosques que bordeaban Lake Lane todavía estaban libres.

Decidió internarse por ese camino.

Lo asaltó el pensamiento consternante, muy cercano a la premonición, de que éste podría ser el error más grande de su vida profesional.

Sólo voy a explorar el terreno, pensó. Si los pájaros no vuelan y no parece que quieran hacerlo— todo estará bien. Puedo subir por esta avenida, cruzar el camino y bajar por los bosques hasta la casa de Beaumont. Si el Toronado está ahí, lo podré ver Si lo veo, tal vez también lo vea a él. Y en ese caso, por lo menos sabré a qué me enfrento. Sabré si es Thad... u otra persona.

Un pensamiento más le daba vueltas en la mente. Uno que Alan apenas se atrevía a enfocar, ya que el sólo pensarlo podría traerle mala suerte. Si veía al dueño del Toronado negro, posiblemente podría dispararle. Tal vez podría derribar al bastardo y ponerle fin a todo esto. Si las cosas resultaban así, se llevaría un fuerte regaño de la policía estatal por contravenir órdenes específicas... pero Liz y los niños estarían a salvo, y de momento eso era todo lo que le interesaba.

Más gorriones se posaron silenciosamente. Estaban alfombrando la superficie de asfalto de la entrada de los Williams, de abajo hacia arriba. Uno aterrizó a menos de metro y medio de las botas de Alan. Instintivamente, hizo el intento de alejarlo con el pie y de inmediato lo lamentó, temiendo que el ave —y toda la monstruosa parvada con ella— alzara el vuelo hacia los cielos.

El gorrión dio unos saltos. Eso fue todo.

Otro gorrión se posó en el hombro de Alan. No lo podía creer, pero ahí estaba. Cuando trató de quitárselo, le brincó a la mano. Bajó el pico, como si se propusiera picarle la palma... luego se detuvo. Con el corazón palpitándole con fuerza, Alan descendió la mano. El pájaro saltó desde ella, movió las alas una vez y se posó en el camino con sus compañeros. Miró a Alan con los ojos vacíos y brillantes.

Atan tragó saliva. Su garganta emitió un click audible.

—¿Qué son ustedes? —murmuró—. ¿Qué jodidos son ustedes?

Los gorriones sólo lo miraban. Y ahora cada pino y cada arce que podía ver en este lado del lago Castle, parecía estar lleno de pájaros. Oyó que en alguna parte crujía una rama bajo el peso acumulado.

Sus huesos están huecos, pensó.. No pesan casi nada. ¿Cuántos se necesitan para romper una rama?

No lo sabía. Ni quería saberlo.

Alan soltó la correa que sujetaba la culata de su 38 y retrocedió por el empinado declive de la entrada de los Williams, alejándose de los gorriones. Cuando llegó a Lake Lane, el cual no era más que una angosta vereda sucia con una cinta de pasto que crecía entre las rodadas de autos, el sudor le cubría el rostro y la camisa se le pegaba húmeda a la espalda. Miró a su alrededor. Pudo ver a los gorriones atrás del camino que había tomado —ahora también estaban sobre el techo de la patrulla, encaramados en la capota y el portaequipajes y la torreta de luces— pero aquí no había ninguno.

Pareciera, pensó, que no quieren acercarse demasiado... al menos, no todavía. Como si ésta fuera su área de escenificación.

Examinó ambos lados de la vereda desde lo que esperaba fuese un lugar oculto, detrás de un alto arbusto de zumaque. Ni un alma a la vista, sólo los gorriones y todos estaban en la pendiente donde se alzaba la estructura en A de los Williams. Ni un sonido, excepto los grillos y un par de mosquitos que zumbaban alrededor de su rostro.

Bien.

Alan cruzó la carretera como un soldado en territorio enemigo, la cabeza baja entre los hombros encorvados, saltó la zanja llena de rocas y hierbas en el otro extremo y desapareció en el bosque. Una vez oculto, se concentró en descender hasta la casa de verano de los Beaumont tan rápida y silenciosamente como pudiera.

4

El lado oriente del lago Castle quedaba en el fondo de una colina alta y empinada. Lake Lane se situaba a la mitad de esa pendiente y la mayoría de las casas estaban tan por debajo de Lake Lane que Alan sólo podía ver los tejados desde su posición en la colina, a unos veinte metros de la carretera. En algunos casos se ocultaban a su vista por completo. Pero podía ver la carretera y los caminos que se desprendían de ella. Y mientras no perdiera cuenta de eso estaría bien.

Se detuvo cuando llegó al quinto cruce después de la casa de los Williams. Volteó hacia atrás para verificar si los gorriones lo seguían. La idea era extraña, pero de algún modo inevitable. No encontró ninguna seña de ellos y se le ocurrió que tal vez su mente sobrecargada había imaginado todo el asunto.

Olvídalo, pensó. No lo imaginaste. Estaban allá atrás... y allá siguen estando.

Miró la entrada de los Beaumont, pero no vio nada desde su posición. Empezó a descender, agazapado, moviéndose lentamente. Se movía en silencio, y estaba a punto de felicitarse por este hecho cuando George Stark le puso una pistola

en la oreja izquierda y dijo:

—Si te mueves, compañero, la mayor parte de tus sesos aterrizará en tu hombro derecho.

5

Volvió la cabeza lenta, lenta, lentamente.

Lo que vio casi hizo que deseara haber nacido ciego.

—Me imagino que nunca me querrán para la portada de GQ, ¿verdad? —preguntó Stark.. Estaba sonriendo. La sonrisa mostraba más de sus dientes y encías (y los agujeros vacíos donde habían estado otros dientes) de lo que se esperaría de la sonrisa más amplia. El rostro estaba cubierto con llagas y la piel parecía estarse desprendiendo de los tejidos subyacentes. Pero eso no era todo el problema, no fue eso lo que ocasionó que el vientre de Alan hirviera con horror y repugnancia. En la estructura del rostro del hombre se percibía algo anormal. No sólo parecía que se estuviese desmoronando, sino sufriendo una mutación horrible.

En cualquier forma, ya sabía quién era el hombre con la pistola.

El cabello, sin vida, como una antigua peluca pegada a la cabeza de paja de un espantapájaros, era rubio. Los hombros casi tan anchos como los de un jugador de fútbol con las hombreras puestas. Permanecía de pie con una especie de gracia arrogante e impalpable aun cuando no se movía, y miraba a Alan con expresión de buen humor.

Era el hombre que no podía existir, que nunca había existido.

Era el señor George Stark, ese fabuloso hijo de perra de Oxford, Mississippi.

Todo era cierto.

—Bienvenido al festival, pedazo de asno —dijo Stark tranquilamente—. Te mueves bastante bien para ser un hombre tan robusto. Casi te perdí al principio, y eso que te estaba buscando. Vamos a la casa. Quiero presentarte con la mujercita. Y si haces un solo movimiento equivocado, morirás de inmediato y también ella, lo mismo que esos niños tan lindos. Yo no tengo nada que perder en todo el ancho mundo. ¿Lo crees?

Stark le sonrió con ese rostro deforme, horriblemente desfigurado. Los grillos seguían cantando en el pasto. En el lago, un somorgujo lanzó al aire su grito dulce y penetrante. Alan deseaba de todo corazón ser ese pájaro, ya que al mirar los globos oculares de Stark fijos en él, sólo vio en ellos otra cosa aparte de la muerte... y esa cosa era la nada absoluta.

Con una claridad repentina y perfecta comprendió que nunca volvería a ver a su esposa e hijos. —

—Lo creo —dijo.

—Manda la pistola a los infiernos y vámonos.

Alan obedeció. Con Stark detrás, ambos descendieron a la carretera. La cruzaron y bajaron por la cuesta de la entrada de los Beaumont hacia la casa. Sobresalía de la falda de la colina sobre pesados pilotes de madera, casi como una casa de playa en Malibú. Hasta donde Alan podía ver, no había gorriones en los alrededores. Ni uno solo.

El Toronado estaba estacionado junto a la puerta, una tarántula negra y reluciente bajo los últimos rayos vespertinos del sol. Parecía una bala gigantesca. Alan leyó el engomado en la defensa con una frágil sensación de asombro. Sentía todas sus emociones extrañamente apagadas, extrañamente etéreas, como si todo fuese un sueño del cual despertaría muy pronto.

No debes pensar así, se advirtió a sí mismo. Esos pensamientos te conducirán a la muerte.

Eso fue casi gracioso, ¿acaso no era ya un hombre muerto? Ahí había estado, deslizándose hacia lo alto de la entrada de los Beaumont, proponiéndose atisbar furtivamente el otro lado de la carretera como Toro, el compañero del Llanero Solitario, dando un buen vistazo alrededor, dándose una idea de cómo estaban las cosas, Kemo Sabe... y Stark sencillamente le había colocado un revólver en la oreja, le había ordenado que soltara su pistola y ahí se acabó el juego.

No lo oí, ni siquiera lo intuí; la gente piensa que yo soy silencioso, pero este sujeto me hizo ver como si tuviera dos pies izquierdos.

—¿Te gustan mis ruedas? —preguntó Stark.

—En este momento, creo que a todos los oficiales de policía en Maine les gustan tus ruedas —dijo Alan—, porque las están buscando. Stark soltó una risa divertida.

—¡Vaya! ¿Por qué no te creo eso? —el cañón de la pistola empujó a Alan por la parte baja de la espalda—. Entra, mi buen amigo. Estamos esperando a Thad En cuanto llegue, creo que estaremos listos para empezar la fiesta.

Alan miró la mano libre de Stark y vio una cosa extremadamente extraña; no parecía tener líneas en la palma de la mano. Ninguna línea.

6

—¡Alan! —exclamó Liz—. ¿Está usted bien?

—Bueno —dijo Alan—, si es posible que un hombre se sienta como un perfecto imbécil y aun así esté bien, creo que sí.

—Nadie podía esperar que creyeras —dijo Stark con suavidad. Señaló las tijeras que le había quitado a Liz. Las había colocado en una de las mesas de noche al lado de la gran cama doble, fuera del alcance de los gemelos—.

Suéltale las piernas, oficial Alan. No es necesario que te molestes con las muñecas; parece que ya casi se soltó. ¿O eres jefe Alan?

—Sheriff Alan —dijo, y pensó: El lo sabe. Me conoce, Sheriff Alan Pangbom del condado de Castle, porque Thad me conoce. Pero incluso cuando lleva la ventaja, no revela todo lo que sabe. Es tan taimado como una comadreja que se ha titulado en gallineros.

Y por segunda vez lo invadió la cruda certeza de su muerte próxima. Trató de pensar en los gorriones, porque en esta pesadilla los gorriones eran el único elemento con el que creía que Stark no estaba familiarizado. Enseguida, lo pensó mejor. Era un hombre demasiado agudo. Si se concedía a sí mismo cierta esperanza, Stark lo notaría en sus ojos... y se preguntaría qué significaba eso.

Alan tomó las tijeras y cortó la cinta que sujetaba las piernas de Liz Beaumont, mientras ella se soltaba una mano y empezaba a desenrollar la cinta de sus muñecas.

—¿Te propones escarmentarme? —le preguntó a Stark aprensivamente. Sostuvo las manos en alto, como si las marcas rojas que le había dejado la cinta en las muñecas pudieran disuadirlo en alguna forma.

—No —dijo, sonriendo un poco—. No puedo culparte por hacer algo tan natural, ¿verdad, querida Beth?

Liz lo miró aterrorizada y asqueada y cargó a los gemelos. Le preguntó a Stark si podía llevarlos a la cocina para darles algo de comer. Se habían quedado dormidos hasta que Stark estacionó el Volvo robado de los Clark en el área de descanso, y ahora estaban vivaces y juguetones.

—Claro que sí —dijo Stark. Parecía estar en un estado de ánimo alegre y optimista... pero sostenía la pistola en una mano y sus ojos se movían incesantemente entre Liz y Alan—. ¿Por qué no vamos todos? Quiero hablar con el sheriff.

Se dirigieron todos juntos a la cocina y Liz empezó a preparar el alimento para los gemelos. Alan vigilaba a los pequeños mientras ella lo hacía. Eran unos lindos chiquillos, tan lindos como un par de conejitos, y al mirarlos recordó una época en que él y Annie habían sido mucho más jóvenes, una época en que Toby, ahora en el último año de preparatoria, había estado en pañales y faltaban años para que llegara Todd.

Gateaban felices de un lado a otro, y de vez en cuando Alan tenía que cambiarles la dirección antes de que él o ella se volcara una silla encima o se golpeara la cabeza contra la parte baja de la mesa de formica en la cocina.

Stark le hablaba mientras él cuidaba a los bebés.

—Piensas que te voy a matar —dijo—. No tiene caso negarlo, sheriff; lo puedo ver en tus ojos y es una mirada que conozco bien. Podría mentir y decir que no es verdad, pero pienso que no me creerías. Tú mismo tienes cierta experiencia en estos asuntos, ¿estoy en lo cierto?

—Supongo que sí —dijo Alan—. Pero esta situación está un poco... bien, fuera del funcionamiento normal de los asuntos policiacos.

Stark echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Los gemelos miraron de dónde provenía el sonido y rieron con él. Alan observó a Liz y vio terror y odio en su rostro. Y había algo más también, ¿no era así? Sí. Alan creía que eran celos. Se preguntó distraído si había algo más que George Stark ignoraba. Se preguntó si Stark tendría idea de lo peligrosa que podría ser esta mujer para él.

—¡Qué bien lo expusiste! —dijo Stark, riendo entre dientes todavía. Después se puso serio. Se inclinó hacia Alan y éste pudo percibir el horrible hedor de la carne en descomposición—. Pero no tiene que terminar en esa forma, sheriff. Tus probabilidades de salir con vida de este asunto son mínimas, lo admito con toda franqueza, pero existe la posibilidad. Tengo algo que hacer aquí. Tengo que escribir un poco. Thad me va a ayudar, se podría decir que él va a preparar la máquina. Pienso que es factible que él y yo trabajemos toda la noche, pero para la hora en que salga el sol mañana por la mañana, ya debo tener la casa en orden.

—Quiere que Thad le enseñe a escribir —dijo Liz desde la estufa—. Dice que van a colaborar en un libro.

—Eso no es cierto del todo —dijo Stark. La miró durante un momento, con un asomo de enojo que perturbó la superficie previamente intacta de su buen humor—. Y él me lo debe, sabes. Tal vez sabía escribir antes de que yo apareciera, pero fui yo quien le enseñó a escribir el material que la gente quería leer. ¿Qué caso tiene escribir algo si nadie lo quiere leer?

—No, tú no entenderías eso, ¿verdad? —preguntó Liz.

—Lo que quiero de él —le dijo Stark a Alan—, es una especie de transfusión. Aparentemente, me ha dejado de funcionar alguna clase de... glándula. Por un tiempo. Creo que Thad sabe cómo hacer que funcione esa glándula. Debe saberlo, ya que duplicó la mía de la suya propia, si entiendes lo que digo. Creo que se podría decir que él construyó la mayor parte de mi equipo.

Oh, no, mi amigo, pensó Alan. Estás equivocado. Tal vez no lo sepas, pero así es. Lo hicieron juntos, los dos, porque tú estuviste ahí todo el tiempo. Y has sido terriblemente persistente. Thad trató de eliminarte antes de que nacieras, pero no lo logró por completo. Después, once años más tarde, lo intentó el doctor Pritchard y eso funcionó, si bien sólo por un tiempo. Finalmente, Thad te invitó a regresar El lo hizo, pero no sabía lo que estaba haciendo... porque no estaba enterado de tu existencia. Pritchard nunca se lo dijo. Y tú llegaste, ¿verdad? Eres el fantasma de su hermano muerto... pero a la vez, eres mucho más y mucho menos que eso.

Alan agarró a Wendy, quien estaba junto a la chimenea, antes de que se cayera hacia atrás en el arca de los troncos.

Stark miró a William y a Wendy, y después a Alan.

—Thad y yo provenimos de una larga historia de gemelos, sabes. Y desde luego, yo cobré vida después de la muerte de esos gemelos que hubieran sido los hermanos o hermanas mayores de estos dos pequeños. Llámalo, si quieres, una especie de acto de compensación trascendental.

—Yo lo llamo demencia —dijo Alan.

Stark rió.

—En realidad, yo también. Pero sucedió. La palabra se hizo carne, se podría decir. No importa mucho cómo sucedió, lo importante es que estoy aquí

Estás equivocado, pensó Alan. La forma en que sucedió es lo más importante ahora. Si no para ti, sí para nosotros... porque eso puede ser lo que nos salve.

—Una vez que las cosas llegaron a cierto punto, yo me creé a mí mismo —prosiguió Stark—. Y realmente no es sorprendente que tenga dificultades con la escritura, ¿no es cierto? Para crearse a uno mismo... se requiere bastante energía. No pensarás que eso sucede todos los días.

—Ni Dios lo quiera —dijo Liz.

Ese fue un golpe directo o muy cercano. La cabeza de Stark giró hacia ella con la velocidad de una serpiente que ataca, y esta vez su enojo fue más que un asomo.

—Creo que será mejor que cierres la boca, Beth —dijo en tono quedo—, antes de que les causes problemas a quienes no pueden defenderse por sí mismos, ya sea él o ella.

Liz miró la cacerola en la estufa. Alan pensó que había palidecido.

Tráigalos, Alan, por favor —pidió tranquilamente. Ya está listo.

Se sentó a Wendy en las rodillas para darle de comer y Alan se encargó de William. Era sorprendente la rapidez con que se recordaba la técnica, pensó mientras alimentaba al regordete pequeñín. Mete la cuchara, inclínala, y después dale ese rozón rápido pero suave, desde la barbilla hasta el labio inferior cuando la sacas de nuevo, para impedir que caigan gotas y babas. William insistía en quitarle la cuchara, sintiendo aparentemente que ya tenía la suficiente edad y experiencia para conducirse por sí mismo, gracias. Alan lo disuadió con suavidad y el niño pronto se aplicó en serio a la tarea de comer.

—El hecho es que me puedes ser útil —dijo Stark. Estaba recargado sobre la barra de la cocina y resbalaba distraído la mira de la pistola hacia arriba y hacia abajo por el frente del chaleco acolchado—. ¿Te llamó la policía estatal? ¿Te dijeron que vinieras a revisar este lugar? ¿Por eso estás aquí?

Alan ponderó los pros y los contras de mentir y decidió que sería más seguro decir la verdad, sobre todo porque no dudaba de que este hombre —si era un hombre— tenía integrado un detector de mentiras muy eficiente.

—No exactamente —dijo, y le refirió a Stark la llamada de Fuzzy.

Stark asintió con la cabeza antes de que terminara.

—Me pareció ver un destello en la ventana de esa granja —dijo y rió entre dientes. En apariencia, había recuperado su buen humor—. ¡Bien, bien! La gente del campo no puede evitar el ser un poco fisgona, ¿verdad, sheriff Alan? ¡Tienen tan poco en qué ocuparse, que lo asombroso sería que no lo fuera! ¿Qué hiciste cuando colgaste el teléfono?

Alan se lo dijo, también, y esta vez no mintió porque suponía que Stark sabía lo que había hecho. Su presencia aquí, solo, respondía muchas preguntas. Alan pensó que, en realidad, Stark quería saber si era tan estúpido como para intentar decirle algo que no fuese cierto.

Cuando terminó, Stark dijo:

—Muy bien, eso está muy bien. Mejora tus probabilidades de vivir un día más antes de irte al infierno, sheriff Alan. Ahora escúchame y te diré exactamente lo que harás cuando terminen de comer los bebés.

7

—¿Estás seguro de que sabes lo que tienes que decir? —preguntó Stark otra vez Estaban parados junto al teléfono en el vestíbulo del frente, el único teléfono que funcionaba en la casa.

—Sí.

—¿Y no intentarás enviar algún pequeño mensaje secreto para que lo capte tu secretaria?

—No.

—Bien —dijo Stark—. Eso está bien, porque sería una ocasión terrible para que te olvidaras de que ya eres adulto y empezaras a jugar a la cueva de los piratas o a policías y ladrones. Alguien resultaría herido.

—Desearía que dejaras las amenazas por un rato.

La sonrisa de Stark se ensanchó, se convirtió en una cosa de esplendor pestilente. Llevaba consigo a William para garantizar el buen comportamiento de Liz y ahora le hacía cosquillas bajo el brazo al bebé.

—Me resulta muy difícil —dijo—. Si un hombre actúa contra su naturaleza, se estriñe, sheriff Alan.

El teléfono estaba sobre una mesa junto a una gran ventana. Cuando Alan lo tomó, observó la falda de los bosques contiguos a la entrada de la casa en busca de los gorriones. No había ninguno a la vista. No todavía, de cualquier modo.

—¿Qué estás mirando, pedazo de asno?

—¡Hum? —volvió la vista hacia Stark. Los ojos de Stark estaban contundentemente fijos en él desde las cuencas en descomposición.

—Ya me oíste —Stark señaló hacia la entrada y el Toronado—. No estás mirando por esa ventana en la forma en que lo hace un hombre sólo porque se encuentra ante una ventana. Tienes la expresión de un hombre que espera ver algo. Quiero saber qué es.

Alan sintió un hilo frío de terror que le recorría el centro de la espalda.

—Thad —se escuchó a sí mismo decir calmadamente—. Estoy esperando a Thad, lo mismo que tú. Ya no puede tardar.

—Más te vale que sea verdad, ¿no crees? —le preguntó Stark y levantó a William un poco más alto. Con toda lentitud, empezó a deslizar el cañón de la pistola hacia arriba y hacia abajo por el pecho y el abdomen agradablemente gordinflones, haciéndole cosquillas. William celebraba con risitas el movimiento y palmeaba con suavidad la putrefacta mejilla de Stark, como si dijese, "ya basta, tú, guasón... pero no todavía, porque es bastante divertido".

—Entiendo —dijo Alan y tragó en seco.

Stark resbaló la boca de la pistola hasta la barbilla de William y cosquilleó la pequeña papada con ella. El niño siguió riendo.

Si Liz se asoma y lo ve haciendo esto, se volverá loca, pensó Alan con calma.

—¡.Estás seguro de que me has dicho todo, sheriff Alan? ¿No me ocultas nada?

—No —dijo Alan. Unicamente los gorriones en los bosques alrededor de la casa de los Williams—. No estoy ocultando nada.

—Bien. Te creo. Por el momento, al menos. Ahora continúa y atiende tu negocio.

Alan marcó el número de la oficina del sheriff del condado de Castle. Stark se acercó a él —tan cerca, que su aroma podrido provocó náuseas en Alan— para escuchar lo que hablara.

Sheila Brigham respondió a la primera llamada.

—Hola, Sheila, es Alan. Estoy en el lago Castle. Traté de hablarte por la radio, pero ya sabes cómo es la transmisión desde aquí. —Inexistente —dijo Sheila y rió.

Stark sonrió.

8

Una vez que ambos hombres estuvieron fuera de su vista, Liz abrió el cajón bajo la alacena de la cocina, y sacó el cuchillo de carnicero más grande que encontró. Miró cautelosamente hacia el rincón, sabiendo que Stark asomaría la cabeza en cualquier momento para vigilarla. Pero hasta ahora, todo estaba bien. Podía oírlos hablando. Stark decía algo acerca de la forma en que Alan había estado mirando por la ventana.

Tengo que hacer esto, pensó, y tengo que hacerlo sola. Vigila a Alan como un gato, y aun cuando pudiera decirle algo a Thad, sólo se agravaría la situación... porque él tiene acceso a la mente de Thad.

Sostuvo a Wendy en el doblez de su brazo, se quitó los zapatos y caminó rápidamente a la sala con los pies desnudos. Ahí había un sofá, colocado de modo que uno se pudiera sentar en él y mirar hacia el lago. Deslizó el cuchillo bajo el volante del sofá... pero no demasiado lejos. Si ella se sentaba, estaría a su alcance.

Y si se sentaban juntos, ella y el zorro George Stark, él también estaría a su alcance.

Podría inducirlo a que lo hiciera, pensó, apresurándose a volver a la cocina. Si creo que podría. Siente atracción por mi. Y eso es horrible... pero no es tan terrible sacarle partido a esa circunstancia.

Entró a la cocina, esperando ver a Stark parado ahí, proyectando los dientes que le quedaban en esa terrible sonrisa carcomida. Pero la cocina estaba vacía, y aún pudo escuchar a Alan hablando por teléfono en el vestíbulo. Se pudo imaginar a Stark, de pie junto a él, escuchando atentamente. Todo va bien hasta ahora, pensó. Con un poco de suerte, George Stark estará muerto cuando llegue Thad.

Quería impedir que se encontraran. No comprendía todas las razones por las cuales quería impedirlo con tanta vehemencia, pero al menos entendía una de ellas: temía que realmente funcionara la colaboración, y el conocimiento de cuáles serían los frutos del éxito la atemorizaba aún más.

Al final, sólo una persona podría reclamar el derecho a las naturalezas duales de Thad Beaumont y George Stark. Sólo un ser físico podría sobrevivir a esa división original. ¿Si Thad proporcionaba el empujón que necesitaba Stark, si Stark empezaba a escribir por él mismo, se cicatrizarían paulatinamente sus heridas y llagas?

Liz pensaba que eso sería lo que ocurriría. Pensaba que Stark incluso se posesionaría poco a poco del rostro y la figura de su marido.

¿Y después, cuánto tiempo pasaría (suponiendo que Stark los dejara vivos y cumpliera con la promesa de escaparse) antes de que empezaran a aparecer las primeras llagas en el rostro de Thad?

Liz creía que eso no se llevaría mucho tiempo. Y dudaba profundamente que Stark se interesase en impedir que Thad empezara a deteriorarse hasta descomponerse totalmente, con todas sus ideas felices desaparecidas para siempre.

Liz se puso los zapatos de nuevo y se dedicó a limpiar los restos de la merienda de los gemelos. Bastardo, pensó, pasando primero un trapo sobre la superficie de la cocina integral, para después llenar el fregadero con agua caliente. Tú eres el seudónimo, tú eres el pirata, no mi marido. Dejó caer un chorro de detergente líquido en el fregadero y se dirigió hacia la sala para ver qué hacía Wendy. Gateaba por el piso de la sala, probablemente buscando a su hermano. Detrás de las puertas corredizas de cristal, el sol de las últimas horas de la tarde, trazaba una estela de oro brillante a través del agua azul del lago Castle.

Tú no perteneces aquí. Eres un abominación, un insulto para la vista y la mente.

Miró el sofá, con el cuchillo largo y afilado bajo él, al alcance de la mano.

Pero yo puedo arreglar eso. Y si Dios me ayuda, lo arreglaré.

9

El olor de Stark le empezaba a resultar insoportable —haciéndole sentir como si fuese a experimentar náuseas en cualquier instante— pero Alan trató de que no se percibiera en su voz.

—¿Ya regresó Norris Ridgewick, Sheila?

Junto a él, Stark estaba cosquilleando de nuevo a Williams con la 45.

—Todavía no, Alan. Lo siento.

—Si llega, dile que se ocupe del escritorio. Hasta entonces que se quede Clut.

—Su turno...

—Sí, ya sé que terminó su turno. El municipio tendrá que pagar unas cuantas horas extras y Keeton me fastidiará un rato con eso. ¿Pero qué puedo hacer? Estoy atorado aquí con una radio en pésimas condiciones y una patrulla que se bloquea con vapor cada vez que la miras. Te estoy llamando desde la casa de los Beaumont. La policía estatal quiso que viniera a investigar, pero esto es un fiasco.

—Es una pena. ¿Quieres que le avise a alguien? ¿A la policía estatal?

Alan miró a Stark, quien parecía estar absorto en cosquillear al pequeño niño que se retorcía alegremente en sus brazos. Stark asintió con la cabeza distraído, ante la mirada de Alan.

—Sí. Llama de mi parte al cuartel de Oxford. Creo que saldré a comer algo en ese lugar que venden pollo para llevar y después volveré para otra verificación. Es decir, si puedo echar a andar mi auto. Si no, tal vez revise lo que tienen los Beaumont en su despensa. ¿Me podrías tomar una nota, Sheila?

Sintió, más que vio, cómo Stark se ponía ligeramente tenso junto a él. La boca de la pistola se detuvo, apuntando al ombligo de William. Alan sintió hilos de sudor, fríos y lentos que le corrían por el tórax.

—Seguro, Alan.

—Se supone que es un tipo creativo. Pienso que podría encontrar un lugar mejor para esconder el duplicado de la llave que debajo de la estera de la puerta.

Sheila Brigham se rió.

—Ya la tengo.

Junto a él, la punta de la 45 empezó a moverse de nuevo, con la consiguiente risa de William. Alan se relajó un poco. —¿Debo hablar con Henry Payton, Alan?

—Ajá. O con Danny Eamons si no está Henry.

—Está bien.

—Gracias, Sheila. A la policía estatal le gusta joder. Eso es todo.

Cuídate.

—Tú también, Alan.

Colgó el teléfono con suavidad y se volvió hacia Stark. —¿Todo bien?

—Muy bien —dijo Stark—. Esa parte acerca de la llave bajo la esterilla me gustó particularmente. Le añadió ese toque extra que significa tanto.

—Eres un perfecto mentecato —dijo Alan. Dadas las circunstancias, no era un comentario muy prudente, pero lo sorprendió su propio enojo.

Stark también lo sorprendió. Se rió.

—A nadie le agrado mucho, ¿verdad, sheriff Alan? —No —dijo Alan.

—Bueno, no importa, me agrado a mí mismo lo suficiente. En ese aspecto, soy una clase de sujeto de la nueva era. Lo importante es que creo que aquí todo está bajo control. Creo que todo saldrá bien —enredó una mano en el cordón del teléfono y lo arrancó de la conexión.

—Me imagino que sí —dijo Alan, pero tenía ciertas dudas. La posibilidad era remota, mucho más remota de lo que parecía percibir Stark, quien probablemente creía que todos los policías al norte de Portland eran del tipo del somnoliento lugarteniente Dawg. Tal vez Dan Eamons en Oxford, no caería en la cuenta, a menos que alguien de Orono o Augusta le diese una buena sacudida. ¿Pero Henry Payton? Tenía casi la seguridad de que Henry no se tragaría el cuento de que Alan había dado un rápido vistazo en busca del asesino de Homer Gamache antes de salir a buscar una canasta de pollo en Kentucky s. Henry sospecharía algo.

Al observar a Stark cosquilleando al bebé con la punta de la 45, Alan se preguntó si quería que eso sucediera o no, y descubrió que no lo sabía.

—¿Ahora qué? —preguntó a Stark.

Stark respiró profundamente, y miró hacia afuera a los bosques iluminados por el sol con evidente regocijo.

—Vamos ,a decirle a Bethie que nos prepare algo para comer.

Tengo hambre. La vida en el campo es estupenda, ¿verdad, sheriff Alan? ¡Maldición!

—Bueno —dijo Alan. Empezó a caminar hacia la cocina y Stark lo agarró con una mano.

—Esa chanza acerca del bloqueo de vapor —dijo—. ¿No significa algo especial?

—No —respondió Alan—. Sólo se trataba de otro caso de... ¿cómo lo llamaste? El toque extra que significa tanto. Varias de nuestras unidades han tenido problemas con el carburador este último año.

—Más vale que sea verdad —dijo Stark, mirando a Alan con ojos muertos. Un pus espeso escurría de las comisuras internas y por los lados de la nariz despellejada como lágrimas gomosas de cocodrilo—. Sería una lástima hacerle daño

a uno de estos pequeños porque tú te quieres pasar de listo. Thad no trabajará ni la mitad de bien si descubre que tuve que cargarme a uno de sus gemelos para mantenerte a raya —sonrió y oprimió la punta de la 45 bajo la axila de William. William se retorció, riendo—. Es tan gracioso como un cálido gatito, ¿verdad?

Alan tragó algo que se sentía como una gran bola de pelusa seca en la garganta.

—Cuando haces eso, me pones endiabladamente nervioso.

—Adelante, sigue nervioso —dijo Stark, sonriéndole—. Soy la clase de sujeto con quien todo el mundo se pone nervioso. Vamos a comer, sheriff Alan. Parece que el pequeño está echando de menos a su hermana.

Liz le calentó a Stark un tazón de sopa en el horno de microondas. Primero le ofreció una cena congelada, pero él negó con la cabeza, sonriendo, y después se metió los dedos a la boca y se sacó un diente. Salió de la encía con una facilidad podrida.

Liz volvió la cabeza cuando lo dejó caer en el cesto de los papeles, los labios apretados, el rostro una máscara tensa de repugnancia.

—No te preocupes —dijo serenamente—. Pronto se pondrán mejor. Todo se pondrá mejor muy pronto. Pronto estará papá aquí.

Todavía estaba tomando la sopa, cuando diez minutos más tarde, Thad llegó conduciendo el VW de Rawlie.

XXV
Máquina de acero

1

La casa de verano de los Beaumont se situaba a kilómetro y medio de distancia de Lake Lane desde la Ruta 5, pero Thad se detuvo a menos de doscientos metros, con los ojos desorbitados por la incredulidad.

En todas partes había gorriones.

En cada rama de cada árbol, en cada roca, en cada tramo de terreno abierto, se veían gorriones encaramados. El mundo que se extendía ante su vista era grotesco, alucinante; era como si en este pedazo de Maine hubiesen florecido plumas. Delante de él, la carretera había desaparecido. Desaparecido totalmente. En su lugar, había un sendero de gorriones silenciosos e inquietos entre los árboles sobrecargados.

En algún sitio, se rompió una rama. Excepto esto, el único sonido provenía del vw de Rawlie. Cuando Thad empezó el recorrido hacia el oeste, el silenciador ya estaba bastante deteriorado; ahora, parecía que se negaba a desempeñar alguna función. El motor emitía detonaciones y rugidos, y explosiones ocasionales, y era de esperarse que este estrépito enviara de inmediato a los cielos a la monstruosa parvada, pero los pájaros no se movieron.

La parvada se iniciaba a menos de cuatro metros frente al lugar donde Thad detuvo el vw y colocó la obstinada transmisión en neutral. Había una línea de demarcación tan clara como si se hubiese trazado con una regla.

Nadie ha visto una parvada de pájaros como ésta en años, pensó. Al menos, desde la exterminación de las palomas viajeras a finales del siglo pasado. Parece algo salido de un cuento de Daphne du Maurier. Un gorrión aleteó hasta la capota del vw y pareció atisbar a Thad. Thad sintió que percibía una aterradora y desapasionada curiosidad en los pequeños ojos negros del pájaro.

¿Qué tan lejos llegarán?, se preguntó. ¿Estarán hasta la casa? Si es así, George los ha visto... y las implicaciones serán muy peligrosas, si no es que ya lo han sido. Y aunque no lleguen hasta allá, ¿cómo se supone que debo pasar? No se trata de que estén en la carretera; son la carretera.

Pero, desde luego, conocía la respuesta. Si quería llegar a la casa, tendría que pasar sobre ellos.

No, casi gimió su mente. No, no puedes hacer eso. Su imaginación conjuró imágenes terribles; los sonidos crujientes, fracturantes de pequeños cuerpos en millares, los chorros de sangre brotando debajo de las ruedas, los coágulos saturados con plumas clavadas dando vueltas al girar los neumáticos.

—Pero lo voy a hacer —murmuró—. Lo voy a hacer porque tengo que hacerlo —una trémula sonrisa empezó a distorsionar su rostro en una mueca de concentración fiera, medio demente. En ese momento, se veía horripilantemente parecido a George Stark. Empujó la palanca de velocidades a primera, y empezó a canturrear "John Wesley Harding" en voz baja. El vw de Rawlie resopló y casi se paró, después profirió tres ruidosas explosiones y rodó hacia adelante.

El gorrión en la capota echó a volar, y Thad contuvo la respiración esperando que todos ellos emprendieran el vuelo, como sucedía en sus visiones cuando caía en un trance: una gran nube oscura que ascendía acompañada por un sonido como un huracán en una botella.

En cambio, la superficie de la carretera delante de la nariz del vw se encrespó y se movió. Los gorriones algunos de ellos, al menos retrocedían, revelando dos franjas desnudas... franjas que se ajustaban exactamente el curso de las ruedas del vw.

—Jesús —musitó Thad.

En unos instantes, estaba entre ellos. Súbitamente, pasó del mundo que siempre había conocido a uno inconcebible, cuyos únicos habitantes eran estos centinelas que vigilaban la frontera entre la tierra de los vivos y la de los muertos.

Ahí es donde estoy ahora, pensó mientras conducía lentamente a lo largo de las franjas gemelas que le concedían los pájaros. Estoy en la tierra de los muertos vivos, que Dios me ayude.

El camino continuó abriéndose ante él. Siempre tenía cerca de cuatro metros de claro, y mientras cubría esa distancia, otros cuatro metros se habrían adelante. El chasis del Vw pasaba sobre gorriones que estaban amontonados entre los carriles de las ruedas, pero, aparentemente, no los mataba; al menos, por el espejo retrovisor, no vio ningún pájaro muerto. Pero era difícil saberlo con seguridad, ya que los gorriones volvían a cerrar el camino en cuanto pasaba, creando de nuevo esa alfombra uniforme y plumosa.

Los podía oler, un olor ligero, desmenuzable que parecía adherirse al pecho como una salpicadura de pequeñas partículas. Una vez, cuando era niño, había metido el rostro en una bolsa llena de excrementos de conejo y había inhalado a fondo. Este olor era igual. No era sucio, pero era abrumador. Y era extraño. De pronto lo perturbó la idea de que esta gran masa de pájaros estaba hurtando todo el oxígeno del aire, y que se asfixiaría antes de llegar a su destino.

Ahora escuchaba unos ligeros sonidos tac—tac—tac en lo alto, y se imaginó a los gorriones encaramados en el techo del Vw, comunicándose en alguna forma con sus compañeros, guiándolos, diciéndoles que se alejaran y formaran los carriles, asegurándoles que no había peligro en retroceder.

Llegó a la cima de la primera colina en Lake Drive, miró hacia abajo, a un valle de gorriones. Gorriones en todas partes, gorriones que cubrían cada objeto y atiborraban cada árbol, cambiando el paisaje en un mundo alado de pesadilla más allá de su capacidad de comprensión.

Thad sintió que se deslizaba en un desmayo, y abofeteó con fuerza su mejilla. Fue un sonido pequeño —¡pac!—

comparado con el áspero rugido del motor del vw, pero vio que una gran onda cruzaba la extensión de los pájaros apiñados, una onda semejante a un escalofrío.

No puedo llegar hasta allá. No puedo.

Debes hacerlo. Tú eres el que sabe. Tú eres quien los convoca. Te pertenecen a ti.

Y además, ¿adónde más podría ir? Recordó a Rawlie diciéndole:

Ten mucho cuidado, Thaddeus. Ningún hombre controla a los agentes de la otra vida. No por mucho tiempo. ¿Supongamos que tratara de retroceder hasta la Ruta 5? Los pájaros habían abierto un camino delante de él... pero no creía que abrieran uno detrás de él. Pensaba que las consecuencias de tratar ahora de cambiar su decisión serían inconcebibles.

Thad empezó a deslizarse hacia abajo de la colina... y los gorriones le abrieron el camino.

Nunca pudo recordar con precisión el resto de ese viaje; tan pronto como terminó, su mente corrió una misericordiosa cortina. Recordaba haber pensado una y otra vez, No son más que gorriones, por el amor de Dios... no son tigres o lagartos o pirañas... ¡sólo son gorriones!

Y eso era cierto, pero cuando veías esa cantidad tan enorme de ellos, cuando los veías en todas partes, amontonados en cada rama, y buscando un lugar en cada tronco caído... algo le pasaba a tu mente. Se lastimaba la mente.

Cuando dio vuelta a la aguda curva en Lake Lane a menos de un kilómetro, a la izquierda apareció Schoolhouse Meadow... excepto que no estaba ahí. Schoolhouse Meadow había desaparecido. Schoolhouse Meadow estaba oculta tras los gorriones.

Lastimaban la mente.

¿Cuántos? ¿Cuántos millones? ¿O eran billones?

Con un sonido como trueno distante, otra rama crujió y cedió en los bosques. Pasó la casa de los Williams, pero la estructura en A sólo era una elaborada joroba bajo el peso de los gorriones. No se dio cuenta de queda patrulla de Alan Pangborn estaba estacionada en la entrada de los Williams; sólo vio una colina de plumas.

Pasó la casa de los Saddler. Los Massenburg. Los Payne. Otros que no conocía o no recordaba. Y en eso, cuando faltaban aún cuatrocientos metros para su propia casa, los pájaros se habían detenido. Había un lugar donde todo el mundo estaba compuesto por pájaros; quince centímetros más adelante, no había ninguno. Nuevamente parecía como si, a través del camino, alguien hubiese trazado una línea con una regla. Los pájaros saltaban y aleteaban haciéndose a un lado, revelando carriles de ruedas que ahora se abrían en la tierra endurecida de Lake Lane.

Thad retrocedió hasta el claro, se paró de repente, abrió la portezuela, y vomitó en la tierra. Gimió y se pasó el brazo por el sudor enfermizo en la frente. Delante de él, podía ver los bosques en ambos lados, y brillantes destellos azules de luz provenientes del lago a su izquierda.

Miró hacia atrás y vio un mundo, negro, silencioso, en espera.

Los psicopompos, pensó. Dios me ayude si esto sale mal, si él obtiene en alguna forma el control sobre los pájaros. Dios nos ayude a todos.

Cerró la portezuela y los ojos.

Contrólate, Thad. No has llegado hasta aquí para echar todo a perder ahora. Contrólate. Olvida los gorriones.

¡No puedo olvidarlos!, gimió una parte de su mente. Estaba horrorizada, ofendida, oscilando al borde de la demencia. No puedo.

¡No puedo!

Pero podría. Lo haría.

Los gorriones estaban esperando. También él esperaría. Esperaría a que llegara el momento oportuno. Podía confiar en sí mismo para detectar ese momento cuando se presentara. Si no podía hacerlo por él mismo, lo haría por Liz y los gemelos.

Imagínate que es una novela. Sólo una novela que estás escribiendo. Una novela sin pájaros.

—Está bien —murmuró—. Está bien, trataré.

Empezó a conducir de nuevo. Al mismo tiempo, empezó a canturrear "John Wesley Harding" en voz baja.

2

Thad apagó el motor del vw —murió con una triunfante explosión final— y bajó lentamente del pequeño automóvil. Se estiró. Al mismo tiempo, George abrió la puerta, cargando a Wendy, y caminó hasta el pórtico, encarando a Thad.

Stark también se estiró.

Liz, de pie junto a Alan, sintió que se formaba un grito, pero no en la garganta, sino detrás de la frente. Lo que más deseaba era despegar los ojos de los dos hombres y descubrió que no podía.

El observarlos era igual a observar a un hombre que hacía ejercicios de estiramiento ante el espejo.

No se parecían en lo más mínimo, ni siquiera eliminando de la imagen la descomposición acelerada de Stark. Thad era delgado y trigueño, Stark tenía hombros anchos y era rubio a pesar del bronceado (lo poco que restaba de éste). Pero aún así, eran un reflejo exacto. La similitud resultaba espeluznante, precisamente porque no había una sola cosa a la que pudiera prenderse la descontenta vista horrorizada. Estaba oculta, enterrada con profundidad entre líneas, pero era tan real como un grito estridente: ese movimiento al cruzar los pies durante el estirón, al extender los dedos rígidos a los lados de los muslos, el leve frunce en los ojos.

limbos se relajaron al mismo tiempo.

—Hola, Thad —a Stark se le oía casi tímido.

—Hola, George —dijo Thad en tono categórico—. ¿La familia? —Muy bien, gracias. ¿Estás dispuesto a hacerlo? ¿Estás listo? —Sí.

Detrás de ellos, hacia la Ruta 5, crujió una rama. Los ojos de Stark saltaron en esa dirección.

—¿Qué fue eso?

—Una rama de árbol —dijo Thad—. Tuvimos un tomado aquí hace cuatro años George. Todavía se está desprendiendo la madera muerta. Tú lo sabes.

Stark asintió con un movimiento de cabeza. —¡.Cómo estás, pedazo de asno?

—Estoy bien.

—Te ves un poco pálido —los ojos de Stark escudriñaron el rostro de Thad; podía sentir cómo trataban de detectar los pensamientos que ocultaba detrás.

—Tú tampoco te ves muy sano.

Stark rió, pero no había humor en esa risa. —No, supongo que no.

—¿Los dejarás en paz? —preguntó Thad—. ¿Si hago lo que quieres, realmente los dejarás en paz?

—Sí.

—Dame tu palabra.

—Está bien —dijo Stark—. La tienes. La palabra de un hombre del sur, la cual no se da con ligereza —el cascado acento fingido, casi burlesco, había desaparecido por completo. Hablaba con una sencilla dignidad horripilante. Los dos hombres se miraron frente a frente bajo la luz de la caída de la tarde, tan brillante y dorada que parecía surreal.

—Bien —dijo Thad después de una pausa prolongada, y pensó: No lo sabe. Verdaderamente no lo sabe. Los gorriones se ocultan de él. Ese secreto es mío—. Bueno, pongamos manos a la obra.

3

Mientras los dos hombres permanecían de pie junto a la puerta, Liz se dio cuenta de que había tenido la oportunidad perfecta para decirle a Alan que había escondido un cuchillo bajo el sofá... y la había desaprovechado.

¿La había desaprovechado?

Se volvió hacia él, y en ese momento, Thad la llamó.

—¿Liz?

Su voz era aguda. Contenía una nota autoritaria que rara vez usaba, y daba la impresión de que sabía las intenciones de ella, y no las aprobara. Eso era imposible, desde luego. ¿O no lo era? No sabía. Ya no sabía nada.

Liz lo miró, y vio que Stark le entregaba el bebé a Thad. Thad sostuvo a Wendy muy cerca de él. Wendy colocó los brazos alrededor del cuello de su padre con la misma familiaridad que lo había hecho, con Stark.

¡Ahora! Le gritó la mente a Liz. ¡Díselo ahora! ¡Dile que corran! ¡Ahora, mientras tenemos a los gemelos!

Pero, por supuesto, Stark tenía una pistola, y era inconcebible que alguno de ellos fuese lo suficientemente rápido para ganarle a una bala. Y conocía muy bien a Thad; nunca lo diría en voz alta, pero de repente se le ocurrió que podría tropezarse con sus propios pies.

Y ahora Thad estaba muy cerca de ella, y no podía fingir que no entendía el mensaje que le enviaban sus ojos.

Déjame solo, Liz, decían. Es mi jugada.

Luego puso el brazo libre alrededor de ella y toda la familia permaneció en un abrazo de cuatro sentidos, torpe pero ferviente. —Liz —dijo Thad, besando los labios fríos de su esposa—. Liz, Liz, lo siento. Siento tanto todo esto. No fue mi intención que esto sucediera. No lo sabía. Pensaba que era... inofensivo. Una broma. Liz lo estrechó, lo besó, permitió que los labios de él calentaran los suyos.

—Está bien —dijo Liz—. ¿Todo va a salir bien, verdad, Thad?

—Sí —repuso Thad. Se retiró un poco para ver los ojos de Liz—.

Todo va a salir bien.

Thad la besó de nuevo, y después miró a Alan.

—Hola, Alan —dijo, y sonrió un poco—. ¿Ha cambiado de opinión acerca de algo?

—Sí. Sobre muchas cosas. Hoy hablé con un viejo conocido de usted —miró a Stark—. Y tuyo, también.

Stark levantó lo que le quedaba de cejas.

—No pensaba que Thad y yo tuviésemos amigos en común, sheriff Alan.

—Oh, tú tuviste una relación muy estrecha con este sujeto —dijo Alan—. De hecho, te mató una vez.

—¿De qué está hablando? —preguntó Thad, con aspereza.

—Hablé con el doctor Pritchard. Los recuerda muy bien a ambos. Verán, fue una operación excepcional. Lo que extrajo de su cabeza era él —hizo un gesto señalando a Stark.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Liz, y la voz se le quebró en la última palabra.

Alan les refirió lo que le había dicho Pritchard... pero al último momento, omitió la parte acerca del bombardeo de pájaros en el hospital. Lo hizo porque Thad no había mencionado a los gorriones... y Thad tuvo que pasar por la casa de los Williams para llegar aquí. Eso sugería dos posibilidades: que se habían ido los gorriones cuando Thad llegó, o que Thad no quería que Stark supiera que estaban ahí.

Alan miró a Thad con mucha atención. Algo está sucediendo ahí

Alguna idea. Roguemos a Dios que sea acertada.

Cuando Alan terminó, Liz se veía atónita. Thad asentía con la cabeza. Stark —de quien Alan hubiese esperado la reacción más marcada— no parecía afectado en un modo u otro. La única expresión que Alan podía ver en ese rostro arruinado, era de diversión.

—Eso explica mucho —dijo Thad—. Gracias, Alan.

—¡A mí no me explica maldita la cosa! —gritó Liz con tanta estridencia que los gemelos empezaron a lloriquear.

Thad miró a George Stark.

—Eres un fantasma —dijo—. Una clase extraña de fantasma. Aquí estamos todos, contemplando a un fantasma. ¿No es sorprendente?

Este no es un incidente psíquico. ¡Es una maldita épica!

—No creo que sea nada importante —dijo Stark tranquilamente—.

Cuéntales la historia de William Burroughs, Thad. La recuerdo ten.

Yo estaba dentro, desde luego... pero estaba escuchando. Liz y Alan miraron a Thad inquisitivos.

—¿Sabes de qué está hablando? —preguntó Liz.

—Por supuesto que lo sé —dijo Thad—. Dos seres, una sola , ente.

Stark echó la cabeza para atrás y rió. Los gemelos dejaron de lloriquear y rieron con él.

—¡Eso está bien, pedazo de asno! ¡Eso está muy bien!

—En 1981, formé parte —o tal vez debería decir, formamos parte de una mesa redonda con Burroughs. En la New School de Nueva York. Durante la sesión de preguntas y respuestas, un chico le preguntó a Burroughs si creía en la vida después de la muerte. Burroughs dijo que sí, que pensaba que todos estábamos viviendo en ella.

—Y ese hombre es inteligente —dijo Stark, sonriendo—. Para disparar una pistola es una mierda, pero es inteligente. ¿Bien, lo ves? ¿Ves la poca importancia que tiene?

Pero sí la tiene, pensó Alan, estudiando cuidadosamente a Thad. Sí tiene mucha importancia. El rostro de Thad lo dice... y también lo dicen los gorriones, cuya presencia desconoces.

Alan sospechaba que el conocimiento de Thad era aún más peligroso de lo que él mismo creía. Pero pudiera ser todo lo que tenían. Decidió que había hecho bien en guardarse el final del relato de Pritchard... pero todavía se sentía como un hombre al borde del precipicio, tratando de hacer malabarismos con demasiadas antorchas encendidas.

—Ya basta de comadreos, Thad —dijo Stark.

Thad asintió.

—Sí. Ya es bastante —miró a Liz y Alan—. No quiero que ninguno de ustedes intente nada... bien... que se salga de la raya. Voy a hacer lo que él quiere.

—¡Thad! ¡No! ¡No puedes hacer eso!

—Sshh —colocó un dedo sobre los labios de Liz—. Puedo, y lo haré. Sin trucos, sin efectos especiales. Las palabras en el papel lo crearon, y únicamente las palabras en el papel nos librarán de él —ladeó la cabeza hacia Stark—. ¿Crees que él sabe que esto va a funcionar? No lo sabe. Sólo lo espera.

—Muy cierto —dijo Stark—. La esperanza fluye eternamente de las tetas humanas —se rió. Era un sonido demente, lunático, y Alan comprendió que también Stark estaba haciendo juegos malabares con antorchas al borde del abismo.

Un súbito movimiento parpadeó en el rabillo del ojo de Alan. Volvió ligeramente la cabeza y vio que un gorrión aterrizaba en la barandilla de la terraza fuera de la extensión de cristal que formaba la pared occidental de la sala. Se le unió un segundo y un tercero.

Alan miró a Thad y vio que los ojos del escritor se movían ligeramente. ¿También él los había visto? Alan pensaba que sí. Entonces, su conjetura era acertada. Thad sabía... pero no quería que lo supiera Stark.

—Nosotros dos nos vamos a sentar a escribir un poco, y después nos despediremos —dijo Thad. Sus ojos recorrieron el rostro arruinado de Stark—. ¿Eso es lo que vamos a hacer, no, George? —Así es, colega.

—Escúchame bien —le dijo Thad a Liz—. ¿Estás ocultando algo? ¿Tienes alguna cosa en la cabeza? ¿Algún plan?

Liz permaneció mirando con desesperación los ojos de su marido, sin darse cuenta de que en medio de los dos, William y Wendy se tomaban de la mano y se miraban mutuamente con deleite, como parientes que han dejado de verse por muchos años, y se encuentran en una reunión sorpresa.

—¿Lo dices en serio, Thad? le preguntaban sus ojos. Es un truco, ¿verdad? ¿Un truco para calmarlo, para apagar sus sospechas?

No, respondió la mirada gris de Thad. No hay la menor duda. Eso es lo que quiero.

¿Y no había algo más, también? ¿Algo tan profundo y oculto que tal vez sólo ella lo podía ver?

Me voy a ocupar de él, cariño. Yo sé cómo. Yo puedo. Oh Thad, espero que estés en lo cierto.

—Metí un cuchillo debajo del sofá —dijo Liz lentamente, mirándolo a la cara—. Lo saqué de la cocina mientras Alan y... y él... estaban en el vestíbulo, hablando por teléfono.

—¿Liz, Cristo! —casi gritó Alan, provocando un sobresalto en los bebés. De hecho, no estaba tan alterado como esperaba que se le oyera. Comprendía que si existía una posibilidad de que este asunto terminara en alguna forma que no significara el horror total para todos, Thad tendría que ser quien encontrara la solución. El había creado a Stark; él tendría que desaparecerlo.

Liz miró a Stark y vio que se asomaba la odiosa sonrisa en los restos de su rostro.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo Thad—. Debe confiar en mí, Alan. Liz, ve por el cuchillo y tíralo por la terraza.

Aquí me toca representar un papel, pensó Alan. Es un papel pequeño, pero recuerda lo que decía aquel sujeto en nuestra clase de actuación en la escuela: No hay papeles pequeños, sólo actores pequeños.

—¿Piensa que nos va a dejar en paz? —preguntó Alan, incrédulo—. ¿Qué va a salir trotando por la colina agitando el rabo detrás de él, como el corderito de Mary? Hombre, usted está loco.

—Claro, estoy loco —dijo Thad y rió. Era una risa misteriosa, semejante al sonido que había emitido Stark, la risa de un hombre que está a punto de sumirse en el olvido—. El lo está y él provino de mí, ¿no es cierto? Como un demonio de mal gusto de la frente de un Zeus de tercera categoría. Pero yo sé cómo tiene que ser —se volvió y miró a Alan plena y seriamente por primera vez—. Yo sé cómo tiene que ser —repitió con lentitud y con gran énfasis—. Anda, Liz.

Alan emitió un sonido grosero y molesto y les dio la espalda, como excluyéndose de todos ellos.

Como si estuviese soñando, Liz cruzó hacia la sala, se arrodilló, y sacó el cuchillo de debajo del sofá.

—Ten cuidado con esas cosas —dijo Stark. Su tono era alerta y serio—. Lo mismo te dirían tus niños si supieran hablar.

Liz miró a su alrededor, se quitó el cabello de la cara, y vio que apuntaba la pistola a Thad y William.

—Estoy teniendo cuidado —dijo en voz trémula, de reprimenda, cercana a las lágrimas. Corrió por el riel la puerta en la pared ventana, y salió a la terraza. Ahora había media docena de gorriones encaramados en la barandilla. Se movieron a un lado en dos grupos de tres, cuando ella se acercó a la barandilla y la empinada bajada, pero no volaron.

Alan vio que se quedaba quieta por un momento, contemplándolos, con el mango del cuchillo apretado entre los dedos, y la punta de la hoja apuntando hacia abajo, como una plomada. Miró a Thad y vio que éste la observaba tenso. Al último, miró a Stark.

Stark vigilaba cuidadosamente a Liz, pero su rostro no reflejaba sorpresa o sospecha, y un repentino pensamiento fantástico pasó como un rayo por la mente de Alan Pangborn. ¡No los ve! ¡No recuerda lo que escribió en las paredes de los apartamentos, y no los ve ahora! ¡No sabe que están ahí!

En eso, inesperadamente, se dio cuenta de que Stark lo estaba viendo con esa mirada muerta, mohosa.

—¿Por qué me estás mirando? —preguntó Stark.

—Quiero estar seguro de recordar lo que es feo realmente —dijo Alan—. Es posible que se los quiera contar a mis nietos algún día.

—Si no cuidas tu jodida boca, no tendrás que preocuparte por tus nietos —dijo Stark—. En lo más mínimo. Será mejor que dejes de mirarme, sheriff Alan. No es muy inteligente de tu parte.

Liz lanzó el cuchillo de carnicero por encima de la barandilla de la terraza. Cuando oyó que caía en los arbustos, ocho metros abajo, empezó a llorar.

4

—Vayamos arriba —dijo Stark—. Ahí está la oficina de Thad. Me imagino que querrás tu máquina, ¿no?, pedazo de asno.

—No para esto —dijo Thad—. Tú lo sabes bien.

Una sonrisa tocó los labios hendidos de Stark.

—¿Lo sé?

Thad señaló los lápices alineados en el bolsillo del pecho.

—Estos son los que uso cuando quiero entrar en contacto con Alexis Machine y Jack Rangely.

Stark se veía absurdamente complacido.

—Sí, es cierto. Supongo que pensé que esta vez sería diferente. —No será diferente, George.

—Yo traje los míos —dijo—. Tres cajas. ¿Sheriff Alan, por qué no eres un buen chico y vas a mi auto por ellos? Están en el compartimento de guantes. El resto de nosotros cuidaremos a los bebés —miró a Thad, soltó su risa demente, y sacudió la cabeza—. ¡Eres un perro taimado!

—Así es, George —dijo Thad. Sonrió un poco—. Soy un perro taimado. Lo mismo que tú. Y a los perros viejos no se les pueden enseñar trucos nuevos.

—Estás encantado con la idea, ¿verdad, pedazo de asno? No importa lo que digas; una parte de ti está ansiosa por empezar. Lo veo en tus ojos. Es algo que deseas hacer.

—Sí —dijo Thad sencillamente, y Alan pensó que no mentía. —Alexis Machine —dijo Stark. Le brillaban los ojos amarillos.

—Eso mismo —dijo Thad, y ahora también brillaban sus ojos—.

"Córtalo mientras yo observo desde aquí."

—¡Te acuerdas! —exclamó Stark, y empezó a reír—. "Quiero ver cómo fluye la sangre. No hagas que te lo diga dos veces". Ahora ambos reían juntos.

Liz miró de Thad a Stark y a su esposo de nuevo, y la sangre huyó de sus mejillas porque no podía distinguir la diferencia.

De repente, el borde del precipicio pareció estar más cerca que nunca.

5

Alan salió a buscar los lápices. Aun cuando sólo metió la cabeza al auto durante unos instantes, a él le parecieron eternos y se alegró al sacarla. El automóvil tenía un olor siniestro y desagradable que lo hizo sentir ligeramente aturdido. El husmear en el Toronado de Stark era como meter la cabeza en un ático donde alguien ha derramado una botella de cloroformo.

Si éste es el aroma de los sueños, pensó Alan, no quiero volver a tener otro.

Durante un momento, permaneció de pie junto al automóvil negro, las cajas de lápices Berol en las manos, y miró hacia la entrada.

Los gorriones habían llegado.

La entrada estaba desapareciendo bajo un tapete de pájaros. Y mientras los observaba, aterrizaron más. Y los bosques estaban llenos de ellos. Sólo se posaban y lo miraban fijamente, horriblemente silenciosos, un acertijo viviente en masa.

Vienen por ti, George, pensó, e inició el regreso a la casa. A mitad del camino, lo golpeó una idea desagradable que lo detuvo de pronto.

O vendrán por nosotros?

Se quedó mirando a los pájaros durante varios instantes, pero éstos no le revelaron ningún secreto, y entró.

6

—Arriba —dijo Stark—. Tú primero, sheriff Alan. Dirígete a la parte posterior del dormitorio para huéspedes. Ahí hay una vitrina de cristal llena con fotografías y pisapapeles de vidrio y pequeños recuerdos sobre la pared. Cuando se empuja contra el lado izquierdo de la vitrina, gira hacia adentro en un eje central. El estudio de Thad está detrás.

Alan miró a Thad, quien asintió con la cabeza.

—Conoces mucho de este lugar —dijo Alan—, para ser un hombre que nunca ha estado aquí.

—Pero sí he estado aquí —afirmó Stark en tono grave—. He estado aquí con frecuencia, en mis sueños.

7

Dos minutos más tarde, todos ellos estaban reunidos al otro lado de la singular puerta del pequeño estudio de Thad. La vitrina de cristal estaba volteada hacia adentro, formando dos entradas a la habitación, separadas por el espesor de la vitrina. Aquí no había ventanas; pónme una ventana aquí, junto al lago, le había dicho Thad una vez a Liz, y lo que haré será escribir dos palabras, y luego contemplar la maldita cosa durante dos horas, observando los botes que pasan.

Una lámpara con un cuello flexible y una brillante bombilla de cuarzo halógeno, lanzaba un círculo de luz blanca sobre el escritorio. Detrás del escritorio estaba una silla de oficina y, una silla plegable, lado a lado, frente a dos libretas de apuntes en blanco, colocadas lado a lado en el círculo de luz. Encima de cada libreta de apuntes descansaban dos lápices Berol negros. La IBM eléctrica que Thad usaba algunas veces, se había desconectado y puesto en un rincón.

Thad mismo había traído la silla plegable del clóset del vestíbulo, y ahora la habitación expresaba una dualidad que Liz encontraba tanto sobrecogedora como extremadamente desagradable. En cierta forma, era otra versión de la criatura en el espejo que imaginó haber visto cuando Thad llegó finalmente. Aquí había dos sillas donde siempre había estado una; aquí había dos pequeños lugares para escribir, también lado a lado, donde sólo debería haber uno. El implemento de escritura que asociaba con el ser normal...

Mejor.

De Thad, había sido relegado a un rincón, y cuando ambos se sentaron, Stark en la silla de oficina de Thad, y éste en la silla plegable, la desorientación fue completa. Casi se sentía mareada.

Cada uno de ellos tenía a un gemelo en las piernas.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que alguien sienta sospechas y decida investigar este lugar? —le preguntó Thad a Alan, quien estaba de pie en el umbral de la puerta con Liz—. Sea sincero y tan exacto como pueda. Tiene que creerme cuando le digo que es la única oportunidad que tenemos.

—¡Thad, míralo! —estalló Liz frenética—. ¿No puedes ver lo que le está sucediendo? ¡No sólo quiere que le ayudes a escribir un libro! ¡Quiere robarte la vida! ¿No lo ves?

—Sshh —dijo—. Sé lo qué quiere. Creo que lo supe desde el principio. Esta es la única forma. Sé lo que estoy haciendo. ¿Cuánto tiempo, Alan?

Alan lo pensó cuidadosamente. Le había dicho a Sheila que iba a salir a comer algo, que ya había dado un vistazo, así que pasaría un buen rato antes de que se pusiera nerviosa. Los acontecimientos podrían haberse acelerado si Norris Ridgewick hubiese estado ahí.

—Tal vez hasta que llame mi esposa para preguntar dónde estoy —dijo—. Tal vez más. Lleva mucho tiempo casada con un policía y está acostumbrada a horarios extraños y noches anormales.

Los ojos de Thad lo instigaban. Stark no parecía escuchar siquiera; había tomado el pisapapeles color pizarra que

estaba sobre una desordenada pila de un antiguo manuscrito en la esquina del escritorio y jugueteaba con él.

—Creo que por lo menos cuatro horas —y después, renuentemente, añadió—: Tal vez toda la noche. Dejé a Andy Clutterbuck a cargo, y no se puede decir que Clut pertenece al equipo de los supersabios. Si es que alguien llega a sospechar, probablemente será ese sujeto Harrison —al que usted engañó— o alguien a quien conozco en el cuartel general de la policía en Oxford. Un individuo llamado Henry Payton.

Thad miró a Stark.

—¿Será suficiente?

Los ojos de Stark, joyas brillantes en el engaste arruinado de su rostro, eran distantes, nebulosos. La mano vendada jugaba distraídamente con el pisapapeles. Lo puso de nuevo en su lugar, y sonrió a Thad:

—¿Tú qué piensas? Sabes tanto como yo de esto.

Thad consideró esta respuesta. Ambos sabemos de qué estamos hablando, pero creo que ninguno de los dos lo puede expresar con palabras. Lo que estamos haciendo aquí, no es realmente escribir El escribir no es más que el ritual. Estamos hablando de transferir alguna clase de batuta. Un intercambio de poder O, dicho más correctamente, una transacción: Las vidas de Liz y los gemelos a cambio de... ¿qué? ¿De qué exactamente?

Pero él lo sabía, desde luego. Lo extraño sería que no lo supiera, pues había estado meditando sobre ese mismo tema unos cuantos días antes. Lo que Stark quería —no, demandaba— era su ojo. Ese insólito tercer ojo que, al estar enterrado en su cerebro, sólo podía mirar hacia adentro.

De nuevo sintió esa sensación reptante, y se esforzó por deshacerse de ella. No es válido que atisbes, George. Tú tienes las armas más potentes; yo no tengo más que un manojo de pájaros escuálidos. No es justo que atisbes.

—Creo que es probable que sí —dijo—. Lo sabremos cuando suceda, ¿no es así?

—Sí.

—Como un subibaja, cuando se eleva un extremo de la tabla... el otro desciende.

—¿Thad, qué estás ocultando? ¿Qué me ocultas?

Hubo un momento cargado de electricidad en la habitación, urja habitación que, de repente, pareció demasiado pequeña para las emociones que se agitaban en su interior.

—Podría preguntarte lo mismo —dijo Thad al fin.

—No —replicó Stark lentamente—. Todas mis cartas están en la mesa. Dímelo Thad —su mano fría y podrida se deslizó alrededor de la muñeca de Thad con la fuerza inexorable de una esposa de acero—. ¿Qué me estás ocultando?

Thad se obligó a voltear y mirar a Stark a los ojos. La sensación reptante estaba ahora en todas partes, pero se centraba en el agujero de su mano.

—¿Quieres escribir ese libro o no? —preguntó.

Por primera vez, Liz percibió que cambiaba la expresión subyacente en el rostro de Stark —no en él, sino dentro de él. De súbito, vio incertidumbre ahí. ¿Y temor? Tal vez no. Pero si no lo era, estaba muy cerca, al acecho.

—No vine aquí para comer cereal contigo, Thad.

—Entonces averígualo tú —dijo Thad. Liz escuchó un grito sofocado de asombro, y se dio cuenta de que ella misma había producido ese sonido.

Stark levantó brevemente los ojos hacia ella, luego, volvió a mirar a Thad.

—No me provoques, Thad —dijo suavemente—. No te conviene provocarme, pedazo de asno.

Thad rió. Fue un sonido frío y desesperado... pero que no carecía de humor por completo. Esa era la parte más triste. No carecía de humor por completo, y Liz escuchó a George Stark en esa risa, igual que había visto a Thad Beaumont en los ojos de Stark cuando jugaba con los bebés.

—¡,Por qué no, George? Sé lo que tengo que perder. También está en la mesa. ¿Ahora bien, quieres escribir o quieres hablar?

Stark lo consideró por unos cuantos instantes, recorriendo con la mirada sin brillo y siniestra, el rostro de Thad. Después dijo:

¡Carajo! Empecemos.

—L Por qué no? —Thad dijo sonriente.

—Tú y el policía se van —dijo Stark a Liz—. Sólo nos quedamos los muchachos. A eso se reduce todo.

—Me llevaré a los bebés —se oyó decir a sí misma Liz, y Stark rió.

—Eso es muy gracioso, Beth. Ajá. Los bebés son un seguro. Como la protección en un disquet, ¿verdad, Thad?

—Pero... —empezó Liz.

—Hazle caso —dijo Thad—. Estarán bien. George los puede cuidar mientras yo pongo esto en marcha. A los niños les agrada. ¿No lo has notado?

—Desde luego que lo he notado —dijo en voz baja, llena de odio.

sólo recuerda que están aquí con nosotros —dijo Stark dirigiéndose a Alan—. Tenlo en mente, sheriff Alan. No trates de ser ingenioso. Si se te ocurre intentar alguna estratagema, esto será como Jonestown. A todos nos sacarán con los pies por delante. ¿Me entiendes?

—Entiendo —dijo Alan.

—Y cierra la puerta al salir —Stark se volvió hacia Thad—. Es hora.

—En efecto —dijo Thad, y tomó un lápiz. Volteó la cabeza hacia Liz y Alan, y los ojos de George Stark los miraron desde el rostro de Thad Beaumont—. Adelante. Salgan.

8

Liz se detuvo a mitad de las escaleras. Alan casi se tropieza con ella. Tenía los ojos fijos a través de la sala y miraban al otro lado de la ventana pared.

El mundo era pájaros. La terraza estaba enterrada bajo ellos; ennegrecían la cuesta hacia el lago bajo la luz desvaneciente; sobre el lago, el cielo se nubló cuando más aves acudieron en tropel a la casa del lago de los Beaumont desde el oeste. —Oh, Dios mío —dijo Liz.

Alan la tomó del brazo.

—Cállese —dijo—. No deje que él la oiga.

—¿Pero qué...?

La guió por el resto de las escaleras, sosteniéndola aún firmemente del brazo. Cuando llegaron a la cocina, Alan le contó el resto de lo que el doctor Pritchard le había dicho en las primeras horas de esta tarde, mil años antes.

—¿Qué significa eso? —susurró. Su rostro había palidecido a un tono grisáceo—. Alan, estoy tan aterrorizada.

Alan puso sus brazos alrededor de ella, y aun cuando él también estaba profundamente asustado, se dio cuenta de que era toda una mujer.

—No lo sé —dijo— pero si sé que está aquí porque Thad o Stark los llamaron. Estoy seguro de que fue Thad, ya que debe haberlos visto cuando llegó. Los vio, pero no los mencionó.

—Atan, él no es el mismo.

—Lo sé.

—Una parte de él siente un gran apego por Stark. A una parte de él lo atrae lo siniestro de Stark.

—Lo sé.

Se dirigieron a la ventana contigua a la mesa del teléfono en el vestíbulo, y miraron hacia afuera. La entrada estaba llena de gorriones, y los bosques, y el pequeño corredor que rodeaba el cobertizo donde guardaban la 22. El vw de Rawlie había desaparecido bajo los pájaros.

Sin embargo, en el Toronado de George Stark, no había gorriones. Y a su alrededor, estaba un pulcro círculo de asfalto vacío, como si se le hubiese puesto en cuarentena.

Un pájaro voló contra la ventana produciendo un suave golpe. Liz profirió un grito diminuto. Los demás pájaros se movieron inquietos. Un gran movimiento, como una ola, que se extendió hasta la colina, y después quedaron tranquilos de nuevo.

—Incluso si son de Thad —dijo—, es posible que no los use contra Stark. Una parte de Thad está demente, Alan. Una parte de él siempre ha estado demente. A él... le gusta.

Alan no respondió, pero también sabía eso. Lo había sentido.

—Todo esto es como un sueño terrible —prosiguió Liz—. Desearía poder despertarme. Desearía despertarme y que las cosas fueran como eran antes. No como eran antes de Clawson; como fueron antes de Stark.

Alan asintió.

—¿Qué hacemos ahora? —Liz le dijo viéndolo. —El trabajo más duro —dijo—. Esperar.

9

La tarde parecía no tener fin, la luz que sangraba lentamente del cielo mientras el sol se retiraba detrás de las montañas en el lado oeste del lago, las montañas que continuaban hasta unirse con el Presidential Range de la chimenea de Nueva Hampshire.

Afuera, las últimas parvadas de gorriones llegaron y se unieron a la principal. Alan y Liz los podían sentir en el techo, un túmulo de gorriones, pero guardaban silencio. Estaban esperando.

Cuando Liz y Alan se movían por la habitación, los pájaros volvían las cabezas siguiéndolos, se volvían como antenas de radar fijas en una señal. Era el estudio lo que estaban escuchando, y lo más enloquecedor era que, detrás de la puerta falsa que conducía a él, no se oía ni un solo sonido. Liz ni siquiera podía oír a los gemelos balbuceando y arrullándose mutuamente. Esperaba que se hubieran dormido, pero no era posible acallar la voz que insistía en que Stark los había matado a ambos, y a Thad, también.

Silenciosamente.

Con la navaja que llevaba.

Se dijo a sí misma que en caso de que sucediera algo así, los gorriones lo sabrían, harían algo, y eso ayudaba, pero muy poco. Los gorriones eran una gran mente alucinante que rodeaba la casa. Sólo Dios sabía lo que harían... o cuándo.

El crepúsculo se rendía lentamente a la oscuridad cuando Alan dijo con aspereza:

—¿Si esto continúa por suficiente tiempo, cambiarán de lugares, verdad? Thad empezará a enfermarse... y Stark empezará a ponerse bien.

Liz se sobresaltó tanto que casi deja caer la taza de café amargo que sostenía.

—Sí. Creo que sí.

Un somorgujo gritó en el lago, un sonido aislado, doliente, solitario. Alan pensó en los que estaban arriba, dos pares de gemelos, uno descansando, el otro enzarzado en una terrible lucha en el crepúsculo fusionado de una sola

imaginación.

Afuera, los pájaros vigilaban y esperaban mientras desaparecía el atardecer.

El subibaja está en movimiento, pensó Alan. El extremo de Thad está subiendo, el extremo de Stark está bajando. Ahí arriba, detrás de la puerta que formaba dos entradas cuando se abría, había empezado el cambio.

Es casi el final, pensó Liz. En una forma o en otra.

Y como si ese pensamiento hubiese sido el detonante, oyó que empezaba a soplar el viento, un viento inverosímil, aleteante. No obstante, la superficie del lago estaba tan lisa como un plato.

Se puso de pie, los ojos desorbitados, y se llevó las manos a la garganta. Miró fijamente a través del ventanal. Alan, trató de decir, pero le falló la voz. No importaba.

En la planta alta, se oyó un inexplicable y misterioso sonido silbante, como uña nota emitida por una flauta torcida. Stark gritó de súbito, penetrante, "¿Thad? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?" Se oyó un ruido resonante, como el estallido de una pistola de fulminantes. Un momento después, Wendy empezó a llorar.

Y en el exterior, en la penumbra que se profundizaba, un millón de gorriones agitaban las alas, preparándose para volar.

XXVI
Los gorriones están volando

1

Cuando Liz cerró la puerta y dejó :solos a los dos hombres, Thad abrió la libreta de apuntes y miró la página en blanco durante un momento. Después tomó uno de los lápices Berol recién afilados.

—Voy a empezar con el pastel—le dijo a Stark.

—Sí —dijo Stark. Su rostro reflejaba una especie de impaciencia anhelante—. De acuerdo.

Thad colocó la punta del lápiz sobre la página en blanco. Este instante siempre era el mejor; —el instante que precedía al primer trazo. Se podía comparar con una clase de cirugía muy especial, y al final, el paciente moría en la mayoría de los casos, pero de todos modos se practicaba. Tenías que hacerlo, porque ese era el propósito de tu vida. Sólo ese.

No obstante, recuerda, pensó.. Recuerda lo que estás haciendo.

Pero una parte de él protestó, la parte que realmente quería escribir Máquina de acero.

Thad se inclinó y, empezó a llenar el espacio vacío.

MAQUINA DE ACERO
por George Stark
Capítulo 1 La boda

> Alexis Machine rara vez se inclinaba hacia la fantasía, y en una situación como .ésta, el tener un pensamiento imaginativo era, algo que nunca le había ocurrido. Sin embargo, se le ocurrió pensar: de todos los habitantes de la tierra, ¿cuántos? ¿cinco mil millones?, yo soy el único que en este momento está dentro de, un pastel de boda movible, con un arma semiautomática Heckler Kach en las manos.
> Nunca había estado tan encerrado en un lugar. El aire se había puesto pesado casi de inmediato, pero de todos modos no habría podido respirar profundamente. El betún del pastel de Troya era real, pero bajo él, no había más que una delgada capa de un producto de yeso llamado Nartex, una especie de cartón de gran categoría. Si llenaba el pecho con aire, probablemente se caerían el novio y la novia que estaban adornando el piso superior del pastel. Con toda seguridad, se rompería el glaseado y...

Escribió por cerca de cuarenta minutos, cada vez con mayor velocidad, llenándose la mente con las imágenes y sonidos de la fiesta de esponsales que terminaría con ese estrépito. Finalmente, soltó el lápiz. Se había quedado sin punta.

—Dame un cigarrillo —dijo.

Stark levantó las cejas.

—Sí —dijo Thad. Sobre el escritorio había una cajetilla de Pall Mall. Stark la sacudió para que saliera un cigarrillo y Thad lo tomó. Después de tantos años, lo sintió extraño entre los labios... demasiado grande, en cierto modo. Pero lo sentía bien. Lo sentía correcto.

Stark encendió una cerilla y se la tendió a Thad, quien inhaló profundamente. El humo golpeó sus pulmones en la antigua forma despiadada. Inmediatamente se sintió mareado, pero le fue indiferente la sensación.

Ahora necesito un trago, pensó. Y si todavía estoy vivo y de pie al terminar esto, es lo primero que haré.

—Creía que lo habías dejado —dijo Stark. Thad asintió.

—Yo también. ¿Qué puedo decir, George? Me equivoqué —dio otra fumada profunda y soltó el humo a través de las ventanillas de la nariz. Volteó la libreta de apuntes hacia Stark—. Es tu turno —dijo. Stark se inclinó sobre la libreta de apuntes y leyó el último párrafo que había escrito Thad; realmente no era necesario leer más. Ambos sabían el contenido de la novela.

> En la casa, Jack Rangely y Tony Westerman estaban en la cocina, y Rollick para ahora, debería estar en la planta alta. Los tres estaban armados con semiautomáticas Steyr-Aug, la única ametralladora de calidad que se fabricaba en Norteamérica, y aun cuando algunos de los guardaespaldas disfrazados como invitados fueran muy rápidos, los tres desatarían una tormenta de fuego más que apropiada para cubrir su retirada. Sólo déjenme salir de este pastel, pensó Machine. Es todo lo que pido.

Stark también encendió un Pall Mall, tomó uno de los Berol, abrió la libreta de apuntes... y después se detuvo.

—Tengo miedo, colega —dijo.

Y Thad sintió una gran oleada de simpatía por Stark, a pesar de todo lo que sabía. Tienes miedo. Sí, por supuesto que lo tienes, pensó. Sólo los que están empezando, los niños, no tienen miedo. Pasan los años y las palabras en la página no se vuelven más oscuras... pero el espacio en blanco sí se ve más blanco. Estarías demente si no tuvieras miedo.

—Lo sé —y sabes a lo que se reduce esto, la única forma de hacerlo es hacerlo.
Stark asintió y se agachó sobre la libreta de apuntes. Revisó dos veces más el último párrafo que había escrito Thad... y luego empezó a escribir.
En la mente de Thad, las palabras se formaban con una lentitud angustiosa.

Machine... nunca... se había preguntado... Una larga pausa, después, todo en un estallido:

.. cómo sería el tener asma... pero si después de esto alguien se lo preguntaba...

Una pausa más corta

. ...recordaría el golpe Scoretti.

Leyó lo que había escrito, y después miró a Thad con expresión de incredulidad.
Thad asintió con un movimiento de cabeza.
—Tiene sentido, George —se tocó con los dedos la comisura de la boca al sentir de repente un escozor, y percibió que le estaba saliendo una llaga. Miró a Stark y observó que había desaparecido de la comisura de la boca de Stark una llaga similar.
Está sucediendo. Está sucediendo realmente.
—Adelante, George —dijo—. Arremete sin piedad.
Pero Stark ya se había inclinado de nuevo sobre la libreta de apuntes, y ahora escribía más aprisa.

2

Stark escribió durante casi media hora, y al fin, dejó el lápiz con una pequeña exclamación satisfecha.
—Está bastante bien —dijo en voz baja y triunfante—. Lo mejor que se puede.
Thad tomó la libreta de apuntes y empezó a leer y, al contrario de Stark, leyó todo el relato. En la tercera página de lo que había escrito Stark, encontró lo que buscaba.

> Machine oyó unos arañazos y se puso rígido, las manos apretaron la Heckler & Sparrow, y en eso comprendió lo que estaba pasando. Los invitados, cerca de doscientos reunidos en las largas mesas, bajo el enorme entoldado a rayas azules y amarillas, estaban corriendo hacia atrás los gorriones plegables sobre los tablones que se habían colocado para proteger el césped de los picotazos de los gorriones de tacón alto de las mujeres. Los invitados, de pié, le estaban dando al pastel de gorriones una jodida ovación.

No lo sabe, pensó Thad. Está escribiendo una y otra vez la palabra gorriones y no tiene la más remota... jodida... idea.
Oyó que los pájaros se movían inquietos de un lado a otro en el techo, y los gemelos Ievantaron la vista varias veces antes de quedarse dormidos, lo que significaba que también ellos los habían escuchado.
Sin embargo, George no daba señales de oírlos. Para George, los gorriones no existían.
Thad regresó al manuscrito. La palabra empezó a deslizarse con más y más frecuencia, y en el último párrafo aparecía varias veces.

> Más tarde, Machine descubrió que los gorriones estaban volando, los únicos sujetos en su bien seleccionada pandilla y que realmente eran sus gorriones, eran Jack Rangely y Lester Rollick. Todos los demás gorriones con los que había volado durante diez años, estaban preparados. Gorriones. Y a volar aún antes de que Machine gritara en el gorrión portátil.

—¿Bien? —preguntó Stark cuando Thad terminó de leer el manuscrito—. ¿Qué opinas?
—Creo que es estupendo —dijo Thad—. ¿Pero tú lo sabías, verdad—?
—Sí... pero quería oírtelo decir, pedazo de asno.
—También creo que te estás viendo mucho mejor.
Lo cual era verdad. Mientras George había estado inmerso en el impetuoso —y violento mundo de Alexis Machine, había empezado a sanar.
Las llagas estaban desapareciendo. La piel, agrietada y descompuesta, recuperaba su tono rosado; los bordes de esta piel nueva, se extendían, buscándose unos a otros sobre las llagas que se iban cicatrizando, y en algunos casos, ya se entrelazaban. Estaban reapareciendo las cejas que se habían sumido en un caldo de carne podrida. Las gotas de pus que habían empapado el cuello de la camisa de Stark con un horrible color amarillo, se estaban secando.
Thad levantó la mano izquierda y tocó una llaga que empezaba a brotar en su sien izquierda, y sostuvo las puntas de los dedos frente a sus ojos por un momento. Estaban húmedos. Nuevamente levantó la mano y se tocó la frente. La piel estaba tersa. Se había esfumado la pequeña cicatriz blanca, recuerdo de la operación que se le había practicado en el

año en que se inició su verdadera vida.

Al ascender un extremo del subibaja, el otro tiene que descender. Otra ley de la naturaleza, nena. Otra ley de la naturaleza, nada más.

¿Ya estaría oscuro afuera? Thad suponía que sí, seguramente ya era de noche, o faltaba muy poco. Miró su reloj, pero no le fue de gran ayuda. Se había parado a las cuatro cuarenta y cinco. La hora no importaba. Tendría que hacerlo pronto.

Stark aplastó un cigarrillo en el cenicero atestado de colillas.

—¿Quieres seguir, o tomar un descanso?

—¿Por qué no sigues tú? —dijo Thad—. Creo que puedes.

—Sí —dijo. No miraba a Thad. Sólo tenía ojos para las palabras, las palabras, las palabras. Se pasó la mano por el cabello rubio, el cual estaba recuperando su brillo—. Yo también creo que puedo. De hecho, sé que puedo.

De nuevo empezó a garabatear: Levantó los ojos un instante cuando Thad se puso de pie y se dirigió al sacapuntas, después siguió con la mirada clavada en la libreta de apuntes. Thad afiló uno de los Berol como punta de navaja. Y al darse vuelta, sacó del bolsillo el reclamo de pájaros que le había dado Rawlie. Lo apretó en la manó, y sentó otra vez, mirando la libreta de apuntes frente a él.-

La hora. Ya era la hora. Lo sabía tan bien y con tanta certeza como conocía la forma de su propio rostro bajo su mano. El único interrogante que seguía en pie era si tenía o no las agallas para intentarlo.

Un parte de él se resistía a hacerlo; una parte de él deseaba vehemente el libro. Pero se sorprendió al descubrir que el sentimiento no era tan intenso como lo había sido cuando Liz y Alan salieron del estudio, y suponía que conocía la razón. Se estaba realizando una separación. Una especie de nacimiento obsceno. Ya no era su libro. Alexis Machine estaba con la persona a quien había pertenecido desde el principio.

Con la mano izquierda firmemente apretada sobre el reclamo de pájaros, Thad se inclinó sobre su libreta de apuntes.

Yo soy quien los convoca, escribió.

En el tejado, cesó el inquieto movimiento de los pájaros.

Yo soy el que sabe, escribió.

El mundo entero pareció quedarse quieto, escuchando.

A mí me pertenecen.

Se detuvo y miró a sus hijos dormidos.

Cinco palabras más, pensó. Sólo cinco más.

Y descubrió que quería escribirlas más que cualquier otra palabra que hubiese escrito en su vida.

Quería escribir historias... pero más que nada, más de lo que anhelaba las hermosas visiones que algunas veces le presentaba el tercer ojo, quería ser libre.

Cinco palabras más.

Se llevó la mano izquierda a la boca y sujetó el reclamo con los labios, como un cigarro.

No mires ahora, George. No mires ahora, no pierdas de vista el mundo que estás creando. Ahora no. Por favor, Dios mío, no permitas que ahora vea el mundo de las cosas reales.

En la hoja en blanco frente a él, escribió la palabra PSICOPOMPOs en frías letras mayúsculas. La circuló. Trazó una flecha bajo ella, y bajo la flecha, escribió: LOS GORRIONES ESTÁN VOLANDO.

Afuera, empezó a soplar el viento, pero no era viento; era el impulso de millones de plumas. Y estaba dentro de la cabeza de Thad. Súbitamente, se abrió en su mente ese tercer ojo, se abrió más extenso que nunca, y vio Bergenfield, Nueva Jersey, las casas vacías, las calle desiertas, el suave cielo de primavera. Vio los gorriones en todas partes, muchos más de los que había visto antes. El mundo donde creció se había convertido en una pajarera inmensa.

Sólo que no era Bergenfield.

Era la Villa Final.

Stark dejó de escribir. Sus ojos se ensancharon con una súbita alarma tardía.

Thad inhaló profundamente y sopló. El reclamo de pájaros que le había dado Rawlie DeLesseps emitió una singular nota chillante.

—¿Thad? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

Stark trató de arrebatarle el reclamo. Antes de que pudiera tocarlo, se escuchó un pequeño estallido y se partió en dos en la boca de Thad, cortándole los labios. El sonido despertó a los gemelos.

Wendy empezó a llorar.

Afuera, el susurro de los gorriones se convirtió en un rugido. Estaban volando.

3

Cuando Liz oyó el llanto de Wendy corrió hacia las escaleras. Alan se quedó inmóvil durante un momento, completamente paralizado por lo que veía en el exterior. La tierra, los árboles, el lago, el cielo, todo se había emborronado. Los gorriones se alzaban en una gran cortina ondulante que oscurecía la ventana de arriba abajo y de lado a lado.

La parálisis de Alan se rompió cuando los pequeños cuerpecillos empezaron a golpear contra el cristal reforzado.

—¡Liz! —gritó—. ¡Liz, abajo!

Pero Liz no se iba a tirar al piso; su bebé estaba llorando y era en lo único que podía pensar.

Alan se precipitó hacia ella a través de la habitación, empleando esa velocidad casi misteriosa que era su propio secreto, y la agarró en el preciso instante en que toda la pared ventana estallaba hacia adentro bajo el peso de veinte mil gorriones. Los siguieron veinte mil más, y después veinte mil más, y veinte mil más. En unos segundos, la sala estuvo llena. Estaban en todas partes.

Alan se arrojó sobre Liz y tiró de ella hacia debajo del sofá. El mundo estaba repleto con el agudo piar de los gorriones. Ahora podían oír cómo se rompían las demás ventanas, todas las ventanas. La casa vibraba con el golpeteo de los diminutos bombarderos suicidas. Alan miró hacia afuera y vio un mundo que no era más que un movimiento café y negro.

Los detectores de humo saltaban al estrellarse los pájaros en ellos. En alguna parte, hubo un estallido monstruoso cuando explotó la pantalla del aparato de televisión.. Estruendos al caer los cuadros de las paredes. Una serie de clamores de xilófono metálico al golpear los gorriones las cacerolas que colgaban de la pared junto a la estufa, y tirarlas al piso..

Y aún así, Alan podía oír que lloraban los bebés y Liz gritaba:

—¡Suélteme! ¡Mis bebés! ¡Tengo que ir por mis bebés!

Se retorció hasta, que sacó la mitad del cuerpo de debajo de Alan, e inmediatamente la cubrieron los gorriones. Se quedaban atorados en su cabello y aleteaban enloquecidos. Liz, desatinada, trataba de quitárselos. Alan la agarró y la cubrió de nuevo. A través del remolinante aire de la sala, pudo ver un enorme cordón negro de gorriones que volaban ascendiendo las escaleras, hacia la oficina.

4

Stark se abalanzó sobre Thad cuando los primeros pájaros empezaban a golpear contra la puerta secreta. Del otro lado de la pared, Thad podía oír el ruido sordo de, pisapapeles que caían y el tintineo del cristal al romperse. Ambos gemelos lloraban desconsolados. Sus gritos aumentaban en intensidad, mezclándose con el enloquecedor piar de los gorriones, y los dos sonidos formaban una especie de armonía infernal.

—¡Deténlo! —grito Stark—. ¡Deténlo, Thad! ¡Por todos los diablos, deténlo!

Llevó la mano hacia la pistola y Thad enterró en la garganta de Stark el lápiz que todavía sostenía en la mano.

La sangre brotó de inmediato. Stark se volvió hacia él, con arcadas, arañando el lápiz. Cuando trató de tragar, el lápiz se sacudió hacia arriba y hacia abajo. Puso una mano alrededor de él y lo sacó.

—¿Qué estas haciendo? —dijo en un gruñido—. ¿Que es esto? —Ahora oía a los pájaros, no entendía su presencia, pero los oía.— Su mirada se desvió hacia la puerta cerrada y Thad, por primera vez vio un terror real en esos ojos.

—Estoy escribiendo el final, George—dijo Thad en un tono tan bajo que ni Liz ni Alan lo oyeron en la planta baja: Estoy escribiendo el final en el mundo real.

—Muy bien—dijo Stark—. Entonces vamos a escribirlo para todos

Se volvió hacia los gemelos con el lápiz ensangrentado en una mano, y la 45 en la otra.

5

En un extremo del sofá había una frazada doblada. Alan trató de alcanzarla, y sintió como si una docena de agujas de coser calientes le pincharan la: mano.

—¡Maldición! —gritó, y retiró la mano.

Liz seguía tratando de soltarse de él. Ahora el monstruoso sonido aleteante parecía impregnar todo el universo, y Alan ya no podía oír a los bebés... pero Liz Beaumont sí podía. Se retorcía, giraba y se arrastraba. Alan sujetó el cuello de su blusa con una mano y sintió que se rasgaba la tela.

—Espere un minuto —,vociferó a todo pulmón, pero fue: inútil. Mientras sus hijos estuvieran gritando, no podría decir nada que la detuviera.. Annie hubiese hecho lo mismo. Alan volvió a extender la mano derecha, ignorando los punzantes picotazos y tiró de la frazada. Al caer del sofá, ésta se abrió en pliegues confusos. En el dormitorio principal, se escuchó un tremendo estrépito al volcarse alguna pieza del nobiliario, tal vez un buró. La mente de Alan, distraída y sobrecargada, trató de imaginarse el número de gorriones que se necesitaría para voltear un buró y le fue imposible.

Cuántos gorriones se requieren para enroscar una bombilla - preguntó su mente irrazonablemente. ¡Tres para sostener la bombilla y tres millones para girar la toma! Rió, con una risa demente y, en eso, explotó como una bomba la gran esfera que colgaba en el centro de la sala. Liz gritó y se encogió hacia atrás por unos instantes, los cuales aprovecho Alan para lanzarle la frazada sobre la cabeza. El también se metió debajo de la frazada. Bajo ella, no estaban solos; los acompañaba media docena de gorriones. Sintió las plumosas alas revoloteando contra su mejilla, sintió un doloroso tatuaje en la sien izquierda, y se golpeó a sí mismo a través de la frazada. El gorrión cayó abatido en su hombro, y de ahí al piso, por debajo de la frazada. Alan tiró de Liz hacia él, y le gritó al oído:

—¡Vamos a caminar! ¡Caminar Liz! ¡Bajo la frazada! ¡Si trata de correr; la derribaré! ¡Mueva la cabeza si me entendió!

Liz trató de zafarse. La frazada se estiró. Unos gorriones se posaron suavemente en ella, rebotaron como si fuera un

trampolín, y después echaron a volar de nuevo. Alan estrechó a Liz contra él y la sacudió por el hombro. La sacudió fuertemente.

—¡Mueva la cabeza si me entiende, maldita sea!

Alan sintió que el cabello de Liz le cosquilleaba la mejilla cuando ella asintió. Salieron arrastrándose de debajo del sofá. Alan mantenía el brazo sujetándola firmemente por los hombros, temeroso de que saliera corriendo. Y a paso lento, empezaron a cruzar la habitación atestada de pájaros, a través de las nubes ágiles y enloquecedoras de aves que piaban. Se parecían a un animal de broma en una feria de condado —un jumento danzante con Mutt en la cabeza, y Jeff en los cuartos traseros.

La sala de la casa de los Beaumont era espaciosa, con un techo alto, pero parecía que se había agotado el aire. Caminaron a través de la atmósfera blanda, alborotada, viscosa de pájaros.

Los muebles caían con estrépito. Los pájaros se estrellaban contra las paredes, techos y aparatos domésticos. El mundo entero se había convertido en un hedor a pájaro y una extraña percusión.

Por fin llegaron a las escaleras, y tambaleándose empezaron a subirlas lentamente bajo la frazada, la cual ya estaba cubierta con plumas y excremento de pájaro. Y cuando estaban en los primeros escalones, en el estudio resonó un disparo de pistola.

Ahora Alan podía oír de nuevo a los gemelos. Gritaban y lloraban al mismo tiempo.

6

Mientras Stark apuntaba a William con la pistola, la mano de Thad recorrió a tientas el escritorio y encontró el pisapapeles con el que había estado jugando Stark. Era un pesado trozo de pizarra gris y negro, plano por un lado. Descargó un golpe en la muñeca de Stark un instante antes de que disparara el hombre rubio, rompiéndole el hueso, y desviando el cañón de la pistola hacia abajo. El estallido fue ensordecedor en la pequeña habitación. La bala se estrelló en el piso, a dos centímetros del pie izquierdo de William, arrojando astillas sobre las piernas cubiertas con el grueso mameluco azul. Los gemelos gritaban desesperados, y cuando Thad se acercó a Stark, vio que colocaban sus brazos uno alrededor del otro, en un ademán espontáneo de mutua protección.

Hansel y Gretel, pensó, y en eso, Stark le enterró el lápiz en el hombro.

Thad gritó de dolor y empujó a Stark. Stark se tropezó con la máquina de escribir que se había colocado en un rincón, y cayó contra la pared. Trató de pasarse la pistola a la mano derecha... y se le resbaló.

Ahora el sonido de los pájaros contra la puerta era un trueno constante... y empezaba a abrirse lentamente sobre el eje central. Un gorrión con un ala rota se escurrió hacia adentro, y cayó, retorciéndose, en el piso.

Stark buscó en su bolsillo trasero... y sacó la navaja. Abrió la hoja con los dientes. Los ojos le brillaban dementes sobre el acero.

—¿La quieres, pedazo de asno? —preguntó, y Thad vio la pudrición que invadía de nuevo su rostro, llegando de un solo golpe como una carga de ladrillos que le caía encima—. ¿La quieres de verdad? Bien. La tendrás.

7

A mitad de las escaleras, Liz y Alan se detuvieron. Se encontraron con un muro suspendido, blando, de pájaros, y no pudieron pasar a través de él. El aire revoloteaba y zumbaba con gorriones. Liz gritó estremecida con terror y furia.

Los pájaros no se volvían contra ellos, no los atacaban; únicamente les impedían el paso. Parecía que todos los gorriones del mundo, habían sido atraídos aquí, al segundo piso de la casa de los Beaumont en Castle Rock.

—¡Por abajo! —le gritó Alan a Liz—. ¡Tal vez podamos arrastrarnos por debajo de ellos!

Se dejaron caer de rodillas. Al principio, el avance fue posible, aunque muy desagradable; gateaban sobre una alfombra crujiente y sangrante de pájaros de por lo menos, cuarenta centímetros de profundidad. Después se encontraron contra el muro otra vez. Mirando por debajo del borde de la frazada, Alan pudo ver una masa atiborrada y confusa que superaba cualquier descripción. En los escalones, los gorriones estaban siendo aplastados. Capas y capas de los vivos —pero que pronto estarían muertos— se posaban sobre ellos. Más arriba, tal vez a un metro de las escaleras, los gorriones volaban en una especie de zona de tráfico suicida, en la cual, las aves chocaban y caían, algunas se levantaban y volaban, de nuevo, otras se retorcían en las masas de sus compañeros abatidos, con las patas o las alas rotas. Los gorriones, recordó Alan, no podían suspenderse en el aire.

Desde alguna parte, en un plano superior a la posición en que se encontraban, al otro lado de esta grotesca barrera viviente, un hombre gritó.

Liz se aferró a Alan y lo atrajo hacia ella.

—¿Qué podemos hacer? —gritó—. ¿Qué podemos hacer?

Alan no respondió. Porque la respuesta era nada. No había nada que pudieran hacer.

8

Stark se acercó a Thad con la navaja en la mano derecha. Thad retrocedió hacia la puerta del estudio que se movía lentamente, con los ojos en el arma. Agarró otro lápiz del escritorio.

—Eso no te va a servir de nada, pedazo de asno —dijo Stark—. Ahora no —en eso, su mirada se volvió hacia la puerta. Se había abierto lo suficiente, y los gorriones fluyeron, un río de ellos... y fluyeron hacia George Stark.

En un instante, su expresión se convirtió en una de horror... y comprensión.

—¡No! —gritó, y empezó a acuchillarlos con la navaja de Alexis Machine—. ¡No, no regresaré! ¡No regresaré! ¡No pueden obligarme!

A uno de los gorriones lo partió a la mitad; cayó desde el aire en dos pedazos aleteantes. Stark desgarraba y hendía en el aire que lo rodeaba.

Y Thad entendió súbitamente...

no regresaré

lo que estaba pasando aquí.

Los psicopompos, desde luego, habían venido para servir como escolta a George Stark. La escolta para que George Stark regresara a la Villa Final; regresara al mundo de los muertos.

Thad soltó el lápiz y retrocedió hacia el lugar donde estaban sus hijos Los gorriones pululaban en el aire. La puerta casi estaba completamente abierta, el río se había convertido en un torrente.

Los gorriones se posaban en los anchos hombros de Stark. Se le posaban en los brazos, en la cabeza. Los gorriones acometieron contra su pecho, primero docenas después cientos. Stark se retorcía en una nube de plumas que se desprendían, y picos que centelleaban y desgarraban, tratando de devolver lo que recibía.

Cubrieron la navaja, desapareció el tenebroso brillo plateado enterrado bajo las plumas pegadas.

Thad miró a sus hijos. Su llanto había cesado. Miraban el aire atiborrado e hirviente con idénticas expresiones de asombro y deleite. Tenían las manitas levantadas, como si verificaran si es que llovía. Extendían los diminutos dedos. Los pájaros se posaban en ellos... y no los picaban.

Pero sí picaban a Stark.

La sangre brotaba de su rostro de un centenar de lugares. Uno de los ojos azules pestañeó fuera de la órbita. Un gorrión se encaramó en el cuello de la camisa y hundió el pico en el agujero que había hecho Thad con el lápiz en la garganta de Stark, el pájaro lo hizo tres veces, rápidamente, rat—rat—rat, como una ametralladora, antes de que lo agarrara la mano de Stark y lo aplastara como un pe o, de papiro viviente.

Thad se agachó junto a los gemelos, y ahora también; los pájaros se posaban en él. Sin picarlo; sólo posados.

Y observando.

Stark había desaparecido. Se había convertido en una escultura viviente, retorcida, en forma de pájaro. La sangre; rezumaba a través de las alas y plumas revoloteantes. En algún lado de la planta baja, Thad oyó un ruido chillante de desprendimiento, madera que cedía.

Ya se abrieron paso hasta la cocina, pensó. Pensó brevemente en las tuberías de gas que alimentaban la estufa, pero el pensamiento era distante, insignificante.

Y ahora, empezó a escuchar los chasquidos y chirridos húmedos y flojos de la carne viva que se arrancaba a los huesos de George Stark.

—Han venido por ti, George —se oyó susurrar—. Han venido por ti. Que Dios te ayude ahora.

9

Alan sintió que se abría un espacio ante él de nuevo, y se asomó a través de los agujeros en forma de diamante de la frazada. Por la mejilla le escurría excremento de pájaro, y se la limpió con la mano.

El hueco de la escalera seguía lleno de pájaros, pero el número era menor. Aparentemente, los que todavía estaban vivos, ya habían llegado a su destino.

—Venga —le dijo a Liz, y empezaron a subir sobre la horripilante alfombra de pájaros muertos. Ya habían logrado llegar al descanso del segundo piso cuando escucharon que Thad gritaba:

—¡Llévenselo, entonces! ¡Llévenselo!

—¡LLÉVENLO DE REGRESO AL INFIERNO A QUE PERTENECE!

Y el batir de alas de los pájaros se convirtió en un huracán.

10

Stark hizo un último esfuerzo galvánico para librarse de las aves. No tenía dónde ir, ni hacia dónde correr, pero de todas formas, lo intentaba. Era su estilo.

La columna de pájaros que lo tenía cubierto, se movió hacia adelante con él; unos brazos gigantescos, hinchados, cubiertos con plumas y cabezas y alas, se levantaron, martillearon contra su torso, y se entrecruzaron contra su pecho. Algunos pájaros heridos, otros muertos, cayeron al piso, y por un momento, a Thad se le concedió una visión que lo acecharía por el resto de su vida.

Los gorriones se estaban comiendo vivo a George Stark. Los ojos habían desaparecido; en el lugar que les

correspondía, sólo quedaban unas enormes cuencas oscuras. La nariz estaba reducida a un colgajo sangrante. Se le había desprendido la frente y la mayor parte del cabello, revelando la superficie de mucosa legañosa del cráneo. El cuello de la camisa aún rodeaba el cuello, pero no quedaba nada del resto. Las costillas sobresalían de la piel en pedazos blancos. Los pájaros le habían abierto el vientre. A sus pies se posaba una multitud de gorriones que miraban hacia arriba con una atención aguda y reñían por sus entrañas cuando éstas caían en trozos goteantes y triturados.

Y vio algo más.

Los gorriones estaban tratando de levantarlo. Estaban tratando... y muy pronto, cuando hubieran reducido lo suficiente el peso del cuerpo, eso sería lo que harían.

—¡Llévenselo, entonces! —gritó—. ¡Llévenselo! ¡DEVUÉLVANLO AL INFIERNO A QUE PERTENECE!

Los alaridos de Stark dejaron de oírse cuando su garganta se desintegró bajo un centenar de picos que descendían martilleantes. Los gorriones se agruparon bajo sus axilas y durante un segundo, los pies se levantaron de la alfombra ensangrentada.

Stark bajó los brazos, lo que restaba de ellos, contra los costados en un ademán salvaje, aplastando docenas... pero docenas más docenas ocuparon sus lugares.

A la derecha de Thad, el sonido de picotazos y madera que se astillaba se hizo más intenso, más hueco. Miró en esa dirección y vio que la madera de la pared este del estudio, se deshacía como papel de seda. Durante un instante, vio un millar de picos amarillos que la atravesaban a la vez, y agarró a los gemelos y rodó sobre ellos, arqueando el cuerpo para protegerlos, moviéndose con verdadera gracia, quizás por única vez en su vida.

La pared se derrumbó hacia adentro en una polvosa nube de astillas y serrín. Thad cerró los ojos y estrechó a sus hijos contra su pecho.

Ya no vio más.

11

Pero Alan Pangborn sí vio, y Liz también.

Se habían bajado la frazada a los hombros cuando se dispersó la nube de pájaros sobre y a su alrededor. Liz empezó a dar pasos tambaleantes hacia el dormitorio de huéspedes, hacia la puerta abierta del estudio, y Alan la siguió.

Durante unos momentos, Alan no pudo ver lo que sucedía dentro del estudio; no era más que una impresión borrosa, nebulosa, café y negra. Y después, percibió una figura, una horrible figura tapizada. Era Stark. Estaba envuelto por los pájaros, se lo habían comido vivo, y aún así, seguía con vida.

Entraron más pájaros; más todavía. Alan pensó que enloquecería con el horrendo clamor agudo. Y en eso vio lo que estaban haciendo.

—¡Alan! —gritó Liz—. ¡Atan, lo están levantando!

La cosa que había sido George Stark, la cosa que ahora sólo conservaba una forma vagamente humana, se levantó en el aire en un cojín de gorriones. Se movió a través de la oficina, casi se cayó, y después se alzó oscilante una vez más. Se acercó al enorme agujero rodeado de astillas en el muro oriente.

Más pájaros entraron por el agujero; los que todavía permanecían en el dormitorio de huéspedes, se apresuraron a penetrar en el estudio.

Del esqueleto crispado de Stark la carne se desprendía en una lluvia espeluznante.

El cuerpo atravesó flotando el agujero, con gorriones volando a su alrededor, arrancándole lo que le restaba de cabello.

Alan y Liz se abrieron paso trabajosamente sobre el tapete de aves, muertas y entraron al estudio. Thad se estaba poniendo de pie con lentitud, con un gemelo que lloraba en cada brazo... Liz corrió hacia ellos y cargó a los niños. Los recorrió con las manos, en busca de heridas.

—Están bien —dijo Thad—. Creo que están bien.

Alan se dirigió al agujero irregular en la pared del estudio. Se asomó y vio una escena digna de un cuento de hadas perversas. El cielo estaba ennegrecido con pájaros, y sin embargo, en un lugar era ébano, como si se hubiese desgarrado un orificio en la tela de la realidad.

Ese orificio negro tenía la figura inconfundible de un hombre que luchaba.

Los pájaros lo levantaron más alto, más alto, más alto. Llegaron a las puntas de los árboles y ahí pareció que se detenían. Alan creyó oír un grito agudo e inhumano desde el centro de esa nube. Enseguida los gorriones empezaron a moverse de nuevo. En cierta forma, el observarlos, era como ver una película en retroceso. Negros arroyos de gorriones rebosaban de todas las ventanas destrozadas de la casa; ascendían como un embudo desde la entrada, los árboles y el techo curvo del Volkswagen de Rawlie.

Todos acudían a la oscuridad central.

El parche con forma de hombre se movió otra vez... sobre los árboles.... hasta el cielo oscuro... y ahí, se perdió de vista.

Liz estaba sentada en un rincón, con los gemelos en el regazo, arrullándolos, calmándolos; pero no parecía que ninguno; de los dos estuviese particularmente alterado. Ambos miraban con expresión alegre el rostro ojeroso y manchado de lágrimas de su madre. Wendy, le dio una palmadita, como queriendo consolarla. William extendió la manita, le extrajo una pluma del cabello y la examinó atentamente.

—Se ha ido—dijo Thad con voz ronca. Se había unido, a Alan junto al agujero en la pared del estudio.

—Sí —dijo Alan. Inesperadamente, estalló en lágrimas. No tuvo idea de lo que iba a ocurrir. Sólo sucedió.

Thad trató de colocar sus brazos alrededor de él, y Alan retrocedió, las botas crujiendo, pesadamente sobre montones de gorriones muertos.

—No —dijo—. Pronto estaré bien.

Thad se asomó de nuevo por, el agujero destrozado en la pared, mirando hacia la noche. Un gorrión salió de esa oscuridad y se posó en su hombro.

—Gracias —dijo Thad Gr....

El gorrión lo picó, repentina y cruelmente, y la sangre le brotó justo debajo del ojo.

Después voló para unirse a sus compañeros.

—¿Por qué?,—preguntó Liz. Miraba a Thad con un: asombro con mocionado—. ¿Por qué hizo eso?

Thad no respondió, pero pensaba que conocía la respuesta. Pensaba que Rawlie DeLesseps también la habría conocido. Lo sucedido había sido mágico, indudablemente... pero no era un cuento de hadas. Tal vez al último gorrión lo había impulsado una fuerza que consideraba que era necesario recordarle algo a Thad. Recordárselo enérgicamente.

Ten cuidado, Thaddeus. Ningún hombre controla a los agentes de la otra vida. No por mucho tiempo, y siempre hay que pagar un precio. ¿Cuál será el precio que tendré que pagar? se preguntó fríamente.

Después: ¿Y la factura... cuándo se vence?

Pero era una pregunta para otra ocasión, otro día. Y además, estaba esto, tal vez se había pagado la factura. Era posible que finalmente estuviese, a mano.

—¿Está muerto? —preguntaba Liz...— casi rogando.

—Sí.—dijo Thad. Está muerto, Liz. La tercera vez es la vencida. El libro se cerró en George Stark. Vengan, salgamos de aquí. Y eso fue lo que hicieron.

Epílogo

Ese día, Henry no besó a Mary Lou, pero tampoco se alejó de ella sin proferir una sola palabra, como podía haberlo hecho. La vio, soportó su enojo, y esperó a que se calmara en ese silencio bloqueado que conocía tan bien. Había reconocido que la mayor parte de estas aflicciones le pertenecían a ella, y no se podían compartir, ni siquiera discutir. Mary Lou siempre había bailado mejor cuando bailaba sola.

Al fin caminaron a través del campo y miraron una vez más la casa de juegos donde había muerto Evelyn tres años antes. No era un adiós, pero era lo mejor que podían hacer. Henry sentía que era lo más apropiado.

Colocó las pequeñas bailarinas de papel de Evelyn en la hierba alta junto al pórtico en ruinas, sabiendo que el viento se las llevaría muy pronto. Después, él y Mary Lou abandonaron el viejo lugar por última vez. No era agradable, pero estaba bien. Bastante bien. Henry no era un hombre que creyera en los finales felices. De ahí provenía principalmente la poca serenidad que conocía.

Thaddeus Beaumont, Los bailarines espontáneos

Los sueños de las personas, los sueños reales en contraste con las alucinaciones que se tienen al dormir, las cuales aparecen o no, según la voluntad, terminan en diferentes momentos. El sueño de Thad Beaumont sobre George Stark terminó a las nueve y quince minutos de la noche en que los psicopompos se llevaron a su mitad siniestra , a cualquiera que fuese el lugar que se le había asignado. Terminó con el Toronado negro, esa tarántula en la que él y George Stark siempre llegaban a esta casa en su fila recurrente.

Liz y los gemelos estaban en la parte superior de la entrada, donde convergía con Lake Lane. Thad y Alan estaban de pie junto al automóvil negro de. George Stark, el cual ya no era negro. Ahora, el excremento de pájaros lo había vuelto gris.

Alan no queda mirar hacia la casa, pero no podía despegar los ojos de ella. Era una ruina hecha astillas. El lado oriente, el lado del estudio, había recibido lo más fuerte del ataque, pero sólo quedaban escombros de lo que fue la casa. En todas partes se abrían enormes agujeros. La, barandilla colgaba de la terraza por el lado del lago, como una escalera articulada de madera. En un círculo alrededor de la construcción, había gigantescos montones de pájaros muertos. Estaban atrapados en las ranuras del tejado; llenaban los canales. Ya había salido la luna y reflejaba campanilleos plateados de luz desde el rocío de cristales rotos. En la profundidad de los ojos vidriosos de los gorriones muertos, moraban chispas de la misma luz espectral.

—¿Está seguro de que no habrá problemas con usted? —preguntó Thad.

Alan asintió.

—Lo pregunto porque equivale a destruir evidencia.

Alan rió con aspereza.

—¿Habrá alguien que crea de qué es evidencia?

—Supongo que no —hizo una pausa, y luego agregó—: Sabe, hubo un tiempo en que tuve la sensación de que yo le agradaba. Ya no la tengo. En absoluto. No lo entiendo. ¿Me considera responsable de... todo esto?

—Me importa un carajo —dijo Alan—. Ha terminado. Eso es lo único jodidamente importante, señor Beaumont. En este momento, es lo único que me importa en este mundo de mierda.

En el rostro cansado y torturado de Thad, notó que lo había lastimado, e hizo un gran esfuerzo.

—Mire, Thad. Es demasiado. Fue demasiado para una sola vez. Acabo de ver que un montón de gorriones se lleva a un hombre por los cielos. Deje que me reponga, ¿está bien?

—Entiendo —Thad asintió.

No, no lo entiende, pensó Alan. No entiende lo que es usted, y dudo que alguna vez lo entienda. Tal vez su esposa... aunque me pregunto si las cosas seguirán siendo igual entre los dos después de esto, si ella esté dispuesta a entender, o si se atreva a amarlo de nuevo. Sus hijos, tal vez algún día... pero usted no, Thad. El estar de pie junto a usted es igual a estar de pie junto a una cueva de la que salió una criatura de pesadilla. El monstruo se ha ido, pero aún así uno no se atreve a acercase demasiado al lugar de donde salió. Porque puede haber otro. Probablemente no; tu mente lo sabe, pero tus emociones... tocan una tonada distinta, ¿no es así? ¡Vaya si no! E incluso si la cueva se queda vacía para siempre, ahí están los sueños. Y los recuerdos. Ahí está Homer Gamache, por ejemplo, asesinado a golpes con su brazo prostético. A causa de usted, Thad Todo a causa de usted.

Eso no era justo, y una parte de Alan lo sabía. Thad no había pedido ser un gemelo; él no había destruido a su hermano gemelo en la matriz de su madre por maldad (no estamos hablando de Caín asesinando a Abel con una roca, había dicho el doctor Pritchard); él nunca supo la clase de monstruo que estaba esperando cuando empezó a escribir como George Stark.

Sin embargo, habían sido gemelos.

Y no podía olvidar la forma en que se habían reído juntos Stark y Thad.

Esa risa demente, irracional, y la mirada de sus ojos. Se preguntaba si Liz podría olvidar.

Sopló una pequeña brisa y llevó hasta él el olor a gas licuado.

—Vamos a quemarla —dijo abruptamente—. Vamos a quemarla hasta los cimientos. No me importa lo que alguien más pueda pensar después. Casi no hay viento; los carros de bomberos llegarán antes de que se extienda gran cosa en cualquier dirección. Si se lleva parte de los bosques que rodean este lugar, tanto mejor.

—Yo lo haré —dijo Thad—. Usted vaya con Liz. Ayúdele con los ge...

—Lo haremos juntos —dijo Alan—. Deme sus calcetines.

—¿Qué?

—Ya me oyó, quiero sus calcetines.

Alan abrió la portezuela del Toronado y miró dentro. Sí, transmisión estándar, como había pensado. Un hombre macho como George Stark nunca hubiese estado satisfecho con una automática; eso era para tipos casados, estilo Walter Mitty, como Thad Beaumont.

Con la puerta abierta, se paró en un pie y se quitó el zapato y el calcetín derechos. Thad lo observó y empezó a hacer lo mismo. Alan se puso de nuevo el zapato, y repitió el proceso con el pie izquierdo. No tenía intención de colocar el pie desnudo sobre esa masa de pájaros muertos, ni por un momento.

Cuando terminó, ató juntos los dos calcetines de algodón. Después tomó los de Thad y los añadió a los propios. Caminó hasta la parte de atrás del lado del pasajero, con los gorriones muertos crujiendo bajo sus pies como papel periódico, y abrió la tapa del combustible del Toronado. Desenroscó la tapa de la gasolina y metió la mecha

improvisada en la garganta del tanque. Cuando la sacó, estaba empapada. Le dio vuelta, metió el extremo seco, dejando la punta mojada colgando contra el costado del automóvil, cubierto con guano. Después se volvió hacia Thad, quien lo había seguido. Alan buscó en el bolsillo de la camisa de su uniforme y sacó una carterita de cerillas. Era el tipo de carterita de cerillas que te dan en los puestos de periódicos con los cigarrillos. No recordaba dónde había obtenido ésta, pero tenía el anuncio de una colección de estampillas en la cubierta.

La estampa que mostraba era la imagen de un pájaro.

—Encienda los calcetines cuando empiece a rodar el automóvil —dijo Alan—. Ni un momento antes, ¿entiende?

—Sí.

—Va a estallar. El fuego se propagará a la casa. Después a los tanques de gas en la parte de atrás. Cuando lleguen los inspectores de incendios, parecerá que su amigo perdió el control y chocó contra la casa y el automóvil explotó. Al menos, es lo que espero.

—Está bien.

Alan caminó de nuevo alrededor del automóvil.

—¿Qué esperan? —llamó Liz nerviosa—. ¡Los bebés se están enfriando!

—¡Sólo un minuto más! —respondió Thad.

Alan metió la mano en el interior desagradablemente oloroso del Toronado y soltó el freno de emergencia.

—Espere a que esté rodando —dijo por encima del hombro. —Sí.

Alan oprimió el embrague con el pie y puso en neutral la palanca Hurst.

El Toronado empezó a rodar de inmediato.

Alan retrocedió rápidamente y por un momento pensó que Thad no había terminado su parte... y en eso, la mecha resplandeció encendida contra la parte posterior del automóvil en una brillante línea de llamas.

El Toronado descendió lentamente los últimos cuatro metros de la entrada, chocó contra el pequeño bordillo de asfalto y la inercia lo condujo cansadamente hasta el pequeño pórtico trasero. Golpeó contra el costado de la casa y se detuvo. Alan podía leer con, toda claridad a la luz naranja de la mecha el engomado en la defensa FABULOSO HIJO DE PERRA.

—Ya no más —murmuró.

Qué?

—No importa. Hágase para atrás. El auto va a explotar.

Se habían retirado diez pasos cuando el Toronado se volvió una bola de fuego. Las llamas se extendieron sobre el lado oriente, picoteado y astillado de la casa, convirtiendo el agujero en la pared del estudio, en un globo ocular que miraba fijamente.

—Vámonos dijo Alan—. Subamos a la patrulla. Ahora que ya está hecho, debemos dar la voz de alarma. No hay necesidad de que todas las personas del lago pierdan sus propiedades.

Pero Thad se tardó un momento más, y Alan permaneció con él. La casa era madera seca bajo las ripias de cedro, y se incendiaba rápidamente. Las llamas penetraron por el agujero donde estaba el estudio de Thad, y mientras observaban, las hojas de papel quedaron atrapadas en la corriente de aire que había creado el fuego y volaron hacia el exterior y hacia lo alto. En la luminosidad, Alan pudo ver que estaban cubiertas con palabras escritas a mano. Las hojas de papel se arrugaron, se incendiaron, se chamuscaron y ennegrecieron. Volaron hacia arriba en la noche, sobre las llamas, como un escuadrón arremolinado de pájaros negros.

Una vez que las hojas de papel estuvieron sobre la corriente, Alan pensó que la brisa las atraparía. Las atraparía y se las llevaría, tal vez al fin del mundo.

Bien, pensó, y empezó a ascender por la entrada hacia Liz y los bebés, con la, cabeza agachada.

Detrás de él, Thad Beaumont levantó lentamente las manos y las colocó sobre su rostro.

Y así permaneció durante largo tiempo.

Noviembre 3, 1987 — Marzo 16, 1989

Nota

El nombre Alexis Machine no es originalmente mío. Los lectores de Dead Cuy (Ciudad muerta), de Shane Stevens, lo reconocerán como el nombre del ficticio jefe matón de esa novela. El nombre resumía tan perfectamente el personaje de George Stark y de su propio jefe criminal ficticio, que lo adopté para la obra que acaban de leer... pero también lo hice como un homenaje al señor Stevens, autor asimismo de las novelas Rat Pack (Nido de ratas), By Reason of Insanity (A causa de la locura) y The Anvil Choros (El coro de Anvil). Estas obras, en las que la llamada "mente criminal y una condición de psicosis perpetua se entrelazan para crear su propio sistema cerrado de maldad perfecta, son tres de las mejores novelas que se hayan escrito acerca del lado siniestro del sueño americano. En su propia forma, son tan notables como McTeague, de Frank Norris, o Sister Carrie (La hermana Carne), de Theodore Dreiser. Las recomiendo sin reservas... pero solamente a lectores con estómagos resistentes y nervios aún más duros.

S. K